

12

Tarteso
Nuevas Fronteras

SEBASTIÁN CELESTINO PÉREZ
ESTHER RODRÍGUEZ GONZÁLEZ
(Eds.)

Volumen II



MYTRA

monografías y trabajos
de arqueología

12

Tarteso
Nuevas Fronteras

VOLUMEN II

Mérida, 2023

Tarteso. *Nuevas fronteras*.

Editores: Sebastián Celestino Pérez y Esther Rodríguez González.

Año: 2023

Colección: MYTRA, Monografías y Trabajos de Arqueología. Instituto de Arqueología, Mérida (CSIC-Junta de Extremadura). Número 12.

Páginas: 780 + ilustraciones.

D.L.: BA-347-2023

I.S.B.N.: 978-84-09-52303-0

Vol. 1: 978-84-09-52304-7

Vol. 2: 978-84-09-52305-4

Citar como:

Celestino Pérez S.; Rodríguez González, E. (Eds.) 2023: Tarteso. *Nuevas fronteras*., *Mytra* 12, Mérida.

Esta publicación se ha beneficiado de las siguientes ayudas para su financiación:

Proyecto de Investigación del Plan Nacional I+D+i: “Construyendo Tarteso 2.0: análisis constructivo, espacial y territorial de un modelo arquitectónico en el valle medio del Guadiana” (PID2019-108180GB-I00), financiado por MCIN (AEI/10.13039/501100011033).

Subvención global de la Secretaría General de Ciencia, Tecnología, Innovación y Universidad de la Junta de Extremadura al Instituto de Arqueología.



Consejería de Economía, Ciencia y Agenda Digital



CONSTRUYENDO
TARTESO

© Instituto de Arqueología, Mérida (CSIC-Junta de Extremadura).

© Sebastián Celestino Pérez y Esther Rodríguez González (eds.) y de cada texto, su autor.

Maquetación, composición e impresión:

ARTES GRÁFICAS REJAS, Avda. Santa Teresa Jornet, 40. 06800 Mérida (Badajoz).

Sebastián Celestino Pérez
Esther Rodríguez González
(Eds.)

Tarteso
Nuevas fronteras

II Congreso Internacional

MYTRA
MEMORIAS Y TRABAJOS DE ARQUEOLOGÍA

COMITÉ EDITORIAL

Dirección:

Jesús García Sánchez y Elías López-Romero González de la Aleja (IAM, CSIC-Junta de Extremadura)

Secretaría:

Carlos J. Morán Sánchez (IAM, CSIC-Junta de Extremadura)

Vocales:

Juan Pedro Bellón Ruíz (Universidad de Jaén)
Javier Bermejo Meléndez (Universidad de Huelva)
Luis Berrocal Rangel (Universidad Autónoma de Madrid)
Sebastián Celestino Pérez (IAM, CSIC-Junta de Extremadura)
Francisco Gracia Alonso (Universidad de Barcelona)
Pedro Mateos Cruz (IAM, CSIC-Junta de Extremadura)
Victorino Mayoral Herrera (IAM, CSIC-Junta de Extremadura)
Pedro Miguel Naranjo (IAM, CSIC-Junta de Extremadura)
Almudena Orejas Saco del Valle (Centro de Ciencias Humanas y Sociales-CSIC)
César Parcero Oubiña (Instituto de Ciencias del Patrimonio-CSIC)
Antonio Pizzo (Escuela Española de Historia y Arqueología, Roma -CSIC)
Esther Rodríguez González (IAM, CSIC-Junta de Extremadura)
Oliva Rodríguez Gutiérrez (Universidad de Sevilla)
Trinidad Tortosa Rocamora (IAM, CSIC-Junta de Extremadura)
Mar Zarzalejos Prieto (Universidad Nacional de Educación a Distancia)

COMITÉ CIENTÍFICO

Pablo Arias (Universidad de Cantabria)
María Carme Belarte (Institut Català d'Arqueologia Clàssica)
Massimo Botto (Istituto di Studi sul Mediterraneo Antico)
Stefano Camporeale (Università di Siena)
Teresa Chapa (Universidad Complutense de Madrid)
Alexandra Chavarría (Università di Padova)
Jordi Cortadella (Universitat Autònoma de Barcelona)
Sophie Gillotte (Centre National de la Recherche Scientifique)
Sonia Gutierrez (Universidad de Alicante)
Alberto Lorrío (Universidad de Alicante)
Dirce Marzoli (DAI, Instituto Arqueológico Alemán-Madrid)
Gloria Mora (Universidad Autónoma de Madrid)
Ignacio Pavón (Universidad de Extremadura)
Sebastián Ramallo (Universidad de Murcia)
Elisa da Sousa (Universidade de Lisboa)
Xavier Terradas (Institución Milá y Fontanals-CSIC)
Frank Vermeulen (Ghent University)

ÍNDICE GENERAL

VOLUMEN I

PRESENTACIÓN

<i>Sebastian Celestino Pérez, Esther Rodríguez González</i>	11
---	----

TARTESO Y YO: EMBRUJO Y VIGILIA AL ENSALMO DE UN NOMBRE, DE UNA LEYENDA, DE UNA HISTORIA

<i>Manuel Bendala Galán</i>	15
-----------------------------------	----

LA RECONSTRUCCIÓN DE TARTESO

<i>Sebastián Celestino Pérez</i>	31
--	----

EL IMPACTO FENICIO ENTRE COMUNIDADES GRIEGAS Y CHIPRIOTAS: VARIEDAD DE CONTEXTOS E INTERPRETACIONES

<i>Carolina López-Ruiz</i>	47
----------------------------------	----

LEVANTINI E FENICI IN SICILIA: UNA STORIA ANCORA DA SCRIVERE

<i>Lorenzo Nigro</i>	61
----------------------------	----

LA SARDEGNA NEL PERIODO ORIENTALIZZANTE

<i>Massimo Botto</i>	83
----------------------------	----

CONTATTI E INTERAZIONI CULTURALI TRA I POPOLI LEVANTINI E LE COMUNITÀ DEL MEDIO E BASSO TIRRENO TRA IX E VII SECOLO a.C.

<i>Tatiana Pedrazzi</i>	105
-------------------------------	-----

LIBYA TERRA INCOGNITA. FENICIOS Y AUTÓCTONOS EN EL NORTE DE ÁFRICA OCCIDENTAL: UN ESPACIO POR DESCUBRIR

<i>José Luis López Castro</i>	129
-------------------------------------	-----

EN LOS CONFINES DE LOS TARTESIOS... FENICIOS E INDÍGENAS EN EL BAJO SEGURA Y LA SIERRA DE CREVILLEN

<i>Alberto J. Lorrio Alvarado</i>	149
---	-----

LOS INICIOS DE LA EDAD DEL HIERRO ENTRE EL SURESTE DE LA PENÍNSULA IBÉRICA Y EL ESTRECHO DE GIBRALTAR (SIGLOS IX – VIII a.C.). TERRITORIOS AUTÓCTONOS E IMPACTO DE LA PRIMERA IMPLANTACIÓN FENICIA EN LA REGIÓN	
<i>José Suárez Padilla, Serafín Becerra Martín, Iván Sánchez Marcos</i>	173
LA TRANSICIÓN DEL BRONCE FINAL AL HIERRO I EN LA DEPRESIÓN DE RONDA	
<i>Serafín Becerra Martín</i>	197
MUJERES, RITUALES Y PRÁCTICAS DE COMENSALÍA EN LOS MUNDOS DE TARTESO	
<i>Ana Delgado Hervás</i>	221
EL BANQUETE COMO ELEMENTO DE INTERACCIÓN ENTRE INDÍGENAS Y FENICIOS EN LA PENÍNSULA IBÉRICA: POLÍTICAS COMENSALES Y CAMBIO SOCIAL (S. IX-VI a.C.)	
<i>Samuel Sardà Seuma</i>	237
TEORÍA Y PRAXIS RITUAL: ¿EXISTE LA RELIGIÓN TARTÉSICA?	
<i>Jaime Alvar Ezquerro</i>	259
MINERÍA Y METALURGIA EN EL BRONCE FINAL Y EN TARTESO. EVOLUCIÓN E INNOVACIÓN	
<i>Mark A. Hunt Ortiz, Johan Ling</i>	275
LOS GRIEGOS Y SUS PRODUCTOS ENTRE TARTESO E IBERIA	
<i>Adolfo J. Domínguez Monedero</i>	293
REBAÑOS: RIQUEZA Y RITUALIDAD. LAS EVIDENCIAS ARQUEOZOOLOGICAS DE LAS COMUNIDADES DE LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO	
<i>M^a Pilar Iborra Eres</i>	313
SUIDOS Y RITUALIDAD EN TARTESO: REVISIÓN Y NUEVAS PERSPECTIVAS	
<i>Jose Luis Ramos</i>	331
TARTESO OLVIDADO (EN LOS MUSEOS)	
<i>Eduardo Ferrer Albelda</i>	349
¿TSUNAMIS EN TARTESO? POSIBLES EVIDENCIAS DE EVENTOS MARINOS DE ALTA ENERGÍA EN EL HÁBITAT DE HUELVA EN ÉPOCA TARTÉSICA (SIGLOS VII-VI a.C.)	
<i>Manuel Álvarez-Martí-Aguilar</i>	373
FENICIOS Y POBLACIONES LOCALES EN LA BAHÍA DE CÁDIZ Y SU ENTORNO (SIGLOS IX – VI a.C.)	
<i>Mariano Torres Ortiz</i>	395

VOLUMEN II

ONOA PROTOHISTÓRICA: UNA CIUDAD-PUERTO

Clara Toscano-Pérez, Juan M. Campos Carrasco, Alejandro Cano Pérez..... 447

ORIENTAL VERSUS ORIENTALIZANTE. SOBRE LA IDENTIDAD DE LA RELIGIÓN TARTÉSICA

José Luis Escacena Carrasco 463

ANTES TODO ESTO ERA CAMPO. EL DESARROLLO DEL FENÓMENO URBANO EN EL BAJO GUADALQUIVIR

Francisco José García Fernández 483

EL TARTESO AURÍFERO DE CORDUBA. DESDE EL GUADALQUIVIR HACIA EL GUADIANA A TRAVÉS DE SIERRA MORENA Y EL VALLE DEL GUADIATO

Antonio Monterroso Checa, Juan Carlos Moreno-Escribano, Massimo Gasparini, Miriam González Nieto, José Luis Domínguez Jiménez, Agustín López, Santiago Roderó Pérez 515

LOS CAMINOS TARTESIOS A TRAVÉS DE LA CUENCA DEL ZÚJAR Y EL GUADIATO. UN ESTUDIO DE REDES A TRAVÉS DE UNA PIEZA AUREA DE EL OPPIDUM DE SIERRA BOYERA (BELMEZ, CÓRDOBA)

Pablo González Zambrano, Araceli Cristo Roperó, Daniel Pérez L 'huillier, Mercedes Naveiro Rosales, Alberto Dorado Alejos 537

TARTESO. EL FINAL DE UNA CULTURA EN EL VALLE MEDIO DEL GUADIANA

Esther Rodríguez González 555

TARTESO Y EL CUADRANTE SUROCCIDENTAL DE LA MESETA. CONTEXTOS Y MATERIALES EN BUSCA DE UNA DEFINICIÓN CULTURAL

Mar Zarzalejos Prieto 575

LA CULTURA TARTÉSICA EN EL ALTO GUADIANA

Pedro Miguel-Naranjo 599

PROCESSOS DE INTERACÇÃO CULTURAL NO OCIDENTE ATLÂNTICO DURANTE O INÍCIO DA IDADE DO FERRO

Elisa de Sousa 617

CONTACTOS, TRADICIONES Y (A)SIMETRÍAS: EL INICIO DE LA EDAD DEL HIERRO EN EL ALGARVE (PORTUGAL)

Francisco B. Gomes 635

ENTRE DOIS MARES E UM RIO: A MARGEM ESQUERDA DA FOZ DO TEJO (ALMADA, PORTUGAL) NO ÂMBITO DAS DINÂMICAS DO 1º MILÉNIO A.N.E. NA REGIÃO <i>Ana Olaio</i>	653
ECOS DE TARTESSO NO BAIXO ALENTEJO (PORTUGAL) <i>Ana Sofia Antunes</i>	673
ACTIVIDAD DE CULTO Y EDILICIA ORIENTALIZANTE EN EL CERRO DE SAN VICENTE (SALAMANCA, ESPAÑA) <i>Antonio Blanco González, Manuel Pérez Gutiérrez, Juan Jesús Padilla Fernández, Javier Velasco Vázquez, Cristina Alario García, Carlos Macarro Alcalde, Gabriel Santos Delgado</i>	691
LA CERÁMICA COMÚN DE CANCHO ROANO. ASPECTOS INMATERIALES DE LA CULTURA MATERIAL: COMENSALIDAD, COLECTIVIDAD E IDENTIDAD EN EL SANTUARIO <i>Paloma de Zulueta de la Iglesia</i>	705
ARQUEOLOGÍA FENICIA EN CATALUÑA: PROBLEMAS DE IDENTIDAD Y POLÍTICAS CULTURALES. EL TRATAMIENTO DE LA PRESENCIA FENICIA EN LAS COLONIZACIONES MEDITERRÁNEAS A TRAVÉS DE LA DIFUSIÓN <i>Amada Victoria Tirado González</i>	729
ARGANTONIO VA AL COLE: DISCURSO IDENTITARIO Y TÓPICOS HISTORIOGRÁFICOS EN LA DIVULGACIÓN DE TARTESO HACIA EL PÚBLICO INFANTIL <i>Cristina Barragán García</i>	741
PERCEPCIÓN, APROPIACIÓN SOCIAL Y CONSTRUCCIÓN DEL IMAGINARIO COLECTIVO EN TORNO AL PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO: TARTESO COMO MARCA <i>Yolanda González-Campos Baeza, David Villalón Torres</i>	755

PRESENTACIÓN

SEBASTIAN CELESTINO PÉREZ, ESTHER RODRÍGUEZ GONZÁLEZ

La celebración en noviembre de 2021 del II Congreso Internacional de Tarteso, bajo el título *Tarteso. Nuevas fronteras*, se debió a una iniciativa de la editorial Almuzara y de la empresa Tierra Creativa, inspiradores y organizadores también del I Congreso Internacional *Tarteso. El Emporio del metal*, realizado en 2011 en la ciudad de Huelva bajo la dirección científica de Juan Campos y Jaime Alvar. El encuentro de Huelva no solo fue un éxito de participación, sino que consiguió una gran repercusión en el ámbito académico y, tras su publicación dos años después, también entre todos aquellos interesados por una de las culturas más atractiva y estudiada de nuestra Historia.

Este segundo congreso internacional tenía como objetivo poner al día la investigación que sobre Tarteso se había llevado a cabo en la última década, unos años de intensos trabajos arqueológicos en los que se llevaron a cabo varios eventos académicos y vieron la luz numerosas publicaciones científicas que han permitido avanzar sensiblemente en el conocimiento de Tarteso. También la fecha coincidía con el centenario de la publicación del *Tartessos* de A. Schulten, una obra que a pesar de sumir Tarteso en la confusión y años después, al amparo de su reedición, en un caos interpretativo, no dejaba de ser una obra que revitalizó la investigación sobre Tarteso, cuyo verdadero precursor, aunque de forma instintiva, fue sin duda G. Bonsor. Pero también se conmemoraba el medio siglo del libro *Tartesso. La ciudad perdida* de Joan Maluquer de Motes, la primera monografía de carácter eminentemente arqueológico que sirvió para trazar un nuevo camino en la investigación sobre esta rica cultura.

Cuando los organizadores del congreso nos encargaron la dirección científica del mismo, ya tenían muy claro que querían reivindicar una nueva visión de Tarteso derivada de los hallazgos que se estaban produciendo en la denominada periferia geográfica tartésica. No entendían por qué sitios tan significativos como la necrópolis de Medellín o el santuario de Cancho Roano, por poner los casos más conocidos, considerados y analizados en la literatura arqueológica como lugares de raigambre tartésica (y las citas aquí serían interminables), no entraban sin embargo en los mapas donde se marcaba el territorio tartésico. Mapas de una extrema rigidez que no consideran ni el paso del tiempo ni la capacidad de una cultura de impregnar nuevos espacios geográficos en sus casi 500 años de historia. Romper este tabú era, pues, uno de los objetivos en el que, precisamente, nosotros venimos trabajando desde hace ya mucho tiempo.

Cuando comenzamos a elaborar el programa del Congreso, tuvimos claro desde el principio que no debíamos abordar Tarteso solo desde una perspectiva interna, sino que se hacía necesaria una visión más global donde se acometiera el fenómeno de la colonización fenicia, así como el análisis de las diferentes circunstancias y consecuencias de esos contactos con las comunidades indígenas del Mediterráneo central y occidental. Por ello, creímos pertinente contar con la presencia de especialistas que nos ilustraran sobre

este fenómeno de la colonización fenicia en lugares como Chipre, Sicilia, Cerdeña, el sur de Italia o el norte Túnez. Pero no menos importante era tener una visión sobre la colonización griega y los diferentes mecanismos que utilizaron para conseguir sus objetivos comerciales, donde Tarteso jugó un papel fundamental.

Tampoco queríamos obviar el fenómeno de la colonización en otras áreas peninsulares alejadas del tradicional territorio de Tarteso, pero afectadas igualmente por la colonización mediterránea, caso de la zona levantina, donde se están realizando importantes trabajos de campo que están ayudando a conocer mucho mejor la simbiosis cultural entre colonizadores e indígenas; el sureste peninsular, donde el impacto de la colonización fenicia en las comunidades indígenas es muy notable; o la mitad sur de Portugal, una amplia zona que a través de los trabajos llevados a cabo en el Algarve y la desembocadura del Tajo, principalmente, se ha convertido en los últimos veinte años en un referente ineludible para el estudio de la colonización fenicia.

Un bloque específico se dedicó, como es lógico, al territorio tradicionalmente asimilado a Tarteso: la bahía de Cádiz, el valle Bajo del Guadalquivir y Huelva; pero también a las zonas aledañas, en especial al valle del Guadiana que, además de cobrar cada día mayor protagonismo arqueológico, están permitiendo interpretar un período a veces inadvertido que coincide con el fin de la cultura tartésica.

Por último, queríamos incorporar temas inéditos o escasamente tratados relacionados con la cultura tartésica, caso de la presencia de la mujer o el desarrollo del banquete en los rituales, donde el estudio de la fauna se nos antojaba primordial. También teníamos interés en conocer cómo se estaban desarrollando algunos proyectos de investigación relacionados con Tarteso, como el estudio de los materiales inéditos de esa época depositados en los museos; el análisis de eventos naturales, como los tsunamis, que podrían haber perjudicado el desarrollo de Tarteso; o una visión renovada de la metalurgia, siempre en el punto de mira de la economía tartésica. En este sentido, tampoco podía faltar una visión sobre el comercio griego, imprescindible para entender la evolución de Tarteso hacia otros mercados más globales tras la crisis de su núcleo geográfico. Y, claro, no podía faltar una visión sobre la religión tartésica, siempre presente en Tarteso gracias al destacado número de santuarios excavados y al nutrido grupo de objetos de culto documentados en los mismos, pero nunca exenta de polémica por las dificultades que existen para su interpretación.

Al elenco de autores que conformaron el programa se suman los trabajos recibidos y presentados como comunicaciones dentro del marco del congreso, cuya publicación también ha quedado recogida en este volumen. Todos ellos son un excelente complemento a los temas de debate abiertos durante la celebración del congreso, bien porque abordan el estudio de territorios o yacimientos vinculados a la cultura tartésica o porque afrontan el estudio de contextos materiales que sirven ahora para acercarnos un poco más al conocimiento de esta cultura. Así mismo, por primera vez se incorporan a este tipo de publicaciones trabajos abordados desde una perspectiva divulgativa, una herramienta necesaria para que nuestra labor de investigación traspase la frontera científica y alcance al resto de la sociedad.

Pues bien, este libro es el resultado de las ponencias y comunicaciones que se presentaron en el congreso, si bien el tiempo que ha transcurrido entre la reunión y la edición no ha hecho sino mejorar sensiblemente los textos e incluso incorporar algunas novedades. Por ello, tenemos que agradecer el enorme esfuerzo de los ponentes por ajustar sus presentaciones a las exigencias de la edición, así como por respetar los tiempos, siempre rígidos por las obligaciones presupuestarias.

No podemos cerrar esta presentación sin mostrar nuestro agradecimiento a los patrocinadores del Congreso: la Diputación Provincial de Badajoz, a las empresas extremeñas Cristian Lay e Inquiva, la

Fundación Caja Badajoz e Ibercaja, así como a Tierra Creativa por la impecable organización del evento. También queremos reconocer la colaboración de los ayuntamientos de Mérida, Campanario y Zalamea de la Serena, así como la de la editorial Almuzara, siempre atenta a cualquier novedad arqueológica relacionada con Tarteso.

Esta edición se ha podido realizar gracias a la subvención que la Secretaría General de Ciencia, Tecnología, Innovación y Universidad de la Consejería de Economía, Ciencia y Agenda Digital de la Junta de Extremadura otorga al Instituto de Arqueología para su actividad científica. Queremos agradecer muy especialmente a su responsable, Jesús Alonso Sánchez, su especial sensibilidad con la investigación y, en concreto, con la arqueología tartésica, convirtiéndose en su máximo garante en la región. También queremos destacar el apoyo de los investigadores de nuestro Instituto, tanto en la organización del Congreso como en el desarrollo de esta publicación.

*Sebastián Celestino Pérez
Esther Rodríguez González*

ONoba PROTOHISTÓRICA: UNA CIUDAD-PUERTO

CLARA TOSCANO-PÉREZ*, JUAN M. CAMPOS CARRASCO*, ALEJANDRO CANO PÉREZ**

RESUMEN

Los testimonios arqueológicos vinculados con la actividad portuaria de *Onoba* protohistórica son numerosos. No hay duda de la vocación portuaria desde su origen y de la dependencia que tiene la ciudad con respecto a su puerto, de tal modo que su destino está ligado a los vaivenes del comercio fluvio-marítimo.

En esta aportación analizamos espacialmente los hallazgos arqueológicos más relevantes en cuanto a la información que proporcionan sobre la actividad portuaria en época protohistórica. Así, contemplándolas en conjunto, ser capaces de proponer áreas funcionales más concretas, para lo que hemos tomado como punto de partida el estudio de las estructuras y de los materiales arqueológicos vinculados a éstas, así como de los que testimonian las relaciones comerciales más antiguas de la ciudad protohistórica.

PALABRAS CLAVE

Ciudad-puerto, edificios portuarios, *Onoba* protohistórica, Huelva, Tarteso.

ABSTRACT

The archaeological evidences related to the port activity of protohistoric *Onoba* are numerous. There is no doubt about the port vocation since its origin and the dependence that the city has with respect to its port, in such a way that its destiny is linked to the changes of river-maritime trade.

In this contribution we analyze the most relevant archaeological finds in terms of the information they provide on port activity in protohistoric times. Thus, considering them as a whole, be able to propose more specific functional areas, for which we have taken as a starting point the study of the structures and the archaeological materials linked to them, as well as those that testify to the oldest commercial relations of the protohistoric city.

KEY WORDS

City-port, port buildings, protohistoric *Onoba*, Huelva, Tarteso.

* Centro de Investigación en Patrimonio Histórico, Cultural y Natural (CIPHNCN), Universidad de Huelva. clara.toscano@dhisi.uhu.es

** Grupo Vrbánitas. Arqueología y Patrimonio (HUM132). Universidad de Huelva. campos@uhu.es; alejandro.cano1@alu.ahu.es

1. INTRODUCCIÓN

El origen de la ciudad de Huelva y su existencia misma están íntimamente relacionados con su puerto, de tal modo que la propia configuración de la urbe se adapta a las necesidades del comercio marítimo, fruto a su vez de la ubicación estratégica del lugar.

El objetivo de esta contribución es el análisis espacial de algunas de las evidencias arqueológicas de la ciudad en época protohistórica para, al analizarlas en conjunto, identificar y establecer áreas a las que se les asigne una funcionalidad concreta (Fig. 1). Para ello, nos hemos basado en el estudio de las estructuras arquitectónicas, así como en el análisis de los materiales vinculados a ellas. Veremos, por tanto, diferentes zonas en función de su relación directa o indirecta con la actividad portuaria y comercial marítimo-fluvial.



Fig. 1. Intervenciones con estructuras de los ss VIII-VI a.C.

2. ARQUEOLOGÍA URBANA EN HUELVA

Antes de entrar de lleno, se torna necesario plantear las limitaciones a las que nos enfrentamos en una ciudad histórica superpuesta y que hacen que nuestra visión se limite a una aproximación a pequeñas ventanas inconexas al pasado.

Las razones que lo provocan son diversas: en primer lugar, los solares de los que tenemos información han sido casi siempre excavados por diferentes profesionales y empresas, en diferentes momentos en cuanto a la evolución de nuestra disciplina; a veces con metodología diversa; siempre con documentación

generada sin unificar; y con criterios de la administración competente de difícil comprensión en muchas ocasiones. Este hecho ha provocado un desigual conocimiento entre solares contiguos en función de la época, el equipo que lo excavó o las directrices impuestas por la administración. En el caso de Huelva, además, debemos sumar que el tipo de intervenciones arqueológicas son, en la mayoría de ocasiones, de urgencia, condicionando así el conocimiento arqueológico a las necesidades de los promotores y limitándolo a las condiciones que provoca el trabajo de arqueología de urgencia en la obra.

Por otro lado, la escasa profundidad a la que se sitúa el nivel freático ha impedido en la mayoría de ocasiones el rebaje más allá del mismo, con la pérdida de información de los niveles más antiguos que ello supone.

Otro de los problemas radica en la accesibilidad a la información, pues, en la mayoría de ocasiones, se limita a las breves líneas que se recogen en el Anuario Arqueológico de Andalucía, que no se publica desde el año 2008. Esto en el mejor de los casos, pues otras veces las Memorias Científicas no han sido entregadas, o son entregadas con información muy limitada, ni los materiales exhumados depositados.

Todo ello propició que el grupo de investigación “Urbanitas. Arqueología y Patrimonio (HUM 132)”, de la Universidad de Huelva, desarrollase una línea específica de carácter metodológico sobre la Arqueología Urbana aplicada a nuestras ciudades históricas superpuestas (Gómez y Campos 2001; Campos 2019).

3. PECULIARIDADES GEOMORFOLÓGICAS DE LA CIUDAD DE HUELVA

Las peculiaridades geográficas de la ciudad de Huelva condicionarán la configuración del asentamiento, que en un primer momento debió de situarse en la zona alta de los cabezos, precisamente por su valor estratégico y tratarse de un terreno estable. Fue en la protohistoria cuando el poblamiento se amplió a las zonas bajas de la ciudad, como consecuencia de haberse consolidado las condiciones apropiadas para la existencia de un puerto marítimo-fluvial al que se accedería desde el mar a través de brazos mareales que discurren entre esteros de naturaleza dinámica.

Por tanto, su posición geográfica, en la confluencia de los ríos Tinto y Odiel, protegida del océano Atlántico por un conjunto de pequeñas islas, una amplia zona de marisma que funcionaba como barrera de los temporales y las inclemencias del mar, hicieron un lugar ideal para el establecimiento de un puerto (Fig. 2).



Fig. 2. Huelva en 1830. Óleo sobre tabla de autor desconocido (Archivo Diego Díaz Hierro).

4. EL PUERTO DE ONOBA

La cuestión de los contactos entre los diferentes pueblos asentados en las costas mediterráneas ha sido y es uno de los temas principales de la investigación arqueológica en los últimos años.

En el caso de *Onoba*, a tenor de esta primera interacción, se asume la existencia de contactos que no supusieron la fundación de ocupaciones permanentes, pero que dependieron de la complicidad entre elites

indígenas y comerciantes orientales, que en una primera fase serían de origen chipriota, tal y como se desprende de los hallazgos del grupo de Baiões – Santa Luzia y de algunos hallazgos de los siglos X-IX a.C. de Huelva (Celestino y López-Ruiz 2016).

Uno de los debates más interesantes de los últimos veinte años ha sido acerca de la cronología del asentamiento permanente fenicio en la ciudad de Huelva, pues va desde quienes lo establecen a mediados del s. X a.C. (Mederos 2006: 172; Brandherm 2008: 98; González de Canales *et alii* 2009: 3), hasta quienes lo fijan entre el 850-800 (Gilboa 2013: 326), otros lo fijan entre el 850-770 a.C. (Núñez Calvo 2018: 171), y por último la cronología más reciente entre 810-750 a.C. (Fantalkin *et alii* 2011: 184).

El hallazgo en Huelva de las cerámicas fenicias y del Geométrico Medio más antiguas en la península Ibérica convierten a este enclave en el centro del estudio sobre los primeros contactos interétnicos entre fenicios y población indígena, de ahí la numerosa bibliografía que este tema está generando entre la investigación.

La realidad es que no hay consenso sobre la naturaleza del asentamiento de Huelva, pues las hipótesis son no solo discrepantes, sino antagónicas: desde quienes la consideran una ciudad fenicia (Pellicer 1996:121; González Wagner 2011: 121; Padilla Monge 2016: 108); las posturas que incluyen de manera anecdótica al elemento indígena, como que se trate de un emporio fenicio, establecido mediante un acuerdo con un asentamiento indígena cercano (Mederos 2006: 170-171; Torres 2008: 71; Ruiz-Gálvez 2013: 297-299; Ruiz Mata *et alii* 2014: 108), o un emporio precolonial fenicio con participación indígena (González de Canales *et alii* 2009: 3-4), y un barrio fenicio al pie del cabezo de San Pedro, junto al actual puerto (Ortega 1999: 268-270); hasta las posturas que otorgan más peso al elemento indígena, como que se trata de un enclave tartésico en el cabezo de San Pedro, fundado en el s. X a.C., antes de los contactos con los fenicios en el s. IX a.C. (Delgado 2008: 355, 358), o un asentamiento indígena fundado en 1250 a.C. (Gómez y Campos 2008; Gómez Toscano 2009: 37).

Pese a la copiosa bibliografía, normalmente se ha analizado este problema desde la perspectiva del foráneo, de ahí que haya numerosos artículos sobre la cerámica importada y muy escasas referencias a la cerámica indígena.

A este respecto, es significativo el tratamiento que se le da a la cerámica indígena localizada en uno de los enclaves más relevantes de la ciudad, donde se halló un santuario con carácter portuario y de donde procede uno de los conjuntos cerámicos más relevantes y que ha generado mayor expectación de la protohistoria del Mediterráneo (Toscano-Pérez 2017; 2021). Se trata del hallazgo de unos 90000 fragmentos cerámicos, dentro de los que se ha estudiado y publicado solo el 9% (González de Canales *et alii* 2004: 29-30), pero donde se observa que las cerámicas fenicias suponen alrededor de un 40% del total, mientras que las del Bronce Final IIIB local son un 59% (Mederos 2021: 50). Con menor presencia, pero idéntica relevancia, tenemos el conjunto más numeroso de cerámicas del Geométrico Medio del Mediterráneo Occidental, que supone el 0,41 % de las cerámicas publicadas, que no recuperadas.

Sea como fuere, el incremento de las transacciones comerciales fue la razón del establecimiento de un puerto permanente en la ciudad, momento desde el que su vocación de intercambio ha sido la principal actividad económica del lugar. Tal es así, que la ciudad de Huelva en época protohistórica se convirtió en uno de los puntos comerciales principales del Mediterráneo, sobre todo a partir del siglo VIII a.C., como consecuencia del intercambio de metales, principalmente plata procedente de los minerales de la Faja Pirítica Ibérica.

Como consecuencia, *Onoba* debió contar con una serie de edificios necesarios para la vida en una ciudad portuaria y que giran en torno al santuario, un espacio de hospitalidad y cosmopolita, garante de las

relaciones cordiales entre las gentes de diferente lugar de origen que llegaban a este puerto. En el caso de *Onoba*, lo localizamos en el edificio exhumado en las intervenciones arqueológicas llevadas a cabo en la calle Méndez Núñez (Fernández y García 2001; Osuna *et alii* 2001).

Excavado entre 1997 y 1998, se localizan niveles que van desde los siglos VIII-VI a.C., con la presencia de un gran edificio público interpretado como santuario vinculado con la zona portuaria (Fig. 3).

Pese a que no pudo ser excavado en extensión, se localizó: el túmulo fundacional, una zona para los sacrificios rituales, hogares para la preparación de ofrendas y bancos corridos que podrían ser usados durante los banquetes, además de varios pozos para ofrendas (Osuna *et alii* 2001: 178) (Fig. 4).

Según los arqueólogos responsables de la intervención, tuvo lugar un evento natural repentino - maremoto, terremoto, etc.- a comienzos del s. VI a.C. que destruyó el edificio, aunque no dejó de funcionar como espacio religioso, de manera que a fines de la misma centuria se reconstruyó, aunque con una serie de cambios de entre los que cabe destacar la compartimentación interna, la protección del témenos con una estructura en zigzag y el cambio de acceso, ahora por el noroeste y en rampa, posiblemente en previsión de una crecida de las aguas. También destaca de esta fase una acumulación de escorias de sílice libre junto a bloques de galena y plomo, a lo que si le sumamos el hallazgo de un yunque de orfebre y del “tas” de platero dan muestra de las actividades orfebres y metalúrgicas (Osuna *et alii* 2001: 180-183).

Una parte de este edificio fue trasladado a los jardines del Museo Provincial de Huelva antes de que se procediera al vaciado del solar, controlado por colaboradores que habían participado en la excavación. Estos sedimentos fueron depositados en la zona de marisma de Huelva, de donde fueron seleccionadas las piezas a estudiar y que dio como resultado la publicación del estudio de un total de 7936 piezas, un 9% del total exhumado (González *et alii* 2004: 29).

Los materiales fueron escurpulosamente estudiados y publicados (González *et alii* 2004), por lo que, pese a su valor y singularidad, no nos detendremos en ellos. Sí destacaremos algunos elementos que vienen a apoyar el carácter portuario de la zona,



Fig. 3. Santuario de Méndez Núñez durante su excavación (Osuna *et alii* 1998).



Fig. 4. Interpretación de espacios del santuario de Méndez Núñez (Osuna *et alii* 1998) 1. Umbral de acceso al “Salón E”, Fase III. 2. Nivel de cimentación de la calle N, Fase I. 3. Calle N, Fase II. 4. Enlucido interior del “Salón E”, Fase III. 5. Suelos interiores, Fase III. 6. UE M-102 (muro medianero) con alzado de adobe y otro alzado de adobe sobre UE N-103. 7. Enlucido exterior a nivel de calle, Fase III.

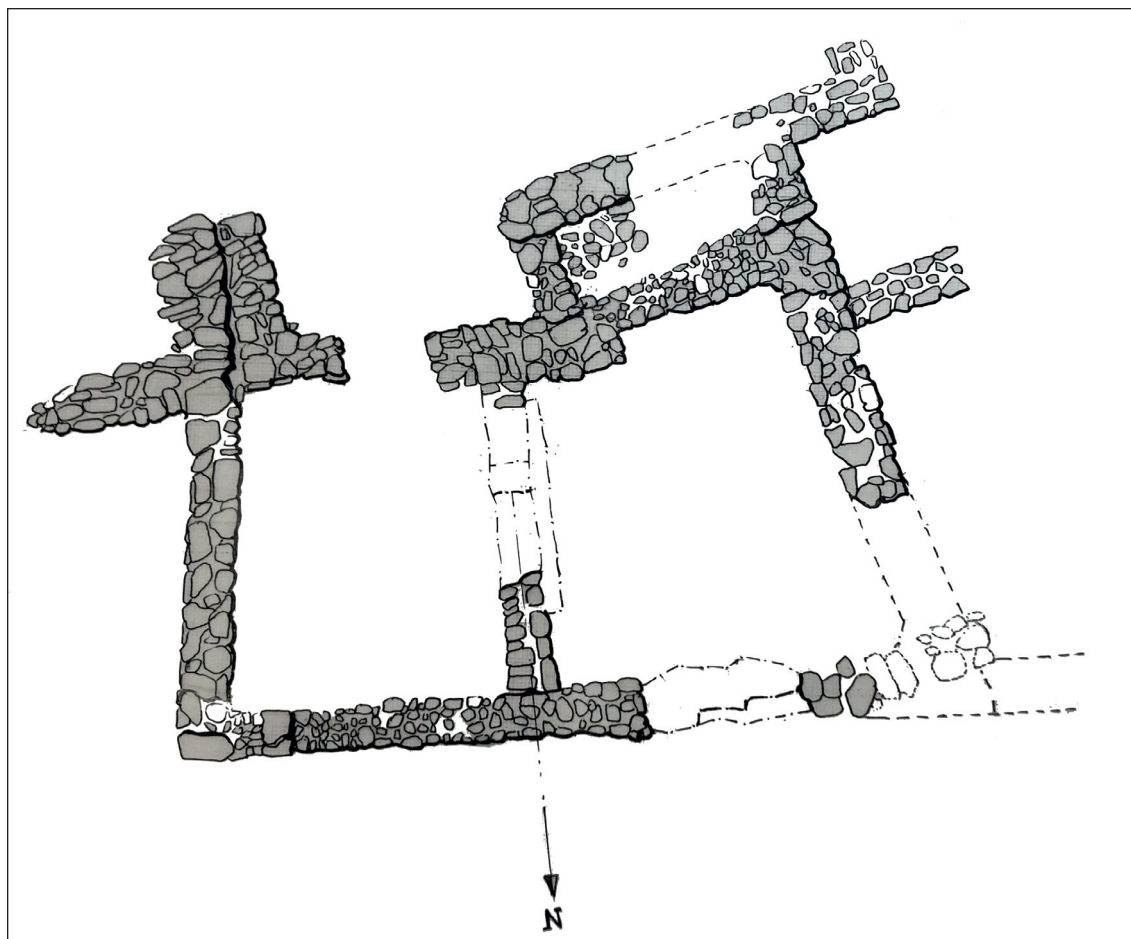


Fig. 5. Planimetría del santuario de Méndez Núñez. Elaboración propia a partir de (Osuna *et alii* 1998).

como son: un ancla de roca ostionera con un orificio, con paralelos en Chipre y Levante; múltiples evidencias de actividad metalúrgica; conjunto de 4 ponderales de plomo, correspondientes al sistema ponderal fenicio, sin apenas variaciones con el shekel circulante en la costa sirio-palestina; serie de placas de hierro fijadas al maderamen de un barco mediante clavos también de hierro, así como maderamen de barco, relacionado con construcción naval (González *et alii* 2004: 140-161).

Al defender su vinculación con la de un santuario con vocación cosmopolita y hospitalaria, debemos tener en cuenta la importante presencia de elementos griegos en la ciudad de *Onoba*, curiosamente con una concentración de los hallazgos en las cercanías del santuario de la c/ Méndez Núñez (Fig. 6).

Las intervenciones más recientes de la ciudad indican la posibilidad de un área comercial en la parte baja diferenciada del hábitat doméstico, donde trabajarían los comerciantes e incluso adorarían a sus propios dioses. No debemos olvidar que en Huelva se localiza la muestra más antigua de cerámica griega importada, concretamente se trata de un conjunto de vasos eubeo-cicládicos subprotogeométricos y áticos del Geométrico Medio II (González *et alii* 2004: 82-86) (Fig. 6 y 7).

De hecho, un importante y numeroso conjunto de cerámica griega, cuya procedencia era desconocida hasta hace relativamente poco, se ha demostrado tener un origen onubense, lo cual no debe de



Fig. 6. Cántaros. Geométrico Medio II (superior y medio); Plato de semicírculos colgantes. Subprotogeométrico (inferior). Procedentes de c/ Méndez Núñez 7-13-Plaza de las Monjas 2 (Huelva) (García Alfonso 2016: Fig. 2).

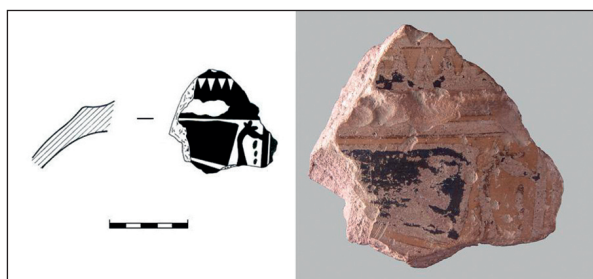


Fig. 7. Fragmento de píxide ática. Geométrico Medio II procedente de la calle Palos (Huelva) (García Alfonso 2016: Fig. 16).

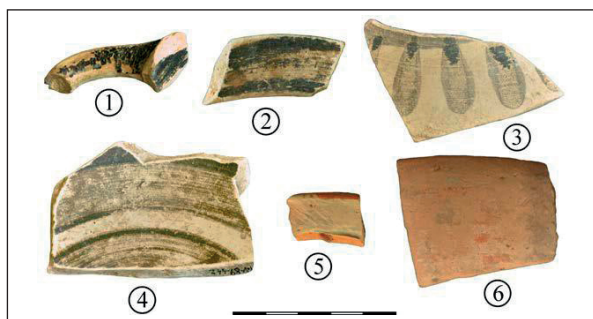


Fig. 8. Ejemplo de Cerámica griega de manufactura onubense (González y Llompart 2017).

sorprendernos, pues los griegos solían ubicar alfares en lugares donde residían por tiempo prolongado, no solo en las colonias, caso de Náucratis, entre otros. La explicación está en cubrir la necesidad de no depender de las importaciones para obtener su vajilla tradicional, sobre todo los vasos para beber. No se trata de artefactos manufacturados para el comercio, sino para el uso local, realizado por alfareros jonios asentados en el territorio (González y Llompart 2017) (Fig. 8).

En las cercanías del santuario, al Norte del mismo, encontramos estructuras relacionadas con la actividad comercial del puerto en las intervenciones llevadas a cabo en la, curiosamente, denominada calle Puerto. En todas las intervenciones efectuadas en lo que sigue siendo en la actualidad una de las arterias económicas de la ciudad, se localizan testimonios de la actividad portuaria, como mínimo, desde el s. VII a.C.¹ íntimamente relacionada con las el trabajo metalúrgico: desde hornos de fundición, escorias y cerámica relacionada con la obtención de plata (Garrido y Orta 1989; 1994: 178; Fernández *et alii* 1990: 18; Rufete y García 1999: 188; Rufete 2002: 101-151).

Los testimonios directos e indirectos relacionados con el procesamiento del mineral en la ciudad protohistórica de *Onoba* son innumerables y parecen tener una mayor concentración un área al norte del santuario de Méndez Núñez y sus alrededores. Destacan la cantidad de hornos metalúrgicos localizados y cuya mayor concentración tenemos en los números 6, 9 y 29 de la calle Puerto y entre los solares 10 y 12 de la calle Botica. Evidencias significativas tenemos también en c/ La Fuente 19-21, Puerto 10, 27, 29 y Méndez Núñez 4-6 (Fig. 9).

Es al sur del santuario donde se aprecia una concentración de los materiales griegos más selectos, sobre todo procedentes de las

¹ Intervenciones en c/ Puerto 6, 9 (1983), 10 (1980); 12 (1989), 22 (1994), 29 (1987); números 10-12 de la cercana calle Botica (1983).

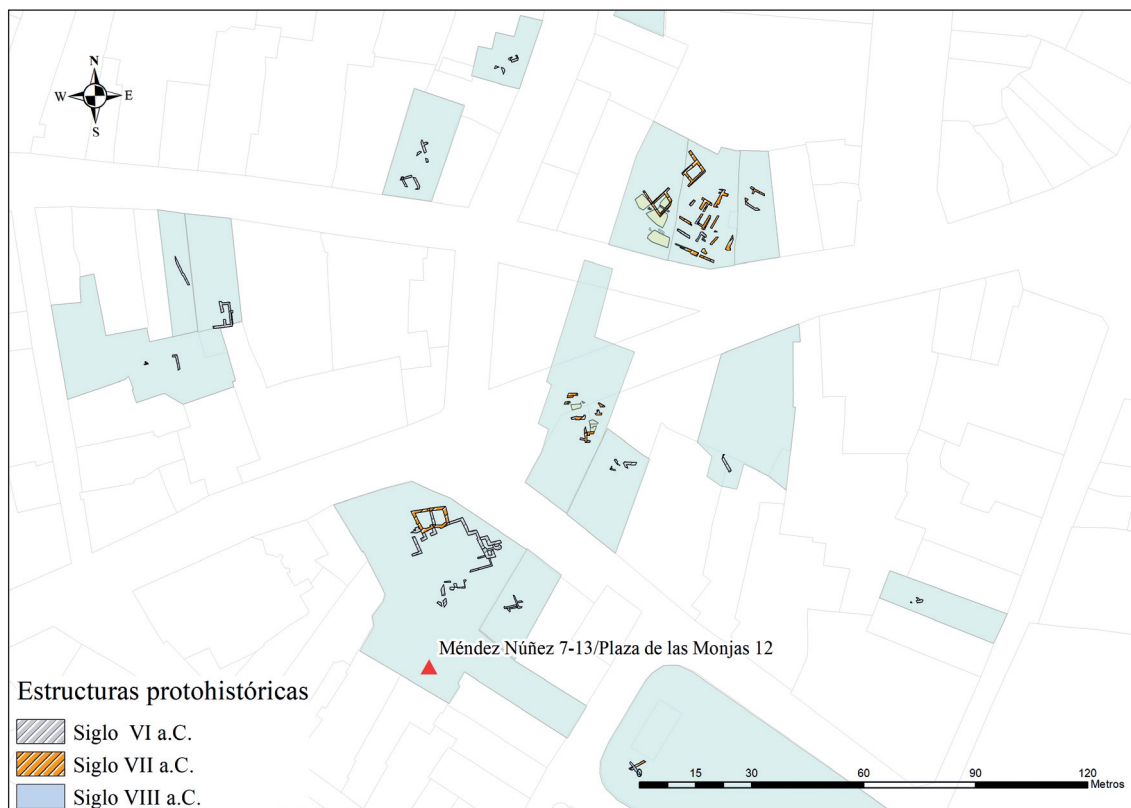


Fig. 9. Estructuras al norte del santuario.

intervenciones en la c/ Concepción 3 y 5; plaza de las Monjas 2, con niveles correspondientes a un edificio de grandes dimensiones de los siglos VII-VI a.C., con habitaciones con algunos pavimentos de conchas; y las de calle Palacios 7; 9 y Vázquez López 8, donde la fase protohistórica abarca una cronología de los siglos VII y VI a.C. (Fig. 10). Del s. VII a.C. son varias fases constructivas, de las que destaca una estructura identificada como un edificio escalonado, o más bien tratarse de la escalera de un edificio imponente. Es destacable el hallazgo del grafito en el galbo de una copa jonia, que puede interpretarse como “soy de Heracles” y que podría indicar la existencia en la misma Huelva de algún área de culto relacionada con Melqart, quizás en algún punto entre la calle Palacios, Plaza de las Monjas (de donde se supone además que procede el último de los Reshef recuperados), y Méndez Núñez.

Recientemente, entre Febrero y Junio de 2022, hemos excavado en el antiguo edificio de Hacienda de Huelva, que pese a encontrarnos en fase de estudio, podemos adelantar que ha supuesto la obtención de significativos datos para la comprensión histórica de la ciudad, sobre todo para época protohistórica, concretamente los siglos VIII al VI a.C.

Hemos podido documentar estructuras pétreas y de adobe, relativamente bien conservadas, con diversa funcionalidad: muros de cierre de edificios, escaleras, muros divisorios internos, pilastras, hornos y posiblemente algún banco corrido (Fig. 11). La técnica edilicia utilizada se corresponde con el extendido en la ciudad para este momento y que se compone de zócalo de mampuestos cuyo alzado y techumbre sería de adobes, con ligeras diferencias en función de la fase en la que nos encontramos. Presenta, además, revoque en alguna de las caras, así como pavimentos, con muestras del negativo de alguna estructura realizada con madera (Fig. 12).

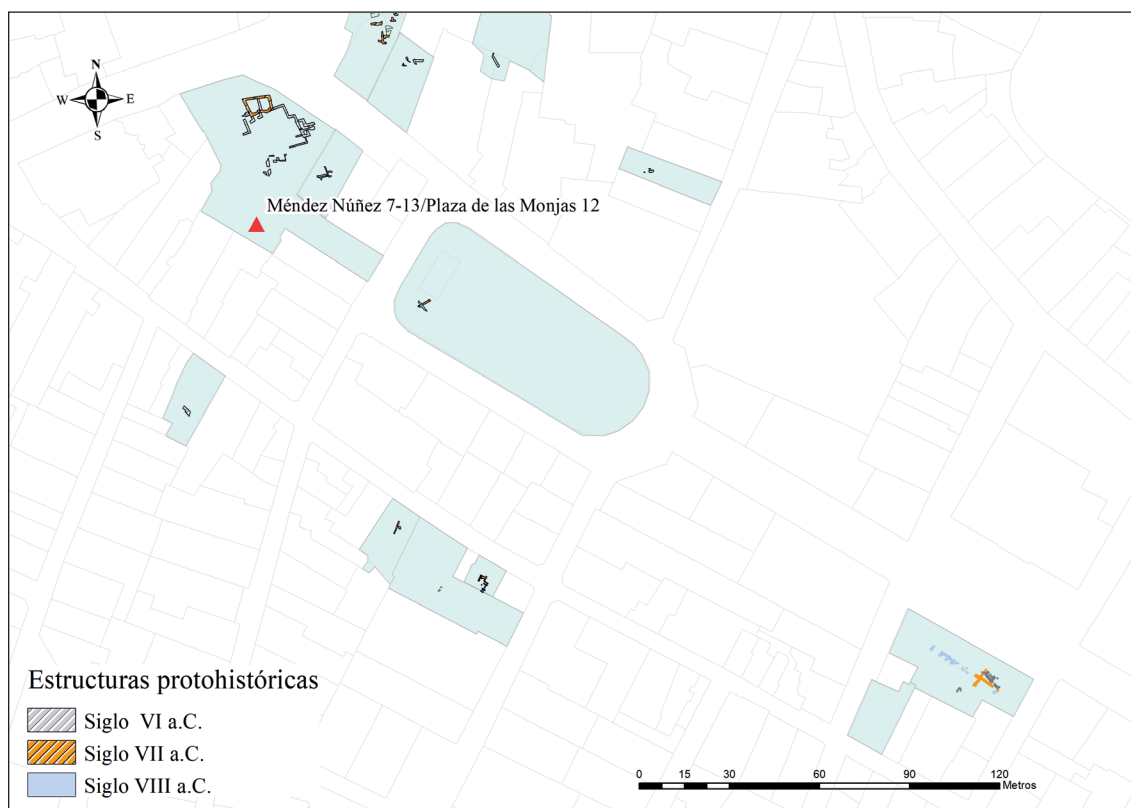


Fig. 10. Estructuras al sur del santuario.

En suma, y con la cautela de estar en fase de estudio, podemos avanzar que estamos ante un complejo de almacenes portuarios cuya cronología y funcionalidad vienen determinadas por la cultura material asociada de la que podemos avanzar algunos datos: la mayoría del material está hecho a torno, aunque la proporción de cerámica a mano aumenta en los niveles mas antiguos; en cuanto a la forma, la mayor parte de los materiales son contenedores anfóricos, aunque también tenemos platos, ollas, cuencos y copas; por último, sobre la procedencia de los materiales, además de producciones locales, abundan los de la costa sirio-palestina, chipriotas, sardas, griegas e incluso algún elemento etrusco.

El espacio portuario de la ciudad protohistórica fue el de mayor superficie, pero hay otros puntos muy relevantes con diferente funcionalidad, como la conocida necrópolis tartésica de la Joya², que se localiza en el denominado también Cabezo de La Joya². Su descubrimiento supuso un avance muy significativo para el conocimiento sobre la cultura tartésica y para la arqueología onubense en particular. Entre fines de los 60 y principios de los 70 se excavaron 19 tumbas, dentro de las que contamos con algunas de tipo aristocrático, que destacan por su rico y variado ajuar: como jarros de bronce, objetos de plata, oro, vasos de alabastro, o marfiles e incluso los restos de lo que se ha interpretado como un carro decorado con ricos elementos de bronce (Tejera y Toscano-Pérez 2022a; 2022b; Toscano-Pérez *et alii* 2022a) (Fig. 13). Su excepcionalidad fue tal que favoreció la creación del Museo de Huelva en 1973, donde actualmente se localizan las ricas y singulares piezas exhumadas durante las excavaciones, piezas que incluso han sido solicitadas por algunos de los museos más importantes del mundo, como el Metropolitan Museum.

² No disponemos del espacio suficiente para tratar la necrópolis de la Joya con la extensión que merece, por lo que remitimos a la reciente monografía publicada (Toscano-Pérez, C. Y Tejera, A. 2022).

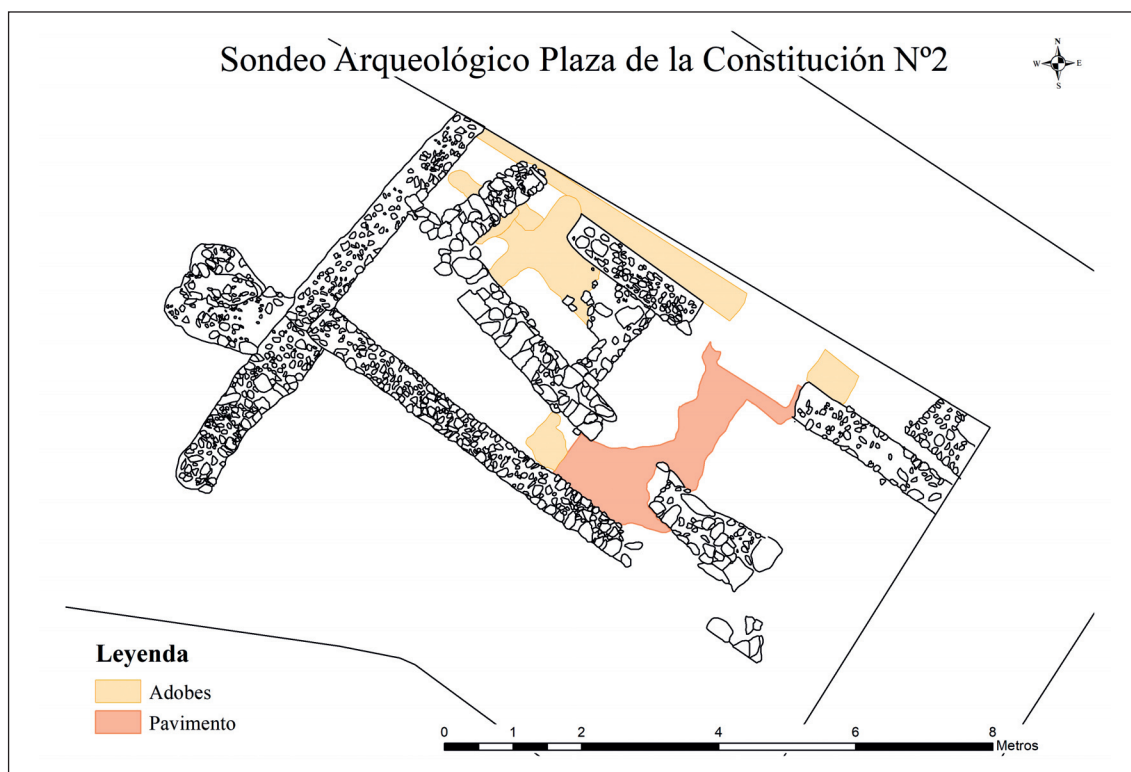


Fig. 11. Planimetría del sector “Sondeo”. Intervención “antiguo edificio de Hacienda”.



Fig. 12. Vista del norte del sector “Sondeo”. Intervención “antiguo edificio de Hacienda”.



Fig. 13. Tumba 17 en proceso de excavación (Tejera y Toscano-Pérez 2022a: Fig. 2).



Fig. 14. Ajuar de la tumba excavada en 1999 (Museo de Huelva).

En 1999, como consecuencia de una denuncia en la que se indicaba la presencia de lo que se podría considerar una tumba de incineración en el talud del cabezo, se efectuó una intervención arqueológica de urgencia por técnicos de la Delegación Provincial de Cultura (Gómez y Campos, 2001: 261-262). Se trataba de una tumba colectiva que incluye seis incineraciones y una inhumación posterior, así como un modesto ajuar compuesto, principalmente, por cerámica (Fig. 14). Dado el continuo expolio del lugar, la intervención tuvo que ejecutarse en muy poco tiempo y darse por finalizada antes de lo previsto. La falta de estudio del material provocó que en el año 2017 se llevará a cabo el estudio de los mismos dentro de la segunda anualidad del Plan General de Investigación de la Zona Arqueológica de Huelva, gracias al cual se pudo constatar un patrón que gira alrededor de las urnas funerarias. De las 4 que fueron utilizadas para albergar los restos óseos tras la cremación, tres de ellas responden a la tipología de Cruz del negro, fechada en el s. VII a.C., que en dos casos fueron tapadas con una pieza de piedra. Contamos, pues, con un patrón de incineración en el estrato más profundo del conjunto, que cronológicamente responde a un momento que se fecharía entre mediados y finales del s. VII a.C., pues según el estudio cronotipológico, además de la fecha atribuida a las urnas de tipo Cruz del Negro, los platos de engobe rojo arrojan, también, la misma fecha. Sobre este nivel se localizó una capa de cal, interpretada por sus excavadores como sellado de las incineraciones, pero que podría interpretarse como una cama preparatoria del siguiente nivel, compuesto por una inhumación, acompañada por un pequeño cuenco que fue expoliado durante los trabajos de campo, así como un tubo cilíndrico de hierro y mango de madera que se encuentra en fase de estudio (Toscano-Pérez *et alii* 2022b: 182-185; Toscano-Pérez *et alii* e.p.).

En 2019 se volvió a excavar en la necrópolis, merced a la intervención puntual como consecuencia del diagnóstico requerido para un proyecto urbanístico que se pretende ejecutar en el Cabezo. El resultado ha sido la confirmación de la continuidad de la necrópolis más allá del área más elevada, que era la que se conocía desde el pasado siglo, prolongándose, como mínimo, hasta la ladera media de la elevación, donde se han documentado 10 tumbas más de cremación, con un rico y variado ajuar (Echevarría *et alii* 2021) (Fig. 15).

5. REFLEXIONES FINALES

A modo de síntesis, nuestra investigación nos está permitiendo relacionar espacios y distinguir funcionalidades básicas en la ciudad portuaria de *Onoba* en época protohistórica, tanto de manera diacrónica como sincrónica.

Hay una distinción lógica entre las funciones de la zona alta y las de la zona baja, pues las primeras se centran en espacios relacionados con mundo ritual y funerario, mientras que la más cercana al tráfico fluvio-marítimo concentrarán las actividades relacionadas con el puerto, ya sea comercial o pesquero, así como las metalúrgicas, por la necesidad de ubicarse cerca del punto de embarque.

El lugar más relevante de los localizados hasta ahora se trata del santuario, corazón del emporio en el que se convierte la ciudad, sobre todo a partir del s. VIII a.C., como consecuencia del crecimiento comercial y demográfico que tuvo lugar.

Alrededor del santuario giraría toda la actividad económica del puerto, cerca del cual se articulaba la logística de embarque y desembarque, pues el incremento y periodicidad de las transacciones comerciales - que propiciaba el paso de un fondeadero a un puerto- llevaba aparejado que fueran cubiertas una serie de necesidades, no solo la garantía del resguardo de las inclemencias meteorológicas y del mar, sino que tenía que suponer un lugar amistoso. De esta manera, ante la incertidumbre del recibimiento en la costa, los puertos se convertían en espacios neutrales. La forma en la que la hospitalidad quedaría garantizada es consagrándolo a una o varias divinidades, lo que convertiría al puerto en un emporio o espacio de comercio donde tuvieran cabida todas las procedencias, cultos, costumbres y sistemas métricos de los navegantes llegados, que en el caso del puerto onubense, estaría conformado por comerciantes procedentes de la costa sirio-palestina y del Egeo.

Pese a que cada vez contamos con mayores testimonios arqueológicos que vienen a sumarse a lo conocido, no es menos cierto que tenemos muchas y muy importantes incógnitas por resolver. Por ello, este trabajo se encuentra enmarcado en una línea de investigación que tiene a la protohistoria de Huelva como paradigma de los sucesos acaecidos a escala Mediterránea. Lo avanzado hasta ahora es una mínima parte de todo el potencial que ofrece la ciudad: tanto por la relevancia que tuvo a mayor escala, como por el estado inédito de la mayor parte de los datos.

Se torna necesario, entre otras cuestiones, revisar y repensar espacial y cronológicamente la primera ocupación de la población y el registro material que le acompaña, lo cual a su vez nos ayudará a esclarecer el modo de contacto que dicha población tuvo con los primeros comerciantes mediterráneos.

Otra de las grandes cuestiones por resolver, pese a lo avanzado, es la redefinición de funcionalidades mediante estudio de los materiales depositados en el Museo. Esta es una labor a largo plazo, pues solo de Méndez Núñez hay más de 300 cajas procedentes de la excavación de 1998 que no han sido revisadas, así como el vaciado cuya publicación es solo el 9% del total depositado. Es clave otorgar funcionalidad a otros espacios como el cabezo de San Pedro, cuya hipótesis pasa por la posible existencia de una favissa, o la conexión de ciudad con la necrópolis del Parque Moret y con el hinterland agrario de la zona La Orden-Seminario.

En cuanto a la evolución geomorfológica, su estudio nos permitirá definir una línea mareal, pues la que planteamos actualmente deberá ser precisada conforme avance la investigación y se incrementen las intervenciones arqueológicas en las zonas más desconocidas. Esta definición nos permitirá determinar la ubicación de muelles y fondeaderos, lo que a su vez posibilitará explicar el proceso desde el que un barco fondeaba hasta que la carga era depositada en su lugar de destino.

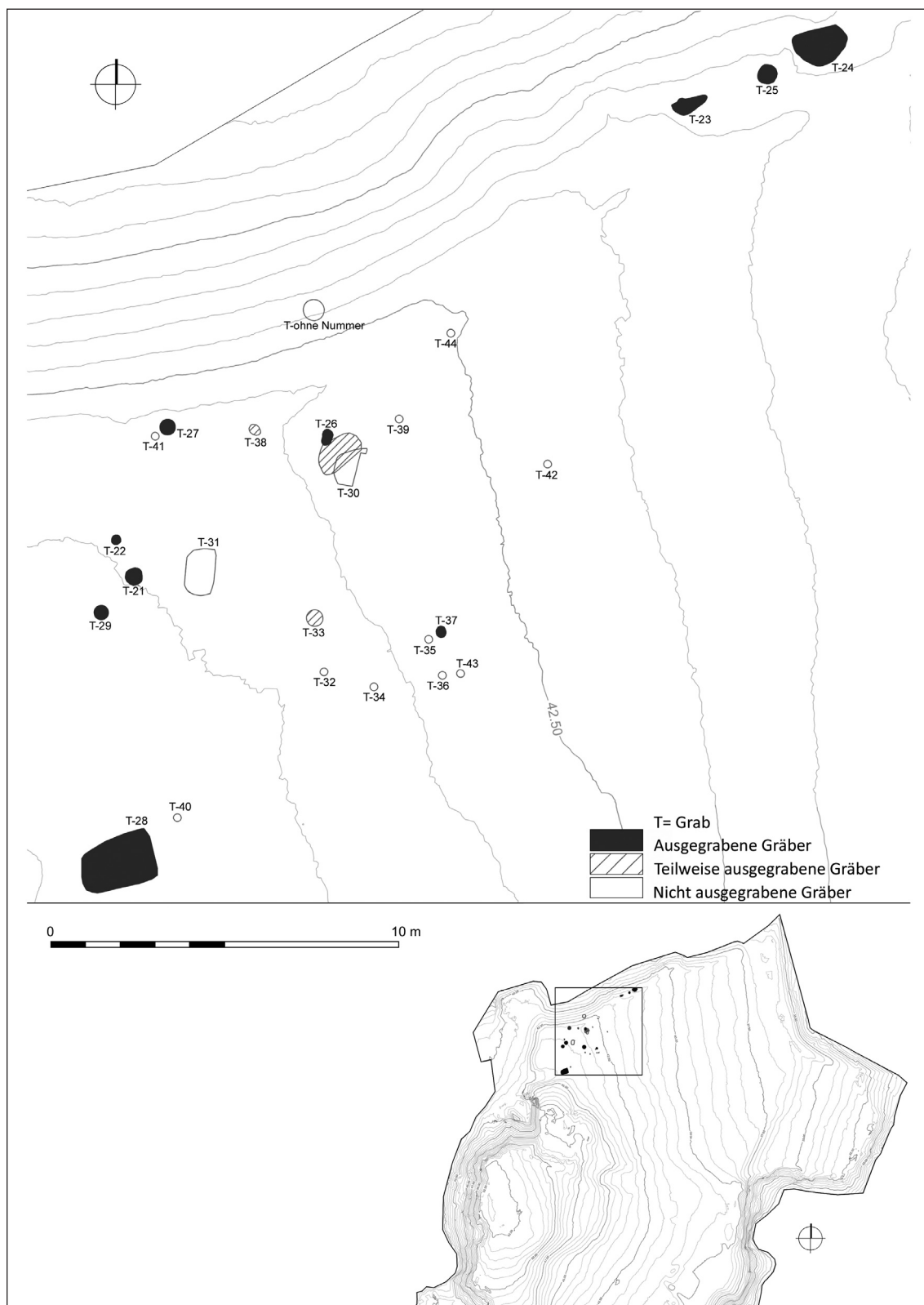


Fig. 15. Localización de las tumbas en la intervención de 2019 (Echevarría *et alii* 2021: Fig. 6).

BIBLIOGRAFÍA

- BRANDHERM, D. 2008: “Vasos a debate. La cronología del Geométrico griego y las primeras colonizaciones en Occidente”, en Celestino Pérez, S., Rafel, N. y Armada, L. (eds.), *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VIII a.n.e.). Precolonización a debate* (Serie Arqueológica 11), Madrid: 93-106.
- CAMPOS CARRASCO, J.M. 2019: “Panorama actual de la arqueología urbana en Huelva”, *Revista PH*, 96: 46-57.
- CELESTINO PÉREZ, S. Y LÓPEZ-RUIZ, C. 2016: *Tartessos and the Phoenicians in Iberia*, Oxford.
- DELGADO HERVÁS, A. 2008: “Fenicios en Iberia”, en Gracia, F. (coord.), *De Iberia a Hispania*, Madrid-Barcelona: 347-474.
- ECHERRÍA, A., GONZÁLEZ, D., BELTRÁN, J.M., VERA, J.C. Y MARZOLI, D. 2021: “Die Gräber 21–28 von La Joya (Huelva, Andalusien)”, *Madrid-Mitteilungen*, 62: 230-320.
- FANTALKIN, A., FINKELSTEIN, I. Y PIASETZKY, E. 2011: “Iron Age Mediterranean Chronology: A Rejoinder”, *Radio-carbon* 53-1: 179-198.
- FERNÁNDEZ JURADO, J. Y GARCÍA SANZ, C. 2001: “Excavación arqueológica en el solar 7-13 de la calle Méndez Núñez y 12 de la Plaza de las Monjas de Huelva”, en *Anuario Arqueológico de Andalucía* (AAA'97), III, Sevilla: 336-339.
- FERNÁNDEZ JURADO, J., RUFETE TOMICO, P. Y GARCÍA SANZ, C. 1990: “Excavación arqueológica en el solar 7, nº 29 de la calle Puerto de Huelva”, *Huelva Arqueológica*, 12: 9-77.
- GARCÍA ALFONSO, E. 2016: “Las primeras importaciones griegas en Occidente y la cronología de la cerámica geométrica: hacia un nuevo paradigma (I)”, *Menga*, 7: 101-134.
- GARRIDO ROIZ, J.P. Y ORTA GARCÍA, E.M. 1989: *La necrópolis y hábitat orientalizador de Huelva*, Huelva.
- GARRIDO ROIZ, J.P. Y ORTA GARCÍA, E.M. 1994: *El hábitat antiguo de Huelva (períodos orientalizador y arcaico). La primera excavación arqueológica en la calle del Puerto*, Madrid.
- GILBOA, A. 2013: «À-propos Huelva: a reassessment of 'Early' Phoenician in the West”, en Campos, J. y Alvar, J. (eds.), *Tarteso. El emporio del metal*, Córdoba: 311-342.
- GÓMEZ TOSCANO, F. 2009: “Huelva en el año 1000 a.C., un puerto cosmopolita entre el Atlántico y el Mediterráneo”, *Gerión*, 27-1: 33-65.
- GÓMEZ TOSCANO, F. Y CAMPOS CARRASCO, J.M. 2001: *Arqueología en la ciudad de Huelva (1966-2000)*, Huelva.
- GÓMEZ TOSCANO, F. Y CAMPOS CARRASCO, J.M. 2008: “El bronce final preferencial en Huelva según el registro arqueológico del Cabezo de San Pedro. Una revisión cuarenta años después”, *Complutum*, 19: 121-138.
- GONZÁLEZ DE CANALES, F. Y LLOMPART, J. 2017: “Producción de cerámicas griegas arcaicas en Huelva”, *Archivo Español de Arqueología*, 90: 125-145.
- GONZÁLEZ DE CANALES, F., SERRANO, L. Y LLOMPART, J. 2004: *El emporio fenicio precolonial de Huelva (ca. 900-770 a.C.)*, Madrid.
- GONZÁLEZ DE CANALES, F., SERRANO, L. Y LLOMPART, J. 2009: “The two phases of Western Phoenician expansion beyond the Huelva finds: An interpretation”, *Ancient West and East*, 8: 1-20.
- GONZÁLEZ WAGNER, C. 2011: “Fenicios en Tartessos: ¿interacción o colonialismo?”, en Álvarez Martí-Aguilar, M. (ed.), *Fenicios en Tartessos: nuevas perspectivas*, B.A.R.-I.S. 2245, Oxford: 119-128.
- MEDEROS MARTÍN, A. 2006: «Fenicios en Huelva, en el siglo X AC, durante el reinado de Hiram I de Tiro», *Spal*, 15: 167-188.
- MEDEROS MARTÍN, A. 2021: “El santuario fenicio de la calle Méndez Núñez-Plaza de las Monjas (Huelva, España) y el inicio de los asentamientos fenicios en la península Ibérica”, *SAGVNTVM*, 53: 35 - 57.
- NÚÑEZ CALVO, F. J. 2018: “Una lectura tipológico-secuencial de los materiales cerámicos orientales más antiguos hallados en Huelva”, en Botto, M. (ed.), *De Huelva a Malaka. Los fenicios en Andalucía a la luz de los descubrimientos más recientes*, Roma: 107-182.
- ORTEGA BLANCO, J. 1999: “Poblamiento y población en la Onuba prerromana: algunas consideraciones”, *Complutum*, 10: 267-277.

- OSUNA RUIZ, M., BEDIA GARCÍA, J., CASTILLO REY, G., CORCHERO CORCHERO, C. Y DOMÍNGUEZ RICO, A. 1998: *Excavaciones arqueológicas de urgencia. Solar nº 7-13 de la calle Méndez Núñez (Huelva). Informe preliminar*, Delegación provincial de Cultura. Museo de Huelva. Informe inédito.
- OSUNA RUIZ, M., BEDIA GARCÍA, J. Y DOMÍNGUEZ RICO, A. 2001: “El santuario protohistórico hallado en la calle Méndez Núñez (Huelva)”, en Cabrera, P. y Santos, M. (coord.), *Ceràmiques jònies d’apoca arcaica: centres de producció i comercialització al Mediterrani Occidental. Actes de la Taula Rodonda celebrada a Empúries, els dies 26 al 28 de maig de 1999*, Monografies emporitanes, 11, Barcelona: 177-188.
- PADILLA MONGE, A. 2016: “Huelva y el inicio de la colonización fenicia de la Península Ibérica”, *Pyrenae*, 47-1: 95-117.
- PELLICER CATALÁN, M. 1996: “Huelva Tartésica y Fenicia”, *Rivista di Studi Fenici*, 24-2: 119-140.
- RUFETE TOMICO, P. 2002: *El final de Tartessos y el período turdetano en Huelva*, Huelva Arqueológica, 17, Huelva.
- RUFETE TOMICO, P. Y GARCÍA SANZ, C. 1999: “Intervenciones arqueológicas realizadas en Huelva: excavación en Puerto 22 y sondeo en Plácido Bañuelos y Paseo de Santa Fé”, en *Anuario Arqueológico de Andalucía (AAA’94)*, III, Sevilla: 185-191.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. L. 2013: *Con el fenicio en los talones. Los inicios de la Edad del Hierro en la cuenca del Mediterráneo*, Barcelona.
- RUIZ MATA, D., PÉREZ, C. J. Y GÓMEZ FERNÁNDEZ, V. 2014: “Una nueva zona fenicia de época arcaica en Cádiz: el solar de la ‘calle Ancha, nº 29’”, en Botto, M. (ed.), *Los fenicios en la bahía de Cádiz. Nuevas investigaciones*, Roma: 83-122.
- TEJERA GASPAS, A. Y TOSCANO-PÉREZ, C. 2022a: “Las tumbas principescas de La Joya”, en Toscano, C. y Tejera, A. (eds.), *La necrópolis tartésica de La Joya (Huelva). 50 años después*, Huelva: 143-171.
- TEJERA GASPAS, A. Y TOSCANO-PÉREZ, C. 2022b: “Los rituales funerarios de la necrópolis de La Joya”, en Toscano, C. y Tejera, A. (eds.), *La necrópolis tartésica de La Joya (Huelva). 50 años después*, Huelva: 173-203.
- TORRES ORTIZ, M. 2008: “Los ‘tiempos’ de la precolonización», en Celestino Pérez, S., Rafel, N. y Armada, L. (eds.), *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VIII a.n.e.). Precolonización a debate* (Serie Arqueológica 11), Madrid: 59-91.
- TOSCANO-PÉREZ, C. 2017: “Puertos atlánticos y mediterráneos en el suroeste de la Península Ibérica durante la Edad de Hierro: un viaje de ida y vuelta”, en Campos, J. y Bermejo, J. (eds.), *Los Puertos Atlánticos Béticos y Lusitanos y su relación comercial con el Mediterráneo*, Roma: 71-99.
- TOSCANO-PÉREZ, C. 2021: “El puerto protohistórico de Onoba: corazón en la configuración de la ciudad portuaria”, en Campos, J. y Bermejo, J. (eds.), *Del Atlántico al Tirreno. Puertos hispanos e itálicos*, Roma: 427-461.
- TOSCANO-PÉREZ, C. Y TEJERA, A. (eds.) 2022: *La necrópolis tartésica de La Joya (Huelva). 50 años después*, Huelva.
- TOSCANO-PÉREZ, C., CAMPOS, J.M. Y TEJERA, A. 2022a: “Historia de las investigaciones en la Necrópolis de la Joya: 50 años de encuentros y desencuentros”, en Toscano, C. y Tejera, A. (eds.), *La necrópolis tartésica de La Joya (Huelva). 50 años después*, Huelva: 15-27.
- TOSCANO-PÉREZ, C., CAMPOS, J.M. Y TEJERA, A. 2022b: “Las intervenciones recientes: viejos y nuevos datos”, en Toscano, C. y Tejera, A. (eds.), *La necrópolis tartésica de La Joya (Huelva). 50 años después*, Huelva: 131-142.
- TOSCANO-PÉREZ, C., TEJERA, A., CAMPOS, J.M., LOBO, E., BERMEJO, J., FERNÁNDEZ, L., VIDAL, N.O., MARFIL, F. Y BERMEJO, A. E.P.: “Estudio de los materiales arqueológicos procedentes de la excavación de urgencia Cabezo de la Joya (1999) en la zona A1 de Huelva”, en *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 2018, Sevilla: 1-15.

ORIENTAL *VERSUS* ORIENTALIZANTE. SOBRE LA IDENTIDAD DE LA RELIGIÓN TARTÉSICA

JOSÉ LUIS ESCACENA CARRASCO*

RESUMEN

En el campo de la religión, la arqueología del área nuclear tartésica muestra un panorama que puede interpretarse desde la ideología siropalestina en general y desde la cultura fenicia en particular. Ningún rasgo de este universo mental necesita acudir al imaginario occidental de finales de la Edad del Bronce para hacer una lectura coherente de los datos hasta ahora controlados. La única excepción podría estar representada por el rito de arrojar armas y otros enseres a los cauces fluviales. Las divinidades, los edificios de culto, la liturgia y las costumbres funerarias se explican más fácilmente desde las tradiciones orientales que como resultado de una hibridación cultural entre poblaciones distintas, casi siempre ausente del registro arqueológico. La elección de este camino interpretativo tiene como base epistemológica el principio de parsimonia, que recomienda elegir siempre la hipótesis más simple como garantía de mayor cientificidad.

PALABRAS CLAVE

Hibridación cultural, colonización fenicia, creencias, mundo funerario.

ABSTRACT

In the religious facet, the archaeology of the Tartessian core area shows a landscape that can be interpreted through the Syro-Palestinian beliefs in general and the Phoenician culture in particular. No component of this mental universe needs to turn to the western imaginary of the late Bronze Age to make a coherent reading of the data established up to now. The only exception could be represented by the ritual of throwing weapons and other belongings into riverbeds. The divinities, the buildings of worship, the liturgy and the funerary customs are more easily explained from the Eastern traditions than as a result of a cultural hybridization between different populations, almost always absent from the archaeological record. The choice of this interpretive path has as its epistemological basis the principle of parsimony, which recommends always choosing the simplest hypothesis as a guarantee of greater scientific bent.

¹ Departamento de Prehistoria y Arqueología. Universidad de Sevilla. escacena@us.es

KEY WORDS

Cultural hybridization, Phoenician colonization, religious beliefs, funerary world.

1. SOBRE LA INTENCIÓN Y LOS RESULTADOS.

BREVE EXAMEN AL PARADIGMA DEL FENICIO COMERCIANTE

Quienes usamos la perspectiva darwinista para el análisis histórico, concretada en la línea que viene denominándose *Arqueología Evolutiva*, percibimos el problema metodológico que supone para la investigación querer dar con las voluntades que pusieron en marcha cualquier fenómeno histórico, sobre todo en aquellos casos que carecen de textos escritos que las expliciten o cuando éstos escasean. Por esta razón atendemos más a los resultados de las acciones humanas que a los propósitos que las iniciaron. Se trata de una táctica especialmente valorada por el darwinismo porque anula cualquier atisbo de planificación teleológica en el devenir evolutivo. Son efectivamente los resultados los que dejan huella arqueológica. Mejor dicho, las huellas arqueológicas evidencian lo que realmente aconteció, más allá de que esa impronta constituya el producto lógico y esperable de los proyectos imaginados por sus protagonistas. Esta forma de ver y de interpretar los datos se ha aplicado con resultados muy fértiles a la explicación darwiniana del origen de la agricultura, perspectiva que considera este fenómeno una simple relación simbiótica mutualista entre animales y vegetales promovida por presiones selectivas naturales (Rindos 1990). En el caso de nuestra especie -también son agricultoras algunas hormigas-, esto implica rechazar la idea de que estemos ante un invento humano, y hace que los partidarios de esta explicación choquemos frontalmente con casi todos los demás prehistoriadores, comúnmente idealistas en este caso concreto aunque no sean conscientes de ello. Para explicar el cambio de la caza a la ganadería y de la recolección al cultivo, siempre suelen olvidarse los procesos naturales, milenarios e inconscientes que precedieron a los sistemas agropecuarios plenamente neolíticos, y que supusieron una domesticación creciente e involuntaria de ciertos animales y plantas sin que nadie hubiera decidido la meta final ni diseñado los pasos a dar para conseguirla.

El estudio de la diáspora mediterránea que conocemos como colonización fenicia está inmerso en este problema científico. Quienes analizan este hecho histórico suelen asumir que los fines de la empresa cananea eran puramente mercantiles, y tienden a creer que esa mera voluntad explica la evidencia arqueológica de cada zona donde su presencia se manifestó. La consecuencia es una lectura histórica que prescinde de considerar la situación de esos territorios en los momentos anteriores e inmediatos a la llegada de los primeros comerciantes levantinos, o que admite para esas regiones una situación poblacional y socioeconómica adecuada para que los intercambios se llevaran a cabo casi de inmediato y con fluidez. Hasta hace muy poco apenas se ha tenido en cuenta cómo se encontraba el mundo indígena norteafricano cuando se funda Cartago¹. En el caso tartésico no se ha hecho mucho más. Una posición, posiblemente mayoritaria, y desde luego muy popular, acepta que la gente local disponía de una cultura tan compleja que pudo tratar de tú a tú a los fenicios. Sin embargo, otras voces hablan de un desequilibrio entre la complejidad de las dos partes (Aubert 2005), situación que habría originado un intercambio no igualitario. A esta segunda posición se han opuesto algunos otros autores (Gómez Bellard 2000: 112). Pero ambas perspectivas, la que asume igualdad intergrupal y la que reconoce diferencias notables, aceptan una transferencia memética importante desde la gente oriental hacia la occidental. Frente a esta lectura, desde hace más de treinta años diversos análisis han observado un hiato poblacional en la ocupación de la zona tartésica a finales de la Edad del Bronce (Belén *et alii* 1992: 73; Belén y Escacena 1995), por lo que los

¹ Véase la aportación de J.L. López Castro a este mismo volumen.

colonos fenicios habrían encontrado una región casi vacía o con muy baja implantación humana (Escacena 1995). Esta otra propuesta ha sido ignorada por la mayoría, cuando no frontalmente rechazada (Gómez Toscano y Fundoni 2010-11: 20). Sólo recientemente algunas investigaciones comienzan a reconocer la escasez de asentamientos que caracteriza en el suroeste ibérico a esta fase inmediatamente anterior a la primera presencia de comunidades cananeas (Celestino 2014: 96), un rasgo que parece aplicable al Bronce Final de otras áreas hispanas situadas aún más al norte (Fernández Rodríguez 2019: 492)².

La valoración que pueda hacerse del componente oriental de Tarteso, sea en el ámbito de la religión o en cualquier otro, parte necesariamente de cómo se conciba la etapa que precedió a la implantación fenicia. Al analizar las relaciones económicas entre los grupos de procedencia levantina y las comunidades indígenas de cada sitio, el punto de partida más común asume que en todas las áreas del Mediterráneo afectadas por una mayor o menor presencia fenicia los mercaderes orientales hallaron una situación bastante parecida en cuanto a la complejidad sociopolítica de los grupos locales. Por tanto, desde esta perspectiva es impensable que en Andalucía occidental y en gran parte de su periferia los primeros exploradores fenicios accedieran a un territorio con tan baja ocupación humana que impedía unas relaciones comerciales mínimas con la población residente. Sin embargo, hoy sabemos que en Andalucía occidental existe un claro desfase, de al menos un siglo, entre el primer impacto oriental (siglo IX a.C.) y las más viejas explotaciones mineras y metalúrgicas de plata (siglo VIII a.C.). Este hecho excluye al comercio de este metal, al menos durante tres generaciones de la época, de los posibles intercambios en el que supuestamente los fenicios habrían estado más interesados desde el comienzo. De hecho, la tecnología para obtener y refinar plata es en el territorio tartésico de origen oriental, y no se conoce ningún objeto de este metal que pueda fecharse en la zona en la etapa inmediatamente anterior a la colonización, es decir, en el Bronce Final.

El análisis de la cuestión religiosa objeto del presente trabajo partirá de aceptar un importante vacío poblacional de la región nuclear tartésica. Según sugieren la ausencia generalizada de asentamientos y otros muchos datos, esta situación afecta a gran parte de la segunda mitad del II milenio a.C. Pero, a pesar de las reflexiones que contienen los tres párrafos anteriores, esta línea de salida no requiere negar que las exploraciones fenicias tuvieran otras miras que encontrar en Occidente mercados donde cubrir la necesidad oriental de ultramarinos. Nuestra posición no rechaza ese presupuesto, pero reconoce que la situación del suroeste ibérico impidió que tal propósito tuviera efecto inmediato. Si era ése el plan del platillo fenicio de la balanza comercial, correspondiente a la demanda, desde luego no encontró en su punto de destino las condiciones que permitieran una oferta adecuada para cerrar los tratos y poner en marcha la relación mercantil. Al no estar explotados en Andalucía occidental y en gran parte de Extremadura y del Sur de Portugal los recursos buscados por los comerciantes fenicios, se abría la posibilidad de que ellos mismos u otros contingentes de procedencia levantina iniciaran una empresa nueva. Una vez abiertas las rutas marítimas hacia esta región, papel que protagonizó fundamentalmente Tiro, todo parece indicar que hacia ese lejano oeste llegaron migrantes de otros muchos puntos del Próximo Oriente. Esos otros grupos estaban dispuestos a buscar nuevas patrias y recursos en el otro extremo del Mediterráneo, sobre todo porque la presión bélica asiria los había desalojado de su residencia tradicional. La búsqueda de fortuna acabó poblando de comunidades orientales de diverso origen geográfico el territorio que los griegos llamarían Tarteso. El fenómeno no debe verse necesariamente como una avalancha de miles de naves cargadas de contingentes humanos con destino a Occidente, sino más bien como resultado del alto potencial reproductor con que esa gente contaba. En estos casos, encontrar un nicho ecológico vacío permite a cualquier organismo un crecimiento exponencial de su demografía (Hutchinson 1981: 63). En su diáspora occidental, y a diferencia de los fenicios del litoral libanés, esos

² El capítulo donde S. Celestino aborda este asunto se titula elocuentemente “Una época más que oscura”. J.M. Fernández Rodríguez lo describe como “naturaleza elusiva de poblados y necrópolis”.

colonos no tenían en mente un proyecto estatal y/o privado destinado a la economía mercantil. Estaban dispuestos a adaptarse a cualquier situación que les permitiera la subsistencia, fuera de tipo minero, agrícola, ganadero, artesanal, etc. A pesar de su posible diversidad (Escacena 2011), parece que todos ellos tuvieron creencias comunes o extremadamente parecidas, todas basadas en la vieja tradición religiosa cananea. Precisamente este aspecto de la cultura es uno de los mejores para intentar definir comunidades étnicas distintas en las poblaciones del mundo antiguo, sobre todo porque en esos momentos abundaban más que hoy las creencias nacionales. De la misma forma, si los sistemas de los distintos grupos fueran muy diferentes -esto se podría presuponer en Tarteso dada la distancia evolutiva entre los universos mentales de los dos extremos del Mediterráneo- debería ser mucho más fácil detectar posibles hibridaciones, aunque éstas tuvieran más dificultades para prosperar. Las líneas que siguen constituyen un laboratorio en el que poner a prueba la hipótesis de que esta mezcla no se produjo, para lo cual aislaré dos variables: la teología básica que podemos deducir de los datos controlados y un pequeño grupo de elementos rituales de menor importancia aparente pero claramente relacionados con el concepto de lo que eran los dioses y con el tratamiento que sus fieles les daban.

2. COMENCEMOS POR EL OESTE

Las estelas de guerreros, atribuidas normalmente a los momentos finales de la Edad del Bronce, representan posiblemente la única evidencia material con posibles connotaciones religiosas que habla de comunidades occidentales habitando en Tarteso. Para nuestro análisis, conviene recordar en cualquier caso que caracterizan en realidad a toda la vertiente atlántica de la Península Ibérica, y no sólo a su cuadrante suroeste. En relación con las aparecidas en el ámbito tartésico más estricto -el oeste andaluz según un acuerdo académico que comienza a tambalearse- también hay que señalar que las del Guadalquivir inferior y medio serían las más tardías, aunque la datación de todo el conjunto está cogida con alfileres. De ser correcta dicha cronología relativa, podríamos estar ante la expansión de un fenómeno cultural con dirección norte-sur protagonizada por las poblaciones residentes preferencias. Pero la ausencia de gente local que hemos asumido en nuestro enfoque indica más bien que se trata de una ocupación paulatina del oeste andaluz por parte de comunidades atlánticas que llegan a Tarteso por dos razones: por la propia inercia expansiva que las hacía crecer en número de individuos y por el efecto llamada que ejercía la puesta en explotación del territorio por parte de las poblaciones orientales ya aludidas. Esto produjo efectivamente una dualidad étnica en Tarteso, compuesta por el grupo de procedencia mediterránea y filiación mayormente cananea, por una parte, y por la heredera de las tradiciones prehistóricas occidentales del llamado Bronce Atlántico por otra. Igualmente, tal situación la permitió un cambio climático que acabó con la larga etapa de aridez iniciada en torno al 4200 cal BP, responsable primero del colapso calcolítico y más tarde del fuerte vacío demográfico ya citado. Pero esta dualidad étnica no puede entenderse como la consecuencia lógica de la implantación de comunidades extranjeras de origen oriental en un ámbito habitado y controlado previamente por una población vernácula ancestral. Si ambos grupos accedieron a la región de manera casi sincrónica, entenderemos mal la cuestión si abusamos de los clásicos términos de indígenas y colonos para referirnos a unos grupos y a otros. También facilita la interpretación del registro arqueológico de tipo religioso no asumir necesariamente que estos dos componentes demográficos llegaron a entenderse y a influirse mutuamente hasta formar una *koiné* cultural híbrida, que sigue siendo la visión mayoritaria de Tarteso en los ambientes académicos. Muy pocas voces se han alzado contra este panorama idílico de ese mundo (González Wagner 2007).

Salvo los carros de dos ruedas y algunos instrumentos musicales, los demás objetos representados en las estelas difícilmente pueden vincularse a un componente aportado necesariamente por el Mediterráneo oriental. Esto afecta sobre todo a las armas, que muestran con claridad vínculos atlánticos. Si las costumbres que esas losas de piedra reflejan son de tipo funerario, habría que interpretarlas como

cenotafios, ya que rara vez parecen señalar tumbas propiamente dichas. En consecuencia, no deberíamos descartar a priori que se usaran durante toda la fase tartésica, o incluso que siguieran usándose en el Hierro II, vinculadas durante toda la duración del fenómeno a los usos mortuorios de la población de raíz occidental, de nombre *turta* si atendemos a la hipótesis de F. Villar (1995). También tal propuesta contradice lo admitido hasta ahora, que las lleva de forma casi exclusiva a fechas del Bronce Final preferencio. Para interpretarlas, la hipótesis funeraria más clásica defiende que se grabó en ellas la imagen del difunto con su correspondiente ajuar personal, y que se colocaron sobre la misma sepultura (Almagro 1966). Sin embargo, este último extremo es hoy el que más dudas suscita. De hecho, la única pieza que con toda seguridad cubría un enterramiento es la de Setefilla encontrada por Bonsor y Thouvenot (1928: 32), que puede interpretarse claramente como una reutilización (Aubet 1997: 164). Una variante de la hipótesis funeraria propone que las armas arrojadas a los ríos atlánticos son en realidad la panoplia que el guerrero representado en la estela necesitó en su tránsito al más allá, y que se lanzaron al agua porque allí también se había depositado el cadáver, fuera o no incinerado previamente. En este sentido, más que marcadores de tumbas esos monolitos serían meros cenotafios. Este ritual explicaría la coincidencia cronológica entre la «desaparición» del registro funerario en tierra firme y el hecho de amortizar armamento en los cauces fluviales. Tal sincronía comienza en la Europa atlántica a mediados del II milenio a.C. (Ruiz-Gálvez 1982), pero al ámbito bajoandaluz llega a la vez que la primera presencia fenicia. Para el mundo tartésico esta versión de la tesis funeraria cuenta con más parsimonia que la anterior, pues da cuenta del hallazgo de armas en los ríos a la vez que explica la ausencia en medios terrestres de necrópolis con ritos mortuorios que no puedan explicarse por las costumbres orientales. Igualmente, deja cubierta también la falta de cementerios en la Turdetania del Hierro Reciente. En cualquier caso, dicha propuesta implica que en la geografía tartésica la costumbre de despedir a los difuntos de esta forma tuvo que coexistir durante todo el Hierro Antiguo con la norma que producía las necrópolis terrestres hasta ahora conocidas, fueran o no tumulares.

La aceptación de estos argumentos y datos supone reconocer necesariamente la existencia en Tarteso de dos tradiciones funerarias distintas, la oriental y la occidental, ambas iniciadas en paralelo y pertenecientes en cada caso a los dos conjuntos étnicos antes aludidos, el de los cananeos y el del grupo atlántico. Las espadas y otros enseres metálicos que las acompañan en los lechos del Guadalquivir, del Odiel y de algunos otros ríos del suroeste ibérico denotan su sacralización por parte de los *turta*. Pero la concentración de hallazgos en algunos de sus tramos sugiere la existencia de necrópolis fluviales de tipo comarcal, es decir, de cementerios que prestarían sus servicios mortuorios a los enclaves ribereños y a otros relativamente alejados de los ríos elegidos. En cualquier caso, estas costumbres no contaban con antecedentes en la región siropalestina o en Chipre, razón para descartar que pertenezcan a colonos orientales. Pero tampoco en ellas se observa rasgo alguno de orientalización del rito, porque no puede darse por tal que algún objeto arrojado a las aguas del olvido tenga caracteres tecnopológicos mediterráneos.

M. Ruiz-Gálvez publicó hace casi tres décadas una elocuente imagen de la despedida de un guerreiro del Bronce Atlántico en su nave fúnebre (Ruiz-Gálvez 1995: Fig. 26), pero no nos ha llegado ningún resto de estas posibles embarcaciones. De confirmarse algún día esta posibilidad, los fallecidos se habrían colocado sobre ellas y empujado a los ríos para que, en el horizonte lejano de los mares, donde se presumía que éstos enlazaban con las aguas cósmicas, los difuntos subieran al paraíso celestial. No obstante, la pira y la cremación representadas en la estela cordobesa de *Ategua* muestran el paso previo de los muertos por el fuego.

Existe la posibilidad de que esta gente que arribó al oeste andaluz desde áreas más septentrionales a comienzos del I milenio a.C. tuviera en las aguas fluviales y en ciertos enclaves palustres sus lugares más sagrados, sin que ello implicara modificarlos sustancialmente mediante una arquitectura compleja o

monumental. Tal conjetura entroncaría sus tradiciones con ceremonias en torno a ríos, lagos y fuentes documentadas en tiempos prerromanos en el noroeste ibérico, donde este final del mundo atlántico prehistórico arraigó con especial fuerza y duración, y donde se conocen dioses relacionados con los humedales. Todo lo demás que hasta ahora conocemos de la religión tartésica habla de Oriente y sólo de Oriente. Entraré en este tema advirtiendo previamente al lector que, salvo en unos pocos detalles finales, me limitaré a los aspectos más relacionados con las bases teológicas de esas creencias.

3. ORIENTANDO LA CUESTIÓN: TARTESO Y LA REINA DE LOS CIELOS

De todas las representaciones plásticas que se atribuyen a Astarté, la aparecida en el Carambolo es la única absolutamente segura de la diosa. El escabel donde la divinidad apoya sus pies contiene un epígrafe que así lo certifica (Bonnet 1996: 127-131). El texto afirma: “Baalyaton, hijo de Dommilk, y Abdbaál, hijo de Dommilk, han dedicado este trono a Astarté de Siria, Nuestra Señora, porque ella ha escuchado la voz de su plegaria”. De este agradecimiento que los dos fieles reconocen a la divinidad podemos inferir también que la figurilla no es una imagen de culto, sino un exvoto que ambos dedicantes le regalan por un favor previamente concedido, posiblemente cumpliendo una promesa previa.

En la pieza del Carambolo vemos hoy un cuerpo femenino desnudo, pero tal vez se concibió en origen para ir vestida. Como reconoce el texto de su pedestal, se trata de una imagen entronizada, iconografía que en la época se reservaba normalmente para los dioses o para los monarcas. Ello suponía reconocer a la diosa como reina, por lo que se alude a ella como «Señora». Sobre su cabeza aparece la típica peluca hathórica, tan frecuente en las representaciones egipcias y en las manifestaciones artísticas egiptizantes que impregnaban el arte sirofenicio del I milenio a.C. El trono, que falta en la actualidad, pudo ser en su día del mismo metal que la estatuilla, aunque también podría haberse fabricado en madera, marfil o piedra. Se ha pensado que su brazo izquierdo fuera articulado, y que la diosa sostendría con el derecho algún emblema relacionado con su carácter divino, por ejemplo la flor de la vida (Navarro 2021: 191). Su diseño y sus rasgos estilísticos denotan una conexión directa con la toréutica fenicia de los siglos VIII y VII a.C., aunque no podemos afirmar si se fabricó en el Próximo Oriente o, por el contrario, en alguna provincia colonial. En este sentido, sus orejas, tan bien definidas, remarcan un rasgo especialmente querido por los devotos de la diosa: que atienda la voz de sus oraciones y demandas (García-Bellido 2002-03: 231-233). Esto puede verse también en el denominado Bronce Carriazo. Es una propiedad del personaje representado que tampoco olvida citar la leyenda fenicia de la dedicatoria. Pero, en atención a los fines del presente trabajo, el hecho fundamental que debemos resaltar es que todos los componentes simbólicos que caracterizan a esta pieza del Carambolo pueden ser interpretados desde los códigos ideológicos del mundo oriental. La figurilla no requiere que acudamos a Occidente para comprender su mensaje religioso. En consecuencia, una de las mejores imágenes que tenemos sobre las creencias practicadas en Tarteso carece de la hibridación archirrepetida que caracterizaría a esta cultura del suroeste ibérico. Esta conclusión se ha reforzado con el conocimiento reciente de que la diosa lleva representadas sobre su pecho dos bandas cruzadas que hasta ahora habían pasado desapercibidas (Navarro 2021: 162), un atuendo de larga tradición oriental que, al disponer de connotaciones funerarias (Luzón 2019: 124-132), es fácilmente relacionable con el cuidado de los muertos que también tuvo como tarea Astarté.

En la creencia de que los fenicios de los momentos arcaicos de su expansión mediterránea deberían haber dado culto en sus templos a imágenes con rasgos antropomorfos, los pequeños exvotos de bronce localizados en las provincias de Sevilla, Huelva y Cádiz se han imaginado a veces como réplicas de esas otras estatuas supuestamente de mayor porte. Sin embargo, la arqueología tartésica no ha proporcionado apoyo alguno a esta suposición. De hecho, las escasas piezas de tamaño más grande hasta ahora localizadas no tienen por qué haber desempeñado necesariamente ese papel. En diversas religiones orientales el clero

mostró una preocupación importante por el hecho de que los fieles no confundieran a los dioses con sus representaciones materiales, cayendo así en la idolatría. Tal desviación teológica, tan arraigada en la religiosidad popular, intentó evitarla la religión fenicia promoviendo en los complejos sacros el culto anicónico, una modalidad de creencia que explica bien el registro religioso tartésico. Uno de los pocos ejemplos que exceden el tamaño más o menos normalizado de las imágenes divinas del área tartésica corresponde al brazo de un Reshef hallado en la Ría de Huelva (Ferrer 2012). Sólo por su mayor envergadura esta pieza se sale de los valores conocidos para todos los demás ejemplares metálicos. Si a esto se une su procedencia de un medio acuático, no encontramos razones suficientes para considerarla una imagen de culto. Podría ser más bien una ofrenda votiva especialmente valiosa. De hecho, del fondo marino proceden también muchos de los exvotos hallados en el entorno del santuario gaditano de Melqart (Blanco 1985). Estas cuestiones deben hacernos cautos a la hora de discriminar estos dos modelos de representaciones divinas simplemente por su tamaño, precaución que afecta de lleno igualmente a la diosa pétreo localizada en Carmona (Belén *et alii* 2009).

Como he adelantado, la devoción a Astarté incluía el papel de conductora hasta el más allá de los difuntos, a quienes ayudaba en tan peligroso tránsito para que lograran alcanzar la Eternidad. Por eso la diosa se relacionó con los cementerios y con los ambientes telúricos que penetraban al mundo subterráneo. Durante los siglos que duró el templo del Carambolo, los estratos acumulados por las reconstrucciones del edificio elevaron en diversas ocasiones la capilla sur, dedicada a Baal. Sin embargo, el suelo de la cella norte se mantuvo siempre con la altura original a la vez que subían las estancias limítrofes. Esto acrecentaba la impresión de que había que bajar para dar culto a la diosa, mientras que se debía subir para hacer lo propio con el dios. Se trata sin duda de un recurso simbólico que recuerda la vinculación de la Astarté de *Gadir* con una cripta subterránea.

Además de diosa, y por tanto carente de pecado, Astarté es esposa del numen principal masculino en los cultos locales de todas las ciudades fenicias. Se trata de atributos contra los que no existe dato alguno en Tarteso. Es más, la existencia en este ámbito cronocultural de templos con dos capillas, cuyo ejemplo paradigmático es el del Carambolo, está hablando precisamente de una religiosidad basada en esa pareja divina, cuyos centros ceremoniales de tradición cananea suelen tener en Oriente también esos dos espacios más sagrados (Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2007: 211-238). Pero si esta figurilla de Astarté está entronizada es por su condición de «Reina de los Cielos», expresión con la que se cita en *Jeremías* (7, 18 y 44, 17-18) y que refuerza su carácter uranio. La diosa es el Lucero, nuestro planeta Venus (Escacena 2017: 57-63). En esta imagen no aparecen en cambio algunas de sus características vinculadas con la guerra, que la Astarté fenicia heredó de la Anat ugarítica cuando el panteón cananeo del II milenio a.C. experimentó ciertos cambios tras la crisis del 1200 a.C. (Schmitt 2013).

Precisamente en el Bronce Carriazo esta divinidad navega sobre su barca celeste, según un modelo que recientemente se ha incrementado en número de piezas de procedencia oriental (Marín y Ferrer 2011), aunque su producción haya sido atribuida a talleres occidentales (Jiménez Ávila y Mederos 2020). Todos los estudios de este icono han percibido su diseño naviforme por su forma cóncava y sus dos extremos rematados en sendos ánades, según la costumbre fenicia de dotar a las embarcaciones de mascarones en forma de cabeza animal. En la parte central la diosa surge del navío con los brazos alzados y sujetando con sus manos objetos triangulares que se han querido interpretar como instrumentos musicales vinculados a cultos isíacos, pero que podrían ser también esquematizaciones de flores de loto o de papiro, todo en el contexto nilótico tan apreciado por el arte cananeo de la época. Para algunos de estos rasgos iconográficos podrían buscarse raíces prehistóricas europeas, donde las anátidas también tuvieron funciones psicopompas (Andrés 2007-08: 883). Sin embargo, para la Protohistoria hispana resulta más factible explicar estas características por la presencia fenicia, pues tiene menos valor epistémico acudir a fuentes diversas cuando una sola da buena cuenta de todos los datos. Como la Astarté del Carambolo, también ésta

tiene bien desarrolladas sus orejas, rasgo que, como en aquel caso, puede explicarse de nuevo por la actitud abierta de la diosa para atender los ruegos de sus devotos. Por otra parte, los lotos que rodean su cuello, y que forman parte del propio vestido, inciden de nuevo en sus rasgos egiptizantes, acrecentados por llevar la diosa una diadema de guirnaldas sobre su peluca hathórica.

En las flores de loto hay que ver también una alusión al carácter inmaculado de la divinidad, y no un simple bordado de su atuendo. Las cenefas de lotos adquieren carácter apotropaico como resultado de algunas de las propiedades naturales de esta planta (*Nelumbo nucifera*). Su plasmación como franja corrida en muchas vasijas y en otros objetos mostraba un circuito de pureza cerrado herméticamente, ya que el loto dispone de una compleja red de tallos subacuáticos del que afloran únicamente las flores aéreas, sean como capullos o ya abiertas. Era un rasgo bien conocido en su hábitat original, y posiblemente también por los fenicios que dispersaron tales representaciones en su diáspora. Sus pétalos tienen una superficie adamascada e hidrófoba que repele la suciedad, el denominado precisamente «efecto loto» (Von Baeyer 2000). Esto resultó apropiado para simbolizar que la diosa carecía de pecado, y así la flor pasó a ser uno de sus principales emblemas. Estos detalles caracterizan en Tarteso también a los vasos à *chardon* modelados en cerámica a mano, que casi siempre muestran el cuerpo rugoso como correspondería al cáliz de la flor y el cuello bruñido en vertical para imitar la suavidad de los pétalos. En algunas de estas vasijas se señala incluso el borde quebrado del cuerpo de sépalos mediante una incisión en zigzag horizontal que separa las dos partes de la flor. En los grandes *píthoi* pintados con temas figurativos las cadenas sin fin de flores de loto no constituyen una mera decoración, sino que están dotadas de un profundo mensaje apotropaico responsable de proteger su contenido de las acciones perversas del Maligno. Ese mismo cometido tenían también los círculos de flores en las ámulas de marfil; precisamente en estas piezas funerarias dichas orlas vegetales contornean el *focus*, cuya pureza debía preservarse a toda costa por ser la parte más sagrada del altar.

Las imágenes de embarcaciones que llevan pájaros en sus extremos se conocen en la iconografía del Próximo Oriente antiguo. Al presentar las alas desplegadas, esas aves insisten en la ambientación urania de la escena. Otros animales también se divinizaban colocándoles alas, porque esos apéndices acreditaban que su morada era el mundo divino celestial. Tal recurso permitía al diseñador de la imagen transmitir la idea de estar ante un navío astral, y no ante un barco cualquiera. En este caso lógicamente se trata de la barca sagrada de Venus, astro identificado con Astarté en la religión fenicia o con diosas equivalentes en otras creencias coetáneas.

Con este tema está íntimamente relacionado el hallazgo en el Carambolo de un barco de cerámica con cabezas de caballo como mascarón. Este *híppos* disponía de varios orificios para los remos, que originariamente habrían sido de madera. Y es esa precisamente la utilidad de las siete perforaciones que muestra el Bronce Carriazo en su base. De ellas colgarían cadenillas rematadas en palas, como las lleva uno de los ejemplares que el propio Carriazo presentó en su día como paralelo de esta pieza. Restos de una de estas cadenillas conserva aún uno de los bronce neoyorquinos del *Metropolitan Museum of Art*. Que sean siete los remos de esta barca sagrada de Astarté tampoco es casual, pues esta cantidad representaba en el mundo semita la perfección y la totalidad por ser siete la base medular de los panteones orientales, compuestos por el Sol, la Luna, Mercurio, Venus, Marte Júpiter y Saturno. Todos ellos tuvieron en el mundo antiguo la consideración de planetas. Son siete también los sellos del collar del tesoro del Carambolo (Escacena y Amores 2011: 116-127), siete las carcasas de *Glycymeris* que protegían la entrada de una vivienda en la antigua *Conobaria* (Beltrán *et alii* 2007: 81-85), siete las filas de esta misma concha colocadas en el umbral de una construcción del asentamiento bajo del Carambolo (Carriazo 1970: 78) y siete las piezas de oro de una posible prenda ritual hallada en Castro dos Ratinhos (Berrocal-Rangel y Silva 2007: 172-173). Para la Prehistoria hispana no está registrado el número siete como cantidad

especialmente simbólica y/o sagrada, pero aparece con este posible carácter a partir de época protohistórica y sólo en cuestiones relacionadas con la presencia oriental.

Todavía pueden rastrearse en el ámbito tartésico más casos donde el número siete parece tener una presencia que no es fácil atribuir al azar. Por tanto, esta posible constante numérica tampoco deberíamos atribuirle a una simple casualidad en el Bronce Carriazo. De hecho, sus rasgos egipcizantes evocan cierto tratamiento para Astarté inspirado en Hathor, la diosa que en el Nilo faraónico se manifestaba en siete versiones o hijas de la gran vaca celeste. Estas advocaciones fueron objeto de una especial atención en la religiosidad popular fenicia, que se encargó de extenderla ampliamente por el Mediterráneo (Marín 1978), en unión de sobre todo los cultos funerarios (Padró 1993: 402-403). Por su asimilación en parte a esta divinidad egipcia, y por la indudable iconografía unaria que le proporciona su barca sagrada, en esta representación procedente de Tarteso, Astarté es paredra del Sol. La denominación egipcia de Hathor (La Casa de Horus) revela este parentesco con el orto del dios; y por ese estrecho vínculo es la Reina de los Cielos, no una soberana terrestre cualquiera. Se comprende así que los paralelos neoyorquinos del Bronce Carriazo luzcan en el pecho de la diosa una roseta (Marín y Ferrer 2011: 636), que no es un símbolo vegetal a pesar de su nombre arqueológico sino el emblema astral del planeta Venus. Este icono de la divinidad femenina cananea lo era ya de la anterior Ishtar mesopotámica, a la que se le invocaba con él usándolo como nombre propio. En la Iberia protohistórica dicho grafismo acompañaba frecuentemente a la diosa, primero en su fase tartésicofenicia y más tarde en la tradición iberopúnica. Hasta en los casos más tardíos esta asociación se mantuvo especialmente en las imágenes que acentuaban el carácter astral de la divinidad, en estos casos acompañando como alusión celeste a la propia Astarté navegando en su barca cósmica. Tales representaciones se perpetuaron durante un milenio aproximadamente, sin que ninguna de ellas necesite para su interpretación acudir a creencias occidentales anteriores a la llegada fenicia. Es decir, en ningún caso reflejan un universo religioso híbrido. Más que orientalistas, todas ellas pueden definirse como orientales.

4. TAMBIÉN BAAL SALE POR EL ESTE

Los fenicios adoraban a un ente masculino principal carente de nombre propio y al que se referían con distintas advocaciones: Melqart, Baal Samem, Reshef, Eshmun, Baal Hammón. Estas denominaciones constituyen en realidad personificaciones concretas de una misma divinidad que recibía culto en un territorio determinado, normalmente definido por una ciudad-estado y sus dominios. Genéricamente podemos referirnos a dicho dios con el apelativo de Baal, voz que en lengua cananea (*ba'al*) equivale simplemente a Señor, con el matiz también de Dueño. Es un tratamiento típico de las religiones monoteístas, cuyos fieles no tienen un nombre concreto para su dios porque no existe la posibilidad de confundirlo con ningún otro. *Yahveh* significa en lengua hebrea simplemente «el que existe», «el que es» o «el que vive». En la práctica religiosa del I milenio a.C. esta deidad masculina adorada por la comunidad cananea tiene como compañera a Astarté; es decir, en cualquiera de sus advocaciones el dios va unido en los cultos locales siempre a la misma diosa. En consecuencia, las creencias medulares fenicias pueden definirse como un doteísmo cada vez más consolidado. Otros nombres de la divinidad masculina suprema de ese panteón pueden interpretarse igualmente como una referencia a ese Señor único a través de algunas de sus propiedades. Sirva de ejemplo que, por ser el mismo Sol, en algunas ocasiones puede aludirse a él como ente luminoso (*Shapash*), presente en su propia resurrección porque ésta ocurre al amanecer del tercer día de la festividad de la *égersis*, a la hora en que se hace presente y efectiva la luz solar (Xella 2004: 36; Escacena 2009: 107). A diferencia de Astarté, cuya figurilla del Carambolo nos ha proporcionado un breve, pero esclarecedor epígrafe referido a la diosa, en el ámbito tartésico no contamos con ninguna imagen que contenga una referencia escrita a Baal; pero la arqueología se ha mostrado especialmente rica en iconos del dios, unas veces en su versión antropomorfa y en otras ocasiones a través de alegorías.

Por ser Melqart el Baal de Tiro, las numerosas colonias de esta metrópolis replicaron su devoción ampliamente por todos los territorios de la diáspora fenicia, especialmente desde Cartago hacia el oeste. El efecto fundador, bien conocido desde la metodología evolutiva aplicada al análisis histórico, explica sobradamente cómo se prodigó su culto por el Mediterráneo occidental, y en especial por Tarteso. Todos los datos que poseemos sobre las prácticas culturales en el Hierro Antiguo del suroeste ibérico pueden interpretarse desde este esquema básico hasta ahora expuesto: las estatuillas del dios, sus representaciones como toro celeste, su identificación con el Sol, su manifestación como fuego, su papel como compañero de Astarté, etc. Si los templos tenían dos capillas principales, como ha demostrado el Carambolo en varias de sus fases constructivas, es porque lo exigía el culto a esta pareja sagrada. En este santuario hay claves importantes para la identificación de ambas divinidades, que tienen asignados incluso colores identificativos propios (Escacena 2020). Con la excepción de las estelas de guerreros y de su posible significado funerario, nada hay en la arqueología religiosa tartésica que no pueda ser interpretado desde las claves expuestas sobre la teología fenicia relativa a esta divinidad. Y en ningún caso se observan procesos de mestizaje entre las creencias de los *cana'ani* y las que tuvieran los *turta*. De nuevo lo orientalizador, referido como término y concepto a esta supuesta hibridación, sucumbe ante la evidencia de lo oriental. Insistiré en algunos detalles.

Si los fenicios adoraban a un solo dios o a varios ha suscitado a veces cierto debate (Del Olmo 2004: 28-29), en el que de momento son mayoritarios los detractores del monoteísmo. En contra del dioteísmo que propongo aquí, el politeísmo es hoy la ortodoxia académica. Desde este punto de vista mayoritario, a Reshef deberíamos verlo como un dios distinto de Melqart. Sin embargo, su paredra divina era también Astarté, por ejemplo, en Kition (Chipre). A pesar de tantos compañeros distintos como esta posición atribuye a la diosa, nadie la ha tachado aún de promiscua. Esto denota cierta inconsistencia en la aceptación de una pluralidad de divinidades masculinas, sobre todo porque tampoco nos consta que en sus usos matrimoniales la cultura fenicia se rigiera por la poliandria, y que fue éste por tanto el modelo con el que ideó su Olimpo. A tenor de los exvotos de dioses armados encontrados en Andalucía occidental, parece que Reshef alcanzó un notable arraigo en Tarteso. En una sociedad que percibía la guerra como fenómeno omnipresente, acudir a la divinidad vencedora de sus enemigos se convertía en una ayuda psicológica importante. Ese dios tiene su equivalencia hebrea en el Yahvé Sebaot, Señor de los Ejércitos. Si los orientales de Tarteso lo consideraron distinto de Melqart, no estaríamos ante un dios que fallece y resucita, con lo que Reshef no estaría implicado en la fiesta de la *égersis*. Esta celebración conmemoraba y reproducía anualmente la muerte del Sol y su vuelta a la vida al tercer día, que tiene su explicación astronómica en la parada solsticial de nuestra estrella en el extremo norte de su declinación, el de junio. En consecuencia, si Reshef no es el mismo dios que Melqart, sus templos no tendrían por qué estar orientados necesariamente al orto solar de esta fecha. Podemos usar esta conjetura como posible predicción para comprobaciones futuras. En cualquier caso, si popularmente Reshef llegó a percibirse en Occidente como un dios particular, sería como resultado de una radiación evolutiva a partir de un ente originario único y común, lo que explicaría los numerosos rasgos homólogos de sus descendientes. Es ésta justamente la realidad esperable del aislamiento que producen las diásporas dómicas a lugares distantes. De esta forma, la evidencia histórica puede aparecer ante el especialista que la estudia como un politeísmo que oculta en realidad una situación pseudopoliteísta. Así, epítetos divinos salmodiados en oraciones repetitivas habrían contribuido a un proceso de especiación divina de tipo cladístico que pudo alcanzar en cada territorio distinto grado de desarrollo. En las representaciones plásticas de la divinidad, tales circunstancias pudieron dar lugar a la fijación de iconos concretos para cada advocación (Bisi 1986: 183), o para cada uno de los clados si queremos usar términos asumidos por la arqueología darwiniana. Tal interpretación histórica asume que los principios teológicos de cada creencia pueden mostrar tanta diversidad como cualquier otro fenómeno de la conducta humana que podamos medir, observación que en este caso se traduce en percepciones distintas del concepto de divinidad aun dentro de una misma fe. Por eso desde la percepción *etic* del asunto son compatibles visiones *emic* aparentemente dispares dentro de una comunidad humana, con unos sectores que se consideren manifiesta y conscientemente monoteístas y con

otros que practiquen cultos y tengan concepciones personales realmente politeístas. En consecuencia, en el caso que nos ocupa no es contradictorio que la población con menos formación teológica manifestara cierta inclinación a tratar como dioses distintos a entes que desde el clero más celoso y dogmático se concebían como simples advocaciones de una misma y única divinidad. Este enfoque ha presidido el estudio de diversas religiones antiguas, entre ellas las del Próximo Oriente y Egipto (Hornung 1999; Brelich 1960; Xella 1986), sin que tampoco haya escapado a tal visión científica el análisis de los epítetos de la diosa o el de la propia evolución de su nombre (Schrader 1984; 201). La dualidad de capillas en los templos protohistóricos más completos conocidos en el suroeste hispano supone una demostración palmaria de que la religión practicada en Tarteso era de carácter ditéista, con un principio divino masculino y otro femenino. Se trata en este caso de la médula teológica del credo cananeo del I milenio a.C. En la zona tartésica, el ejemplo más antiguo de estos santuarios con doble culto es sin duda el Carambolo V (Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2007: 211), y uno de los más recientes la fase C de Cancho Roano (Celestino y Rodríguez González 2019). Esta estructura teológica medular quedó reflejada igualmente en los pares de betilos registrados por la investigación en diversos contextos arqueológicos e iconográficos, por ejemplo en el tesoro de Ébora (Gómez Peña 2018: 69).

Efectivamente, el templo fundacional del Carambolo, del siglo IX a.C., contaba ya con estas dos estancias. La sur se destinó al culto de Baal, y disponía de un pequeño altar circular parecido en parte al de Cancho Roano también atribuido al dios masculino. Los detalles de este altar extremeño, más tardío que el del Carambolo, sugieren que estamos ante una imitación del disco solar elevándose sobre *Sapanu*, la montaña sagrada del mundo fenicio. Limitando con la cella de Baal, en el ángulo noroeste del Carambolo V se disponía la capilla de Astarté, cuyo primitivo altar destruyeron posteriores remociones del yacimiento. Todo el solar ocupado por este primer complejo se amortizó en el siglo VIII a.C. como patio trasero de un edificio mucho mayor pero diseñado de nuevo con dos grandes capillas. En las cinco fases del complejo las entradas a estos ámbitos más sagrados se pavimentaron con conchas marinas del género *Glycymeris*, y en todas ellas la estancia del dios se situó al sur, conteniendo desde la fase Carambolo IV en adelante una secuencia de altares retocados una y otra vez, pero siempre con forma de piel de toro extendida³. Se trata de unas estructuras de barro especialmente delicadas de las que contamos con referencias bíblicas (*Éxodo* 20, 26; 20, 24 y 29, 11-13), por lo que pudieron ser en Oriente mucho más abundantes de lo que la arqueología ha registrado hasta ahora. Un reflejo directo de la imagen de estas aras es el soporte sobre el que descansa el exvoto chipriota de bronce procedente de Enkomi conocido como «Dios del Lingote». Evidentemente esta peana debe interpretarse ahora como un altar taurodérnico similar a los tartésicos de barro. En cualquier caso, las aras en forma de piel de toro no serían exclusivas del dios masculino, pues Astarté también fue venerada como vaca celeste (Escacena 2021: 489-493).

El templo del Carambolo se orientó desde su fundación según el eje solsticial que une el orto solar de junio con el ocaso de diciembre. Se trata de una disposición muy bien lograda porque desde el cerro donde se ubicó el templo se observa un horizonte lejano completamente despejado tanto hacia el este como hacia el oeste. En todas sus fases, el acceso al recinto sacro se llevaba a cabo por la fachada oriental. Por ello, hay que reconocer en este rasgo un predominio de la teología solar, y por tanto de la divinidad masculina, sobre la venusina de Astarté, aunque allí se rindiera culto a las dos divinidades. Algunas de estas características se han observado también en el templo de Coria del Río, del que conocemos cinco fases constructivas fechadas entre los siglos VIII y VI a.C. Este centro ceremonial es más humilde que el del Carambolo, pero contaba también con un altar de tierra cruda estrechamente relacionable en su forma y en sus cromatismos con las pieles de toros según se trataban y recortaban éstas en la época. En este sitio, también el templo más viejo y dicho altar (en este caso de la fase III) se construyeron siguiendo el eje solsticial NE-SO.

³ Las fases del Carambolo se numeraron en sentido contrario al cronológico: la V es la más antigua y la I la final.

La orientación solar de estos dos complejos templarios tenía la intención de enfocar los dos puntos más importantes del horizonte para la teología cananea: la salida del Sol en el solsticio de verano y su puesta durante el solsticio de invierno. Si el horizonte distante estaba libre de impedimentos orográficos, como ocurría en ambos santuarios, esto se podía conseguir con cierta facilidad en el replanteo inicial de la obra. Durante estos momentos del año el Sol detiene durante dos jornadas seguidas su avance sobre la línea del horizonte tanto en el orto como en el ocaso, para proseguir de nuevo en la tercera jornada, ahora en dirección contraria. De las dos fechas, la apertura al este de las puertas de los templos indica que se privilegió la salida del Sol durante el solsticio de junio, cuando se inauguraba el estío y el calor agostaba la vegetación en el clima mediterráneo. Por eso este calendario marcaba la fiesta de la *égersis*, que celebraba y reproducía anualmente la resurrección del Sol (Baal) al tercer día de haber muerto. Es el mensaje que quería transmitir a perpetuidad la constante orientación del Carambolo hacia el orto solar del solsticio de junio, una disposición respetada por el eje axial del complejo edilicio en todas sus fases y que sus gestores debieron tener muy presente en cada reestructuración del templo. De paso, el carácter estático del edificio facilitaba el control del calendario, un encargo encomendado también a Baal como dios del tiempo cronológico. Los gadiritas dedicaron un templo en su ciudad a esta concreta advocación del dios, asimilado en época púnica y romana a Cronos-Saturno.

Todas las culturas mediterráneas preclásicas de las que tenemos referencias escritas compartieron una cosmovisión geostática y geocéntrica. Aunque para el mundo tartésico no contamos con este tipo de información directa, lo más razonable es partir de la suposición de que también en él estaba generalizada esta percepción del universo conocido entonces. Desde esta perspectiva, el Sol y la divinidad masculina eran una misma cosa, aunque faltaba muy poco tiempo para que el griego Anaxágoras lo definiera por primera vez como un mero cuerpo físico, en concreto como una roca incandescente (Schneider y Sagan 2005: 29). Mucho antes del I milenio a.C., en Egipto se le llamó “divino ojo de fuego”, concibiéndose en realidad como divinidad ardiente que lo ilumina todo, y que por tanto también lo ve todo (Lull 2004: 170). El fuego y la luz suponían la realidad ontológica del dios solar. En consecuencia, desde el punto de vista *emic* el estudio de sus rasgos y de su comportamiento constituía una empresa teológica, no una tarea astronómica. Paralelamente, el mundo cananeo señaló en dicho ente propiedades parecidas, llamándolo “fuego del cielo” (Aubert 1994: 140). Por tanto, si interpretamos el Carambolo como templo fenicio podemos estar seguros de que en ese lugar y en todos los enclaves que en Tarteso consideremos fundaciones fenicias se le denominó así. Con ese apelativo se aceptaba de forma explícita que la divinidad masculina poseía las dos energías que más interesaron al mundo antiguo: la calorífica y la lumínica. A la vez, se le reconocía su condición urania, hecho que justifica algunos términos que aún usamos, por ejemplo “Altísimo” y “Excelso”. En todos los panteones mediterráneos arcaicos el Sol fue el numen principal. Aunque se carecía de mentalidad copernicana, esto no impedía reconocerlo como la trascendencia misma y como cima de la comunidad divina. Esta situación explica el propio tratamiento al dios como Señor (Baal), con las connotaciones de amo y de superior jerárquico. Este significado preciso tenía en la escritura egipcia el cetro *neb*. Por ello no puede considerarse una simple coincidencia que la cella dedicada a Baal en el Carambolo esté pintada con el mismo diseño ajedrezado y con los mismos colores que tenía en Egipto ese símbolo jeroglífico.

Estas consideraciones sobre la teología fenicia facilitan la comprensión de muchas manifestaciones de la religiosidad que evidencia la arqueología tartésica, las prácticas betílicas entre ellas. Como epifanía sacramental, el betilo es en realidad el mismo dios, no una imagen de él. En diversas culturas mediterráneas eran aerolitos, rocas de procedencia extraterrestre que por su incandescencia al caer del cielo se creían parte de las divinidades. Otras veces se trataba de pequeños monolitos cuyo aspecto recordaba a los meteoritos verdaderos, o simples piedras que la fe de los creyentes y el correspondiente ritual de consagración transustanciaban para convertirlas en los dioses propiamente dichos. Al contrario que otras imágenes de la divinidad, los exvotos por ejemplo, los betilos sí participaban de la esencia divina. Gracias a su origen celeste -real o no- la divinidad se hacía presente entre los humanos (Seco 2010).

Otros muchos rasgos de la arqueología cultural de Tarteso son relativamente fáciles de interpretar también desde la cosmología fenicia. Esta tenía hondas raíces en las tradiciones religiosas de los semitas del Próximo Oriente, pero también estuvo muy influida por Egipto en su fondo y en sus formas. En el suroeste ibérico conocemos ya diversos datos arqueoastronómicos que permiten avanzar hipótesis verosímiles sobre su posible significado. Aunque se han reconocido orientaciones de templos y tumbas hacia determinadas posiciones de Venus, y en menor medida hacia determinados eventos lunares, según he adelantado las orientaciones más buscadas fueron sin duda las que tienen que ver con el Sol. A ambos lados del estrecho de Gibraltar se prodigaron edificios dispuestos hacia los equinoccios o hacia los solsticios, primero durante el Hierro Antiguo y más tarde entre los íberos del interior y en las comunidades púnicas costeras (Esteban 2017). Esta constatación es buen reflejo del predominio solar en la jerarquía urania, acrecentado por el hecho de ser nuestra estrella el único dios que en ese cuerpo teológico muere y resucita. Con ello, es esa divinidad la elegida para dignificar al hombre como el único organismo vivo que puede seguir las huellas de muerte y resurrección, haciendo de él algo distinto del resto de los animales. Lo hemos señalado ya en el caso de la búsqueda del orto solar del solsticio de junio en el Carambolo y en la antigua *Caura* (Coria del Río). En ambos templos no existe detalle que no contenga un especial simbolismo, siempre relacionable con alguno de los dos pilares divinos de la religión fenicia: Baal y Astarté. En este campo, la investigación inspirada en las tradiciones del Próximo Oriente y de Egipto comienza a dar frutos esperanzadores a la hora de interpretar rasgos que se han tenido por simples elementos decorativos y a los que empezamos a cargar de profundos mensajes. Algunos casos son especialmente aleccionadores.

A pesar de que la época tartésica conoció la introducción en Occidente de la escritura, parece que su utilización estuvo muy poco extendida en la población. Es posible que se empleara básicamente en los templos, donde podríamos reconocerle usos profanos y sagrados si ambos campos fueran fácilmente distinguibles en dicha época. Como consecuencia de su empleo minoritario, podemos calificar de ágrafa a la mayor parte de la sociedad del momento. En consecuencia, la escritura no era el medio más adecuado para transmitir a la mayor parte de la gente los valores religiosos. Estos mensajes debían canalizarse mediante imágenes. Por esta razón, la omnipotencia solar se expresó con alegorías diversas, entre las cuales predominó la representación de la divinidad como toro celeste. Al ser este animal uno de los más fuertes que conocieron las culturas mediterráneas, desde el Neolítico se eligió como metáfora para expresar el carácter pantocrático de los dioses. Cuando la divinidad adquiría rasgos antropomorfos, su imagen todopoderosa fue la del guerrero bien armado, la ya citada advocación de Reshef, cuya panoplia lo hacía invencible. Así lo vemos en algunos exvotos procedentes de Huelva o en el del Museo Arqueológico de Sevilla que se cubre con la piel de león. Sus brazos aparecen amenazantes porque estaban dotados de la lanza que hoy han perdido. Es el dios que se enfrenta al enemigo de su amado pueblo, el *smiting god* tan querido en las colinas fenicias de todo el Mediterráneo (Bisi 1977-78), guerrero valeroso como el Yahvé protector de Israel (Del Olmo 1995: 265; Liverani 2004: 167). Pero en ambientes más cotidianos y menos bélicos la comparación preferida fue la iconografía bovina. En su famoso poema oriental, el héroe Gilgamesh es el toro de Uruk, mientras que en el mundo cananeo Baal es el toro celeste, versión teriomorfa de la divinidad solar como entidad sagrada más fuerte del cosmos conocido entonces. Se trata de un recurso ampliamente utilizado en Tarteso, tanto en su núcleo bajoandaluz como en sus extensiones hacia la periferia, algunas de las cuales sobrepasaron el siglo VI a.C. y supusieron el origen del universo mental de los íberos. A lo largo de los últimos cincuenta años al menos, la presencia iconográfica del toro se ha considerado en la investigación de mundo tartésico el reflejo de los gustos orientalizantes arraigados en el suroeste hispano debido al influjo fenicio, en una visión que atendía más a cuestiones puramente formales y estilísticas del arte que a la lectura semántica que ahora propongo. Gran parte de las imágenes que mostraban al animal lo habrían hecho como simple recurso estético, reforzando el valor social y económico de las piezas que adornaban, fueran de metal, de cerámica o de marfil. Pero dar un especial protagonismo a

la presencia directa en Tarteso de un importante contingente demográfico oriental permite sostener que las representaciones taumorfias son en realidad epifanías sagradas de la omnipotencia divina, que en el caso del dios masculino expresaba tanto su fuerza física como su poder sexual y reproductor, y, como consecuencia, su vigor fecundante. Los *píthoi* pintados del yacimiento sevillano de Montemolín, en Marchena, muestran así a Baal como una verdadera taurofanía. Uno de ellos incluye un ser fantástico interpretado como esfinge (Chaves y de la Bandera 1992: 53). A pesar de ser producto de una mano poco experta, en relación con el recipiente donde se pintó tenía la misma función protectora que ese híbrido mitológico desempeñaba ante las tumbas y otras construcciones. Nada hay en los motivos simbólicos de estas vasijas que no pueda ser leído desde las creencias religiosas de Oriente. Esta constatación arroja de nuevo muchas dudas sobre la idea de que estas grandes orzas y los mensajes pintados en ellas sean el producto de la orientalización superficial de aristocracias indígenas herederas de supuestas poblaciones del Bronce Final local. En estas tinajas, y en su condición de toro celeste, Baal y su séquito celestial se encargaban de preservar el contenido de cualquier amenaza diabólica. Y, para que sus usuarios comprendieran bien el mensaje, todas las escenas se pintaron en desfiles procesionales que discurren siempre de derecha a izquierda, en el mismo sentido sinistroverso que utilizaban generalmente los sistemas gráficos de las lenguas semitas del próximo Oriente, entre otros el fenicio. Está demostrado que estos engranajes mentales que atan el sentido de la escritura con un sinfín de expresiones simbólicas se rigen por mecanismos inconscientes, siendo muy reveladores de cómo funciona nuestro cerebro (Mariño 2020: 155). Usando la misma estrategia, es decir, la sugerida por la dirección de lectura, se logró ordenar las imágenes que en un vaso de piedra hallado cerca de Sidón narraban la muerte y resurrección de Melqart (Lipiński 1970: 43-46), con resultados alentadores reconocidos posteriormente (Bonnet 1983: 78).

A este repertorio de imágenes se ha añadido desde hace unas décadas la fuerte carga simbólica de los altares de barro localizados en diversos santuarios de Tarteso. Se conocen ya en tantos sitios, que si los usáramos como indicador arqueológico de las fronteras de ese mundo tendríamos que extender sus dominios a gran parte de la Península Ibérica y su final a fechas posteriores al siglo VI a.C. Aunque creíamos en principio que esos altares se inspiraban en la forma de los lingotes chipriotas, hoy sabemos que imitan fielmente la silueta de las pieles de toro, de ahí que se les haya descrito con el calificativo de taurodórmicos propuesto por F. Amores (2009: 58). Gracias a su fino acabado y a la atención que se prestó a sus colores, es sin duda el ejemplar de *Caura* el que más claves ha suministrado para esta interpretación, corroborada posteriormente por otros hallazgos o por relecturas de los anteriores (Escacena e Izquierdo 2001: 132-133). Este altar tuvo dos fases de uso. Ambas muestran una silueta general parecida, consistente en una mesa rectangular con lados cóncavos que logran el efecto óptico de alargar las esquinas. En su primer momento contó con un apéndice en su lado oriental alusivo a la parte de la piel correspondiente al cuello. Esta prolongación quedó anulada cuando se recreó el suelo de la capilla, quedando el ara con menor altura y con forma simétrica desde cualquier flanco que se observara. A pesar de este cambio, seguía mostrando claramente la silueta de una piel de toro extendida, con el centro de color castaño referido a la capa del animal imitado y el contorno de tono pajizo como correspondería al flanco rapado. Era la forma entonces más común de regularizar las pieles (Chapa y Mayoral 2007: 76-78). Lógicamente, la parte central conservaba la marca del hogar donde se quemaban las ofrendas. Pero es importante insistir también en dos rasgos singulares. El primero, ya apuntado anteriormente, es su orientación helioscópica, que hacia el este buscaba el punto específico del horizonte donde se produce el orto solar durante el solsticio de junio (Esteban y Escacena 2013: 115-118); el segundo es su carácter exento, que facilitaba llevar a cabo la liturgia de la circunvalación. Este rito reafirmaba su sacralidad en las festividades más solemnes. Era una ceremonia con bastante tradición en las religiones semitas del Próximo Oriente, que lo purificaba aspergiendo incienso a todo su alrededor (Trebolle 1997: 90). Ninguno de los aspectos hasta ahora observados en estos altares de tierra necesita buscar explicación en las tradiciones occidentales del final de la Edad del Bronce. En cambio, cada vez está más clara su ascendencia levantina (Gómez Peña 2010).

5. MINUCIAS TEOLOGALES TARTÉSICAS

Ningún templo de ninguna cultura contiene en su interior de forma permanente y no accidental elementos que no puedan leerse desde el análisis simbólico de la conducta religiosa. En cuanto a los recintos sagrados antiguos, es tarea de los historiadores usar los datos conservados para intentar descifrar esos códigos. En el caso del Carambolo, los colores con que se pintaron las capillas encierran sin duda una buena parte de la comunicación cifrada entre emisores y destinatarios.

Desde tiempos remotos, el color rojo constituyó para muchas culturas antiguas el símbolo cromático más sagrado, esencia misma de la divinidad como dadora y portadora de vida. Por eso, de una u otra forma el rojo no falta nunca en las estancias más santas de los lugares de culto. En el Carambolo caracteriza tanto a la capilla de Baal como a la de Astarté. En esta segunda, el blanco se suma como emblema de la pureza inmaculada de la diosa. En la cella del dios en cambio, al rojo le acompaña el negro. Ambos colores se combinan con un tercer tono pajizo conseguido simplemente mediante la lámina de barro que recubre las paredes. De esta forma se trató el banco que ocupaban los fieles en la amplia y alargada cella dedicada al dios. En este caso son los colores típicos del hogar del altar, producidos además por la simple acción del fuego, es decir, por la manifestación directa de la esencia misma del Sol. Precisamente una advocación fenicia de este numen estaba consagrada al fuego del altar, la del Baal Hammón de Cartago. En las aras tartésicas de barro esta impronta se conserva a veces con cromatismos muy marcados, que podían contemplarse cada vez que se retiraba la ceniza y los restos quemados de las ofrendas. Insistiendo en su importancia y significado, hay que recordar precisamente que era en las brasas del altar donde el dios moría cada año dos días antes de su *égersis*. Por ello el fuego pudo ser la forma más deseada en los rituales funerarios en determinados momentos de la historia fenicia o para aquellos individuos y sectores sociales más preocupados por seguir los avatares baálicos. Pero, como los cananeos del I milenio a.C. practicaron también la inhumación de los cadáveres, en este segundo caso la vinculación con el dios y con su arquetipo vital se alcanzaba mediante la orientación de la fosa alargada de la tumba al arco de la declinación solar.

En la necrópolis sevillana de la Angorrilla, en Alcalá del Río, los difuntos de la comunidad se dispusieron con la cabeza hacia el extremo oeste de la sepultura, de acuerdo con la norma casi universal de relacionar el ocaso solar con la muerte. Las pocas inhumaciones que rebasaron los límites de la declinación solar lo hicieron muy cerca del eje solsticial NE-SO. De hecho, las sepulturas que no excedieron el arco de la declinación también muestran una marcada preferencia por este eje (Esteban 2014). Es ésta, en todo caso, la disposición astronómica del santuario del Carambolo, lo que revela una misma fe en todos los aspectos de la vida religiosa, incluido el que presidía las creencias de ultratumba. En consecuencia, de esta relación podemos concluir que quienes se enterraron en la Angorrilla profesaban las mismas creencias religiosas que los fieles que rezaban en el Carambolo, si es que ellos mismos no habían pasado alguna vez por ese alto sagrado para orar. Así que es una contradicción calificar el Carambolo como santuario fenicio y paralelamente a la Angorrilla como cementerio tartésico, entendido este último calificativo étnico como alusión a los *turta*.

Lo visto hasta aquí muestra que las creencias religiosas que cuentan con más documentación en Tarteso tienen una clara identidad oriental. Por eso, si atribuimos la costumbre de arrojar armas a las aguas a una población de raíces occidentales atlánticas, todo lo demás habría que asignarlo en buena lógica al componente demográfico de origen levantino, y en concreto semita. Podríamos usar para este otro conjunto de evidencias el término fenicio -de hecho, lo estoy empleando en este trabajo- si aceptamos que, siendo una voz cómoda y consolidada por la historiografía, puede contener una realidad étnica mucho más variada que la manifestada por su significado histórico estricto. De hecho, la documentación arqueológica sugiere la existencia en Tarteso de una diversidad de colonos orientales aún no tenida muy en cuenta (Escacena 2011). Desde una perspectiva occidental presentista, algunos comportamientos de entonces pueden parecernos ciertamente infantiles, cuando no simples prácticas supersticiosas que no entrarían

dentro de nuestro concepto actual de religión, que por simple etnocentrismo tenemos por más elevado y puro que en las culturas que nos precedieron. Sin embargo, para aquel mundo ya pasado constituyeron una parte singular de sus creencias, aunque dentro de éstas se reconociera entonces la correspondiente jerarquización. Entre las prácticas que no parecen incumbir a la médula teológica estarían por ejemplo las que procuraban alejar a los demonios de determinados lugares o que intentaban librarse de sus influencias perniciosas, males en definitiva que cualquier mente cabal de hoy tendría por consecuencia de nuestros propios actos de infecciones microbianas o de simples efectos del azar.

Comúnmente, los males se concibieron como una acción del diablo, fuera éste un personaje singular o plural. Es más, el demonio era la materialización misma del mal, el Maligno. Las penalidades no se concebían sino como manifestación de su presencia y efecto de su voluntad. Como consecuencia, se imaginaron múltiples fórmulas para eludir sus siniestras acciones. Uno de esos recursos, bien documentado en Tarteso en las últimas décadas, procuraba alejar de los templos a ese perverso espíritu. Si los dioses representaban el bien, sería nefasto que el demonio pudiera invadir el palacio de las divinidades. Y el lugar adecuado para establecer la barrera impenetrable era sin duda la puerta de los edificios sagrados. En los templos, en las viviendas y en las ciudades, esos vanos se creían en el Próximo Oriente antiguo la frontera entre el orden interior y el caos exterior (Verderame 2017: 85). Para eso servían las alfombras de conchas marinas extendidas en sus pórticos y umbrales, para contener fuera al diablo. Resultaba seguramente bastante gravosa la conservación en buenas condiciones de esos suelos al aire libre, pero lo que hoy solemos ver como un dispendio económico cuando lo observamos en la conducta religiosa, desde el análisis evolutivo resulta ser un comportamiento adaptativo que atrae adeptos al sistema y fomenta su propia replicación. Es la atracción que ejercen en nuestra mente la riqueza y los bienes caros de mantener, siempre acompañada por un rechazo paralelo de las baratijas (Dennett 2007: 97). En la zona nuclear tartésica es de nuevo el Carambolo el ejemplo más palmario de esta práctica, aunque los pavimentos de conchas se extendieron por muchos de los sitios que poblaron los fenicios occidentales de primera generación y sus descendientes criollos. Los moluscos elegidos eran del género *Glycymeris*, que se tomaban de la costa ya muertos. No eran por tanto restos de comida procedente de la basura. Se creía que retenían al diablo fuera del templo porque su diseño bivalvo, similar al de una vulva, lo entusiasmaba a la entrada del templo y lograba que no pasara al interior, toda vez que al referido personaje se le suponía una depravada y viciosa inclinación al sexo. Se trata de la misma estrategia que perpetuaron hasta la Edad Media muchas iglesias y catedrales cristianas cuando colocaban escenas eróticas esculpidas sobre las puertas y otros vanos (Escacena y Vázquez 2009). Pero lo que ahora puede importar más de esta conducta constatada en Tarteso es su inexistencia en la Prehistoria occidental antes de la presencia fenicia, unida sobre todo al hecho de que está registrada en cambio en el Próximo Oriente desde el II milenio a.C. al menos (Badre *et alii* 2007; Poyato y Vázquez Hoys 1989: 453). Allí existen incluso referencias textuales que les atribuyen a las conchas marinas este valor apotropaico cuando se esparcen en la entrada de los edificios (Lara 2002: 310). No estamos por tanto ante una «singular decoración» de los recintos sagrados hecha con la intención de deslumbrar al visitante, aunque éste percibiera su oneroso mantenimiento, sino ante una práctica que se traslada de Oriente a Occidente con todos sus detalles y requisitos. Si lo equiparamos con el funcionamiento de nuestra genética, lo que en realidad viajó hacia el oeste fue la receta mental (genotipo) que producía esos suelos (fenotipos), lógicamente todo ello acompañado del complejo memético de tipo religioso que hacía necesario su uso en los sacrosantos templos levantados en las nuevas tierras descubiertas. Por si no he acabado de explicarme del todo, debo recordar al lector que esa mentalidad atravesó todo el Mediterráneo alojada en los cerebros de quienes se trasladaron desde el Levante hasta el lejano Oeste, y que pudo reproducirse en los sitios de llegada sin problema alguno y libre de contagios culturales ajenos porque esos distantes territorios carecían de dueño. Desde el punto de vista teórico, esta explicación encaja bien en la teoría memética, que aplica el análisis científico darwinista a la transmisión cultural (Blackmore 2000).

Otra expresión de ese miedo al demonio derivó en el uso de cuerdas apotropaicas contra sus influencias. Lisas o anudadas, las cuerdas tuvieron ese carácter defensivo porque simbolizaban la seguridad de que algo había quedado bien protegido, digamos que atado y bien atado. Esta hipótesis cuenta con un importante sustento literario en la referencia bíblica de *Números* (29, 15), donde se afirma que: “todo recipiente descubierto, que no esté cerrado con tapa o cuerda, será impuro”. Sólo basta aplicar lo recogido en este texto hebreo a la supuesta decoración cerámica o al análisis de otros muchos objetos para percibir de nuevo que todo elemento que nuestra lectura actual pueda dar por simple ornamento puede estar cargado de un importante contenido simbólico. En la misma patria de origen de los colonos fenicios, el sarcófago del rey Ahiram de Biblos está cercado a todo su alrededor por una sogas que recorre a modo de moldura horizontal el contorno del monolito, cerrando y protegiendo su contenido -el propio cuerpo del monarca en este caso- por debajo de la cubierta y de una cenefa invertida de flores y capullos de loto. Seguramente estamos ante una práctica de hondas raíces prehistóricas que remontan al Neolítico al menos, pero en la época que ahora analizamos se constata una profusa utilización, especialmente sobre las vasijas, de cuerdas en relieve o pintadas que afectan a las proximidades de la boca, y menos a otras partes de los envases. Los grandes *píthoi* de las campiñas sevillanas y cordobesas que se pintaban con procesiones de toros baálicos, con esfinges y grifos, con las flores de loto de Astarté o con rosetas astrales, llevan siempre cuerdas pintadas en el cuello o en el arranque de las asas. Como nunca aparecen por debajo de los elementos figurativos de la zona central, no podemos calificarlas de simples enmarques de las escenas simbólicas. De esa forma adquieren valor apotropaico y dejan de ser meros adornos que embellecían el vaso. Se encargaban de proteger de los malintencionados quehaceres del diablo todo aquello que contuviera el recipiente.

6. CONCLUSIONES

Nada que añadir. Lo expuesto es suficiente para decidir si estamos ante un fenómeno de sincretismo religioso formado por dos componentes, uno occidental y otro oriental, o si la arqueología tartésica muestra simplemente el traslado al extremo oeste del Mediterráneo de un mundo mental levantino. Concluya libremente el lector.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO, M. 1966: *Las estelas decoradas del suroeste peninsular* (Bibliotheca Praehistorica Hispana VIII), Madrid.
- AMORES, F. (ed.) 2009: *El Carambolo. 50 años de un tesoro* (Catálogo de la exposición), Sevilla.
- ANDRÉS, M.T. 2007-08: “Semblanza cosmográfica de los «cuencos» de Axtroki”, *Veleia*, 24-25: 879-894.
- AUBET, M.E. 1997: “A propósito de una vieja estela”, *Saguntum*, 30: 163-172.
- AUBET, M.E. 2005: “El «orientalizante»: un fenómeno de contacto entre sociedades desiguales”, en *El periodo orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo occidental*. Anejos de AEspA, XXXV, vol. I., Mérida: 117-128.
- BADRE, L., GUBEL, É. Y THALMANN, J.-P. 2007: “Trois sanctuaires phéniciens: Sarepta, Tell Arqa, Tell Kazel”, en *La Méditerranée des phéniciens. De Tyr à Carthage*, Paris: 58-59.
- BELÉN, M. Y ESCACENA, J.L. 1995: “Acerca del horizonte de la ría de Huelva. Consideraciones sobre el final de la Edad del Bronce en el suroeste ibérico”, en Ruiz-Gálvez, M. (ed.), *Ritos de paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final europeo*, Complutum Extra, 5, Madrid: 85-113.
- BELÉN, M., ESCACENA, J.L. Y BOZZINO, M.I. 1992: “Las comunidades prerromanas de Andalucía occidental”, en Almagro-Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica* (Complutum 2-3), Madrid: 65-87.

- BELÉN, M., VÁZQUEZ, C., FORT, R. Y CHAPA, T. 2009: "The first evidence of a Tartessian stone sculpture: a fragmentary cult image from Carmona (Seville, Spain)", en Jockey, Ph. (dir.): *ΛΕΥΚΟΣΛΙΘΟΣ. Leukos lithos. Interdisciplinary studies on mediterranean ancient marble and stones. Proceedings of the VIIIth International Conference of the Association for the Study of Marble and Other Stones used in Antiquity, Aix-en-Provence*: 243-253.
- BELTRÁN, J., IZQUIERDO, R. Y ESCACENA, J.L. 2007: «El "Cerro Mariana": excavaciones de 1998-99», en Beltrán, J. y Escacena, J. L. (eds.), *Arqueología en el Bajo Guadalquivir. Prehistoria y Antigüedad de Las Cabezas de San Juan*, Sevilla: 73-92.
- BERROCAL-RANGEL, L. Y SILVA, A.C.S. 2007: "O Castro dos Ratinhos (Moura, Portugal). Um complexo defensivo no Bronze Final do Sudoeste peninsular", en Berrocal-Rangel, L. y Moret, P. (eds.), *Paisajes fortificados de la Edad del Hierro. Las murallas protohistóricas de La Meseta y la vertiente atlántica en su contexto europeo*. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 28, Madrid: 169-190.
- BISI, A.M. 1977-78: "La diffusion du «Smiting God» syro-palestinien dans le milieu phénicien d'Occident", *Karthago*, 19: 5-14.
- BISI, A.M. 1986: "Le «Smiting God» dans les milieux phéniciens d'Occident: un réexamen de la question", en Bonnet, C.; Lipinski, E. y Marchitti, P. (eds.), *Religio phoenicia*. Studia Phoenicia IV, Namur: 169-187.
- BLACKMORE, S. 2000: *La máquina de los memes*, Barcelona.
- BLANCO, A. 1985: "Los nuevos bronce de Sancti Petri", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CLXXXII (II): 207-216.
- BONNET, C. 1983: "Le dieu Melqart en Phénicie et dans le bassin méditerranéen: culte national et officiel", en Lipinski, E., Gubel, E. y Servais-Soyez (eds.), *Redt Tyrus / Sauvons Tyr. Histoire Phénicienne / Fenicische Geschiedenis*. Studia Phoenicia I-II, Leuven: 195-207.
- BONNET, C. 1996: *Astarté. Dossier documentaire et perspectives historiques*, Roma.
- BONSOR, G. Y THOUVENOT, R. 1928: *Nécropole ibérique de Setefilla, Lora del Río (Sevilla). Fouilles de 1926-1927*, Paris.
- BRELICH, A. 1960: "Der Polytheismus", *Numen*, 7.2: 123-136.
- CARRIAZO, J. de M. 1970: *El tesoro y las primeras excavaciones en «El Carambolo» (Camas, Sevilla)*. Excavaciones Arqueológicas en España, 68, Madrid.
- CELESTINO PÉREZ, S. 2014: *Tarteso. Viaje a los confines del Mundo Antiguo*, Madrid.
- CELESTINO PÉREZ, S. Y RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, E. 2019: «El santuario de Cancho Roano C: un espacio consagrado a Baal y Astarté», *Ophiussa*, 3: 27-44.
- CHAPA, T. Y MAYORAL, V. 2007: *Arqueología del trabajo. El ciclo de la vida en un poblado ibérico*, Madrid.
- CHAVES, F. Y DE LA BANDERA, M.L. 1992: "Problemática de las cerámicas «orientalizantes» y su contexto", en Untermann, J. y Villar, F. (eds.), *Lengua y cultura en la Hispania prerromana*, Salamanca: 49-89.
- DEL OLMO, G. 1995: "La religión cananea de los antiguos hebreos", en del Olmo, G. (ed.), *Mitología y religión del Oriente Antiguo. II/2, Semitas occidentales (Emar, Ugarit, hebreos, fenicios, arameos, árabes)*, Sabadell: 223-350.
- DEL OLMO, G. 2004: "De los 1.000 y más dioses al Dios único. Cuantificación de los panteones orientales: de Egipto a Cartago", en Matilla, G.; Egea, A. y González Blanco, A. (eds.), *El mundo púnico. Religión, antropología y cultura material*, Murcia: 19-32.
- DENNETT, D.C. 2007: *Romper el hechizo. La religión como fenómeno natural*, Buenos Aires.
- ESCACENA, J.L. 1995: "La etapa precolonial de Tartessos. Reflexiones sobre el «Bronce» que nunca existió", en *Tartessos 25 años después. 1968-1993. Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, Jerez de la Frontera: 179-214.
- ESCACENA, J.L. 2009: "La Égersis de Melqart. Hipótesis sobre una teología solar cananea", *Complutum*, 20-2: 95-120.
- ESCACENA, J.L. 2011: "Variación identitaria entre los orientales de Tartessos. Reflexiones desde el antiesencialismo darwinista", en Álvarez Martí-Aguilar, M. (ed.), *Fenicios en Tartessos: nuevas perspectivas*, Oxford: 161-192.

- ESCACENA, J.L. 2017: “*Gloria in excelsis... Trasfondo religioso de la cosmovisión fenicia*”, en González, C. y Costa, B. (eds.), *Entre el cielo y la tierra. Arqueoastronomía del mundo feniciopúnico*, Ibiza: 37-79.
- ESCACENA, J.L. 2020: “Los colores de Belcebú”, en Celestino Pérez, S. y Rodríguez González, E. (eds.), *Un viaje entre el Oriente y el Occidente del Mediterráneo*, Mytra, 5, vol. I, Mérida: 167-179.
- ESCACENA, J.L. 2021: «Montemolín y los toros del cielo», en Ferrer, E., García Fernández, F. J., García Vargas, E., Oria, M. y Pliego, R. (coords.), *Arqueología y numismática. Estudios en homenaje a la profesora Francisca Chaves Tristán*, Sevilla: 479-495.
- ESCACENA, J.L. Y AMORES, F. 2011: “Revestidos como Dios manda. El tesoro del Carambolo como ajuar de consagración”, *Spal*, 20: 107-141.
- ESCACENA, J.L. E IZQUIERDO, R. 2001: “Oriente en Occidente. Arquitectura civil y religiosa en un barrio fenicio de la *Caura* tartésica”, en Ruiz Mata, D. y Celestino Pérez, S. (eds.), *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid: 123-157.
- ESCACENA, J.L. Y VÁZQUEZ, M.I. 2009: “Conchas de salvación”, *Spal*, 18: 51-82.
- ESTEBAN, C. 2014: “Orientación de las tumbas y astronomía en la necrópolis de la Angorrilla”, en Fernández Flores, A., Rodríguez Azogue, A., Casado, M. y Prados, E. (eds.), *La necrópolis de época tartésica de La Angorrilla (Alcalá del Río, Sevilla)*, Sevilla: 321-327.
- ESTEBAN, C. 2017: “Lugares de culto y astronomía en Iberia y el norte de África durante la Protohistoria», en González-García, A.C. y Costa, B. (eds.), *Entre el cielo y la tierra. Arqueoastronomía del mundo fenicio-púnico*, Ibiza: 81-116.
- ESTEBAN, C. Y ESCACENA, J.L. 2013: «Arqueología del cielo. Orientaciones astronómicas en edificios protohistóricos del sur de la Península Ibérica», *Trabajos de Prehistoria*, 71-1: 113-138.
- FERNÁNDEZ FLORES, Á. Y RODRÍGUEZ AZOGUE, A. 2007: *Tartessos desvelado. La colonización fenicia del suroeste peninsular y el origen y ocaso de Tartessos*, Córdoba.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, J.M. 2019: “Depósitos de oro, de armas y estelas decoradas: la ritualización del género en el Bronce Final del Suroeste peninsular”, en Chávez-Álvarez, M. E., Cálalich, M. D. y Martín Socas, D. (coords.), *Un periplo docente e investigador. Estudios en homenaje al profesor Antonio Tejera Gaspar*, La Laguna: 481-498.
- FERRER, E. 2012: “El brazo poderoso de Dios. Sobre un nuevo bronce fenicio de procedencia subacuática”, en Ferrer, E., Ceballos, M. C. y Pereira, A. (coords.), *La religión del mar: dioses y ritos de navegación en el Mediterráneo antiguo*. Spal Monografías Arqueología, XVI, Sevilla: 37-66.
- GARCÍA-BELLIDO, M.P. 2002-03: “Los gestos de poder divino en la imaginería ibérica”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 28-29: 227-240.
- GÓMEZ BELLARD, C. 2000: “El comercio etrusco-fenicio: algunos apuntes”, en Fernández Uriel, P., López Pardo, F. y González Wagner, C. (eds.), *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo*, Madrid: 109-114.
- GÓMEZ PEÑA, Á. 2010: “Así en Oriente como en Occidente: el origen oriental de los altares taurodérmicos de la Península Ibérica”, *Spal*, 19: 129-148.
- GÓMEZ PEÑA, Á. 2018: “Nueva propuesta sobre la simbología de la diadema del tesoro de Ébora”, *Archivo Español de Arqueología*, 91: 67-88.
- GÓMEZ TOSCANO, F. Y FUNDONI, G. 2010-11: “Relaciones del Suroeste con el Mediterráneo en el Bronce Final (siglos XI-X a.C.). Huelva y la isla de Cerdeña”, *Anales de Arqueología Cordobesa*, 21-22: 17-56.
- GONZÁLEZ WAGNER, C. 2007: “El barco negro en la costa. Reflexiones sobre el miedo y la colonización fenicia en la tierra de Tarsis”, *Gerión Extra*, 1: 121-131.
- HORNUNG, E. 1999: *El Uno y los Múltiples. Concepciones egipcias de la divinidad*, Madrid.
- HUTCHINSON, G.E. 1981: *Introducción a la ecología de poblaciones*, Barcelona.
- JIMÉNEZ ÁVILA, F.J. Y MEDEROS, A. 2020: “Dos bocados de bronce hispano-fenicios en el Metropolitan Museum of Art (New York): en torno a la funcionalidad e iconografía del Bronce Carriazo”, *Zephyrus*, 85: 53-78.
- LARA, F. 2002: *Leyendas de la antigua Mesopotamia. Dioses, héroes y seres fantásticos*, Madrid.

- LIPÍŃSKI, E. 1970: "La fête de l'ensevelissement et de la résurrection de Melqart", en Finet, A. (ed.), *Actes de la XVII^e Rencontre Assyriologique Internationale*, Ham-sur-Heure: 30-58.
- LIVERANI, M. 2004: *Más allá de la Biblia. Historia antigua de Israel*, Barcelona.
- LULL, J. 2004: *La astronomía en el antiguo Egipto*, Valencia.
- LUZÓN, J.M. 2019: "I simboli sacerdotali dal Neolitico all'Epoca Classica: suggestioni e ipotesi", en Martini, F., Sarti, L. y Visentini, P. (eds.), *Le raffigurazioni femminili neolitiche in Italia: iconografia, iconologia, contesti*, Udine: 117-134.
- MARIÑO, X. 2020: *La conquista del lenguaje. Una mirada a la evolución de la mente humana*, Barcelona.
- MARÍN CEBALLOS, M.C. 1978: "Documents pour l'étude de la religion phénico-punique dans la péninsule ibérique: Astarté", en *Actes du Deuxième Congrès International d'Étude des Cultures de la Méditerranée Occidentale*, II, Alger: 21-32.
- MARÍN CEBALLOS, M.C. y FERRER, E. 2011: "El Bronce Carriazo. Historia y lectura iconográfica de una pieza singular", en Belmonte, J. A. y Oliva, J. (coords.), *Esta Toledo, aquella Babilonia. Convivencia e interacción en las sociedades del Oriente y del Mediterráneo antiguos*, Cuenca: 615-645.
- NAVARRO, A. 2021: *Astarté en el extremo occidente: la diosa de El Carambolo*. Spal Monografías Arqueología, XL, Sevilla.
- PADRÓ, J. 1993: "Hathor dans l'Hispanie pré-romaine", en Berger, C., Clerc, G. y Grimal, N. (eds.), *Hommages à Jean Leclant. Bibliothèque d'Étude* 106/3, Le Caire: 397-404.
- POYATO, C. y VÁZQUEZ HOYS, A.M. 1989: *Introducción a la arqueología. II milenio en el Próximo Oriente*, Madrid.
- RINDOS, D. 1990: *Los orígenes de la agricultura. Una perspectiva evolucionista*, Barcelona.
- RUIZ-GÁLVEZ, M. 1982: "Nueva espada dragada en el río Ulla. Armas arrojadas a las aguas", en *Homenaje a Alfredo García Alén*, Pontevedra: 3-18.
- RUIZ-GÁLVEZ, M. 1995: "El significado de la Ría de Huelva en el contexto de las relaciones de intercambio y de las transformaciones producidas en la transición Bronce Final/Edad del Hierro", en Ruiz-Gálvez, M. (ed.), *Ritos de paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final europeo*. Complutum Extra, 5, Madrid: 129-155.
- SCHMITT, R. 2013: "Astarte, Mistress of Horses, Lady of the Chariot: The warrior aspect of Astarte", *Die Welt des Orients*, 43: 213-225.
- SCHNEIDER, E.D. y SAGAN, D. 2005: *Into the cool. Energy flow, thermodynamics and life*, Chicago & London.
- SCHRADER, C. 1984: *Heródoto, Historia* (traducción y notas de C. Schrader), Madrid.
- SECO, I. 2010: *Piedras con alma. El betilismo en el mundo antiguo y sus manifestaciones en la Península Ibérica*. Spal Monografías Arqueología, XIII, Sevilla.
- TREBOLLE, J. 1997: "El monoteísmo y el aniconismo bíblico en relación con la iconografía israelita y con los cultos anicónicos del mundo semítico", en Ausín, S. (dir.), *De la ruina a la afirmación. El entorno del reino de Israel en el siglo VIII a.C.*, Estella: 77-100.
- VERDERAME, L. 2017: "Le symbolisme de la porte dans les rituels assyro-babyloniens", en Michel, P. M. (ed.), *Rites aux portes. Etudes Genevoises sur l'Antiquité*, 4, Bern: 83-92.
- VILLAR, F. 1995: "Los nombres de Tartesos", *Habis*, 26: 243-270.
- VON BAEYER, C. 2000: "The lotus effect", *The Sciences*, 40.1: 12-15.
- XELLA, P. 1986: "Le polythéisme phénicien", en Bonnet, C., Lipinski, E. y Marchitti, P. (eds.), *Religio phoenicia*. Studia Phoenicia IV, Namur: 29-39.
- XELLA, P. 2004: "Una cuestión de vida o muerte: Baal de Ugarit y los dioses fenicios", en Matilla, G., Egea, A. y González Blanco, A. (eds.), *El mundo púnico. Religión, antropología y cultura material*, Murcia: 33-45.

ANTES TODO ESTO ERA CAMPO. EL DESARROLLO DEL FENÓMENO URBANO EN EL BAJO GUADALQUIVIR

FRANCISCO JOSÉ GARCÍA FERNÁNDEZ*

RESUMEN

Se analiza el desarrollo del fenómeno urbano en el Bajo Guadalquivir como un proceso de larga duración que arranca con los inicios de la presencia fenicia en la región pero que no culmina hasta avanzado el I milenio a.C. Nos centramos, sobre todo, en el área comprendida por el antiguo estuario bético, donde se sitúan las primeras colonias orientales y los poblados que surgen al calor de estas, aunque por extensión se hace alusión también al resto de áreas que conforman esta región, como el valle del Guadiamar, Los Alcores o el interior de la campiña de Sevilla. Tras un breve estado de la cuestión sobre el origen de la ciudad en Tarteso, planteamos la ausencia de evidencias de urbanismo entre las comunidades de finales de la Edad del Bronce y revisamos la escasa documentación relativa a este periodo. A continuación, se aborda la introducción del modelo urbano oriental en el Bajo Guadalquivir por parte de los fenicios y su progresiva implantación a lo largo de la I Edad del hierro, haciendo hincapié en las diferentes estrategias coloniales seguidas por estos. Nos detenemos en los casos más representativos de las diferentes tipologías de asentamientos: santuarios, emporios comerciales, barrios fenicios en centros indígenas y los poblados surgidos *ex novo*. Para terminar, se examinan las consecuencias de la denominada “crisis del siglo VI a.C.” en esta primitiva red urbana y su posterior evolución a lo largo de la II Edad del Hierro, momento en el que, paradójicamente, se consolida el fenómeno urbano en la región.

PALABRAS CLAVE

Tarteso, Turdetania, Edad del Hierro, ciudad, urbanismo, arquitectura.

ABSTRACT

The urban development of the Lower Guadalquivir is analysed as a long-term process that began with the first Phoenician presence in the region but did not conclude until late in the 1st millennium BC. We focus, mainly, on the area comprising the ancient Baetic estuary, where the first eastern colonies and the settlements that arose around them are located, although we also refer to the other areas that belong to this region, such as the Guadiamar Valley, Los Alcores or the Seville countryside. After a succinct state of the art on the origin of the city in Tartessos, we discuss the

* Departamento de Prehistoria y Arqueología, Universidad de Sevilla. fjgf@us.es

absence of evidence of urban planning within the communities of the Late Bronze Age and review the scarce information relating to this period. Next, we study the introduction of the eastern urban model in the Lower Guadalquivir valley by the Phoenicians and its progressive implantation throughout the Early Iron Age, emphasising the different colonial strategies followed by the Phoenicians. We consider the most representative cases of the different settlement types: sanctuaries, commercial emporia, Phoenician quarters in indigenous centres, and settlements that emerged *ex novo*. Finally, we examine the consequences of the so-called «crisis of the 6th century BC» on this primitive urban network and its subsequent evolution throughout the late Iron Age, a time when, paradoxically, the urban phenomenon was consolidated in the region.

KEY WORDS

Tartessos, Turdetania, Iron Age, city, urban development, architecture.

No cabe duda de que el origen de la ciudad y, con ella, la implantación del modo de vida urbano es uno de los principales episodios en la historia de la humanidad por su transcendencia cultural y su dimensión global. Con diferentes focos, ritmos y resultados, la conocida como “Revolución Urbana” (Childe 1954) es un fenómeno que tiene en común en casi todos los lugares la aparición de sociedades complejas, así como también su materialización física en el hábitat urbano. La precocidad con la que surge en el sur de la península ibérica, al calor de las colonizaciones orientales, constituye una singularidad en relación con otras áreas del Mediterráneo occidental, donde la introducción este tipo de hábitat es ligeramente más tardía (Botto 2018). Asimismo, el arraigo de buena parte de estas primeras ciudades y su continuidad en el tiempo dan fe de su éxito, especialmente en las comarcas interiores del valle del Guadalquivir. De hecho, podemos decir sin riesgo a equivocarnos que la red urbana surgida en estos momentos supuso el germen de la actual estructura territorial de Andalucía (Cano 2008: 116-117) (Fig. 1).

Sin embargo, es importante tener en cuenta que urbanismo no es sinónimo de estado, pues existen casos de formaciones políticas que no se apoyaron necesariamente en la ciudad como instrumento de territorialización, y viceversa, rasgos urbanos en asentamientos de sociedades que no parecen haber superado niveles de organización preestatales (Jennings y Earle 2016). Aun así, son dos procesos culturales que suelen ir de la mano o estar interrelacionados. Por otro lado, conviene distinguir también entre urbanismo y ciudad, pues a menudo se aprecian rasgos urbanos en lugares de hábitat sin que se pueda hablar aún *sensu stricto* de ciudades. Esto es objeto de un profundo debate en el que no es factible entrar en estas líneas pero que sitúa en el epicentro del problema a los denominados “centros protourbanos”, es decir, aquellos en los que existen indicios de urbanismo pero que aún no han alcanzado la categoría de ciudad, como ocurre con la mayor parte de los asentamientos del antiguo estuario del Guadalquivir a inicios de la Edad del Hierro, y que a menudo se definen con el impreciso y controvertido término de *oppidum* (Fumadó 2013). Así pues, más allá de los aspectos formales y funcionales (hábitat organizado formando manzanas, sectorización en áreas con usos concretos, existencia de calles y espacios de circulación, presencia de murallas, edificios destinados al poder, espacios artesanales, portuarios o de almacenamiento, etc.), son los aspectos socioeconómicos (división social en clases, especialización económica, ruptura de los sistemas de convivencia tradicionales basados en el parentesco, centralidad en la organización y gestión del territorio, etc.), los que constituyen un salto en las formas de organización que contribuirán a la larga a la cristalización de esta forma de agregación humana (una síntesis reciente en Fernández-Götz y Krausse 2016). Se trata en todo caso de un proceso gradual en el que intervienen diversos factores, lo cual es especialmente evidente en la península ibérica, donde sus ritmos y alcance solo pueden entenderse a partir de las circunstancias de cada territorio (González Wagner 2007).

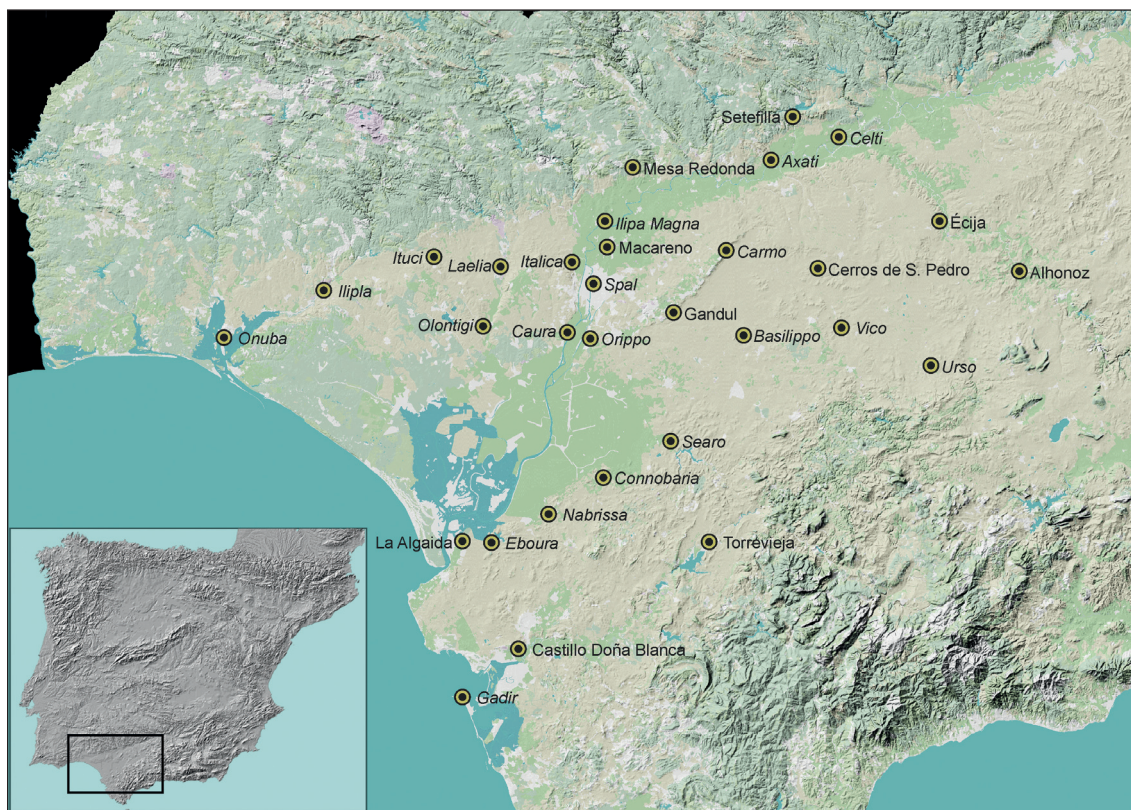


Fig. 1. Mapa del Bajo Guadalquivir donde figuran los principales centros protourbanos mencionados en el texto con el topónimo latino transmitido por las fuentes escritas o bien con el nombre actual del yacimiento. Provincia de Huelva: *Onoba* (Huelva), *Ilipla* (Niebla), *Ituci* (Tejada la Nueva, Paterna del Campo). Provincia de Cádiz: *Gadir* (Cádiz), Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María), Torrevieja (Villamartín), *Eboura* (Cortijo de Ébora, Sanlúcar de Barrameda), La Algaida (Sanlúcar de Barrameda). Provincia de Sevilla: *Nabrisa* (Lebrija), *Connobaria* (Las Cabezas de San Juan), *Searo* (El Palmar de Troya, Utrera), *Laelia* (Cerro de la Cabeza, Olivares), *Olontigi* (Aznalcázar), *Caura* (Coria del Río), *Oripo* (Torre de los Herberos, Dos Hermanas), *Spal* (Sevilla), *Italica* (Santiponce), Cerro Macareno (La Rinconada), *Ilipa Magna* (Alcalá del Río), Mesa Redonda (Villaverde del Río), *Axati* (Lora del Río), Setefilla (Lora del Río), *Celti* (Peñaflor), Gandul (Alcalá de Guadaira), *Carmo* (Carmona), *Basilippo* (Cerro del Cincho, Carmona), Vico (Marchena), *Urso* (Osuna), Cerros de San Pedro (Fuentes de Andalucía), Alhonor (Herrera), Écija (elaboración propia).

1. BREVE ESTADO DE LA CUESTIÓN

A pesar del interés despertado durante décadas por la protohistoria del Bajo Guadalquivir, como una de las áreas nucleares donde se desarrolla la cultura tartésica, el estado de los conocimientos sobre el origen de la ciudad y las formas de vida urbana en esta región es aún muy precario, en parte debido a la parquedad de la información escrita y, sobre todo, a la práctica ausencia de excavaciones en extensión, que determina la escasez de datos con los que poder sustentar estudios de este tipo. De hecho, y salvo excepciones, la mayoría de los trabajos que han abordado la cuestión consisten en realidad en reflexiones generales sobre los orígenes del urbanismo en Tarteso y, en sentido más amplio, en la Hispania prerromana. Estos últimos han pivotado durante décadas entre dos posturas opuestas, aunque no excluyentes. La primera, ve en la génesis del fenómeno urbano en Andalucía un proceso eminentemente local que hunde sus raíces en las culturas de la Prehistoria Reciente, especialmente en los grandes poblados de la Edad del Cobre, y que pudo haberse visto acelerado, a la postre, por las colonizaciones mediterráneas (por ejemplo, Maluquer 1970; Aubet 1977-78; Arteaga y Roos 2007). La segunda lo considera un resultado directo de la implantación de los modelos urbanos traídos de oriente por los fenicios, o incluso por contactos anteriores (Bendala 1989), aunque se no

se descarta la posibilidad de que las poblaciones autóctonas fueran también responsables, en mayor o menor grado, de su éxito y evoluciones locales a partir de sus raíces “protourbanas” (Ruiz Mata *et alii* 1998; González Wagner 2007). No obstante, como veremos más adelante, la revisión de algunas secuencias estratigráficas clásicas, los hallazgos arqueológicos realizados en los últimos 20 años en algunos de los principales yacimientos de la Baja Andalucía y la corrección al alza de las cronologías iniciales de la presencia fenicia en la península ibérica han llevado a que este segundo paradigma gane más apoyos entre los investigadores, sustentando nuevas hipótesis desde planteamientos teóricos muy dispares (Ferrer 2017; Escacena 2021).

Esta evolución se puede apreciar más claramente en los escasos estudios que se han dedicado al desarrollo del fenómeno urbano en el Bajo Guadalquivir, e incluso en la trayectoria de los mismos investigadores, como es el caso de J.L. Escacena, en cuyo trabajo pionero “Problemas en torno a los orígenes del urbanismo a orillas del Guadalquivir” remonta su génesis a finales de la Prehistoria y sus bases demográficas al auge poblacional que se vivió en la región entre los siglos IX y VIII a.C. (Escacena 1983: 70-72). Sin embargo, pocos años más tarde este autor adoptaría una postura totalmente contraria contribuyendo, junto a M^a Belén, a revisar las secuencias estratigráficas y las cronologías iniciales de los yacimientos excavados hasta ese momento, y a relacionar la fundación de la mayor parte de los mismos con la llegada de los fenicios a principios del Hierro I (Escacena y Belén 1991; Belén *et alii* 1992; Escacena 1995). Entre ellos destaca Montemolín, en la comarca de Marchena, donde las intervenciones llevadas a cabo durante la década de los ochenta sacaron a la luz las primeras evidencias claras de la adopción de modelos arquitectónicos de corte oriental por parte de las comunidades que habitaron en el interior del valle del Guadalquivir entre los siglos VII y VI a.C., poniéndolas en relación con otros indicios que apuntaban a la presencia temprana de poblaciones de ascendencia sirio-palestina en este territorio (Chaves y Bandera 1991). Estudios posteriores han avanzado en la misma línea, aportando nuevos datos no solo sobre la expansión del urbanismo en campiña de Sevilla, sino también sobre las nuevas estrategias de organización y explotación del territorio que este conllevó (una síntesis en García y Ferrer 2021).

2. ANTES TODO ESTO ERA CAMPO: EL MODO DE VIDA ALDEANO EN EL GUADALQUIVIR PROTOHISTÓRICO

Como se acaba de ver, durante décadas se han venido asumiendo las tesis autoctonistas, que no contemplaban la existencia de solución de continuidad en la evolución de las poblaciones del valle del Guadalquivir, al menos desde el III milenio y hasta finales de la Edad del Bronce, cuando se conformaría el germen de Tarteso, entendido como una cultura netamente indígena que se extendería por todo el cuadrante suroccidental de la península ibérica. El debate ha girado desde entonces en torno al mayor o menor grado de complejidad social de estas comunidades, el impacto de la colonización fenicia sobre las mismas y los modelos de interacción desarrollados durante el denominado periodo “tartésico orientalizante”, sin que se haya llegado a poner en duda su carácter local o su unidad cultural (una síntesis crítica en Álvarez 2005). Las primeras voces disonantes con este modelo empezaron a oírse a principios de los años noventa, cuando se cuestionaron no solo las cronologías “precoloniales” de la mayor parte de los yacimientos de la Baja Andalucía (Escacena y Belén 1991), entre ellos el propio Carambolo (Amores 1995), sino también la propia existencia de población en esta región en los siglos previos a la llegada de los fenicios (Escacena 1995), dada la escasez de asentamientos y la práctica ausencia de necrópolis de esta cronología, que contrastaba con el nivel de ocupación que se alcanzó durante la Edad del Cobre y el Bronce Pleno, con una estructura territorial densa y jerarquizada.

Durante esos años se había empezado a recuperar y actualizar la antigua teoría que defendía una presencia estable de contingentes orientales en el interior del valle del Guadalquivir, más allá de las posibles avanzadillas comerciales en territorio indígena (González Wagner y Alvar 1989), nutriéndose con

nuevos datos. Ello permitió valorar el impacto demográfico de la colonización fenicia en este territorio y su influencia sobre las comunidades locales (Belén y Escacena 1995), especialmente en lo que se refiere a la introducción y adopción de modelos urbanos levantinos. Sin embargo, esta teoría parecía no explicar ni el origen de los grupos que coexistieron con los migrantes orientales ni la eclosión poblacional que se vivió en la región momentos antes de la llegada de estos últimos, entre los siglos IX y VIII a.C. Han sido varias las soluciones, desde diferentes perspectivas, que han tratado de salvar esta aparente contradicción entre la escasez de datos previos y la proliferación de asentamientos en los albores de la Edad del Hierro (Ferrer 2017: 20-24). La mayoría de los investigadores aluden a los cambios que se estaban produciendo en las estrategias económicas y en la estructura social indígena, que tendrían como consecuencia un incremento en su complejidad y una mayor proyección territorial, a través de nuevos patrones de asentamiento (por ejemplo, Carrilero 1993; Barceló 1995; Delgado 2000), aunque suelen pasar de puntillas por la primera cuestión -la genealogía de estas poblaciones- y obvian el hiato demográfico y cultural que se extiende entre mediados y finales del II milenio a.C. Otros investigadores reconocen que “es difícil de explicar la inauguración de tantos hábitats a expensas únicamente de la población precedente”, por lo que plantean la posibilidad de que el auge de los siglos IX-VIII a.C. se debiera a una repoblación del Bajo Guadalquivir y de sus regiones limítrofes a partir de la llegada de grupos procedentes del ámbito atlántico o meseteño, a juzgar por sus tradiciones materiales y la progresión norte-sur y oeste-este de los primeros asentamientos (Belén *et alii* 1992: 71). Sin embargo, también reconocen que “el estudio del crecimiento poblacional no puede metodológicamente desligarse del fenómeno de la colonización fenicia ni de los intereses que esta introdujo en la zona” (Belén y Escacena 1995: 71-72).

En las décadas siguientes, las nuevas excavaciones realizadas en dos yacimientos clave de la cultura tartésica, como son El Carambolo y Huelva, permitieron derribar definitivamente los pocos fundamentos que aún sostenían el paradigma autoctonista, no solo a través del hallazgo de materiales orientales en sus niveles más antiguos, sino también mediante la revisión de su adscripción cultural y funcional. Así pues, El Carambolo, interpretado inicialmente como un poblado de cabañas indígena, podría tratarse con toda probabilidad de un santuario oriental dedicado a Astarté (Fernández y Rodríguez 2007a), como ya habían advertido previamente algunos autores (Belén y Escacena 1997); mientras que Huelva parece haber sido desde sus orígenes un emporio fenicio cuya actividad se remonta, al menos, al siglo IX a.C. (González de Canales *et alii* 2004; Domínguez Monedero 2017). A ello habría que sumar los descubrimientos realizados en la costa de Málaga, en la necrópolis de La Rebanadilla (Sánchez Sánchez-Moreno *et alii* 2012), y en la propia Cádiz, en el área del Teatro Cómico (Gener *et alii* 2014), que le dan sentido al apelativo de “Trimilenaria”, al situar la fundación de esta ciudad a finales del siglo IX a.C.

Este adelanto en la cronología de inicio de la presencia fenicia en la península ibérica y, en concreto, en la Baja Andalucía supuso también tener que asumir que los principales fósiles-guía atribuidos al denominado Bronce Final precolonial -la cerámica tipo Carambolo y las decoraciones con retícula bruñida, sobre todo- correspondían en realidad a un horizonte plenamente colonial (Casado 2015). Ello provocó un efecto dominó que se extendió a prácticamente todos los yacimientos tenidos por indígenas hasta ese momento, algunos tan señeros como San Bartolomé de Almonte o Peñalosa (Huelva), que pasaron a fecharse ya a inicios de la Edad del Hierro. Aun así, un puñado de sitios parecen superar con poco margen de duda esta criba al carecer de materiales e influencias orientales, o presentar dataciones radiocarbónicas calibradas claramente anteriores al siglo IX a.C. Dejando a un lado el debate surgido en torno a las discrepancias observadas entre las cronologías relativas y las dataciones absolutas, que suelen ofrecer generalmente fechas más altas, sobre cien años o incluso más en algunos contextos, lo cierto es que no se puede negar la existencia, con los datos actuales, de poblaciones previas a la llegada de los orientales, aunque estas resulten a todas luces exiguas para hablar de un sustrato local lo suficientemente numeroso, geográficamente extenso, socialmente complejo y culturalmente homogéneo que pueda haber dado origen al fenómeno urbano en Tarteso. Conviene no olvidar, como se ha señalado recientemente, que la

arqueología ha puesto en evidencia la coexistencia de varios grupos culturales distintos en la región en momentos previos o contemporáneos a la llegada de los fenicios, a través sobre todo del registro funerario, algo que resulta difícil de conciliar con la añeja idea de una sociedad autóctona étnicamente uniforme (Ferrer 2017: 24-25).

En el Bajo Guadalquivir, los únicos yacimientos que cuentan con niveles fechables en este horizonte precolonial a través de los dos criterios antedichos -ausencia de elementos orientales y cronologías radiocarbónicas- son la Mesa de Setefilla, en Lora del Río (estrato XIII, fase IIa), Carmona (estrato 5 de la excavación de Carriazo y Raddatz de 1959; nivel 11 del corte CA-80/B; UUEE datadas en el Bronce Final de Costanilla-Torre del Oro), Montemolín, en Marchena (subfases Ia y Ib), Osuna (niveles exhumados en distintos puntos del Cerro de Los Paredones), Coria del Río (corte A del Cerro de San Juan) y El Carambolo, en Camas (niveles inferiores de las campañas de 2001 a 2005), a los que habría que sumar Monte Berrueco, en Medina Sidonia, situado ya en la campiña gaditana, y los yacimientos del Guadalquivir Medio: Colina de los Quemados, en Córdoba, Llanete de los Moros, en Montoro, y Monturque. Se trata en todos los casos de asentamientos en altura, situados en lugares estratégicos próximos a vías de comunicación naturales y áreas de interés económico, que continuarán habitándose en periodos posteriores, por lo que constituyen en gran medida el germen del sistema territorial que eclosionará a inicios de la Edad del Hierro (Ferrer 2017: 19; García y Ferrer 2021: 149-150).

En una fase inmediatamente posterior, denominada en ocasiones “Bronce Final con cerámicas a torno” (Aguayo *et alii* 1991: 561; Bandera *et alii* 1993: 22) por presentar ya las primeras evidencias de importaciones fenicias, además de mantenerse los yacimientos anteriores se inauguran algunos nuevos, como el *oppidum* Alhonor, en Herrera (estrato IV), y los poblados de cabañas de Vega de Santa Lucía (Palma del Río, Córdoba), Jardín de Alá (Salteras, Sevilla), así como Peñalosa (Escacena del Campo) y San Bartolomé de Almonte, ya en la provincia de Huelva. Estos últimos suponen una novedad, ya que no se trata de asentamientos en altura, sino en llano o sobre lomas poco pronunciadas, cuentan con una extensión generalmente más reducida y tienen poca continuidad en el tiempo (Ferrer 2017: 19; García y Ferrer 2021: 150). De hecho, se han interpretado como establecimientos productivos, “cuya ubicación y existencia se debió a la explotación de un recurso, generalmente agrícola, pero en otras ocasiones relacionado con otras actividades como la ganadería, la pesca, la minería y la metalurgia” (Ferrer y Bandera 2007: 57). Es probable que fueran dependientes de otros núcleos de mayor rango, en cuyo caso representarían, como veremos más adelante, el primer indicio de un patrón de asentamiento jerarquizado, aunque no resulta difícil suponer que detrás de ellos se encuentre ya el estímulo de los primeros establecimientos fenicios en el Bajo Guadalquivir (Fig. 2).

Por su parte, las prospecciones superficiales realizadas a lo largo de las últimas décadas en distintos puntos de la región han arrojado otro conjunto de yacimientos que, sin contar con corroboración estratigráfica, muestran un registro conformado exclusivamente por materiales de tradición local. Sin embargo, hay que ser cautos a la hora de asociarlos a un horizonte precolonial pues, como se ha indicado, los fósiles-guía utilizados hasta hace poco para fechar esta fase se muestran inadecuados pues corresponden en puridad a momentos coloniales. Aún así, algunos sitios registrados en la campiña de Sevilla y la vega del Guadalquivir reúnen características análogas a los señalados anteriormente tanto por el tipo de ocupación como, sobre todo por el repertorio material ofrecido (Ferrer y Bandera 2007: 49-51; Ferrer *et alii* 2005: 591). Entre estos últimos destaca un conjunto de yacimientos de menor tamaño y corta duración (algunos no parecen llegar al Hierro I) que se sitúan sobre cerros o lomas de mediana altura, o directamente en llano, y parecen estar destinados a la explotación o transformación de los recursos, por lo que podrían relacionarse con los poblados de cabañas citados más arriba, surgidos durante los primeros compases de la presencia fenicia.

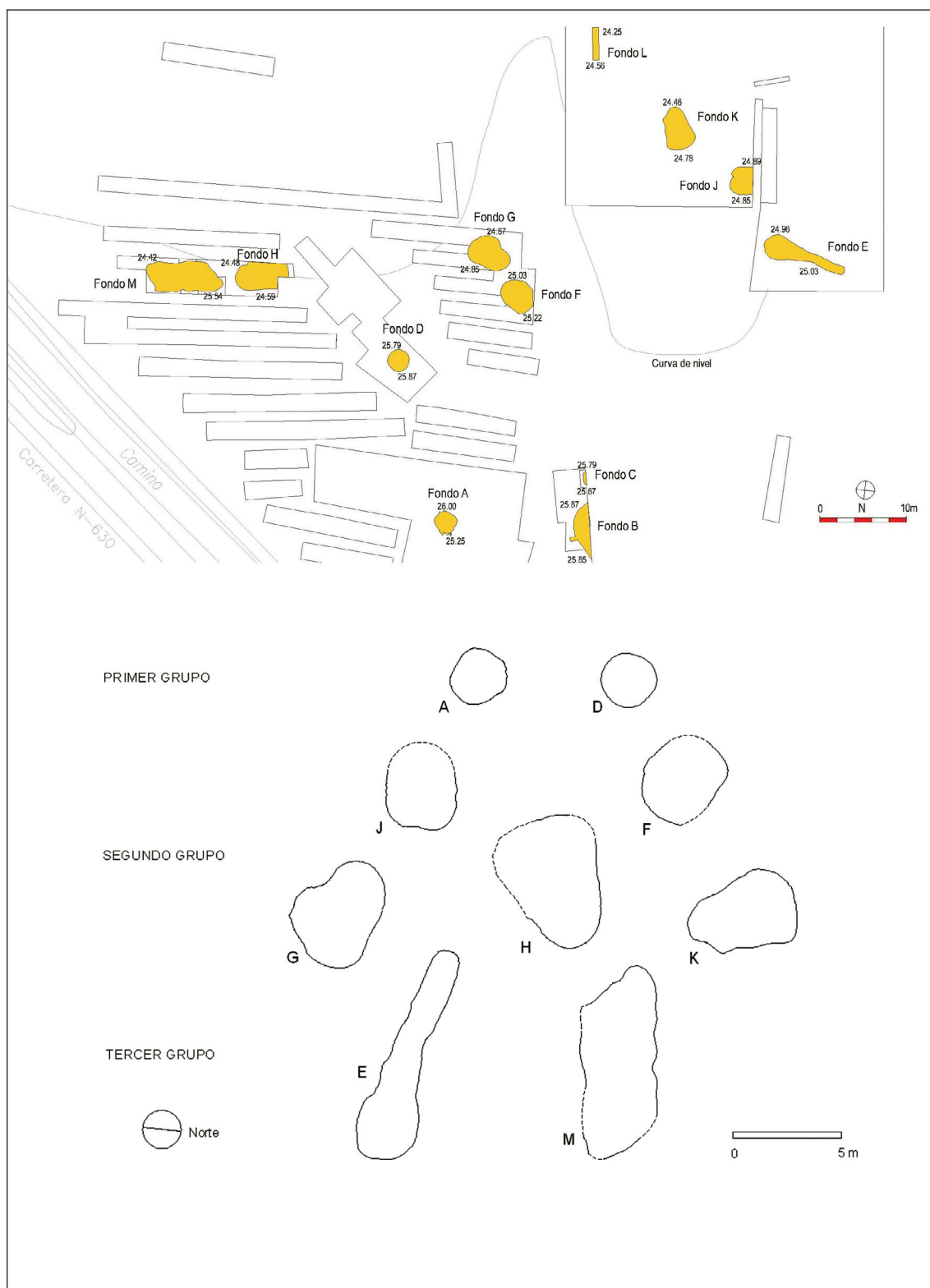


Fig. 2. Jardín de Alá (Salteras, Sevilla): planta y detalle de los fondos de cabaña (a partir de Hunt y García Rivero 2017: Fig. 4 y 5).

En todo caso, ninguno de estos asentamientos muestra evidencias de urbanismo, ya que están formados por un conjunto de cabañas dispersas por una superficie más o menos amplia, sin ordenación ni planificación aparente, donde conviven con otros elementos, como basureros, hogares, instalaciones artesanales e incluso enterramientos, en algunas ocasiones. Tampoco se observa una división funcional del hábitat, ya que en los mismos espacios parecen coexistir las actividades domésticas, productivas y de representación, si las hubiere. Asimismo, los escasos restos de estructuras defensivas identificados no aparentan conformar auténticas murallas, como las que posteriormente se construirán en el Hierro I, sino lienzos discontinuos formados por acumulación de piedras y dispuestos en los lugares más vulnerables (García y Ferrer 2021: 151). Solo la coexistencia de dos tipos de asentamiento en su fase más reciente - grandes poblados en altura y pequeños establecimientos en llano- permite hablar de una incipiente jerarquización que situaría a los primeros en la cabeza de la estructura de poblamiento y en una posición central en la organización territorial.

Si desde los criterios formal y funcional no se puede hablar aún de ciudades en la Baja Andalucía a finales de la Edad del Bronce, tampoco es posible hacerlo desde una perspectiva socioeconómica, ya que todo apunta que nos encontramos ante “comunidades aldeanas no demasiado complejas, en las que un modo de producción doméstico parece generalizado” (González Wagner 1993: 104). Sin negar la existencia, como acabamos de ver, de una cierta jerarquización, visible también en el controvertido fenómeno de las estelas de guerrero (Celestino 2001), ni la organización de los poblados, ni la uniformidad en estructuras de hábitat, ni la escasa especialización productiva parecen indicar que se haya superado el modo de vida aldeano y un sistema de relaciones basados en los vínculos de parentesco, menos aún antes de la llegada de los fenicios al sur de Iberia. Es probable, como se ha propuesto hace algunos años, que la isonomía que muestran exteriormente las casas de estos asentamientos no se corresponda realmente con las diferencias económicas y sociales que separaban a sus dirigentes. En este sentido, “la homogeneidad formal podría traducir una ideología igualitarista que enmascara asimetrías sociales y que nos remite a un contexto social en el que las diferencias de riqueza y de autoridad no están totalmente institucionalizadas y que en gran medida dependen de otras unidades domésticas subordinadas y vinculadas fundamentalmente a través de lazos de parentesco” (Delgado 2005: 592). Por lo tanto, no se trata tanto de sociedades simples, como de comunidades que aún no han alcanzado el nivel de complejidad suficiente para desarrollar un modo de vida urbano.

3. LA COLONIZACIÓN FENICIA Y LA INTRODUCCIÓN DEL MODELO URBANO ORIENTAL EN EL BAJO GUADALQUIVIR

Teniendo en cuenta lo expuesto hasta el momento, parece razonable pensar que el surgimiento de la ciudad en Tarteso debió estar motivada por la presencia fenicia en el sur peninsular y los cambios que esta introdujo en las formas de vida de las poblaciones locales, culminando con la adopción del modo de vida urbano. No obstante, conviene recordar que este proceso no fue instantáneo ni generalizado, sino progresivo y muy desigual, si comparamos unas áreas con otras, o incluso unos centros con otros. De hecho, los factores que intervinieron en la aparición del urbanismo en la Baja Andalucía fueron muy variados y solo pueden entenderse localmente, aunque debieron tener un peso especial los intereses económicos de las comunidades orientales instaladas en la región, según la naturaleza de recursos, su ubicación y posibilidades de comercialización, el tipo de relación establecida con los grupos indígenas, las estrategias coloniales desplegadas y el modelo de poblamiento resultante, que estuvo condicionado lógicamente por las características geográficas de cada comarca. Así pues, dentro del sistema colonial implantado por los fenicios en la Tartésida pueden definirse al menos cuatro grandes subsistemas territoriales, vinculados a las principales vías de penetración interior hacia las áreas de captación de recursos, sobre todo metalúrgicos, pero también agropecuarios, y encabezados por emporios comerciales o directamente por colonias (véase Ferrer 2017: 28-30; García y Ferrer 2021: 154-159):

- a) El de *Onoba* (Huelva), que parece ser el más antiguo (se iniciaría a mediados del siglo IX a.C.), representado por un emporio con su santuario, situado en el estuario de los ríos Tinto y Odiel, aunque posteriormente se proyectó hacia el interior de los cotos mineros de Sierra Morena, con *Ilipila* (Niebla) como centro intermedio.
- b) El de Ayamonte (segunda mitad del siglo VIII a.C.), en la desembocadura del río Guadiana, formado por un asentamiento con su necrópolis y un santuario en la orilla opuesta, en la actual localidad de Castro Marim, aunque también se extendió río arriba en su tramo navegable hasta alcanzar la misma Faja Pirítica ibérica, donde se situaría el puerto fluvial de Mértola.
- c) El de la propia *Gadir* (Cádiz), también en momentos tempranos (fines del siglo IX a.C.), con espacios de hábitat, productivos, necrópolis y santuarios perfectamente delimitados y una red de asentamientos urbanos “en tierra firme” distribuidos estratégicamente en los extremos de la bahía: Castillo de Doña Blanca, en la desembocadura del Guadalete, y Chiclana, en la del Iro.
- d) El del Carambolo-*Spal* (Sevilla), en la antigua desembocadura del Guadalquivir (Fig. 3), dependiente del anterior, aunque probablemente germen de un sistema territorial extenso y complejo que se desarrollaría en los años siguientes hacia el este (interior de las campiñas de Sevilla), el oeste (valle del Guadiamar y cotos mineros de Aznalcóllar) y el sur (orilla oriental de la antigua ensenada bética y campiña de Cádiz).

La presencia de esta ensenada, conocida en la bibliografía arqueológica como *Lacus Ligustinus*, y la existencia de esteros y ríos navegables, además del propio Guadalquivir, que conectaban con las comarcas interiores, supusieron sin duda un factor de atracción para los fenicios y unas condiciones inmejorables

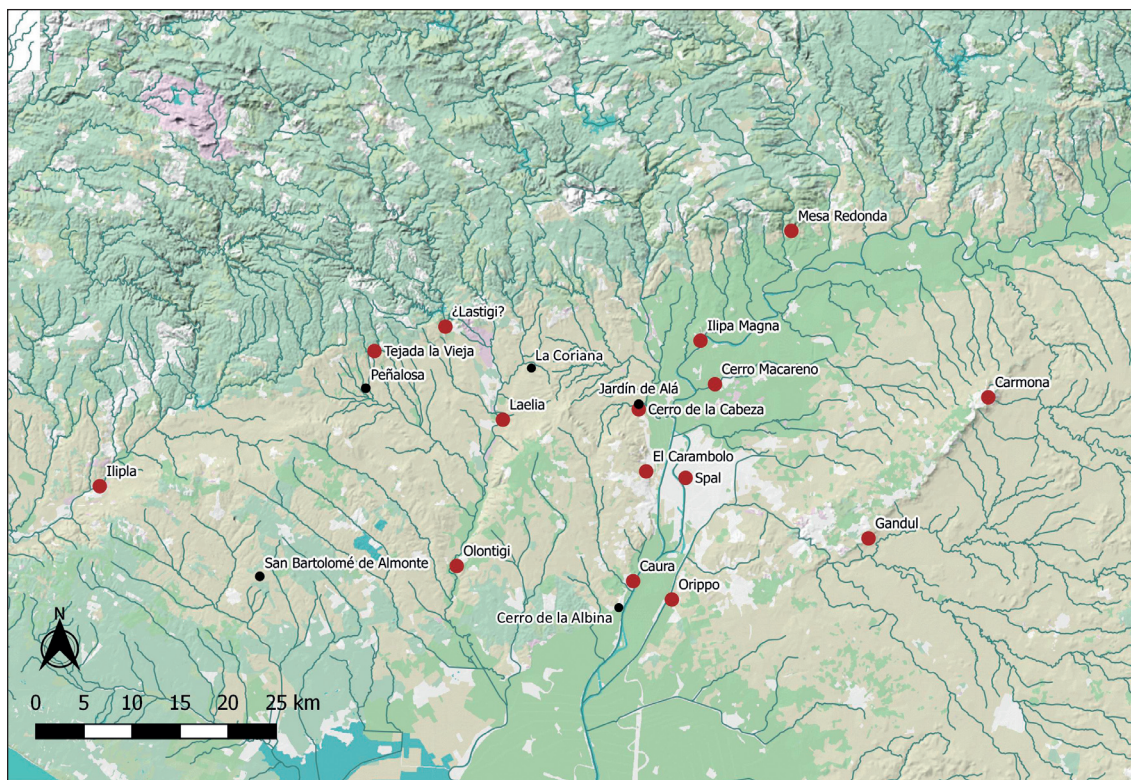


Fig. 3. Mapa del Bajo Guadalquivir con los principales centros de población de la I Edad del Hierro y algunas de las agrupaciones de cabanías mencionadas en el texto (elaboración propia).

para el éxito de la empresa colonial en la región, con la fundación o desarrollo de centros que acabarían adquiriendo con el tiempo rasgos urbanos (Ferrer *et alii* 2008). Hace algunos años, E. Ferrer resumió en tres las posibles estrategias seguidas por los orientales para garantizar el progresivo control del Bajo Guadalquivir y la integración de las sociedades autóctonas en su estructura económica y territorial, análogas a las adoptadas en las otras áreas mencionadas, así como las tres fases en las que se desarrolló este proceso, correspondientes con las propias coyunturas que se sucedieron desde el siglo IX hasta el colapso del sistema a inicios del VI a.C. (Ferrer 2017; 2018).

La primera estrategia sería la fundación a fines del siglo IX a.C. de un pequeño santuario al interior del antiguo estuario del Guadalquivir, en un cerro prominente y deshabitado en ese momento -El Carambolo-, relativamente distanciado de los escasos asentamientos indígenas existentes en esta comarca, si aceptamos las evidencias de ocupación previa en Coria del Río (*Caura*) y Carmona (*Carmo*). Justo en frente, al otro lado del Guadalquivir se erigiría, de forma casi coetánea, un emporio sobre una pequeña península rodeada por los brazos navegables del río y otros arroyos menores, la antigua **Spal* o *Ispal*, hoy Sevilla (Escacena y García Fernández 2012). La función de estos establecimientos debió estar motivada inicialmente por el interés en los recursos mineros del vecino coto de Aznalcóllar, aprovechando además la presencia de comunidades estables en las comarcas interiores (Los Alcores, campiña de Sevilla, Sierra Morena) y las posibilidades de navegación y transporte fluvial que ofrecían el Guadiamar y el propio Guadalquivir, en dirección al asentamiento matriz de *Gadir*. La doble fundación de El Carambolo-**Spal* tendría, por consiguiente, “una doble lectura, a la vez político-religiosa y económica, por cuanto el santuario de Astarté y Baal en El Carambolo simbolizaría la apropiación de un territorio en tierra de nadie bajo el amparo de la pareja divina, mientras que el emporio sería el espacio idóneo para la producción y el intercambio con las poblaciones cercanas, protegido y sancionado mediante el patrocinio de los dioses y los pactos con las poblaciones locales” (Ferrer 2017: 30).

Durante esta fase, el santuario de El Carambolo era un edificio de dimensiones modestas que no llegaba, en su parte construida, a los 200 m² (Carambolo V). Se trataba de una estructura de forma alargada y orientación NNE compuesta por dos ámbitos: una estancia anterior de mayor tamaño y planta rectangular, donde se ubicaba el acceso, y dos estancias posteriores, también de planta rectangular y menor tamaño, una de ellas provista de un hogar interpretado como un posible altar (Fig. 4). Tanto los materiales constructivos, como las técnicas y los tratamientos, la tipología de la planta, su orientación y las métricas empleadas nos remiten directamente a la tradición oriental, mientras que la homogeneidad en los tipos de aparejo y acabados nos hablan de una arquitectura planificada y ejecutada con esmero (Fernández y Rodríguez 2007a: 93 ss.). Por el contrario, las escasas evidencias de esta primera fase que se han podido documentar en la vecina Sevilla se limitan de momento a dos fosas superpuestas halladas en las excavaciones del Patio de Banderas del Real Alcázar, excavadas directamente en la terraza fluvial y carentes de cualquier elemento constructivo. Su forma irregular y la presencia al interior de hogares asociados a superficies rubefactadas colmatadas con cenizas, cerámicas y residuos orgánicos ha llevado interpretarlas como estructuras domésticas destinadas a alojar cocinas, relacionadas con algún espacio de hábitat próximo (Fig. 5). La aparición de un fragmento de cerámica torneada de origen fenicio en un contexto compuesto casi exclusivamente por producciones a mano típicas de los siglos IX-VIII a.C. confirmaría su cronología colonial (Escacena y García Fernández 2012: 766-770).

La introducción de rasgos urbanos en este periodo debió ser, por tanto, bastante limitada, ciñéndose a la propia disposición, organización y uso de las primeras estructuras construidas por los fenicios en estos establecimientos, como el edificio de El Carambolo, aunque no se puede descartar a priori la posibilidad de que existieran otras instalaciones de carácter comercial en el emporio hispalense. En cualquier caso, la principal consecuencia de la presencia estable de comunidades orientales en el Bajo Guadalquivir fue la atracción de población procedente de las comarcas aledañas, motivada por las necesidades de mano de obra

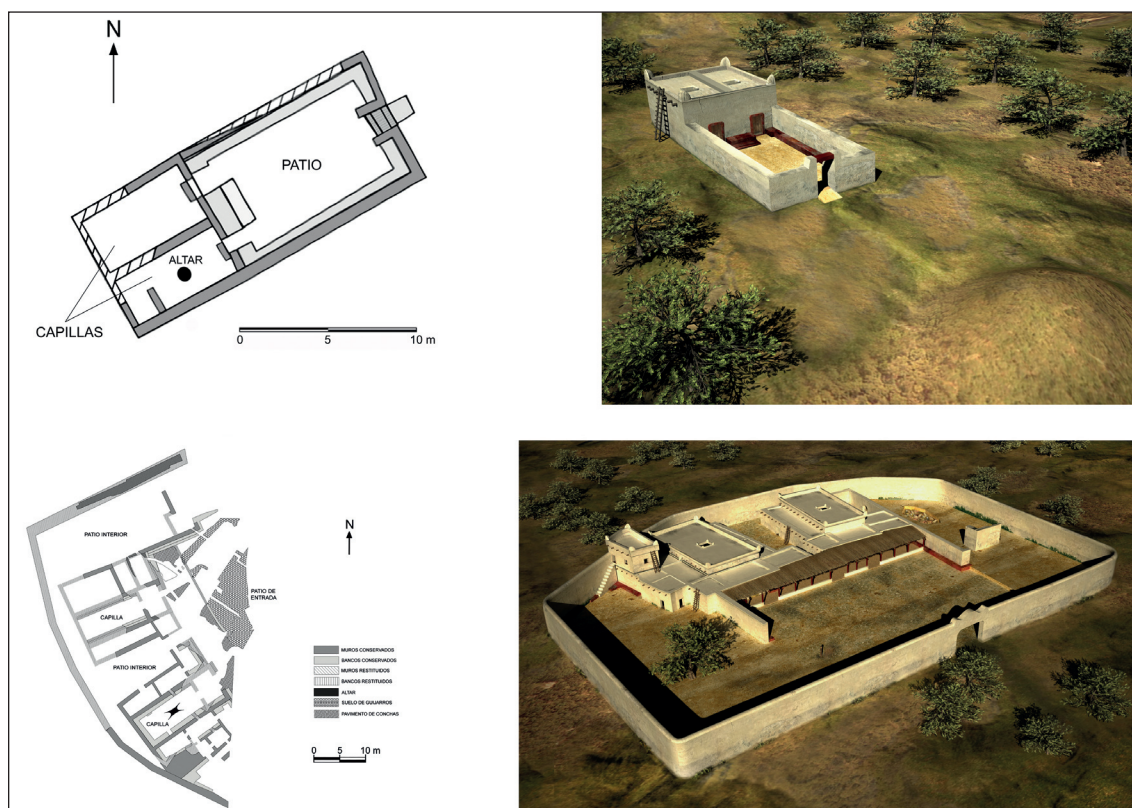


Fig. 4. El Carambolo (Camas, Sevilla): planta y reconstrucción infográfica del santuario en sus fases V (arriba) y III (abajo) (a partir de Amores 2009: 48-49).

que exigía la extracción, transporte y transformación de los recursos demandados por las colonias. Ello debió generar fenómenos de sinecismo, es decir, el reagrupamiento de la población antes dispersa en nuevos asentamientos, y, a medio plazo, un boom demográfico, que explicaría el rápido incremento observado en el número de hábitats o en su tamaño, y que se ha atribuido recientemente a un cambio en las estrategias reproductivas, del que serían responsables, una vez más, los propios fenicios (Escacena y García Rivero 2007).

Sobre esta base poblacional y en una segunda fase (entre mediados/fines del siglo VIII y mediados del VII a.C.) se desplegaron dos nuevas estrategias coloniales, complementarias entre sí, que se sumaban a la anterior: la instalación de santuarios y barrios comerciales anejos en asentamientos indígenas y la creación de nuevos establecimientos, ya fueran centros



Fig. 5. Intervención en el Patio de Banderas del Alcázar de Sevilla: fosas de tendencia oval excavadas en la base geológica de la terraza del Guadalquivir y correspondientes a los primeros niveles de ocupación de *Spal, fechados a fines del siglo IX a.C. (fotografía de M.A. Tabales Rodríguez).

de población o emporios, vinculados igualmente al tráfico fluvial y el drenaje de recursos procedentes del territorio circundante. En este momento, el núcleo original del santuario de El Carambolo había alcanzado su máximo tamaño, conformando un conjunto amplio y complejo de estructuras organizadas en diferentes ámbitos, dispuestos en forma de U en torno a un espacio abierto pavimentado con conchas y orientados igualmente hacia el NNE, que abarcaban en su totalidad los 4500 m² (Carambolo IV y III). Entre ellas destacaban los espacios de culto, compuestos por dos capillas situadas de forma simétrica a un lado y al otro del eje central del edificio, que se mantuvo en el mismo punto desde la fase inicial del santuario, ahora convertido en un patio, y que se diferenciaban del resto por contar con sendos altares en su estancia central y por la calidad de las decoraciones con las que se revistieron sus muros (Fernández y Rodríguez 2007a: 109 ss.). En el caso de Sevilla, las evidencias conocidas siguen siendo exiguas y se limitan en la mayor parte de los casos al hallazgo de materiales del Hierro I en niveles revueltos de cronología posterior, aunque ya se tiene constancia de la construcción de edificios con cimientos-zócalos de mampuestos pétreos, alzados de adobe y pavimentos de arcilla apisonada, como el exhumado en el sondeo estratigráfico realizado en la calle San Isidoro 21-23 y fechado desde mediados del siglo VIII hasta la primera mitad del VII a.C. (Campos *et alii* 1988: 19, Fig. 3).

Por lo que respecta a la segunda estrategia desarrollada por los fenicios, la convivencia con las comunidades locales en un mismo asentamiento, a finales del siglo VIII a.C. se tiene ya constancia del establecimiento de un pequeño barrio colonial y un santuario dedicado presumiblemente a Baal en la parte más alta del Cerro de San Juan de Coria del Río, sobre una antigua área alfarera apenas definida y en uno de los pocos sitios ocupados con anterioridad en la región. Este santuario, que se rehízo hasta en cinco ocasiones antes de su abandono a fines del siglo VI a.C. manteniendo, en el sector excavado, la misma planta y orientaciones, replicaba de nuevo los modelos arquitectónicos y constructivos orientales, que se proyectaban con pocas variaciones en la zona de viviendas, aunque estas solo se han podido documentar en una reducida extensión. Asimismo, tanto las instalaciones -entre ellas el altar en forma de piel de toro hallado en el Santuario III- como los materiales registrados remiten a un tipo de culto que entronca directamente con la religiosidad cananea (Escacena e Izquierdo 2001). Lo mismo cabe decir de las estructuras exhumadas en las últimas décadas en la localidad de Carmona. En un sector del asentamiento -el barrio de San Blas-, interpretado como una colonia fenicia a partir de las analogías de las estructuras y de los contextos materiales documentados en diferentes excavaciones con los de los establecimientos orientales (Líneros 2007), se ha identificado un conjunto de construcciones que podrían corresponder a un edificio de culto de esta comunidad. Se trata, como en los casos anteriores, de una superposición de estructuras de similares características arquitectónicas y constructivas y misma orientación, fechadas, en este caso, entre fines del siglo VII y mediados del V a.C. aproximadamente, en las que se alternan espacios abiertos y cerrados, algunos de los cuales debieron revestir de especial significación. Destaca una estancia perteneciente a la fase más antigua (fines del siglo VII-primer mitad del VI a.C.) donde se localizaron tres grandes *pithoi* decorados con motivos pintados figurativos y otros enseres de posible carácter ritual (Belén *et alii* 1997: 135 ss.), y otras dos estancias, probablemente contemporáneas, destinadas en esta ocasión a la preparación o almacenaje de alimentos (Román y Belén 2007: 491-501). Aún podríamos sumar un último caso, el de Montemolín (Marchena), algo más alejado del sistema estuarino. En el interior de la campiña, a orillas del río Corbones y sobre un cerro prominente situado cerca del poblado de Vico (Bandera y Ferrer 2002), se inauguró a fines del siglo VIII a.C. una serie de cuatro edificios dispuestos sucesivamente junto y sobre una cabaña elíptica de grandes dimensiones (Bandera *et alii* 1995). Tres de ellos presentaban rasgos arquitectónicos y constructivos típicamente orientales, lo que llevó a proponer, como se ha dicho más arriba, la presencia en la comarca de poblaciones de origen sirio-palestino o, al menos, de especialistas de esta procedencia que pudieran ejecutar tales construcciones (Chaves y Bandera 1991). La interpretación de la última fase como un espacio destinado al sacrificio ritual y procesamiento de carne para su consumo y redistribución abundaría en esta idea, ya que le otorgaría al conjunto una función especial cargada de connotaciones religiosas (Bandera *et alii* 1999; Chaves *et alii* 2000).

En todos los casos señalados anteriormente las comunidades orientales se instalaron en lugares destacados de los asentamientos, bien por su posición topográfica bien por su proximidad a espacios de especial significación para la población local, lo que estaría reflejando la convivencia con las élites indígenas, o bien “la apropiación de espacios de importancia simbólica por los semitas, lo que sugiere una posición de fuerza sobre determinados sectores de la comunidad” (Ferrer 2018: 83). Esta táctica no es apreciable, o al menos no se ha podido identificar de momento, en el tercer tipo de asentamientos, aquellos que se fundaron *ex novo* al calor del incremento demográfico que se vivió en esta segunda fase de la colonización. Que sepamos, fueron al menos tres los centros establecidos en el antiguo estuario del Guadalquivir: Alcalá del Río, el Cerro de la Cabeza (Santiponce) y Cerro Macareno (La Rinconada), a los que deberíamos añadir los que surgieron por las mismas fechas en otras comarcas vecinas, como el valle del Guadiamar (Cerro del Castillo de Aznalcóllar, Cerro de la Cabeza de Olivares, o el Cortijo de Chillas en Villamanrique de la Condesa), los Alcores (El Gandul en Alcalá de Guadaira), la campiña de Sevilla (Cerros de San Pedro en Fuentes de Andalucía, Cerro del Cincho en Carmona, Vico y Porcún en Marchena, Osuna, Estepa o Écija) o los rebordes de la ensenada bética (Las Cabezas de San Juan, Lebrija, Cerro de las Vacas en Trebujena o Mesas de Asta en Jerez de la Frontera). Desconocemos en la mayoría de estos últimos yacimientos la fecha exacta de su implantación, e incluso si pudieron haber contado también -como es probable- con algún tipo de ocupación previa, pues apenas se han realizado excavaciones en extensión, menos aún en niveles de esta cronología, mientras que los pocos sondeos estratigráficos o las excavaciones preventivas llevadas a cabo en algunos de ellos solo han aportado contextos de habitación muy parciales. Sin embargo, todos parecen haber desempeñado un papel relevante en la organización del territorio desde inicios de la Edad del Hierro (García y Ferrer 2021: 156 ss.).

Estos asentamientos incorporaron elementos propios del urbanismo, la arquitectura y las tradiciones constructivas orientales y fueron probablemente la principal vía de difusión de las formas de vida urbana en la región, ya que permitieron la integración de la población indígena en comunidades mixtas y potenciaron los procesos de hibridación y mestizaje con los colonos fenicios. Es en ellos donde se observa de forma más clara la difusión de las estructuras de planta ortogonal, organizadas en manzanas separadas por calles o espacios de circulación, de las técnicas asociadas a la construcción con tierra cruda, así como la adaptación de éstas a las necesidades locales, dando origen a nuevas soluciones y rasgos singulares que caracterizarán a la larga la arquitectura doméstica de la región (Serrano 2015). También se aprecia la adopción de otras cualidades de la ciudad oriental, como el levantamiento de murallas de tipología fenicia, la proliferación de necrópolis en los alrededores de los grandes centros, la aparición de edificios singulares destinados a las élites o a la gestión de los recursos económicos y, en general, la organización del espacio urbano en áreas con funciones distintas, aunque en la mayor parte de los yacimientos estudiados las evidencias conservadas corresponden a momentos posteriores (Ruiz Mata *et alii* 1998: 67-69). Pese a todo, estas novedades convivieron durante un tiempo con las tradiciones constructivas locales, como se desprende de la presencia en los mismos poblados de fondos de cabañas de planta oval, confeccionadas probablemente con materiales más deperibles, y otras estructuras domésticas de distinto tipo y función (almacenamiento, cocinado, etc.) que demuestran el mantenimiento de las formas de vida vernáculas, al menos entre una parte de la población, en la fase formativa de estas primeras sociedades urbanas.

Ese sería el caso de Alcalá del Río, la antigua *Ilipa*, donde el aumento de la actividad constructiva durante las últimas dos décadas ha generado una inusual actividad arqueológica en el municipio y, en consecuencia, ha provisto de un abundante caudal de información que es especialmente valioso para la fase protohistórica. Aquí las estructuras más antiguas conocidas corresponden a una cabaña oval, parcialmente exhumada en la calle Antonio Reverte 26-28 (Ortiz 2010: 4370-4372), y a un edificio de muros rectilíneos registrado en la calle Mariana Pineda 1-2 (Izquierdo 2010: 4058-4062), fechados ambos en el siglo VIII a.C., probablemente en su segunda mitad. Este último reproduce ya los parámetros arquitectónicos y constructivos próximo orientales, que se extenderán y evolucionarán a lo largo de las distintas fases,

reparaciones y reconstrucciones que se suceden durante Hierro I en este solar, como se aprecia también en las estructuras, algo más tardías, detectadas en calle La Cilla 2-4 (Fernández y Rodríguez 2007b: 74-76). Todas ellas mantienen con pocos cambios la misma orientación NE-SO o E-O, adaptándose a la topografía del promontorio donde asienta el primitivo poblado, y reflejan una ocupación continuada en el tiempo que apenas se trunca en el tránsito al Hierro II, abarcando más de 10 ha a finales de este periodo (Izquierdo 2007: 207). Por lo que respecta a su función, parece tratarse en los tres casos documentados de contextos de carácter doméstico, si nos atenemos a la calidad de sus acabados, el tipo de instalaciones (bancos, hogares, etc.) y los materiales asociados (Prados y Fernández 2018: 107-111).

En la misma orilla derecha del Guadalquivir, aguas abajo de Alcalá del Río, el Cerro de la Cabeza de Santiponce ofrece una secuencia análoga, que arrancaría en el siglo VIII a.C. y continuaría sin aparente solución hasta su abandono y el posible traslado de la población a fines del siglo V o inicios del IV a.C. a la vecina colina de San Antonio, germen de la futura Itálica (Escacena 1983: 59-60). En este caso, su extensión no parece superar las 7 ha, si bien su ubicación estratégica, sobre un cerro de mediana altura, próximo un brazo navegable del río y a importantes vías de comunicación terrestres, le otorgaría una posición privilegiada (Escacena 2021: 288-289). Los sondeos estratigráficos practicados en varios puntos de esta elevación a inicios de los años ochenta vinieron a certificar esta propuesta, al establecer las distintas fases de ocupación a partir de un abundante repertorio material en el que destacaban -no tanto por su cantidad sino por su significado económico y cultural- las importaciones fenicias y las producciones orientalizantes. Solo uno de ellos (el corte A-Z) proporcionó elementos constructivos reconocibles (muros I y II), mientras que en el resto de los casos los niveles de ocupación se limitaban a pavimentos de cal enlucidos en rojo o a empedrados de cantos rodados (Domínguez de la Concha *et alii* 1988: 124-126). Aunque sus excavadores apuntaron la posibilidad de que el estrato inferior del corte A-I, fechado en el siglo VIII a.C., correspondiera a un fondo de cabaña abierto directamente en el sustrato natural, las estructuras más antiguas (muro II) no aparecen hasta niveles de mediados de la siguiente centuria, respondiendo ya a patrones técnicos y edificios de corte oriental. Es más, aun tratándose probablemente de estructuras de carácter doméstico, los muros pertenecientes a esta fase parecen mantener la misma disposición NE-SO que los edificios de El Carambolo, aproximándose al eje equinoccial a partir del cual se orientaron las capillas de este santuario (Escacena 2021: 289-291).

Al otro lado del Guadalquivir y a 5 km de distancia de Alcalá del Río, se alzó contemporáneamente un asentamiento sobre la antigua terraza aluvial y a orillas de un canal navegable que ofrecía similares posibilidades y condiciones de habitabilidad que el solar de la primitiva Sevilla: Cerro Macareno. A pesar de la destrucción a la que fue sometido este yacimiento desde finales de los años sesenta del pasado siglo (Fig. 6), las intervenciones de salvamento realizadas a mediados de la década siguiente permitieron registrar su ocupación, gracias sobre todo a la realización de una limpieza de perfiles y un sondeo estratigráfico en el sector que ofrecía una mayor potencia arqueológica (Martín de la Cruz 1979; Pellicer *et alii* 1983), así como documentar en extensión parte de un área artesanal fechada a inicios del Hierro II (Fernández Gómez *et alii* 1979; Ruiz Mata y Córdoba 1999). La secuencia obtenida por M. Pellicer en el corte V-20, la más completa hasta la fecha, arrojó una sucesión de 26 niveles arqueológicos y siete fases constructivas a lo largo de casi 8 m de estratigrafía, que irían desde fines del siglo VIII hasta inicios del I a.C. (Fig. 7). Sin embargo, la primera estructura clara no apareció hasta el nivel 21, fechado en torno al 600 a.C. y correspondiente al tercer momento constructivo. Las dos fases anteriores apenas arrojaron evidencias determinantes, aunque los excavadores presumieron la existencia algún tipo de cabaña en la primera (fines del siglo VIII a.C.) y de un edificio de planta rectangular en la segunda (inicios del VII a.C.), a partir de sus analogías con otros yacimientos del entorno. Esa tercera vivienda consistía en un muro recto que atravesaba el corte en sentido N-S y conservaba tanto el cimientozócalo de grandes cantos rodados como el alzado de adobe, que pudo ser objeto de una reconstrucción posterior, antes de su amortización por la quinta construcción en el tránsito al Hierro II (Pellicer *et alii* 1983: 57, Fig. 13-15).

Esta secuencia ha sido corroborada, a grandes rasgos, por las limpiezas de perfiles realizadas en varios sectores del yacimiento durante el año 2017, donde se han podido documentar tanto niveles de ocupación (superficies de uso, pavimentos, hogares, plataformas) como elementos constructivos (cimentaciones, muros) que se suceden al menos desde mediados del siglo VII a.C. -pues no se llegó a acceder a los estratos inferiores- hasta fines de la Edad del Hierro (García Fernández 2020). Las estructuras pertenecientes a este periodo muestran rasgos arquitectónicos y constructivos de tradición oriental análogos a los descritos anteriormente, con orientaciones predominantes N-S y E-O que sugieren la existencia de cierta planificación en la organización del espacio y la configuración de una forma urbana desde sus fases iniciales (Fig. 8). Asimismo, se ha podido estimar su extensión primitiva en unas 9 ha, de las que hoy apenas sobreviven 2 ha, divididas en dos cerros testigo (García Fernández 2020: 124-125). Por lo que respecta a su función, Cerro Macareno se ha venido interpretando como un emporio destinado al procesamiento, envasado y distribución río abajo de los recursos procedentes de las comarcas vecinas, tanto minero-metalúrgicos como agroalimentarios, jugando -al menos en este momento- un rol subsidiario de la vecina *Spal en la estructura territorial y en las redes económicas tendidas por los fenicios en la región. Menos claro es, en cambio, el papel de Alcalá del Río y Cerro de la Cabeza, que por su tamaño y ubicación se han considerado habitualmente lugares de hábitat. Hace algunos años planteábamos la coexistencia de dos tipos de asentamientos en el Bajo Guadalquivir protohistórico, resultado de las propias estrategias coloniales: “los poblados propiamente dichos, ubicados en la margen derecha, en cerros, a salvo de las periódicas inundaciones y con mayores cualidades defensivas; y los emporios, situados en la llanura aluvial de la margen izquierda, habitados por una población menos estable, cuyas huellas arqueológicas son, preferentemente, almacenes, basureros y alfares” (Ferrer *et alii* 2008: 240). No obstante, más allá de su topografía, su relación con respecto al río y la presencia o ausencia de áreas productivas o estructuras portuarias -que de momento están ausentes en el registro arqueológico-, apenas se aprecian diferencias



Fig. 6. Cerro Macareno (La Rinconada, Sevilla): imagen aérea reciente del yacimiento a partir de la Ortofotografía Básica Color de Andalucía 2010-2011 (<http://www.ideandalucia.es/wms/ortofoto2010>).

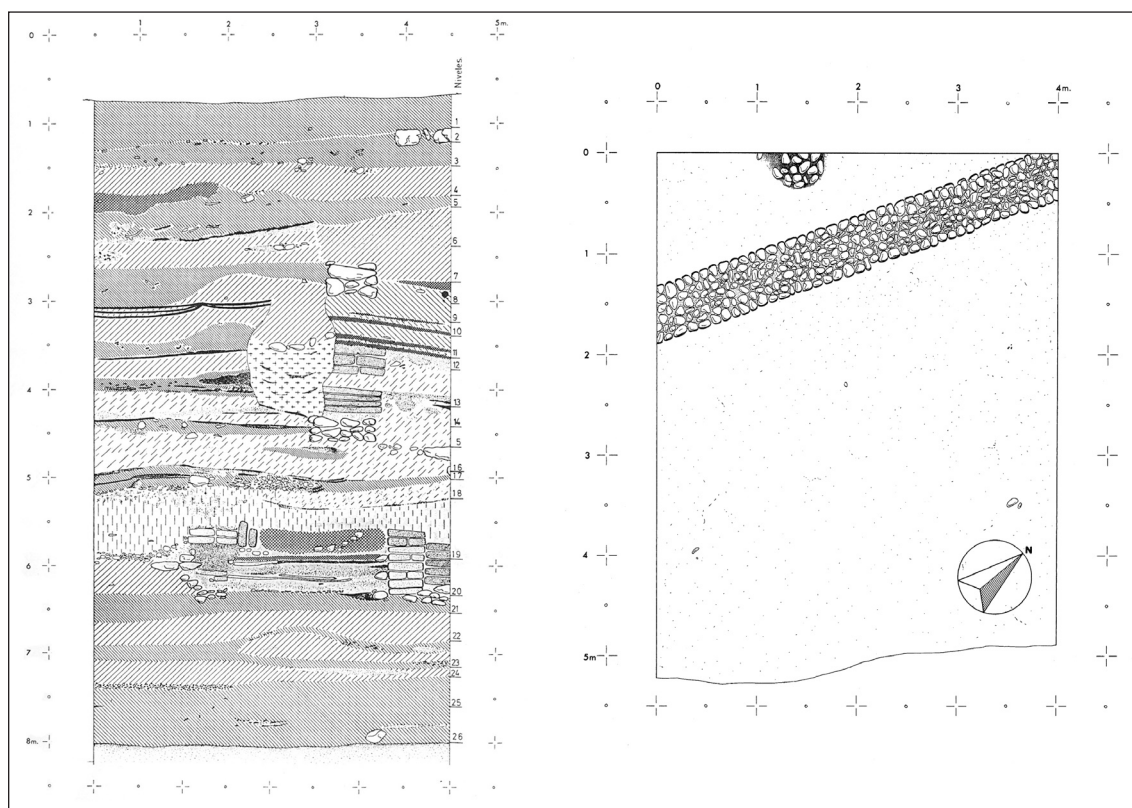


Fig. 7. Cerro Macareno (La Rinconada, Sevilla): perfil NO del corte V-20 realizado en la elevación oriental en 1976 (izquierda) y planta correspondiente al nivel 21 (derecha) (Pellicer *et alii* 1983: Fig. 5 y 15).

sustanciales en la configuración urbana de estos establecimientos, por lo que pueden considerarse parte de un mismo proceso y herederos de una misma tradición, que es la oriental.

Un tercer tipo de asentamiento que se extiende -o persiste, según el caso- en esta segunda fase son los poblados de cabañas. Aunque evidentemente no se trata de una nueva forma de hábitat, pues remite, como se ha visto, a las aldeas de finales de la Edad del Bronce, sí lo es su aparición en las proximidades de los centros protourbanos y su orientación económica, especializada en la producción o transformación de determinados bienes, generalmente metales procedentes de Sierra Morena, pero también excedentes agropecuarios. Están formados por un grupo más o menos numeroso de cabañas asociadas a otras estructuras de producción doméstica y artesanal, basureros e incluso enterramientos, caracterizados por la ausencia de urbanismo y con un repertorio material predominantemente local (Fig. 2). Se sitúan habitualmente en llano o en suaves laderas, mientras que su posición en relación con las vías de comunicación fluvial o terrestre es variable y dependiente de su función (Ferrer *et alii* 2020: 278-282). Algunos parecen surgir en el siglo VIII a.C. o incluso antes, como San Bartolomé de Almonte y Peñalosa (Escacena del Campo), dependientes probablemente de Tejada la Vieja (Ruiz Mata y Fernández Jurado 1986; García Sanz y Fernández Jurado 2000), o Jardín de Alá (Salteras), situado al norte del Cerro de la Cabeza de Santiponce (Hunt y García 2017); mientras que otros se inauguran en el siglo VII a.C., caso de Cerro de la Albina (La Puebla del Río), vinculado a la vecina Coria del Río (Escacena *et alii* 2010), y La Coriana, en las proximidades del Cerro de la Cabeza de Olivares (Rodríguez Cuevas 2015). Estos últimos preludian un fenómeno que se extenderá en la segunda mitad de esa centuria, como es la colonización agraria de las tierras del interior, sobre todo en las áreas de campiña.

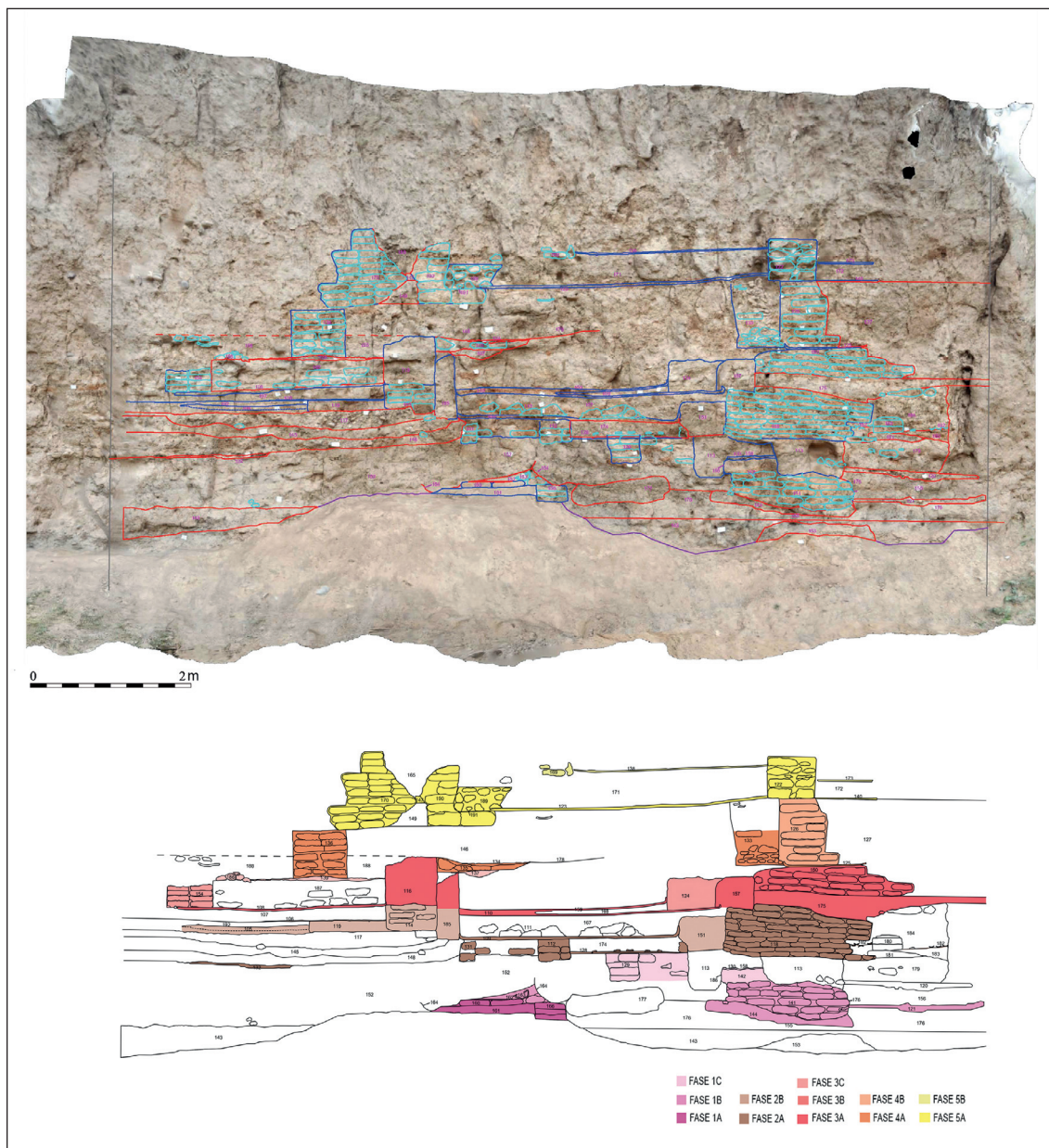


Fig. 8. Cerro Macareno (La Rinconada, Sevilla): perfil obtenido en la limpieza de perfiles realizada en el sector 1 de la elevación oriental en 2017 (arriba). Ortofotografía y dibujo interpretativo del mismo perfil con las fases constructivas identificadas (abajo) (elaboración propia).

En efecto, la tercera y última fase se caracteriza por el afianzamiento de los rasgos urbanos en los principales centros de población, visible sobre todo en la generalización de los edificios de muros rectos, con el consecuente abandono de las cabañas como forma de hábitat; la remodelación y reconstrucción de las estructuras anteriores, aumentando la densidad de ocupación y, probablemente, el nivel de organización del espacio; y la paulatina segregación de áreas con funciones distintas, que no afecta solo ya a los edificios singulares y a las necrópolis, sino también a los espacios productivos, de almacenamiento, etc. (García y Ferrer 2021: 160-161). Sin embargo, paralelamente se asiste también al surgimiento de los

establecimientos rurales, como tipo de hábitat y modo de vida contrapuesto y complementario a lo urbano. Estos no son tanto el resultado de la roturación de nuevas tierras como del traslado de parte de la población al campo para su puesta en explotación desde aldeas o granjas, que sirvieron al mismo tiempo para procesar el excedente producido y canalizarlo a los centros de primer orden con el fin de distribuirlo y comercializarlo (Ferrer y Bandera 2007: 67). Están compuestos de nuevo por cabañas aisladas o agrupaciones más o menos numerosas de ellas, así como por edificios más complejos, dependiendo de la entidad del asentamiento, con múltiples funciones entre las que destaca la agrícola, a tenor del instrumental hallado: hojas de sílex con pátina de siega, molinos de mano y moletas, grandes recipientes de almacenamiento, etc. No obstante, a diferencia de los poblados descritos anteriormente, en estos casos el resto del repertorio material suele ser más diverso, incluyendo abundantes formas torneadas: ánforas, vajilla de mesa y vasos de distinto tipo y tamaño (Ferrer y Bandera 2007: 64-66). Las áreas donde este fenómeno se aprecia con más claridad coinciden con los territorios de mayor potencial agrológico, teniendo en cuenta siempre las capacidades y limitaciones tecnológicas de estas poblaciones: las campiñas de Córdoba, Sevilla y Cádiz, la orilla oriental de la antigua ensenada bética y algunos puntos de la vega del Guadalquivir, que serán a la postre las áreas más pobladas y con mayor concentración urbana (Ferrer *et alii* 2007).

Más allá de los aspectos formales en los que se materializa la aparición de la ciudad como tipo de asentamiento, no cabe duda de que su posición a la cabeza de un territorio más o menos amplio, que domina políticamente, estructura socialmente y explota económicamente a través de otros establecimientos subsidiarios, constituye otro de los atributos que caracterizan al fenómeno urbano. Ello es extensivo a las funciones que acabarán asumiendo estos centros en lo que se refiere a la organización, control y defensa de la población, a la administración, redistribución o intercambio de los recursos, y a la gestión de las demás actividades económicas, como la construcción, artesanía, comercio, etc., que los alejan en todo caso del modo de producción aldeano y de la economía de autoconsumo (García y Ferrer 2021: 160-164). En consecuencia, la creciente necesidad de especialistas, no solo arquitectos, albañiles, artesanos o mercaderes, sino también sacerdotes, contables, personal de servicio, cocineros, etc., vendrá a acentuar los procesos de estratificación social iniciada siglos atrás; al mismo tiempo, las relaciones sociales dejarán de sustentarse únicamente en los vínculos de parentesco y comenzarán a surgir nuevas formas de organización más complejas, abonando el camino a la aparición de las aristocracias locales, que emularán a las elites fenicias y compartirán con ellas intereses y valores (Belén y Escacena 1995: 87-90). Todos estos procesos: centralidad territorial y funcional, jerarquía de asentamientos, control político, especialización económica, estratificación social, organización compleja, son lógicamente otras facetas, no menos importantes, que permiten también rastrear la introducción y difusión de las formas de vida urbana en el corazón de Tarteso (González Wagner 2007: 47-52).

4. EL TRÁNSITO A LA II EDAD DEL HIERRO Y LA CONSOLIDACIÓN DEL FENÓMENO URBANO EN EL BAJO GUADALQUIVIR

A mediados del siglo VI a.C. se desencadenaron una serie de cambios en la estructura económica, sociopolítica e ideológica desarrollada en la región al calor de la colonización fenicia, dando lugar a la denominada “crisis del siglo VI a.C.” o “crisis de Tarteso”. Hemos tenido oportunidad de analizar recientemente los posibles factores internos y externos que sirvieron de abono o detonante de esta nueva coyuntura, así como sus consecuencias inmediatas, que repercutieron inevitablemente en la estabilidad de la estructura territorial implantada siglos atrás en el Bajo Guadalquivir (Ferrer 2007; García Fernández 2017; Ferrer y García 2019). Sin embargo, conviene recordar alguno de sus efectos, como el abandono casi sincrónico -y en algunas ocasiones precipitado- de los santuarios fenicios y otros edificios considerados “singulares”; el cese de los enterramientos en las necrópolis orientalistas que, salvo contadas

excepciones, no tendrán uso más allá de fines del siglo VI a.C.; y la paulatina reducción en la importación y producción local de los bienes de prestigio (joyas, bronce, marfiles, etc.) que habían servido a las élites locales para construir su nuevo estatus y su identidad social. Estos son un claro reflejo del colapso de las relaciones entre las colonias fenicias y las poblaciones locales, así como de la crítica situación en la que debieron quedar tanto las comunidades orientales asentadas en la región como las nuevas aristocracias surgidas de los procesos de interacción y mestizaje activados por aquellas.

A nivel de hábitat se observa la desaparición de la mayor parte de los programas de colonización agraria emprendidos a lo largo del siglo VII a.C. y, con ellos, de los establecimientos rurales, que solo continuaron en los lugares que reunían las condiciones ecológicas y demográficas, amén de la capacidad política, para mantener un tejido poblacional estable y un control efectivo sobre el territorio (Ferrer *et alii* 2007: 208 ss.). Este fue el caso del sector occidental de la campiña de Sevilla, en la que después de un breve periodo de retroceso entre los siglos VI y V a.C. el número de granjas y aldeas parece incrementarse, superando en número a las fundadas durante el Hierro I (García Fernández 2007); o de las estribaciones meridionales de Sierra Morena, de donde se ha dado recientemente a conocer un conjunto de establecimientos agrícolas fechados entre los siglos V y II a.C. (Ferrer *et alii* 2020: 287 ss.). Asimismo, en los esteros de la ensenada bética y en la campiña de Cádiz se asistió a la aparición de un nuevo tipo de asentamiento a fines del Hierro II: la factoría agrícola, de prototipo centromediterráneo y origen púnico (Ferrer *et alii* 2020: 284-286; cf. Carretero 2007). Sin embargo, en el resto de comarcas este abandono del poblamiento rural no significó necesariamente un cese de la actividad agropecuaria, sino una concentración del campesinado en los grandes núcleos de población, un fenómeno que se ha mostrado recurrente sobre todo en valle medio y bajo del Guadalquivir (Ferrer *et alii* 2007: 208-210), así como en la Alta Andalucía, especialmente en las campiñas de Córdoba y Jaén (Ruiz y Molinos 1997).

Así pues, los centros de primer orden parecen acusar pocos cambios, al menos en el área de estudio (Fig. 9), más allá del abandono temporal o la contracción de algunos asentamientos (Escacena 1993), que en ningún caso comprometieron la persistencia a medio y largo plazo de la primitiva red urbana y su consolidación durante el periodo turdetano (García Fernández 2003). Dejando a un lado el caso referido de los santuarios orientales y los edificios singulares orientalizantes, como los de El Carambolo, Coria del Río, Carmona o Montemolín, en el Bajo Guadalquivir únicamente se han advertido discontinuidades más o menos prolongadas en algunas de las secuencias obtenidas recientemente en Alcalá del Río (Ferrer y García 2007: 123-124), Cerro Macareno (García Fernández 2020: 119-120) o Coria del Río (Escacena 2018: 389-390), si bien no parecen haber afectado a la totalidad del hábitat (Fig. 10). También se ha propuesto una posible concentración de la población en Lebrija, donde se observa una preferencia por la zona más alta y fácilmente defendible, o Carmona (Escacena 1993: 191-192, 197), aunque en este último caso se ha interpretado más bien como una remodelación interna, ya que “desde el punto de vista del análisis de la trama urbana, la ciudad turdetana en San Blas es continuación de la tartésica, documentándose la persistencia en las orientaciones de las estructuras” (Linerós 2007: 450). El único yacimiento de esta categoría que presenta evidencias claras de abandono es la Mesa de Setefilla, cuyos últimos estratos han sido fechados precisamente en el siglo V a.C. (Aubert 1989: 308). No obstante, el hallazgo de algunos fragmentos de cerámica ática de barniz negro en las fosas medievales del castillo que se levantó sobre la antigua ciudad podría retrasar este abandono hasta fines del siglo V o inicios del IV a.C. (Escacena 1993: 188), coincidiendo con otras alteraciones que tienen lugar por esas mismas fechas en la margen derecha del Guadalquivir, como es el mencionado traslado de la población del Cerro de la Cabeza de Santiponce hacia la Colina de San Antonio o, ya en la zona de Huelva, el final de Tejada la Vieja y la inmediata fundación de Tejada la Nueva (la antigua *Ituci*) en sus proximidades (García Fernández 2017: 150).

En consecuencia, la impresión general que se obtiene de este rápido examen es la de la continuidad del sistema urbano establecido por los fenicios en la región, que se refleja en la subsistencia de la mayor parte

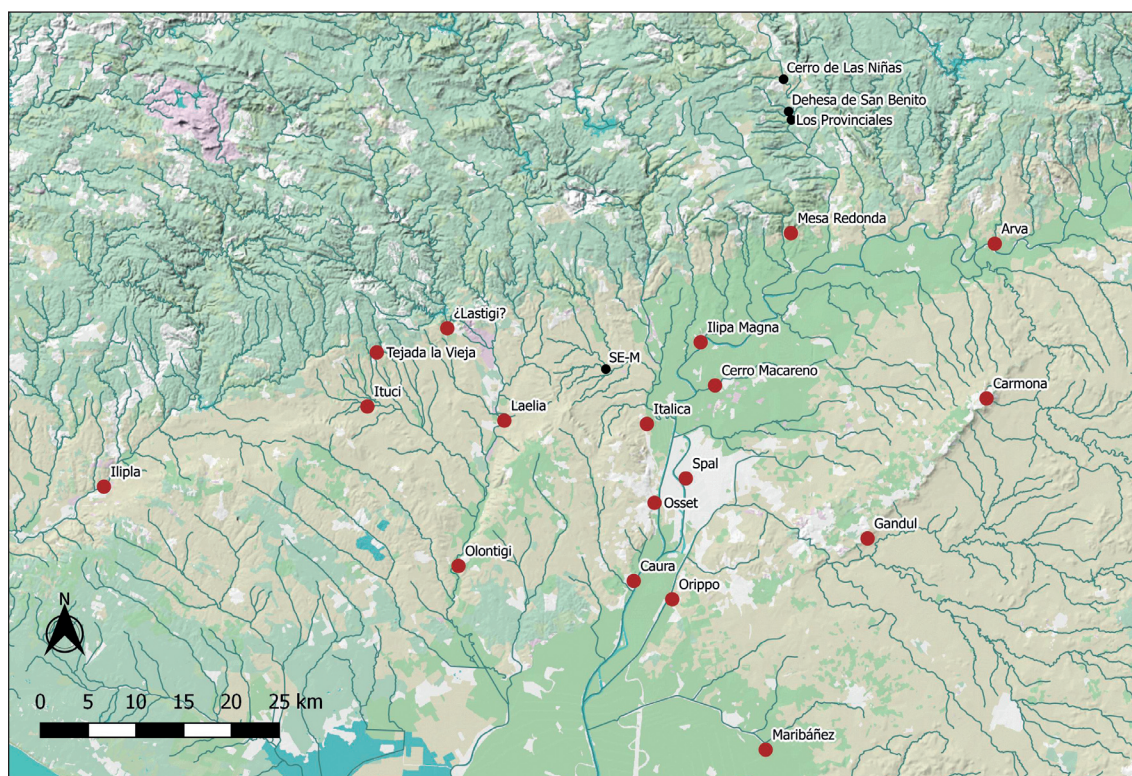


Fig. 9. Mapa del Bajo Guadalquivir con los principales centros de población de la II Edad del Hierro y algunas de las factorías agrícolas mencionadas en el texto (elaboración propia).



Fig. 10. Intervención en c/ La Cilla 2-4 de Alcalá del Río (Sevilla): imagen cenital de las estructuras pertenecientes a la fase constructiva fechada en último tercio del siglo VI o inicios del V a.C. (fotografía de A. Fernández Flores).

de los centros surgidos durante el Hierro I, e incluso en el nacimiento o potenciación de otros nuevos, como pudo ser el caso de la antigua *Osset*, en San Juan de Aznalfarache (Escacena 1986). Esta continuidad no solo se refiere al tamaño, la densidad de ocupación o la estructura del hábitat, sino también a su organización sociopolítica, su centralidad territorial y su función respecto al control de las áreas de captación económica y la gestión de los recursos. Lamentablemente, la documentación disponible para este periodo sigue siendo escasa y dependiente, en gran medida, de las excavaciones preventivas. Aun así, los contextos publicados ofrecen suficientes evidencias para plantear la reanudación de la actividad edilicia durante el siglo V y, sobre todo, inicios del IV a.C. (García Fernández 2017: 151-155; Ferrer y García 2019: 66-67), paralelamente a la recuperación de la dinámica comercial con los centros de la costa (Ferrer *et alii* 2010: *passim*). Asimismo, ponen de relieve el mantenimiento de las tipologías arquitectónicas y de las técnicas constructivas introducidas por los fenicios, en ocasiones conservando las mismas alineaciones u orientaciones dibujadas siglos atrás, pero también su evolución y desarrollo local, adaptándose a las nuevas necesidades y abriéndose a las influencias llegadas desde el Mediterráneo, que serán más evidentes sobre todo en los momentos terminales de la Edad del Hierro (García Fernández y García Vargas 2021: 82).

La información con la que contamos procede mayormente de excavaciones antiguas, como las llevadas a cabo en Itálica (revisadas en Pellicer 1998; Rodríguez y García 2016; Escacena 2021), Cerro Macareno (García Fernández 2020), Lebrija (Tomassetti 1997), Carmona (Escacena 2001) u Osuna (Ruiz Cecilia 2007), así como de la sistematización de las excavaciones urbanas realizadas en las últimas décadas en Alcalá del Río (sobre todo, Ferrer y García 2007), Santiponce (Beltrán y Escacena 2021), Sevilla (García y González 2007; Escacena y García 2012), Coria del Río (Escacena 2018), Las Cabezas de San Juan (Beltrán *et alii* 2007), Carmona (Líneros 2007) o Écija (Rodríguez González 2014), por mencionar los sitios que han ofrecido evidencias de urbanismo en esta fase. A ellos habría que sumar, lógicamente, los casos estudiados en la campiña de Cádiz, como Asta Regia (Jerez de la Frontera), Torre vieja (Villamartín), Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María), El Berrueco (Medina Sidonia), o en el interior de la provincia de Huelva: Tejada la Vieja (Escacena del Campo) y Niebla.

Recientemente hemos tenido oportunidad de reemprender las investigaciones sobre Cerro Macareno, uno de los pocos yacimientos que no cuenta con fases urbanas posteriores a finales del I milenio a.C. y que conserva intacta su secuencia de ocupación, al menos en uno de los sectores que se salvaron del avance de la cantera que explotaba las gravas y arenas existentes en su base. Estos conforman hoy en día dos cerros testigos separados por una lengua de tierra creada por el frente de extracción (Fig. 6). El más oriental presenta una potencia de hasta 8 metros de depósitos antrópicos y abarca todas las fases de la vida del tell protohistórico, desde sus inicios a fines del siglo VIII hasta su abandono en torno al año 100 a.C. El más occidental, por el contrario, ya había sido parcialmente desmantelado cuando se iniciaron las exploraciones arqueológicas en 1974, por lo que solo conserva los niveles inferiores de la estratigrafía, correspondientes a los siglos VII al IV a.C. (García Fernández 2020: *passim*). Las campañas que se vienen desarrollando desde el año 2017 han permitido realizar limpiezas de perfiles en los bordes creados por las máquinas excavadoras durante los desmontes, prospecciones geofísicas sobre la superficie de ambas elevaciones y excavaciones en extensión, que se han centrado en los niveles superiores de la estratigrafía correspondientes, como se ha dicho, a la fase de fines del siglo II en el cerro más oriental y de fines del V o inicios del IV a.C. en el occidental (García Fernández *et alii* 2020; e.p.a; e.p.b).

Las limpiezas de perfiles llevadas a cabo en la elevación oriental han completado el panorama dibujado por las excavaciones estratigráficas de mediados de la década de los setenta, ofreciendo nuevos datos sobre la secuencia de ocupación y las técnicas constructivas. Por lo que se refiere al primer aspecto, se han observado discontinuidades en tres de los cuatro sectores intervenidos hasta el momento, que coinciden tanto por cota (entre los 13,5 y 14,5 m s.n.m.) como por posición estratigráfica con un momento de

mediados-finales del siglo VI a.C. Estas están representadas por una sucesión de depósitos de relleno que amortizan a las construcciones del Hierro I y algunas huellas puntuales de actividad antrópica, como hogueras o vertidos de detritus, sin que se registren estructuras asociadas. A partir de aquí se detecta en los mismos sectores -y aproximadamente a la misma cota- un nuevo episodio constructivo formado por potentes niveles de cimentación y una serie de estructuras que rompen en algunos casos con las alineaciones seguidas en la fase anterior, si bien mantienen aparentemente los mismos modelos arquitectónicos y técnicas constructivas (Fig. 8). Se ha interpretado como una remodelación general del hábitat, o de una parte significativa de este, que podríamos fechar a inicios del siglo V, después de una interrupción temporal de la ocupación que habría tenido lugar en las últimas décadas del VI a.C. Esta intervención inaugura una secuencia de fases constructivas que se suceden sin solución de continuidad a lo largo de la segunda mitad del I milenio a.C., siguiendo generalmente las mismas orientaciones y tipologías edilicias (García Fernández 2020: 120). Se trata de un proceso de reactivación poblacional y de dinamización del hábitat que puede observarse también en el corte V-20 de 1976, aunque aquí el hiato no resulta tan evidente (Fig. 7). En este caso el siguiente episodio constructivo no se sitúa a inicios del siglo V a.C. (niveles 18 y 17), sino en el segundo cuarto del mismo (niveles 16 y 15), consistiendo en la cimentación de dos muros dispuestos en ángulo recto realizada con una base de piedras sin escuadrar y un segundo nivel de cantos rodados (Estructura V). Mantienen una orientación casi cardinal, aunque aparecen desplazados 30 cm al este en relación con los muros de las Estructuras III y IV, lo que incide en la discontinuidad que se observa entre finales del Hierro I y el Hierro II (Pellicer *et alii* 1983: 57-58, Fig. 12).

Las intervenciones realizadas en la elevación occidental describen un panorama similar para el mismo momento de transición. Los cortes abiertos en 1974 pusieron al descubierto un conjunto de hornos cerámicos y otras estructuras pertenecientes a un posible barrio alfarero vinculado al puerto fluvial (Fig. 11). Las más antiguas (cortes H.I y H.II) se dataron entre mediados del siglo V y el primer cuarto del IV a.C. (Ruiz Mata y Córdoba 1999: 97), mientras que el resto (cortes F y G) podrían fecharse entre fines del siglo V y un momento avanzado del IV a.C. (Fernández Gómez *et alii* 1979: 75). Solo en el corte E, ubicado en el extremo suroriental de la elevación, se registraron contextos más recientes (siglos IV e inicios del III a.C.), aunque a través de materiales amortizados en depósitos de relleno (Fernández Gómez *et alii* 1979: *passim*). Por su parte, las prospecciones geofísicas y las excavaciones llevadas a cabo en los últimos años han confirmado la extensión, función y cronología de estas estructuras, aportando nuevos elementos y datos que completan la secuencia de ocupación.

Las primeras han demostrado la presencia de más dispositivos productivos (hornos sobre todo) y de otras estructuras o niveles de carácter industrial (construcciones de distinto tipo, pavimentos, hogares, vertidos de cerámica, etc.) que se extienden ocupando la mayor parte de la elevación occidental. También

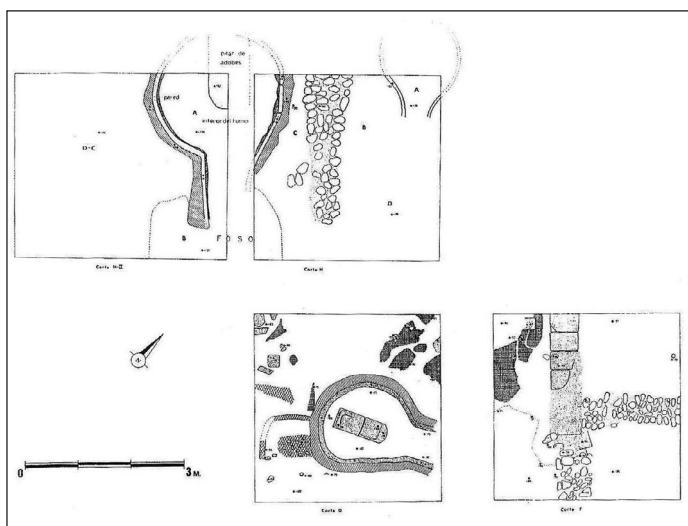


Fig. 11. Cerro Macareno (La Rinconada, Sevilla): planta de los cortes G, F, H.I y H.II realizados en la elevación occidental en 1974 y correspondientes al sector alfarero del yacimiento (Ruiz Mata y Córdoba 1999: Fig. 3).

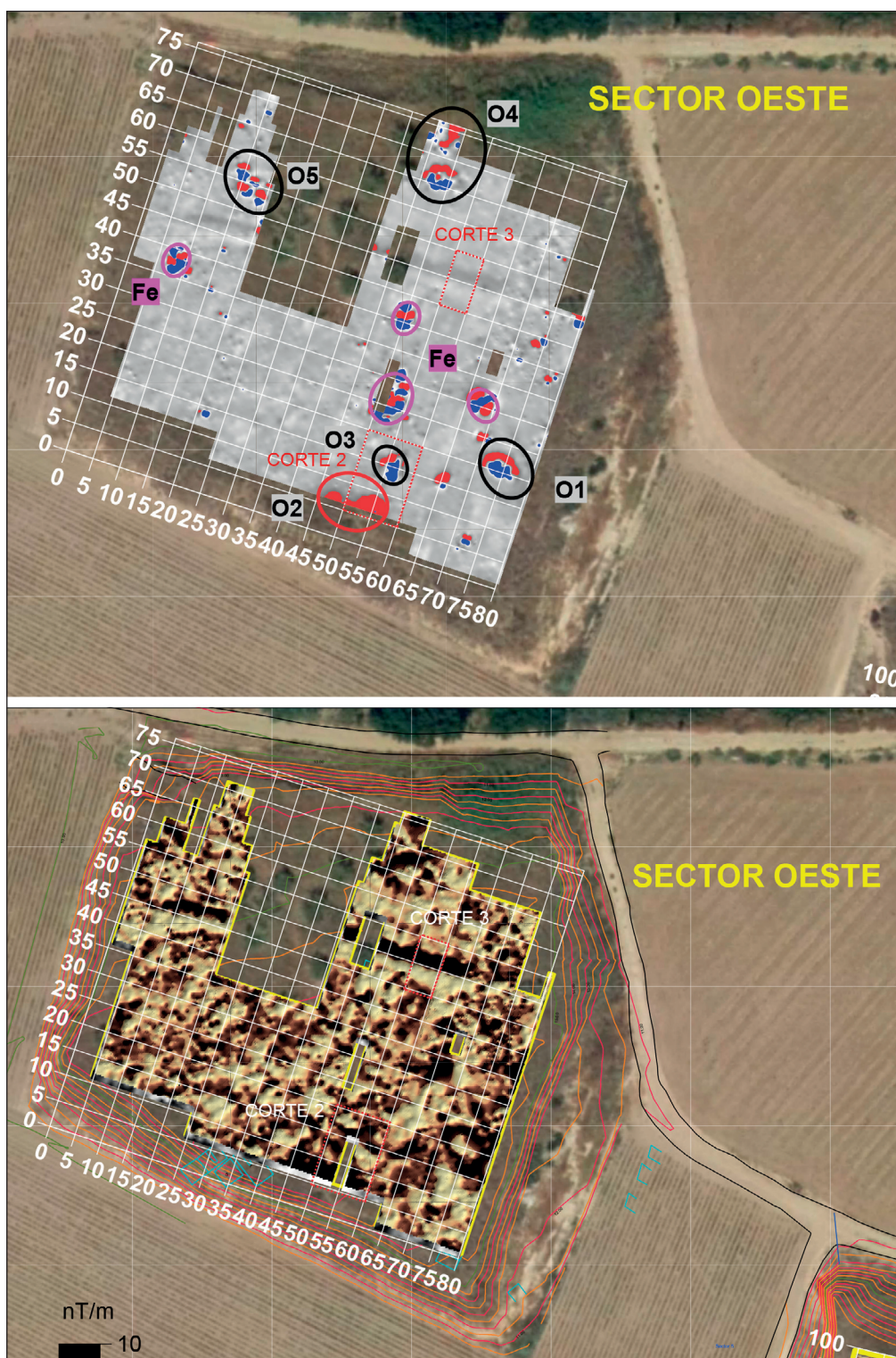


Fig. 12. Cerro Macareno (La Rinconada, Sevilla): resultados de la prospección geofísica realizada en la elevación occidental en 2017, representando las anomalías magnéticas fuertes (arriba) y débiles (abajo), así como la ubicación de los cortes 2 y 3 excavados en la campaña de 2019, en relación con los cortes G, F, H.I y H.II realizados en 1974 (a partir de García Fernández *et alii* 2020: Figs. 9-10).

se pudo detectar una estructura lineal que parece atravesar en sentido este-oeste el tercio norte de este sector del yacimiento y que fue interpretada como un muro de delimitación interna del hábitat o, más probablemente, por sus dimensiones y disposición, como la propia cerca defensiva del poblado (García Fernández *et alii* 2020: 419) (Fig. 12). Posteriormente, la excavación de dos nuevos cortes en el extremo sur y la mitad norte de la misma elevación ha permitido documentar en extensión algunas de estas estructuras (García Fernández *et alii* e.p.b). Nos referimos, respectivamente, a los restos muy arrasados de hasta cinco hornos aparentemente cerámicos y otras instalaciones relacionadas quizá con la misma actividad artesanal, además de algunos hornos metalúrgicos y fosas de vertido con escorias que podrían haber funcionado en la misma fase o en un momento inmediatamente anterior. Tanto los materiales asociados a estos elementos como sus analogías formales con los hornos exhumados a mediados de los años setenta, situados apenas unos metros hacia el este, han llevado a fecharlos en el mismo momento: fines del siglo V o inicios del IV a.C. Por otro lado, se ha corroborado la existencia de la gran estructura lineal revelada previamente por la prospección geofísica y obtener los primeros datos sobre sus características constructivas, aunque no se ha llegado a registrar aún su nivel de cimentación ni su relación estratigráfica con las fases subyacentes, claves para determinar el momento de construcción y uso. Aun así, todo apunta a que los niveles puestos al descubierto son ligeramente posteriores, de mediados del siglo IV a.C. si nos atenemos a los materiales recogidos en los contextos vinculados (Fig. 13).

Sin embargo, el principal dato que aquí nos interesa es el hallazgo de una fase previa al área industrial excavada en el sector sur del cerro, que habría sido amortizada por esta tras un periodo de abandono (García Fernández *et alii* e.p.b). Consiste en un conjunto amplio y complejo de estructuras de planta rectangular o cuadrangular construidas con muros de adobe carentes aparentemente de cimentación y

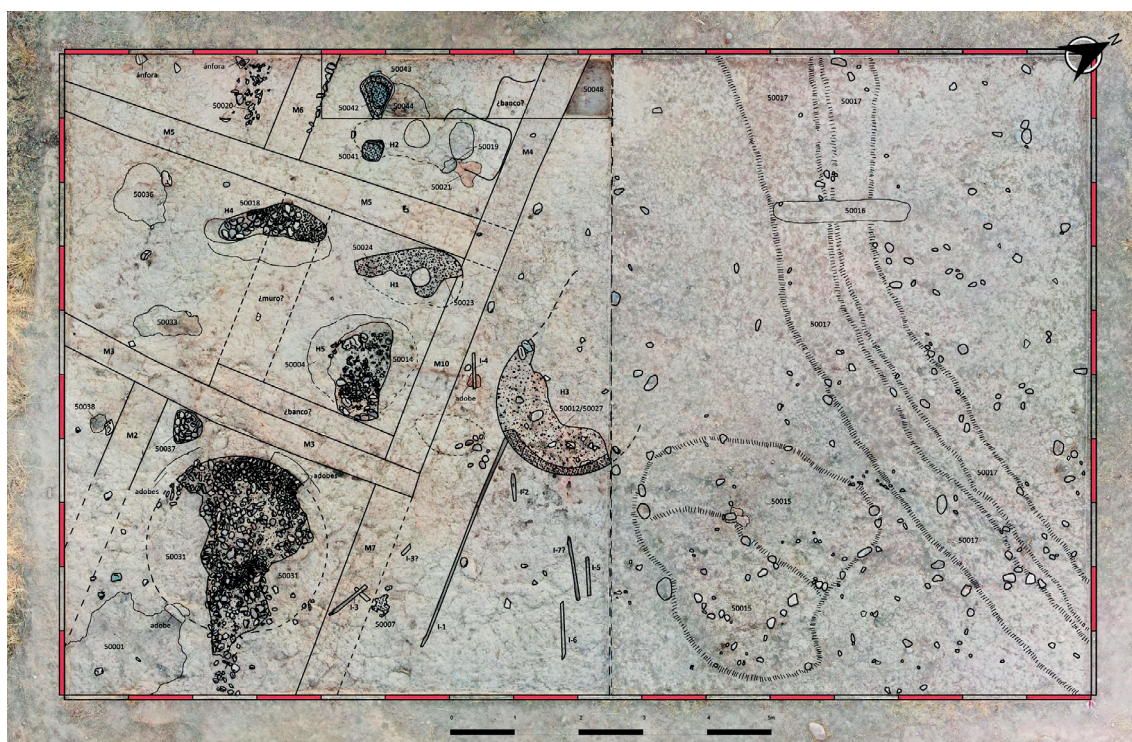


Fig. 13. Cerro Macareno (La Rinconada, Sevilla): ortofotografía y dibujo interpretativo de la planta obtenida en el Corte 2 de la elevación occidental en 2019, con las estructuras productivas fechadas entre finales del siglo V e inicios del IV a.C. y las alineaciones de los muros correspondientes a la fase inmediatamente anterior (fotografía y dibujo de R. Belizón Aragón y A.M. Sáez Romero).

revocados por una u ambas caras con un enlucido blanquecino a base de cal, que siguen una orientación SSO-NNE y SSE-NNO los perpendiculares. En el único punto donde se ha podido realizar un sondeo, se ha documentado, a unos 30 cm de profundidad, un pavimento realizado -como es habitual- con capas de arcilla rojiza alternadas con lechadas de cal. Cuenta también con frecuentes instalaciones (bancos, plataformas) adosados a los paramentos, aunque desconocemos su función. Lo que sí resulta evidente es que todas las estructuras pertenecen a una misma fase constructiva y parecen tener relaciones directas, quizá como parte de un mismo edificio o varios anexos. Esta fase estaría cubierta por un nivel de abandono y derrumbe que generó una superficie compacta de adobes disgregados, restos de revocos y residuos domésticos, algunos de los cuales permanecen in situ sobre los pavimentos originales, si bien el hecho de que solo se haya practicado un pequeño sondeo junto a uno de los muros impide de momento avanzar conclusiones sobre la composición y cronología de estos contextos. No obstante, las cerámicas asociadas a los depósitos que sirvieron de relleno y nivelación a estas estructuras, previamente a la instalación de los dispositivos productivos, sirven de término *ante quem* y permiten fechar su periodo de uso en momentos anteriores a finales del siglo V a.C. Probablemente en ese momento estas construcciones ya no serían distinguibles en superficie, ya que algunas de ellas fueron parcialmente alteradas por las fosas destinadas a albergar las infraestructuras de combustión de los hornos, lo que invita a pensar que la interrupción en su ocupación fue relativamente larga y quizá contemporánea al hiato observado en la elevación oriental entre fines del siglo VI e inicios del V a.C. En todo caso, se trata de una hipótesis que deberá comprobarse en ulteriores campañas de excavación.

En definitiva, a pesar de la exigüidad del registro arqueológico, existen suficientes datos para afirmar que el fenómeno urbano introducido en el Bajo Guadalquivir durante el Hierro I cristalizó a partir del siglo V a.C. De este modo, el Hierro II se caracterizaría por la consolidación de la ciudad y del modo de vida urbano, tanto en el plano formal como en el funcional, económico y sociopolítico, lo que iría asociado paralelamente a una mayor jerarquización del territorio y, en algunos casos, a una revitalización del poblamiento rural. Se trata de un proceso condicionado y favorecido a su vez por la germinación de las ciudades-estado que surgieron de las cenizas de Tarteso y por una creciente integración de la región en los circuitos comerciales mediterráneos de la mano de Gadir, y posteriormente de Cartago y de Roma. No olvidemos que estas últimas incorporarán a la tradición constructiva local novedades en materia urbanística, arquitectónica y tecnológica de corte helenístico que supondrán una antesala a las grandes transformaciones que se producirán a partir del cambio de era.

5. CONCLUSIONES

- 1) Aunque no se puede descartar la presencia de comunidades humanas en el Bajo Guadalquivir a finales de la Edad del Bronce, estas no llegaron a desarrollar una forma de sociedad urbana. Por el contrario, es la colonización fenicia en la región la responsable de la implantación de una red de asentamientos estables en el espacio y en el tiempo, constituyendo un paisaje estructurado y jerarquizado.
- 2) Algunos de estos núcleos, los directamente relacionados con la presencia de comunidades orientales, muestran desde el principio evidencias de urbanismo; sin embargo, la mayor parte de ellos solo se convertirán en ciudades después de un largo periodo en el que coexistieron en los mismos espacios las formas de vida aldeana con las nuevas tipologías arquitectónicas y constructivas de origen levantino.
- 3) Así pues, la introducción fenómeno urbano puede considerarse en realidad un proceso que se inicia a principios de la Edad del Hierro pero que no termina de cristalizar hasta momentos avanzados del I milenio a.C., cuando los asentamientos van adquiriendo características formales y roles

territoriales plenamente urbanos; es decir, la implantación de la ciudad en el Bajo Guadalquivir tiene un carácter acumulativo.

- 4) Este proceso, que no es necesariamente lineal ni coetáneo en todas las comarcas que conforman la región, sería el resultado de pulsiones internas y externas que solo es posible analizar localmente, atendiendo a las características fisiográficas y ecológicas de cada área, a las estrategias coloniales desplegadas por los fenicios, a las relaciones establecidas con las poblaciones locales y su evolución en el tiempo.
- 5) Desde el punto de vista formal, se manifiesta en la adaptación de los modelos urbanos, las tipologías arquitectónicas y las técnicas constructivas a las particularidades del Bajo Guadalquivir, tanto en lo que se refiere a disponibilidad de materias primas, como a las condiciones ambientales o las formas de vida de sus habitantes, que va más allá de la mera transmisión tecnológica para convertirse en una auténtica asimilación de la cultura arquitectónica fenicio-púnica y su desarrollo local.
- 6) Desde el punto de vista sociopolítico y funcional, la implantación de la ciudad está asociada al surgimiento de las formas de organización complejas, dando lugar a estructuras protoestatales o estatales que se proyectan en el territorio, controlando, explotando y gestionando sus recursos. En este sentido, la adopción del modo de vida urbano, como consecuencia de la especialización económica y la jerarquización social, trae aparejado connaturalmente la aparición del modo de vida rural.
- 7) Asimismo, en un territorio mestizo, donde las fronteras étnicas se trasladan al plano social, surge un nuevo ámbito de cohesión: la identidad cívica, que adquirirá un mayor predominio a medida que las ciudades asuman más peso en las relaciones sociopolíticas, independientemente del grado autonomía, interdependencia o dependencia que tengan unas con respecto a otras.
- 8) Este es el paisaje humano que encontraron cartagineses y romanos a su llegada a la región a finales de la Edad del Hierro, cuando se asiste a la (re-)introducción de modelos arquitectónicos y soluciones tecnológicas procedentes del Mediterráneo tanto en los centros urbanos como en los establecimientos rurales. El sistema urbano del Bajo Guadalquivir comenzó a adaptarse paulatinamente a las nuevas coyunturas históricas y a las necesidades de los nuevos dominadores, siendo determinante en el proceso de transformación de la Turdetania en la nueva provincia Bética, que culmina con su metamorfosis al lenguaje formal de la ciudad clásica.

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo se ha elaborado en el marco de los proyectos de investigación *Tarteso olvidado (en los Museos)* (PGC2018-097131-B-I00), financiado por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades, y *CrudUS: Estudio, intervención y recuperación de la construcción con tierra en la Baja Andalucía* (US-1381493), financiado a través del Fondo Europeo de Desarrollo Regional (FEDER) y la Consejería de Transformación Económica, Industria, Conocimiento y Universidades de la Junta de Andalucía, dentro del Programa Operativo FEDER 2014-2020.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUAYO, P., CARRILERO, M. Y MARTÍNEZ, G. 1991: “La presencia fenicia y el proceso de aculturación de las comunidades del Bronce Final de la depresión de Ronda (Málaga)”, en *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punic*, Roma: 559-571.
- ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. 2005: *Tarteso, la construcción de un mito en la historiografía española*, Málaga.
- AMORES CARREDANO, F. 1995: “La cerámica pintada estilo Carambolo: una revisión necesaria de su cronología”, en *Tartessos. 25 años después, 1968-1993*, Jerez de la Frontera: 159-178.
- AMORES CARREDANO, F. (coord.) 2009: *El Carambolo. 50 años de un tesoro. Catálogo de la exposición*, Sevilla.
- ARTEAGA MATUTE, O. Y ROOS, A.M. 2007: “Carmona en el paisaje antiguo del Bajo Guadalquivir”, en Bendala, M. y Belén, M. (dirs.), *Actas del V Congreso de Historia de Carmona. Los orígenes de la ciudad: la Carmona protohistórica*, Carmona: 43-111.
- AUBET SEMMLER, M.E. 1977-78: “Algunas cuestiones en torno al período orientalizante tartésico”, *Pyrenae*, 13-14: 81-107.
- AUBET SEMMLER, M.E. 1989: “La Mesa de Setefilla: la secuencia estratigráfica del corte 1”, en Aubet Semmler, M.E. (coord.), *Tartessos. Arqueología protohistórica del bajo Guadalquivir*, Sabadell: 297-338.
- BANDERA ROMERO, M.L. DE LA Y FERRER ALBELDA, E. 2002: “Secuencia estratigráfica tartesia y turdetana de Vico (Marchena, Sevilla)”, *Spal*, 11: 121-150.
- BANDERA, M.L. DE LA, CHAVES, F., ORIA, M., FERRER, E., GARCÍA VARGAS, E. Y MANCEBO, J. 1993: “Montemolín. Evolución del asentamiento durante el Bronce Final y el período orientalizante (campanas de 1980 y 1981)”, *Anales de Arqueología Cordobesa*, 4: 15-48.
- BANDERA, M.L. DE LA, CHAVES, F., FERRER, E. Y BERNÁLDEZ, E. 1995: “El yacimiento tartésico de Montemolín”, en *Tartessos. 25 años después, 1968-1993*, Jerez de la Frontera: 315-332.
- BANDERA, M.L. DE LA, CHAVES, F. Y FERRER, E. 1999: “Ganado, sacrificio y manipulación de carnes. Una propuesta aplicada al período orientalizante”, en *II Congreso de Arqueología Peninsular*, vol. III, Alcalá de Henares: 213-219.
- BARCELÓ, J.A. 1995: “Sociedad y economía en el Bronce Final”, en *Tartessos. 25 años después, 1968-1993*, Jerez de la Frontera: 561-589.
- BELÉN DEAMOS, M. Y ESCACENA CARRASCO, J.L. 1995: “Interacción cultural fenicios-indígenas en el Bajo Guadalquivir”, en *Arqueólogos, historiadores y filólogos. Homenaje a Fernando Gascó (Kolaios, 4)*, Sevilla: 67-101.
- BELÉN DEAMOS, M. Y ESCACENA CARRASCO, J.L. 1997: “Testimonios religiosos de la influencia fenicia en Andalucía Occidental”, *Spal*, 6: 103-132.
- BELÉN, M., ESCACENA, J.L. Y BOZZINO, M.I. 1992: “Las comunidades prerromanas de Andalucía Occidental”, en Almagro-Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica (Complutum, 2-3)*, Madrid: 65-87.
- BELÉN, M., ANGLADA, R., ESCACENA, J.L., JIMÉNEZ, A., LINEROS, R. Y RODRÍGUEZ, I. 1997: *Arqueología en Carmona (Sevilla). Excavaciones en la Casa-Palacio del Marqués de Saltillo*, Sevilla.
- BELTRÁN FORTES, J. Y ESCACENA CARRASCO, J.L. (coords.) 2021: *Itálica. Investigaciones arqueológicas en la Vetus Urbs*, Sevilla.
- BELTRÁN, J., IZQUIERDO, R. Y ESCACENA, J.L. 2007: “El ‘Cerro Mariana’: excavaciones de 1998-1999”, en Beltrán, J. y Escacena, J.L. (eds.), *Arqueología en el Bajo Guadalquivir. Prehistoria y Antigüedad de Las Cabezas de San Juan*, Sevilla: 73-92.
- BENDALA GALÁN, M. 1989: “La génesis de la estructura urbana en la España antigua”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 16: 127-147.
- BOTTO, M. 2018: “The Phoenician between Huelva and Malaka”, en Botto, M. (ed.), *De Huelva a Malaka. Los fenicios en Andalucía a partir de los descubrimientos más recientes*, Roma: 13-35.
- CAMPOS, J.M., VERA, M. Y MORENO, M.T. 1988: *Protohistoria de la ciudad de Sevilla. El corte estratigráfico San Isidoro 85-6*, Sevilla.

- CANO GARCÍA, G. 2008: "Clasificaciones urbanas en Andalucía. Las ciudades medias", *Revista de Estudios Andaluces*, 27: 115-153.
- CARRETERO POBLETE, P. 2007: "Las villas agrícolas púnico-turdetanas de la campiña gaditana (Cádiz, España)", en López Castro, J.L. (ed.), *Las ciudades fenicio-púnicas en el Mediterráneo Occidental*, Almería: 187-208.
- CARRILERO MILLÁN, M. 1993: "Discusión sobre la formación social tartesia", en Alvar, J. y Blázquez, J.M. (eds.), *Los enigmas de Tarteso*, Madrid: 163-185.
- CASADO ARIZA, M. 2015: *La cerámica con decoración geométrica del Carambolo*, Sevilla.
- CELESTINO PÉREZ, S. 2001: *Estelas de guerrero y estelas diademadas. La precolonización y formación del mundo tartésico*, Barcelona.
- CHAVES TRISTÁN, F. Y BANDERA ROMERO, M.L. DE LA 1991: "Aspectos de la urbanística en Andalucía Occidental en los siglos VII-VI a.C. a la luz del yacimiento de Montemolín (Marchena, Sevilla)", en *II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, vol. II, Roma: 691-714.
- CHAVES, F., BANDERA, M.L. DE LA, FERRER, E. Y BERNÁLDEZ, E. 2000: "El complejo sacrificial de Montemolín", en *Actas del V Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, vol. II, Cádiz: 573-581.
- CHILDE, V.G. 1954: *Los orígenes de la civilización*, México.
- DELGADO HERVÁS, A. 2000: "La formación de la sociedad tartésica en la Andalucía occidental de los siglos IX y VIII a.C.", *Historiar*, 5: 61-80.
- DELGADO HERVÁS, A. 2005: "La transformación de la arquitectura residencial en Andalucía occidental durante el Orientalizante: una lectura social", en Celestino Pérez, S. y Jiménez Ávila J. (eds.), *El Período Orientalizante: actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida*, vol. I, Mérida: 585-594.
- DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, C., CABRERA, P. Y FERNÁNDEZ JURADO, J. 1988: "Cerro de la Cabeza (Santiponce, Sevilla)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 30: 119-186.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J. 2017: "Huelva y el Mediterráneo. Siglos IX-V a.C.", en Celestino Pérez, S. y Rodríguez González, E. (eds.), *Territorios comparados: los valles del Guadalquivir, el Guadiana y el Tago en época tartésica*, Mérida: 129-146.
- ESCACENA CARRASCO, J.L. 1983: "Problemas en torno a los orígenes del urbanismo a orillas del Guadalquivir", *Gades*, 11: 39-83.
- ESCACENA CARRASCO, J.L. 1986: "Osset Iulia Constantia: San Juan de Aznalfarache (Sevilla)", *Habis*, 17: 539-548.
- ESCACENA CARRASCO, J.L. 1993: "De la muerte de Tartessos. Evidencias en el registro poblacional", *Spal*, 2: 183-218.
- ESCACENA CARRASCO, J.L. 1995: "La etapa precolonial de Tartessos. Reflexiones sobre el 'Bronce' que nunca existió", en *Tartessos. 25 años después, 1968-1993*, Jerez de la Frontera: 179-214.
- ESCACENA CARRASCO, J.L. 2001: "Podando a Carmo. Perfiles del sustrato turdetano", en Caballos, A. (ed.), *Actas del II Congreso de Historia de Carmona. Carmona romana*, Sevilla: 21-35.
- ESCACENA CARRASCO, J.L. 2018: "Secuencia arqueológica del Cerro de San Juan. Intervenciones del «Proyecto Estuario»", en Escacena, J.L., Gómez, A. y Pérez, L.G. (coords.), *Caura. Arqueología en el estuario del Guadalquivir*, Sevilla: 375-396.
- ESCACENA CARRASCO, J.L. 2021: "Itálica antes de Roma", en Beltrán, J. y Escacena, J.L. (coords.), *Itálica. Investigaciones arqueológicas en la Vetus Urbs*, Sevilla: 281-315.
- ESCACENA CARRASCO, J.L. Y BELÉN DEAMOS, M. 1991: "Sobre la cronología del horizonte fundacional de los asentamientos tartésicos", *Cuadernos del Suroeste*, 2: 9-42.
- ESCACENA CARRASCO, J.L. Y GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J. 2012: "La Sevilla Protohistórica", en Beltrán, J. y Rodríguez Gutiérrez, O. (coord.), *Hispaniae Urbes. Investigaciones arqueológicas en ciudades históricas*, Sevilla: 761-812.
- ESCACENA CARRASCO, J.L. Y GARCÍA RIVERO, D. 2007: "Selección sexual y éxito reproductivo en la Protohistoria ibérica. Un enfoque evolucionista", *Spal*, 16: 69-92.

- ESCACENA CARRASCO, J.L. E IZQUIERDO DE MONTES, R. 2001: “Oriente en Occidente: Arquitectura civil y religiosa en un ‘barrio fenicio’ de la ‘Caura’ tartésica”, en Ruiz Mata, D. y Celestino Pérez, S. (eds.), *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid: 123-157.
- ESCACENA, J.L., FELIÚ, M.J. E IZQUIERDO, R. 2010: “El Cerro de la Albina y la metalurgia de la plata en Tartessos”, *De Re Metallica*, 14: 35-51.
- FERNÁNDEZ FLORES, A. Y RODRÍGUEZ AZOGUE, A. 2007a: *Tartessos desvelado. La colonización fenicia del suroeste peninsular y el origen y ocaso de Tartessos*, Córdoba.
- FERNÁNDEZ FLORES, A. Y RODRÍGUEZ AZOGUE, A. 2007b: “Vida y muerte en la Ilipa tartésica”, en Ferrer, E., Fernández, A., Escacena, J.L. y Rodríguez A. (eds.), *Ilipa Antiqua. De la Prehistoria a la época romana*, Alcalá del Río: 69-92.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., CHASCO, R. Y OLIVA, D. 1979: “Excavaciones en El Cerro Macareno. La Rinconada. Sevilla (Cortes E-F-G. Campaña 1974)”, *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 7: 9-93.
- FERNÁNDEZ-GÖTZ, M. Y KRAUSSE, D. (eds.) 2016: *Eurasia at the Dawn of History: Urbanization and Social Change*, New York.
- FERNÁNDEZ JURADO, J. (ed.) 1987: *Tejada la Vieja: una ciudad protohistórica (Huelva Arqueológica, IX)*, Huelva.
- FERRER ALBELDA, E. 2007: “Fenicios y cartagineses en el Tartessos postcolonial”, en Bendala, M. y Belén, M. (dirs.), *Actas del V Congreso de Historia de Carmona. El nacimiento de la ciudad: la Carmona protohistórica*, Carmona: 195-223.
- FERRER ALBELDA, E. 2017: “La colonización fenicia de la Tartésida: estrategias y fases”, en Celestino Pérez, S. y Rodríguez González, E. (eds.), *Territorios comparados: los valles del Guadalquivir, el Guadiana y el Tajo en época tartésica*, Mérida: 11-46.
- FERRER ALBELDA, E. 2018: “El río que nos lleva. Caura y el poblamiento en la desembocadura del *Tartessi amnis*”, en Escacena, J.L., Gómez, A. y Pérez, L.G. (coords.), *Caura. Arqueología en el estuario del Guadalquivir*, Sevilla: 73-96.
- FERRER ALBELDA, E. Y BANDERA ROMERO, M.L. de la 2007: “Santuarios, aldeas y granjas: El poblamiento durante el Bronce Final y el Período Orientalizante”, en Ferrer, E. (coord.), *Arqueología en Marchena. El poblamiento antiguo y medieval en el valle medio del río Corbones*, Sevilla: 45-87.
- FERRER ALBELDA, E. Y GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J. 2007: “Primeros datos de la Ilipa turdetana”, en Ferrer, E., Fernández, A., Escacena, J.L. y Rodríguez A. (eds.), *Ilipa Antiqua. De la Prehistoria a la época romana*, Alcalá del Río: 103-130.
- FERRER ALBELDA, E. Y GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J. 2019: “La crisis de Tarteso y el problema del siglo V a.C. en el ámbito geográfico turdetano”, *Anales de Arqueología Cordobesa*, 30: 53-78.
- FERRER, E., CAMACHO, M., BANDERA, M.L. DE LA Y GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J. 2005: “Informe de la Prospección Arqueológica Superficial del Término Municipal de Peñaflor (Sevilla)”, en *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 2002, III (2), Sevilla: 586-595.
- FERRER, E., CAMACHO, M., BANDERA, M.L. DE LA Y GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J. 2007: “El poblamiento rural protohistórico en el Bajo Guadalquivir”, en Rodríguez Díaz, A. y Pavón, I. (eds.), *Arqueología de la Tierra. Los paisajes rurales protohistóricos de la Protohistoria Peninsular*, Cáceres: 195-224.
- FERRER, E., GARCÍA VARGAS, E. Y GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J. 2008: “*Inter Aestuaria Baetis*. Espacios naturales y territorios ciudadanos prerromanos en el Bajo Guadalquivir”, *Mainake*, XXX: 217-246.
- FERRER, E., GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J. Y ESCACENA, J.L. 2010: “El tráfico comercial de productos púnicos en el estuario del Guadalquivir”, *Mainake*, XXXII-1: 61-89.
- FERRER, E., GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J. Y FERNÁNDEZ FLORES, J.L. 2020: “Factorías agrícolas en el Bajo Guadalquivir (siglos V-II a.C.)”, en Gómez Bellard, C., Pérez-Jordá, G. y Vendrell, A. (coords.), *La alimentación en el mundo fenicio-púnico. Producciones, procesos y consumos*, Sevilla: 89-99.
- FUMADÓ ORTEGA, I. 2013: “*Oppidum*. Reflexiones acerca de los usos antiguos y modernos de un término urbano”, *Spal*, 22: 173-184.

- GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J. 2003: *El poblamiento turdetano en el Bajo Guadalquivir*, Tesis Doctoral en acceso abierto, Universidad de Sevilla, Sevilla, <https://idus.us.es/handle/11441/15449> [11.05.2022].
- GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J. 2007: “El poblamiento turdetano en la comarca de Marchena”, en Ferrer, E. (coord.), *Arqueología en Marchena. El poblamiento antiguo y medieval en el valle medio del río Corbones*, Sevilla: 89-142.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J. 2017: “La herencia de Argantonio: cambios y estrategias en el Tarteso postcolonial”, en Celestino Pérez, S. y Rodríguez González, E. (eds.), *Territorios comparados: los valles del Guadalquivir, el Guadiana y el Tajo en época tartésica*, Mérida: 147-173.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J. 2020: “Cerro Macareno (La Rinconada, Sevilla): nuevos datos sobre su secuencia de ocupación y rasgos constructivos”, *Spal*, 29-1: 93-127.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J. y FERRER ALBELDA, E. 2021: *Ciudad y territorio. Los orígenes del urbanismo en el Bajo Guadalquivir*, Jaén.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J. y GARCÍA VARGAS, E. 2021: “La baja época de la cultura ibérica en Turdetania”, en Bendala, M. y Castelo, R. (eds.), *La baja época de la cultura ibérica 40 años después. Simposio Conmemorativo de los 50 años de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología (Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología, 51)*, Madrid: 72-111.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J. y GONZÁLEZ ACUÑA, D. 2007: “Secuencias estratigráficas y contextos culturales de la Sevilla prerromana”, en Bendala, M. y Belén, M. (dirs.), *Actas del V Congreso de Historia de Carmona. El nacimiento de la ciudad: la Carmona protohistórica*, Carmona: 525-566.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J., ALBUQUERQUE, P. y GUILLÉN, L. 2021. “Cerro Macareno (La Rinconada, Sevilla): nuevas investigaciones en un yacimiento paradigmático del Guadalquivir protohistórico”, en Celestino Pérez, S. y Rodríguez González, E. (eds.), *Un viaje entre el Oriente y el Occidente del Mediterráneo*, vol. I, Mérida: 407-421.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J., ALBUQUERQUE, P., FERRER, E., RODRÍGUEZ, O., SÁEZ, A.M., SÁNCHEZ, J.M., MARIÑO, I., MATEOS, A., CONEJERO, N., GUILLÉN, L. y ROMERO, I. e.p.a. “Cerro Macareno (La Rinconada, Sevilla): Arqueología y Patrimonio en la vega del Guadalquivir (Fase 1: campaña 2018)”, en *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 2018, Sevilla.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J., SÁEZ, A.M., TIRABASSI, L., FERRER, E., ALBUQUERQUE, P., ARDANAZ, O., BELIZÓN, R., BLANCO, F.J., GUILLÉN, L., LÓPEZ, M.R., MARIÑO, I., MATEOS, A., RAMOS, J.L., RODRÍGUEZ, S., RODRÍGUEZ, O., ROMERO, I., SÁNCHEZ, J.M. y VIZCAÍNO, L. e.p.b. “Cerro Macareno (La Rinconada, Sevilla): Arqueología y Patrimonio en la vega del Guadalquivir (Fase 2: campaña 2019)”, en *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 2019, Sevilla.
- GARCÍA SANZ, C. y FERNÁNDEZ JURADO, J. 2000: “Peñalosa (Escacena del Campo, Huelva). Un poblado de cabañas del Bronce Final”, *Huelva Arqueológica*, 16: 5-87.
- GENER, J.M., NAVARRO, M.A., PAJUELO, J.M., TORRES, M. y LÓPEZ, E. 2014: “Arquitectura y urbanismo de la Gadir fenicia: el yacimiento del “Teatro Cómico” de Cádiz”, en Botto, M. (ed.), *Los fenicios en la Bahía de Cádiz. Nuevas investigaciones*, Pisa-Roma: 14-50.
- GONZÁLEZ DE CANALES, F., SERRANO, L. y LLOMPART, J. 2004: *El emporio fenicio precolonial de Huelva (ca. 900-770 a.C.)*, Madrid.
- GONZÁLEZ WAGNER, C. 1993: “Las estructuras del mundo tartésico”, en Alvar, J. y Blázquez, J.M. (eds.), *Los enigmas de Tarteso*, Madrid: 103-116.
- GONZÁLEZ WAGNER, C. 2007: “El urbanismo fenicio de época arcaica y su impacto en las sociedades autóctonas”, en López Castro, J.L. (ed.), *Las ciudades fenicio-púnicas en el Mediterráneo Occidental. III Coloquio Internacional del Centro de Estudios Fenicios y Púnicos*, Almería: 4-68.
- GONZÁLEZ WAGNER, C. y ALVAR EZQUERRA, J. 1989: “Fenicios en Occidente: la colonización agrícola”, *Rivista di Studi Fenici*, XVII-1: 61-102.
- HUNT ORTIZ, M. y GARCÍA RIVERO, D. 2017: “El asentamiento protohistórico del Jardín de Alá (Salteras, Sevilla)”, en Celestino Pérez, S. y Rodríguez González, E. (eds.), *Territorios comparados: los valles del Guadalquivir, el Guadiana y el Tajo en época tartésica*, Mérida: 47-78.

- IZQUIERDO DE MONTES, R. 2007: “*Fortissimum Oppidum*’: investigaciones en la muralla romana de Alcalá del Río”, en Ferrer, E., Fernández, A., Escacena, J.L. y Rodríguez, A. (eds.), *Ilipa Antiqua. De la Prehistoria a la época romana*, Alcalá del Río: 193-210.
- IZQUIERDO DE MONTES, R. 2010: “Excavación arqueológica preventiva en Plaza Mariana Pineda 1 y 2 de Alcalá del Río”, en *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 2006, Sevilla: 4056-4070.
- JENNINGS, J. Y EARLE, T-K. 2016: “Urbanization, State Formation, and Cooperation: A Reappraisal”, *Current Anthropology*, 57-4: 474-493.
- LINEROS ROMERO, R. 2007: “La arquitectura y la forma urbana de Carmona protohistórica”, en Bendala, M. y Belén, M. (dirs.), *Actas del V Congreso de Historia de Carmona. Los orígenes de la ciudad: la Carmona protohistórica*, Carmona: 425-454.
- LUZÓN NOGUÉ, J.M. 1973: *Excavaciones en Itálica: estratigrafía en el Pajar de Artillo*, Madrid.
- MALUQUER DE MOTES, J. 1990 [1970]: *Tartessos. La ciudad sin historia*, Barcelona.
- MARTÍN DE LA CRUZ, J.C. 1976: “El corte F del Cerro Macareno. La Rinconada (Sevilla)”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 3: 9-31.
- ORTIZ TEMPRADO, R. 2010: “Intervención Arqueológica de Urgencia en el solar situado en la calle Antonio Reverte nº 26 y 28 de Alcalá del Río (Sevilla)”, en *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 2006, Sevilla: 4366-4380.
- PELLICER CATALÁN, M. 1998: “Los cortes estratigráficos de Itálica y su contribución al estudio de la dinámica histórico-cultural del yacimiento”, *Boletín de Bellas Artes*, XXVI: 143-186.
- PELLICER, M., ESCACENA, J.L. Y BENDALA, M. 1983: *El Cerro Macareno*, Madrid.
- PRADOS PÉREZ, E. Y FERNÁNDEZ FLORES, A. 2018: “Ilipa durante la Edad del Hierro I”, en *Homenaje a Juana Bedía*, Huelva: 99-135.
- RODRÍGUEZ CUEVAS, P.D. 2015: *La Coriana: Análisis arqueológico y contextualización histórica de un yacimiento orientalizante en la cuenca del Guadiamar*, Trabajo Fin de Máster inédito, Universidad de Sevilla, Sevilla.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, E. 2014: *Astigi Vetis. Arqueología y urbanismo de la Écija turdetana (ss. VI – I a.C.)*, Madrid.
- RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, O. Y GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J. 2016: “Itálica: la fundación de Publio Cornelio Escipión Africano en el corazón de la Hispania púnica”, en Bendala Galán, M. (ed.), *Los Escipiones. Roma conquista Hispania*, Madrid: 223-243.
- ROMÁN RODRÍGUEZ, J.M. Y BELÉN DEAMOS, M. 2007: “Fenicios en Carmona: novedades arqueológicas”, en Bendala, M. y Belén, M. (dirs.), *Actas del V Congreso de Historia de Carmona. El nacimiento de la ciudad: la Carmona protohistórica*, Carmona: 479-510.
- RUIZ CECILIA, J.I. 2007: *Testimonios arqueológicos de la antigua Osuna*, Sevilla.
- RUIZ MATA, D. Y CÓRDOBA ALONSO, I. 1999: “Los hornos turdetanos del Cerro Macareno. Cortes H.I y H.II”, en *XXIV Congreso Nacional de Arqueología*, Cartagena: 95-105.
- RUIZ MATA, D. Y FERNÁNDEZ JURADO, J. 1986: *El yacimiento metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé de Almonte (Huelva) (Huelva Arqueológica, VIII)*, Huelva.
- RUIZ MATA, D., NIVEAU DE VILLEDARY, A.M. Y VALLEJO, J.I. (1998): “La ciudad Tartésica-Turdetana”, en Aranegui, C. (ed.), *Los Iberos. Príncipes de Occidente. Estudios de poder en la sociedad Ibérica*, Barcelona: 65-82.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A. Y MOLINOS MOLINOS, M. 1997: “Sociedad y territorio en el Alto Guadalquivir entre los siglos VI y IV a.C.”, en Fernández Jurado, J., Rufete, P. y García Sanz, C. (coords.), *La Andalucía Ibero-Turdetana (siglos VI-IV a.C.) (Huelva Arqueológica, XIV)*, Huelva: 11-29.
- SÁNCHEZ SÁNCHEZ-MORENO, V., GALINDO, L., JUZGADO, M. Y DUMAS, M. 2012: “El asentamiento fenicio de La Rebanadilla a finales del siglo IX A.C.”, en García Alfonso, E. (ed.), *Diez años de Arqueología Fenicia en la provincia de Málaga (2001-2010). María del Mar Escalante Aguilar in memoriam*, Málaga: 67-85.

- SERRANO MARTÍN, T. 2015: *La arquitectura doméstica de época turdetana en el Bajo Guadalquivir*, Tesis Doctoral en acceso abierto, Universidad de Sevilla, Sevilla <<http://hdl.handle.net/11441/34619>> [11.05.2022].
- TOMASSETTI GUERRA, J.M. 1996: “Contribución al estudio del urbanismo antiguo en el Bajo Guadalquivir: el caso de Lebrija (Sevilla)”, *Spal*, 6: 243-262.

EL TARTESO AURÍFERO DE *CORDUBA*. DESDE EL GUADALQUIVIR HACIA EL GUADIANA A TRAVÉS DE SIERRA MORENA Y EL VALLE DEL GUADIATO

ANTONIO MONTERROSO CHECA*, JUAN CARLOS MORENO-ESCRIBANO**,
MASSIMO GASPARINI***, MIRIAM GONZÁLEZ NIETO****, JOSÉ LUIS DOMÍNGUEZ JIMÉNEZ*****,
AGUSTÍN LÓPEZ JIMÉNEZ*****, SANTIAGO RODERO PÉREZ*****

RESUMEN

Este texto trata de incorporar la tierra de *Corduba* al discurso territorial sobre las “regiones” de Tarteso, sus límites y conexiones tal y como ha sido el motivo del Congreso *Tarteso. Nuevas Fronteras*. La posterior configuración romana de estas tierras llamadas Beturia de los Túrdulos es fundamental para comprender su articulación en época tartésica, ya que sus esquemas parten de la Protohistoria. Esa reconstrucción del territorio se ha hecho conjugando datos de viejas prospecciones con datos de nuevas prospecciones y excavaciones arqueológicas desarrolladas por distintos proyectos de la universidad de Córdoba en este sector norte de la actual provincia cordobesa.

PALABRAS CLAVE

Corduba, Protohistoria, Tarteso, Minería, Roma.

ABSTRACT

The goal of this article is to incorporate the land of Corduba in the scientific discourse on the regions of Tarteso, its limits and connections, as has been discussed in the Congress “*Tarteso Nuevas Fronteras*”. The Roman configuration of these landscapes, called Beturia Turdula, is

* Proyecto: MEI-Heritage: Medio, Explotación minera e industria metalúrgica en el sector central de la Beturia de los túrdulos/Conventus Cordubensis (s. VII a.n.e. – s. II d.n.e). PAIDI 2020 Ref: P20_00482. Patricia. Unidad de investigación y transferencia en Ciencias del Patrimonio. Campus de Rabanales, Edificio C1, Charles Darwin, Universidad de Córdoba. amonterroso@uco.es

** Proyecto Mei-Heritage. Patricia. Unidad de investigación y transferencia en Ciencias del Patrimonio. Campus de Rabanales, Edificio C1, Chales Darwin, Universidad de Córdoba.

*** Proyecto Mei-Heritage. Patricia. Unidad de investigación y transferencia en Ciencias del Patrimonio. Campus de Rabanales, Edificio C1, Chales Darwin, Universidad de Córdoba.

**** Proyecto Mei-Heritage. Universidad Nacional de Educación a Distancia (PRE2020-094517).

***** Proyecto Mei-Heritage. Universidad de Córdoba (FPU19/01641).

***** Arqueobética S.L.

***** Proyecto Mei-Heritage. Patricia. Unidad de investigación y transferencia en Ciencias del Patrimonio. Campus de Rabanales, Edificio C1, Chales Darwin, Universidad de Córdoba.

essential to understand its articulation in the Tartessian period. The reconstruction of the territory here presented combining data from old ground surveys with data from new surveys and archaeological excavations carried out by different projects of the University of Córdoba in the northern sector of the current province of Córdoba.

KEYWORDS

Córdoba, Protohistory, Tartessos, Mining archaeology, Rome.

La tierra de Córdoba es una ilustre gran ausente en la reciente construcción de Tarteso; desde que quedara en letargo hace unas décadas toda vez que Juan Francisco Murillo Redondo publicara sus trabajos sobre el poblamiento protohistórico en el valle del Guadalquivir central y el valle del Guadiato (Murillo 1990; 1993; 1994). Como estudios monográficos posteriores cabe reseñar la monografía de Enrique León sobre los contextos excavados por el mismo Murillo en Colina de Los Quemados en 1994 (León Pastor 2006). Las intervenciones arqueológicas de urgencia en Córdoba, por su parte, han puesto las briznas de lo poco que hemos podido posteriormente saber sobre las zonas perimetrales de la vieja *Corduba*. Una intervención reciente en la zona del Hospital Provincial, sin embargo, sí ha podido indagar en el interior mismo de esa *Corduba* prerromana hoy aún tan desconocida, como más abajo detallaremos. Por su parte, tampoco su antiguo territorio, su sierra, ha visto mayores investigaciones en estas últimas tres décadas en el ámbito de la protohistoria.

Con la oportunidad y la invitación a reconsiderar *Corduba* en este congreso *Tarteso. Nuevas Fronteras*, hemos intentado recuperar esa tradición y actualizarla con las actividades que desarrollamos desde la Universidad de Córdoba en el norte de la provincia. Son esos resultados los que, unidos al enorme bagaje de información que nos legaron Juan Francisco Murillo para la Protohistoria y Juan Carlos Vera Rodríguez para el Calcolítico (Vera Rodríguez 1998), nos han permitido hilvanar, discutir y proponer esta nueva “frontera” o, mejor, incluir a *Corduba*, con propiedad, en el mapa del Tarteso central.

Tarteso núcleo, Tarteso periferia y qué es Tarteso. Las discusiones del congreso del cual son producto estas actas han dejado patente que el consenso respecto de ello va a ser aún ardua tarea de trabajo en las próximas décadas. En esta dicotomía, a Córdoba se la sitúa, normalmente, en la periferia oriental de Tarteso cuando no casi en su límite sin mayor apreciación territorial o “cultural”. Y, su tierra, su norte, ni siquiera suele constar en él con la más mínima referencia.

El Tarteso de Córdoba que aquí se presenta, son las raíces y los contactos con el “mundo exterior” que, desde el Guadalquivir y desde el NO, se documentan en esta tierra suya tan interna y tan impenetrable, a partir del Bronce final. Nos centramos en el cauce del Guadiato dentro del marco de la sanción romana al territorio que Córdoba gestionará y que, claramente, tiene los orígenes de su estructuración en la protohistoria (Fig. 1a y 1b). Nos parece, incluso, que no se debieran poner límites apenas toquemos época “turdetana”, puesto que no tenemos prueba alguna de alteración o continuidad en los patrones de comportamiento de esta sociedad y este territorio. Tampoco los tenemos, todavía, para alta época republicana más allá de la existencia de explotaciones mineras confiscadas por Roma.

La ayuda para mitigar la indefinición de concepto y periodización en la que estamos historiográficamente puede venir, en primer lugar, apelando a los clásicos. Así podremos intentar ceñirnos con propiedad a dónde estamos en antiguo y tener cierta pertinencia sobre lo que se intenta aquí definir. Esa visión anticuaria permitirá comprender, además, la especificidad aurífera del Tarteso cordubense.

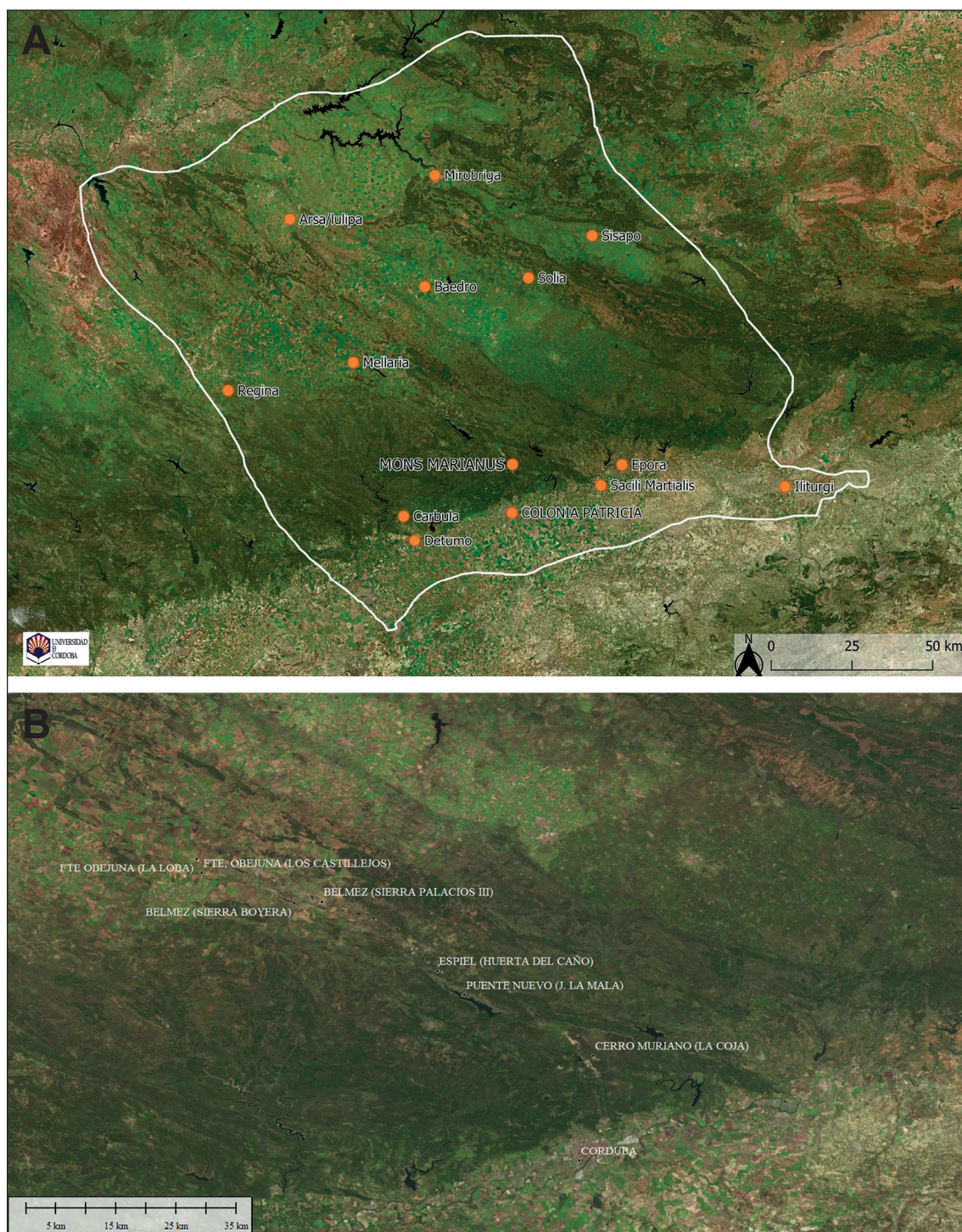


Fig. 1. A.- Tierra de los intereses de Córdoba o *Conventus Cordubensis* en época romana. B.- Sitios del Valle del Guadiato considerados en este trabajo (©Proyecto Mei-Heritage de la UCO sobre datos ©IGN Orto PNOA-Actual).

1. CORDUBA, SÍMBOLO DE TARTESO

En el famoso epigrama cordobés relativo a aquella fábula de una milagrosa platanera plantada por la mano victoriosa de César durante sus campañas en Córdoba, siempre ha destacado el árbol y el personaje por encima del contexto de la casa (Criado Costa 2001: 69-76; Meulder 2006: 313-344). Y, realmente, lo esencial de todo lo que allí ocurre es el lugar de esta, *In Tartesiaticis terris*, que es, sin embargo, donde menos se repara siendo normalmente analizado este texto desde una perspectiva aglutinantemente romana.

En tierras de Tartesos hay una mansión muy conocida / por donde la rica Córdoba goza del apacible Betis / donde los rubios vellones se doran gracias al metal nativo / y láminas de oro vivo cubren el ganado hesperio. / En medio de la morada, abrazando toda la casa / se alza un plátano de César de frondosa cabellera / al que plantó la dichosa diestra del huésped invicto / y por virtud de aquella mano el tallo comenzó a crecer. / El árbol parece sentir a su creador y señor: / así verdea y busca con sus ramas las elevadas estrellas...

(Trad. E. Moreno Cartelle Ed. Alma Mater).

El primer elemento dirimente de análisis es la platanera, asunto absolutamente central, como ya señalara M. Meulder (2006: 314). Éstas eran árboles triunfales. Fueron costumbre de Alejandro Magno, de César y, antes de este, de su íntimo enemigo Cneo Pompeyo Magno. Las más famosas, precisamente, son las que el mismo Pompeyo ubicó en su *Porticus Pompeiana* en Roma, legitimación de su carácter de *princeps ante litteram*, como fruto de los triunfos que cristalizaron en la construcción del excepcional complejo de edificios de Campo de Marte (Monterroso 2020: 34-35). Marcial, que también cantó aquellas plataneras romanas (*Mart.*, 3.19), trae con ellas, ahora, el triunfo sacro de César sobre Pompeyo a Córdoba.

Esas plataneras no son pues puras decoraciones arbóreas de jardines, obviamente: están en ámbitos sagrados, o consagrados a una deidad, o personaje notable, como en ambos casos eran esos Pórticos Pompeyanos. Entran dentro, por tanto, de la tradición de plantar árboles triunfales en “sitios famosos” o “casas famosas”, o mejor, sagradas. En nuestro caso una *notissima domus* cordobesa según Marcial.

El poeta de Bílbilis, en este contexto, bien pudo inspirarse en el canto segundo de la Eneida, cuando Virgilio cantaba el viejo laurel apoyado sobre el altar de los Penates en el Palacio de Troya. También en la Odisea, además, el célebre olivo de Ítaca puede revivir esta idea. Incluso, en la misma Eneida, el laurel del rey Latino, reclamo itálico del troyano, se alzaba, cual obra de Febo, en mitad de su palacio y, de ahí la denominación de *Laurentium* y de los *Laurentes* (Henriksen 1991). Igualmente, pudo conocer la buena lista de “casas famosas” que vivieron la presencia de plataneras sacras: Jardín de la Academia de Platón, palacio de Caligula en *Velitrae*, villa de Seneca en *Nomentum*, en la de Junio Basso en Bayas, en la Licinio Craso en *Tusculum*, entre otras *domus nottissimae*, sueños de Alejandro Magno y presencia de dioses en ámbitos con plataneras (Meulder 2006: 316-317).

Tenemos pues el personaje, el árbol triunfal y la casa sagrada o famosa. Nos falta la tierra. La cuestión es saber por qué Marcial usa Tarteso y no Baetica, como sí hizo para cantar la misma riqueza metales en V.37, cuando lloraba a la niña Eroción.

Para Meulder y Tourraix, los plátanos están en primera instancia ligados al soberano, a la realeza, humana o divina y de ahí, más abajo, a personajes célebres como los citados (Meulder 2006: 318). Tarteso es tierra histórica de reyes y, en cambio, *Baetica* únicamente una floreciente y riquísima provincia romana patria, al máximo, de un emperador, Trajano, en vida del poeta de *Bilbilis*.

Marcial, por tanto, hace patria con este epigrama. Él también podía reivindicar para el contexto literario, heroico y adulador de su tiempo, para ese rey *ante litteram* admirado, César, una tierra legendaria, mítica, áurea y propiedad de un rey histórico desde el otro extremo del mundo. El Tarteso del rey Argantonio. Esa tierra es también la perfecta *domus notissima* para el aspirante a rey por los hechos del epigrama (Poulle 2012: 17-28), César, ya *divus Iulius* en época de Marcial.

Hasta ahí una parte de la explicación. La segunda compete a los símbolos de la Edad de Oro, es decir, los metales y los dorados rebaños hespéricos que cita el epigrama, símbolos regios, absolutamente. Relacionarlos con Tarteso es sencillo. Con Córdoba, quizás pueda parecerlo menos, aunque sólo si no se la conoce, porque junto con Huelva, la de Córdoba fue la tierra metalífera de Tarteso por excelencia. Las citas al vientre metalífero del sector de central de la Turdetania son frecuentísimas en la literatura romana¹. Estamos, de hecho, en el “*Dorade du mond Antique*”, como la llamaba Claude Domergue (1990: 3-14). Silio Italico resumía todo ello en su púnica cuando, en un ambiente de cita en contexto tartésico, sentenciaba que “*nunca cesó de ser de oro la tierra de Córdoba*” (Sil., III.4.I).

Tarteso, su historia, su leyenda hacen falta aquí en este epigrama para mitificar al personaje a través del símbolo aurífero de esta tierra cordobesa. Que Marcial elija Córdoba como referente de Tarteso y sus símbolos, y como equivalente de aquella Troya, *Laurentium* o Itaca, justifica una plena consideración de aquella ciudad del gran río y su dorada tierra en el discurso propio sobre la concepción de Tarteso en la Antigüedad. Y así debiera constar en nuestros mapas.

El poeta de *Bilbilis* bien podía haber puesto la anécdota del plátano en *Spal*, *Onoba* o *Gadir*, en *Ulia*, en *Munda* o en *Ategua*, o cualquier otro escenario positivamente más cesariano que aquella Córdoba masacrada y contraria al que un día fuera frustrado aspirante a rey de Roma.

2. CÓRDOBA TARTÉSICA, CORDUBA VETERA

La Córdoba tartésica, de orígenes calcolíticos, ocupa hoy una zona ajardinada que alberga diversos equipamientos municipales no invasivos sobre ella. Sin embargo, el carácter de reserva arqueológica de subsuelo que le otorgan las ordenanzas municipales impide, en principio, excavaciones en su núcleo central. Las prospecciones geofísicas tampoco serían felices, en principio, puesto que sobre la vieja *Corduba* se sitúa un arrabal andalusí que podría complicar las labores de reconocimiento de estructuras. Aún así podría intentarse discriminando anomalías según las profundidades actuales conocidas.

¹ Estrabón (III, 2, 8), al referirse a la Turdetania, comenta: «*ni el oro, ni la plata, ni el cobre, ni el hierro, en ningún lugar de la tierra se ha comprobado hasta ahora que se produzcan en tan gran cantidad ni de tan alta calidad.*». Plinio (N.H., XXXIV, 3-4), a propósito de Sexto Mario, nos dice que “*el hombre más rico de las Hispanias, fue acusado de cometer incesto con su hija y fue arrojado desde la roca Tarpeya; y para que no quedase duda de que la magnitud de su riqueza le había perdido, Tiberio reservó para sí mismo sus minas de cobre y oro, aunque hubiesen sido confiscadas*”. Los cobres de Cerro Muriano, Los Pedroches y Montoro presentan elevados porcentajes de arsénico, hasta un 10 %, cuando, por reducción y añadido, lo máximo que se había llegado a alcanzar era un 7 %, por lo que con el uso de estos cobres se hacía innecesario añadir mineral de arsénico, evitando así un proceso altamente venenoso y muy difícil de calibrar, dada la volatilidad del arsénico. Tal vez, por ello, sean los elevados porcentajes de arsénico y de cinc los responsables de la reputación del cobre cordobés (García Romero 2002). Plinio escribió que el mejor en su época era el de Córdoba: «*La más alta reputación la tiene ahora el mariano, al que también se llama cordobés. Este, después del liviano, absorbe en gran manera la calamina y reproduce la buena calidad del auricalco en sestercios y dupondios, teniendo que contentarse los ases con su propio (cobre) chipriota*». En época de los Antoninos se exportaba todavía a Ostia, donde vivía para recibir la mercancía el *procurator massae marianae* (C.I.L. II, 1.179).

Todo ello hace que el conocimiento hasta ahora recuperado en este sector sea bien escaso y que menos halagüeñas sean las posibilidades de incrementarlo, a menos que se abordase un cambio de normativa y se desarrolle el proyecto adecuado (Fig. 2a).

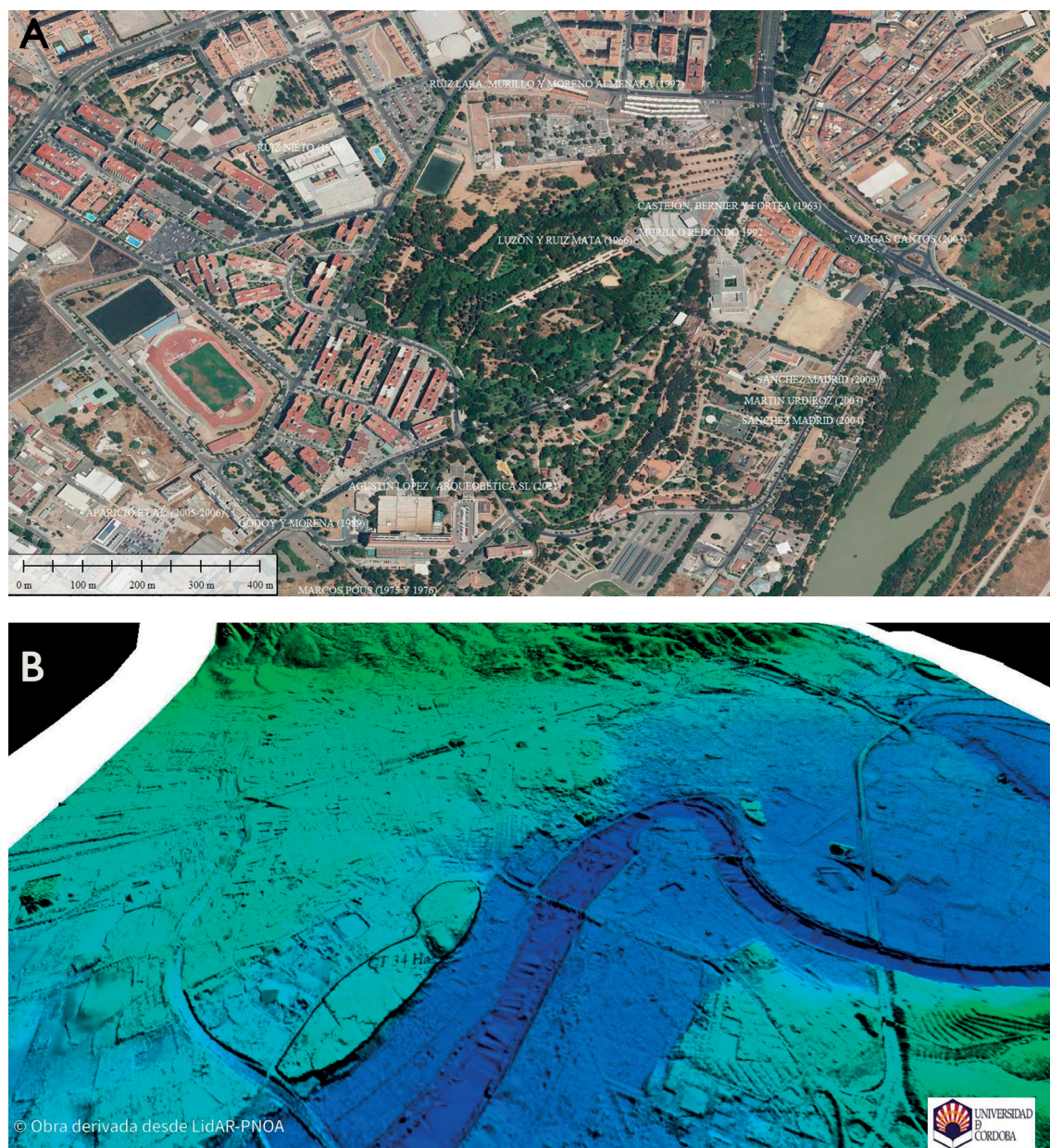


Fig. 2. A. Parque Cruz Conde con evidencia de hallazgos arqueológicos. (©Proyecto Mei-Heritage UCO sobre datos IGN ©Orto PNOA-Actual). B. Geomorfología de Corduba y relación con el paleocauce del río. (Obra derivada del ©Proyecto Mei-Heritage UCO sobre datos ©IGN LiDAR-PNOA).

2.1. ESTRATIGRAFÍAS EN COLINA DE LOS QUEMADOS-PARQUE CRUZ CONDE

Los inicios del conocimiento arqueológico de la vieja *Corduba* se remontan a la simiente de Castejón, Bernier y Fortea (1963: 199-206), de Luzón y Ruiz Mata (1973) en Colina de los Quemados, la primera estratigrafía de Córdoba. Ese abono sólo tuvo el merecido legado en la obra de Juan Francisco Murillo Redondo (1994), que dedicó quizás a este yacimiento, época y territorio los estudios más amplios que ha visto hasta ahora la protohistoria del valle medio del Guadalquivir.

En lo que respecta a la secuencia del yacimiento, Luzón y Ruiz Mata (1976:13-15) con el estrato número 18 remontaban las raíces de Córdoba a finales del segundo milenio a. C. A los comienzos del primer milenio, en virtud de un neto cambio tecnológico en la cerámica, asimilaban el estrato 16, que era el más desarrollado de entre los anteriores a la colonización fenicia. Justo ese momento de contacto, como evolución del 16 lo marcaba el estrato 14, caracterizado por grandes vasos acampanados y de labio vuelto hacia afuera, bruñidos, que pueden llegar a medir un metro de alto. Se trata quizás de imitaciones de vasos *à chardon* que harían remontar el impacto colonial ya a este estrato 14 (Escacena 1987: 292-293). Las viviendas, y esto es lo interesante, siguen siendo circulares y sólo en los niveles superiores aparecerán las plantas cuadradas a cordel. Este, afirman los autores, es un momento crucial en el contacto entre la vieja *Corduba* y las influencias que entraban desde el valle y las costas. La cerámica a torno y los muros de adobe empezarán en el estrato 13 y 12, sobre un estrato de cenizas, escorial y polvo mineral que netamente marca este momento de cambio.

Los niveles 12, 11 fueron incluidos en el llamado periodo Orientalizante marcando el 10 un periodo Orientalizante netamente local umbral ya del denominado periodo turdetano. Luzón y Ruiz Mata no localizaron ningún testimonio de época romana en los apenas 16m² que pudieron excavar, topándose, tras el s. III a. C, con pleno arrabal califal.

Posteriormente, además de ciertas labores de A. Marcos Pous, las actuaciones más relevantes llegarían de la mano de Juan Francisco Murillo (1994: 206-214) quién realizó otros pequeños sondeos muy cerca de dónde lo hicieron los investigadores anteriores. Las novedades de los trabajos de Murillo fueron netamente sensibles.

Por abajo, Córdoba hundía aún más sus raíces en la tierra, puesto que el yacimiento podía retrotraerse al Calcolítico. Seguidamente, contaría con una neta fase del Bronce Pleno correspondiente al estrato 18, es decir, al inicio de las excavaciones de Luzón y Ruiz Mata. Como complemento a lo estipulado por ellos, la información sobre la cultura material del llamado Bronce Final Tartésico, es decir los estratos 16 y 14 de Luzón y Ruiz Mata, se vio sensiblemente enriquecida.

Por arriba, novedad mayor era por supuesto proponer que, probablemente, existió una fase romano-republicana, adscribible a la primera mitad de s. II a. C. (sí no al s. III a. C.) y que, por lo tanto, la vieja *Corduba* no estaba bajo o junto a la posterior fundación romana situada en el promontorio frontero. Esto fue, por fin, un avance muy significativo en la historia topográfica de la ciudad.

Los inicios de los contactos con Roma, sin embargo, están justificados en la vieja *Corduba* sólo dos fragmentos de Campaniense A en el estrato 32 y varios más de A y B, escasos, en el estrato 24, justo ya en el umbral con los estratos andalusíes. El final de esa presencia romana aquí se fecha en las primeras décadas de s. I a. C., si bien está sostenida, únicamente, en otros fragmentos de Campaniense B y B(oides) procedentes sin embargo de pozos negros y estratos alterados en época andalusí. Sobre estos aspectos trataremos al final de este trabajo.

La presencia de contextos calcolíticos al otro lado del río, en el Campo de la Verdad, y la ausencia de estos en las excavaciones de Luzón y Ruiz Mata, llevó a Murillo a postular algo (él sí los documentó) que excavaciones actuales han venido a consolidar: Entre el Calcolítico y el Bronce Final Precolonial Córdoba fue una suerte de pequeñas aglomeraciones de población sin demasiada intensidad urbana (Martínez Sánchez *et alii* 2020).

Sería a partir de ese Bronce Final de contacto cuando acaeciese una paulatina estructuración con aspiraciones urbanas, momento en el que la población se concentraría en lo que conocemos como Colina de Los Quemados-Fontanar de Cábanos; para los cordobeses, el Parque Cruz Conde. La dispersión de esa población adscribible a esta fecha no es menor, ocupando una extensión de terreno de más de 100 *ha* (Murillo 1994:212).

En el margen SO del núcleo principal de la vieja *Corduba*, y al otro extremo de aquellas intervenciones, se han realizado en octubre de 2021 (Fig. 3) unas excavaciones arqueológicas que vuelven a poner de relieve ese desarrollo urbano ligado a la incentivación de la metalurgia que ya habían atisbado Luzón y Ruiz Mata. En las excavaciones de un *bunker* que se ha construido en el Hospital Provincial, que acaban prácticamente de finalizar, se ha recuperado la estratigrafía y el material que correspondería a los estratos 16, 14 y 13-12 de Luzón y Ruiz Mata, es decir, los del Bronce Final Tartésico y esos momentos de contacto cultural que caracterizan el Tarteso pleno, momentos en que el urbanismo, también aquí, vive el paso del círculo al cordel y la planta rectangular en las construcciones (López 2022).

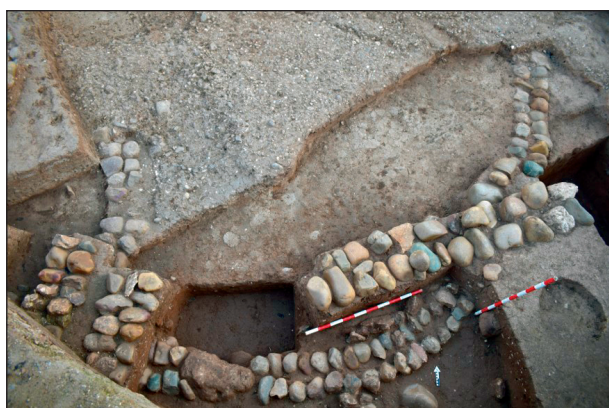


Fig. 3. Estratigrafías en el Parque Cruz Conde en 2021. Viviendas de planta circular, y posterior cuadrada en contextos de producción metalúrgica (Arqueobetica S.L.).

Cerámicas a torno se mezclan aún con aquellas cerámicas grises realizadas a mano en un contexto de plena expansión de la actividad metalúrgica en el yacimiento. El nivel 13 de Luzón y Ruiz Mata se caracterizaba por una capa de escoria y polvo mineral que precede a la nueva arquitectura de adobe. En estas nuevas excavaciones, pequeños hoyos, depósitos u hornos domésticos rellenos de escorias, muestran de nuevo esa actividad metalúrgica de pequeños artesanos-productores que está relacionada con las zonas de habitación detectadas en el yacimiento.

Como les pasó a Luzón y Ruiz Mata, tampoco hay aquí (en las excavaciones de Arqueobetica S.L dirigidas por Agustín López) niveles romanos: sobre los púnicos, los andalusíes. Ello vuelve a ser una llamada de atención y un dato clave a la hora de interpretar la “rotundidad” de la documentación y, sobre todo, los modos y ritmos del abandono de la vieja *Corduba* y su traslado a la ciudad de Marco Claudio Marcelo.

2.2. GEOMORFOLOGÍA DEL EMPLAZAMIENTO

Para intentar conocer mejor la geomorfología de esta Córdoba prerromana hemos trabajado sobre los modelos derivados de datos PNOA-LiDAR (Fig. 2b). Esos modelos permiten proponer que *Corduba* se sitúa a modo de acantilado directamente sobre el río. La geomorfología demuestra un promontorio principal y uno secundario que acogerían la extensión conocida de la ciudad (Murillo 1992: 212) justo en el

límite con el cauce. De esto se deriva que el lecho de este gran río en época del Calcolítico y el Bronce Final debía estar en pleno contacto con ese farallón y haberse desplazado después. En la zona del teórico paleocauce, todas las excavaciones realizadas demuestran que la estratigrafía comienza en época andalusí (Murillo 1994: 218; Martín Urdiroz 2006: 397-410; Sánchez Madrid: 1008-1022), cuando azudes y molinos podrían haber influenciado paulatinamente el desplazamiento hacia el S.

El estado rural de este entorno en los años 50 demuestra cómo existe una fertilidad mayor, producto quizás de la sedimentación del curso del río en época protohistórica. Más adelante, como ya hemos tenido ocasión de explicar, se detecta igualmente un meandro colmatado y la superposición de la ampliación de la ciudad romana a este antiguo curso del Guadalquivir (Monterroso 2019).

3. LA TIERRA QUE NO CESÓ DE SER DE ORO

Un paisaje de aglomeraciones cercanas y paulatinamente conectadas desde el VI milenio a. C, como se ha demostrado en el caso de la excavación en el Hospital de la Arruzafa (Martínez Sánchez *et alii* 2020), que desde el Calcolítico y sobre todo en el Bronce Final se van asociando y testimoniando una intensa actividad metalúrgica, será la pauta principal de la formación de la ciudad de *Corduba* y de la gestión de su potencial más singular y determinante; los metales de su tierra. Los campesinos productores de *Corduba* tenían a pie de monte, a apenas seis kilómetros, el primer escalón de ese vastísimo vientre metalífero que, desde la ciudad del río, se extendía por más de cien kilómetros hacia el NO y el NE: cobre primero, plomo y plata de después, y oro cuando llegó el tiempo de saber amalgamar con mercurio.

Colina de los Quemados, *Corduba*, debió gestionar por supuesto toda la riqueza agrícola que permite un valle tan fértil como es el del río Tarteso. Comunicaciones con todos sitios, hacia las costas, Lusitania y la Meseta hacen su emplazamiento aún más relevante. Sin embargo, *Corduba*, principalmente, debió empeñarse en producir y sacar los fértiles metales de su territorio serrano vía Guadalquivir y vía Málaga. En si misma fue un centro de producción metalúrgica, como se ha constatado. Aún más allá, territorialmente, *Corduba* es el borne, el tapón, el final de un “embudo” que desde La Serena, Alcudía y Los Pedroches se va finalmente cerrando por el Valle del Guadiato y que tiene una única puerta de salida en el desfiladero de Cerro Muriano, en plena caída ya a Córdoba. *Corduba* abre y cierra su tierra y, con ello, Sierra Morena y la llamada tierra de los túrdulos. *Corduba* decide sobre toda esa tierra de trasera, que sólo ella, históricamente, hace crecer, menguar o, también, a desaparecer. Cerro Muriano y el yacimiento del Cerro de la Coja es, de hecho, el primer gran jalón de producción minera desde el Calcolítico partiendo de Córdoba (Penco 2007: 37-48).

Las vías del metal traen los contactos “coloniales”, del Bajo Guadalquivir y de las costas, a esta dorada tierra de metales situada en pleno corazón de Tarteso. *Corduba* es el primer jalón de las influencias y el principal cauce para el arribo de las gentes que llegaron a instalarse en el valle medio del Guadiana en el segundo Tarteso, pues por la tierra de Córdoba, por los valles del Guadiato y los Pedroches, es por donde, aún hoy, se llega preferentemente a Cancho Roano, La Mata o el Turuñuelo. Medellín, de hecho, será colonia de Metelo dependiente de Córdoba, aún en s. I. a.C. (Figs. 4 a y b).

En lo que respecta al Bronce Final y el Orientalizante, el valle del Guadiato fue prospectado por Juan Francisco Murillo (Murillo 1990; 1993; 1994) en los años de su memoria de Licenciatura y su Tesis Doctoral. A Juan Carlos Vera y Beatriz Gavilán se debe la individualización mayor de esta situación en el Calcolítico (Vera Rodríguez y Gavilán Ceballos 1989-1990: 137-156).

Por varias vías se puede conocer la configuración de este territorio en la época que aquí nos interesa: la situación de las estelas de guerrero, la ubicación y producciones cerámicas de los yacimientos y la

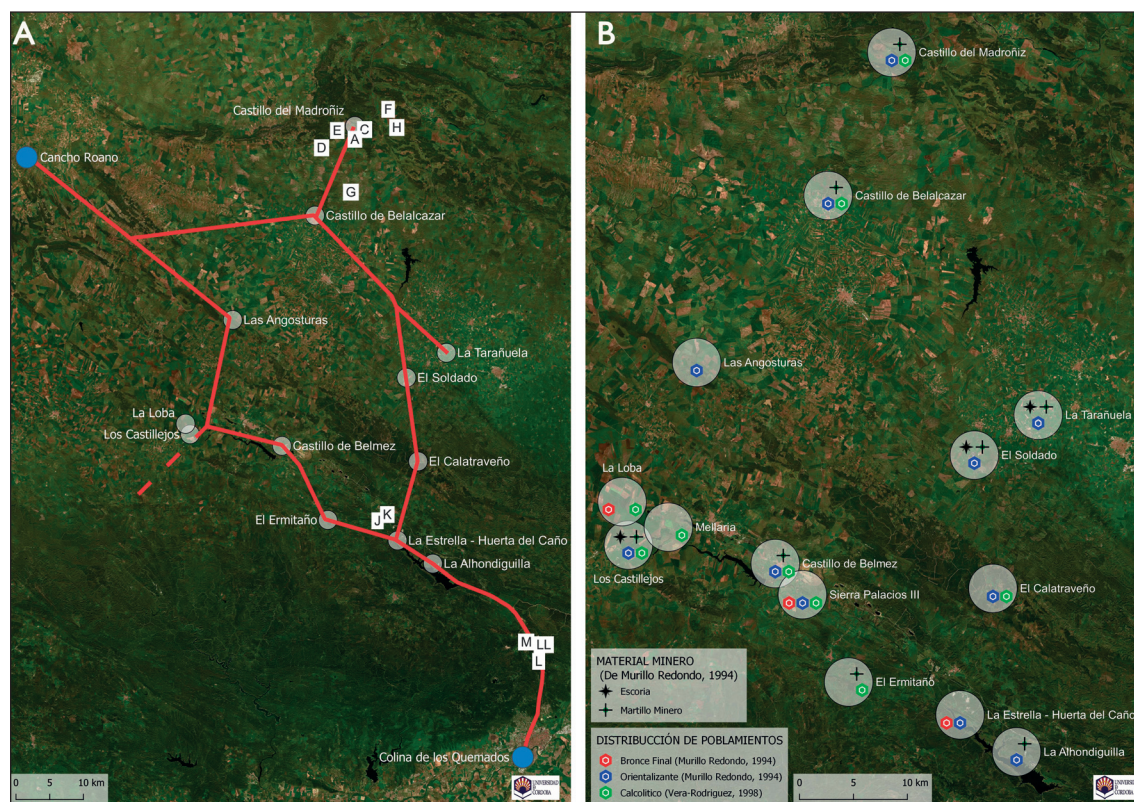


Fig. 4. Vías de comunicación hacia el valle del Guadiana. A. Situación de asentamientos tartésicos en conjunción con las estelas de guerrero documentas (Obra derivada del ©Proyecto Mei-Heritage UCO sobre datos ©Murillo Redondo 1994). B. Situación de los yacimientos en función de la documentación de útiles de minería. (Obra derivada del ©Proyecto Mei-Heritage UCO sobre datos ©Murillo Redondo 1994)

articulación de la viabilidad. A través de esas tres vías, se puede entender perfectamente la comunicación entre Córdoba, el NO y la meseta, cuya salida terrestre natural primera era el valle de Guadiato para luego divergir a la altura de la sierra de Estrella en Espiel.

En cuanto a las vías de comunicación, cabe decir que conocemos los trazados de época romana, no habiéndose realizado ningún sondeo arqueológico en el trazado de la vía mayor que, desde Córdoba y proveniente de Málaga, llegaba a Medellín y luego a Cáceres. Se trata de la posteriormente llamada en época romana vía de *Corduba a Emerita*, toda vez que en 25 a. C. se fundase la capital de Lusitania.

Al menos hasta la segunda mitad de s. I. d.C., cuando debió construirse el trazado de la nueva vía *Corduba-Emerita*, el trazado debió ser el tradicional desde época calcolítica. No hay lugar aquí para detenerse en las razones; baste simplemente decir que, por este desfiladero que es el río Guadiato al menos hasta Espiel, difícilmente cabe otro sitio. Esta viabilidad pre-flavia está en plena relación con los yacimientos tartésicos, sus sitios y las estelas conocidas en el norte de Córdoba. Roma después, construirá una autopista, a pocas decenas de metros del camino tradicional, para sacar las toneladas de mineral que sabemos atestiguadas.

De las investigaciones de Murillo Redondo sobre las producciones cerámicas del Bronce Final y del Orientalizante de esta zona, que hemos organizado en nuevas cartografías producto de la confección de un S.I.G (Figs. 5 a y b), se evidencia una preponderante presencia de cerámica a mano autóctona, tanto lisa

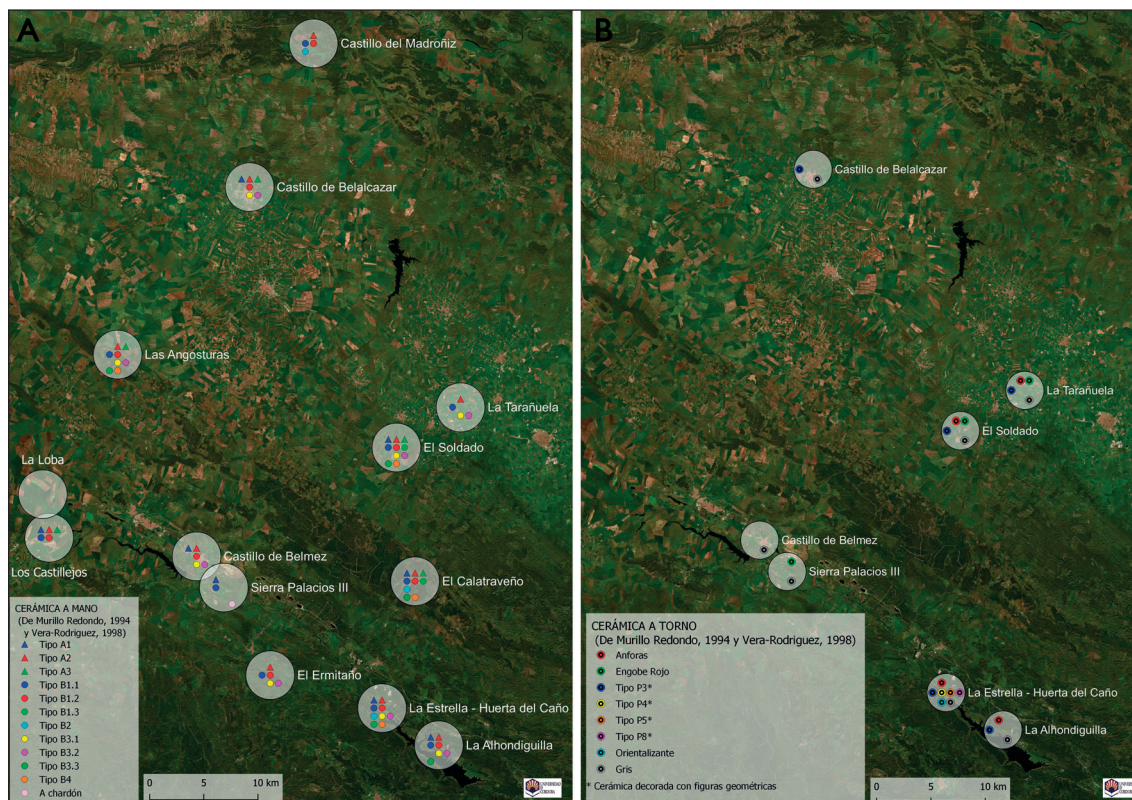


Fig. 5. A. Dispersión de las cerámicas tartésicas hechas a mano en el mapa de asentamientos (Obra derivada del ©Proyecto Mei-Heritage UCO sobre datos ©Murillo Redondo 1994). B. Dispersión de las cerámicas orientalizantes hechas a torno en el mapa de asentamientos (Obra derivada del ©Proyecto Mei-Heritage UCO sobre datos ©Murillo Redondo 1994).

como decorada, una considerable presencia de cerámicas a torno con decoración y una estrecha vinculación de esos repertorios con lugares de actividad minera y metalúrgica.

3.1. LA ALHONDIGUILLA Y LA HUERTA DEL CAÑO EN LA SIERRA DE ESTRELLA EN ESPIEL

El extenso sector central del embalse de Puente Nuevo fue objeto de prospecciones superficiales por parte de Juan Francisco Murillo Redondo 1986 (1986: 115-116); sin embargo, este investigador no pudo detectar testimonios de los lugares de asentamiento a los cuales se asociaban esas producciones.

Aquella prospección de Murillo nos consiente saber que el asentamiento debe fecharse en torno al s. VIII y VII a.C., en plena coincidencia con el auge metalúrgico de Colina de los Quemados (Murillo 1993: 265-282). Quizás a él puedan corresponder algunas de las estructuras circulares y ovaladas que hemos detectado en el entorno del arroyo de Juana La Mala, en pleno centro del embalse y en plena interacción con el viejo cauce del río Guadiato (Fig. 6a). En una de esas cabañas hemos realizado un sondeo arqueológico siendo los resultados infructuosos en cuanto a la recuperación de nuevos materiales. Puede aducirse que el pantano ha descompuesto y destruido absolutamente los niveles de suelo, estando ciertamente nuestro sondeo bajo ellos.

En época romana volvería a ocuparse este mismo sector, a tenor de las estructuras documentadas justo en la zona de estas cabañas, quizás tartésicas. Tartesios y romanos debieron utilizar el cauce del río para labores de lavado y decantado de mineral y, creemos, también para su transporte: al menos entre Fuente Obejuna y Puente Nuevo donde el Guadiato era manso y navegable para pequeñas embarcaciones o plataformas de madera en las que transportar mineral en bruto que se extraía de los filones situados en la margen derecha del río.

El yacimiento de la Huerta del Caño (Fig. 6b) fue prospectado igualmente por Murillo, teniendo la misma cronología. Se sitúa en un espolón de sierra de Estrella controlando la viabilidad por ambas orillas del Guadiato, justo cuando este se estrecha en dirección Córdoba viniendo desde el NO.

A él, o a su territorio inmediato, puede asociarse la estela recuperada en la antigua estación de Espiel. Igualmente, a este mismo entorno debe asociarse una nueva estela que hemos podido analizar. Apareció, *in loco*, a los pies de la ladera del asentamiento en vecindad de un arroyo.

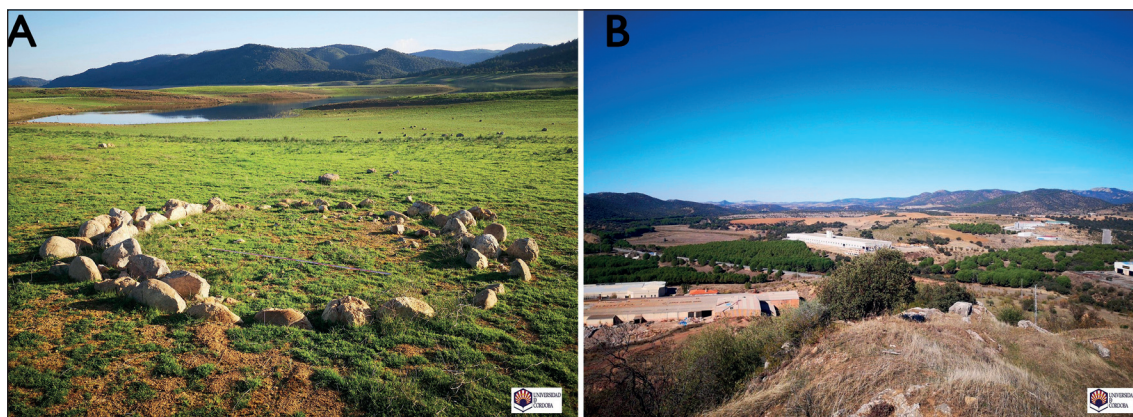


Figura 6. A. Estructuras circulares en el entorno del arroyo Juana la Mala en el embalse de Puente Nuevo (©Proyecto Mei-Heritage UCO). B. Río Guadiato y viabilidad desde el yacimiento tartésico de la Huerta del Caño en Espiel (©Proyecto Mei-Heritage UCO).

3.2. SIERRA PALACIOS III EN BELMEZ

Sierra Palacios en Belmez es conocida por las investigaciones de Beatriz Gavilán y Juan Carlos Vera Rodríguez, tanto en sus asentamientos como en sus espectaculares necrópolis dolménicas del Calcolítico. En la tesis de Juan Carlos Vera (1998) se recogían, sin embargo, testimonios de ocupación del Bronce Final Tartésico que perduró hasta época republicana romana en el yacimiento conocido como Sierra Palacios III. Esas producciones denotan el ambiente de contactos que ya vimos en la Alhondiguilla.

Cabe recordar que en las proximidades de Sierra Palacios se descubrió el tesoro de Belmez, hoy en el Museo Arqueológico Nacional. Está compuesto por un torques de sección losángica con decoración incisa y un amasijo de fundición. Sobre él, A. Perea y B. Ambruster (2008: 514) subrayaban el hibridismo entre la tradición local de raigambre atlántica del torques y los orientalismos del amasijo traídos por los contactos con el mediterráneo. Cabe pensar que el tesoro es algo anterior quizás a este yacimiento de Sierra Palacios III, aunque en cualquier caso confirmaría que, esos contactos, ya estaban plenamente establecidos en esta zona en los siglos VIII-VII a. C.

3.3. LOS CASTILLEJOS Y LA LOBA EN FUENTE OBEJUNA

El binomio Los Castillejos-La Loba en Fuente Obejuna forma parte nuclear de la literatura dedicada a la primera metalurgia hispana gracias los trabajos del equipo franco-español dirigido por Blázquez, Domergue y Sillières (2002). Sabida es la importancia que tiene este sitio tanto en el Calcolítico, tiempo de la primera gran explotación, como de época romana republicana, años de la segunda y más ferviente etapa de actividad. En medio hay indicios de poblamiento en ambos yacimientos.

En Los Castillejos, Murillo Redondo (1987) pudo documentar formas del Bronce Final de cerámicas fabricadas a mano, y Juan Carlos Vera lo hizo con al menos con una forma de cerámica de almacenamiento documentada en la misma mina de La Loba, tal y como consta en su inventario del Museo de Belmez.

Fue obviamente Claude Domergue el que ofreció los datos más extensos. En la Loba se pudieron documentar útiles en piedra característicos del Bronce Final en labores de prospección, fuera de estratigrafía, no pudiendo asociarlos a ningún tipo de hábitat en la misma mina. Todo ello probaba una instalación de trabajo en La Loba en época del Bronce Final Tartésico dedicada a la explotación de cobre y quizás, aunque no haya pruebas concluyentes, también de plata (Blázquez *et alii* 2002: 79-80).

Claramente el pequeño poblado romano de la misma mina pudo haber borrado un eventual asentamiento tartésico anterior, aunque ni la más mínima prueba de la existencia del mismo se ha hallado. El gran asentamiento humano de La Loba, desde el Calcolítico Medio, en cambio, está justo en frente, en los Cerros de Los Castillejos. Es posible, atendiendo a nuestro procesado de datos LiDAR-PNOA, que pueda proponerse que Los Castillejos de Fuente Obejuna albergaron ese hábitat tartésico aún por certificar. Los MDT derivados de los datos LiDAR avanzan la presencia de un yacimiento de unas 5 ha. Se visualizan perfectamente estructuras rectangulares y ovaladas en las dos faldas del farallón del Cerro (Fig. 7). Estas plantas rectangulares denotarían un momento más avanzado que los casos anteriores, situándose

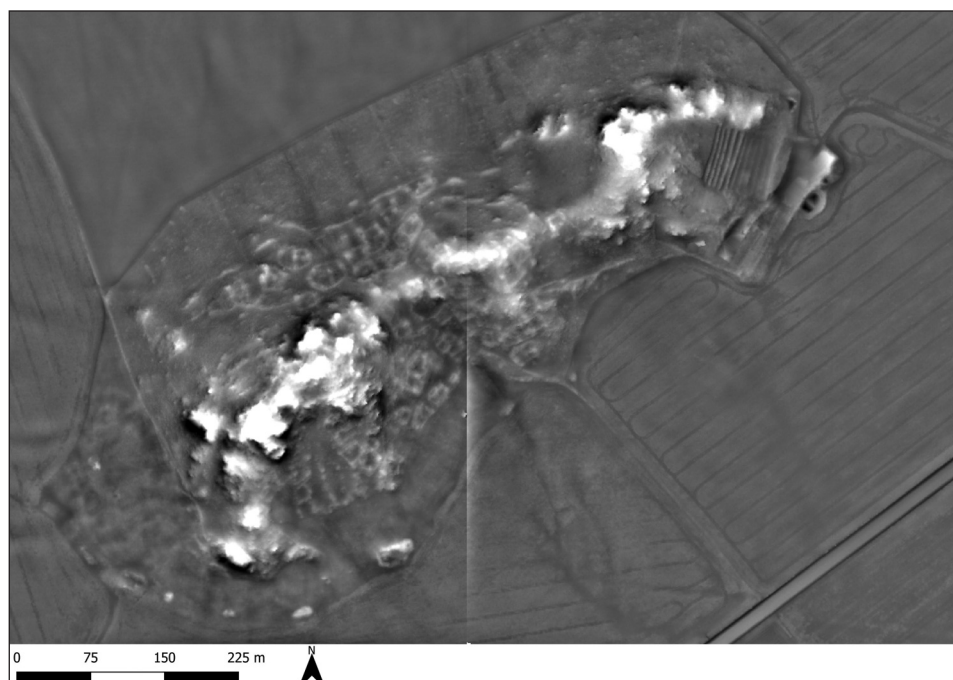


Fig. 7. Cerros de los Castillejos en Fuente Obejuna. MDT derivado datos LiDAR-PNOA. Nótense las estructuras ovaladas y rectangulares en ambas laderas del cerro. (Obra derivada del ©Proyecto Mei-Heritage UCO sobre datos ©IGN LiDAR-PNOA).

cronológicamente a partir de los estratos 13 y 12 de Colina de los Quemados, cuando ya la planta rectangular había acabado por imponerse en el yacimiento a partir de los siglos VIII y VII a. C.

Con esta fase tartesia, cobraría así más sentido la continuidad en la explotación y la posterior presencia romana en la Loba desde s. II a. C.

3.4. EL EMPORIO-SANTUARIO TARTÉSICO DE SIERRA BOYERA EN BELMEZ

En todo este paisaje de tradición del Bronce Final, del Tarteso de cabañas, cerámicas de contacto, asentamientos asociados a la minería y tierras de labor, hay unos “intrusos” en Sierra Boyera en Belmez que llaman férvidamente la atención sobre todo cuanto este paisaje cordobés de sierra no permite ver, aún, respecto de su verdadera apertura y conexión con la vida comercial del río Tarteso y la costa.

Gracias a una fuerte bajada de las aguas del pantano de Sierra Boyera en 2017 y 2018 la Universidad de Córdoba² desarrolló una campaña urgente de limpieza, prospección superficial y excavación en un yacimiento conocido desde décadas antes, pero nunca investigado (Daza 1998: 241).

Las aguas nos permitieron documentar un yacimiento caracterizado por zócalos de mampostería y alzados de adobe (Fig. 8a); algo inédito hasta ahora en el valle del Guadiato en esta cronología. Una batería de estancias de disposición rectangular caracteriza el perímetro y unas estancias mayores el centro de la meseta donde se asienta este yacimiento. Un edificio principal organiza el centro del lugar con una estancia mayor a la que se accede por varios pavimentos de cantos. Cerca hay un horno, de entre varios, al igual que un molino rotatorio de una fase anterior (Fig. 8c), que demuestra un neto ambiente productivo. La batería de estancias perimetrales no muestra diferenciación ni restos de organización o útiles domésticos algunos, correspondiendo en buena lógica a almacenes.

La investigación del sitio debe tener siempre presente un condicionante mayor, que es vital a la hora de entender su estratigrafía. La acción del agua lo vacía constantemente de sedimento, sobre todo en las zonas de pendiente o desnivel, como son las perimetrales. Aquí, principalmente, materiales de varias fases se van juntando cuando entre ellos va desapareciendo la tierra que los separa, por acción del agua. Por esta razón aparecen en superficie materiales separados por tres siglos de cronología. La misma situación hemos documentado en nuestras excavaciones en el embalse de Puente Nuevo.

Hay interpretaciones que establecen el comienzo de este yacimiento en el s. VI a. C. (Cristo Roperó y González Zambrano, 2020: 46), asimilándolo con un asentamiento en una suerte de “*oppidum*” productivo relacionado con la explotación de recursos en época “ibérica” (Cristo Roperó y González Zambrano, 2020: 47), donde constatarían materiales “iberos” fechables incluso entre los siglos IV y II a.C. en su última fase (Cristo Roperó *et alii* 2021: 34). Sin embargo, como ya José Antonio Morena apuntaba, este yacimiento es bien anterior pues sus materiales “ofrecen un espectro cronológico que puede abarcar desde el s. VII a.C. hasta la plena época ibérica” (Morena, 1998: 4).

² Fuentes, entre otros:

Universidad de Córdoba: <https://www.uco.es/ucci/es/noticias-gen/item/1987-las-excavaciones-en-el-pantano-de-sierra-boyera-destapan-uno-de-los-molinos-de-epoca-iberica-mas-antiguos-de-la-provincia>

Cope Córdoba: https://www.cope.es/emisoras/andalucia/cordoba-provincia/cordoba/noticias/destapan-uno-los-molinos-epoca-iberica-mas-antiguos-provincia-20180207_170498

Diario El País: https://elpais.com/tecnologia/2018/03/06/actualidad/1520335946_511671.html

EuropaPress: <https://www.europapress.es/andalucia/noticia-excavaciones-pantano-sierra-boyera-destapan-molinos-iberos-mas-antiguos-cordoba-20180207115701.html>

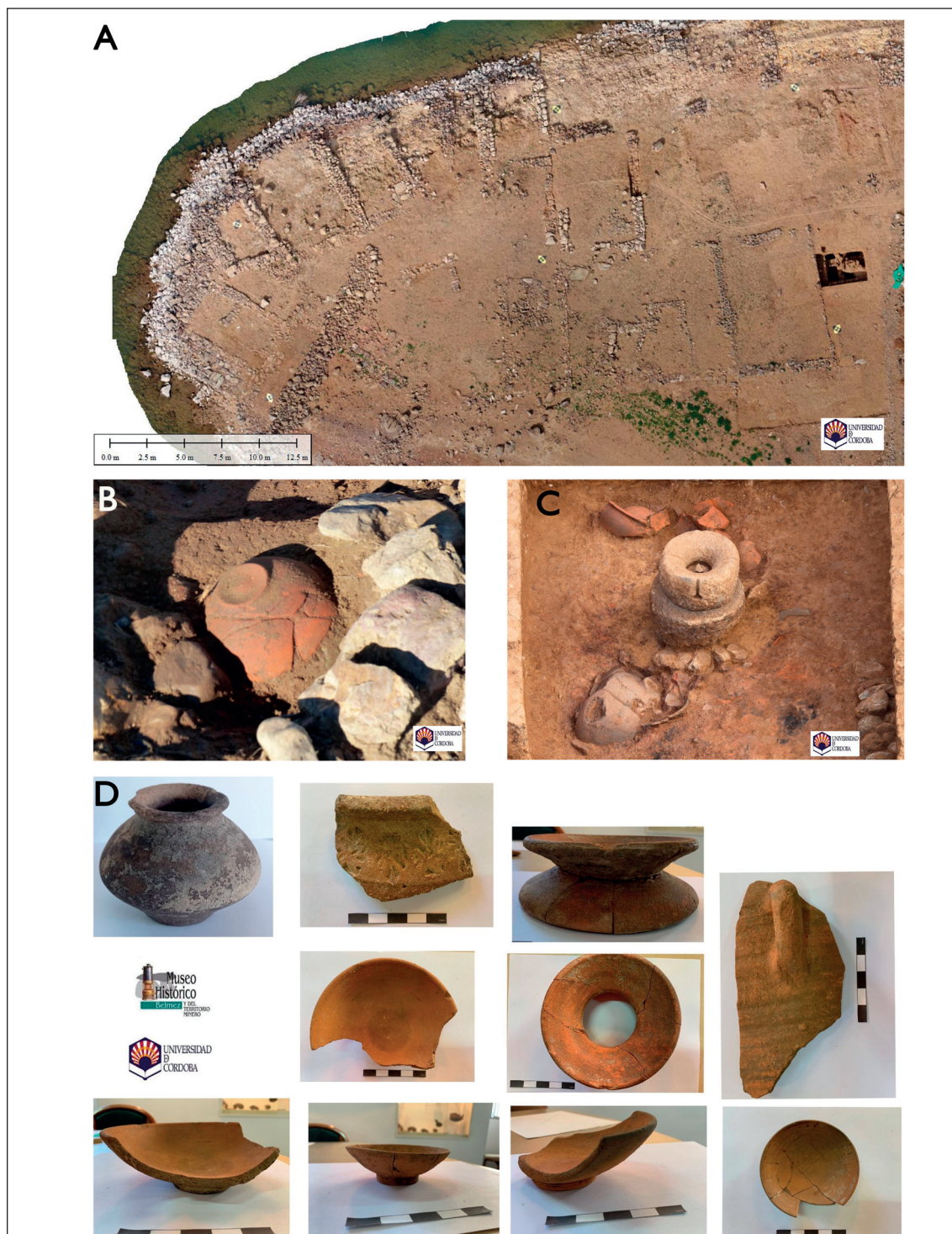


Fig. 8. Emporio-santuario tartésico de Sierra Boyera. A. Fotogrametría aérea (Grupo HUM 882-Proyecto AEI HAR 77136 R de la Universidad de Córdoba ©todos los derechos reservados). B.- Cuencos de celebración en la última fase del santuario (Grupo HUM 882-Proyecto AEI HAR 77136 R de la Universidad de Córdoba ©todos los derechos reservados). C. Fotogrametría del molino rotario de la penúltima fase anterior a la planta actual (Grupo HUM 882-Proyecto AEI HAR 77136 R de la Universidad de Córdoba ©todos los derechos reservados). D. Materiales arqueológicos del sitio en el Museo Histórico de Belmez (©Proyecto Mei-Heritage UCO con gentil cortesía del Museo Histórico de Belmez).

Efectivamente, los materiales más antiguos del sitio corresponden a cazuelitas carenadas que pueden remontarse a los s. VIII-VII a. C. En concreto, una proveniente de este sitio que se custodia en el Museo de Belmez (Fig. 8 d) puede equipararse al tipo Pellicer 7:5 del periodo IIIB (Pellicer 1988: 481), es decir, en pleno periodo Orientalizante. Esta cazuela aparece en superficie con platillos, que puede retrotraerse perfectamente a tipos del s. V. a. C (Fig. 8 d) y que son claramente parangonables a los de ambiente tartésico del Guadiana (Rodríguez y Celestino, 2019: 192). La razón de esta amalgama cronológica es la comentada línea arriba.

No se trata por tanto de ningún yacimiento “ibero” culturalmente incrustado en estas tierras tartesio-turdetanas, ni de ningún *oppidum* tal y como el mundo ibero, en casos como la Molleta del Remei, nos los muestra: se trata de un santuario-emporio plenamente tartésico culturalmente remontable al menos al s. VIII a. C, por varios motivos.

El primero es que la fase superior y la fase del molino rotario detectada bajo ella muestran, por dos veces y en momentos distintos, la presencia de dos depósitos celebrativos dispuestos sobre el suelo de cada fase; es decir, el momento final de consagración con el abandono de las piezas enteras como es habitual en estos ambientes tartésicos (Fig. 8 b y 8 c). Existe una vasta cantidad de miniaturizaciones de cerámica, cuencos y platillos netamente oferentes en esta zona. Además, se han documentado soportes de ánfora o fusayolas, que netamente son pertinentes a este contexto (Fig. 8 d).

Este sitio central del emplazamiento, y su ambiente productivo situado en torno al molino en ambas fases, estuvieron en algún momento por tanto asociados a los ritos celebrativos del lugar, quizás, por ser la parte nuclear del mismo. Los hornos detectados y el molino rotatorio, argumentos mayores esgrimidos para hilvanar la hipótesis del *oppidum* productivo a falta de toda traza de diversidad y estructura urbana alguna (Cristo Ropero *et al*, 2021.), son plenamente coherentes con un ambiente de santuario. Basta quizás recordar un ejemplo ilustrativo. Asociados a los espacios del santuario, en Castro Marim, también se ha documentado un horno para fabricación de cerámica y, sobre todo, un molino rotatorio en pleno corazón del sitio, cerca del horno, donde se desarrollaron estas mismas actividades al menos hasta s. IV a. C. (Arruda, 2020: 167-168).

Lo más interesante y espectacular del sitio, sin embargo, estaba olvidado en una vitrina del Museo Histórico Local de Belmez. Junto con los platillos, las cerámicas estampilladas y carenadas recogidas por Antonio Daza, que se pueden retrotraer quizás a los s. VIII-VII a. C, como se decía, se documenta un pebetero, un *thymiaterion*, que se sale ciertamente de la norma de todos los pebeteros tartésicos e iberos.

El pebetero tiene dos partes (Fig. 9 a y b). La parte baja, en forma de altar trapezoidal y la parte alta que es un cuenco que tiene la superficie quemada. Las dos se yuxtaponen conformando esta pieza. En las esquinas hay dos caras aplicadas a molde. Una es de un animal, otra es de un hombre. El animal es un carnero cuyos cuernos y cuya piel se funden y desarrollan la decoración del altar. Este pelaje del altar claramente remite a un altar sacrificial que quizás, a pesar de no estar extendido como una piel de toro, puede igualmente ponerse en relación con este tipo de altares de vida y resurrección mediante el fuego dispuestos en el pavimento de algunos santuarios de Tarteso.

El mango tiene un profundo agujero que pudo servir para insertar un platillo que recogiera las cenizas. O bien, por su profundidad, que pudiese haber estado destinado para insertar un vástago metálico y poder sostenerse así el pebetero en alto.

Claramente estamos ante un útil de liturgia, de devoción, de culto, de creencia.

Hay altares de incienso griegos con el mismo tipo de base trapezoidal (Morstadt 2022: Fig. 113). Y los hay bien anteriores en este contexto oriental (Morstadt 2022: Fig. 32). Igualmente, hay altares de incienso en Siria e Israel que tienen esa misma base sustituyendo el plato por una caja rectangular. Igualmente, en el mundo nabateo helenístico puede testimoniarse la presencia del hombre y el animal en altares donde se queman esencias, como es este caso.



Fig. 9. Altar quema esencias de tradición fenicio-chipriota con representación de Baal Hammón y el carnero (©Proyecto Mei-Heritage UCO con gentil cortesía del Museo Histórico de Belmez).

Sin embargo, es a una época anterior, y a Chipre, a donde hay que remontar la situación. José María Blázquez incidía en que los santuarios de Chipre están íntimamente ligados a la producción metalúrgica, hasta el punto de que esta dependía de ellos. Incluso así comprendía él los santuarios de Cástulo, subrayando que la presencia de escorias en ellos puede revestir la función de exvoto y no necesariamente sólo la de producción (Blázquez 2011: 7-31). En el yacimiento de Belmez aparecieron unos 9 kilos de escorias en nuestra prospección superficial.

No hay, o no hemos sabido documentar mejor, paralelos mediterráneos para este *thymiaterion* de Belmez. Para el tipo de pelaje de la base del altar podemos citar que el Santuario de Baal Hammón en Meniko en Chipre, muy ligado a la minería del cobre, proporcionó la famosa estatuilla de los dos hombres con el toro (Moscati 2018). Sin embargo, más allá del pelaje lo más importante son las dos caras que están en la transición entre la base y el verdadero lugar de quema de las esencias consagradas a la divinidad. Y, para ello, sólo en el santuario de Tamassos hemos podido documentar un paralelo y contexto apropiados.

Buchhold, en sus excavaciones, recuperó un pebetero que identificó con un objeto litúrgico relacionado con el culto al señor de los sahumerios, es decir, Baal, protector del inframundo y de la minería. Este *thymiaterion* muestra la misma composición de nuestro caso: una base de inicio trapezoidal, en este caso presidida enteramente por el dios y su representación animal sobre la que está el platillo para la quema de esencias en favor de la divinidad (Morstadt 2002: 203 y Fig. 27).

Decir que el yacimiento de Sierra Boyera es un emporio-santuario donde se hacían ofrendas al señor de la minería para auspiciar los tratados mercantiles entre autóctonos y foráneos es más sencillo que entender un *thymiaterion* de filiación fenicio-chipriota en Belmez relacionado con otro contexto. Más difícil aún, sin el más mínimo testimonio de articulación y diversidad urbana, ni muralla, es interpretarlo como *oppidum*.

Un yacimiento con este contexto, donde no hay pruebas de viviendas ni muralla, y sólo hay unas estancias centrales destacadas y almacenes no puede ser más que un emporio celebrativo de tipología ciertamente exógena que debió hacerse con el control, o que gestionó, o que co-gestionó, parte de la enorme producción minera del entorno y que es la primera intromisión de gentes extrañas, quizás de las costas, en el corazón de la mayor zona metalífera de Sierra Morena. Los filones de cobre y plata están en la vecina sierra de los Santos a apenas tres km. de distancia.

El de Sierra Boyera en Belmez, de este modo, pudo ser un yacimiento con una fase autóctona previa ya que, bajo el molino rotatorio, se documentó al menos una fase más. Sin embargo, a juzgar por las cerámicas carenadas de s. VIII a. C. y el resto de materiales, este enclave debió vivir, o crearse, en una etapa de fuerte contacto en torno a esa fecha, que es la que conviene igualmente con el sahumerio, la fuerte explotación minera en Tarteso y los contextos fenicios en Chipre.

Este santuario-emporio pudo ser quizás una sucursal de alguna colonia costera, en la línea en la que J.M Blázquez pensaba que esas mismas relaciones tenían los santuarios de Cástulo y su sierra cercana con el Santuario de Melkart en *Gadir* (Blázquez 2011: 7-31). Y sería así el umbral que, a medio camino, ahora sí, conectaría Cancho Roano, el Guadiana medio y la Serena con su cauce natural de llegada de influencias desde *Corduba* a través de los Valles de Guadiato y de los Pedroches.

Se colma así un vacío hasta ahora incomprensible en el trasvase de influencias desde el Guadalquivir al Guadiana con este nuevo enclave tartésico de Belmez íntimamente ligado con la explotación y comercio de la minería desde el vientre de Sierra Morena al Valle de Guadalquivir y las costas. Quizás un día sabremos si esos depósitos celebrativos y las sucesivas reconstrucciones del sitio corresponden a abandonos sacros intencionados como nos tienen acostumbrados los casos pacenses; con los que Sierra Boyera comparte, aún con los escasos datos que hay, inspiración espacial en función de la asociación de almacenes, zona destacada y ritos de culto.

4. ROMA Y EL FINAL DE TARTESO

Si observamos el mapa de Claude Domergue (1990 carte 3-4) sobre los filones mineros prerromanos y trazamos sobre él el perímetro del *Conventus Cordubensis*, entenderemos que lo que quiso Roma fue sancionar y mejorar una estructura previamente establecida e incluir, como era lógico, todas las minas en Córdoba (Fig 1. a). Se dotaba así a la capital de la Bética de una potencia financiera inigualable en todo el Occidente romano. Cabe pensar si esos indígenas selectos de la Córdoba de Estrabón (III.2) no serían los gerifaltes turdetanos que dominaban la producción y cauces de salida del mineral hacia Málaga y el Valle de Guadalquivir, que ahora tendrían nuevos y preminentes socios.

A ellos vamos, para cerrar, puesto que una de las grandes cuestiones de estas tierras es saber cómo subsiste este territorio durante el llamado periodo turdetano hasta época de las confiscaciones romanas. A pesar de la absoluta parquedad de pruebas con las que contamos, cabe pensar que sólo una pequeña parte de estos yacimientos del Guadiato pueden tener continuidad, más o menos, hasta época romana. Es el caso del hábitat de Sierra Palacios III, donde Juan Carlos Vera documentó testimonios de cerámicas campanienses y es, igualmente, el caso de La Loba y los Castillejos en Fuente Obejuna, que cuenta con

explotación calcolítica, tartésica y romana. El resto de sitios del Guadiato no parecen cumplir este patrón, aunque casi no contamos con informaciones.

Este territorio sufre pues claramente un decaimiento urbano producto de una caída de los contactos y, seguramente, de la desaceleración de la producción metalúrgica. Esto es igualmente lo que parece que ocurre entre s. VI y II. a. C en Colina de los Quemados en Córdoba (Murillo 1994).

Uno de los problemas históricos mayores, por tanto, es saber cómo recepcionan, y en qué situación, estos territorios y Córdoba a los romanos desde finales de s. III a. C., porque lo cierto es que, a pesar que los textos dicen que “todo se había llenado de itálicos”, a los itálicos cuesta mucho verlos en el s. III y II a. C en estas zonas cordobesas mineras si es que nos empeñamos en buscar sus materiales “arqueológicos” autóctonos importados, salvo en las casas de la mina de la Loba.

La misma prueba es Colina de los Quemados, donde ni Castejón, Bernier y Fortea, ni Luzón y Ruiz Mata, ni las excavaciones de 2021 en el Hospital Provincial, han conseguido ofrecer ni un solo contexto romano. Sólo en las excavaciones de Juan Francisco Murillo en 1992 aparecieron los escasos fragmentos de Campaniense A y B reseñados líneas arriba.

Dos tradiciones historiográficas chocan a partir de aquí. Por un lado, la que ve que la *ktísma Markéllou* de Estrabón es una nueva Córdoba configurada con romanos e indígenas selectos, tartesios de orígenes, en una suerte de colonia latina cuya fundación no comportaba envío de colonos y quedaba al cargo del general organizador (García Fernández 2014: 174). Una nueva ciudad en otro sitio, frente a la vieja, creada bien el 169-168 a. C, bien en 152-151 a. C por M. Claudio Marcelo procónsul de la Citerior.

Por otro lado, se debe considerar aquella parte de la teoría de A. Canto que entiende inexplicable que los romanos no tomaran Córdoba, sus comunicaciones y sus filones mineros justo después del 206 a C. teniendo que esperar, o dejar de actuar en enclave tan decisivo, durante más tres décadas hasta que M. Claudio Marcelo acordase la citada fundación. A. Canto (1997: 253-282), para quién el Marcelo de Estrabón es el sobrino y primer yerno de Augusto (momentos en los que ella enclava la fundación colonial), manifestaba vivamente su extrañeza de que la principal y más estratégica ciudad romana del sur peninsular tardase décadas en tener una presencia efectiva romana, máxime después de estar dividida *Hispania* en dos provincias al menos desde 197 a. C y ser, *Corduba*, su teórica capital meridional. Ese retraso respecto del control de la minería del valle medio (Canto 1997: 263-264), en la línea de Itálica y Cástulo en los otros dos polos de Sierra Morena justo desde la misma conquista, debe hacer reconsiderar estas posturas historiográficas tradicionales respecto de una explicación mejor.

Nosotros vamos a probar con una. Recientes investigaciones han mostrado que la famosa Itálica de Escipión fue la menos itálica de las ciudades del Bajo Guadalquivir durante la mayor parte de la República (Rodríguez Gutiérrez y García Fernández 2015: 232). Escipión, si acaso, sólo concordó el acogimiento de los veteranos de la batalla de *Ilipa* con las elites del *oppidum* turdetano de *Italica*, sin que nada cambiase en la estructura de la ciudad y sin que esta se llenase, de golpe, de productos y modos itálicos. De hecho, como Rodríguez Gutiérrez y García Fernández (2015: 234) ponen de manifiesto, la presencia de productos itálicos se produce en modo muy parco y sólo en las fases más recientes de época republicana, manteniendo Itálica sus formas púnicas tradicionales en la época de la teórica acogida de los veteranos de guerra a finales de s. III a. C. y durante todo el s. II a. C.

En Itálica, una construcción historiográfica posterior (Padilla 2017: 67-100) ha motivado hasta la saciedad la búsqueda de una colonia latina fundacional por Escipión para sus veteranos que nunca existió. En Córdoba quizás nos estamos empeñando en lo mismo, cambiando a Apiano por Estrabón y a Escipión

por Claudio Marcelo; en la misma situación historiográfica distante de siglos entre los hechos y el relato literario de los hechos.

En Colina de los Quemados, ya se ha dicho, prácticamente no hay materiales romanos: lo cual no significa que la teórica presencia de M. Claudio Marcelo marque su desaparición. En la posterior fundación romana los hay, pocos, y no son remontables en absoluto a inicios de s. III a. C. Cabe preguntarse, por tanto, si lo que cuenta Estrabón no sucedió en verdad en *Corduba*, en Colina de los Quemados, y lo que hace el texto, como en Itálica, es dar marco un romano historiado, desde la biblioteca de Roma donde Estrabón trabajase, a unas huestes romanas que debieron contactar con *Corduba*, efectivamente hacia 206 a. C., quedarse en la vieja ciudad del río y controlar así el valle y su minería. Eso explicaría que el 197 a. C. Córdoba, y no *Italica*, acabase siendo la capital de la Ulterior. Estela García Fernández ya demostró, de hecho, que este texto es una construcción historiográfica tendente a narrar la historia constitucional de la ciudad (García Fernández 2014: 173-188). Nada quita, en ello, que Claudio Marcelo sancionase una convivencia bien anterior.

Esa *Ktisma*, efectivamente, no sería así una fundación de nueva planta, sino una nueva refundación o reconsagración a la romana de otra ciudad existente en términos romanos con la que estos ya tendrían décadas de convivencia y pacto. Así funcionaría la actualidad del término “colonia” en Casievitz tal y como recuerda Canto; algo que, en nuestra opinión, sólo sería aplicable a los hechos de la vieja ciudad tartesia y no de una teórica colonia deducida por el sobrino de Augusto en torno a 25 a. C. teniendo como protagonistas, claro que sí, a los romanos e indígenas selectos de Estrabón.

Sólo así se entendería que Estrabón hable de *Corduba*, que ya existía, y no de una *nova Corduba*, un *castrum* o *praesidium* M. Claudii Marcelli o un nombre de ciudad distinto a la *Corduba* que, al menos por un siglo más, debió seguir existiendo en Colina de los Quemados. No puede haber dos ciudades con nombre igual y en el mismo sitio salvo que estemos hablando, como creemos, de la misma ciudad: la *Corduba* tartesia.

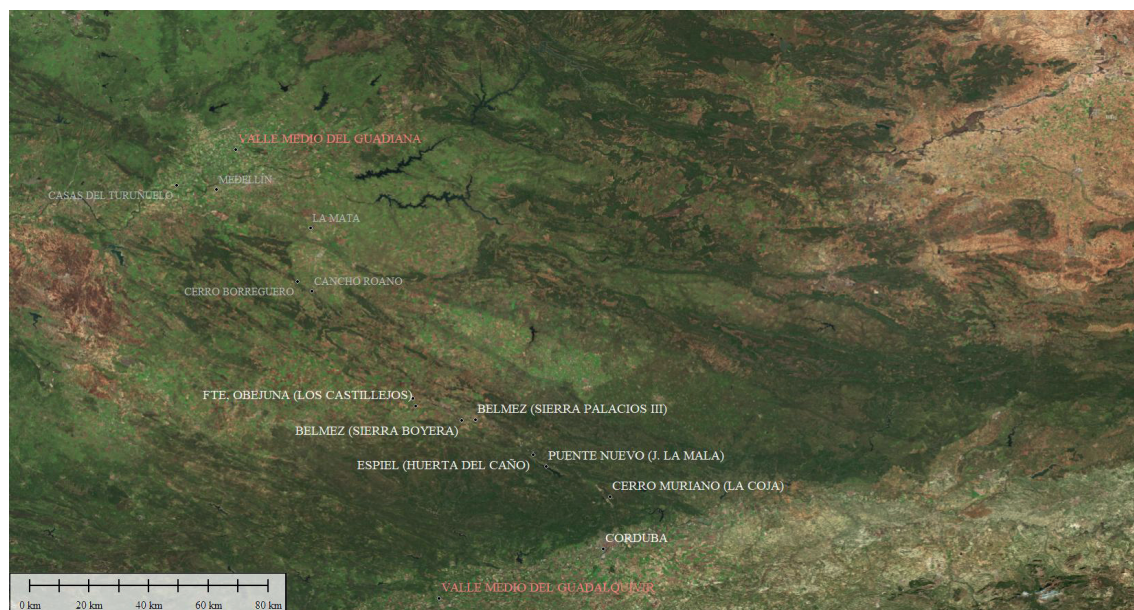


Fig. 10. Yacimientos tartesios en la comunicación viaria entre el Valle Medio del Guadalquivir y el Valle Medio del Guadiana sobre el itinerario de la posterior vía Corduba-Medellín-Emerita (©Proyecto Mei-Heritage de la UCO sobre datos ©IGN Orto PNOA-Actual).

Los romanos tendrían así controlada desde 206 a. C. (desde que L. Marcio pone sitio en Córdoba) la plaza fuerte principal del valle medio del Guadalquivir y la más estratégica y logística de todas las ciudades meridionales, a la que pocos años después harían capital, y a la que concederían todas las minas de Sierra Morena central.

De este modo se repetiría el patrón italicense, que marca en la reformulación y apropiación de viejos centro tartesio-turdetanos el germen del que acabarían naciendo nuevas ciudades romanas o colonias. Nada quita que M. Claudio Marcelo mandase también construir una nueva ciudad romana, a donde vendría en 152 a. C.; aunque nada, a día de hoy, demuestra que la piedra corresponda a los hechos del texto de Estrabón.

Corduba, así, no dejaría de ser la “ciudad del gran Río”: *Certis* para Livio, *Tartessos* para los griegos y *Baetis* para los romanos, manteniendo una continuidad y relevancia que, hasta ahora, tiene un vacío inexplicable entre el 206 a. C y el 169 a.C-152 a. C teórico de esa fundación romana.

BIBLIOGRAFÍA

- ARRUDA, A.M. (2020): “Na cozinha e à mesa na 2ª Idade do Ferro do Sul de Portugal”, en Gómez Bellard, C., Pérez Jordà, G. y Vendrell Betí, A. (coords.) *La alimentación en el mundo fenicio-púnico: producciones, procesos y consumos*, Sevilla: 161-180.
- BERNIER, J. y FORTEA, A. 1963: “Niveles arqueológicos del valle del Guadalquivir”, *BRAC*, 85: 199-206.
- BLÁZQUEZ, J.M., DOMERGUE, C. y SILLIERES, P. *La Loba (Fuenteobjuna, Cordoue-Espagne). La mine et le village minier antiques*, Bourdeaux.
- BLÁZQUEZ, J.M. 2011 : “Chipre y la península ibérica”, en Álvarez Martí-Aguilar. M (coord.), *Fenicios en Tartesos: nuevas perspectivas*, Oxford: 7-31.
- CANTO, A. 1997: “Algo más sobre Marcelo, Corduba y las colonias romanas del año 45 a. C”, *Gerion*, 15: 253-282.
- CRiado COSA, J. 2001: “Córdoba en los epigramas de Marcial I.61 y IX.61 del bilbilitano Marcial”, en Criado Costa, J. (coord.), *Crónica de Córdoba y sus pueblos VI*, Córdoba: 69-76.
- CRISTO ROPERO A., GONZÁLEZ ZAMBRANO, P., PÉREZ L’HUILIER, D., MARTÍN LÓPEZ, P., SÁNCHEZ CASTILLO, J., NAVERO, M., CAPARRÓS, D., TORRES DE LA, A., CONEJO, J. A., HUDALGO MATEO, A. J., ROLDÁN, R., LÓPEZ LÓPEZ, V., BERMÚDEZ, R., COT, R., ROLDÁN DÍAZ, A., HERNÁNDEZ CASAS, Y., REBOLLO, J., CANO, A., ADROHER, A., AGUAYO, P. Y MURILLO BARROSO, M. (2021): “El Oppidum de Sierra Boyera (Belmez) en contexto. Nuevas aportaciones a la protohistoria del norte de Córdoba a la luz de la intervención de 2020”, *Antiquitas*, 33: 29-40.
- CRISTO ROPERO A. Y GONZALEZ ZAMBRANO, P. 2020: “Estructuras de combustión del Oppidum de Sierra Boyera (Belmez, Córdoba)”, en Córdoba Toro, J. y González Zambrano, P. (coords.), *Pensando Andalucía: una visión transdisciplinar*, II, Cádiz: 37-60.
- DAZA SÁCHEZ, A. 1998: “Minas y calzadas romanas: Guadiato-Sierra de los Santos”, *BRAC*, 69, 134: 235-250
- DOMERGUE C. 1990: *Les mines de la Péninsule Ibérique dans l’Antiquité romaine*, Roma.
- ESCACENA, J.L. 1987: “El poblamiento ibérico en el bajo Guadalquivir” en Ruiz, A. y Molinos, M. (coords.), *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico*, Jaén: 273-298.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, E. 2014: “Estrabón (III 2, 1) y la fundación de Córdoba. Una nueva propuesta de interpretación”, en Chiabà M. (a cura di), *HOC QVOQUE LABORIS PRAEMIVM. Scritti in onore di Gino Bandelli*, Trieste: 173-188.
- GARCÍA ROMERO J. 2002: *Minería y metalurgia en la Córdoba romana*, Córdoba.
- LEÓN PASTOR, E. 2006: *La secuencia cultural de la Corduba prerromana a través de sus complejos cerámicos*, Córdoba.
- LÓPEZ, A. (2022): *Informe de la Actividad arqueológica preventiva Acelerador N° 4 del Hospital Provincial del Córdoba* (depositado en la Delegación Provincial de la Junta de Andalucía en Córdoba), Córdoba.

- LUZÓN, J.M. Y RUIZ MATA, D. 1973: *Las raíces de Córdoba. Estratigrafía de la Colina de los Quemados*, Córdoba.
- HENRIKSEN, Chr. 1991: *Martial, Book IX. A Commentary*, Uppsala.
- MARTÍN URDIROZ, I. 2006: “Informe-memoria de la I.A.U en el recinto de los hipopótamos del zoológico municipal de Córdoba”, en *Anuario arqueológico de Andalucía 2003, Actividades de Urgencia*, Sevilla: 397-410.
- MARTÍNEZ SANCHEZ, R., CLAPÉS, R., REY TOVAR, L., TEJEDOR, U., LÓPEZ FLORES, I., MORGADO-RODRÍGUEZ, A., PÉREZ JORDÁ, G., PEÁ-CHOCARRO, L. Y CASTILLO, F. 2020: “La Artuzafa-El Tablero Alto Un asentamiento de hace 5000 años en el entorno urbano de Córdoba”, *Antiquitas*, 32: 23-35.
- MEULDER, M. 2006: “Le platane de Jules César (Martial, Épigrammes, IX, 61)”, *Evphrosyne*, 34 : 313-334.
- MONTERROSO CHECA, A. 2019: “Geoarchaeological Characterisation of Sites of Iberian and Roman Cordoba Using LiDAR Data Acquisitions”, *Geosciences*, 9-5: 205.
- MORSTADT, B. 2008: *Phönizische Thymiateria: Zeugnisse des Orientalisierungsprozesses im Mittelmeerraum*, Alter Orient und Altes Testament 354, Münster.
- MORENA, J.A 1998: Expediente de catalogación como zona arqueológica del poblado ibérico de Sierra Boyera (Belmez), Córdoba.
- MOSCATI, S. 2018: *Los fenicios*, Madrid.
- MURILLO REDONDO, J.F. 1990: “Informe preliminar de las prospecciones arqueológicas superficiales en los valles de los ríos Guadiato y Guadalquivir (Córdoba)”, en *Anuario Arqueológico de Andalucía 1987*, v. II, Sevilla: 115-116.
- MURILLO REDONDO, J.F. 1993: “Poblamiento protohistórico y minería en el norte de la provincia de Córdoba” en Rodríguez Neila J.F (coord.), *Actas del I Coloquio de Historia Antigua de Andalucía*, Córdoba: 265-282.
- MURILLO REDONDO, J.F. 1994: *La cultura tartésica en el Guadalquivir medio*, en Ariadna. Revista de Investigación 13-14, Córdoba.
- PADILLA MONGE, A. 2017: “Escipión e Italica: Algunas notas”, *Polis*, 29: 69-100.
- PELLICER, M. 1988: “Las cerámicas a mano del bronce reciente y del orientalizante en Andalucía Occidental”, *Habis*, 18-19: 461-484.
- PENCO, F. 2007: “Acerca de la minería del cobre en Cerro Muriano y de la aprobación de un planeamiento urbanístico desproporcionado”, *De Re Metallica Revista de la Sociedad Española para la Defensa del Patrimonio Geológico y Minero*, 8: 37-48.
- PEREA, A. Y AMBRUSTER, B. 2008: “Tradición, cambio y ruptura generacional. La tradición orfebre de la fachada atlántica durante la transición Bronce-Hierro de la Península Ibérica”, en Celestino Pérez, S., Rafel, N. y Armada, X.L. (coords.), *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (s. XII-VIII a.n.e). La precolonización a debate*, Madrid: 509-522.
- POULLE, B. 2012: “César, roi de tragédie”, *Revue des études anciennes*, 113-1: 17-28.
- RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, O. Y GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J. 2015: “Itálica: la fundación de Publio Cornelio Escipión Africano en el corazón de la Hispania púnica”, en Bendala Galán, M. (ed.), *Los Escipiones. Roma conquista Hispania*, Alcalá de Henares: 223-244.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, O. Y CELESTINO PÉREZ, S. (2019): “Primeras evidencias de un banquete: análisis arquitectónico y material de la estancia S-1 del yacimiento de Casas del Turuñuelo (Guareña, Badajoz). (2019)”, *Cuadernos De Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, (45): 179-202. <https://doi.org/10.15366/cupauam2019.45.006>.
- SÁNCHEZ MADRID, S. 2009: “Intervención arqueológica de urgencia en el zoológico municipal de Córdoba (III Fase), en *Anuario arqueológico de Andalucía 2004, Actividades de Urgencia*, Sevilla: 1008-1022.
- VERA RODRÍGUEZ, J.C. 1998: *El calcolítico en el Alto Valle del Guadiato. Los hábitats y las necrópolis prehistóricas del entorno de Sierra Palacios* (Bélmez, Córdoba), Córdoba.
- VERA RODRÍGUEZ, J.C. Y GAVILÁN CEBALLOS, B. 1989-1990: “La Edad del Cobre en el alto valle del Guadiato (tramo Fuente Obejuna-Bélmez, Córdoba): características de los asentamientos y evolución diacrónica”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada*, 14-15: 137-156.

LOS CAMINOS TARTESIOS A TRAVÉS DE LA CUENCA DEL ZÚJAR Y EL GUADIATO. UN ESTUDIO DE REDES A TRAVÉS DE UNA PIEZA AUREA DE EL OPPIDUM DE SIERRA BOYERA (BELMEZ, CÓRDOBA)

PABLO GONZÁLEZ ZAMBRANO*, ARACELI CRISTO ROPERO**, DANIEL PÉREZ L´HUILIER***,
MERCEDES NAVERO ROSALES****, ALBERTO DORADO ALEJOS*****

RESUMEN

En el presente trabajo se presentan los resultados obtenidos en las distintas campañas de excavación llevadas a cabo en el *Oppidum* de Sierra Boyera (Belmez), para ponerlos en relación con los diferentes hallazgos que se han realizado en el último siglo principalmente en el Norte de Córdoba y, a su vez, con la expansión de la cultura tartesia hacia la cuenca del Guadiana en el marco de la Teoría de Redes. La aparición y resultados analíticos de una pequeña cuenta de collar de oro, pone de manifiesto los procesos de hibridación que se están desarrollando en zonas más septentrionales del área nuclear de Tarteso, a través de corredores como los formados por los ríos Guadiato y Zújar.

PALABRAS CLAVES

Edad del Hierro, Valle del Guadiato, Tarteso, orfebrería aurea, Teoría de Redes.

ABSTRACT

In the present work we intend to present the results obtained in the different excavation campaigns carried out in the *Oppidum* of Sierra Boyera (Belmez), and put them in relation to the different discoveries that have been made in the last century, mainly in the North of Córdoba. and in turn with the expansion of the Tartessian culture towards the Guadiana basin within the framework of

* Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada, Facultad de Filosofía y Letras Campus Universitario de Cartuja. pgzambrano@ugr.es FPU20/0081 del Ministerio de Universidades

** Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada, Facultad de Filosofía y Letras Campus Universitario de Cartuja. aracelicro@correo.ugr.es

*** Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada, Facultad de Filosofía y Letras Campus Universitario de Cartuja. dpl89pya@gmail.com

**** Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada, Facultad de Filosofía y Letras Campus Universitario de Cartuja. naveromerce@gmail.com

***** Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada, Facultad de Filosofía y Letras Campus Universitario de Cartuja. doradoalejos@ugr.es

the Network Theory. The appearance and analytical results of a small gold necklace account reveal the hybridization processes that are taking place in more northern areas of the nuclear area of Tarteso, through corridors such as those formed by the Guadiato and Zújar rivers.

KEY WORDS

Oppidum of Sierra Boyera, Valle del Guadiato, Tarteso, golden goldsmithing, Theory of Networks.

1. INTRODUCCIÓN

La crisis del siglo VI a. C. provocó una profunda transformación en las formas de hábitats y de producción en las regiones tartesias del Bajo Guadalquivir, las cuales dieron paso a la cultura turdetana, dando lugar a una basculación hacia la periferia de buena parte de la población que se encontraba en el núcleo principal tartesio. En la actualidad, se viene aceptando que, como consecuencia de esta crisis, parte de la población emigraría a zonas más aptas en cuanto a recursos se refiere, como pueden ser la desembocadura del Tajo o el valle medio del Guadiana. Estos territorios ya formaban parte del área de influencia de Tarteso con anterioridad, y perdurarán como núcleo de las sociedades post-tartesias hasta principios del siglo IV a. C., en las que se comienzan a documentar nuevas estructuras que harían la función de control territorial y de la producción agropecuaria, principalmente en el Guadiana, con edificios tipo Cancho Roano o la Mata, haciendo palpable la ruptura con la región del Guadalquivir (Celestino Pérez 2016: 230; Celestino Pérez y López Ruiz 2020: 266).

Será en este momento cuando el modelo de expansión y comercio de la cultura tartesia viere del tradicional eje norte-sur que conectaba las áreas nucleares del Bajo Guadalquivir con el Guadiana, a un eje este-oeste que uniría la fachada atlántica con la mediterránea a través de la Meseta, siendo el valle medio del Guadiana el nudo central en este nuevo modelo (Celestino Pérez y López Ruiz 2020: 266-267). Así estos corredores por los cuales penetraban los modelos culturales que se estaban desarrollando desde el siglo VIII a. C. en la costa onubense y en los alrededores del *Lacus Ligustinus*, serán por los mismos en los que en el siglo VI a. C. vertebren el viraje del núcleo de la cultura tartesia, como el formado por los ríos Zújar y Guadiato que conecta la submeseta sur con el valle del Guadalquivir (Ortiz Romero y Rodríguez Díaz 1998: 255; Pérez Guijo 2001: 332).

Este proceso, que se inicia en el suroeste de la península ibérica y llega hasta el valle del Guadiana y la desembocadura del Tajo, constituye a toda esta región en una red de productos, técnicas y préstamos culturales que irán tomando un cariz local propio, por lo que estas pignoraciones se prestan y se adquieren de forma consciente e inconsciente multidireccionalmente por los distintos agentes poblacionales implicados, dando lugar a procesos de hibridación que tendrán como resultado nuevas realidades culturales, lo que se ha venido denominando como “Entangled” (Hodder 2012).

La aplicación de la “Teoría de Red” nos parece el marco teórico que mejor explicaría la expansión de la cultura tartesia hacia zonas más septentrionales respecto a su área nuclear en el Bajo Guadalquivir. Este planteamiento rechaza los intercambios culturales unilinealmente desde un gran centro difusor, aplicando en términos arqueológicos la teoría de “centro-periferia-márgenes” de I. Wallerstein (2006) pudiendo poner la mira en cada uno de los nodos que forman la red. El marco teórico de Redes aplicado a Tarteso desearía la idea del *Ex Oriente Lux*, a través del llamado “orientalizante” y que, para las poblaciones del Guadiana medio lo representa Tarteso y la crisis del siglo VI a. C., como única explicación del fenómeno de la llegada de la cultura tartesia al Norte de Sierra Morena. Aunque este planteamiento lo desarrollaremos más adelante, proponemos que este suceso se llevará a cabo de forma progresiva, y que las poblaciones

locales aceptaran/rechazaran los prestamos tecnológicos y culturales llegados desde el valle del Guadalquivir, de manera conscientes o inconscientemente, y dándole un cariz propio, siendo el punto álgido la formación del Tarteso del Guadiana (Rodríguez González 2018).

Muestra de ello son los numerosos topónimos tartesios que se encuentran en la cuenca del Guadiana como *Conisturgis* (Medellín), que según M. Almagro-Gorbea pudiera ser una colonia tartesia de *Carmo*, o por la entrada al alto valle del Guadiato desde la Serena extremeña como serían las poblaciones de *Arsa* (Azuaga) o *Ilulipa* (Zalamea de la Serena) dirección al *Oppidum* de Sierra Boyera (a partir de ahora OPSB) y posteriormente a Córdoba (Almagro-Gorbea 2010: 191). Asimismo, las producciones cerámicas de estos momentos tendrán, igualmente, un cierto aire meridional que refleja las conexiones entre ambas cuencas (Rodríguez González *et alii* 2021).

Sin duda, el vacío, en cuanto a investigación se refiere, en la región del Valle del Alto Guadiato, no ha permitido comprobar este planteamiento, solo intuirlo a partir de hallazgos fortuitos que veremos a continuación. Es por ello, que los trabajos realizados en el OPSB, situado en la localidad cordobesa de Belmez, han dado lugar a conocer uno de los nodos que participarían en la llegada de Tarteso al Guadiana, en esa red por la que las poblaciones indígenas que ocupaban este corredor se irían “tartesizando” paulatinamente. A lo largo de este proceso, las poblaciones de la periferia tartesia reinterpretaron los nuevos aportes culturales, otorgándoles características locales propias y, por tanto componiendo una nueva realidad cultural híbrida diferente a la del Bajo Guadalquivir de los siglos anteriores (Celestino Pérez y López Ruiz 2020: 278).

2. ENTORNO NATURAL Y CULTURA ARQUEOGRÁFICA DEL ALTO VALLE DEL GUADIATO

El asentamiento del OPSB se ubica al norte de la actual provincia de Córdoba, siendo la principal vía de acceso a la Serena extremeña por el corredor que forman los ríos Zújar y Guadiato atravesando Sierra Morena. Situándose en lo que los autores latinos llamarán la *Baeturia túrdula*, región en la que se asentaban aquellos descendientes del Tarteso del Guadiana y emparentados con los turdetanos del Guadalquivir, llegando a ser denominados como “turdetanos del interior”, más relacionados con los celtas y menos romanizados que los primeros (Paniego Díaz 2014: 28-29). Sin duda, estos conceptos grecolatinos solo pueden entenderse en el contexto de la romanización como bien apunta F. J. García Fernández (2013: 701), y quedaron grabados en nuestra historiografía a partir del Renacimiento, su afán de recuperar el legado clásico y construir el Estado-Nación, sin que ello significara que fueran un fiel reflejo de la realidad que supuestamente estaban describiendo (Fig.1).

Este corredor Guadiato-Zújar posiblemente se viniera empleando desde la Prehistoria Reciente quedando fosilizado como la calzada romana que unía *Corduba* con *Emerita*, (Melchor Gil 1993; Daza Sánchez 1998). Prueba de ello es la aparición junto al río Zújar en el término municipal de El Viso (Córdoba), de una estela decorada en una región en la que se conectan el Guadiato con los Pedroches y estos con la Serena y Siberia extremeña (Vaquerizo Gil *et alii* 1994: 105; Bendala *et alii* 1980: 383). Esta estela aparece en el mismo paisaje montañoso y poco apto para la agricultura como el resto de las documentadas en el Zújar, donde se concentran más de la mitad de las estelas registradas en el Suroeste peninsular. Posiblemente este sea un ejemplo de la penetración de las estelas hacia el Guadalquivir momentos previos a la llegada de los fenicios, en lo que se ha interpretado como un movimiento de contingentes poblacionales de la fachada sur-atlántica hacia el epicentro de Tarteso (Celestino Pérez 2016: 101).

Centrándonos en el Valle del Guadiato, una de las características principales es su riqueza minero-metalúrgica, como ya describieron Plinio (NH, 3, 30), Pomponio Mela (2, 86) o Estrabón (3, 146), y que en

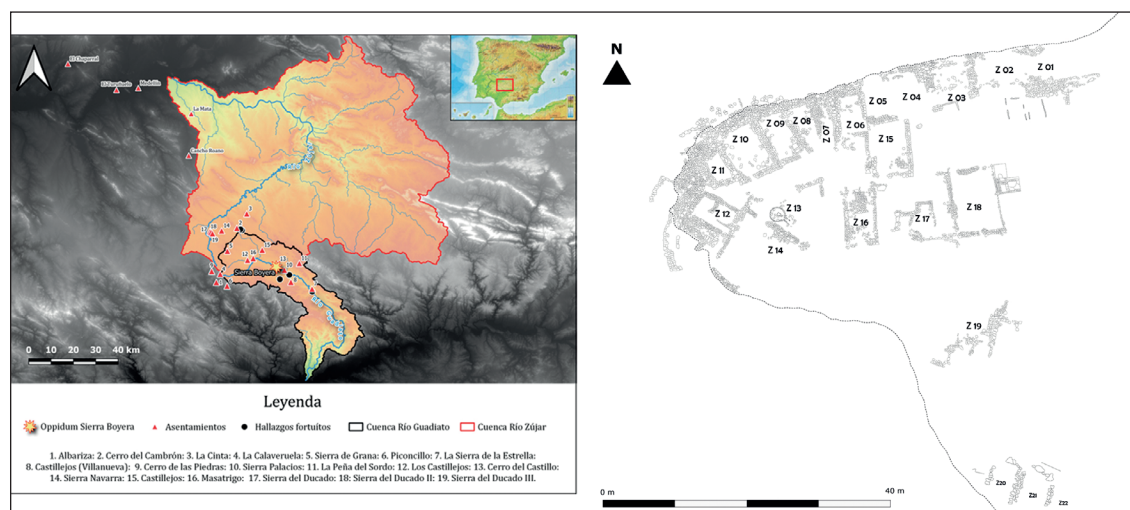


Fig. 1. Mapa de situación del Oppidum de Sierra Boyera y su planimetría.

tiempo más recientes fue estudiada arqueológicamente por C. Domergue (1987) o J. García Romero (2002). La explotación de esta región polimetálica está documentada desde el Calcolítico, gracias a su abundancia en minerales de cobre y material de producción documentado (Vera Rodríguez 1999: 786), y que continuo hasta la Protohistoria, momento en el que se ha registrado la explotación no solo de cobre sino de galena argentífera y hierro, principalmente en la Sierra de los Santos y en la Pastora (Belmez). La extracción de oro parece más que probable, si bien aún no se ha podido documentar, a pesar de existir una mina de oro en la Sierra del Hoyo y la presencia de oro aluvial en la mina de la Pastora. El oro se ha registrado en el 7,12% de los yacimientos documentados de la actual provincia de Córdoba, como oro aluvial en el 1,44% y como gangas de sulfuros y carbonatos de cobre en el 5,77% de los casos. Aunque de época romana, la aparición en las de Sexto Mario, un rico poseedor de minas de *Corduba* de oro, plata y cobre, y la asociación de este con los Montes Marianos que aparecen en el Itinerario Antonino, en Ptolomeo (II, 4, 15) y Tácito (VI, 19,1), situadas cerca de la actual Fuente Obejuna. También Silio Itálico en su *De Bello Punico* (III, 401) nos narra que “También toma las armas Tartessos, que ve entrar en su morada a los caballos de Febo, y Munda, que habría de causar a los itálos una derrota como la de Ematia. Tampoco falta Córdoba, gloria de una tierra rica en oro” (Vaquerizo Gil *et alii* 1994: 114-115). Esta tradición ha permanecido al menos hasta finales del siglo XVIII en la obra de Francisco Caballero Villamediana, *Historia de la Ylustre Villa de Fuente Obejuna*, que sitúa los Montes Marianos en la actual Sierra de los Santos donde se encuentran minas de oro, plata, hierro o plomo que apenas son explotadas en ese momento.

En relación con la preponderancia metalífera de la zona, contamos con varios ejemplos de tesorillos, como el de El Alcornocal (Fuente Obejuna) formado por un vaso con una inscripción ibérica (C.I.L. II, supp., 1892, 6249, 4) que está en relación con otros elementos de orfebrería indígena de una cronología tardía, como el aparecido en El Marrubial (Córdoba) o en los Almadenes (Pozoblanco), ya para los siglos IV/III a. C. (Vaquerizo Gil *et alii* 1994: 16-17). También destaca los lingotes de plata-plomo de 32 kg en la Gata (García Romero 2002: 121), ya en un periodo de transición entre el mundo púnico y el romano, como se verá más adelante (Fig. 2).

El conocido como “Tesorillo de Belmez o de Valfrío” se halló sobre 1926, del que existe cierta confusión respecto a los objetos lo conforman. Las primeras noticias las tenemos en la revista de Feria de Belmez con el título de “Varia Belmezana” en el que J. Alcántara Sampelayo (Presidente de la Audiencia Territorial de

Albacete de la Facultad de Letras de Madrid), dice que su padre encontró y donó el tesorillo al Museo Arqueológico que: “[...] debía constituir una gran cadena con una especie de fibrilla que no responde a ningún modelo, ni fenicio, ni romano y más tosco, sin articular, por lo que me inclino a una atribución protohistórica” (Alcántara Sampelayo 1963: 17). Por otra parte D. Ortiz Juárez (Ortiz Juárez 1981: 236) habla de dos torques rematados por bellotas depositados en el Museo Arqueológico Nacional, mientras que D. Vaquerizo Gil informa de un torque, un amasijo y varias tortas de plata (Vaquerizo Gil *et alii* 1994: 105).

La pieza más completa será una pulsera que se ha realizado mediante la deformación de un torque. Esta pieza tiene una sección romboidal y una decoración incisa de triángulos rellenos con una retícula en la misma técnica, su diámetro máximo es 7,50 cm y tiene un peso de 124,77 gramos, presentando una similitud casi absoluta con el torque, esta vez sin deformar que aparece en el cercano enclave de Azuaga (Badajoz) (Perea Cabeda 1991:166). El amasijo de oro, está formado por piezas casi fundidas entre las que podemos diferenciar restos de una varilla, anillas, y un posible colgante en forma de jarrita, todo ello unido en una pequeña torta planoconvexa con un peso de 76,58 gramos, que se encuentra en el Museo Arqueológico Nacional (Madrid) (Ruiz Gálvez 1983; Vaquerizo Gil *et alii* 1994: 105-106). Entre los hallazgos identificados como orientalizantes debemos mencionar la placa de serpentina localizada al Este de la Sierra de la Estrella (Espiel), que aparece decorada con unas bandas paralelas con triángulos rallados (Carbonell Trillo-Figueroa 1923; 1925: 297) muy similares al torque anteriormente comentado.

La aparición de una cuenta de cornalina en forma de flor de loto en la Granjuela es, sin duda, uno de los hallazgos más significativos en la región, el cual nos habla de la llegada de elementos del Mediterráneo oriental. Tiene un tamaño pequeño de 18 mm, una anchura de 10 mm y un espesor de 4 mm. (Vera



Fig. 2. Conjunto de hallazgos casuales formados por el *thymiaterion* con cabeza humana, el Tesorillo de Belmez, la estela de El Viso y el vaso de El Alcornal.

Rodríguez 2004: 7; Martín De La Cruz *et alii* 2005). La materia prima es cornalina-calconia, un tipo de cuarzo de 5 o 10 micras de tamaño de cristalino, concretamente una variante roja de calcedonia, la composición del mineral es SiO₂ al 99% (Martín de la Cruz *et alii* 2005) teniendo los principales filones en India, Oriente Medio, Egipto y Mesopotamia. Este tipo de colgante no es algo extraño dentro de la península ibérica, concretamente en Andalucía existen otros ejemplos en el Cabezo de Córdoba (Castro del Río), en Cádiz en la Sierra de San Cristóbal (Puerto de Santa María) (Ruiz Gil y López Amador 2004), en la Cabaña de Bronce (Puerto de Santa María), Pocito Chico (Ruiz Gil y López Amador 2004), y en Mesas de Asta (Martín de la Cruz y Vera Rodríguez 2004: 17) que se han datado en la transición de la Edad del Bronce a la del Hierro.

Todos estos hallazgos permiten intuir que esta franja de la Sierra Morena cordobesa forma parte activa en los procesos de expansión de la cultura tartesia que se venía desarrollando en el Bajo Guadalquivir, siendo un nodo más en esa red de penetración del mundo oriental hacia la Meseta. El hecho de que no se haya excavado ningún yacimiento ha generado la falsa ilusión de un vacío poblacional que comienza a disiparse a partir de los resultados obtenidos en el OPSB.

3. EL YACIMIENTO PROTOHISTÓRICO DEL OPPIDUM DE SIERRA BOYERA

De acuerdo con los resultados obtenidos hasta el momento, a partir de las diversas intervenciones arqueológicas, podemos señalar que el OPSB presenta una cronología de VI a II a. C., representando el primer yacimiento protohistórico excavado en el Alto Guadiato. Esto ha permitido arrojar un poco de luz a un periodo que se había construido con hallazgos casuales y algunas prospecciones superficiales. Se sitúa en una meseta a 28 m del fondo del río, la cual presenta un tamaño relativamente pequeño, con una superficie de 3 ha, con una longitud máxima de 320 y una anchura de 130 m, este enclave marca el fin de un valle predominantemente abierto a un encajonamiento del río Guadiato, dominando, así, la entrada al propio valle.

En esta elevación se edificó el embalse de Sierra Boyera en la década de los setenta, dividiendo el yacimiento en dos partes por la carretera que atraviesa la presa, que dejó el sector noroccidental bajo la cota de afección y, en consecuencia, haciéndolo visible solo en periodos de largas sequías (Cristo-Ropero *et alii* 2021: 31). El hecho de que este sector pase bajo las aguas largas temporadas hace que su deterioro y pérdida de sedimento sea constante, dificultando sobremanera la lectura estratigráfica.

Será precisamente durante la larga sequía de los años noventa cuando se descubra el sitio y se recojan algunos artefactos por parte del director del Museo Histórico de Belmez y del Territorio Minero, D. Antonio Daza Sánchez. Entre estos objetos destacan algunos platos, fusayolas, pesas de telar y rodets cerámicos. Sin duda, el *thymiaterion* con cabeza humana fabricado a molde, fue el elemento más llamativo de los que se recogieron, destinado al culto de alguna divinidad local sobre el que se quemaría algún tipo de sustancia aromática. Este tipo cerámico, responde a una reinterpretación de los modelos que penetraron en la península ibérica a finales del siglo IV a. C. y principios del III a. C. procedentes de Cartago y de inspiración griega, como pueden ser los hallados en Cortijo de La Negra (El Puerto de Santa María, Cádiz) (López Rosendo y Niveau de Villedary 2014: 178-187). El hecho de que este elemento apareciera en superficie nos impide determinar el espacio al cual estaba destinado, aunque no es descartable la existencia de algún espacio cultural en el asentamiento que aún no se ha podido identificar, aunque sí nos habla del proceso de hibridación de estas sociedades, ya para momentos más avanzados.

En 2018 se iniciarán los trabajos arqueológicos en el yacimiento dirigidos por A. Cristo-Ropero, documentando las estructuras emergentes y los artefactos más significativos que la acción erosiva del

pantano había dejado a la vista. A su vez se abrió un sondeo que dio como resultado el registro de parte de una estancia de molienda en la que pudo identificarse un molino rotatorio *in situ*, junto con un depósito cerámico de grandes contenedores y cuencos, en su gran mayoría completos en un nivel de abandono e incendio datado en el siglo V-IV a. C. (Cristo-Ropero *et alii* 2021). No fue el único elemento de molienda que pudo documentarse, ya que otro molino rotatorio apareció junto con parte de un *catilus*, a escasos metros del sondeo, así como otro molino barquiforme. Adosada a la estancia de molienda se encuentra un espacio abierto rodeado de estrechos muros que se ha interpretado como un patio que serviría como lugar de almacenaje y trabajo (Z18). Esta estancia se encuentra muy cerca de una estructura interpretada como un horno de pan con un diámetro de 2,44 m por lo que la producción alimentaria parece articular este sector del yacimiento, al menos para el periodo comprendido entre los siglos V-IV a. C.

En superficie podemos destacar la documentación en la estancia (Z10), concretamente en su muro Este, de un fragmento de placa con un zoomorfo que se ha interpretado como un caballo, del que conservamos la cabeza, el cuello hasta la cruz y los dos cuartos delanteros (Fig. 3). El motivo se encuentra grabado mediante abrasión y presenta una línea irregular posiblemente en relación con la granulometría de la propia piedra, que dificultaría el proceso de grabado. Estilísticamente muestra un hocico alargado y redondeado, en el que se marca ligeramente la quijada, así como la oreja y los cuartos delanteros en movimiento con la pata izquierda adelantada. Si bien se trata de una representación muy esquemática, puede ser comprable con los rasgos formales del caballo de bronce documentado en Cancho Roano (Celestino Pérez y Julián Rodríguez 1991), aunque en este presenta más detalles como la crin y los herrajes. Posiblemente, estas diferencias podrían corresponder al soporte y a la conservación de cada una de las piezas, ya que las formas y las proporciones sí parecen corresponderse (Cristo-Ropero 2019), siendo uno de los ejemplos más meridionales de caballos grabados en soporte pétreo (Silva 2020).



Fig. 3. Placa documentada en Z10 con un caballo rupestre grabado.

Otro de los hallazgos, en la unidad construida Z19, fue un ponderal de bronce discoidal de 12,35 gramos con una perforación central, lo que apunta a una oficialidad o sacralidad. Esta pieza parece ajustarse al sistema de pesos documentados en Cancho Roano o Casas del Turuñuelo (Celestino Pérez y Rodríguez González 2019: 355-356), concretamente se correspondería con un tercio del sistema de pesos CR3 propuesto por M^a.P. García-Bellido (2002: 94) en el que el *shekel* sería de 9,12 gramos y la unidad entre 31-36 gramos, siendo esta pieza del OPSB una desviación del sistema ponderal fenicio y que se generalizó en Tarteso de 9,4 gramos. La aparición en la mina de La Gata, a escasos 3 km del OPSB, de un ponderal cúbico de plomo de 329 gramos y su correspondencia con 35 *shekel* de 9,4 gramos, como se observa en la metrología monetaria de Gades (García-Bellido 2013: 43-44; Gómez Peña *et alii* 2021: 10-11), sin duda, nos confirma la explotación minera de la zona en relación con la cultura fenicia en torno a los siglos VI-V a. C. (Fig.4). La inscripción que se observa pudiera asemejarse a la letra fenicia shin o a alguna variante de esta en el alfabeto ibérico o celtibérico (Ferrer i Jané, 2020: 973) e incluso etrusco, lo que viene a corroborar la presencia de elementos exógenos en la región.



Fig. 4. Ponderal fenicio hallado en la mina de La Gata. Museo Histórico de Belmez y del Territorio Minero.

Una campaña prácticamente infructuosa en 2019 en el sector suroriental, permitió documentar lo que pudiera ser un cierre intencional, aunque no se llevó a concluir el sondeo. En la campaña de 2021, en la que se retomó el primer sector, se pudo evidenciar el abandono de un horno cerámico de pilar central de tradición fenico-púnica (Z13) del tipo I/a de la clasificación de N. Coumo di Caprio (2007: 524) o 6B según la tipología de Broncano Rodríguez y Coll Conesa (1988), datado entre los siglos V y IV a. C., así como espacios dedicados a la producción metalúrgica que se superponían al taller de alfarero, y que se pudo fechar a finales del siglo III a. C. y principios del II a. C. (González-Zambrano 2021), lo que parece coincidir con el *thymiaterion* hallado antes del comienzo de los trabajos de excavación. En definitiva, podemos afirmar que se trata de un horno de producción de cerámica de naturaleza múltiple, como ocurre en el Cerro del Villar (Málaga) con una cronología del siglo V a. C. (Aubet Semmler *et alii*

1999: 149-156), el caso de Ronda, con la misma datación (Aguayo de Hoyos *et alii* 2013), o el de Cerro Macareno, éste destinado a la producción de ánforas (Moreno Megías 2019; García Fernández 2020).

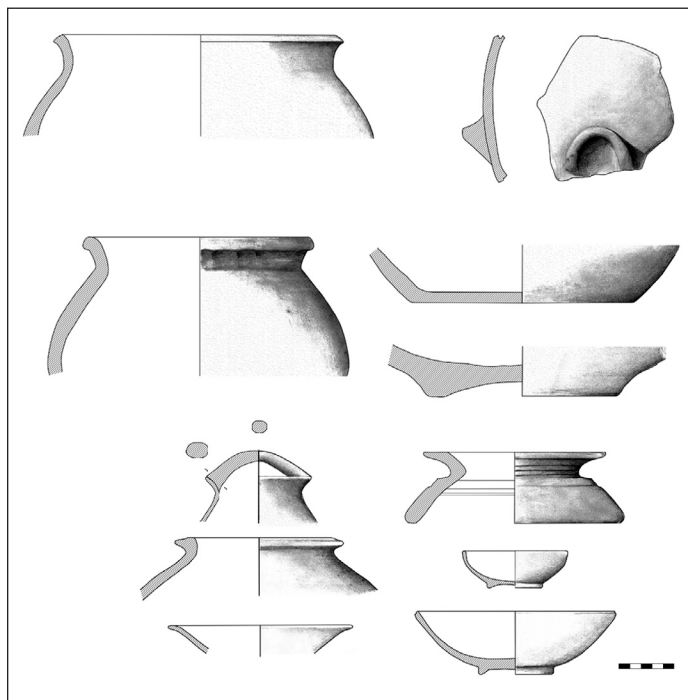


Fig. 5. Conjunto de cerámicas a mano y a torno documentadas en el OPSB.

Durante esta campaña se localizaron dos fíbulas anulares en las que se ha conservado casi totalmente el anillo y encaje de la aguja, pudiendo identificarlo con un resorte de Charnela con tope de gancho (Cuadrado Díaz 1957: 11). Este tipo de fíbulas presenta una cronología muy amplia desde el siglo VII a III a. C. teniendo dos áreas características en los que aparecen, en el área celtibérica y la tartesia (Ponte 2004: 206) y similares a las aparecidas en otras áreas del Zújar, como el conjunto del interior del edificio de Cancho Roano en H-5, H10 y H11 (Zulueta de la Iglesia y Celestino Pérez 2003: 44).

En general la cerámicas documentada en el *Oppidum* presenta similitudes muy claras con la registrada en la cuenca del Guadiana en esta cronología, nos referimos a por ejemplo la documentación de

imitaciones griegas, un *Kilyx*, similar a las producciones de Cancho Roano (Celestino Pérez *et alii* 1996) o como las asas transversales las cuales son muy comunes en el Guadiana Medio, en yacimientos como El Chaparral (Aljucén, Badajoz) (Sanabria Murillo 2008), Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz) (Celestino Pérez *et alii* 1996), Los Caños (Zafra, Badajoz) (Rodríguez Díaz *et alii* 2006) y La Mata (Rodríguez Díaz y Ortiz Romero 1998: 216-218), pero raramente aparecen registradas en Andalucía (Sanabria Murillo 2008: 83-85), aunque sí aparecen en zonas cercanas, como en el valle de los Pedroches (López Palomo 1987), a estas formas cerámicas tenemos que sumarles la aparición de las fusayolas troncocónicas, muy usuales en yacimiento como Cancho Roano (Berrocal Rangel 2003) (Fig. 5).

4. LA ORFEBRERÍA TARTESIA DEL OPSB

Apartado especial merece una pequeña cuenta de collar de oro muy deformada con decoración granular, recogida durante la intervención de 2018 que recuerda a formas documentadas en el Cortijo de Ébora, Alarcos o Cancho Roano entre otros. Esta pequeña pieza de 1,4 x 1,2 cm ha sido analizada a partir de SEM-EDX con el objetivo de poder comparar las técnicas metalúrgicas con la que fueron confeccionados, respecto al *Proyecto Au. Estudio arqueométrico de la producción de oro en la península ibérica* editado por el CSIC (Perea Cabeda *et alii* 2010), en el que se realizó un estudio microanalítico y micrográficos de las estructuras de cada una de las piezas (Fig. 6).

Con el fin de contextualizar, no solo tipológicamente la pieza del OPSB, sino también situar la tecnología empleada, hemos seleccionado para este estudio comparativo piezas del mismo momento histórico correspondientes al *Periodo II* (Orientalizante-Tartesio-Ibérico sur y Levante) y *Periodo III* (Púnico-Castreño-Ibérico meseta), según la división cronológica realizada en el *Proyecto Au* (Perea Cabeda *et alii* 2010: 14), así como piezas que compartan similitudes técnicas. Los parámetros comparativos seleccionados son el estudio de la lámina, el granulado, la filigrana y la soldadura, puesto que son los elementos propios de la orfebrería fenicia que será acogida por las poblaciones del sur peninsular durante el proceso de hibridación de ambas sociedades (De la Bandera Romero *et alii* 2018: 126). Esta última arroja un poco más de luz al proceso técnico de confección empleado en la pieza entre las que podemos distinguir las realizadas a partir de una aleación que generalmente para el Au suele ser la formada por Au, Ag y Cu o Au-Ag, o bien soldaduras “autógenas”, realizada a partir de dos materiales de la misma

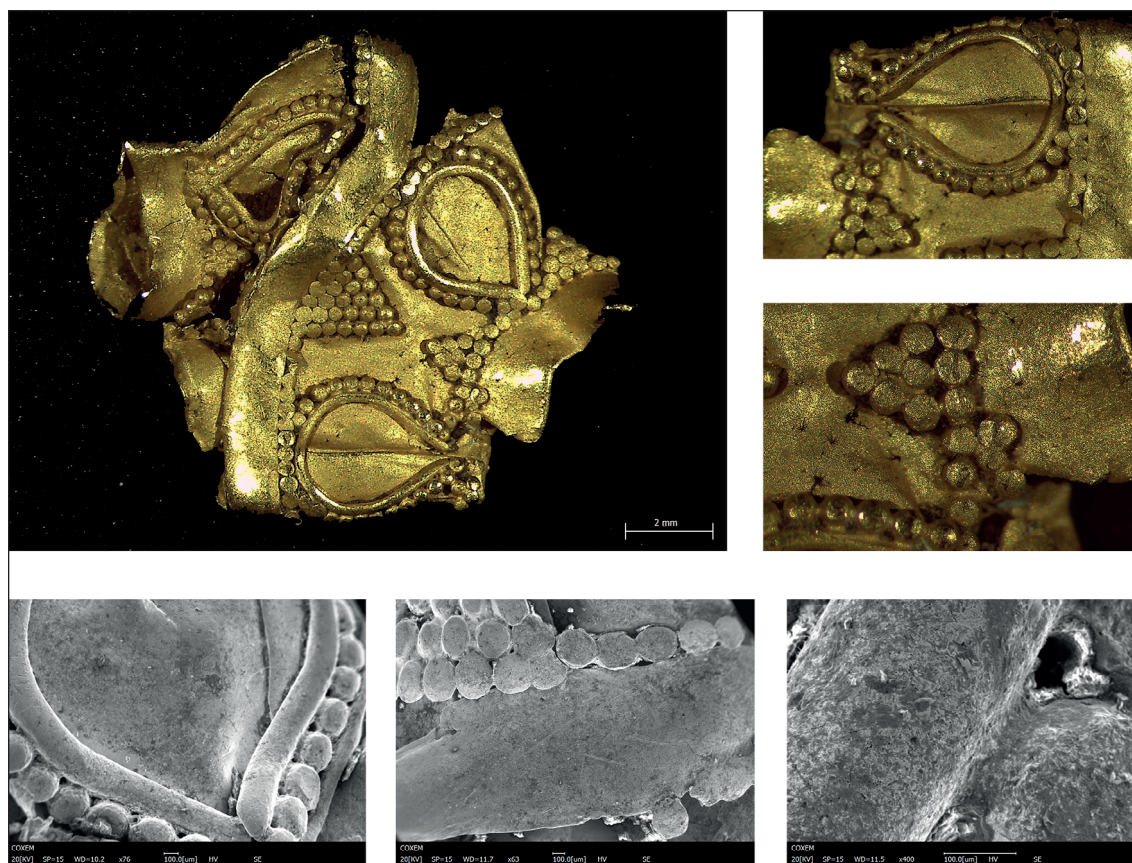


Fig. 6. Pieza de oro documentada en el OPSB con imágenes obtenidas por microscopía óptica y por SEM-EDX.

naturaleza que se unen calentando ambas partes a una temperatura ligeramente inferior al punto de fusión (Perea Cabeda *et alii* 2010: 18). También son el elemento más característico del periodo orientalizante, que se empleaban para elaborar los esquemas decorativos de las piezas, perdiendo presencia el granulado en fases posteriores (De la Bandera Romero *et alii* 2018: 127).

La orfebrería tartesia se puede considerar según M^a. L. de la Bandera Romero, como el resultado del contacto entre la sociedad fenicia y la local (De la Bandera Romero *et alii* 2018: 117), si bien ninguno de estos dos componentes formaría bloques homogéneos culturalmente ni estáticos en el tiempo a nivel tecnológico. El estudio de la tecnología del Au permite concluir las fases culturales y el desarrollo de la técnica de producción empleada para cada pieza contextualizándola con las limitaciones obvias de este tipo de hallazgos.

El número de piezas seleccionadas para este trabajo lo conforma un total de 17 piezas seleccionadas dentro del *Proyecto Au* y sus datos correspondientes, atendiendo no solo a su temporalidad, sino también a su similitud tipológica o tecnológica respecto a la pieza del OPSB arrojaron datos sumamente interesantes a nivel geográfico y técnico. Para la elaboración de este estudio comparativo, tomamos las medias de las diferentes composiciones en las soldaduras de cada una de las piezas seleccionadas, tras normalizar tres variables; Au, Ag y Cu (Perea Cabeda *et alii* 2010: 23-25).

Las piezas seleccionadas han sido: Cerro de la Velilla (Granada) (ACVE-01¹), tres piezas del Tesoro de Aliseda (Cáceres) (AUALS-03, AUALS-05 Y AUALS-36), tres de Cancho Roano (AUCRO-01, AUCRO-09, AUCRO-26), Alcalá del Río (Sevilla) (AUAL2-03), dos del Carambolo (Sevilla) (AUCRB-03 y AUCRB-04), una de Casa el Obispo (Cádiz) (AUOB-01), Cortijo de Ébora (Sanlúcar de Barrameda) (AUCEB-10 y AUCEB-27), una de Santiago de la Espada (Jaén) (AUSANT-01), una de Toya (Peal del Becerro, Jaén) (AUTOY-10) y dos de Alarcos (Ciudad Real) (AULR-02 y AULR-03) (Fig. 7).

Los análisis realizados a la pieza OPSB-AU-01, arrojaron unos niveles de Au de 96,71%, Ag de 3,1% y Cu de 0,18% de media en las soldaduras por las que el granulado o el filiforme quedan adheridos a la lámina. El resultado de representar las soldaduras en un eje tridimensional permitió distinguir dos grupos claramente, los cuales se correspondían por un lado a los documentados en la cuenca del Guadalquivir, por un lado, y los pertenecientes a la cuenca del Guadiana por otro. Para confirmar dicha hipótesis realizamos un estudio agrupando los datos de ambos casos y los resultados fueron muy esclarecedores (Fig. 8). La media de Au empleado en la soldadura de las piezas del Guadalquivir seleccionadas era del 77,67% con una desviación de 3,47% mientras que las del Guadiana ascendía hasta el 93,5% y su desviación era del 3,8%. Por su parte la Ag respondía a unos valores medios del 16,73% con una desviación de 6,5% en el Guadalquivir y un 2,35% con una desviación del 2,41% en el Guadiana. Finalmente, el Cu aportaba 5,51% de media y 5,52% de desviación en el Guadalquivir y 3,83% y 2,89% respectivamente para el Guadiana. Hecho que coincide con lo propuesto por M^a. L. de la Bandera Romero (De la Bandera Romero *et alii* 2018: 121) para el Guadalquivir donde las piezas de Au durante el periodo orientalizante tienen más de un 90% de material áureo, mientras que para producciones a partir del siglo VI a. C. estos valores se mueven entre el 80% y el 90% posiblemente esto se deba a la aceptación de técnicas de producción fenicia que varían entre casi el 75% de Au de la fase arcaica hasta el 90% del periodo púnico (De la Bandera Romero *et alii* 2007: 127). Este fenómeno, sin embargo, no parece seguir el mismo desarrollo en las piezas analizadas en la periferia de Tarteso, donde la presencia de Au, al menos en las soldaduras se mantiene en niveles superiores al 90% de media. Es por ello, que la pieza del OPSB, y las del Guadiana, mantengan técnicas

¹ Entre paréntesis se especifica el código de cada muestra correspondiente a la base de datos del proyecto Au. (Perea Cabeda *et alii* 2010)

Yacimiento	Pieza	Au%	Ag%	Cu%
Alcalá de Río (Sevilla)	AUAL 2-03	79,12	19,01	1,87
Aliseda (Cáceres)	AUALS-03	88,12	5,81	5,24
Aliseda (Cáceres)	AUALS-05	91,81	3,47	3,77
Aliseda (Cáceres)	AUALS-36	96,97	0	3,03
Cancho Roano	AUCRO-01	90,69	0	8,83
Cancho Roano	AUCRO-09	92,81	0	7,2
Cancho Roano	AUCRO-26	89,96	4,01	5,55
Carambolo	AUCRB2-03	74,92	23	2,07
Carambolo	AUCRB2-04	73,4	24,48	2,12
Casa del Obispo (Cádiz)	AUOB-01	76,5	7,95	15,55
Cortijo de Ébora (Sanlúcar)	AUCEB-27	83,07	13,91	3,02
Santiago de la Espada (Jaén)	AUSANT-01	97,46	1,27	1,27
Peal del Becerro (Jaén)	AUTOY-10	79,06	12,06	8,44
Alarcos (Ciudad Real)	AULR-02	99,45	0	0,19
Alarcos (Ciudad Real)	AULR-03	91,07	5,89	3,05
OPSB (Belmez)	OPSB-AU-01	96,71	3,1	0,18
Cerro la Velilla (Granada)	ACVE-01	89,3	9,99	6,7
Cortijo de Ébora (Sanlúcar)	AUCEB-10	72,79	25,41	1,81

Fig. 7. Tabla con los resultados normalizados en Au, Ag y Cu de las piezas seleccionadas.

heredadas de los primeros momentos de Tarteso, pero morfo-estilísticamente asuman nuevos tipos propios de los siglos VI-V a. C.

Lo que parece quedar constado es la convivencia de dos técnicas distintas a la hora de aplicar el soldado en la producción orfebre del Au y que estas se corresponden a dos áreas geográficas diferentes no solo en lo físico sino también en el proceso histórico de las sociedades tartesias. La pieza hallada en el OPSB se inserta claramente en los parámetros de las demás piezas del Guadiana, aunque si bien es cierto que tipológicamente recuerda a otras piezas del Guadalquivir como las cuentas del Cortijo de Ébora o las del Carambolo, así como las cuentas de Cancho Roano o Alarcos. La pervivencia de ciertas formas fenicias acompañada de una reinterpretación de la técnica de la soldadura por los orfebres locales permitiría explicar los resultados, no solo de la pieza del OPSB sino también de aquellas halladas en el área de Tarteso al Norte de Sierra Morena. Posiblemente, estemos ante prácticas híbridas que reflejan un proceso social que en la periferia de Tarteso en el que perviven rasgos orientales, pero ya con una reinterpretación local fuertemente marcada, sobre todo a partir del siglo VI a. C. cómo se puede observar en las joyas documentadas en el área de influencia del Guadiana hasta el siglo III a. C. (De la Bandera Romero 2018: 120).

Región		Au%	Ag%	Cu%
Guadalquivir	Media	78,52	16,73	5,20
	Desviación	5,52	6,88	4,88
Gadiana	Media	93,51	2,35	3,83
	Desviación	3,83	2,41	2,90

Fig. 8. Tabla con las medias y desviaciones de las piezas estudiadas, las cuales han sido agrupadas dependiendo la cuenca en la que aparecieron (Guadalquivir-Guadiana).

La comparación con el Tesorillo de Belmez, del que hablamos anteriormente, con la pieza hallada en el OPSB, muestra niveles muy dispares, ya que esta última contiene sobre su lámina más del 95% de Au y sólo aparece un 3,2% de Ag en algunas áreas. Por su parte el Tesorillo cuenta con dos elementos diferenciables, por un lado, el amasijo o tesorillo de fundidor (Montero Ruiz y Rovira Llorens 1991: 12-13), que al estar formado por diferentes piezas arroja niveles muy variables, si bien sus niveles de Au no sobrepasan el 85%. Por su parte, el torque representa una pieza mucho más homogénea en su composición, aunque parece que ha sufrido algún proceso de deformación mecánica convirtiéndose en brazalete. Estos resultados parecen enmarcar este hallazgo dentro de la metalurgia del oro en el Bronce Final donde los intervalos de Ag se mueven entre el 10-20% y los de Cu donde aparece con más del 1% en el 25% de los materiales estudiados (Montero Ruiz y Rovira Llorens 1991: 11), por lo que más allá de su localización no se observan más similitudes con la pieza del OPSB².

5. EL OPSB Y LA EXPANSIÓN TARTESIA. ANÁLISIS A TRAVÉS DE LA TEORÍA DE REDES

A partir de los resultados obtenidos en el OPSB, su comparación con otros yacimientos cercanos y los hallazgos casuales en el Norte de Córdoba pretendemos analizar y generar una discusión que nos permita insertar este yacimiento en un marco general, dentro de la expansión de la cultura tartesia hacia el Sur de Extremadura. Es por ello por lo que este trabajo se mueve entre el análisis de la materialidad de un sitio, en un momento concreto, a partir de técnicas de análisis científico dentro del paraguas de la Teoría de Redes (Knappett 2013), intentando establecer de esta manera una simetría que trascienda los planeamientos puramente procesuales y posprocesuales de la Arqueología entre materialidad y cultura.

Dentro del contexto histórico tradicional que nos ocupa, debemos hacer hincapié en el impacto que las colonizaciones fenicias, y posteriormente, la expansión de la cultura de Tarteso, habrían tenido sobre las poblaciones locales de la mitad Sur peninsular. Debemos entender este proceso como una hibridación cultural donde priman la dispersión y prestamos de ideas, técnicas, productos y tecnologías llegadas desde el Mediterráneo, a través del contacto que los púnicos habían tenido con otras culturas y que habían hecho suyas (Gosden 2008: 78-89). No queremos que este planteamiento se entienda dentro del marco clásicamente difusionista, ya trasnochado, sino entendiendo que el Mediterráneo se constituye como una red de productos, técnicas y préstamos culturales tomaran un significado local propio, por lo que estas transferencias se prestan y se adquieren multidireccionalmente dentro de una escala amplia de redes. Por tanto, su aplicación pretende

² Agradecimiento al Conservador Jefe del Museo Arqueológico Nacional, Eduardo Galán Domingo e Ignacio Montero Ruiz, Investigador Científico del Instituto de Historia del CSIC, por los resultados de analíticos de la XFR realizada por el "Proyecto Arqueometalurgia de la Península Ibérica" sobre el "Tesorillo de Belmez" depositado en el MAN.

dar una explicación de cómo actúan unas entidades con otras en un flujo constante que no tiene por qué ser consciente en el que sujetos, objetos y marcos cognitivos se transforman y son transformados por ellos mismo y por las aportaciones recibidas y emitidas.

Todo este flujo de intercambio de mercancías e ideas estarán condicionado por las coyunturas políticas, sociales y económicas de cada una las partes involucradas, así como los cambios estructurales que tendrán lugar a partir del siglo VI a.C., principalmente. Por lo tanto, parece lógico pensar que más allá de los particularismos regionales, exista un substrato cultural común en la mitad Sur de la península ibérica, fruto del intenso contacto llevado a cabo a partir de la actividad comercial desde los siglos IX-VIII a.C. en la cuenca mediterránea, y que tomará su propio devenir a partir del siglo VI a. C. hasta los siglos IV-III a. C., alcanzando áreas más septentrionales ya localizadas en la submeseta Norte (Macarro Alcalde y Alario García 2012; Blanco-González *et alii* 2017).

La Teoría de Redes plantea que un evento, grupo humano o coyuntura puede ser entendido como una red, siendo esta una representación abstracta a partir del estudio metodológico de dicho fenómeno del cual se obtiene una serie de datos (Brughmans 2013: 2-9). La relación entre distintos nodos, que son los grafos los cuales permiten comprender las relaciones entre los mismos nodos, que aplicado a la Arqueología sería la plasmación de redes entre comunidades o entidades culturalmente híbridas diferentes (Jiménez Puerto 2017: 45). Este planteamiento nos permite trazar cómo poco a poco sociedades que se encuentran lejos del área nuclear tradicionalmente se le ha adjudicado a Tarteso, empiezan a mostrar prestamos culturales y técnicos de estos, dando lugar con el paso del tiempo a entes híbridos nuevos. Por lo tanto, el OPSB sería un nodo más en esta amplia red por la que el Tarteso del Bajo Guadalquivir supuestamente penetra hasta la submeseta Sur.

Esta Teoría de Red ha venido a superar los planteamientos realizados por aquellos que trazaron los intercambios culturales unilinealmente, al aplicar la teoría de “centro-periferia-márgenes” de I. Wallerstein (2006), en un sentido claramente evolucionista o difusionista. Herramientas conceptuales como la “hibridación intencional” y el “entrelazamiento cultural”, nos permiten explicar de forma más satisfactoria como objetos e ideas son absorbidas o rechazadas por cada una de las sociedades insertas en estas redes, constituyendo identidades poliédricas que fluctúan en este caso entre foráneos y locales hasta formar nuevas entidades e identidades (Babbi *et alii* 2015: 3-4). Estas formas de contacto pueden llevarse a cabo en las diferentes “esferas de interacción” o “zonas de contacto”, a través incluso de “redes con vínculos débiles”, entendiendo esta, como aportes culturales no directos, sino transferidos gracias a grupos intermediarios, los cuales llevan contribuciones culturales recibidas por una cultura determinada hacia otras, de forma consciente o inconsciente, tanto en la recepción como en la transmisión. En este marco, sitios como el OPSB, localizados en corredores naturales de comunicación, jugarían un papel fundamental en la transferencia de productos de comercio y en la transmisión de préstamos técnicos y culturales, siendo ellos mismos influenciados por este tránsito, así como aquéllos con los que tuvieran contacto. Conceptos nuevos pertenecientes a la “Teoría de Redes” que nos consienten interpretar no solo las áreas de contacto común, sino que, nos acerca a los contextos y a la inclinación transcultural de los grupos locales, lo que hace estos contactos en el Sur peninsular que sean un proceso mucho más complejo y plural del que el difusionismo tradicional nos plantea (Babbi *et alii* 2015: 4). En la práctica arqueológica, la teoría de “actor-red” plantea campos múltiples ya enunciado por B. Latour (2005), por los que se pretende acercar a la arqueología a todas las entidades y componentes que forman estos campos a una red compleja en las que todos estos agentes, humanos y materiales, interactuaron e interactúan entre sí. Esta perspectiva nos permitiría ahora explicar de una forma más amplia la presencia de artefactos con características canónicas de ambos lados de Sierra Morena, por un lado las influencias en las producciones cerámicas a partir de la presencia de estructuras de combustión con cámara doble como el localizado en OPSB y, por otro, elementos de prestigio como las producciones áureas que, aunque técnicamente más relacionadas con el ámbito del Guadiana, desarrollan filigranas y granulado propios del Levante mediterráneo.

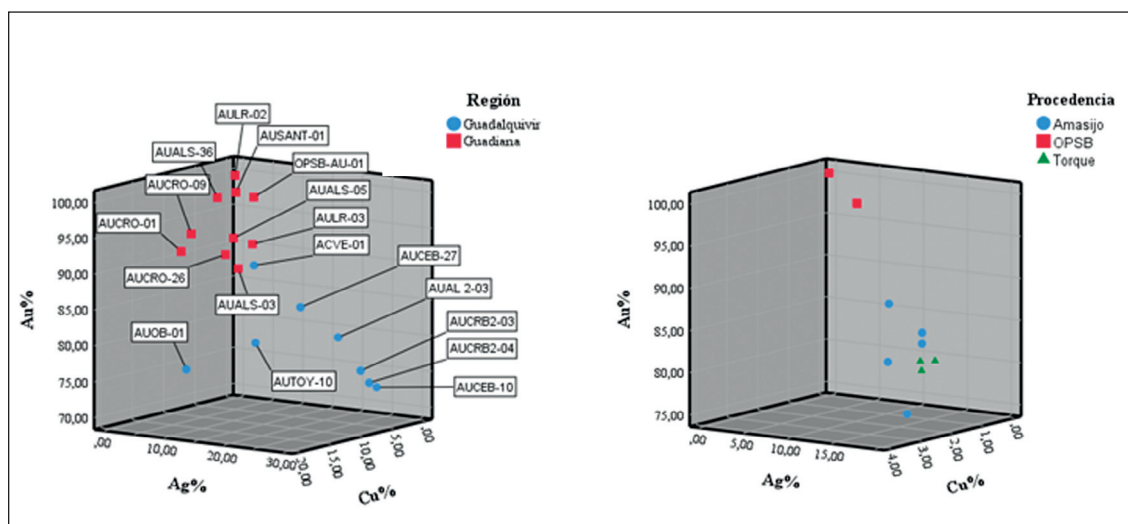


Fig. 9. Gráficas comparativas de las piezas estudiadas a partir de su procedencia (izq.) y relación de composición de la pieza del OPSB con el amasijo y torque que forman el Tesorillo de Belmez.

6. CONCLUSIONES

Con el fin de recoger lo anteriormente expuesto y concluir las ideas principales, podemos decir que el OPSB se ubica en una región que permite un acceso sencillo a las cuencas tanto del Guadiana como del Guadalquivir, así como a numerosos recursos mineros como hemos comentado anteriormente. Esta explotación genera la producción de elementos de prestigio como el oro que presentamos en este trabajo y que pone de manifiesto las relaciones que a ambos lados de Sierra Morena se desarrollaron a partir de los siglos VII-VI a. C. hasta la llegada de Roma.

A partir de la expansión de la cultura tartesia comienzan a desarrollarse diferentes procesos de hibridación con las poblaciones locales, los cuales tienen su reflejo no solo en la aparición de nuevos elementos materiales sino que también se observan en la aparición de nuevas técnicas productivas en estas regiones. El análisis tecnológico de la pieza aurea documentada en el OPSB, ha permitido constatar esto último, ya que sería más similar a las técnicas documentadas en el Guadiana y tipológicamente más cercana a producciones de inspiración del Mediterráneo oriental y que serán rasgos definitorios del Tarteso del Guadalquivir. La cercanía geográfica y la similitud en cuanto a cultura material se refiere del OPSB a los asentamientos del Guadiana, en especial a Cancho Roano, La Mata o Casas del Turuñuelo, y a su vez, aunque en menor medida, con otros más cercanos al Bajo Guadalquivir, permiten afirmar que este yacimiento se ubicaría en la zona de transición de ambas cuencas, aunque más cercana a la *Cultura de los Túmulos* del Guadiana, como acaso podríamos denominar ese fenómeno. El hecho que no se hayan documentado edificios de este tipo en esta región habla más de la carencia de investigación que de su inexistencia, puesto que los modelos de ocupación del territorio son muy similares a los de la Serena extremeña.

El OPSB se erige de esta manera como un nodo que permite vislumbrar la forma en que se relacionarían unas comunidades con otras –Guadiana y Guadalquivir, en este caso– y cómo éstas se desarrollan en consonancia con el paisaje, y a su vez con otras entidades, técnicas y creencias de grupos más lejanos, directamente o a través de otras que actuarían de intermediarias de forma consciente o inconsciente dando lugar a procesos de hibridación. Ver el lugar que ocupa el OPSB en esta red aún no está a nuestro alcance, pero en este trabajo hemos pretendido poner la primera retícula de una red más compleja y amplia del mundo prerromano en Sierra Morena Central.

Este trabajo intenta ser el punto de partida de estudios posteriores donde se ampliará el campo de estudio no sólo en este el yacimiento con futuras intervenciones, sino que se deberá hacer un análisis más amplio de este corredor que forman los ríos Guadiato y Zújar para entender su papel en la formación del Tarteso del Guadiana.

AGRADECIMIENTOS

Debemos agradecer al Proyecto “Mejora de la investigación y externalización del Laboratorio de Arqueometría ‘Antonio Arribas Palau’ Departamento de Prehistoria y Arqueología. Universidad de Granada (EQC2018-004880-P)». Agradecimiento a Eduardo Galán Domingo e Ignacio Montero Ruiz por los resultados de analíticos de la XFR realizada por el “Proyecto Arqueometalurgia de la Península Ibérica” sobre el “Tesorillo de Belmez” y que está depositado en el Museo Arqueológico Nacional. Al Museo Histórico de Belmez y del Territorio Minero con su directora a la cabeza, Jéssica Rebollo Girón, por permitirnos acceder a los materiales protohistóricos que allí se exponen, así como al Excelentísimo Ayuntamiento de Belmez por todas las facilidades otorgadas.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUAYO DE HOYOS, P., SANNA, C., PADIAL ROBLES B. 2013: “Documentos para ilustrar una tradición alfarera local: un horno cerámico ibérico en Ronda ciudad”, *Hornos, talleres y focos de producción alfarera en Hispania: I Congreso Internacional de SECAH, Ex Officina Hispana*, Cádiz: 141-155.
- ALCÁNTARA SAMPELAYO, J. 1963: “Notas de Historia y Arqueología”, *Revista de Feria de Belmez*: 17.
- ALMAGRO-GORBEA, M. 2010: “La colonización tartésica: toponimia y arqueología”, *Palaeohispanica. Revista sobre lenguas y culturas de la Hispania Antigua*, 10: 187-199.
- ANDREIA M. B. SILVA 2020: *Representações antropomórficas na arte móvel da Proto história do Vale do Sabor (Trás os Montes Oriental)*, Braga.
- AUBET SEMMELER, M. E., 1999: “La secuencia arqueológico-ecológica del Cerro del Villar”, en González Prats, A. (ed.), *Cerámica fenicia en occidente: Centros de producción y áreas de comercio*, Alicante: 41-68.
- BABBI, A., BUBENHEIMER-ERHART, F., MARÍN-AGUILERA, B., MÜHL, S. 2015: “The Mediterranean Mirror. An Introduction”, en Babbi, A., Bubenheimer-Erhart, F., Marín-Aguilera, B. y Mühl, S. (eds.), *The Mediterranean Mirror Cultural Contacts in the Mediterranean Sea between 1200 and 750 B. C. International Post-doc and Young Researcher Conference Heidelberg*, Heidelberg: 1-22.
- BENDALA GALÁN, M., AMORES CARREDANO, F. J. D., y HURTADO PÉREZ, V. 1980: “Tres nuevas estelas de guerreros en la provincia de Córdoba”, *Habis*, 10-11: 381-390.
- BERROCAL RANGEL, L. 2003: “El instrumental textil en Cancho Roano: consideraciones sobre sus fusayolas, pesas y telares”, en Celestino Pérez, S. (ed.), *Cancho Roano IX. Los Materiales Arqueológicos II*, Badajoz: 213-297.
- BLANCO-GONZÁLEZ, A., ALARIO GARCÍA, C. y MACARRO ALCALDE, C. 2017: “The earliest villages in Iron Age Iberia (800–400 BC): a view from Cerro de San Vicente (Salamanca, Spain)”, *Documenta Praehistorica*, XLIV: 386-401.
- BRONCANO RODRÍGUEZ, S. y COLL CONESA, J. 1988: “Horno de cerámica ibérico de la Casa Grande, Alcalá del Júcar (Albacete)”, *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 30: 187-228.
- BRUGHMANS, T. 2013: “Thinking Through Networks: A Review of Formal Network Methods in Archaeology”, *Journal of Archaeological Method and Theory*, 20: 623–662.
- CABALLERO VILLAMEDIANA, F. 1780: *Historia de la Ylustre Villa de Fuente Obejuna. Adaptación a cargo de Moreno González, M. F. (1999)*, Fuente Obejuna.

- CARBONELL TRILLO-FIGUEROA, A. 1923: “Contribución al estudio de la prehistoria cordobesa. La zona de Fuente Obejuna-Valsequillo”, *Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes. Boletín de la Real Academia de Córdoba*, 3: 75-83.
- CARBONELL TRILLO-FIGUEROA, A. 1925: “Valores prehistóricos de la cuenca alta del Guadiato”, *Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes. Boletín de la Real Academia de Córdoba*, 13: 291-300.
- CELESTINO PÉREZ, S. (ed.) 1996: *El Palacio-Santuario de Cancho Roano, V-VI-VII. Los Sectores Oeste, Sur y Este*, Badajoz.
- CELESTINO PÉREZ, S. 2016: *Tarteso. Territorio y Cultura*, Barcelona.
- CELESTINO PÉREZ S. Y JULIÁN RODRIGUEZ, J. M. 1991: “El caballo de bronce de Cancho Roano”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 18: 179-188.
- CELESTINO PÉREZ, S. Y LÓPEZ-RUIZ, C. 2020: *Tarteso y los fenicios de occidente*, Córdoba.
- CELESTINO PÉREZ, S. Y RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, E. 2019: “Un espacio para el sacrificio: el patio del yacimiento tartésico de Casas del Turuñuelo (Guareña, Badajoz)”, *Complutum*, 30-2: 343-366.
- CRISTO-ROPERO, A. 2019: “Dos ejemplos de Arte Mueble del Oppidum de Sierra Boyera (Belmez, Córdoba)”, en García Atienzar, G. y Barciela González, B. (coords.), *Sociedades prehistóricas y manifestaciones artísticas: Imágenes, nuevas propuestas e interpretaciones*, Alicante: 193-197.
- CRISTO-ROPERO, A. Y GONZÁLEZ-ZAMBRANO, P. 2020: “Estructuras de combustión del Oppidum de Sierra Boyera (Belmez, Córdoba)”, en Córdoba Toro, J. y González-Zambrano, P. (coords.), *Pensando Andalucía. Una mirada transdisciplinar II*, Albacete: 37-60.
- CRISTO-ROPERO, A., GONZÁLEZ-ZAMBRANO, P., PÉREZ L’HULLIER, D., MARTÍN LÓPEZ, P., SÁNCHEZ CASTILLO, J., NAVERO ROASALES, M., CAPARROS NIETO, D., DE LA TORRE LORENZO, A., CONEJO MORENO, J.A., HIDALGO MATEO, A.J., ROLDÁN VÁZQUEZ, R., LÓPEZ LÓPEZ, V., BERMÚDEZ CANO, R., COT DELGADO, R., ROLDÁN DÍAZ, A., HERNÁNDEZ CASAS, Y., REBOLLO GIRÓN, J., CANO FERNÁNDEZ, A., ADROHER AUROUX, A.M., AGUAYO DE HOYOS, P.J. Y MURILLO BARROSO, M. 2021: “El Oppidum de Sierra Boyera (Belmez) en contexto. Nuevas aportaciones a la Protohistoria del Norte de Córdoba a la luz de la intervención de 2020”, *Antiquitas*, 33: 29-39.
- CUADRADO DÍAZ, E. 1957: “La fíbula anular hispánica y sus problemas”, *Zephyrus*, 8: 5-76.
- DAZA SÁNCHEZ, A. 1998: “Minas y calzadas romanas: Guadiato-Sierra de los Santos”, *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, 134: 235-249.
- DE LA BANDERA ROMERO, M. L. 2018. “Orfebrería tartésica: originalidad y tradición fenicia”, en Navarro Ortega, A. D. y Ferrer Albelda, E. (coords.), *Trabajo sagrado: producción y representación en el Mediterráneo Occidental durante el I Milenio a. C.*, Sevilla: 115-156.
- DE LA BANDERA ROMERO, M. L., GÓMEZ TUBÍO, B., ONTALBA SALAMANCA, M. A., ORTEGA FELIÚ, I., Y RESPALDIZA, M. 2007. “Caracterización de orfebrería antigua mediante técnicas nucleares de análisis no destructivos”, en Fernández Ibáñez, C. (coord.), *Metalisteria en la Hispania romana*, Santander: 113-128.
- DOMERGUE, C. 1987: *Catalogue des mines et des fonderies antiques de la Péninsule Ibérique (Vol. 1)*, Paris.
- FERRER I JANÉ, J. 2020: “Las escrituras epicóricas de la Península Ibérica”, *PALAEOHISPANICA revista sobre lenguas y culturas de la Hispania antigua*, 20: 969-1016.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. 2013: “Tartesios, túrdulos, turdetanos. Realidad y ficción de la homogeneidad étnica de la Bética romana”, en Santos Yanguas, J., Cruz Andreotti, G., Fernández Corral, M. y Sánchez Voigt, L. (coords.), *Romanización, fronteras y etnias en la Roma antigua: el caso hispano*, Bilbao: 691-734.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. 2020: “Cerro Macareno (La Rinconada, Sevilla): nuevos datos sobre su secuencia de ocupación y rasgos constructivos”, *Spal*, 29.1: 93-127.
- GARCÍA ROMERO, J. 2002: *El papel de la minería y la metalurgia en la Córdoba romana*, Córdoba.
- GARCÍA-BELLIDO, M. P. 2002: “Los primeros testimonios metrológicos y monetales de fenicios y griegos en el sur peninsular”, *Archivo español de arqueología*, 75(185-186): 93-106.
- GARCÍA-BELLIDO, M. P. 2013: “Los sistemas ponderales en el mundo púnico de Iberia e Ibiza”, *Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza y Formentera*, 68: 35-60.

- GÓMEZ PEÑA, Á., RAMÍREZ CAÑAS, C., RODRÍGUEZ MELLADO, J., Y PÉREZ-AGUILAR, L. G. 2021: “Nuevos ponderales protohistóricos adscritos al patrón ugarítico procedentes del suroeste de la península ibérica”, *Revista Numismática Hécate*, 8: 1-24.
- GONZÁLEZ-ZAMBRANO, P. 2021: “Estudio metodológico sobre registro de escorias arqueológicas en campo y laboratorio. Un caso de estudio: el Oppidum de Sierra Boyera”, *@rqueología y Territorio*, 18: 19-31.
- GOSDEN, C. 2008: *Arqueología y colonialismo. El contacto cultural desde 5000 a.C. hasta el presente*, Barcelona.
- HODDER, I. 2012: *Entangled: An Archaeology of the Relationships between Humans and Things*, Oxford.
- JIMÉNEZ PUERTO, J. 2017: *Redes complejidad y Arqueología: Otra forma de ver el pasado*, Valencia.
- KNAPPELT, C. (ed.) 2013: *Network analysis in archaeology: New approaches to regional interaction*, Oxford.
- LATOUR, B. 2005: *Reassembling the social: An introduction to actor-network-theory*, Oxford.
- LÓPEZ PALOMO, L. A. 1987: “Iberos y Celtas en la Penillanura de Los Pedroches (Córdoba)”, *Revista de Arqueología*, 69: 37-45.
- LÓPEZ ROSENDO, E. Y NIVEAU DE VILLEDARY, A. M. 2014: “Acerca de un pebetero indígena del cortijo de La Negra (El Puerto de Santa María, Cádiz)” en Marín Ceballos, M^a. C. y Jiménez Flores, A. M^a. (coords.), *Imagen y culto en la Iberia prerromana II: los pebeteros en forma de cabeza femenina*, Sevilla: 173-194.
- MACARRO ALCALDE, C. Y ALARIO GARCÍA, C. 2012: *Los Orígenes de Salamanca. El poblado protohistórico del Cerro de San Vicente*, Salamanca.
- MARTÍN DE LA CRUZ, J. C., VERA RODRÍGUEZ, J. C., GAVILÁN CEVALLOS, B. Y PERLINES BENITO, M. 2005: “Un colgante de cornalina de manufactura oriental procedente de la provincia de Córdoba”, en Celestino Pérez, S. y Jiménez Ávila J. (eds.), *El Período Orientalizante, Anejos de Archivo Español de Arqueología*, XXV, vol. I., Mérida: 503-509.
- MELCHOR GIL, E. 1993: “Vías Romanas y Explotación de los Recursos Mineros de la Zona del Norte del Conventus Cordubensis”, *Anales de Arqueología Cordobesa*, 4: 63-90.
- MONTERO RUIZ, I., Y ROVIRA LLORENS, S. 1991: “El oro y sus aleaciones en la orfebrería prerromana”, *Archivo Español de Arqueología*, 64 (163-164): 7-21.
- MORENO MEGÍAS, V. 2019: “Nuevos datos sobre la fabricación de ánforas turdetanas. Una revisión de las fases y manufacturas de producción de Cerro Macareno (La Rinconada, Sevilla)”, *Lucentum*, 28: 153-170.
- ORTIZ JUÁREZ, D. 1981: *Catálogo artístico y monumental de la provincia de Córdoba: Luque, Montalbán, Montemayor, Montilla* (vol. 6), Córdoba.
- ORTIZ ROMERO, P. Y RODRÍGUEZ DÍAZ, A. 1998: “Culturas indígenas y romanización en Extremadura: Castros, Oppida y rencitos ciclópeos”, en Rodríguez Díaz, A. (coord.), *Extremadura Protohistórica: Paleoambiente, Economía y Poblamiento*, Cáceres: 247-278.
- PANIEGO DÍAZ, P. 2014: “Los túrdulos del occidente peninsular”, *Revista Historia Autónoma*, 5: 27-41.
- PEREA CABEDA, A. 1991: *Orfebrería prerromana. Arqueología del oro*, Madrid.
- PEREA CABEDA, A., FERNÁNDEZ FREIRE, C., Y GARCÍA VUELTA, Ó. 2010: *El proyecto Au: estudio arqueométrico de la producción de oro en la Península Ibérica*, Madrid.
- PÉREZ GUIJO, S. 2001: “La Beturia: definición, límites, etnias y organización territorial”, *Florentia Iliberritana*, 12: 315-349.
- PONTE, S. 2004: “Retrospectiva sobre fibulas protohistóricas y romanas de Portugal”, *Conimbriga*, 43: 199-213.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. Y ORTIZ ROMERO, P. 1998: “La Mata de Campanario (Badajoz): un nuevo ejemplo de arquitectura de prestigio en la cuenca media del Guadiana”, en Rodríguez Díaz, A. (coord.), *Extremadura Protohistórica: Paleoambiente, Economía y Poblamiento*, Cáceres: 201-246.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A., CHAUTÓN PÉREZ, H. Y DUQUE, D. M. 2006: “Paisajes rurales protohistóricos en el Guadiana Medio: Los Caños (Zafra, Badajoz)”, *Revista portuguesa de arqueologia*, 9-1: 71-114.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, E. 2018: *El poblamiento del valle medio del Guadiana durante la I Edad del Hierro*, Madrid.

- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, E., DORADO ALEJOS, A. Y CELESTINO PÉREZ, S. 2021: “Las ánforas de la I Edad del Hierro del valle medio del Guadiana”, en García Fernández, F. J. y Sáez Romero, A. (eds.), *Las ánforas turdetanas. Actualización tipológica y nuevas perspectivas*, Spal Monografías de Arqueología, XXXIX, Sevilla: 249-272.
- RUIZ GALVEZ, M. 1983: *La península ibérica y sus relaciones con el círculo cultural atlántico*, Madrid.
- RUIZ GIL, J. A. Y LÓPEZ AMADOR, J. J. 2004: “Las piezas de la cabaña de Pocito Chico en su contexto (Puerto de Santa María, Cádiz)”, *Revista de Prehistoria*, 3: 11-14.
- SANABRIA MURILLO, D. 2008: *Paisajes rurales protohistóricos en el Guadiana Medio: “El Chaparral” (Aljucén, Badajoz)*, Mérida.
- VAQUERIZO GIL, D., MURILLO REDONDO, J. F., CARRILLO DÍAZ-PINÉS, J. R., MORENO GONZÁLEZ, M. F., LEÓN MUÑOZ, A., LUNA OSUNA, M. D., Y ZAMORANO ARENAS, A. M^a. 1994: *Arqueología cordobesa. El Valle alto del Guadiato (Fuenteobejuna)*, Córdoba.
- VERA RODRÍGUEZ, J. C. Y MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. 2004: “Discusión y valoración” *Revista de Prehistoria*, 3:16-50.
- VERA RODRÍGUEZ, J. C. 1999: *El Calcolítico en el Alto Valle del Guadiato: los hábitats y las necrópolis prehistóricas del entorno de Sierra Palacios (Belmez, Córdoba)*, Córdoba.
- VERA RODRÍGUEZ, J.C. 2004: “Colgante procedente de los Castillejos de la Granjuela (Córdoba)”, *Revista de Prehistoria*, 3: 7-8.
- WALLERSTEIN, I. 2006: *Análisis de sistemas-mundo. Una introducción*, Madrid.
- ZULETA DE LA IGLESIA, P. Z., Y CELESTINO PÉREZ, S. 2003: “Los bronce de Cancho Roano”, en Celestino Pérez, S. (ed.), *Cancho Roano. VIII-IX, los materiales arqueológicos I-II*, Mérida: 9-124.

TARTESO. EL FINAL DE UNA CULTURA EN EL VALLE MEDIO DEL GUADIANA

ESTHER RODRÍGUEZ GONZÁLEZ*

RESUMEN

A finales del siglo VII a.C. se inaugura, en el valle medio del Guadiana, un nuevo sistema de poblamiento caracterizado por la presencia de los denominados *edificios tartésicos ocultos bajo túmulo*. La excavación de estos contextos ha permitido a la investigación arqueológica poner de manifiesto, en repetidas ocasiones, las relaciones materiales y culturales que dichos hallazgos guardan con los documentados en regiones vecinas, tanto con la fachada atlántica de Portugal como con el valle del Guadalquivir y Huelva. A pesar de ello, siempre han existido fuertes reservas para integrar todas estas evidencias bajo la sombra cultural de Tarteso. Gracias a los últimos hallazgos arqueológicos realizados en el Guadiana Medio este debate ha vuelto a reavivarse todavía con más fuerza, pues cada vez existen menos argumentos que permitan justificar la exclusión de estas tierras del interior de la realidad territorial de Tarteso. Así, con estas páginas, queremos contribuir a afianzar la hipótesis que defiende la existencia de una fase final de Tarteso (siglos VII – V a.C.), de gran esplendor, en las tierras comprendidas por el valle medio del Guadiana.

PALABRAS CLAVE

Protohistoria, Tarteso, valle medio del Guadiana, poblamiento, paleopaisaje, edificio bajo túmulo.

ABSTRACT

At the end of the 7th century BC inaugurated, in the middle Guadiana Valley, a new settlement system characterized by the presence of the so called the *Tartessian buildings hidden under tumuli*. The excavation of these contexts has allowed archaeological research to reveal, on several occasions, the material and cultural relationship that these finds have with those documented in neighbouring regions, both with the Atlantic coast of Portugal and with the Guadalquivir Valley and Huelva. Despite this, there have always been strong reservations about integrating all this evidences under the cultural shadow of Tartessus. Thanks to the latest archaeological finds made in the Middle Guadiana, this debate has revived even more forcefully, as there are fewer and fewer arguments to justify the exclusion of these lands from the interior of the territorial reality of Tartessus. Thus, with

* Instituto de Arqueología (CSIC – Junta de Extremadura). esther.rodriguez@iam.csic.es

these pages, we want to contribute to strengthening the hypothesis that defends the existence of a final phase of Tartessus (7th – 4th centuries BC), of great splendour, in the lands comprised by the middle Guadiana Valley.

KEY WORDS

Protohistory, Tartessos, middle Guadiana Valley, settlement, palaeolandscapes, buildings hidden under tumuli.

1. LLAMEMOS A LAS COSAS POR SU NOMBRE

Una de las razones que han llevado a la celebración del II Congreso Internacional sobre Tarteso en la localidad de Mérida, tierras al interior del tradicional núcleo de Tarteso, no es otra que reivindicar el papel que este territorio desempeñó en la etapa final de Tarteso, de ahí el subtítulo que ha tenido el encuentro: ‘Nuevas Fronteras’.

Las evidencias arqueológicas relacionadas con la cultura tartésica en el valle medio del Guadiana no son nuevas. A pesar de ello, debemos reconocer que el hallazgo y las excavaciones que desde 2014 se vienen llevando a cabo en el yacimiento de Casas del Turuñuelo (Guareña, Badajoz), están contribuyendo a consolidar una línea de investigación que, tiempo atrás, se inauguró con el descubrimiento de la necrópolis de El Pozo (Medellín, Badajoz) y el santuario de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz) (Rodríguez González 2022).

La aparición de ambos enclaves, en la década de los años 70 del siglo XX, cambió la interpretación de la protohistoria del suroeste peninsular. Sus paralelos más cercanos se localizaban en el valle del Guadalquivir, cuya arqueología tartésica había quedado definida tras la aparición del tesoro del Carambolo y los primeros trabajos arqueológicos en el lugar del hallazgo. Así, mientras Cancho Roano se definió como un edificio de clara raigambre oriental cuyos orígenes se buscaron en el oriente del Mediterráneo, la necrópolis de El Pozo presentaba un ritual de enterramiento y unos ajuares idénticos a los de las necrópolis que, tiempo atrás, G. Bonsor había excavado y documentado en los Alcores. Sin embargo, y a pesar de la estrecha relación que parecía vincular a los yacimientos de ambas regiones, aquellos localizados en el Guadiana Medio quedaron, desde un primer momento, al margen de la construcción arqueológica de Tarteso.

Atendiendo a los datos recogidos en las fuentes clásicas y a las escasas evidencias arqueológicas con las que se contaba en aquel momento para identificar Tarteso desde un punto de vista material, dos fueron los obstáculos que complicaron la tarea de englobar a los yacimientos de ambas regiones dentro de una misma realidad cultural. El primero, la localización geográfica, pues el Guadiana Medio formaba parte de la periferia geográfica de Tarteso, al margen de aquel espacio que tradicionalmente se ha definido como su núcleo, comprendido por el valle del Guadalquivir y Huelva; el segundo, la cronología, ya que el final de Tarteso siempre se ha fijado en el último cuarto del siglo VI a.C., momento en el que el poblamiento del valle del Guadalquivir se desestructura dando paso a una nueva realidad territorial bautizada con el nombre de Turdetania.

Como solución, y para evitar el uso del término Tarteso, se recuperó de la literatura el vocablo *Orientalizante*, un concepto prestado de la Historia del Arte y acuñado con el objetivo de identificar aquellos objetos procedentes de regiones del Mediterráneo que desprendían un claro regusto oriental. A partir de esos momentos, el *Orientalizante*, acompañado de sus correspondientes subdivisiones

cronológicas, caso del *protorientalizante* y el *postorientalizante*, se hicieron útiles como mecanismos para identificar aquellos hallazgos realizados en las tierras del interior, caso de los territorios bañados por las cuencas de los ríos Guadiana y Tajo, cuya influencia oriental era más que evidente (Almagro-Gorbea 1977).

No entraremos a debatir en estos momentos la idoneidad del uso del término *Orientalizante*, pues se trata de un debate que hemos abordado recientemente en otra publicación (Rodríguez González 2020a). En este trabajo queda patente la imprecisión de este término cuando se emplea con la intención de definir rasgos culturales o períodos cronológicos. Frente a ello, apostábamos por devolver al *Orientalizante* a su sentido original, el puramente artístico y comenzar a emplear, sin tapujos, el término Tarteso para definir las evidencias materiales documentadas en el Guadiana Medio en el período que se extiende entre finales del siglo VII e inicios del siglo IV a.C.

A nuestro rescate ha venido la arqueología. La redefinición del yacimiento de El Carambolo tras las excavaciones realizadas a principios de los 2000 abrió la puerta a la reinterpretación de los datos arqueológicos sobre los que se había cimentado la arqueología tartésica tras el hallazgo del tesoro en 1958 (Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2022). Desde aquel momento, el número de evidencias no ha dejado de crecer, iniciando con ellas la redacción de un nuevo capítulo en la protohistoria del suroeste peninsular. Al estudio y conocimiento de la etapa tartésica en el valle del Guadalquivir se han sumado los resultados de interesantes yacimientos como Coria del Río (Sevilla) (Escacena *et alii* (eds.) 2019) o la necrópolis de la Angorrilla (Alcalá del Río, Sevilla) (Fernández Flores *et alii* 2014). Tampoco son escasos los trabajos efectuados en Huelva y su entorno (una síntesis en Toscano *et alii* en este volumen); ni en el valle medio del Guadiana, donde finalmente fueron publicadas las diversas campañas de excavación llevadas a cabo en la necrópolis de El Pozo entre los años 70 y 80 del siglo XX (Almagro-Gorbea (dir.) 2006; 2008a; 2008b) o donde recientemente ha visto la luz un nuevo monográfico con novedades y estudios que permanecían inéditos en torno al yacimiento de Cancho Roano (Celestino 2022), quizás uno de los enclaves de la protohistoria peninsular sobre el que más se haya escrito.

Los avances arqueológicos de las últimas décadas culminaron con la revisión de la definición de esta cultura en el I Congreso sobre Tarteso celebrado en Huelva en el año 2011 (Campos y Alvar (eds.) 2013). Con anterioridad, muchos otros encuentros habían servido para abordar su descripción desde que en 1968 y bajo el subtítulo de *Tarteso y sus problemas* (AA.VV. 1969), se celebrase el primer congreso monográfico cuyo único objetivo era intentar identificar a qué hacían referencia las fuentes clásicas cuando mencionaban el etnónimo Tarteso (Bendala, en este mismo volumen). A diferencia de aquellos, en el congreso onubense parece que por primera vez se alcanzó un consenso a la hora de definir el concepto ‘Tarteso’ y su delimitación territorial:

<<Tarteso es la cultura del suroeste peninsular, confluyente con la presencia estable de fenicios, hechos que eclosionan en la brillantes y riqueza a la que aluden las fuentes literarias griegas con el nombre de Tarteso, y, tal vez, alguna mención en las bíblicas a través del topónimo Tarsis, cuya identificación con Tarteso no es segura >> (Campos y Alvar (eds.) 2013: 651).

<<Todo parece indicar que Tarteso, en su periodo de esplendor (750-550) es un territorio articulado en unidades políticas independientes al modo de ciudades-estado (...) Esta estructura se proyecta por los territorios colindantes, dando lugar a nuevas unidades políticas que culturalmente algunos autores consideran asimismo partícipes de la Tartésida >> (Campos y Alvar (eds.) 2013:652).

Por primera vez, los territorios periféricos de Tarteso aparecen incorporados en su definición. Así, a diferencia de lecturas anteriores, donde las tierras del interior únicamente eran entendidas como un

espacio bajo la influencia de Tarteso, las nuevas evidencias arqueológicas estaban poniendo de manifiesto la importancia que las regiones limítrofes a su núcleo tuvieron en el desarrollo de esta cultura (Fig. 1).

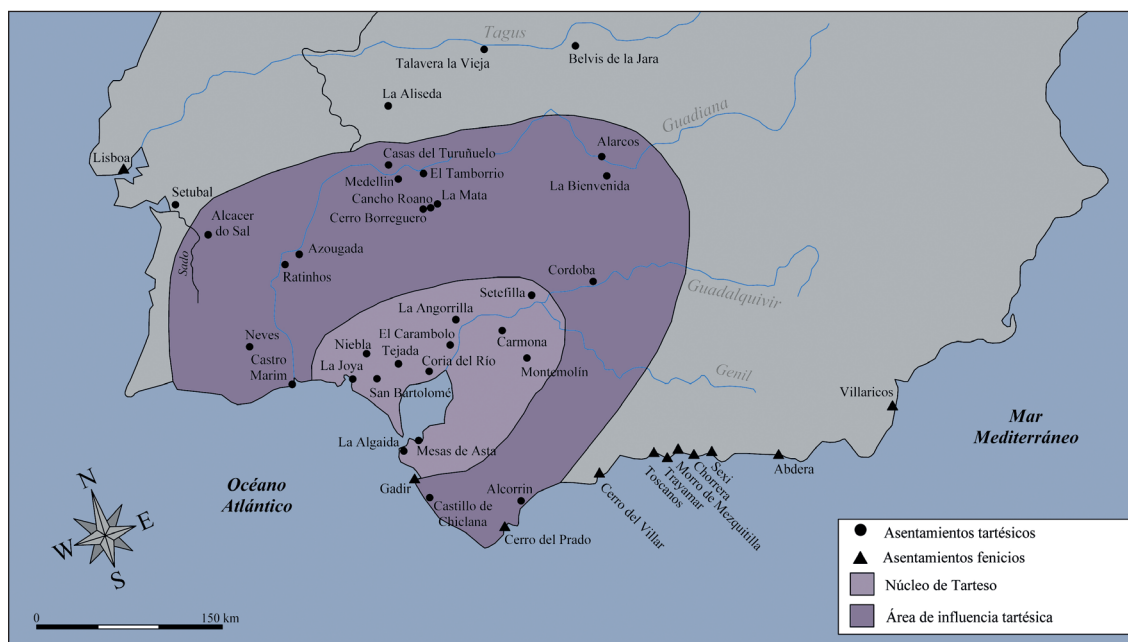


Fig. 1. Mapa del territorio de Tarteso. (Mapa de E. Rodríguez González y S. Celestino).

Para el afianzamiento de esta definición y la incorporación definitiva del valle medio del Guadiana a los territorios de la Tartésida, han sido determinante los hallazgos realizados en el yacimiento de Casas del Turuñuelo (Guareña, Badajoz). Este enclave, localizado en las Vegas Altas del Guadiana, es uno de los edificios construidos en tierra mejor conservado de la protohistoria del Mediterráneo occidental. El estado de preservación tanto de su arquitectura como de los materiales que aparecen en su interior, entre los que podemos destacar el interesante conjunto de importaciones o el sacrificio de animales recuperado en el patio, están siendo de gran utilidad en la documentación de una parte fundamental de la Historia de Tarteso, aquella que corresponde a su etapa final.

Pero para la documentación e investigación de esta fase de la historia, no disponemos únicamente de los resultados de las excavaciones llevadas a cabo en Casas del Turuñuelo. La información arqueológica procedente de los yacimientos del Guadiana Medio es nutrida. Así, al edificio de Casas del Turuñuelo podemos sumarle la excavación íntegra de otras dos construcciones de la misma tipología, Cancho Roano (Celestino 2022, con bibliografía) y La Mata (Campanario, Badajoz) (Rodríguez Díaz (ed.) 2004), así como la documentación de otras diez elevaciones que parece que se encargan de ocultar edificios de la misma naturaleza, lo que asegura una reserva arqueológica de excelente calidad siempre que su estado de conservación se asemeje al de los ejemplos conocidos (Rodríguez González 2018a); o los trabajos realizados en las necrópolis de El Pozo (Almagro-Gorbea 2017) o Valdelagrulla (Menéndez Menéndez *et alii* 2013), ambas en el entorno de la localidad de Medellín (Badajoz), por enumerar algunos de los ejemplos más conocidos en la literatura científica.

Gracias a la abundante documentación arqueológica procedente del Guadiana hoy podemos deducir la prosperidad que debió caracterizar a la etapa final de Tarteso. Así mismo, el excelente estado de

conservación de algunos de los contextos excavados anteriormente citados, caso de los correspondientes a la categoría de *edificios ocultos bajo túmulo*, está permitiendo identificar materiales o técnicas constructivas que hasta la fecha ignorábamos para estas cronologías, pues permanecen ausentes de los contextos arqueológicos del denominado núcleo de Tarteso.

Dicho esto, y antes de adentrarnos en la presentación de las últimas novedades en torno a las investigaciones que, desde el proyecto Construyendo Tarteso, venimos desarrollando para el conocimiento de la arqueología del valle medio del Guadiana durante la I Edad del Hierro, solo cabe plantear una última reflexión como punto de partida: si los hallazgos realizados en el valle medio del Guadiana se hubiesen producido en el valle del Guadalquivir o el entorno de Huelva, ¿alguien dudaría de su pertenencia a Tarteso?

2. LA IMPORTANCIA DEL PALEOPAISAJE

El buen estado de conservación que presentan los yacimientos del Guadiana Medio, se debe, en gran medida, a que casi todos son enclaves ubicados en el medio rural. Así, a excepción de algunos ejemplos, como el poblado protohistórico de Medellín, la situación que ocupan les ha permitido esquivar la destrucción a la que han sido sometidos otros asentamientos de raíz tartésica, como Huelva (*Onoba*) o Carmona (*Carmona*), cuya condición de ciudades superpuestas complica ahora la tarea de profundizar en sus niveles más antiguos y, con ello, de contribuir en el conocimiento de sus etapas protohistóricas.

De las tres categorías de asentamiento documentadas en el poblamiento protohistórico del valle medio del Guadiana (Rodríguez González 2022), son los *edificios tartésicos ocultos bajo túmulo* (Rodríguez González 2018b), junto con las necrópolis, los que mejor estado de conservación presentan (Fig. 2). En cierto modo, esta realidad se debe al empeño que sus moradores pusieron en su amortización y ocultamiento. Así, una de las características que comparten los 13 túmulos documentados hasta la fecha en el tramo medio del Guadiana es que todos ellos, a finales del siglo V a.C., fueron amortizados y ocultados siguiendo un mismo patrón que tenía, como ritual final, el sellado de las construcciones bajo un túmulo de tierra, lo que ha permitido que éstos lleguen hasta nosotros en un excelente estado de conservación 2500 años después de su ocultación.

A pesar de que contamos con un número destacado de estos edificios a lo largo de la cuenca media del Guadiana, no todos los enclaves han corrido la misma suerte. Frente al ya mencionado excelente estado de conservación que presentan los túmulos de Casas del Turuñuelo o del Turuñuelo de Villagonzalo (Badajoz), muchos otros, caso del túmulo de Cañada la Virgen (Puebla de la Calzada, Badajoz) o Las Lomas (Medellín, Badajoz), se han visto parcialmente destruidos o completamente arrasados. Este nivel de destrucción es consecuencia directa de la potente actividad agrícola que, desde principios del siglo XX, viene desarrollándose en estas fértiles tierras, hasta el punto de haber transformado por completo su apariencia original.

Desde la implantación del Plan Badajoz en los años 40 del siglo XX, la transformación del paisaje que caracteriza al Guadiana Medio no ha cesado, llegando incluso a incrementarse en los últimos años como consecuencia de la introducción de novedades tecnológicas que han sido puestas al servicio de la agricultura y la ganadería con el objetivo de mejorar su rendimiento (Romero Cuadrado 2009). Toda esta actividad no solo ha afectado a la conservación de los yacimientos, sino al medio físico, transformando la vegetación, al introducir nuevas especies que han desplazado a las autóctonas e, incluso, modificando la fisionomía del propio río Guadiana, arteria principal en torno a la cual se organiza el poblamiento de este territorio, no solo durante la protohistoria (Rodríguez González 2020b).

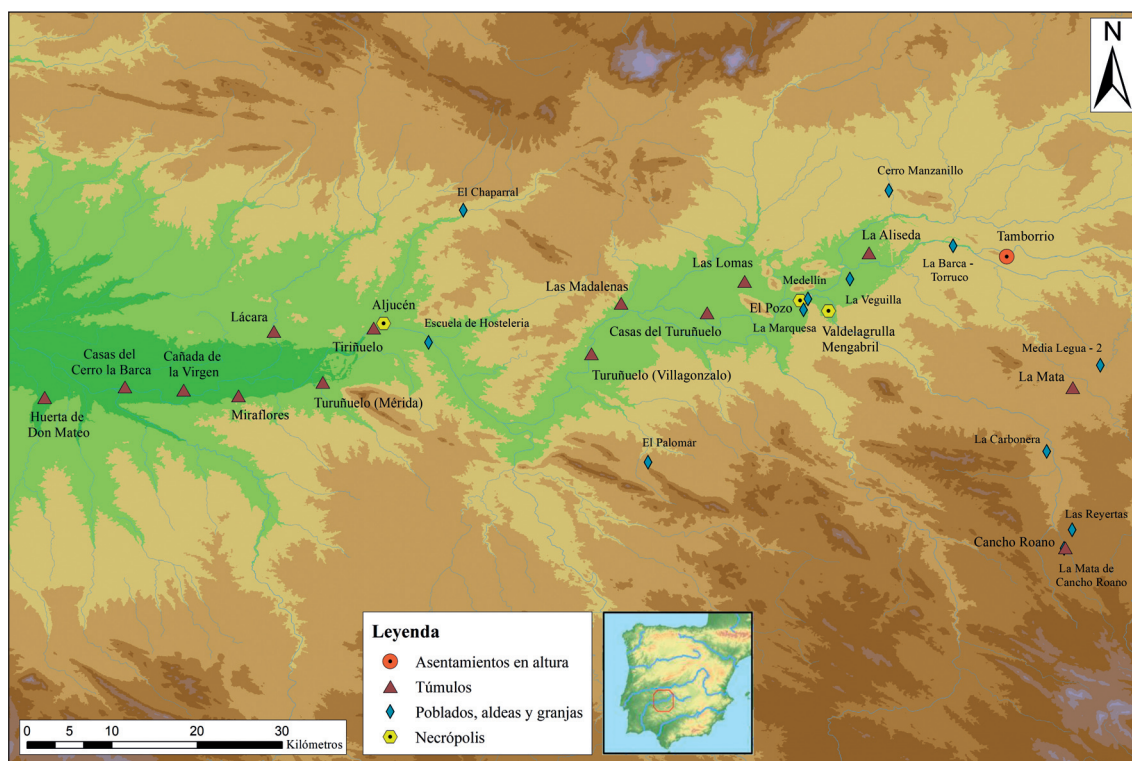


Fig. 2. Mapa del poblamiento del valle medio del Guadiana durante la I Edad del Hierro. (Elaboración propia).

Todos estos cambios derivan, indirectamente, en la descontextualización de los yacimientos, que son apartados de su marco original al perder su posición con respecto a los recursos que les rodean o al simbolismo que un determinado espacio posee. Dicho esto, y conscientes de la evolución que ha sufrido el paisaje en el último siglo, analizar el poblamiento de regiones tan transformadas, como es el caso del valle medio del Guadiana, teniendo en cuenta el aspecto que el territorio tiene en la actualidad, supondría incurrir en un grave error, pues la lectura o los resultados conseguidos estarían lejos de la realidad económica, política y social en la que el poblamiento de la I Edad del Hierro de este territorio se desarrollaba.

La reconstrucción del paleopaisaje del valle medio del Guadiana comienza por el análisis de los cauces de agua con el objetivo de devolverlos a su posición original, lo que nos permitirá evaluar la relación que se establece entre éstos y los asentamientos. La razón de iniciar los trabajos en este punto es muy simple: la transformación de las Vegas del Guadiana en un territorio adaptado al cultivo de regadío trajo aparejada la construcción de una infraestructura (pantanos, canales, acequias) que ha modificado el curso de algunos tramos del río, trasladando o desecando, incluso, algunas de sus arterias, brazos secundarios u afluentes, de tal modo que se trata de uno de los recursos naturales que más cambios ha sufrido desde la Antigüedad hasta la actualidad.

La importancia que el río Guadiana ha tenido en la articulación del territorio ha quedado patente en diversas ocasiones (Albuquerque *et alii* 2018). La investigación ha demostrado como el poblamiento de la I Edad del Hierro se articulaba en torno a esta importante arteria de agua (Rodríguez González 2018: 256) convertida en una vía de comunicación que conectó a los yacimientos de este territorio como así ha quedado demostrado a partir del análisis de las producciones anfóricas recuperadas en muchos de ellos (Rodríguez González *et alii* 2021). Así mismo, las tierras fértiles que se abrían a su paso constituyeron un

elemento fundamental en la obtención de recursos, siendo posiblemente una de las razones por las que el poblamiento de este territorio se incrementó entre los siglos VII – V a.C.

Para la reconstrucción del paleocauce del Guadiana se han combinado los datos procedentes de la geografía actual, a partir del uso de Modelos Digitales del Terreno y los datos aportados por los vuelos LiDAR, con los registros que la Confederación Hidrográfica del Guadiana (CHG) posee de aquellas Áreas con Riesgo Potencial Significativo de Inundación (ARPSI). Gracias a esta metodología se ha podido estimar el área dentro de la cual se ha movido el cauce del Guadiana y el de algunos de sus principales afluentes, lo que ha permitido evaluar la posición que los distintos enclaves poseen con respecto a los cursos de agua.

Aunque todavía queda mucho trabajo por realizar a este respecto, la aplicación de esta metodología ha posibilitado la apertura de dos líneas de investigación de gran interés. Por un lado, hemos conseguido reinterpretar el paisaje funerario del Guadiana Medio al constatar cómo las necrópolis de la I Edad del Hierro estuvieron separadas de los núcleos de población de los que dependían por un curso de agua actualmente amortizado y colmatado (Rodríguez González y Paniego 2021). Así, hemos observado cómo un brazo del Guadiana separaba la necrópolis de El Pozo del poblado de Medellín, o cómo un brazo el río Ortega, uno de los principales afluentes del Guadiana, dividía el espacio entre la necrópolis de Valdelagrulla y el mencionado poblado (Fig. 3). Mientras, por otro lado, se ha abierto una nueva línea de trabajo en torno a las causas que provocaron el abandono y clausura de los túmulos del Guadiana.

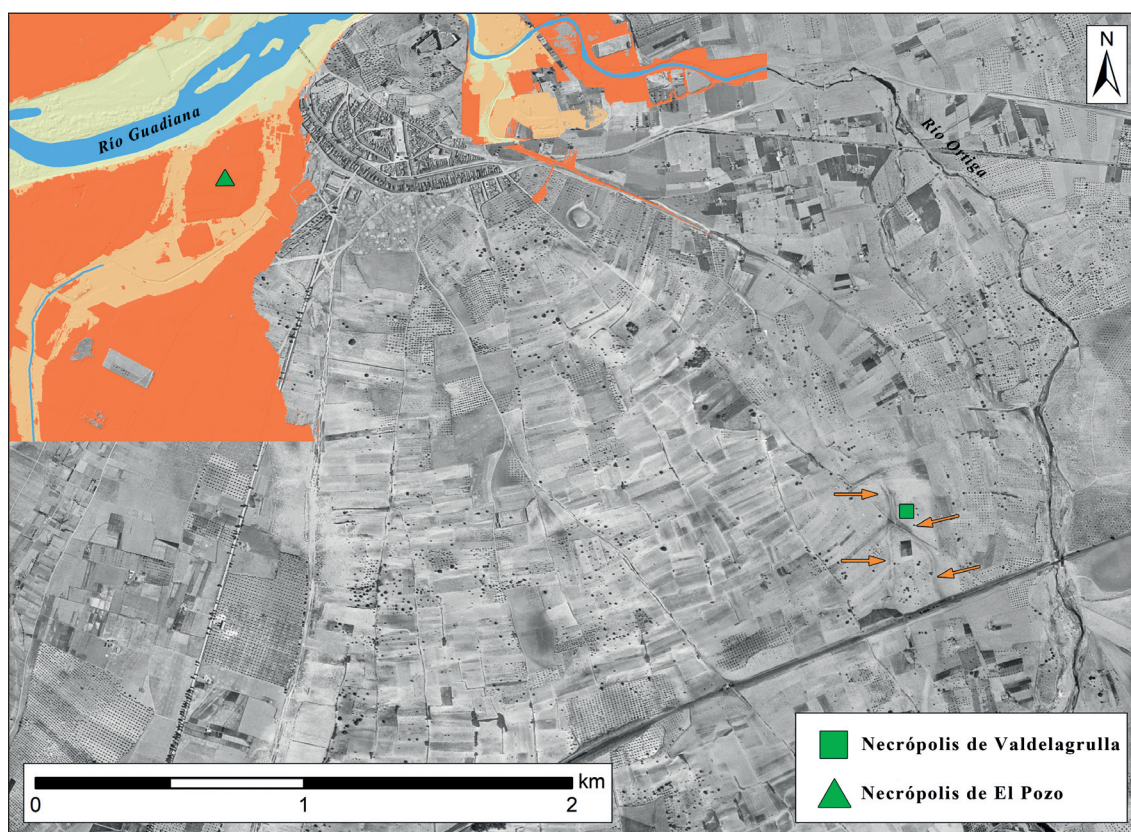


Fig. 3. Mapa de localización de las necrópolis de El Pozo y Valdelagrulla (Medellín, Badajoz) donde se muestra la existencia de brazos de los ríos Guadiana y Ortega que se encargaban de separar los espacios funerarios del poblado. Base cartográfica: fotograma del Vuelo Americano B (1956-1957) combinado con el análisis ARPSI, este último solo aplicado al análisis espacial de la necrópolis de El Pozo. (Elaboración propia).

Al hilo de esta última hipótesis de trabajo, la teoría tradicional consideraba la presión de los pueblos de la Meseta como la causa principal que había desembocado en la ‘Crisis del 400 a.C.’, evento con el que se ponía fin al poblamiento de la I Edad del Hierro del Guadiana Medio (Rodríguez Díaz 2009: 209), dando paso a la denominada como ‘*Cultura de los Oppida*’ (Almagro-Gorbea y Martín Bravo (eds.), 1994). Sin embargo, la detección de un nivel de inundación en las excavaciones del sacrificio de animales del patio de Casas del Turuñuelo y la corroboración, gracias al diseño de modelos predictivos de inundación, de que varios de los *edificios tartésicos ocultos bajo túmulo* fueron objeto de uno de estos eventos de inundación que afectan a este territorio en períodos de 500 años (Rodríguez González *et alii* 2021) (Fig. 4), han permitido entrar a valorar la posibilidad de que aconteciese un período de intensas lluvias que imposibilitara el cultivo de la tierra, llegando incluso a anegar algunas construcciones, lo que desembocaría en la clausura y abandono del poblamiento de esta región.

Para afianzar esta línea de trabajo será necesario completar la reconstrucción del paleopaisaje mediante su reconstrucción geomorfológica a partir de la combinación de los datos digitales con los que hemos trabajado hasta el momento y la fotografía histórica, pues el objetivo es corroborar la existencia en el paisaje de los paleocauces detectados gracias al modelo digital. Esta tarea es en ocasiones compleja, pues muchos de los cauces del Guadiana están hoy en día amortizados y ocupados por nuevos campos de cultivo. Así mismo, los cambios en el registro climático serán constatados con el análisis de las semillas y los carbones recuperados en las excavaciones de yacimientos como Casas del Turuñuelo, donde su presencia es abundante y su estado de conservación bueno. El objetivo es determinar si fueron especie vegetales que se cultivaron en época seca o húmeda. Los resultados de estos análisis se completarán con la aplicación de otras técnicas de documentación como la cementocronología, método que permite, mediante la observación del crecimiento del cemento dental de los molares de los animales, determinar la estacionalidad de su muerte y el momento en el que éstos fueron seleccionados para su sacrificio.

La combinación de todos estos datos nos dotará de una excelente documentación con la que contribuir en la reconstrucción del paleopaisaje del Guadiana Medio. Este ejercicio es fundamental si queremos, posteriormente, realizar una lectura histórica correcta en la que se conjugue la información procedente tanto del estudio del yacimiento como de su contexto espacial.

3. NOVEDADES EN TORNO AL POBLAMIENTO DEL VALLE MEDIO DEL GUADIANA DURANTE LA I EDAD DEL HIERRO.

El estudio del poblamiento del valle medio del Guadiana durante la I Edad del Hierro ha sido objeto de diversos trabajos de síntesis que nos proporcionan, en la actualidad, un buen conocimiento de los restos arqueológicos que caracterizan a este territorio entre finales del siglo VII a.C. e inicios del siglo IV a.C. (Almagro-Gorbea 1977; Rodríguez Díaz y Enríquez 2001; Celestino y Rodríguez González (eds.) 2017; Rodríguez González 2018; 2022; Celestino y López Ruiz 2020). A ellos se suman ahora las novedades arqueológicas de la última década, gracias a las cuales podemos ahondar en el conocimiento de dos de las categorías de asentamiento que caracterizan al modelo de ocupación de este espacio: los poblados y los denominados *edificios tartésicos ocultos bajo túmulo*.

En lo que al estudio de los poblados respecta, la documentación de la que disponemos para caracterizar a esta categoría de asentamiento no es, ni mucho menos, abundante. Sin embargo, recientes investigaciones en torno al actual casco urbano de la localidad de Medellín, permiten ahora presentar una nueva lectura que suma un ejemplo más al listado de poblados de la I Edad del Hierro en el valle medio del Guadiana.

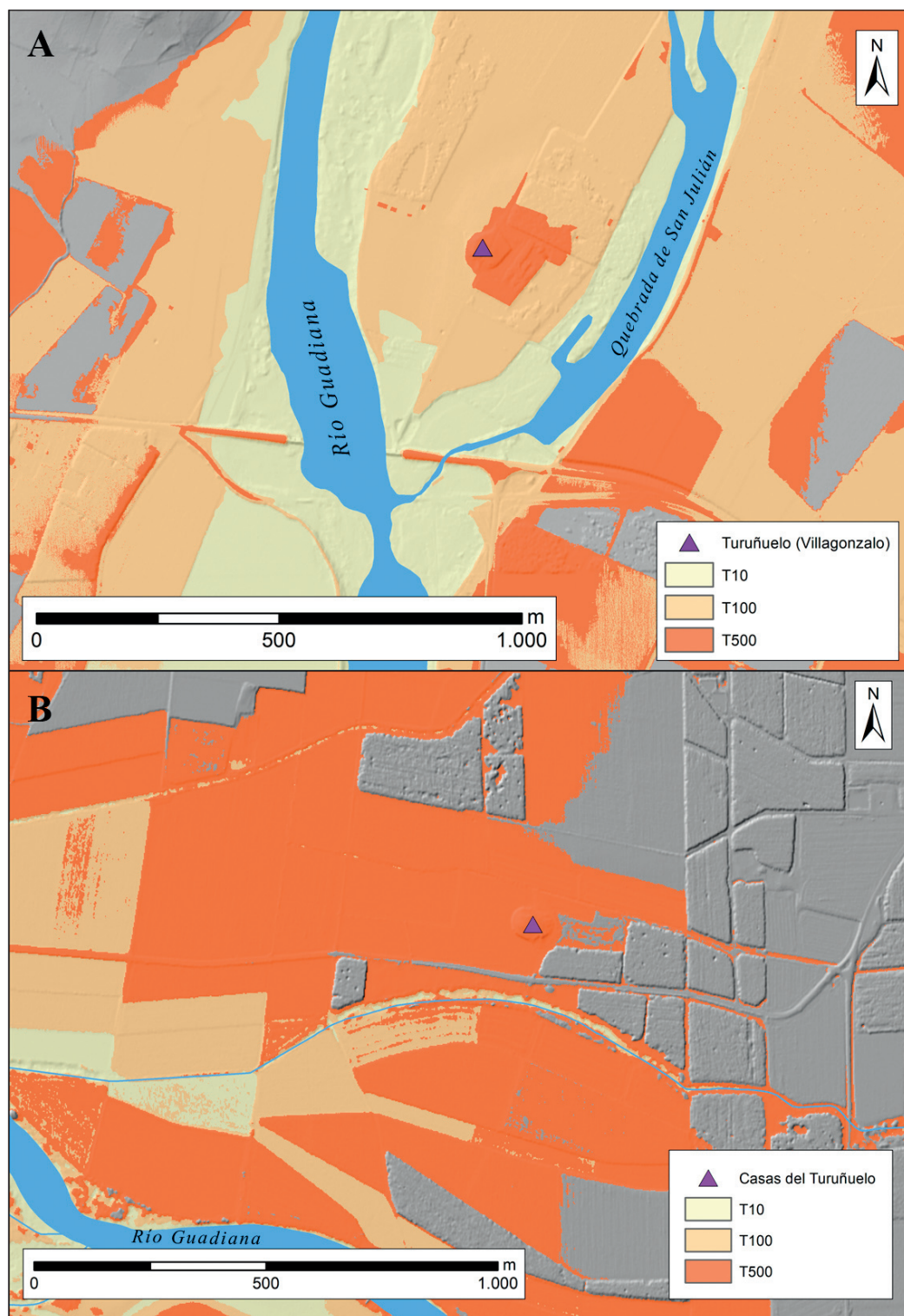


Fig. 4. Cartografía obtenida de la combinación de los datos LIDAR y los análisis ARPSI realizados a los ejemplos de El Turuñuelo (Villagonzalo, Badajoz) (a) y Casas del Turuñuelo (Guareña, Badajoz) (b) donde se aprecia como el evento T500 afectó a ambos enclaves inundando las construcciones y el territorio circundante. (Mapas elaborados por P. Paniago y E. Rodríguez González).

Tradicionalmente, Medellín ha sido caracterizado como un yacimiento en altura tipo *oppidum*. Sin embargo, la revisión de los datos arqueológicos y de la bibliografía correspondiente a este enclave, ya han puesto de manifiesto en repetidas ocasiones (Celestino 2005; Rodríguez González 2018b: 95-ss), la dificultad de sostener la hipótesis que defiende la identificación de este asentamiento con una ciudad-estado (Almagro-Gorbea 2008c) que algunos autores han definido como una auténtica ‘capital del valle’ (Rodríguez Díaz *et alii* 2004: 584).

Frente a ello, nuevas intervenciones arqueológicas llevadas a cabo en el casco urbano de la localidad de Medellín, bajo la dirección de los técnicos de patrimonio de la Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Patrimonio Cultural de la Junta de Extremadura, han puesto de manifiesto la existencia de niveles de ocupación que pueden fecharse en el siglo VI a.C. Se trata de los resultados obtenidos en la excavación de un solar ubicado en la Avenida del Guadiana (Fig. 5), al que podemos sumar los restos recuperados en el número 3 de la calle Nueva. Aunque los datos publicados al respecto de este último son preliminares (Guerra *et alii* 2022), pues en su presentación apenas se han descrito los trabajos arqueológicos realizados y los materiales recuperados, la presencia de una serie de estructuras fabricadas con cantos rodados, asociados a varios niveles de uso o pavimentos de arcilla apisonada, han llevado a sus excavadores a definir este espacio como ámbito de uso doméstico. Sin embargo, su importancia radica en que la presencia de estas evidencias arqueológicas, bajo el actual núcleo urbano de Medellín, vienen a confirmar la existencia de un poblado de cronología tartésica a los pies de la ladera sur del cerro del Castillo, y no en la cumbre de éste.

A pesar de los abundantes trabajos arqueológicos, principalmente de prospección, que se han realizado en las vegas del Guadiana Medio (Mayoral *et alii* 2009; Rodríguez Díaz *et alii* 2009; Sevillano *et alii* 2013), apenas tenemos constancia de la existencia de cuatro poblados más pertenecientes al poblamiento de este espacio en la I Edad del Hierro. Se trata de los ejemplos de La Marquesa (Medellín, Badajoz) (Sevillano *et alii* 2013), La Veguilla (Medellín, Badajoz) (Rodríguez Díaz *et alii* 2009) y el Cerro de la Barca – Torruco (Villanueva de la Serena, Badajoz) (Rodríguez González 2018b: 134), todos ellos documentados mediante trabajos de prospección; y El Palomar (Oliva de Mérida, Badajoz), el único ejemplo en el que se han llevado a cabo trabajos de excavación.

Las intervenciones arqueológicas realizadas en El Palomar únicamente han sido objeto de dos publicaciones en las que se recoge, de forma preliminar, los resultados obtenidos en los trabajos de excavación (Jiménez Ávila y Ortega 2001; 2008). Sin embargo, y a la espera de que el material asociado a las estructuras sea publicado, se trata del poblado en llano mejor conocido de este territorio. Fechado entre finales del siglo VII a.C. y finales del siglo VI a.C., el urbanismo de este enclave se organiza en torno a calles delimitadas por espacios de viviendas a las que se asocian hórreos o pequeños almacenes de grano de uso doméstico. Así mismo, ha podido identificarse un espacio abierto, a modo de plaza, frente al que se dispone un edificio que, por su arquitectura, ha sido identificado como una construcción de funcionalidad cultural, así como un extenso almacén que ha llevado a sus excavadores a resaltar el papel que este enclave desempeñaría en la explotación agrícola de su entorno. Finalmente, y aunque El Palomar no ha sido excavado en extensión, los trabajos arqueológicos realizados en su entorno permiten afirmar que su superficie alcanzaría las 4 hectáreas.

A tenor de la dispersión que presentan los restos arqueológicos fechados en la I Edad del Hierro y documentados en las intervenciones realizadas en el actual casco antiguo de Medellín, podemos estimar que la extensión de este poblado debió alcanzar las 15 hectáreas. Para su delimitación hemos tenido además en cuenta otro factor: el área que no se ve afectada por las crecidas del Guadiana. Así, gracias al diseño de los modelos predictivos correspondientes a las Áreas con Potencial Riesgo de Inundación, además de corroborar la existencia del brazo del Guadiana que separaba los espacios de necrópolis del



Fig. 5. Cartografía de la actual localidad de Medellín (Badajoz) donde se indican las distintas intervenciones arqueológicas relacionadas con la presencia de materiales o estructuras fechadas en la I Edad del Hierro. 1. Cata Este del Teatro. 2. Patio Occidental del Castillo. 3. Corte 1 (1991). 4. Corte 2 (1991). 5. SMRO (2012). 6. Sondeo Orientalizante. 7. Necrópolis de El Pozo. 8. Calle Mayor. 9. Antiguo Campo de Fútbol. 10. 'La Abuela'. 11. Cuartel de la Guardia Civil. 12. Portaceli. 13. Plaza de Hernán Cortes. 14. Avenida del Guadiana. 15. Calle Nueva. (Elaboración propia).

poblado, hemos podido delimitar el territorio que quedaba al resguardo de las crecidas producidas cada 500 años, lo que nos lleva a deducir que es en ese punto donde se localiza el poblado en llano de la I Edad del Hierro de Medellín. Dicha ubicación cuenta además con otra ventaja añadida, la proximidad de la ocupación a las tierras con mayor potencial agrícola, aquellas que las crecidas del Guadiana bañan cada 10 y 100 años y de las que estos enclaves de poblamiento se encuentran protegidos (Fig. 6).

La incorporación de Medellín a la categoría de poblados en llano convierte a El Tamborrio (Villanueva de la Serena, Badajoz) (Walid y Pulido 2013) en el único enclave en altura del sistema de poblamiento. Por sus características, tanto por su excelente ubicación, en la confluencia entre los ríos Guadiana y Zújar, como porque se encuentra dotado de muralla, este enclave ha sido identificado como un *oppidum* (Rodríguez González, 2018: 255). Su localización, en el extremo más oriental del valle medio del Guadiana, nos lleva a cuestionar la capacidad que este asentamiento tendría para controlar, a nivel político y económico, el territorio de su entorno, dada las distancias que lo separan de los edificios bajo túmulo localizados en el área más occidental del valle. Por ello, es lógico plantear la existencia de otro enclave, de similares características, en el otro extremo del valle, cuyo papel fuese garantizar el equilibrio político de este espacio.

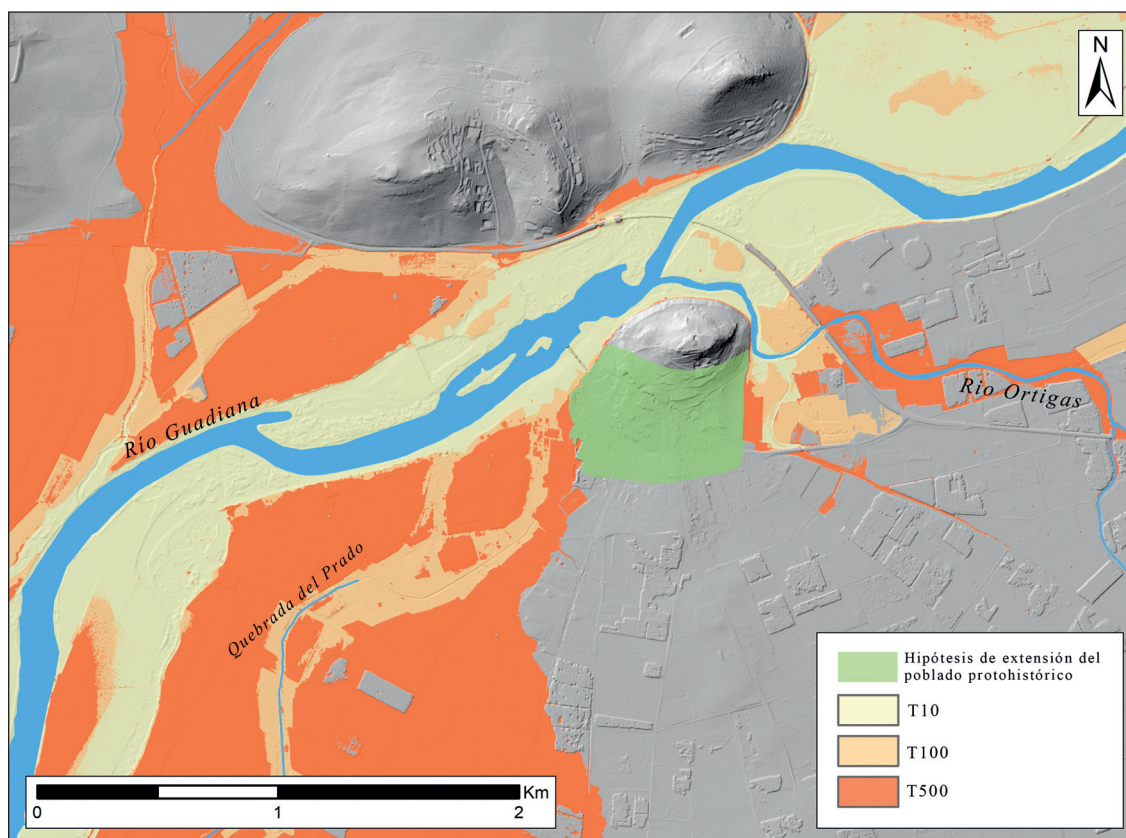


Fig. 6. Cartografía obtenida de la combinación de los datos LIDAR y los análisis ARPSI aplicados al territorio de Medellín. Al sur del cerro del Castillo se extiende el área que queda al límite de las crecidas, espacio donde proponemos la ubicación del poblado correspondiente a la I Edad del Hierro (Elaboración propia).

Las novedades en torno al estudio de los denominados *edificio tartésicos ocultos bajo túmulo* vienen de la mano del proyecto de investigación, Construyendo Tarteso, en cuyo marco se insertan las excavaciones en el edificio de Casas del Turuñuelo (Guareña, Badajoz). Hasta la fecha se han efectuado cinco campañas de trabajo de campo (2015, 2016, 2017/18, 2022 y 2023) que han permitido excavar, aproximadamente, un 35% del yacimiento que se esconde bajo el túmulo (Fig. 7).

El excelente estado de conservación de los restos arqueológicos recuperados ha favorecido a que nuestro conocimiento de la etapa final de Tarteso se vea incrementado. Así, gracias a la preservación de su arquitectura hoy podemos atribuir a las culturas prerromanas del suroeste de la Península Ibérica conocimientos técnicos y materiales que con anterioridad se creían introducidos por culturas posteriores. Es el caso del uso de la bóveda, documentada en la estancia 100 del yacimiento (Rodríguez González y Celestino 2017) o la existencia del primer mortero de cal producido de manera antrópica en la península ibérica, empleado en la fabricación de los bloques que conforman los escalones inferiores de la escalera monumental del patio (Rodríguez González *et alii* 2020).

Junto a la monumentalidad de su arquitectura, los restos materiales confirman la importancia política y económica que el edificio de Casas del Turuñuelo debió ostentar durante su periodo de uso, estimado entre finales del siglo VI y a lo largo de todo el siglo V a.C. Un ejemplo de ello son los materiales de importación localizados durante los trabajos de excavación. Entre ellos sobresalen los cuencos de vidrio, cuatro en total, cuyas analíticas han permitido determinar que su lugar de procedencia es el Mediterráneo

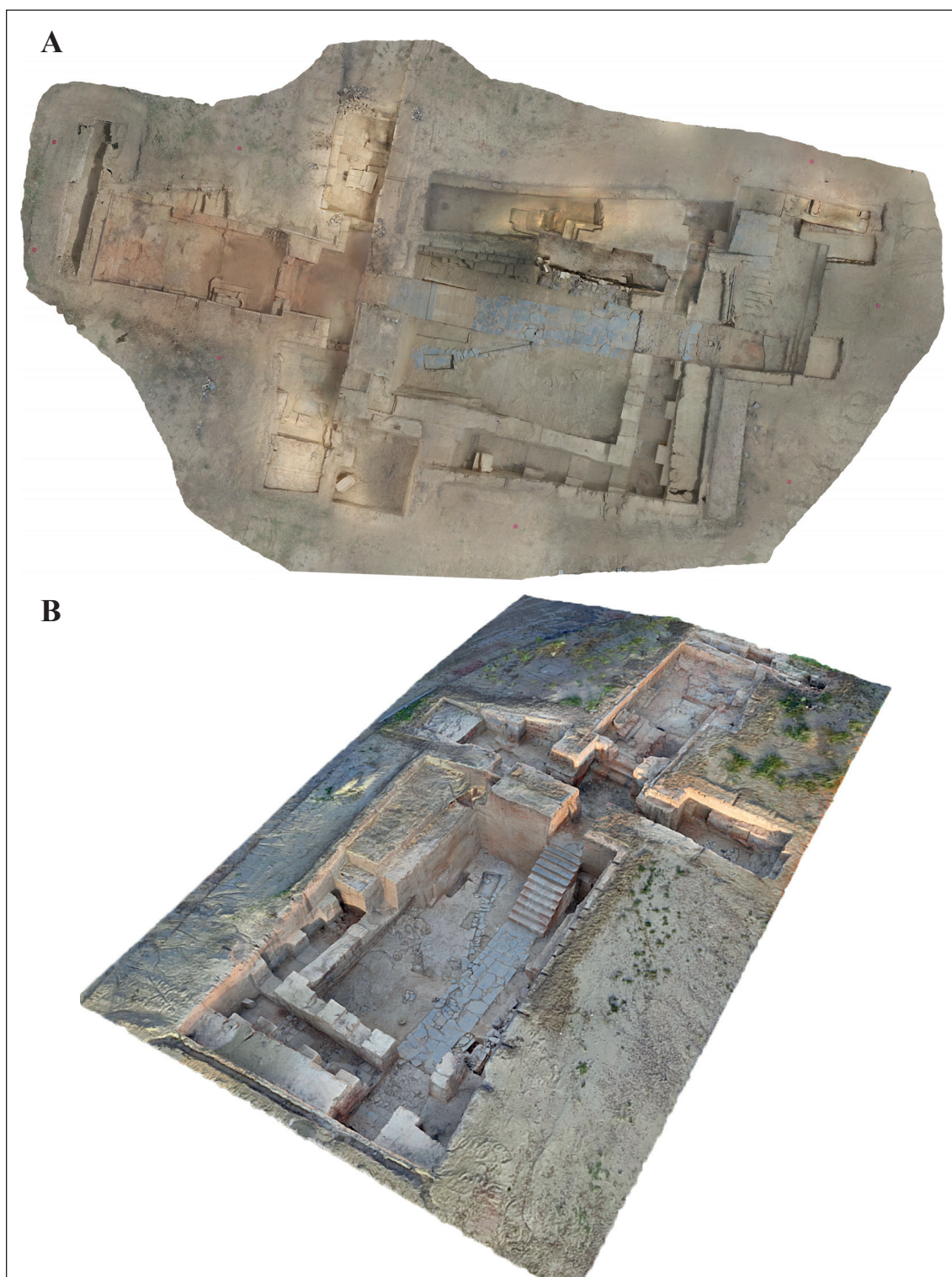


Fig. 7. A. Vista cenital extraída del modelo fotogramétrico realizado del edificio de Casas del Turuñuelo (Guareña, Badajoz) tras finalizar la IV Campaña de Excavaciones (septiembre 2022). B. Fotografía aérea del túmulo tomada tras finalizar la III Campaña de Excavación en el yacimiento de Casas del Turuñuelo (Guareña, Badajoz) en el año 2018. (Proyecto Construyendo Tarteso).

Oriental, posiblemente Macedonia (Grecia), dado que es allí donde se localizan sus paralelos más cercanos; o los restos de la parte inferior de una escultura de mármol, de la que se conservan el pedestal y los pies, ambos policromados, fabricados con mármol del Pentélico (Atenas, Grecia) (Celestino y Rodríguez González 2019) (Fig. 8).

La presencia de estas producciones en las tierras del interior, alejadas de cualquier puerto de comercio de carácter marítimo, nos ha llevado a reabrir una línea de investigación, tiempo atrás propuesta por el profesor Joan Maluquer de Motes (1983; 1985), tras la documentación de una importante colección de cerámica ática en el yacimiento de Cancho Roano (Gracia 2003). El objetivo es determinar las rutas de comercio a través de las cuales están llegando a los yacimientos del Guadiana Medio, objetos de procedencia mediterránea, un conjunto en el que no solo se incluyen las producciones griegas antes mencionadas, sino también los objetos de pasta vítrea o los marfiles, cuyo origen puede situarse en el Próximo Oriente o en Etruria. Gracias a ello podremos identificar el punto de partida de las influencias que están llevando a los pobladores del Guadiana Medio no solo a emplear los materiales de importación en sus actividades cotidianas sino también a emularlos. Es el caso de las copas de imitación para el consumo del vino (Celestino *et alii* 2017), de las cuales se ha podido recuperar un interesante y numeroso lote procedente de la estancia del banquete de Casas del Turuñuelo (Rodríguez González y Celestino 2019); así como de los denominados vasos capulliformes localizados en el yacimiento de Cancho Roano (Maluquer 1981: 90, Fig. 29). Se trata de vasos de cerámica, fabricados a mano, cuyos paralelos más cercanos, producidos en oro o en plata, se han recuperado en contextos funerarios del norte de Grecia. La localización de materiales de importación procedentes de esta región mediterránea en yacimientos del interior peninsular nos permite valorar a posibilidad de que, en los mismos cargamentos en los que viajan los cuencos de vidrio o la escultura de mármol del Pentélico hallada en Casas del Turuñuelo, viajasen este tipo de vasos capulliformes cuya forma comienza a imitarse, del mismo modo que se copian las copas áticas para el consumo del vino (Fig. 9).



Fig. 8. Materiales de importación documentados en el patio de Casas del Turuñuelo (Guareña, Badajoz). A. Conjunto de cuencos de vidrio de origen Mediterráneo oriental. B. Fragmento de escultura de mármol del pentélico. Fotografía general de la pieza y fotografía de detalle de uno de los pies (Proyecto Construyendo Tarteso).



Fig. 9. Conjunto de vasos capulliformes procedentes del yacimiento de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz). (Elaboración propia).

Con el objetivo de definir las rutas de comercio mediterráneas a través de las cuales están llegando estos materiales de importación hacia el interior, nuestro propósito es recuperar la denominada ‘Ruta de los Santuarios’ y siguiendo la estela de algunos investigadores que ya han contribuido en el conocimiento de esta línea de investigación (Domínguez Monedero 1993; 2013; Blánquez 2000), explorar su posible uso para conectar la costa levantina con territorios como el Guadiana Medio. Sin embargo, la finalidad última de esta investigación no es solo definir las rutas comerciales, sino determinar a cambio de qué productos o dones se efectuaban estas transacciones, pues debemos remarcar que los enclaves del Guadiana Medio carecen de salida al mar, lo que los sitúa muy alejados de las principales rutas de comercio marítimo encargadas de la distribución de este tipo de manufacturas.

Tras el parón que las labores de campo en el yacimiento de Casas del Turuñuelo sufrieron entre los años 2019 y 2022, los trabajos arqueológicos en este enclave han vuelto a reanudarse y a concentrarse en la excavación de las puertas este y norte del patio. El objetivo es conocer cómo se distribuye la circulación por el edificio, analizando las

conexiones entre los diferentes ámbitos, al mismo tiempo que valoramos cómo fueron introducidos y depositados los animales sacrificados sobre el suelo del patio de este edificio (Celestino y Rodríguez González 2019). Al respecto de este contexto, no entraremos a valorar en el presente trabajo la naturaleza y disposición de la hecatombe de Casas del Turuñuelo, dado que ya una de las investigadoras que lidera su excavación y estudio, realiza una exposición detallada del mismo en uno de los capítulos de este volumen.

Un último aspecto sobre el que resulta importante incidir y en el que Construyendo Tarteso está siendo también pionero, es en la aplicación de nuevas herramientas para la reconstrucción virtual del patrimonio. En esta línea, en el modelado 3D de Casas del Turuñuelo se ha implementado una novedosa metodología basada en tecnología de renderizado en Tiempo Real, concretamente el motor Unreal Engine (Rodríguez González *et alii* 2023) (Fig. 10). Así, las herramientas diseñadas para el desarrollo de videojuegos se ponen, por primera vez, al servicio de la divulgación patrimonial, permitiéndonos aprovechar las ventajas que ofrecen, caso de la velocidad de cálculo, las mejoras en la iluminación o la inmediatez de los resultados.

En el marco de nuestra investigación, la calidad gráfica del modelo 3D resultante posibilita su uso para estudios arquitectónicos o estructuras, por poner quizás el ejemplo más claro; sin embargo, el objetivo de

esta línea de trabajo sobrepasa los intereses estrictamente científicos, pues es quizás en el campo de la divulgación donde mayor rendimiento pueda sacarse al empleo de esta tecnología. Su aplicación a disciplinas como la educación o el turismo permitirá acercar a la comunidad los resultados de un proyecto de investigación del que participan diversos grupos de trabajo e instituciones, lo que permite que nuestro conocimiento sobre el edificio de Casas del Turuñuelo sea tan nutrido.



Fig. 10. Reconstrucción virtual del yacimiento de Casas del Turuñuelo (Guareña, Badajoz) mediante la aplicación de tecnología de renderizado en tiempo real, UnrealEngine 5. (a) Vista desde el oeste de la estancia 100. (b) vista desde el este del patio. (Proyecto Construyendo Tarteso).

4. UN NUEVO MARCO CRONOLÓGICO Y GEOGRÁFICO PARA TARTESO

Desde el hallazgo del tesoro de Aliseda en 1920, las evidencias en torno a Tarteso procedentes de las tierras del interior no han parado de crecer. Yacimientos como Cancho Roano o la necrópolis de El Pozo, a los que indudablemente debemos sumar el edificio de Casas del Turuñuelo, ante el avance científico que los hallazgos y las investigaciones en este enclave están suponiendo, son una clara representación de una etapa final de prosperidad que experimenta la cultura tartésica tras enfrentarse a un periodo de decadencia acontecido en su núcleo territorial a finales del siglo VI a.C.

Las evidencias arqueológicas documentadas en el valle medio del Guadiana muestran la existencia de un período de estabilidad, tanto a nivel económico, como político y social, entre finales del siglo VII a.C. y finales del siglo IV a.C., momento en el que el poblamiento tartésico de esta región se desconfigura y desaparece. Dicha estabilidad queda atestiguada por varias razones: la inexistencia de contextos de conflicto, el crecimiento que experimentan algunos yacimientos como Cancho Roano, reconstruido y ampliado hasta en tres ocasiones, la llegada continua de importaciones y bienes de prestigio y en el final coetáneo que experimenta el poblamiento de esta región, reflejado en el ritual de enterramiento y ocultación al que son sometidos los edificios monumentales del Guadiana. Así, gracias a la majestuosidad de su arquitectura y a la intencionalidad de su ocultación, la información procedente de estos contextos está siendo fundamental para reconstruir diversos aspectos de la cultura tartésica. Paradójicamente, es esa región de la periferia, excluida por muchos investigadores del territorio de Tarteso y, por supuesto, de su cultura, el que mejores datos está aportando para su conocimiento en los últimos años.

Dicho todo esto, no podemos finalizar esta exposición sin defender un nuevo marco cronológico y territorial para Tarteso. Una primera etapa, denominada *Tartésico inicial u oriental* (siglos VIII – VII a.C.) debe enmarcarse tras los primeros contactos con la población oriental que llega de manos de la colonización a finales del siglo IX a.C., siendo su mejor expresión las diferentes colonias fundadas a lo largo de las costas mediterráneas y atlánticas peninsulares. La segunda etapa, el *Tartésico Pleno* (siglos VII – VI a.C.), tiene su desarrollo en torno al valle del Guadalquivir y Huelva y es consecuencia de un proceso de hibridación en el que participa tanto la población oriental como la local. El final de esta etapa se fija con la “Crisis del siglo VI a.C.”, momento que coincide con la inauguración de un nuevo modelo de poblamiento en el valle medio del Guadiana, de fuerte personalidad, con el que se inaugura la tercera y última etapa, el *Tartésico Final* (siglos VI – V a.C.). Las similitudes que las evidencias arqueológicas documentadas en el Guadiana Medio guardan con los restos procedentes del núcleo de Tarteso, el valle del Guadalquivir, hacen imposible no conectar ambas regiones, que claramente son partícipes de un fenómeno cultural que comparte una misma raíz.

A finales del siglo V a.C. o principios del siglo IV a.C. el modelo de poblamiento de las tierras del interior entra en crisis, por unas causas que todavía resultan en parte desconocidas, suponiendo el final o, mejor dicho, la descomposición, de aquella realidad que nosotros englobamos bajo el término Tarteso. La diversidad cronológica, social y territorial que lo caracteriza no permite entenderlo o definirlo como una cultura homogénea. Al contrario, debemos interpretarlo como una construcción plural de la que participan diferentes componentes sociales, lo que deriva en la construcción de una cultura que comparte diversos aspectos, caso de la religión o el ritual de enterramiento, pero que mantiene sus propias particularidades en cada uno de los territorios en los que se desarrolla.

Para la investigación sigue quedando una tarea pendiente: determinar si los grupos sociales que habitaron el suroeste de la Península Ibérica entre los siglos VIII – IV a.C. se denominaron a sí mismo tartésios o cuál fue la realidad a la que hacían referencia los viajeros griegos cuando acuñaron este nombre. Por el momento, nosotros seguiremos empleando el término para denominarlos, quizás a la espera de que la epigrafía llegue algún día a nuestro rescate.

AGRADECIMIENTOS

Esta publicación es parte del proyecto de I+D+i ‘Construyendo Tarteso 2.0. Análisis constructivo, espacial y territorial de un modelo arquitectónico en el valle medio del Guadiana, PID2019-108180GB-I00 (2020-2023), financiado por MCIN/AEI/10.13039/501100011033. Así mismo, este trabajo de investigación se ha llevado a cabo gracias a la Ayuda IJC2019-040888 financiada por MCIN/AEI/10.13039/501100011033.

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV. 1969: *Tartessos y sus problemas. Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, Barcelona.
- ALBUQUERQUE, P., PEREIRA, C. Y TEIXEIRA, S. 2018: “Elementos y perspectivas para el estudio del Anas como frontera en la Antigüedad: fuentes clásicas, registro arqueológico y epigrafía”, *Revista Onoba*, 06: 185-203.
- ALMAGRO-GORBEA, M. 1977: *El Bronce Final y el Periodo Orientalizante en Extremadura*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, XIV, Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (dir.) 2006: *La necrópolis de Medellín. I. La excavación y sus hallazgos*, Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (dir.) 2008a: *La necrópolis de Medellín. II. Estudio de los hallazgos*, Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (dir.) 2008b: *La necrópolis de Medellín. III. Estudios Analíticos, IV. Interpretación de la necrópolis, V. El marco histórico de Medellín-Conisturgis*, Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M. 2008c: “Medellín-Conisturgis: reinterpretación geográfica del suroeste de Iberia”, *Boletim da Sociedade de Geografia de Lisboa*, serie 126, nº 1-12: 89-115.
- ALMAGRO-GORBEA, M. 2017: “Paisaje y estructuras funerarias de la necrópolis de Medellín”, en Adroit, S. y Graells, R. (eds.), *Arquitecturas funerarias y memoria. La gestión de las necrópolis en Europa occidental (ss. X-III a.C.)*. Archeologia Nuova Serie, 4, Venosa: 143-166.
- ALMAGRO-GORBEA, M. Y MARTÍN BRAVO, A. M^a. (eds.) 1994: *Castros y oppida en Extremadura*. Complutum Extra, 4, Madrid.
- CAMPOS, J. Y ALVAR, J. (eds.) 2013: *Tarteso. El emporio del Metal*, Córdoba.
- CELESTINO PÉREZ, S. 2005: “El período orientalizante en Extremadura y la colonización tartésica del interior”, en Celestino Pérez, S. y Jiménez Ávila J. (eds.), *El Período Orientalizante, Anejos de Archivo Español de Arqueología*, XXV, vol. II, Mérida: 767-786.
- CELESTINO PÉREZ, S. 2022: *Cancho Roano. Un santuario tartésico en el valle del Guadiana*, Córdoba.
- CELESTINO PÉREZ, S., GRACIA, F. Y RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, E. 2017: “Copas para un banquete. La distribución de cerámicas áticas en Extremadura”, en Aquilué, X., Cabrera, P. y Orfila, M. (eds.), *Homenaje a Glòria Trias Rubiés. Cerámicas griegas de la Península Ibérica: cincuenta años después (1967-2017)*, Barcelona: 140-149.
- CELESTINO PÉREZ, S. Y LÓPEZ RUIZ, C. 2020: *Tarteso y los fenicios de occidente*, Córdoba.
- CELESTINO PÉREZ, S. Y RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, E. (eds.) 2017: *Territorios comparados: los valles del Guadalquivir, el Guadiana y el Tajo en época tartésica. Anejos del Archivo Español de Arqueología*, LXXX, Mérida.
- CELESTINO PÉREZ, S. Y RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, E. 2019: “Un espacio para el sacrificio: el patio del yacimiento tartésico de Casas del Turuñuelo (Guareña, Badajoz)”, *Complutum*, 30-2: 343-366.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. 1993: “Mecanismos, rutas y agentes comerciales en las relaciones económicas entre griegos e indígenas en el interior peninsular”, *Economia i Societat a la Prehistòria i Món Antic. Estudis d’Historia Econòmica*: 39-74.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. 2013: “La aportación de Joan Maluquer de Motes al conocimiento de la presencia griega en la Península Ibérica”, *Revista d’Arqueologia de Ponent*, 23: 393-405.
- ESCACENA, J. L., GÓMEZ PEÑA, A. Y PÉREZ AGUILAR, L. (eds.) 2019: *Caura. Arqueología en el estuario del Guadalquivir*, Spal Monografías de Arqueología, XXVI, Sevilla.

- FERNÁNDEZ FLORES, A. Y RODRÍGUEZ AZOGUE, A. 2022: *Tartessos desvelado. La colonización fenicia del suroeste peninsular y el origen y ocaso de Tarteso* (1^{er} ed. 2017), Córdoba.
- FERNÁNDEZ FLORES, A., RODRÍGUEZ AZOGUE, A., CASADO, M., PRADOS, E. (coord.) 2014: *La necrópolis de época tartésica de La Angorrilla (Alcalá del Río, Sevilla)*, Sevilla.
- GRACIA, F. 2003: “Las cerámicas áticas del palacio-santuario de Cancho Roano”, en Celestino Pérez, S. (ed.), *Cancho Roano VIII. Los materiales arqueológicos I*, Mérida: 21-194.
- GUERRA, S., JIMÉNEZ, J. Y GARRIDO, P. 2022: “Restos arqueológicos documentados en el inmueble n.º 3 de la calle Nueva de Medellín (Badajoz)”, en Jiménez, J., Bustamante, M. y Heras, J. (eds.), *X Encuentro de Arqueología en el Suroeste Peninsular*, Zafra: 758-800.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. Y ORTEGA, J. 2001: “El poblado orientalizador de El Palomar (Oliva de Mérida, Badajoz). Noticia preliminar”, en Ruiz Mata, D. y Celestino Pérez, S. (eds.), *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid: 227-248.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. Y ORTEGA, J. 2008: “El poblamiento en llano del Guadiana Medio durante el período post-orientalizador”, en Jiménez Ávila, J. (coord.), *Sidereum Ana I. El río Guadiana en época postorientalizador*. Anejos de Archivo Español de Arqueología, XLVI, Mérida: 251-281.
- MALUQUER DE MOTES, J. 1981: *El santuario protohistórico de Zalamea de la Serena, Badajoz, 1978-1981*. PIP Andalucía y Extremadura, Barcelona.
- MALUQUER DE MOTES, J. 1983: *El santuario protohistórico de Zalamea de la Serena, Badajoz II, 1981-1982*. PIP V, Barcelona.
- MALUQUER DE MOTES, J. 1985: “En torno al comercio protohistórico terrestre y marítimo griego en el Sudeste”, en *VI Congreso Internacional de Arqueología Submarina*, Madrid: 475-482.
- MAYORAL, V., CERRILLO, E. Y CELESTINO PÉREZ, S. 2009: “Métodos de prospección arqueológica intensiva en el marco de un proyecto regional: el caso de la comarca de La Serena (Badajoz)”, *Trabajos de Prehistoria*, 66-1: 7-25.
- MENÉNDEZ MENÉNDEZ, A., SANABRIA, D., SÁNCHEZ HIDALGO, F., GIBELLO, V. Y JIMÉNEZ ÁVILA, J. 2013: “La necrópolis orientalizador de Valdelagrulla (Medellín, Badajoz). Datos preliminares”, en Jiménez, J., Bustamante, M. y García Cabezas, M. (eds.), *VI Encuentro de Arqueología del Suroeste*, Villafranca de los Barros: 1000-1029.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. 2009: *Campesinos y “señores del campo”. Tierra y poder en la protohistoria extremeña*, Barcelona.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (ed.) 2004: *El edificio protohistórico de “La Mata” (Campanario, Badajoz) y su estudio territorial*, Cáceres.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. Y ENRÍQUEZ, J. J. 2001: *Extremadura tartésica. Arqueología de un proceso periférico*, Barcelona.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A., PAVÓN, I. Y DUQUE, D. 2004: “La Mata”: macroespacio y contexto histórico”, en Rodríguez Díaz, A. (ed.), *El edificio protohistórico de “La Mata” (Campanario, Badajoz) y su estudio territorial*, Cáceres: 573-619.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A., PAVÓN, I. Y DUQUE, D. 2009: “Contexto territorial e histórico”, en Rodríguez Díaz, A., Duque, D. y Pavón, I. (eds.), *El caserío de Cerro Manzanillo (Villar de Rena, Badajoz) y la colonización agraria orientalizador en el Guadiana Medio*. Memorias de Arqueología Extremeña, 12, Cáceres: 183-322.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, E. 2022: *El final de Tarteso. Arqueología protohistórica del valle medio del Guadiana*. Serie Ataquina, 12, Mérida.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, E. 2020a: “Tarteso y lo Orientalizador. Una revisión historiográfica de una confusión terminológica y su aplicación a la cuenca media del Guadiana”, *Lucentum*, XXXIX: 113-129.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, E. 2020b: “¿Y los campesinos dónde están? Una propuesta de análisis para el estudio de campesinado y su aplicación en el valle medio del Guadiana durante la I Edad del Hierro”, *Complutum*, 31-2: 219-303.

- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, E. 2018a: "The Tartessian Tumuli of the Guadiana", *Rivista di Studi Fenici*, 46: 117-135.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, E. 2018b: *El poblamiento del valle medio del Guadiana durante la I Edad del Hierro*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, XXXIV, Madrid.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, E. Y CELESTINO PÉREZ, S. 2017: "Las estancias de los dioses: la habitación 100 del yacimiento de Casas del Turuñuelo (Guareña, Badajoz)", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 43: 179-194.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, E. Y CELESTINO PÉREZ, S. 2019: "Primeras evidencias de un banquete: análisis arquitectónico y material de la estancia S-1 del yacimiento de Casas del Turuñuelo (Guareña, Badajoz)", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 45: 179-202.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, E., CASALS, J. Y CELESTINO PÉREZ, S. 2023: "The application of Real-Time redering technology to the virtual reconstruction of archaeological heritage: the example of Casas del Turuñuelo (Guareña, Badajoz, Spain)", *Virtual Archaeology Review*, 14: 38-53.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, E., CELESTINO PÉREZ, S., DORADO, A. Y RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, M. 2020: "Stairway to Tarteso's Heaven: la escalera monumental del yacimiento de Casas del Turuñuelo (Guareña, Badajoz, España). Primeras evidencias de la fabricación de bloques de mortero de cal en la península ibérica", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada*, 30: 425-457.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, E. Y PANIEGO, P. 2021: "Enterrarse en comunidad. Mecanismos para el análisis y la reconstrucción del paleopaisaje funerario de las necrópolis tartésicas", *Zephyrus*, LXXXVIII: 87-110.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, E., PANIEGO, P. Y CELESTINO PÉREZ, S. 2021: "Lost Landscape: a combination of LiDAR and APSFR Data to located and contextualize archeological site in river environments", *Remote Sensing*, 13-3506: 1-28.
- ROMERO CUADRADO, C. 2009: *Aspectos económicos ligados a las explotaciones creadas por el Plan Badajoz*. Servicio de publicaciones del Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino, Madrid.
- SEVILLANO, L., MAYORAL, V., SALAS, E., LICERAS, R. Y HERAS, F. J. 2013: "Detectando prácticas agrarias antiguas en el territorio sur de Medellín. La expresión material de las actividades agrícolas protohistóricas del suroeste peninsular", en Jiménez Ávila, J., Bustamante, M. y García Cabezas, M. (eds.), *Actas del VI Encuentro de Arqueología del Suroeste*, Villafranca de los Barros: 1032-1063.
- WALID, S. Y PULIDO, J. J. 2013: "El poblado fortificado de la Edad del Hierro del Cerro de Tamborrio (Entrerriós, Villanueva de la Serena, Badajoz)", en Jiménez Ávila, J., Bustamant, M. y García Cabezas, M. (eds.), *Actas del VI Encuentro de Arqueología del Suroeste*, Villafranca de los Barros: 1179-1224.

TARTESO Y EL CUADRANTE SUROCCIDENTAL DE LA MESETA. CONTEXTOS Y MATERIALES EN BUSCA DE UNA DEFINICIÓN CULTURAL¹

MAR ZARZALEJOS PRIETO*

RESUMEN

La continuidad de las investigaciones arqueológicas sobre el periodo comprendido entre los siglos VIII y VI a. C. en los territorios pertenecientes a la cuenca alta del Guadiana permite ofrecer una lectura expansiva del fenómeno tartésico. Aunque el conocimiento sobre la etapa es aún bastante fragmentario por razones que se explican en el texto, las evidencias que van viendo la luz ilustran unos procesos genéticos con bases materiales muy semejantes a las de la región extremeña en el periodo indicado. Se reivindica, en definitiva, la incorporación de este territorio del cuadrante suroccidental de la Meseta en el ámbito territorial de Tarteso.

PALABRAS CLAVE

Alto Guadiana. Tarteso, La Bienvenida, Alarcos, colonización tartésica.

ABSTRACT

The continuity of archaeological research on the 8th to 6th centuries BC in the territories located in the upper Guadiana valley allows us to offer an expansive reading of the Tartessian phenomenon. Knowledge about this period is still fragmentary for reasons explained in the text, but the evidence known today shows genetic processes with material bases very similar to those of the Extremadura region in the period analysed. In short, the incorporation of this territory in the south-western quadrant of the Meseta into the territorial sphere of Tartessus is defended.

KEY WORDS

Upper Guadiana basin, Tartessus, La Bienvenida, Alarcos, tartessian colonization.

* Dpto. de Prehistoria y Arqueología. Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED). mzarzalejos@geo.uned.es

¹ Este trabajo se ha realizado en el marco del proyecto Producción y circulación de bienes en el reborde meridional de la Meseta (sur de la provincia de Ciudad Real) entre la Prehistoria reciente y el fin de la Antigüedad, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación (ref. PID2019-105094GB-I00).

1. INTRODUCCIÓN

La celebración de un congreso sobre Tarteso cuyo eje temático es la ampliación de sus “fronteras” tiene importantes implicaciones desde el punto de vista conceptual. Entendemos que se trata, por un lado, de abrir los límites geográficos del fenómeno, como vía para el necesario reenfoque de Tarteso como problema histórico. Pero es muy posible que dicho título persiga también introducir en la discusión la apertura de la frontera temporal del fin de Tarteso, que se ha venido situando con cierto consenso en las décadas centrales del siglo VI a. C. y que desde hace unos años se prolonga en fases más tardías en un reducto situado en tierras extremeñas. Nuestra aportación tiene que ver con lo primero. En este caso, hay que empezar diciendo que la apertura de fronteras físicas no puede hacerse sin la correspondiente apertura mental que diluya la relación excluyente de Tarteso con Andalucía que ha venido orientando el debate desde hace décadas. En realidad, y como ya hemos expresado en otros lugares (Zarzalejos *et alii* 2016), este cauce de análisis amplio se abrió por primera vez en el Simposio Internacional celebrado en Mérida en 2003, aunque la bandera enarbolada en aquella ocasión fuera la del Periodo Orientalizante (Celestino y Jiménez Ávila (eds.) 2005). Años después, el I Congreso Internacional *Tarteso, el Emporio del metal*, celebrado en Huelva en 2011 propuso en su manifiesto final una definición de Tarteso como una cultura “del suroeste peninsular” (Alvar y Campos (eds.) 2013: 651-654), que, aunque algo laxa, parece ya admitir la ampliación geográfica del fenómeno si lo que se entiende por “suroeste” es el correspondiente cuadrante peninsular.

El programa de este II Congreso Internacional *Tarteso, nuevas fronteras* consolida felizmente esta visión amplia, que parte de la dialéctica entre colonos orientales y comunidades locales en el Mediterráneo (Sesión I) como campo de observación de los diferentes fenómenos de interacción y mestizaje que se producen en otros paisajes ribereños del *Mare Nostrum*. Se trata, a nuestro juicio, de una buena ilustración de la operatividad del calificativo “Orientalizante”, que algunos creemos que sigue siendo útil para encuadrar un fenómeno panmediterráneo con matices y ritmos diferentes en las regiones afectadas (Belén 2020: 120).

Pero será en la Sesión III donde se materialice la perspectiva de un espacio geográfico dilatado para Tarteso, vertebrado por los grandes ejes fluviales que drenan el cuadrante suroccidental de la península Ibérica. Precisamente, en esta revisión de las “geografías tartésicas” es donde se inscribe esta contribución, centrada en las tierras pertenecientes al sector suroccidental de la Meseta, un ámbito adscrito a la cuenca alta y el contacto con el Guadiana medio y que se configura como un espacio de encuentro con el suroeste andaluz a través de las conexiones con el cordobés valle de los Pedroches; con Extremadura por el valle del Zújar y con la Alta Andalucía franqueando los pasos de Sierra Morena Central y Oriental hacia el sur de la Meseta. Se trata de una vasta región, coincidente en buena medida con diversas comarcas de la actual provincia de Ciudad Real (valle de Alcudia-Sierra Madrona, Campo de Calatrava, La Mancha y Campo de Montiel). Su situación en el mapa peninsular, abierta también a relaciones con el norte y el este de la Meseta, explicará su condición de crisol de diversas corrientes culturales en un *tempo* histórico comprendido entre los siglos IX-VI a. C. Fruto de ello serán las peculiaridades “regionales” perceptibles a través de diversos segmentos de la cultura material, especialmente de las tradiciones vasculares, que constituyen el mejor campo de análisis para visualizar estos contactos por la propia naturaleza de los hallazgos, como se verá en su lugar oportuno. Empezaremos por enunciar brevemente los factores condicionantes que limitan el conocimiento sobre esta etapa en la cuenca alta del Guadiana, para mostrar después los indicadores “culturales” identificados y algunos contextos y conjuntos de cultura material que ayudan a encuadrar su definición cultural.

2. UNA BASE DE CONOCIMIENTO FRAGMENTARIA

El conocimiento sobre esta etapa apoya en gran medida en la información derivada de algunos yacimientos arqueológicos de la provincia de Ciudad Real que vienen siendo objeto de estudio entre mediados de los años 90 y 2012 en el marco del entonces denominado Plan de excavaciones sistemáticas de Castilla-La Mancha y que han mantenido cierta continuidad en la investigación hasta el presente, con diferentes figuras patrimoniales y bajo el auspicio de las convocatorias competitivas de proyectos de intervención arqueológica y paleontológica de Castilla-La Mancha a partir de 2014. La suma de todas estas evidencias materiales invita a ofrecer una visión conjunta capaz de arrojar algo de luz a una etapa histórica que hasta hace apenas 30 años representaba un llamativo vacío entre las florecientes culturas del Bronce Medio y la iberización.

La mayor parte de los yacimientos que son objeto de investigación sistemática se corresponden con núcleos pluriestratificados, en los que las evidencias correspondientes a esta etapa se encuentran en la base de las estratigrafías o bien sus restos han sido amortizados y se exhuman en posición secundaria. Estas circunstancias explican las limitaciones hoy existentes para disponer de una base de datos fundamentada en una estratigrafía horizontal de estas ocupaciones, que pueda darnos idea de la entidad, configuración urbanística y función de estos yacimientos en el escenario general del estudio sobre Tarteso.

El primer lugar en ofrecer información contextualizada sobre este particular fue el yacimiento de La Bienvenida (Almodóvar del Campo), sede de la antigua *Sisapo*, situado en el sector centro-occidental del valle de Alcudia, un corredor natural de dirección O-E que conecta el sur de Ciudad Real con Extremadura y el este de la Meseta. La realización del sondeo estratigráfico A1 ab en el área central del yacimiento en la primera mitad de los años 90 dio cuenta de una fundación remontable a fines del siglo VIII-inicios del VII a. C., con indicadores materiales que desde el inicio manifestaban relaciones con los ambientes tartésicos del Suroeste andaluz (Fernández Ochoa *et alii* 1994; Zarzalejos 1995; Zarzalejos *et alii* 2012, entre otros). El principal valor de este descubrimiento fue el de proporcionar una secuencia que permitía conocer con muy pocas discontinuidades la dinámica de relaciones en este sector extremo de la Meseta entre las fechas indicadas y el momento de su paso bajo el control de Roma. Será precisamente su condición de ciudad romana monumental superpuesta a un *oppidum* protohistórico lo que dificulte la investigación en extensión de los vestigios correspondientes a su primera ocupación, por no hablar del grado de afección sufrido por estos restos en el curso de las acciones de construcción y desmonte de estructuras a lo largo de los siglos.

En realidad, estos datos de La Bienvenida estaban precedidos por diversos hallazgos descontextualizados en diferentes lugares de la provincia de Ciudad Real. En unos casos se trataba de descubrimientos de superficie, en otros, de materiales en posición secundaria aparecidos en yacimientos como Alarcos, que solo más recientemente han podido asociarse a estructuras y contextos de uso. En efecto, en este importante *oppidum*, localizado en la margen izquierda del Guadiana, era frecuente el hallazgo de materiales cerámicos del Bronce Final-Hierro I fuera de contexto desde las primeras campañas de excavación (García Huerta y Fernández Rodríguez 2000: 49). Desde inicios de este siglo, este equipamiento cerámico comenzó a relacionarse con estructuras construidas en el corte C-23 del sector IV (Fernández Rodríguez 2000: 129) y, más recientemente, se han descubierto contextos y nuevos restos de estructuras de este momento en las catas U18, U 11 y U 15, en el sector III (García Huerta *et alii* 2020: 23), como después se verá con más detalle. Precisamente, será en esta zona de la ladera sureste del cerro, libre de las ocupaciones de época ibérica y medieval, donde se conserven testimonios correspondientes a las etapas de ocupación más antigua, pero aún no se han realizado intervenciones en extensión.

Parecido fenómeno de una ocupación en ladera se observa también en el Cerro de las Cabezas (Valdepeñas). Parece que el primer hábitat pudo ubicarse en las zonas bajas del yacimiento cercanas al río Jabalón, desde donde el hábitat ascendería a zonas más altas, pudiendo tratarse del momento de la

primera configuración del *oppidum* (Esteban *et alii* 2003: 14). La fase más antigua se relacionó con estructuras de habitación en forma de estancias cuadrangulares o semiovaladas con zócalo de mampostería y alzados de barro y pavimentos de arena rojiza, cal y cenizas (Vélez y Pérez Avilés 1987: 174). Como en el caso de Alarcos, hasta la fecha, la investigación de esta fase no ha tenido continuidad, por lo que los datos aún son muy parciales y no permiten madurar hipótesis sobre la entidad y carácter del hábitat correspondiente a la etapa de transición Bronce Final-Hierro I.

Otro importante yacimiento que pudo registrar una ocupación de este momento es Calatrava la Vieja (Carrión de Calatrava). Las excavaciones, centradas hasta la fecha en la potente fase medieval, no han exhumado estructuras y contextos de la época que nos interesa, pero sí han aparecido materiales en posición secundaria que parecen apostillar la existencia de una ocupación remontable a la misma, por más que carezcamos de una ilustración más precisa sobre su naturaleza y extensión (Blanco *et alii* 2012). También se han detectado materiales en superficie en el *oppidum* de *Mentesa Oretana* (Villanueva de la Fuente), otro de los lugares centrales en época ibérica y romana en el este sector del Sur de la Meseta (Benítez de Lugo, Esteban y Hevia 2004: 58).

Por su parte, los hallazgos de superficie son ya numerosos, aunque, obviamente, desconocemos prácticamente todo sobre estas ocupaciones, salvo su propia existencia. Unos se encuadran en prospecciones de los años 80, como las llevadas a cabo en diversos lugares del Campo de Montiel, como Almedina, Alcubillas y La Pizarrilla (Cózar) (Pérez Avilés 1985). Otros han sido objeto de trabajos más recientes, como el significativo conjunto de localizaciones identificado en las márgenes del Jabalón, en el entorno del Cerro de las Cabezas. En esta área, destacan yacimientos en terraza, como Casa de Rana (Marqués 2013) y otros situados en llano, como Casa de Marzán, Casa de Cachiporro I, Vado de las Guijas y Puente de San Miguel I (Torres *et alii* 2016). En las zonas más orientales del Campo de Montiel se han detectado también materiales de esta adscripción en lugares como Huerta de Aguas I y Vado de las Piedras, en la margen derecha del pantano de Peñarroya (Rico *et alii* 1997: 257) y posiblemente relacionados con el importante poblado de Mesa del Almendral (Ossa de Montiel), ya en tierras de Albacete, con abundantes materiales en superficie que parecen remitir al Bronce Final (Ocaña y Gómez Laguna 2000).

Las circunstancias que rodean a los hallazgos sobre esta etapa en la cuenca alta del Guadiana y que se acaban de exponer de manera tan sintética explican la ralentización del proceso de generación de nuevos datos que enriquezcan o modifiquen de manera sustantiva las visiones que venimos ofreciendo desde hace años (Fernández Ochoa *et alii* 1994; Zarzalejos 1995; Zarzalejos *et alii* 2012; Zarzalejos *et alii* 2016), si bien en esta ocasión nos haremos eco de algunas novedades en yacimientos como Alarcos o La Bienvenida que hacen posible una relectura.

Pero a estos problemas “endógenos” se añade también el poco interés de una parte de la investigación por debatir o incorporar estos datos al diálogo común, como pone de manifiesto la ausencia reiterada de este espacio en muchos y muy recientes mapas de Tarteso, lo que a veces hace pensar que se trata de una realidad incómoda o con difícil encaje en los discursos contruidos desde el área nuclear tartésica o desde la vecina región extremeña. Se percibe, en definitiva, una cierta tendencia a cerrar el foco de la investigación en círculos geográficos excesivamente apegados a realidades del presente, cuando en el periodo que estudiamos, lógicamente, no existían las fronteras que hoy delimitan nuestras comunidades autónomas. A veces, lamentablemente, da la sensación de que prospera la necesidad de alimentar una afirmación regional mal entendida, restituyendo una cultura diferencial que levanta barreras donde no las hubo. Por tanto, rompamos también esas fronteras invisibles en este foro tan abierto y plural y podremos analizar la cuestión de Tarteso sin prejuicios y desde una mayor amplitud de miras para entender los múltiples y complejos procesos de ida y vuelta que pudieron tener lugar en un escenario más amplio del que se suele acotar.

3. UN BRONCE FINAL EVANESCENTE

El Bronce Final es uno de los periodos peor conocidos en el ámbito que nos ocupa. Aunque en ocasiones hayamos achacado este déficit informativo a un sesgo de la investigación, más interesada en las llamativas manifestaciones del Bronce manchego (Zarzalejos *et alii* 2012: 16), lo cierto es que los hallazgos encuadrables en esta etapa continúan siendo muy pobres años después, por lo que probablemente habrá que pensar en otras causas para explicar el fenómeno (Fernández Rodríguez 2012: 43). En efecto, esta zona -objeto de una intensa ocupación calcolítica, quizás prolongada hasta las fases centrales de la Edad del Bronce-, se encuentra durante el Bronce Pleno y buena parte del Bronce Final en una situación de marcada atonía ocupacional que parece dibujar un paisaje apenas poblado (Zarzalejos *et alii* 2016: 61). El mapa de identificaciones recoge una serie de ítems dispersos, y generalmente descontextualizados, que apuntan la apertura de este territorio a influencias culturales de procedencia diversa o, al menos, una cierta frecuentación o paso por estas tierras de gentes de diferente origen, pero no se dispone de información sobre asentamientos “estables” (Fig. 1). Uno de estos indicadores materiales son las cerámicas de Cogotas I, de presencia puntual pero interesante por ratificar la conexión entre ambas mesetas. Así, en Alarcos están presentes materiales de esta filiación en la zona de la Alcazaba, donde aparecen en los derrumbes de tapial de los muros medievales. Se han recuperado cerámicas incisas rellenas con pasta blanca y de boquique, con decoraciones sencillas que se han relacionado con el “Horizonte Protocogotas”, datado entre fines del siglo XVI-inicios del XV a. C. y finales del siglo XIII a. C. (Fernández Rodríguez 2012: 53-54). También se registra la presencia de este marcador cerámico en la Plaza de Moros (Malagón) (Nájera y Molina 1977: 279), Alcázar de San Juan (Nájera y Molina 1977: 279; Blasco 1986: 360), la Motilla del Azuer (Martín Morales *et alii* 1993: 41; Nájera y Molina 2004), los sitios de Amelgares y Colonia Nueva, en Miguelturra (Zarzalejos *et alii* 2012: 17-18) y Calatrava la Vieja (Blanco *et alii* 2012: 101-102; Miguel Naranjo 2020: 164-165). El único yacimiento en el que estos materiales se documentan en un contexto estratigráfico es la Motilla del Azuer, donde aparecen en los niveles más superficiales de la fortificación adscritos al Bronce Tardío (mediados del s. XIII-fines del XI a. C.) (Nájera y Molina 2004: 205-206; Abarquero 2005: 282). El dato es interesante también por tratarse del único lugar del que se dispone de una datación radiocarbónica del 1270±90 a. C., lo que nos sitúa en un horizonte temporal equivalente a un Bronce Final I en otras periodizaciones (Ruiz-Gálvez 1995: 83). Este hallazgo tiene el valor adicional de confirmar la llegada de cerámicas de Cogotas I a un asentamiento ocupado desde el Bronce Medio, que en fechas más avanzadas mantiene y potencia sus recursos defensivos.

Salvo en el citado caso de la Motilla del Azuer, en el resto de las localizaciones no es posible conocer la relación entre estos materiales y los asentamientos, por lo que no se pueden hacer inferencias culturales con algún fundamento sobre los interlocutores locales de estos intercambios, si es que los había. Por el momento, tan sólo puede afirmarse que este eje N-S que atraviesa las tierras del Alto Guadiana parece ser la ruta seguida por estos grupos entre los valles del Tajo y el Guadalquivir, donde las cerámicas de Cogotas I tienen una destacada presencia detectada hace ya varias décadas.

Otro conjunto de indicadores del Bronce Final en la cuenca alta del Guadiana corresponde ya al tránsito entre el II y el I milenio a. C. y toma cuerpo en forma de elementos relacionados con la metalurgia y la orfebrería del Bronce Atlántico. Se trata, nuevamente, de hallazgos carentes de contexto arqueológico, entre los que hay que mencionar el célebre brazalete de Alcudia (Almagro-Gorbea 1977: 54-56; Perea 1991: 97-98; Pereira 1994: 44). Esta pieza, realizada en oro, está formada por diez varillas de sección circular, trabajadas con martillo y rematadas en los extremos por placas decoradas con incisiones verticales. Se trata de un elemento de prestigio adscrito al complejo Sagrajas/Berzocana (Ruiz-Gálvez 1984; Perea 1995: 73), lo que representa la penetración hacia el suroeste de la Meseta de este tipo de orfebrería, cuya área original de circulación se localiza en Extremadura. En última instancia, este hallazgo avalaría la existencia de una elite que emplea este tipo de objetos como un indicador de estatus social o como un elemento representativo del linaje (Rodríguez, Pavón y Duque 2018: 217).



La conexión con el mundo atlántico vuelve a materializarse en el hallazgo del hacha de talón de El Embocadero (Torralba de Calatrava) (Ciudad 1986: 25-26) y, sobre todo, en el importante depósito de armas aparecido en Puertollano en el año 2000 (Fernández Rodríguez y Rodríguez de la Esperanza 2002), que contiene una de las mayores acumulaciones de espadas recuperada en hallazgos de este tipo. Los estudios tecnológicos determinan que se trata de una metalurgia anterior al cambio tecnológico en el horno que introduce la colonización fenicia, con escasas impurezas (Montero *et alii* 2002: 19). Las características tipológicas sitúan este depósito en el Bronce Final III, hacia el 950 a. C. Su composición, exclusivamente de armas y con piezas aún aptas para el uso junto a otras inútiles para el combate, hacen pensar que nos hallamos ante un ocultamiento ritual en el que se procedió a enterrar las armas del enemigo vencido, posiblemente en el escenario donde se llevó a cabo la lucha (Fernández Rodríguez y Rodríguez de la Esperanza 2002: 131). De aceptarse esta hipótesis habría que pensar en ocupaciones aún desconocidas por vía arqueológica, ya que una interpretación de este tenor podría ser un testimonio material de la existencia de conflictos de poder entre diferentes grupos, sirviendo el depósito de las armas del vencido como hito de delimitación territorial. Estas “ausencias” materiales o estratigráficas sobre los lugares de ocupación podrían relativizarse, habida cuenta del carácter poco visible que posee el registro arqueológico relacionado con estos elementos, consecuencia, en parte, de sus modelos de aprovechamiento económico – fundamentados en prácticas ganaderas estacionales- y en una ritualidad funeraria sin huella en el registro arqueológico. Como fuera, lo cierto es que no disponemos de datos de ocupación remontables al Bronce Final, a diferencia de lo que sucede en la vecina Extremadura, donde en torno al 1100 cal. BC proliferan ya poblados como Alange, Medellín, Entreríos, Magacela, Aliseda, etc. (Rodríguez, Pavón y Duque 2018: 218). En todo caso, parece probada la frecuentación del valle de Alcudia por grupos vinculados al mundo atlántico, por lo que esta vía transversal debió ser uno de los ejes de penetración de estas influencias desde el ámbito extremeño. Los hallazgos de Torralba de Calatrava y Puertollano pueden ser hitos de esta conexión con Extremadura a través del valle de Alcudia, aunque también pudieron formar parte de la ruta norte-sur que enlazaba esta zona con el Tajo y el norte de la Meseta. En esencia, los componentes culturales que comparecen en este territorio resultan bastante parejos a los de Extremadura: materiales Cogotas I, piezas metálicas de tipología atlántica y, como se verá a continuación, estelas (González, Mederos y Triguero 2022: 88).

4. UNA CRECIENTE NÓMINA DE ESTELAS GRABADAS

Desde la aparición de los tres ejemplares de Aldea del Rey hace ya más de cuatro décadas (Valiente y Prado 1977-78; 1979), el número de estelas constatado en el territorio en estudio no ha dejado de crecer (Fig. 2). En este momento, son ya dieciocho las piezas conocidas en Ciudad Real, incluyendo los dos nuevos hallazgos de El Quinto del Hierro (Almadén III) y Almadenejos recientemente notificados y que se encuentran en proceso de estudio por nuestro equipo, lo que convierte esta región en un foco destacado de estas manifestaciones. Considerando sus lugares de aparición y con independencia de que se hayan encontrado reutilizadas en contextos de cronología posterior, se dibujan tres áreas de concentración de piezas. La primera de ellas se localiza en el valle del Jabalón y está representada por los tres ejemplares ya citados de Aldea del Rey (Aldea del Rey I, II y III) y una cuarta aparecida en el término de Pozuelo de Calatrava, en el paraje de Baños de San Cristóbal, descrita someramente por E. Galán (1993: 105) y con más detalle por J. Morales (2011: 114-115). Las cuatro piezas se hallaron en las inmediaciones del río, a una distancia del cauce de entre 50 y 200 m, siendo destacable la cercanía entre los lugares de hallazgo de las piezas denominadas Aldea del Rey I y III, que apenas distaban 200 m entre sí (Valiente y Prado 1979: 27).

La segunda área tiene su foco en el yacimiento de La Bienvenida y su entorno inmediato y está representada por cuatro estelas. El primer ejemplar en darse a conocer (La Bienvenida I) se halló cerca del arroyo de las Pasaderas, a unos 2 km del yacimiento (Márquez Triguero 1998; Murillo, Morena y Ruiz

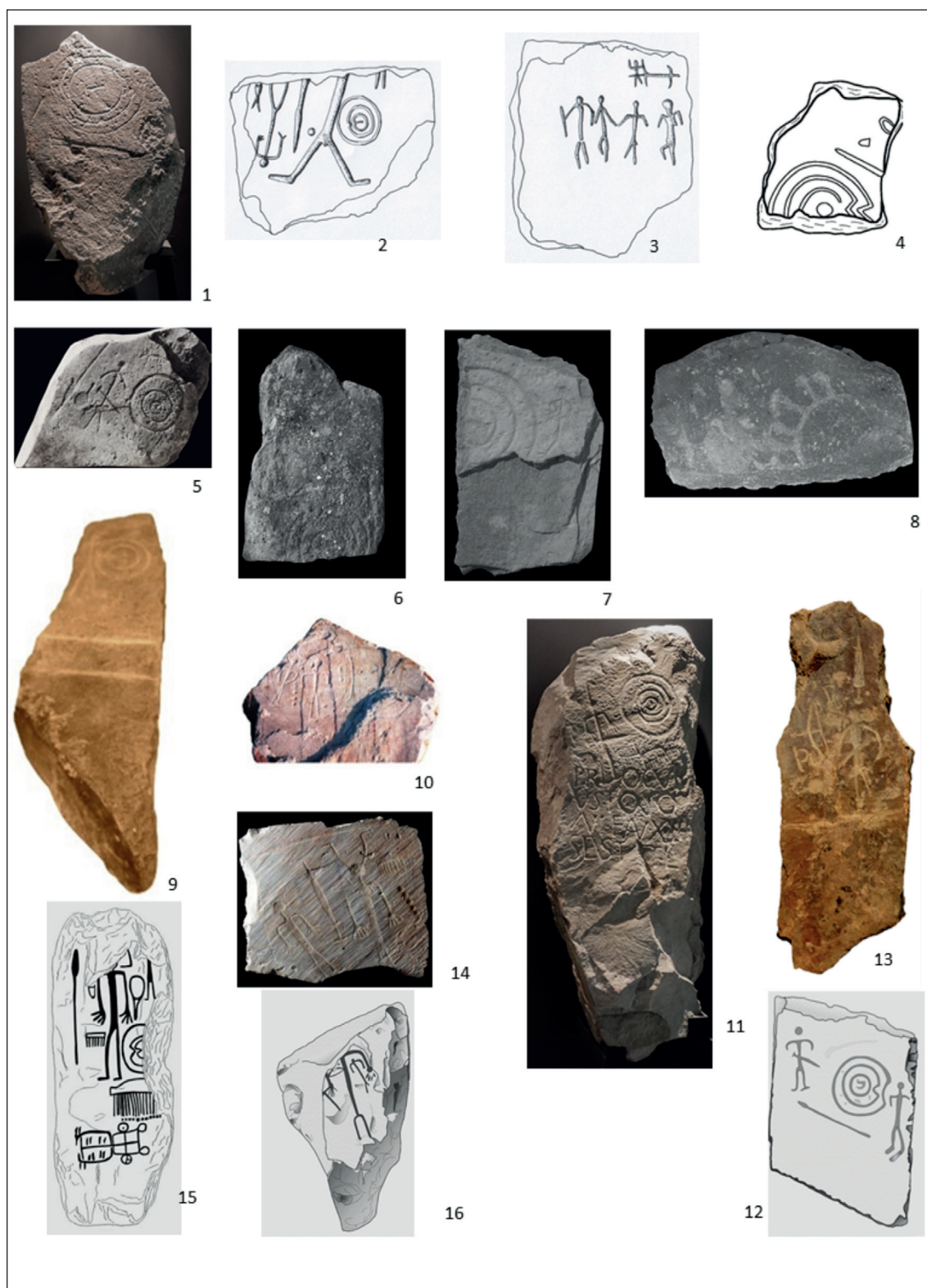


Fig. 2. Estelas grabadas en el Alto Guadiana. 1-3: Aldea del Rey I, II y III. 4: Pozuelo de Calatrava. 5-8: La Bienvenida I, II, III y IV. 9-10: Almadén I y II. 11-13: Chillón I, II y III. 14: Alamillo. 15: Guadalmez. 16: Navalpino.

2005: 12-13). Con posterioridad, dimos a conocer otras tres piezas aparecidas en el propio yacimiento, pero amortizadas en construcciones de época romana (La Bienvenida III y IV) o contemporánea (La Bienvenida II) (Zarzalejos *et alii* 2011). El lugar de La Bienvenida se sitúa en un entorno rico en afloramientos minerales de galena argentífera y cobre, con evidencias de beneficio antiguo (Zarzalejos *et alii* 2017).

El tercer ámbito de concentración se localiza en el extremo occidental de la provincia de Ciudad Real, en la Comarca de Almadén, y cuenta ya con nueve ejemplares. Tres de ellas han sido halladas en el término municipal de Chillón, en un radio de gran proximidad. La primera en publicarse se recuperó en el paraje de Llano de los Roncos, cerca del río Esteras, afluente del Zújar. Se trata de un ejemplar reutilizado en época romana como epígrafe funerario que presenta una interesante simbiosis entre las representaciones originales y el texto latino, que reutiliza elementos de la iconografía previa para la ejecución de algunas letras, al tiempo que parece respetar otras representaciones, como la figura humana y el escudo, quizás por asimilación con el significado fúnebre que adquirió en su reutilización. La lectura iconográfica inicial (Fernández Ochoa y Zarzalejos 1994) ha sido enriquecida posteriormente por otros autores (Morales 2011: 116; Celestino y Paniego 2021: 82), que añaden una fíbula de codo y un espejo al elenco de materiales de prestigio que rodean al antropomorfo. Chillón II fue descubierta en el paraje de Valfrío por miembros del Seprona en septiembre de 2014 y su estudio acaba de ver la luz (Miguel Naranjo y Morales 2022). Por su parte, Chillón III, también hallada por efectivos del Seprona en julio de 2018, procede del lugar denominado Valdelamoza, al norte del Arroyo del Tamujar, en el punto de cruce de las vías pecuarias de la Vereda del Borracho y la Vereda de Almadenejos (García Bueno y Blanco 2017: 53 y 56).

El grupo de hallazgos registrado en el término de Almadén está integrado por tres ejemplares e incorpora las piezas de La Pedrona y el Mesto (Almadén I y II) (Blanco y García Bueno 2009) y la que se encuentra en curso de estudio y catalogación por nuestra parte (Almadén III), que fue hallada en el Quinto del Hierro, un importante yacimiento minero a caballo entre los términos de Almadén y Almadenejos (Zarzalejos *et alii* 2012). La estela de Almadén I apareció en el paraje de La Pedrona, en terrenos de la Dehesa de Castilseras y junto a un vado del río Valdeazogues, no lejos de su confluencia con el Alcudía y del Cerro de las Monas. Una revisión de los objetos representados en esta pieza con técnicas fotográficas de precisión ha permitido sumar un espejo y una fíbula al elenco de elementos de prestigio que acompañan al antropomorfo (Celestino y Paniego 2021: 83). Por su lado, Almadén II fue hallada en el Quinto del Mesto, en las inmediaciones de una mina de galena argentífera de explotación antigua, controlando otro vado del Valdeazogues y a unos 500 m de la Vereda de Alcudía (Blanco y García Bueno 2009: 69).

La nómina de ejemplares en este territorio del extremo suroccidental de Ciudad Real se completa con las piezas de Alamillo, Guadalmez y el ejemplar de reciente descubrimiento en Almadenejos, cuyo estudio está también en curso. La primera, apareció a unos 15 m del río Alcudía, en un meandro del río frente al Molino de Alcudía, también en terrenos de la Dehesa de Castilseras (Morales 2011: 113). La denominada estela del Guadalmez procede del mercado anticuario, por lo que se ha perdido razón de su preciso lugar de hallazgo, que queda diluido en torno al río que le da nombre (Murillo, Morena y Ruiz 2005: 9)² y cuyo discurrir afecta al extremo suroccidental de Ciudad Real y noroccidental de Córdoba, en la divisoria interprovincial.

Fuera de estos focos en la provincia de Ciudad Real, muy recientemente se ha dado a conocer otro ejemplar procedente de un paraje del término municipal de Navalpino, junto al río Valdehornos,

² J. Morales (2011: 112) indicó en su día que la pieza de Guadalmez se correspondía realmente con la denominada Capilla IV, pero la estela ilustrada por Murillo, Morena y Ruiz (2005: 10, fig.1) no coincide con el ejemplar procedente de la Vega de San Miguel que la bibliografía ha divulgado como Capilla IV (Celestino 2001: 376-377; Díaz Guardamino 2010: n.º 270).

subsidiario del Guadiana casi en el límite provincial con Badajoz, por donde discurre la Cañada Real Segoviana (Miguel Naranjo y Morales 2022: 11-12).

Lógicamente, este no es el lugar donde abordar una valoración en profundidad sobre estas manifestaciones volviendo a repasar los grandes tópicos de investigación que permanecen abiertos y que son prácticamente los mismos desde el inicio: agencia, cronología y función. En relación con cada asunto, posiblemente haya tantas hipótesis o matices como autores las han estudiado. Un cierto consenso se extiende sobre la consideración general de las estelas como iconos visibles del proceso de emergencia de unas elites que ostentan el poder político y económico, enriquecidas con la explotación de los recursos de su entorno y la fluidez de las redes de intercambio. Cosa muy distinta será clarificar si las estelas fueron erigidas por gentes autóctonas o llegadas de otros lugares y determinar qué recursos concretos explicarían tal enriquecimiento, asuntos ambos que generan no poca controversia. Sobre el primer tema, pensamos como otros muchos autores, que las estelas representan un fenómeno de raigambre autóctona y, por tanto, anterior a la colonización fenicia en sus manifestaciones más antiguas y en sus componentes conceptuales. La presencia de elementos de raíces mediterráneas en la mayor parte de los ejemplares de nuestra zona hace pensar que nos hallamos ante manifestaciones que ya denotan contactos con los agentes coloniales establecidos en las costas meridionales, materializados en la conversión de ciertos objetos como espejos, peines o fíbulas en elementos de prestigio e indicadores de estatus. En este sentido, opinamos que las estelas en nuestra región pueden representar la fase previa inmediatamente anterior a la fundación de poblados estables en el horizonte de transición Bronce Final-Hierro I en aquellos lugares que se convertirán después en los grandes *oppida* rectores del poblamiento en el Alto Guadiana hasta la llegada de los romanos. Algunos autores, no obstante, invitan a contemplar las piezas dentro del mismo plano cronológico de los poblados (González, Mederos y Triguero 2022: 86), aunque, ciertamente, no son muchos los casos en que aparecen claramente asociadas a lugares de hábitat. El caso de La Bienvenida quizás podría ser indicativo de un asentamiento por parte de las gentes de las estelas, pero no se han hallado indicios materiales que aseveren la hipótesis.

En relación con el segundo asunto, nos parecen de gran interés los análisis territoriales que se vienen realizando en los últimos años apoyados en sistemas de información geográfica. Uno de los trabajos que exploran esta vía plantea el problema de la exclusión de varias piezas del valle del Guadiana (Costa 2013: 79-80, Fig. 2), entre ellas todas las aparecidas en la provincia de Ciudad Real, por lo que sus resultados introducen un sesgo que impide valorar una perspectiva global en la citada cuenca fluvial, considerando que el núcleo del Zújar tiene continuidad natural en la comarca de Almadén al igual que el propio cauce principal del Guadiana. La falta de información sobre los hallazgos que se aduce para su exclusión no es aplicable a un elevado porcentaje de los casos que nos afectan, como se ha visto en líneas anteriores, pues casi todas ellas pueden ser cartografiadas. Otra cosa es que hayan aparecido reutilizadas o “fuera de contexto”, circunstancias que concurren en otros muchos ejemplares sí considerados y que no pensamos que puedan alterar significativamente los datos de aparición, ya que, en general, opinamos que las piezas no debieron ser objeto de grandes desplazamientos, pese a la existencia de casos muy puntuales en que pudo no ser así (Celestino y Paniego 2021: 77). Aunque puede ser admisible, como plantean estos autores, la inoperancia de análisis a nivel micro, los datos de localización de las piezas del Alto Guadiana las sitúan a nivel mesoespacial en las cercanías de corrientes de agua de diferente entidad, vados y vías pecuarias o caminos antiguos y, en un porcentaje significativo de casos, en zonas con probado potencial minero, especialmente en Pb-Ag (Aldea del Rey II, Almadén II, Almadén III, Chillón III, La Bienvenida II, III, IV) e incluso Hg (Almadenejos). Desde hace años, venimos llamando la atención sobre este asunto (Zarzalejos *et alii* 2011: 402; 2012: 27; 2016: 62) y defendemos que la entrada de este espacio en la red de comunicaciones con el Suroeste pondría en conocimiento de los grupos tartésicos del Bajo Guadalquivir el potencial minero de las comarcas del norte de Sierra Morena. Una de las rutas que canalizan estos contactos es el valle de Alcudia, que actúa como eje oeste-este y cuya embocadura desde el Zújar está

perfectamente marcada por el grupo de estelas de la comarca de Almadén. Esta concentración del valle del Zújar denota la actividad de la que fue una de las más activas vías de acceso al valle medio del Guadalquivir y, por tanto, uno de los principales enlaces del sector suroccidental de la Meseta con Tarteso. El grupo del Jabalón podría ser la continuidad del camino de Alcudia, conectando con este tras franquear la Sierra de La Solana por el Puerto de Veredas o bien representar la actividad del enlace norte-sur que franquea Sierra Morena y alcanza el Alto Guadalquivir. Esta relación entre estelas y puntos de paso (vados y vías naturales) parece destacar el interés por la demarcación de rutas exhibiendo elementos con simbología identitaria y considerando que quizás los amontonamientos pétreos donde muchas veces los encontramos e interpretamos como signo de posición secundaria pudieron formar parte del “escenario” original de los monumentos (González, Mederos y Triguero 2022: 91 y 95).

5. ESTRUCTURAS Y CONTEXTOS TARTÉSICOS EN EL ALTO GUADIANA

En las tres últimas décadas se ha ido recabando información suficiente para sostener que en un horizonte de transición entre el Bronce Final y el Hierro I tuvo lugar el arranque ocupacional de todos los establecimientos llamados a convertirse en los grandes *oppida* rectores del poblamiento en sus respectivos ámbitos territoriales durante el Hierro II (Fig. 3). El ajuar material asociado a estas fases fundacionales denota claros contactos con los elementos tenidos por tartésicos en el foco del suroeste andaluz. La definición de esta etapa en el Alto Guadiana nos invitó en su día a emplear el apelativo de “transicional” a causa de la presencia exclusiva de materiales cerámicos a mano, aunque se trata de perfiles y producciones que se registran en un momento de interacciones con los colonos fenicios.

Como ya se adelantó líneas arriba, el primer lugar en proporcionar información a este respecto fue el yacimiento de La Bienvenida. Los datos recuperados en el sondeo estratigráfico A1 ab trasladaron la evidencia correspondiente a esta etapa de transición, representada por el estrato 13 (Fernández Ochoa *et alii* 1994: 143-145; Zarzalejos 1995: 822-839). Las pequeñas dimensiones de la base del sondeo no han permitido precisar la función del espacio, si bien la secuencia y composición de las diferentes deposiciones, para cuyo relato compositivo remitimos a las referencias bibliográficas ya citadas, hacen suponer que no se trata de un espacio de hábitat. En algún momento nos hemos planteado que pudiera tratarse de un área funeraria, considerando la situación de este punto en la topografía del yacimiento, algo alejado del castillejo volcánico que pudo ser el elemento en torno al cual se desarrolló este primer poblado. Los materiales relacionados con este contexto corresponden a producciones a mano de factura cuidada y tosca. Entre las primeras, destacan las fuentes carenadas del tipo A.I.a de Ruiz Mata, una de las cuales presenta decoración bruñida interna, con un diseño de palmas radiales de referentes onubenses muy claros en yacimientos como el Cabezo de San Pedro (Ruiz Mata, Blázquez y Martín de la Cruz 1981: 245). Perfiles semejantes fueron clasificados en el Bronce Final I del Suroeste y en la fase de transición I-II de San Bartolomé de Almonte, datada en la segunda mitad del siglo VIII-inicios del VII a. C. (Ruiz Mata y Fernández Jurado 1986: 206; 236-237). Estos autores señalan que los motivos radiales y estrellados se asocian en este yacimiento indígena con las primeras importaciones a torno. En el caso de La Bienvenida, la presencia de olivino en su composición (Vigil y García Giménez 1994) nos hizo pensar en una posible fabricación local/comarcal con barro procedentes de un entorno volcánico. También se encuentran bien representados los cuencos, entre los que destaca un ejemplar con perfil carenado semejante a los del tipo A.II.a.1 de Ruiz Mata, con paralelos en Extremadura y en el Bronce Final III del Sureste (Zarzalejos *et alii* 2012: 28). Un pequeño cuenco de carena baja recuerda la conformación de piezas del Bronce manchego, aunque también encuentra referentes en el BRIII de Andalucía Occidental (Pellicer 1989: 164) o en los niveles de comienzos del siglo VII del asentamiento de Medellín (Badajoz) (Almagro-Gorbea 1977: Fig. 181). Pero, sin duda, son las copas de paredes finas los indicadores más significativos por su información cultural y cronológica, ya que se trata de elementos muy frecuentes en los repertorios de la fase II del

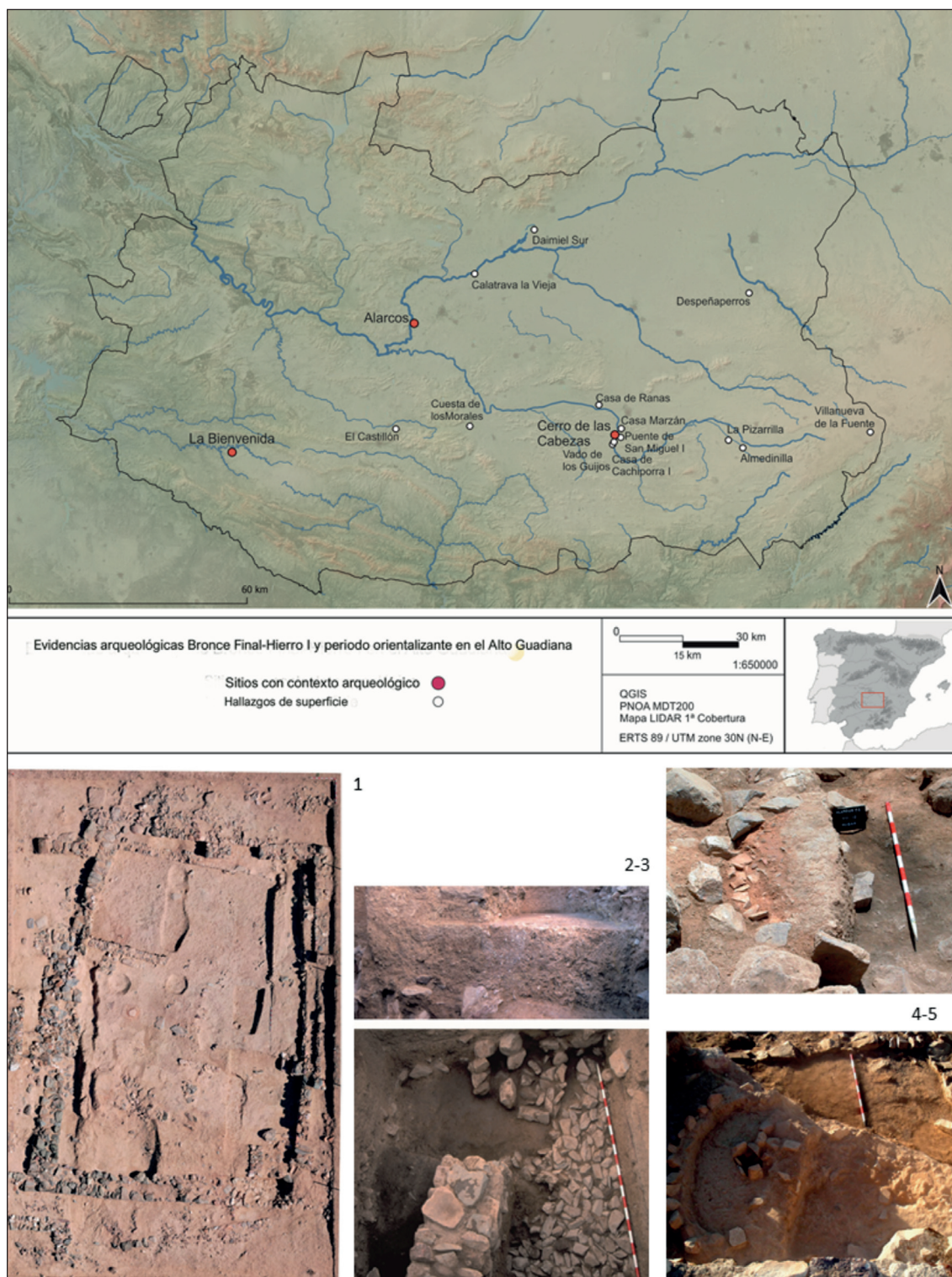


Fig. 3. Arriba: mapa de evidencias arqueológicas del Bronce Final-Hierro I y periodo Orientalizante en el Alto Guadiana (Proyecto ProCir. Gestor del SIG: Alfredo Maximiano). Abajo: 1. La Bienvenida: vista aérea del edificio orientalizante en sus últimas etapas de uso. 2-3: estructuras de la fase 2 del edificio. 4-5: Alarcos: hogar 1 (cata U11) y “cabaña” circular superpuesta a edificio angular (cata U18).

Bronce Final de Andalucía Occidental (Ruiz Mata 1995: 276). Las diez piezas recuperadas en este contexto corresponden a la variedad de decoración monocroma en rojo o estilo Guadalquivir II/San Pedro II sobre perfiles de los tipos Ruiz Mata B.II.b.1 y B.II.b.2, que identifican las copas de paredes finas de bordes engrosados y carena suave externa/sin carena (Esteban *et alii* 2019: 88).

Sobre las deposiciones que conforman el estrato 13 se suceden los estratos 12 b, 12 a, 11 b y 11 a, que se corresponden con dos fases de construcciones domésticas y sus correspondientes niveles de uso, representadas por zócalos de mampostería de construcciones angulares, pavimentos de piedra y tierra batida y hogares de arcilla pertenecientes a varios ambientes. El estrato 12 b, datado a partir de mediados del siglo VII a. C., contiene un interesante conjunto de platos carenados en cerámica gris a torno, pintadas bícromas de tradición fenicia y ánforas de fondo de saco, junto a cerámicas a mano con pintura postcocción correspondientes a las producciones de los estilos Guadalquivir II y Medellín (Esteban *et alii* 2019: 80), así como recipientes a mano de factura tosca con perfil en S y decoración digitada y también con cristales de olivino en sus pastas. Los sucesivos niveles de uso (12a, 11b y 11a) muestran un menaje similar, aunque las variaciones de tipos y porcentajes de la cerámica, como la progresiva presencia del perfil hemisférico en la especie gris a torno, van marcando el avance temporal. Es interesante hacer constar el hallazgo de cerámicas con pintura postcocción en estos niveles de ocupación, correspondientes muy probablemente a unidades de carácter doméstico, lo que contrasta con las observaciones realizadas a propósito de los yacimientos del Guadiana Medio, donde estos materiales pintados parecen relacionarse con contextos rituales (Rodríguez y Celestino 2019: 127). No obstante, las inferiores proporciones de estos materiales en relación con los de tratamiento menos cuidado ratifica su condición de cerámicas de prestigio. En el estrato 11 a, que es el más reciente de esta etapa que venimos denominado “orientalizante”, apareció un fragmento de copa jonia tipo B-2 con paralelos en la fase III de los yacimientos onubenses, que puede datarse entre 590 y 560 a. C. (Cabrera 1988-89: 53-ss) y que sigue siendo uno de los pocos ejemplares ajenos a los contextos costeros en que suelen documentarse estas piezas en la península ibérica (García Carretero y Martín Ruiz 2011: 146). La estratigrafía en este sondeo muestra continuidad durante los periodos Ibérico Antiguo e Ibérico Pleno, registrándose a través de los indicadores de la cultura material una abierta relación con la Alta Andalucía y el Levante a través del este de la Meseta, lo que nos ha hecho pensar que este territorio reaccionó con inmediatez a la crisis o el colapso tartésico participando activamente en los procesos de génesis del mundo oretano (Fernández Ochoa *et alii* 1994: 147-149; Esteban y Hevia 2008).

La etapa orientalizante la hemos documentado también en el área 4, situada en la eminencia suroriental del yacimiento, en un espacio aterrazado y abierto al eje norte-sur que organiza la trama de la *Sisapo* romana. La excavación iniciada en el año 2000 ha tenido continuidad desde 2016. Bajo una compleja secuencia de construcciones de época romana, entre las que se encuentra una instalación artesanal, se está exhumando un edificio cuya organización arquitectónica y acondicionamiento interior muestran concomitancias con las construcciones sacras orientalizantes (Zarzalejos *et alii* 2016). La primera información recuperada se obtuvo en el espacio visible en el talud occidental del área 4, donde la erosión había afectado a las construcciones de época romana. Se pudo documentar el sector noroccidental de un gran edificio de planta angular, con potentes muros perimetrales y una zona compartimentada en pequeñas estancias en la zona oriental, mientras que hacia el oeste se exhumó un área diáfana con una secuencia de hasta cinco fases con pavimentos de arcilla o encachados de piedras, grandes hogares exentos de distinta tipología y plataformas de mampostería adosadas al muro perimetral y enfrentadas a los hogares (Figs. 3.2 y 3.3). Estas estructuras, debido a su envergadura y posible jerarquía dentro de la estancia, pueden ponerse en relación con los denominados “altares” o “altares de cenizas” de la arquitectura sacra orientalizante. Los hogares pertenecientes a las fases 1, 3 y 4 son superficies de arcilla de tamaño diverso, pero en la fase 2 el altar es una estructura escalonada exenta que puede ponerse en paralelo con el denominado “altar” o “mesa de ofrendas” de Cancho Roano C (Celestino 1994: 301; Celestino 2001: 31), teniendo en cuenta que en el caso de La Bienvenida la cuidada edificación de adobes es

reemplazada por la de tierra o tapial y mampostería de piedra, con enlucido de barro pintado de color rojo. Se verifica la limpieza y mantenimiento del espacio entre una fase de uso y la siguiente, mediante nivelación, relleno, explanación y/o aprovechamiento de elementos de las fases anteriores. La cultura material recuperada procede en su mayor parte de las fases 3 y 4 y está integrada por cerámicas, restos de fauna y un par de mazos mineros reutilizados en uno de los encachados pétreos, lo que ilustra la relación seminal del poblado con la minería (Fernández Ochoa *et alii* 2002: 59). Dentro del conjunto cerámico recuperado, las producciones a mano registran una representación del 92%. La cerámica a torno está presente desde la fase 2 y consiste en cerámica gris de perfiles carenados y hemisféricos, un ánfora fenicia Ramón T10.1.2.1 de mediados del siglo VII a. C., cerámica pintada a torno de los tipos Cruz del Negro y Loring y un fragmento de *kotyle* protocorintia de producción itálica (Esteban *et alii* 2019: 85).

En la categoría de cerámica tosca, las formas más documentadas son los grandes contenedores de paredes rectas o de perfil en S, lisos o con decoración de incisiones, digitaciones y escobillados, así como los vasos y fuentes de tendencia hemisférica. En la cerámica fina, con acabados bruñidos cuidados, aparecen las fuentes o vasos carenados de perfil bastante suave, pero la forma predominante es la copa de paredes finas (35% del total), lo que supone un dato de interés para valorar no sólo la cronología sino también la funcionalidad del conjunto, que parece estar muy relacionado con la bebida. Estas copas de paredes finas están especialmente representadas en las modalidades pintadas, tanto del estilo Guadalquivir II como del estilo Medellín. Los materiales a mano pintados han sido estudiados recientemente en el trabajo que se viene citando, por lo que no vamos a entrar a comentarlos aquí en profundidad. En el corte 4/1, el conjunto de cerámica estilo Guadalquivir II es cuantitativamente más pobre pero muy semejante en sus características al de A1ab y cuenta con numerosos referentes en el Bajo Guadalquivir, el Guadiana Medio y yacimientos del Alto Guadiana, como Alarcos (ref. en Esteban *et alii* 2019: 92, not. 23-24). Por su parte, la cerámica estilo Medellín alcanza una representación significativa y hemos identificado hasta tres grupos diferenciados en razón de sus combinaciones cromáticas o características morfo-tecnológicas. Estas producciones se erigen en uno de los indicadores más expresivos de la facies orientalizante en estas tierras del Alto Guadiana y, en general, del área tartésica septentrional que incluye también la Alta Andalucía y el Guadiana Medio. Sobre un soporte cerámico, que responde a producciones locales elaboradas con técnicas arraigadas en la tradición, tuvo lugar la representación de elementos y referencias iconográficas de claro carácter orientalizante asimiladas por los pobladores de este territorio. La simplificación y estilización de los motivos, así como la preferencia por determinadas representaciones, puede estar en relación con una reinterpretación formal de los elementos en zonas alejadas del núcleo tartésico o con el propio bagaje artesanal de los alfareros, entre otras causas. En todo caso, pensamos que no se trata de una mera asimilación epidérmica de la ideología orientalizante, a juzgar por el éxito de diversos motivos importados que pudieron conservar buena parte del simbolismo que tuvieron originalmente, como es el caso de la flor de loto, en tanto que atributo de Astarté. Se pudo producir lo que M. Almagro-Gorbea denominó “orientalización ideológica” (Almagro-Gorbea 1990: 108) de las poblaciones del interior tartésico, que, además, parecen apropiarse de las imágenes más comprensibles o adecuadas para la recreación de su mundo espiritual (Almagro-Gorbea 1990: 94 y 98). J. Pereira (2012: 211) defiende también un papel activo de las comunidades autóctonas en los procesos de recepción de influencias y materiales del horizonte colonial.

En las campañas de 2019, 2021 y 2022 se está acometiendo la excavación en área del edificio, tras el desmonte de las estructuras de época romana. Se han comenzado a exhumar las evidencias correspondientes a la última fase de ocupación del edificio orientalizante, con vestigios de dos ambientes bastante modificados por las acciones de construcción de época romana (Fig. 3.1). Se identifica un posible espacio abierto de orientación N-S que daba paso a distintos ambientes al oeste, en el centro de uno de los cuales aparecen restos de un hogar de arcilla rojiza muy compactada por la combustión, que es la refacción de un hogar anterior de planta de tendencia rectangular y unas dimensiones de unos 0,60 m N-S x 0,40 m

E-O. Se identifica también un banco corrido adosado al muro oriental de la estancia. En el momento de redactar estas líneas prosigue la excavación en este edificio en el marco de la campaña correspondiente al año en curso, por lo que pronto podremos ampliar la información sobre la configuración del edificio en sus diferentes fases y las correspondientes dinámicas de uso.

El otro gran yacimiento que ha proporcionado contextos estratigráficos correspondientes a la ocupación de este momento transicional Bronce Final-Hierro I es Alarcos.

Las excavaciones realizadas en el sector III han sacado a la luz estructuras asociadas con niveles de uso remontables a la etapa en estudio, que apostillan la información recuperada en la base del corte C-23 del sector IV, donde se obtuvieron fechas radiocarbónicas de horquilla amplia entre fines del siglo IX e inicios del VII a. C. (Fernández Rodríguez 2012: 59). Dichos trabajos, llevados a cabo en 2017 y 2018 han sido analizados en diferentes publicaciones (García Huerta y Morales 2017; García Huerta, Morales y Rodríguez 2020; Miguel Naranjo 2021). Las estructuras asociadas a esta fase aparecen en las catas U11, U15 y U18 y consisten en seis hogares, tres postes, restos de muros que formarían parte de una construcción rectangular y una cabaña circular (García Huerta, Morales y Rodríguez 2020: 22). Los hogares son de forma circular (hogares 1, 3, 5 y 6) (Fig. 3.4) o rectangular (hogar 2) y están constituidos por una capa de arcilla termoalterada delimitada por piedras de tamaño variable y asentada sobre una base de fragmentos de adobes rubefactados, fragmentos cerámicos y pequeñas piedras. Se ha identificado, asimismo, como una cabaña circular una pequeña estructura con un agujero de poste central (Fig. 3.5), cuyas dimensiones (1,6 m de diámetro) hacen pensar a los excavadores que pudo tratarse de un anejo a otro espacio, más que de una vivienda propiamente dicha (García Huerta, Morales y Rodríguez 2020: 26). Por nuestra parte, hacemos notar el paralelismo de esta estructura con otras de semejantes dimensiones identificadas en el yacimiento de El Palomar (Oliva de Mérida, Badajoz), donde se han interpretado como “pequeñas unidades de almacenamiento u hórreos” asociados a unidades domésticas (Jiménez Ávila y Ortega 2001: 232). Al suroeste de la estructura circular y a cota inferior aparece una construcción de planta angular asociada a un pavimento de arcilla endurecida y restos de un recipiente a mano de grandes dimensiones con decoración incisa, un plato con decoración bruñida y diversas producciones de cerámicas pintadas postcocción. Por debajo del hogar 5 se identificaron dos muros paralelos con una distancia intermedia de 1,60 m, que, desde nuestro punto de vista, quizás pudieran corresponder a un almacén elevado, como el identificado en la granja orientalizante de Cerro Manzanillo (Villar de Rena, Badajoz) (Duque 2007: 56).

El conjunto material recuperado en estas intervenciones de Alarcos es muy significativo en volumen, calidad y variedad (García Huerta y Morales 2017; García Huerta y Morales y Rodríguez 2020: 32-46; Miguel Naranjo 2021). Se trata fundamentalmente de cerámicas realizadas a mano en su totalidad, con un predominio marcado de los cuencos/copas, mientras que las formas abiertas de cazuelas y platos apenas suman un 8,1%. Para el encuadre de la morfología y rasgos tecnológicos de estos materiales se aducen numerosos referentes procedentes del ámbito tartésico andaluz, así como del Alto Guadiana o la Meseta (Miguel Naranjo 2021: 74).

Por lo que respecta a las decoraciones, las cerámicas pintadas postcocción de Alarcos constituyen un conjunto muy significativo dado a conocer en los trabajos que acabamos de citar y en otros anteriores (García Huerta y Rodríguez 2000; Rodríguez 2012) y estudiado más recientemente por P. Miguel Naranjo en su tesis doctoral (Miguel Naranjo 2020 b). En Alarcos, se ha publicado en varias ocasiones la identificación de cerámica de estilo Carambolo, si bien el último autor citado considera que estos materiales responden en mayor medida a producciones del interior emparentadas con aquellas en técnica y concepto decorativo, aunque con formas y repertorio ornamental diferentes, por lo que prefiere englobarlas en un estilo que de manera provisional denomina Valcorchero y que se difunde en la Beira interior, el Guadiana Medio y en Alarcos (Miguel Naranjo 2020 b: 116-117). Otros autores también

favorables a este cambio, prefieren aplicar la denominación de estilo “Beiras”, considerándola una derivación de la de estilo Carambolo (Torres 2019: 238). Lo que interesa ahora no es tanto el cambio de nomenclatura como lo que lleva aparejado, que sería la interpretación por las comunidades del interior de los conceptos decorativos en boga en el suroeste andaluz, como una manifestación más del mestizaje y la circulación de productos, ideas y conceptos que caracteriza el periodo orientalizante.

Entre los resultados más importantes de estas intervenciones en Alarcos se encuentra la batería de dataciones radiocarbónicas obtenida en el sector III, algunas de las cuales proporcionan fechas demasiado altas, especialmente las obtenidas en carbones, por ejemplo, Beta-250439 (García Huerta, Morales y Rodríguez 2020: 139) o Beta-473984, recuperada en el mismo contexto que la muestra en hueso Beta-475572 que proporciona una cronología más reciente (Miguel Naranjo 2021: 75). En cualquier caso, las dos fechas obtenidas sobre muestras de vida corta situarían estos contextos en los siglos IX-VIII a. C., en cronologías más antiguas que las que las fechas relativas de La Bienvenida parecen aquilatar, por lo que se impone la necesidad de obtener dataciones radiocarbónicas en este lugar cuando se alcancen los niveles de construcción del edificio orientalizante.

Una última referencia a estructuras y contextos de esta cronología concierne al Cerro de las Cabezas (Valdepeñas), donde se identificaron ya hace años estancias cuadrangulares o semiovaladas, con muros de zócalo de mampostería y alzado de adobes, a las que se asociaron pavimentos compuestos por una capa de arena rojiza, cal y cenizas. El área donde se desarrolla esta primera ocupación podría corresponderse con las zonas bajas del yacimiento, cercanas al Jabalón e iría progresivamente extendiéndose ladera arriba (Esteban *et alii* 2003: 14-15).

La cultura material denota importantes contactos con la Alta Andalucía y con los ambientes del núcleo tartésico. Las producciones de cerámica pintada postcocción revela contactos con los restantes establecimientos del Alto Guadiana con presencia del estilo Medellín.

6. FAQS

En aras de una mayor concreción, hemos considerado sustituir las conclusiones tradicionales por un formato de preguntas y respuestas que sintetizan nuestra opinión respecto a los grandes interrogantes que se ciernen sobre la definición cultural de las etapas Bronce Final-Hierro I y Hierro I en el Alto Guadiana. Para mayor abundamiento en las explicaciones remitimos a los trabajos que contienen la base analítica que respalda estas ideas.

1. ¿Cómo explicar la aparición del poblamiento del Bronce Final-Hierro I en el Alto Guadiana?

Aunque la mayor parte de los investigadores de la región hemos venido asumiendo mecánicamente una cierta pervivencia de las ocupaciones del Bronce Manchego durante el Bronce Pleno y Final, lo cierto es que siguen sin ver la luz evidencias fehacientes que certifiquen esa continuidad, salvo en la Motilla del Azuer (*vid.sup.*), donde, en todo caso, no existe una perduración del hábitat en el Bronce Final-Hierro I. El caso de Alarcos es confuso, ya que, aunque en ocasiones se ha mencionado la existencia de un poblado remontable al Bronce Medio en el extremo occidental del cerro y próximo al vado del río, se plantea también la existencia de un hiato durante el cual el yacimiento se mantiene desocupado, constituyendo las gentes del Bronce Final un “nuevo contingente demográfico” (Fernández Rodríguez 2012: 59). Más recientemente, se ha afirmado ya que la primera ocupación del cerro corresponde a fines de la Edad del Bronce (García Huerta y Morales 2017: 109). Con los datos de que disponemos cabría concluir, por tanto, que los que serán los grandes *oppida* de la Oretania septentrional anclan su primera ocupación en este

horizonte de transición Bronce Final-Hierro I. Cosa diferente es saber qué sucedió con los habitantes de esta región tras el ocaso del Bronce Manchego y qué suerte corrieron los asentamientos que ocuparon, asuntos por el momento irresolubles por la falta de excavaciones y de secuencias estratigráficas. Aunque pudiera existir un cierto decalaje en las fechas concretas de estas “fundaciones” y a falta de obtener baterías de dataciones en los yacimientos afectados, lo cierto es que da la sensación de que pueden responder a un mismo fenómeno: la ocupación *ex novo* de estos asentamientos por parte de unos contingentes que aplicaron unas estrategias territoriales que se mantendrán con pocos cambios hasta la conquista romana y que se basan en el control de determinados recursos y de los canales físicos que favorecían su circulación. Somos conscientes, no obstante, de que esta visión panorámica puede pixelar los datos correspondientes a cada lugar, homogeneizando bajo un mismo proceso algo que en realidad debió ser mucho más complejo y ramificado, tal y como los componentes de la cultura material dejan entrever en cada yacimiento. Creemos posible, en suma, que estos asentamientos más estables estuvieran precedidos por una etapa de reconocimiento por parte de contingentes representados por las estelas grabadas, que parecen marcar áreas de recursos y las rutas terrestres y fluviales que canalizarán los contactos durante la etapa de transición Bronce Final-Hierro I.

2. ¿Quiénes pudieron ser los protagonistas de estas fundaciones?

En relación con lo que se acaba de indicar, no parece tratarse de pobladores locales, puesto que no se registra la continuidad en la ocupación de los sitios ni se conoce por el momento un poblamiento estable del Bronce Final en este territorio que pudiera ser indicativo de un cambio de emplazamiento por parte de grupos autóctonos. A ello se añade que los estratos correspondientes a esta fase inicial en los sitios donde se han podido recuperar contextos y estructuras revelan unos componentes de cultura material que muy claramente remiten al SO andaluz, en diversas producciones tradicionalmente tenidas como “tartésicas” (Fig. 4). En el campo de las cerámicas, las relaciones se constatan tanto en series de acabados toscos o no cuidados como en alfarerías finas (cazuelas y platos carenados sin o con decoración bruñida, copas de paredes finas sin y con decoración pintada). Un detalle a destacar en los contextos de ocupación remontables a este horizonte inicial es la ausencia de materiales a torno, lo que parece bastante coherente con un equipamiento material correspondiente a gentes tartésicas que buscarían ampliar el área de búsqueda de recursos y materias primas para atender la demanda creciente de los colonos orientales.

Este proceso de colonización tartésica hacia territorios situados al norte del área nuclear, como Extremadura, ha sido planteado por diversos autores con diversos matices y desde diferentes presupuestos teóricos (Celestino 2011-2012: 301; Rodríguez Díaz *et alii* 2014: 197, entre otros) y, defendido de manera contundente por Almagro-Gorbea (2008; 2010), quien, amparado en argumentos toponímicos (en contra, Albuquerque 2018), incluye a *Sisapo* (La Bienvenida) como una de las colonias fundadas por estos contingentes procedentes del Bajo Guadalquivir. El caso de La Bienvenida lo interpretamos nosotros mismos en este sentido desde los años 90 (Fernández Ochoa *et alii* 1994: 145; Zarzalejos 1995: 822 ss.) y ahora, con más conocimiento arqueológico, planteamos que estos movimientos quizás pudieron afectar también a otros yacimientos del Alto Guadiana. Todo ello sin perjuicio de que sus posiciones abiertas a relaciones con la Meseta central y la Alta Andalucía permitieran fluidos contactos con estas regiones, que se materializan en ciertas producciones cerámicas como las pintadas de tipo Meseta, las grafitadas o las que recibieron un baño de almagra. La detección de olivino en producciones de La Bienvenida, como la pieza con decoración bruñida o cerámicas toscas con claros resabios andaluces, nos hizo plantear en su día que fueron elaboradas en la propia región y no haber llegado aquí como elementos de intercambios comerciales (Zarzalejos *et alii* 2012: 28). Con posterioridad, se ha encontrado olivino también en piezas pintadas de estilo Guadalquivir II de Alarcos y de Calatrava la Vieja, por lo que, superadas las iniciales reticencias, ya se plantea que este mineral podría ser un elemento traza para sostener la existencia de producciones alfareras de tipo tartésico *in situ* en los yacimientos del Alto Guadiana (Miguel Naranjo

2020: 154). Pero admitir esto implica aceptar *de facto* que hubo aquí artesanos conocedores de las tradiciones alfareras de origen, lo cual es coherente con la idea de un asentamiento de contingentes demográficos procedentes del área nuclear de Tarteso.

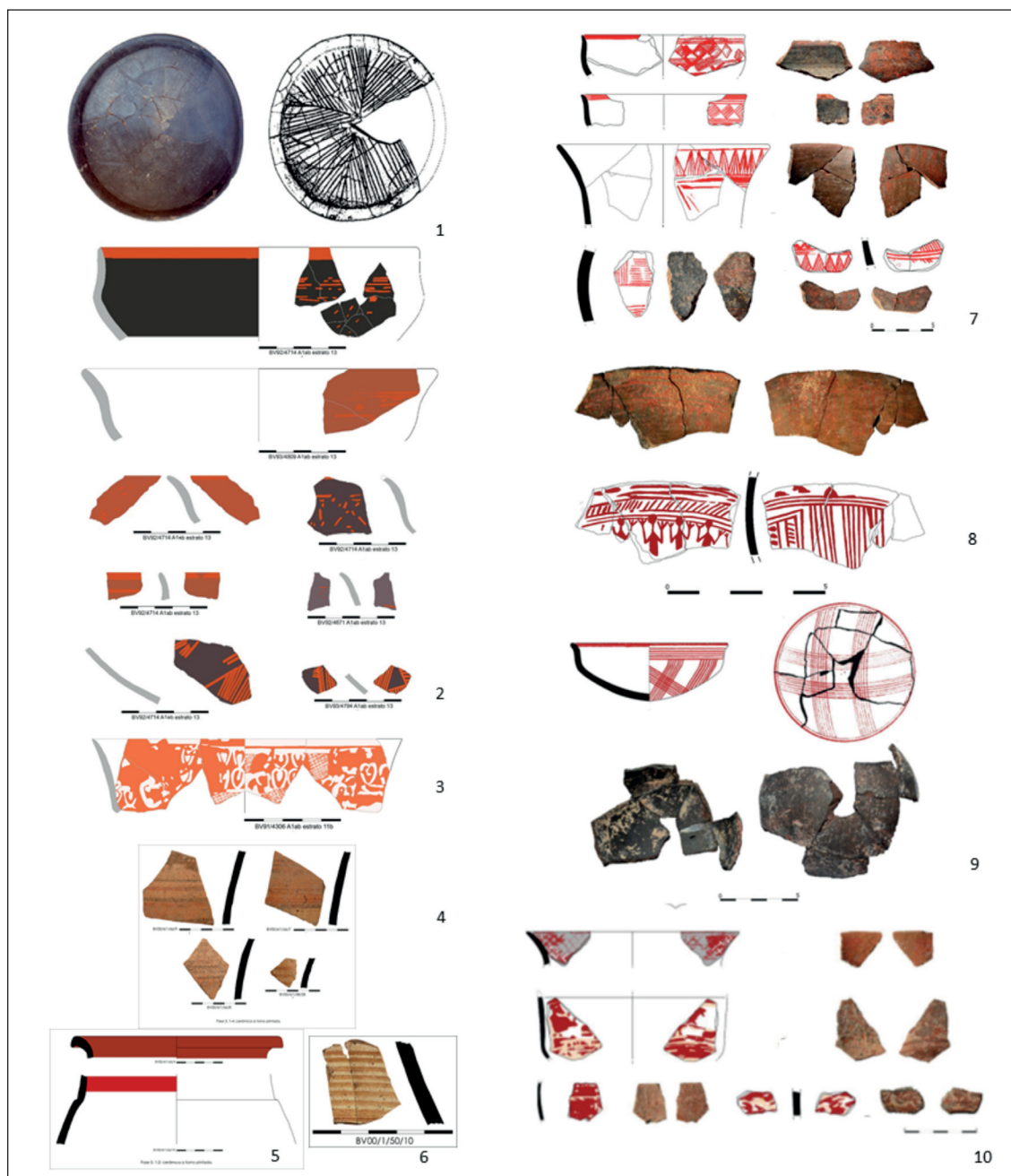


Figura 4. Selección de cerámicas que componen el patrón material significativo en la Bienvenida y Alarcos. 1: fuente carenada con decoración bruñida interna del estrato 13 del corte A1 ab de La Bienvenida. 2: cerámica pintada de estilo Guadalquivir II del estrato 13 del corte A1 ac de la Bienvenida. 3: cerámica pintada de estilo Medellín del estrato 11 b del corte A1 ab de La Bienvenida. 4-5: cerámica a torno del corte 4/1 de La Bienvenida, edificio orientalizante. 6: cerámica protocorintia, edificio orientalizante de La Bienvenida. 7: cerámica pintada de estilo Valcorchero o Beiras de Alarcos (Miguel Naranjo 2020: 130). 8-9: cerámica pintada de estilo Guadalquivir II de Alarcos (Miguel Naranjo 2020: 201 y 194). 10: cerámica pintada de estilo Medellín de Alarcos (Miguel Naranjo 2020: 255).

Esta región se incorporaría, así, como un ámbito más de la periferia tartésica, con evidentes relaciones y contactos con el área extremeña del Guadiana, también ratificadas por ciertas alfarerías como las cerámicas pintadas de estilo Medellín (Fig. 5). El término “periferia”, que ya venimos empleando desde hace mucho tiempo (Zarzalejos y López Precioso 2005), no tiene connotaciones relativas al carácter marginal o dependiente de este territorio, sino que se aplica a una realidad compleja de interacción entre el área nuclear de Tarteso y una progresiva ampliación de su ámbito de influencia que explica en buena medida lo que fue Tarteso a partir del siglo VII a. C. Haciendo nuestras las palabras de otros autores, se trataría, en definitiva, de *trascender el tradicional empeño de acotar Tartessos, desde la literalidad de las fuentes, a un área y un periodo restringidos, pero que la arqueología muestra cada vez más como una realidad poliédrica y con un mayor trasfondo espacio-temporal del que, a nuestro juicio, transmite el mito griego* (Rodríguez Díaz et alii 2014:197).

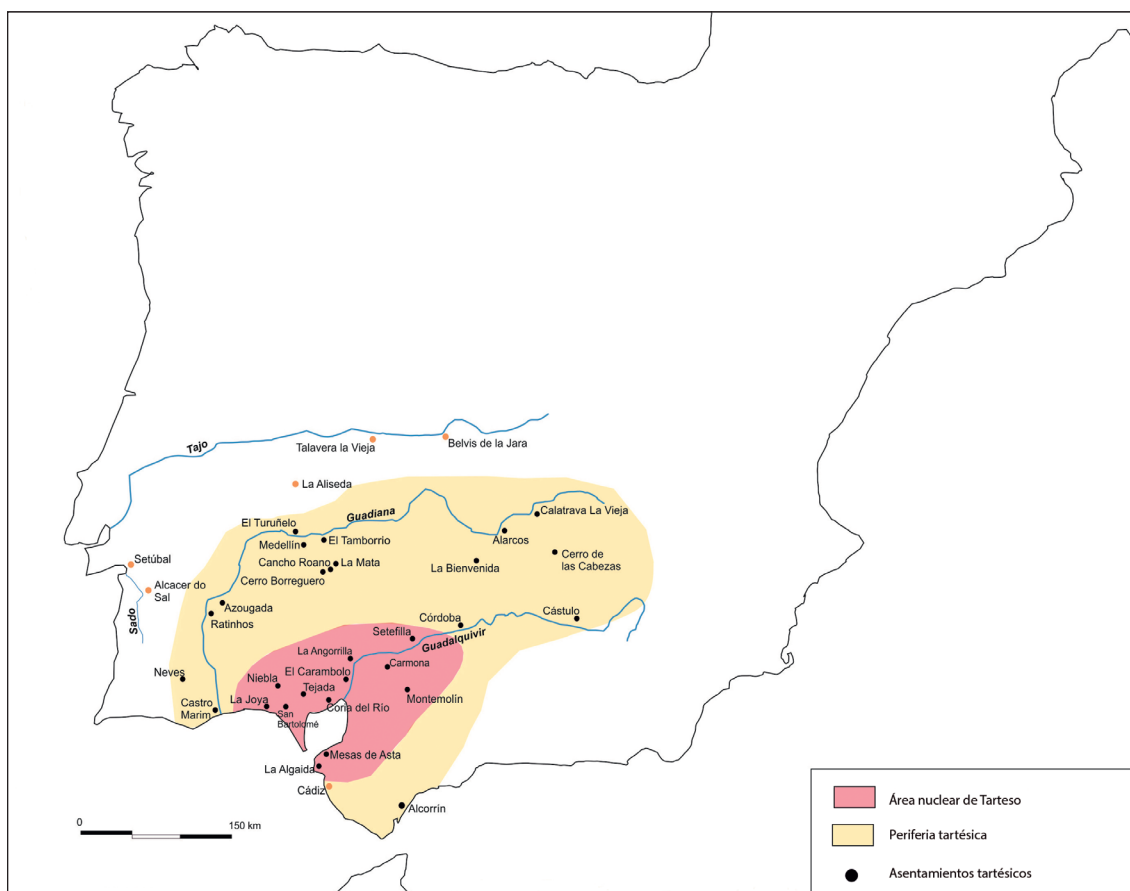


Fig. 5. El territorio de Tarteso (Equipo *Sisapo* y A. Maximiano).

3. ¿Por qué se produjeron estos movimientos?

Las razones que explicarían estos procesos de instalación de gentes tartésicas en las tierras del Alto Guadiana, a nuestro juicio, tienen que ver con la búsqueda y el control de ciertos recursos estratégicos. La demanda de materias primas por parte de los colonos instalados en las costas meridionales debió ir creciendo con el paso del tiempo. Esto pudo desencadenar movimientos exploratorios por parte de los habitantes de la zona nuclear tartésica en busca de dichas materias y el establecimiento de núcleos estables

allí donde fuera posible controlar su explotación. Lugares como La Bienvenida parecen estar en relación con el control de los recursos mineros del valle de Alcudia, un distrito rico en afloramientos de galena argentífera que bien pudo entrar en el circuito de la producción de plata (y el plomo) tan demandada por los fenicios, aunque esto es algo que deberá demostrarse analíticamente (Zarzalejos *et alii* 2016: 62). No obstante, reiteramos el hallazgo de mazos mineros en un contexto orientalizante y de fragmentos de cinabrio armado en cuarcita de criadero en la base del sondeo A1 ab, por lo que no deben albergarse dudas sobre la vocación minera del poblado desde sus inicios. Otros yacimientos, como Alarcos o el Cerro de las Cabezas, se encuentran en zonas muy apropiadas para la práctica agropecuaria. De hecho, las estructuras construidas del área III de Alarcos en el horizonte Bronce Final-Hierro I a las que nos hemos referido con anterioridad, podrían estar en relación directa con el almacenaje de excedentes agrícolas, lo que ratificaría el peso de este sector productivo. Al margen de esta cierta especialización económica, estos asentamientos coinciden en su condición de lugares estratégicos para el control de rutas naturales y vados fluviales, localizaciones en parte ya “prospectadas” o conocidas por las gentes de las estelas, pero que ahora se convierten en rutas consolidadas de conexión con Extremadura, Andalucía y la Meseta, generando una red que se consolida en época romana.

BIBLIOGRAFÍA

- ABARQUERO, F.J. 2005: *Cogotas I. La difusión de un tipo cerámico durante la Edad del Bronce*, Arqueología en Castilla y León 4, Toledo.
- ALBUQUERQUE, P. 2018: “A toponímia proto-histórica como ferramenta do arqueólogo? Comentários sobre uma relação problemática”, *Gerión*, 36-1: 141-161.
- ALMAGRO-GORBEA, M. 1977: *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*, Biblioteca Praehistorica Hispana, XIV, Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M. 1990: “El periodo Orientalizante en Extremadura”, en *La cultura tartésica y Extremadura*, Cuadernos Emeritenses, 2, Mérida: 85-126.
- ALMAGRO-GORBEA, M. 2008 “La ciudad-estado de Medellín-Conisturgis y la cuenca del Guadiana en el periodo orientalizante”, en Almagro-Gorbea, M. (dir.), *La necrópolis de Medellín*, Madrid: 1033-1059.
- ALMAGRO-GORBEA, M. 2010: “La colonización tartésica: Toponimia y arqueología”. *Palaeohispanica. Revista sobre lenguas y culturas de la Hispania antigua*, 10: 187-199.
- ALVAR, J. y CAMPOS, J. M. (eds.) 2013: *Tarteso. El emporio del metal*, Córdoba.
- BELÉN DEAMÓS, M. 2020: “Mujeres y hombres de prestigio en los tiempos de Argantonio”, *Norba. Revista de Historia*, 33: 99-126.
- BENÍTEZ DE LUGO, L., ESTEBAN, G. y HEVIA, P. 2004: *Protohistoria y Antigüedad en la provincia de Ciudad Real*, Ciudad Real.
- BLANCO, J. F., HERVÁS, M. A. y RETUERCE, M. 2012: “Una primera aproximación arqueológica al oppidum oretano de Calatrava la Vieja (Carrión de Calatrava, Ciudad Real)”, *Estudios de lenguas y epigrafía antiguas*, 12: 85-150.
- BLASCO, C. 1986: “Panorama general del Bronce Final y Primera Edad del Hierro en el área nororiental de la Submeseta Sur”, *Estudios en Homenaje al Dr. Antonio Beltrán Martínez*, Zaragoza: 359-372.
- CABRERA BONET, P. 1988-89: “El comercio focéo en Huelva: cronología y fisonomía”, en Fernández Jurado, J. (ed.), *Tartessos y Huelva. Anexos Huelva Arqueológica X-XI*, vol. 3, Huelva: 41-100.
- CELESTINO PÉREZ, S. 1994: “Los altares en forma de ‘lingote chipriota’ de los santuarios de Cancho Roano”, *Revista de Estudios Ibéricos*, I: 291-309.
- CELESTINO PÉREZ, S. 2001: “Los santuarios de Cancho Roano. Del indigenismo al orientalismo arquitectónico”, en Ruiz Mata, D. y Celestino Pérez, S. (eds.), *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid: 17-56.

- CELESTINO PÉREZ, S. 2011-2012: “Arqueología Protohistórica de La Serena”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 37-38: 297-305.
- CELESTINO PÉREZ, S. y JIMÉNEZ ÁVILA, J. (eds.) 2005: *El Periodo Orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de arqueología de Mérida, Anejos de Archivo Español de Arqueología*, XXXV, Mérida.
- CELESTINO PÉREZ, S. y PANIEGO DÍAZ, P. 2021: “Últimas investigaciones sobre las estelas de guerrero y diademas de la península ibérica”, *Pelaeohispanica. Revista sobre lenguas y culturas de la Hispania antigua*, 21: 71-93.
- CIUDAD SERRANO, A. 1986: “Poblamiento y culturas en la Prehistoria”, *Historia de Ciudad Real*, Ciudad Real: 7-31.
- DÍAZ GUARDAMINO, M. 2010: *Las estelas decoradas en la prehistoria de la Península Ibérica*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- DUQUE, D. 2007: “La colonización agraria orientalizante en la Cuenca Media del Guadiana”, en Rodríguez Díaz, A. y Pavón, I. (eds.), *Arqueología de la tierra. Paisajes rurales de la protohistoria peninsular*, Cáceres: 45-69.
- ESTEBAN, G., HEVIA, P., PÉREZ AVILÉS, J.J. Y VÉLEZ, J. 2003: “La transición del Bronce Final a la Primera Edad del Hierro en el Cerro de las Cabezas (Valdepeñas, Ciudad Real)”, *Cuadernos de Estudios Manchegos*, 25-2: 11-46.
- ESTEBAN, G. Y HEVIA, P. 2008: “El periodo Ibérico Antiguo en La Bienvenida y su entorno”, en Jiménez Ávila, J. (ed.), *Sidereum Ana II. El río Guadiana en época post-orientalizante*, Anejos de Archivo Español de Arqueología, XLVI, Mérida: 81-98.
- ESTEBAN, G., ZARZALEJOS, M. Y HEVIA, P. 2019: “Cerámicas a mano pintadas de Sisapo-La Bienvenida (Almodóvar del Campo, Ciudad Real)”, en Rodríguez González, E. y Celestino Pérez, S. (eds.), *Las cerámicas a mano pintadas postcocción de la península ibérica durante la transición entre el Bronce Final y la I Edad del Hierro*, Mytra, 4, Mérida: 75-109.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C. Y ZARZALEJOS, M. 1994: “La estela de Chillón (Ciudad Real). Algunas consideraciones acerca de la funcionalidad de las estelas de guerrero del Bronce Final y su reutilización en época romana”, en *V Congreso Internacional de Estelas Funerarias*, Zaragoza: 263-272.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C., ZARZALEJOS, M., HEVIA, P. Y ESTEBAN, G. 1994: *Sisapo I. Excavaciones arqueológicas en La Bienvenida, Almodóvar del Campo (Ciudad Real)*, Toledo.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C., ZARZALEJOS, M., BURKHALTER, C., HEVIA, P. Y ESTEBAN, G. 2002: *Arqueominería del sector central de Sierra Morena*, Anejos de Archivo Español de Arqueología, XXVI, Madrid.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M. 2000: “El poblamiento ibérico de Alarcos (Ciudad Real)”, en Benítez de Lugo, L. (coord.), *El Patrimonio Arqueológico de Ciudad Real. Métodos de Trabajo y actuaciones recientes*, Valdepeñas: 123-136.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M. 2012: “Apuntes sobre el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro en Alarcos (Ciudad Real)”, en Jiménez Ávila, J. (ed.), *Sidereum Ana II. El río Guadiana en el Bronce final*, Anejos de Archivo Español de Arqueología, LXII, Mérida: 41-64.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M. Y RODRÍGUEZ DE LA ESPERANZA, M.J. 2002: “Los depósitos de armas en el Bronce Final: Un nuevo hallazgo en Puertollano (Ciudad Real)”, *Trabajos de Prehistoria*, 59: 113-133.
- GALÁN, E. 1993: *Estelas, paisaje y territorio en el Bronce Final del Suroeste de la Península Ibérica*, Madrid.
- GARCÍA BUENO, C. Y BLANCO FRAGA, A. M. 2017: “Chillón (Ciudad Real) y su entorno. A propósito de la estela de guerrero de Valdelamoza (Chillón III)”, *Sautuola*, XXII: 53-77.
- GARCÍA CARRETERO, J.R. Y MARTÍN RUIZ, J.A. 2011: “Copa jonia procedente de la provincia de Jaén. Contribución al estudio de la cerámica griega en la Alta Andalucía”, *Antiquitas*, 23: 143-148.
- GARCÍA HUERTA, R. Y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M. 2000: “La génesis del mundo ibérico en la submeseta sur: el tránsito del Bronce Final-I Edad del Hierro en Alarcos”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Complutense de Madrid*, 26: 47-68.
- GARCÍA HUERTA, R. Y MORALES, F.J. 2017: “El poblado de Alarcos (Ciudad Real) en los inicios del I milenio a.C.: estructuras y materiales cerámicos”, *Trabajos de Prehistoria*, 74-1: 108-126.

- GARCÍA HUERTA, R., MORALES HERVÁS, F. J. y RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, D. 2020: *El cerro de Alarcos (Ciudad Real): Formación y desarrollo de un oppidum ibérico. 20 años de excavaciones arqueológicas en el Sector III*, Oxford.
- GONZÁLEZ CORDERO, A., MEDEROS MARTÍN, A. y TRIGUERO PERUCHA, I. 2022: “Una nueva estela de guerrero del Bronce Final en Ibahernando (Cáceres)”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 48-1: 63-104.
- JIMÉNEZ ÁVILA, F. J. y ORTEGA BLANCO, J. 2001: “El poblado orientalizador de El Palomar (Oliva de la Frontera, Badajoz). Noticia preliminar”, en Ruiz Mata, D. y Celestino Pérez, S. (eds.), *Arquitectura oriental y orientalizador en la Península Ibérica*, Madrid: 227-248.
- MARQUÉS TALAVERA, A. 2013: “Influencias orientalizantes en las cerámicas a mano del Bronce Final de Casa de Rana”, *Orisios*, 2: 13-54.
- MÁRQUEZ TRIGUERO, E. 1998: “La estela de guerrero de La Bienvenida (Ciudad Real)”, *El Museo*, 1: s.p.
- MARTÍN MORALES, C., FERNÁNDEZ MIRANDA, M., FERNÁNDEZ POSSE, M.D. y GILMAN, A. 1993: “The Bronze Age of La Mancha”, *Antiquity*, 67: 23-45.
- MIGUEL NARANJO, P. 2020: “Calatrava La Vieja (Carrión de Calatrava, Ciudad Real) en las postrimerías de la Edad del Bronce (ca. 1200-800 a.C.)”, *Vínculos de Historia*, 9: 161-180.
- MIGUEL NARANJO, P. 2020b: *Definición y caracterización de las cerámicas a mano con decoración pintada del sur de la península ibérica en época tartésica*, Oxford.
- MIGUEL NARANJO, P. 2021: “Nuevos datos para la caracterización material de la transición Bronce Final-Hierro I y Hierro I en Alarcos (Poblete, Ciudad Real)”, *Sagvntum*, 53: 59-78.
- MIGUEL NARANJO, P. y MORALES HERVÁS, J. 2022: “Las estelas de guerrero y diademadas en el Alto Guadiana y su contexto cultural. A propósito de dos nuevas estelas de guerrero: Chillón II y Navalpino”, *Pyrenae*, 53-2: 9-31.
- MONTERO, I., FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., GÓMEZ TUBIO, B. y ONTALBA, M.A. 2002: “Espadas y puñales del Bronce Final: el depósito de armas de Puertollano (Ciudad Real)”, *Gladius*, XXII: 5-28.
- MORALES HERVÁS, J. 2011: “Estelas decoradas, poblamiento, rutas y comercio en la provincia de Ciudad Real en época preibérica”, *Cuadernos de Estudios Manchegos*, 36: 111-134.
- MURILLO, J.F., MORENA, J.A. y RUIZ, D. 2005: “Nuevas estelas de guerrero procedentes de las provincias de Córdoba y Ciudad Real”, *Romula*, 4: 7-46.
- NÁJERA, T. y MOLINA, F. 1977: “La Edad del Bronce de La Mancha. Excavaciones en las Motillas del Azuer y Los Palacios (campana de 1974)”, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 2: 251-300.
- NÁJERA, T. y MOLINA, F. 2004: “Las Motillas. Un modelo de asentamiento con fortificación central en la llanura de La Mancha”, en García Huerta, R. y Morales, J. (coords.), *La Península Ibérica en el II Milenio a. C.: poblados y fortificaciones*, Cuenca: 173-214.
- OCAÑA CARRETÓN, A. y GÓMEZ LAGUNA, A. 2000: “Prospecciones en el Alto Guadiana (Lagunas de Ruidera, Albacete). Nuevas aportaciones al conocimiento del Bronce Final: el poblado de la Mesa del Almendral”, en 3º Congreso de Arqueología Peninsular, *Proto-história da Península Ibérica*, vol. V, Porto: 226-240.
- PELLICER, M. 1989: «El Bronce Reciente y los inicios del Hierro en Andalucía Occidental», en *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Sabadell: 47-187.
- PEREA, A. 1991: *Orfebrería prerromana. Arqueología del Oro*, Madrid.
- PEREA, A. 1995: “La metalurgia del oro en la fachada atlántica durante el Bronce Final”, en Ruiz-Gálvez, M. L. (ed.), *Ritos de paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final europeo*, Complutum Extra, 5, Madrid: 69-78.
- PEREIRA, J. 2007: “El Bronce Final y los inicios de la Edad del Hierro”, en Pereira, J. (coord.), *Prehistoria y Protohistoria de la Meseta Sur (Castilla-La Mancha)*, Ciudad Real: 127-159.
- PEREIRA, J. 2012: “La tumba de la Casa del Carpio (Belvís de la Jara, Toledo). Un enterramiento femenino de época orientalizador”, en Prados, L., López, C. y Parra J. (eds.), *La Arqueología funeraria desde una perspectiva de género*, Madrid: 201-214.

- PÉREZ AVILÉS, J. 1985: “Estudio arqueológico del Campo de Montiel”, *Oretum*, I: 175-237.
- RICO, M.T., LÓPEZ PRECIOSO, F.J. Y SERNA, J.L. 1997: “Arqueología”, en AA.VV.: *Parque Natural de las Lagunas de Ruidera*, Madrid: 246-278.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A., PAVÓN, I., DUQUE, D., HUNT, M., PONCE DE LEÓN, M., VÁZQUEZ, J., MÁRQUEZ, J.M. Y RODRÍGUEZ, J. 2014: “La minería protohistórica en Extremadura: el caso del estaño en el Cerro de San Cristóbal de Logrosán (Cáceres)”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada*, 24: 167-201.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A., PAVÓN, I. Y DUQUE, D. 2018: “Familias, linajes y “grandes casas” en la Extremadura tartésica”, en Rodríguez, A., Pavón, I. y Duque, D. (eds.), *Familias, linajes y comunidades en la Protohistoria peninsular*, Cáceres: 209-264.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, E. Y CELESTINO PÉREZ, S. 2019: “Las cerámicas pintadas postcocción en el Valle Medio del Guadiana”, en Rodríguez González, E. y Celestino Pérez, E. (eds.), *Las cerámicas a mano pintadas postcocción de la península ibérica durante la transición entre el Bronce Final y la I Edad del Hierro*, Mytra 4, Mérida: 111-129.
- RUIZ-GÁLVEZ, M. L. 1984: *La Península Ibérica y sus relaciones con el Círculo Cultural Atlántico*. Universidad Complutense de Madrid. Colección Tesis Doctorales 139/84, Madrid
- RUIZ-GÁLVEZ, M. L. 1995: “Cronología de la Ría de Huelva en el marco del Bronce Final de Europa Occidental”, en Ruiz-Gálvez, M. L. (ed.), *Ritos de paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final Europeo*, Complutum Extra, 5, Madrid: 79-83.
- RUIZ MATA, D. 1995: «Las cerámicas del Bronce Final. Un soporte tipológico para delimitar el tiempo y el espacio tartésico», en *Tartessos 25 años después, 1968-1993. Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, Jerez de la Frontera: 265-313.
- RUIZ MATA, D., BLÁZQUEZ, J. M Y MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. 1981: “Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva). Campaña de 1978”, *Huelva Arqueológica*, V: 149-307.
- RUIZ MATA, D. Y FERNÁNDEZ JURADO, J. 1986: «El yacimiento metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé de Almonte (Huelva)», *Huelva Arqueológica*, VIII. Huelva.
- TORRES, M. 2019: “Síntesis y conclusiones”, en Rodríguez González, E. y Celestino Pérez, S. (eds.), *Las cerámicas a mano pintadas postcocción de la península ibérica durante la transición entre el Bronce Final y la I Edad del Hierro*, Mytra, 4, Mérida: 237-244.
- TORRES, T., VÉLEZ, J., FERNÁNDEZ MAROTO, D. Y PÉREZ AVILÉS, J. 2016: “De las cerámicas a mano al uso del torno alfarero en el Cerro de las Cabezas”, Serie Historia completa de las excavaciones del yacimiento arqueológico del Cerro de las Cabezas, *Lanza Digital*, 28 de febrero de 2016.
- VALIENTE, S. Y PRADO, S. 1977-1978: “Estelas decoradas de Aldea del Rey”, *Archivo Español de Arqueología*, 50-51: 375-389.
- VALIENTE, S. Y PRADO, S. 1979: “Nueva estela decorada de Aldea del Rey”, *Archivo Español de Arqueología*, 52: 27-32.
- VÉLEZ, J. Y PÉREZ AVILÉS, J. 1987: “El yacimiento protohistórico del Cerro de las Cabezas (Valdepeñas, Ciudad Real)”, *Oretum*, III: 167-196.
- VIGIL, R. Y GARCÍA GIMÉNEZ, R. 1994: “Análisis de cerámicas protohistóricas de La Bienvenida”, en C. Fernández Ochoa et alii: *Sisapo I. Excavaciones arqueológicas en La Bienvenida (Almodóvar del Campo, Ciudad Real)*, Toledo: 265-272.
- ZARZALEJOS, M. 1995: *Arqueología de la región sisaponense. Aproximación a la evolución histórica del extremo SW de la provincia de Ciudad Real (fines del siglo VIII a.C.-siglo II d.C.)*, Madrid.
- ZARZALEJOS, M. Y LÓPEZ PRECIOSO, F. J. 2005: “Apuntes para una caracterización de procesos orientalizantes en la Meseta Sur”, en Celestino Pérez, S. y Jiménez Ávila, J. (eds.), *El Periodo Orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de arqueología de Mérida*. Anejos de *Archivo Español de Arqueología*, XXXV, Mérida: 809-842.
- ZARZALEJOS, M., ESTEBAN, G. Y HEVIA, P. 2011: “Las estelas grabadas de La Bienvenida-Sisapo (Ciudad Real, España): nuevas aportaciones para la caracterización del contexto cultural del Bronce Final en el

- reborde suroccidental de la Meseta”, en Vilaça, R. (coord.), *Estelas e estátuas-menires da Pré à Proto-história*, Actas das IV Jornadas Raianas, Sabugal: 389-415.
- ZARZALEJOS, M., ESTEBAN, G. Y HEVIA, P. 2012: “El Bronce Final en el Alto Guadiana. Viejos y nuevos datos para una lectura histórica”, en Jiménez Ávila, J. (ed.), *Sidereum Ana II. El río Guadiana en el Bronce final*, Anejos de *Archivo Español de Arqueología*, LXII, Mérida: 15-40.
- ZARZALEJOS, M., ESTEBAN, G., MANSILLA, L., PALERO, F., HEVIA, P. Y SÁNCHEZ, J. 2012: “Nuevas aportaciones al conocimiento del paisaje minero antiguo en la vertiente norte de Sierra Morena: del análisis macroespacial al estudio de detalle”, en Zarzalejos, M., Hevia, P. y Mansilla, L. (eds.), *Paisajes mineros antiguos en la península Ibérica: Investigaciones recientes y nuevas líneas de trabajo. Homenaje a Claude Domergue*, Madrid: 123-154.
- ZARZALEJOS, M., ESTEBAN, G. Y HEVIA, P. 2016: “El Alto Guadiana entre los siglos VIII y VI a.C. Novedades estratigráficas en el área 4 de Sisapo- La Bienvenida (Almodóvar del Campo, Ciudad Real)”, en Jiménez Ávila, J. (ed.), *Sidereum Ana III. El río Guadiana y Tartessos*. Serie Compacta nº 1, Mérida: 39-67.
- ZARZALEJOS, M., ESTEBAN, G., MANSILLA, L., GALLARDO, J. L., HEVIA, P. Y BERMÚDEZ, J. 2017: “Espacios de explotación minera en la periferia de la ciudad de Sisapo-La Bienvenida (Almodóvar del Campo, Ciudad Real), en Arboledas, L., Alarcón, E. y Contreras, F. (eds.), *Presente y futuro de los paisajes mineros del pasado: Estudios sobre minería, metalurgia y poblamiento*, Granada: 397-408.

LA CULTURA TARTÉSICA EN EL ALTO GUADIANA

PEDRO MIGUEL-NARANJO*

RESUMEN

En este trabajo se presenta un estado actual de la investigación sobre el desarrollo de los momentos finales del periodo transicional Bronce Final-Hierro I y del Hierro I en el Alto Guadiana, unas fases que se encuadran cronológicamente entre poco antes de mediados del siglo VIII y el 550 a.C. La evidencia arqueológica, muy significativa en los últimos años a raíz de las intervenciones en yacimientos como Alarcos, La Bienvenida, el Cerro de las Cabezas o Calatrava la Vieja, revela una estrecha conexión con el complejo cultural tartésico, planteando la integración de esta área geográfica en los límites de la cultura tartésica, como se viene reconociendo desde hace más de un siglo para el curso medio de este mismo valle fluvial. Esta hipótesis se refuerza si se considera la producción local de producciones cerámicas indudablemente tartésicas, como constatan los análisis mineralógicos. Sin embargo, el propio sustrato local o la propia red de contactos culturales y comerciales, distinta a la establecida por las comunidades de la zona nuclear, trajo consigo particularidades dentro del espacio en el que se desarrolló la cultura tartésica.

PALABRAS CLAVE

Bronce Final-Hierro I, meseta suroccidental, Tarteso, arqueometría.

ABSTRACT

In this paper I show the recent studies about the Late Bronze-Iron Age and Iron Age periods at the Upper Guadiana. These periods followed between 8th and 550 BC. The archaeological evidence, very important in last years because of interventions in sites such as Alarcos, La Bienvenida, Cerro de las Cabezas or Calatrava la Vieja, reveals a connection with the Tartessian culture. Therefore, I propose the integration of Upper Guadiana in the limits of the Tartessian culture, like some researches have admitted for the Middle Guadiana. We have in the Upper Guadiana local production of Tartessian pottery, as confirmed by the mineralogical analyses. However, the local tradition or the network of cultural and commercial contacts, different from that established by the communities of the nuclear zone, brought with it particularities within the space in which the Tartessian culture developed.

* Instituto de Arqueología (CSIC-Junta de Extremadura). pedromnaranjo@iam.csic.es

KEY WORDS

Late Bronze-Iron Age, southwestern Plateau, Tarteso, archaeometry.

1. INTRODUCCIÓN

Hasta hace relativamente poco, el largo periodo comprendido entre el final del Bronce Medio y los inicios de la época ibérica en el Alto Guadiana estaba sumido en una importante laguna de desconocimiento, ya que los restos adscritos a estos periodos correspondían a las estelas de guerrero (Fig. 1) y a otros materiales arqueológicos hallados en posición secundaria.

Esta situación ha ido cambiando gracias a la información extraída de yacimientos en los que se han documentado niveles de estos periodos y en los que se han venido desarrollando de forma sistemática una serie de campañas y trabajos arqueológicos (Fig. 1). La publicación en 1994 de los resultados obtenidos en el corte A-1 (ab) de la Bienvenida supuso un salto cualitativo (Fernández Ochoa *et alii* 1994), ya que, por primera vez, se contaba con una secuencia estratigráfica ininterrumpida que abarcaba desde el periodo transicional Bronce Final-Hierro I hasta época romana. Ya en esta secuencia se pudo observar una impronta de tipo tartésico en lo que se denominó como etapa transicional Bronce Final-Hierro I y durante

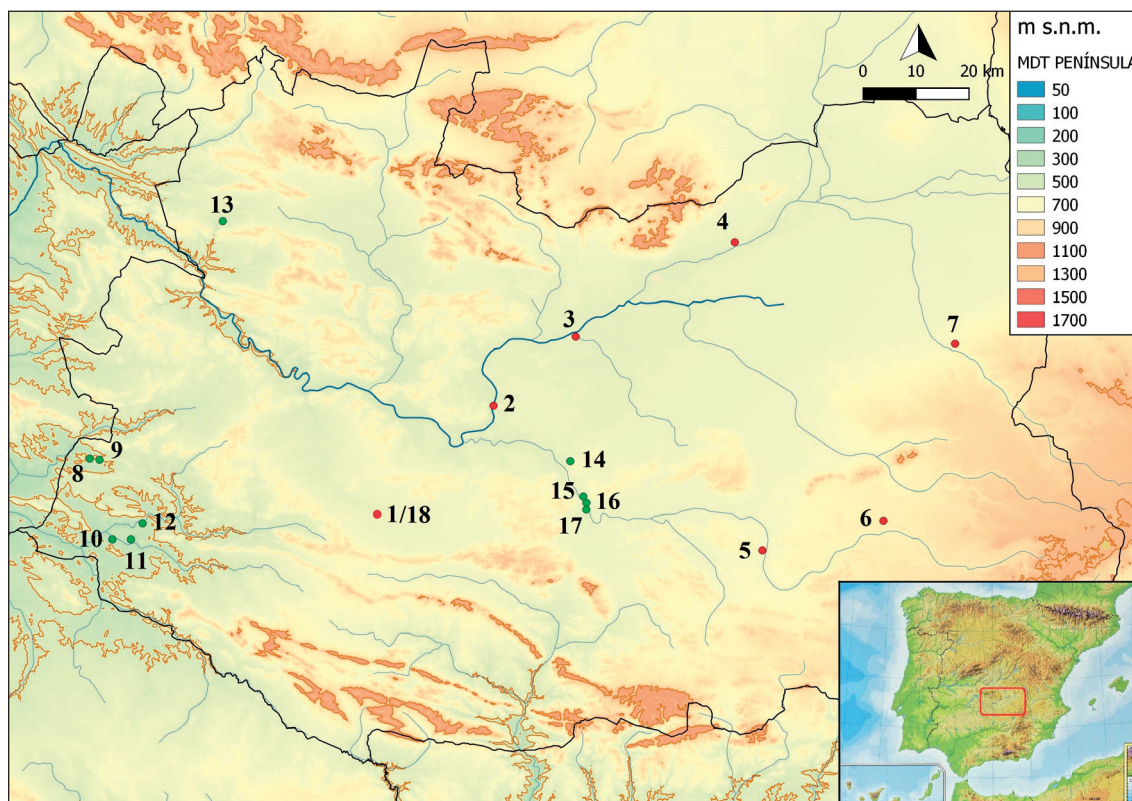


Fig. 1. Mapa del Alto Guadiana con los límites de la actual provincia de Ciudad Real. Rojo: yacimientos con niveles arqueológicos del Bronce Final-Hierro I y/o del Hierro I: 1. La Bienvenida-Sisapo (Almodóvar del Campo); 2. Alarcos (Poblete-Ciudad Real); 3. Calatrava la Vieja (Carrión de Calatrava); 4. Necrópolis de La Vega (Arenas de San Juan); 5. Cerro de las Cabezas (Valdepeñas); 6. Necrópolis de Los Cotos (Alcubillas); 7. Peñarroya (Argamasilla de Alba). Verde: estelas de guerrero y diademas: 8. Chillón III; 9. Chillón I y II; 10. Almadén I; 11. Alamillo; 12. Almadén II; 13. Navalpino; 14. Pozuelo de Calatrava; 15. Aldea del Rey II; 16. Aldea del Rey I; 17. Aldea del Rey III; 18. La Bienvenida I, II, III y IV.

toda la Primera Edad del Hierro, una personalidad tartésica que se ha corroborado recientemente a partir de los datos obtenidos en el área 4 de este mismo yacimiento (Zarzalejos *et alii* 2017 y en este volumen).

Los trabajos llevados a cabo en Alarcos, tanto en el sector III como en el sector IV, han contribuido a perfilar estas etapas culturales, ofreciendo las primeras fechas radiocarbónicas obtenidas del análisis de restos recuperados en niveles de estos periodos (Fernández Rodríguez 2012; García Huerta y Morales 2017; García Huerta *et alii* 2020). En el cerro de las Cabezas también se han registrado niveles arqueológicos del Bronce Final-Hierro I y del Hierro I desde los años ochenta del siglo XX (Vélez y Pérez Avilés 1987; 1999). El pleno Hierro I también queda constatado en Alarcos (Fernández Rodríguez 2012), mientras que los momentos finales de este periodo, en ocasiones en transición hacia el Ibérico Antiguo, se atestiguan en los Recintos 1 y 2 de Peñarroya (García Huerta *et alii* 1999) y en Calatrava la Vieja (Miguel-Naranjo 2019).

2. LA CULTURA TARTÉSICA EN EL ALTO GUADIANA DURANTE LA TRANSICIÓN BRONCE FINAL-HIERRO I Y LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO.

La información obtenida de los yacimientos en los que se han documentado niveles arqueológicos y materiales *in situ* adscritos a estos momentos permite esbozar una secuencia cronocultural en la que se han diferenciado dos periodos caracterizados por una impronta cultural de tipo tartésico.

2.1. LA TRANSICIÓN BRONCE FINAL-HIERRO I (... - CA. 750 A.C.)

En cuanto a los límites cronológicos, el inicio de esta etapa aún no se ha podido determinar debido a la ausencia de niveles estratigráficos del Bronce Final que permitan evaluar los cambios culturales que justifiquen dicha transición. De esta forma, para el Bronce Final, tan solo serían reseñables, por su posición primaria, el hallazgo de las cerámicas de Cogotas I de la Motilla del Azuer (Daimiel, Ciudad Real), asociadas a una muestra analizada que cubre un periodo comprendido entre los siglos XIII-XI cal. a.C. (Nájera y Molina 2004: 205-206), y el depósito de armas de filiación atlántica de Puertollano (Ciudad Real), fechado en torno al 950 a.C. y sin un asentamiento cercano con el que establecer una relación (Fernández Rodríguez y Rodríguez de la Esperanza 2002: 131). El resto de materiales de este periodo se han hallado en posición secundaria (Zarzalejos *et alii* 2012).

Solo contamos con niveles correspondientes a los momentos finales de la transición del Bronce Final-Hierro I, fechados en torno a mediados del siglo VIII a.C. según la cronología que aportan los materiales y las muestras analizadas por radiocarbono de Alarcos (Fernández Rodríguez 2012: Tab. 1; García Huerta *et alii* 2020: Tab. 12). En cuanto al nivel 13 del corte A1 (ab) de La Bienvenida, fechado a finales del siglo VIII a.C. (Fernández Ochoa *et alii* 1994), se ha planteado subir la cronología hasta estos momentos centrales del siglo VIII a.C. (Miguel-Naranjo 2019: 91-92), a tenor de la reciente documentación de Alarcos y la reconsideración cronológica de algunos materiales de filiación tartésica que sirvieron como referencia para fechar dicho nivel.

Si la presencia estable de los fenicios en la península ibérica a causa de la colonización se ha fechado en torno al último cuarto del siglo IX a.C. (Celestino y López-Ruiz 2020: 187), inaugurando con ello el inicio del Hierro I y motivando los cambios culturales que explican el surgimiento de la cultura tartésica a principios del siglo VIII a.C., parece razonable restringir este periodo transicional en el Alto Guadiana a la primera mitad del siglo VIII a.C., ya que suponemos que los cambios culturales y tecnológicos relacionados con la presencia fenicia llegaron al interior en un momento ligeramente posterior. Sin embargo, y dada la

documentación arqueológica disponible, poco se puede decir en relación a los contactos entre el Bajo Guadalquivir y el Alto Guadiana a principios del siglo VIII a.C., así como los cambios culturales que se pudieron suceder.

La cultura material de estos momentos finales de la transición Bronce Final-Hierro I se caracteriza por una cerámica fabricada exclusivamente a mano. Así se muestra en el Cerro de las Cabezas (Vélez y Pérez Avilés 1987: 173-174), el nivel 13 del corte A-1 (ab) de La Bienvenida (Fernández Ochoa *et alii* 1994) o Alarcos (García Huerta *et alii* 2020; Miguel-Naranjo 2021). Entre el repertorio, destaca la mayoritaria presencia de una cerámica de superficies bruñidas enraizada con las producciones que se estaban desarrollando en el núcleo de Tarteso durante mediados del siglo VIII a.C. (Fig. 2), como los soportes D.II, los vasos *à chardón*, las cazuelas A.II, las ollas G.I o los cuencos B.II de la tipología de Ruiz Mata (1995). Sin embargo, y a pesar de este grueso cerámico típico de la Primera Edad del Hierro del suroeste, pervivieron formas con rasgos morfológicos tradicionalmente adscritos al Bronce Final, como las carenas abruptas en las cazuelas A.I.a, caso de un ejemplar de la variante Guadalquivir de Alarcos (Fig. 2:1). Este ambiente material quizás esté reflejando la perduración de unas tradiciones precedentes en un contexto de cambio cultural que tendría sus comienzos en algún momento de la primera mitad del siglo VIII a.C. El arraigo a las tradiciones también quedaría patente en el hecho de que en el Alto Guadiana no se adquirieron cerámicas a torno a pesar de que en el núcleo tartésico se estaban comercializando cerámicas torneadas desde, al menos, principios del siglo IX a.C. (González de Canales *et alii* 2004). Dicha ausencia de cerámicas a torno, a pesar de los indudables contactos comerciales y culturales entre el Alto Guadiana y el suroeste, obedecería a los propios gustos de estas comunidades de la meseta suroccidental, alejados de esta modalidad de vajilla.

Muchas de las formas a mano se decoraron con mamelones, a veces perforados para mantener los recipientes en suspensión (Fig. 2:1). Otras veces se decoraron con motivos geométricos incisos (García Huerta y Morales 2017: Fig. 9:2), siempre con un objeto romo cuando el vaso estaba sin cocer, ya sea de superficies bruñidas, alisadas o toscas. Con las superficies bruñidas y el cuerpo decorado con triángulos incisos continuos, destacan algunos vasos *à chardón* de Alarcos (García Huerta y Morales 2017: figs. 6; 9:2; Miguel-Naranjo 2021: Fig. 9:11), una forma cerámica que aparece sin decoración en La Bienvenida (Fernández Ochoa *et alii* 1994: Fig. 125, 22) y que en el núcleo tartésico se empleó como urna cineraria y vaso de ofrendas en ambientes funerarios o como recipiente ritual en contextos cultuales (Torres 2008). Una de las tendencias decorativas más frecuentes en Alarcos, fundamentalmente en contenedores globulares y elipsoidales de superficies toscas o alisadas, consistió en marcar con pequeñas incisiones o impresiones toda la superficie del borde creando una sucesión.

La cerámica con decoración bruñida, aunque con proporciones muy modestas, también está presente en el Alto Guadiana durante esta fase. Se documenta la modalidad de retícula bruñida interna, como en la cazuela A.I.a de La Bienvenida (Fernández Ochoa *et alii* 1994: Fig. 122) o los fragmentos del Cerro de las Cabezas (Vélez y Pérez Avilés 1999: 51-53; Esteban *et alii* 2003: 14). Como elemento significativo, aparece un fragmento descontextualizado de Alarcos en el que la decoración bruñida se plasmó en ambas superficies (García Huerta *et alii* 2020: Fig. 21:1), como si se fusionara la técnica de la retícula bruñida con la de la cerámica *Lapa do Fumo*, ambas del Bronce Final. De cerámica o piedra, también destacan unos objetos circulares y planos con perforación central, interpretados como pesas (García Huerta *et alii* 2020: 47-49).

Sin embargo, es la cerámica a mano con decoración pintada la más sobresaliente, como la monocroma en rojo estilo Valcorchero o también llamada de las Beiras (Miguel-Naranjo 2020: 116 y ss.), caracterizada por formas típicas del Hierro I y con una sintaxis decorativa acorde a los esquemas metopados de la cerámica estilo Carambolo (Fig. 3:1-5). Otra de las cerámicas monocromas en rojo constatadas es la

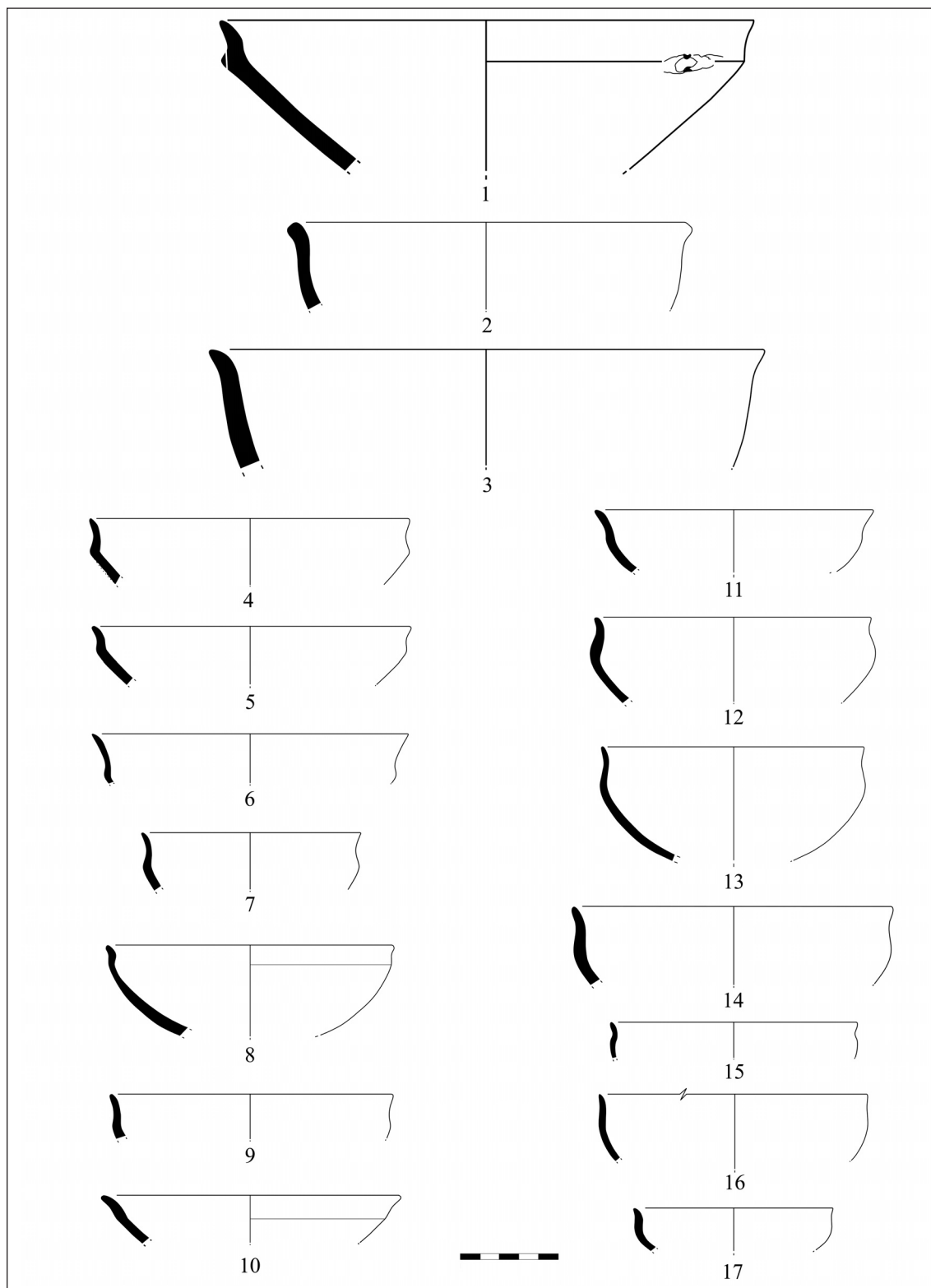


Fig. 2. Cerámicas a mano con superficies bruñidas procedentes de niveles del Bronce Final-Hierro I de Alarcos: 1. Cazuela A.I.a; 2-3 vasos hemisféricos; 4-17. Cuencos B.II.

cerámica estilo San Pedro II (Fig. 3:10-18), una de las producciones más características de la cultura tartésica (Torres 2002: 158-160). Los análisis de DRX realizados sobre algunas cerámicas de este estilo halladas en la Bienvenida (Vigil y García Giménez 1994) y Alarcos (Fig. 4) (García Huerta y Morales 2017: Fig. 13:Al98-U7/8-1-8-(132), Alo8-U15-4; Miguel-Naranjo 2020a: 154-155) confirman su producción local y, por tanto, la inclusión de las comunidades del Alto Guadiana en las tendencias y los gustos que definen a la cultura tartésica.

Dicho localismo se ha podido determinar por la presencia de olivino, un mineral de naturaleza volcánica como es el caso del campo de Calatrava en el que se contextualizan ambos yacimientos. A estos se añade Calatrava la Vieja, en el que se han analizado algunas cerámicas típicas del horizonte tartésico con olivino, como una cazuela A.I.a de la variante Guadalquivir (Miguel-Naranjo 2020b: Fig. 4:7). Dicha inclusión en la órbita tartésica parece mucho más clara si se considera que en muchas de estas cerámicas locales San Pedro II con olivino (Fig. 4:1) se representaron motivos orientales como la flor de loto esquematizada, posiblemente con un significado simbólico reformulado por las poblaciones locales del Alto Guadiana. De estos momentos finales del Bronce Final-Hierro I también se documentan producciones cerámicas características de otras áreas distintas al núcleo de Tarteso, una circunstancia que obedece a la posición geográfica del Alto Guadiana en el centro de la península ibérica. Se trata, en concreto, de la cerámica monocroma en amarillo (Fig. 3:6-9) y la cerámica bicroma en rojo y amarillo estilo Meseta (Fig. 5:1-9). Ambas, ampliamente documentadas en Alarcos, se desarrollaron tanto en formas típicas del mundo tartésico como de la Meseta Norte, caso del cuenco B.II y del vaso de perfil troncocónico respectivamente. Muchas de las cerámicas estilo Meseta también han sido analizadas por DRX e igualmente se ha corroborado su producción local por la presencia de olivino (Miguel-Naranjo 2020a: 285), destacando la reinterpretación de este estilo por las comunidades del Alto Guadiana al conjugar las formas estilísticas y compositivas del estilo San Pedro II con la bicromía que caracteriza a esta producción. Estos materiales estarían reflejando de nuevo la confluencia de elementos culturales de diverso origen y procedencia en el Alto Guadiana y la reformulación de los mismos por sus sociedades como consecuencia de una adaptación a los propios gustos y necesidades, contribuyendo así a la creación de una personalidad propia de esta zona dentro de la esfera tartésica en la que se integra. Las cerámicas a mano bruñidas con decoración acanalada halladas en Calatrava la Vieja también ejemplificarían los contactos del Alto Guadiana con la meseta Norte.

En lo relativo a la arquitectura de este momento, en el Cerro de las Cabezas se constatan viviendas de planta cuadrangular y semiovalada. Ambos tipos arquitectónicos están formados por muros de zócalo de mampostería trabada con arcilla y nódulos de cal y con alzados de adobe, mientras que los suelos lo componen una mezcla compacta de arena rojiza, cal y cenizas (Vélez y Pérez Avilés 1987: 174). En Alarcos también se documentan estructuras de muros rectos y una construcción de planta circular con palo de poste central para sujetar la posible techumbre de ramas y chamizos mezclados con barro, ambos tipos en convivencia y de los que únicamente se han conservado los cimientos de piedra cuarcita y los suelos de tierra batida (García Huerta y Morales 2017). Bajo los niveles de esta estructura de planta circular se han hallado recientemente dos muros paralelos contruidos con piedra caliza y separados por 1.3 m de distancia.

En Alarcos también se han documentado 6 hogares, todos formados por una placa de arcilla endurecida que reposa sobre un nivel de piedras de pequeño tamaño y éste sobre otro de tierra suelta (García Huerta *et alii* 2020). El reducido espacio intervenido ha condicionado la interpretación sobre la funcionalidad, aunque la extraordinaria calidad de los materiales asociados parece apuntar hacia un espacio diferente al meramente doméstico (Miguel-Naranjo 2021), como en el contexto coetáneo de La Bienvenida en el que se documentó un depósito, quizás de tipo ritual, formado por una cuarcita con restos de cinabrio junto una olla invertida y una cazuela A.I.a con decoración bruñida y fragmentada de forma intencional (Fernández Ochoa *et alii* 1994).

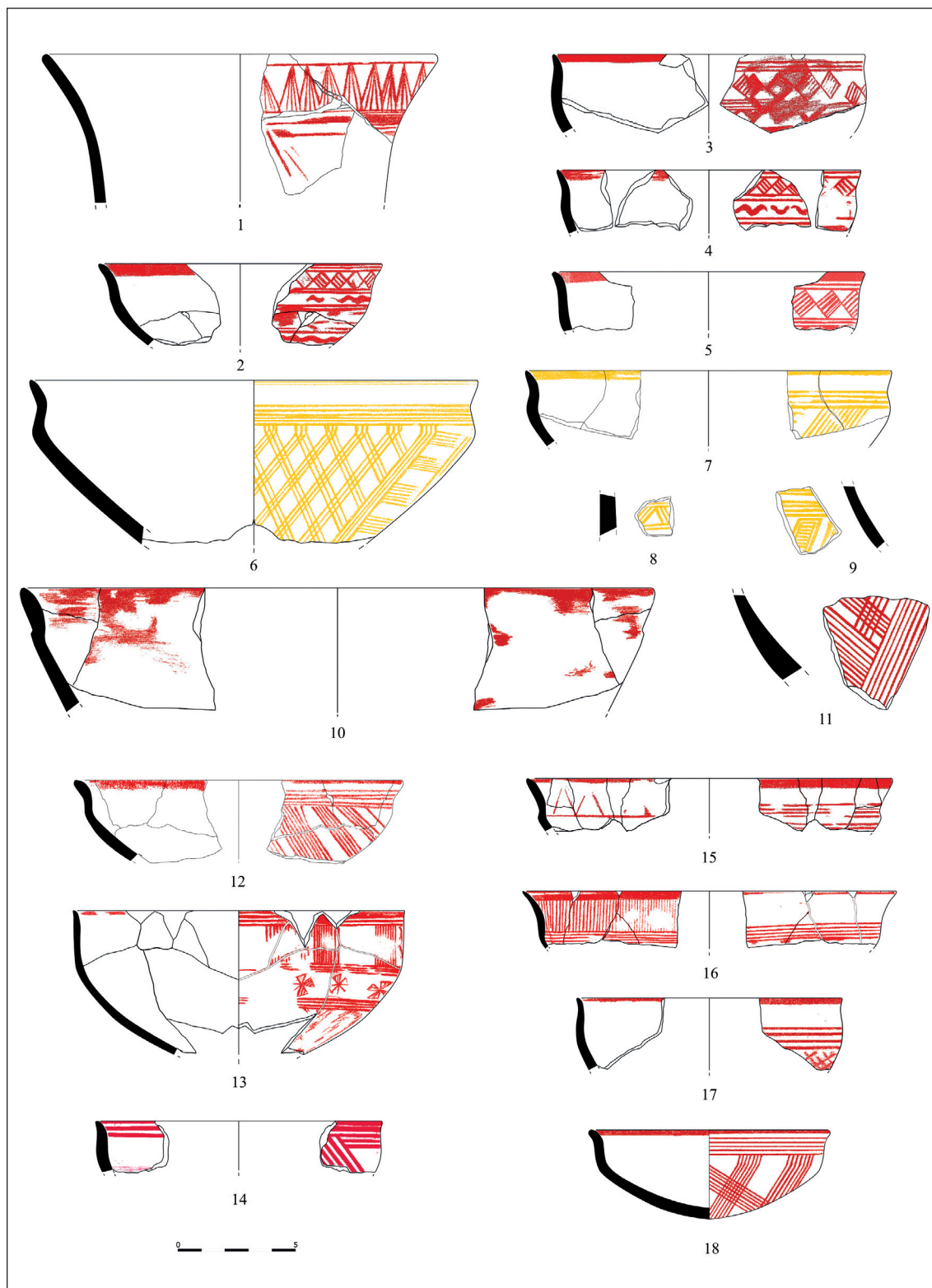


Fig. 3. Cerámicas a mano con decoración pintada de Alarcos: 1-5. Estilo Valcorchero; 6-9. Estilo monocromo en amarillo; 10-18. Estilo San Pedro II.

Los espacios funerarios de esta época se restringen a las necrópolis de incineración de la Vega (Nájera y Molina 1977: 279-280) y de Los Cotos (Miguel-Naranjo 2020a: 283, Fig. VIII.6:4), actualmente sin una conexión cronológica y cultural con un núcleo de ocupación determinado. Este aspecto, junto a la circunstancia en la que fueron documentados los hallazgos, dificulta bastante su interpretación y adscripción segura a esta fase cultural. En el sector IV-E de Alarcos también se documentaron dos tumbas, una de ellas de esta fase con un vaso bicónico con incrustaciones metálicas utilizado como urna cineraria (Fernández Rodríguez 2001: Fig. 4:1). Dicha tumba apareció junto a otra del Hierro I en la que se empleó un cuenco pintado estilo Medellín, unas diferencias cronológicas que no sólo se aprecian en la tipología sino también en las temperaturas a la que fueron sometidos los cadáveres en ambos casos (Fernández Rodríguez 2001: 281). Estos ejemplos ilustran la práctica de la incineración en el ritual funerario de las comunidades del Alto Guadiana de este momento, un elemento que debe ponerse en relación con los contactos culturales establecidos con el núcleo de Tarteso donde fue habitual entre las poblaciones tartésicas.

En cuanto a las estelas de guerrero, la importante fragmentación de la mayoría de los ejemplares, que en la actualidad asciende a 15 en la actual provincia de Ciudad Real, ha impedido cualquier clasificación segura en función de los elementos representados. Sin embargo, y según los recientes estudios (Celestino y López-Ruiz 2020: 216), la representación de la figura antropomorfa y algunos elementos de tipo mediterráneo fue un cambio iconográfico que se ha fechado a partir del siglo VIII a.C., por lo que las estelas del Alto Guadiana con este tipo de motivos serían incluidas en este contexto del Bronce Final-Hierro I. Por su iconografía, destaca la desaparecida estela de Aldea del Rey III en la que se representa una danza, un motivo que también aparece en un fragmento de cerámica San Pedro II de Alarcos y que se ha podido fechar por radiocarbono en el siglo VIII a.C. (Miguel-Naranjo 2020a: 201). De niveles de esta época también procede un peine de hueso con decoración geométrica (García Huerta *et alii* 2020: Fig. 21), una pieza excepcional que podría relacionarse con los peines de una sola fila de púas que se representan en las estelas de guerrero y que supondría un objeto de prestigio, quizás vinculado con la estética personal de las élites representadas en las propias estelas (Torres 2002: 250-251).

2.2. LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO (CA. 750-550 A.C.)

La Primera Edad del Hierro en el Alto Guadiana también cuenta con una cronología imprecisa para situar su inicio. Los niveles 11 y 12 del corte A1 (ab) de La Bienvenida se fecharon entre el 650-550 a.C. (Fernández Ochoa *et alii*. 1994: 145-147), mientras que la fase más antigua del edificio tartésico del área 4 de este mismo yacimiento data de finales del siglo VIII a.C. o principios del VII a.C. (Zarzalejos *et alii*. 2017: 54).

En el Cerro de las Cabezas, la fase Bronce Final-Hierro I está bien diferenciada de la del Hierro I por un nivel de incendio y por la presencia de una fíbula de doble resorte (Vélez y Pérez Avilés 1999: 51-53). En lo que se refiere a los contextos del Hierro I de Alarcos, contamos con la fecha radiocarbónica de la muestra de carbón analizada en el nivel 3 del C-23 (Fernández Rodríguez 2012: 60, Tab. 1) que, tras ser recalibrada (Miguel-Naranjo 2020a: Fig. VI:37), muestra una cronología que no supera los momentos de mediados del siglo VIII a.C. Por tanto, y reconsiderando los datos anteriormente señalados sobre el final de la transición Bronce Final-Hierro I, cabría situar los comienzos del Hierro I en el Alto Guadiana en torno a mediados del siglo VIII a.C.

Los momentos finales del Hierro I o en transición hacia el Ibérico Antiguo se registran en Peñarroya (García Huerta *et alii* 1999) y en las UU.EE. 79, 80 y 81 del Área 16 de Calatrava la Vieja. En este último caso, como ocurre también en La Bienvenida (Esteban y Hevia 2008: 85), el Cerro de las Cabezas (Vélez y Pérez Avilés 2008: 39) y Alarcos (Fernández Rodríguez 2008), se observa una continuidad sin *hiatus*

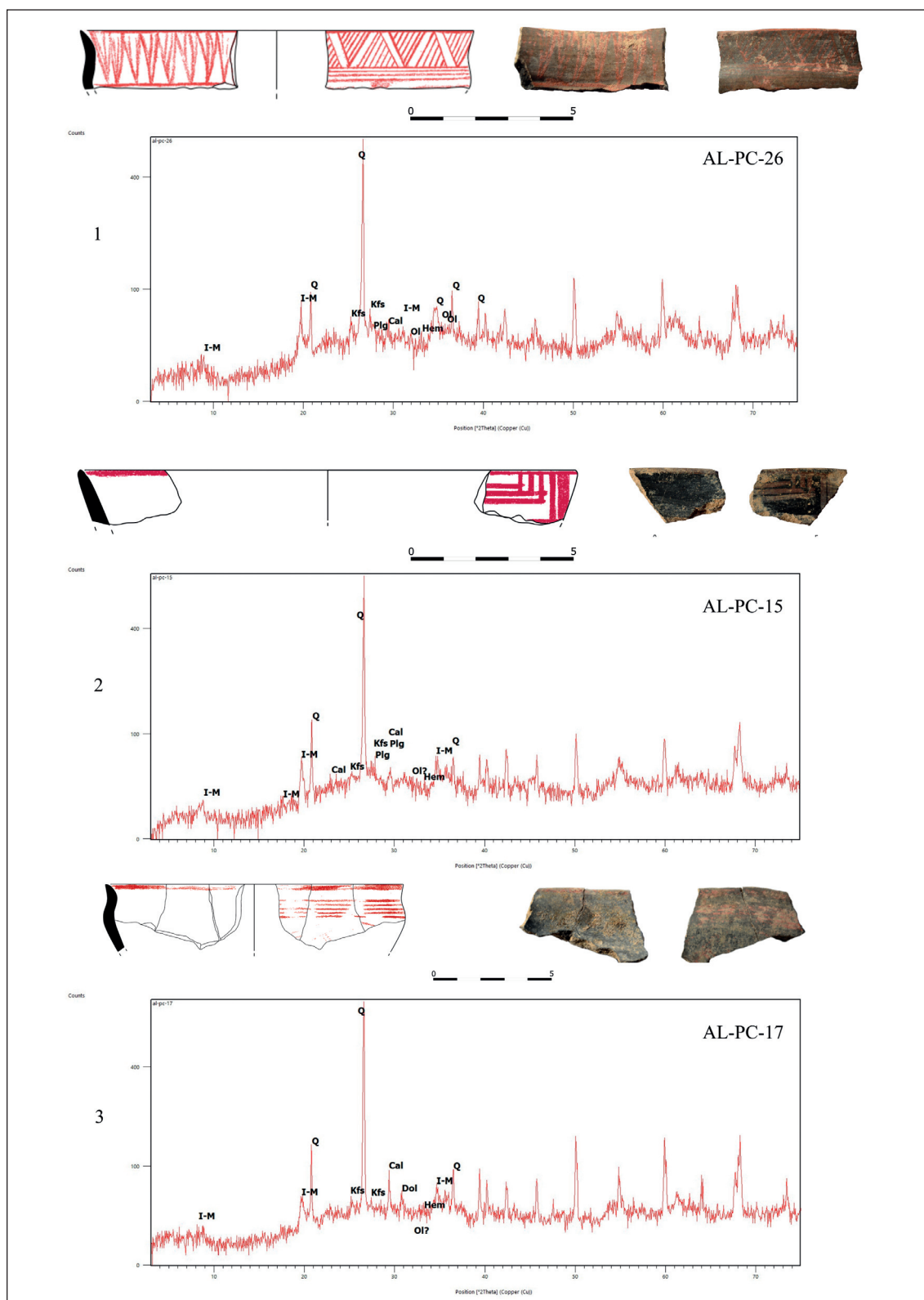


Fig. 4. Cerámicas San Pedro II de Alarcos analizadas por DRX (difractogramas del Dr. David Guirao, informe inédito).

aparente en la sucesión entre ambas etapas y en el proceso de iberización de estas sociedades de finales del Hierro I (Miguel-Naranjo 2019). Esta situación entra en coherencia con la registrada desde mediados del siglo VI a.C. en el núcleo de Tarteso, donde se observa una transformación cultural hacia los elementos de corte íbero que caracterizan a la cultura turdetana. Como contraste, y a pesar de que forma parte del mismo valle fluvial, se encuentra el Guadiana medio en el que muchos modelos de la cultura tartésica perduraron hasta los inicios del siglo IV a.C. (Celestino y López-Ruiz 2020: 266-267).

En lo relativo a la cultura material de esta etapa, pervivió la tradición vascular a mano de la fase precedente, a excepción de las formas con rasgos arcaizantes. También hubo una continuidad con respecto a las decoraciones de la cerámica a mano, como el estilo San Pedro II, el estilo Meseta, la decoración incisa o la decoración bruñida interna, esta última en proporciones más escasas en comparación a la etapa anterior como ejemplifica el estrato 3 del C-23 de Alarcos (Fernández Rodríguez 2012: Fig. 10:3).

Durante el Hierro I también se desarrollaron otras producciones tartésicas muy características de estos momentos, como la cerámica estilo Medellín documentada en Alarcos (Fig. 5:10-11), el Cerro de las Cabezas (Vélez y Pérez Avilés 1987: lám. IV:28, 30; Esteban *et alii* 2003: Fig. 7:3-6) y La Bienvenida (Fernández Ochoa *et alii* 1994). Otra de las decoraciones más definitorias del complejo material tartésico típico de estos momentos es la decoración digitada, generalmente en sucesiones sobre ollas de superficies toscas, muchas del tipo G.II de Ruiz Mata (1995), como las de Alarcos (Fig. 6:9-10) y La Bienvenida (Fernández Ochoa *et alii* 1994: figs. 116:42-43; 118:51; 119:57; Zarzalejos *et alii* 2017: Fig. 12:4), estas últimas de producción local al registrarse olivino en las analíticas de DRX (Vigil y García Giménez 1994). En el Cerro de las Cabezas (Vélez y Pérez Avilés 1999: 51-53) y en el Recinto-1 de Peñarroya (García Huerta *et alii* 1999: 236) la decoración digitada aparece también en orzas y otros recipientes globulares toscos o alisados.

En esta época, como ocurre en el Cerro de las Cabezas en un momento avanzado del siglo VII a.C. (Esteban *et alii* 2003: 19-20, 26) o en Peñarroya en un contexto más reciente del siglo VI a.C. (García Huerta *et alii* 1999: Fig. 4), se documenta la cerámica grafitada. Esta producción es típica de áreas más septentrionales de la península ibérica, como la meseta norte o el valle del Ebro, documentándose de forma muy puntual en el área tartésica, como el caso de Cástulo (Barroso 2002). Los tres fragmentos de Alarcos, en contextos del Bronce Final-Hierro I (García Huerta y Morales 2017: 117-118), podrían ser intrusiones, ya que en las posteriores excavaciones de 2017 y 2018 no se ha documentado ni un solo fragmento de este tipo cerámico. De hecho, en el C-23 de Alarcos sólo aparece la cerámica grafitada en los niveles de la Primera Edad del Hierro (Fernández Rodríguez 2012: 55, figs. 7:10; 9:2-3). Por eso, y a pesar de que es una producción también atestiguada en el Bronce Final de la Meseta Norte (Barroso 2002), los datos del Alto Guadiana parecen restringir su presencia al Hierro I, aunque con una perduración durante los primeros momentos de la cultura íbera como se observa en el A-16 de Calatrava la Vieja (Miguel-Naranjo 2019: 88).

A nivel de estudio de la cultura material, lo más relevante de este periodo es la llegada de las primeras cerámicas a torno, aunque los porcentajes de cerámica a mano seguirán siendo los predominantes, como ocurre en el Cerro de las Cabezas (Vélez y Pérez Avilés 1987: 173-174; 1999: 51-53) y como refleja el 92% del total de la cerámica del área 4 de la Bienvenida (Zarzalejos *et alii* 2017: 52) o el 85.1% del estrato 3 del C-23 de Alarcos (Fernández Rodríguez 2012: 46). Incluso en momentos finales de este periodo, ya en el siglo VI a.C., la cerámica a mano siguió constituyendo el grueso del total cerámico documentado, como muestra Peñarroya con una proporción del 80% (García Huerta *et alii* 1999: 236).

La introducción de la cerámica a torno en el Alto Guadiana es un dato de gran interés, ya que supone la evidencia material de unos cambios en los gustos y costumbres de estas comunidades del interior peninsular, en paralelo a las formas culturales que se estaban desarrollando coetáneamente en la zona

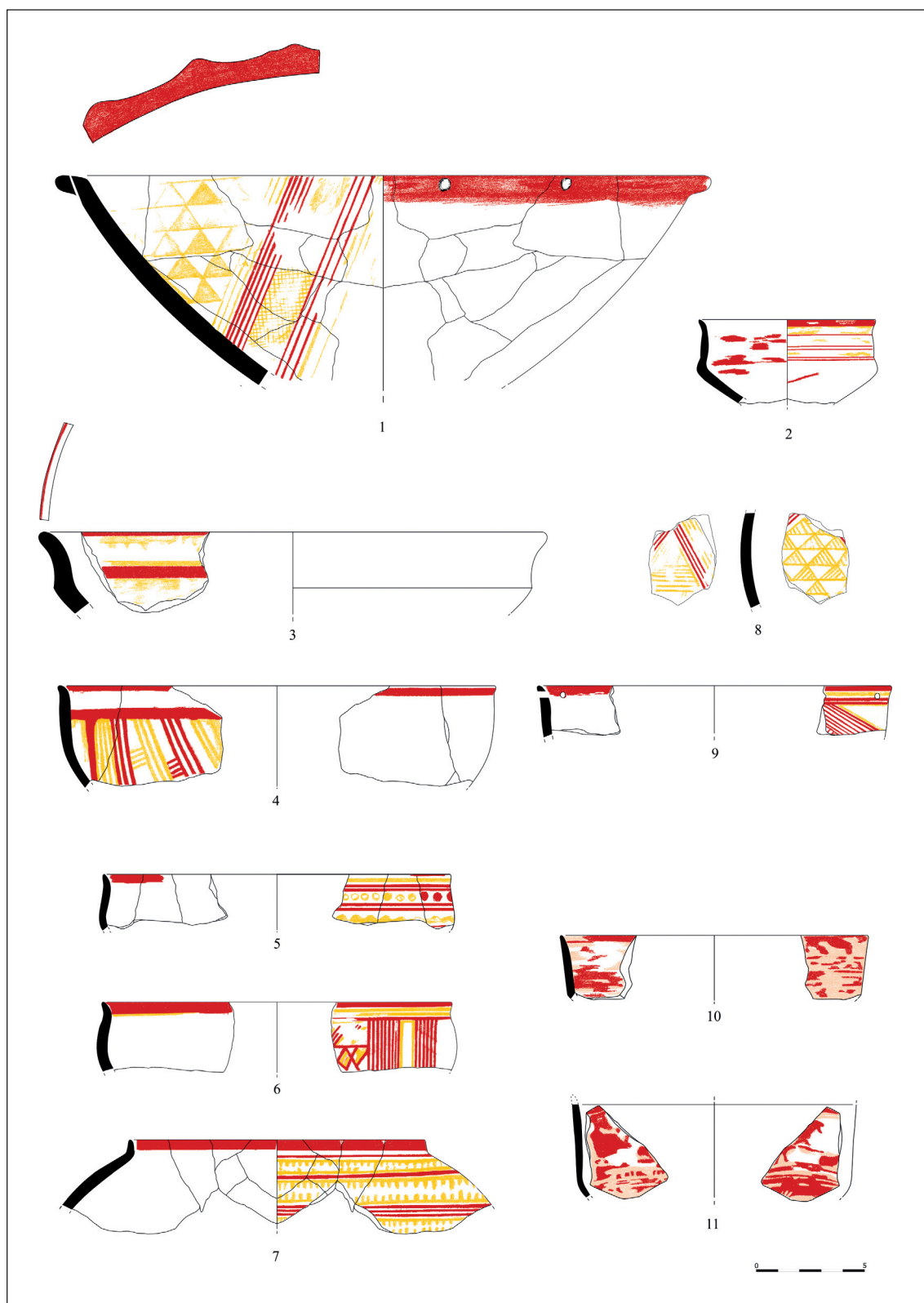


Fig. 5. Cerámicas a mano con decoración pintada de Alarcos: 1-9. Estilo Meseta; 10-11. Estilo Medellín.

nuclear de Tarteso. También evidencia la inclusión de esta zona en la red comercial de productos importados, ya que muchas de las cerámicas son griegas o fenicias, lo cual, a nivel cronológico, también supone un apoyo de enorme valor para secuenciar esta fase en la zona de estudio, aunque las proporciones de cerámica a torno siguen siendo muy escasas en comparación a otras áreas geográficas del sur peninsular. Así, se registran cerámicas a torno pintadas bícromas de tradición fenicia en La Bienvenida (Fernández Ochoa *et alii* 1994: figs. 98:2-3; 104:34-35; 111:7; Zarzalejos *et alii* 2017: Fig. 14:8-11). También se documenta cerámica fenicia de barniz rojo en La Bienvenida (Fernández Ochoa *et alii* 1994: Fig. 110:1) y en nivel 4 del C-23 de Alarcos (Fernández Rodríguez 2012: 46), además de ánforas del tipo T.10 de Ramon en el primero de los yacimientos (Fernández Ochoa *et alii* 1994: Fig. 115:37-39; Zarzalejos *et alii* 2017: 57, Fig. 14:6). En relación a la cerámica griega, los escasos datos se restringen a la copa jonia del tipo B-2 del nivel 11a del corte A1 (ab) de La Bienvenida (Fernández Ochoa *et alii* 1994: Fig. 98:1) y al fragmento de *kotýle* protocorintia de la fase 3 del área 4 del mismo yacimiento (Zarzalejos *et alii* 2017: 53, Fig. 15).

La cerámica gris a torno, una de las producciones más característica del complejo cultural tartésico, aparece en La Bienvenida (Fernández Ochoa *et alii* 1994: figs. 98:4-6; 99; 100:13-14 y otros; Zarzalejos *et alii* 2017: Fig. 14:4-5), el nivel 3 del C-23 de Alarcos (Fernández Rodríguez 2012: Fig. 9:7), el Cerro de las Cabezas (Vélez y Pérez Avilés 1987: 174; 1999: 51-53) y Peñarroya (García Huerta *et alii* 1999), generalmente platos carenados o hemisféricos, ocasionalmente con el borde engrosado al interior, y otros vasos decorados ocasionalmente con molduras.

Con respecto a los objetos metálicos, destaca la fíbula de doble resorte del Cerro de las cabezas (Vélez y Pérez Avilés 1999: 51-53) y los rostros *hathoricos* hallados en el santuario ibérico de Alarcos, uno de oro y otro de bronce (Fig. 6:13-14). El hallazgo de ambos rostros en un contexto del Ibérico Antiguo parece obedecer a la típica reutilización de imágenes sacras de época anterior, ya que los modelos responden a la estética orientalizante del siglo VII a.C. (Fernández Rodríguez 2008: 64, Fig. 3).

La arquitectura de este momento sigue algunos patrones de la fase anterior, como los muros rectos formados por un basamento pétreo sobre el que se levantaron alzados de adobe. Así se constata en las estructuras domésticas documentadas en los niveles 11 y 12 del corte A1 (ab) de La Bienvenida (Fernández Ochoa *et alii* 1994). Más recientemente se ha constatado en el área 4 de este mismo yacimiento un edificio con una modulación de tipo tartésico (Zarzalejos *et alii* 2017), con una excavación en extensión cuyos resultados se presentan en este volumen. En el Cerro de las Cabezas se siguen los patrones arquitectónicos de la fase anterior, aunque se señala un cierto mejoramiento de las técnicas de fábrica (Vélez y Pérez Avilés 1987: 174). Por último, destacan los Recintos 1 y 2 de Peñarroya (García Huerta *et alii* 1999), ambos contruidos con muros de zócalo de mampostería que crean sendos espacios de planta rectangular, con bancos corridos adosados a algunos muros y suelos formados por tierra apisonada y cal. En el caso del Recinto 1, también existe un hogar en su interior.

En lo referente a la ritualidad y al mundo simbólico, en esta época continuó la práctica incineradora de los cadáveres, como atestigua la tumba 4 de la necrópolis del sector IV-E de Alarcos (Fernández Rodríguez 2001: Fig. 6), mientras que para el edificio tartésico de La Bienvenida se ha planteado su uso como posible espacio en el que las élites visualizaron y legitimaron su poder, quizás a través de rituales de libación de vino en los que se empleó una vajilla de lujo (Zarzalejos *et alii* 2017).

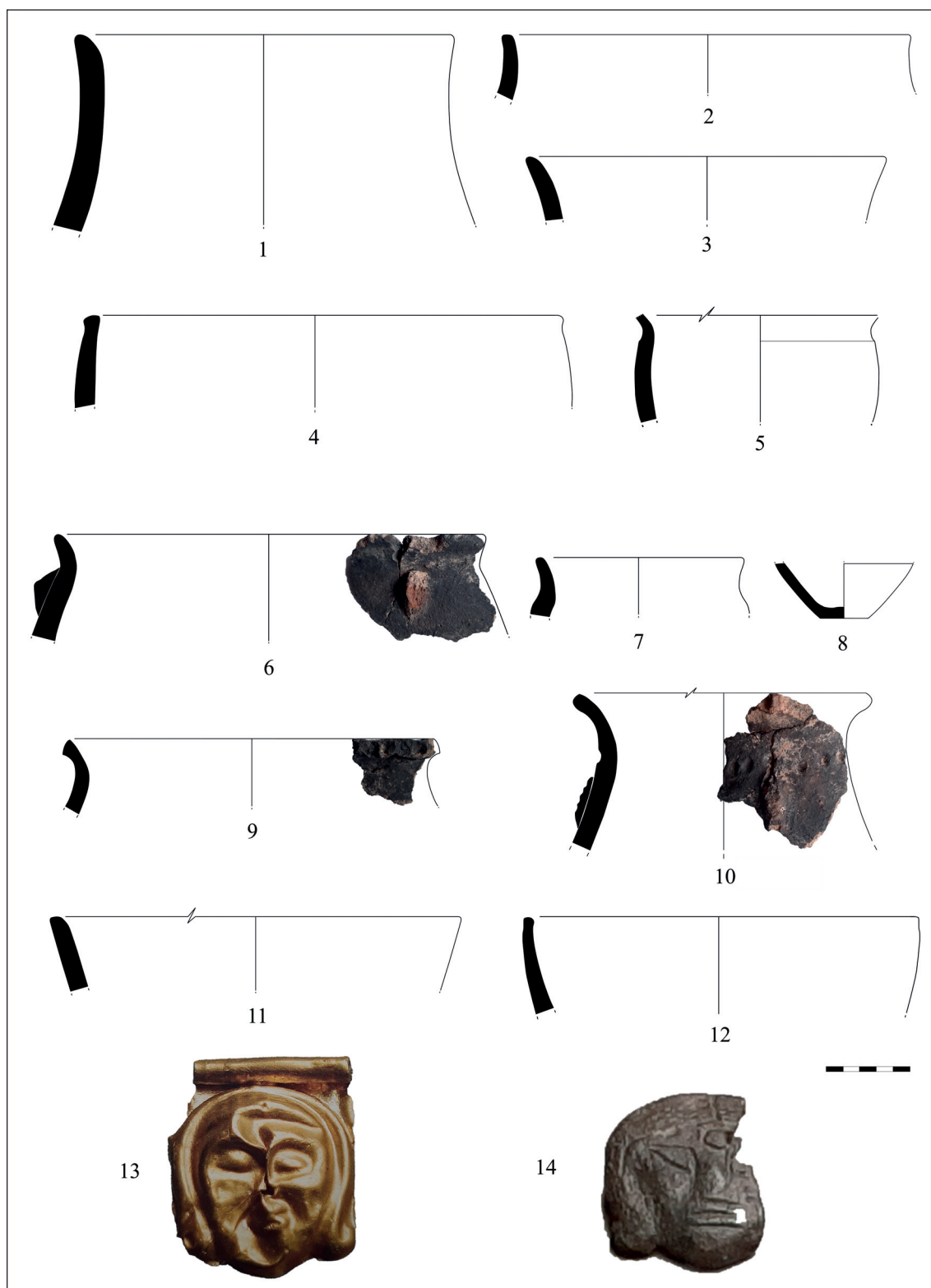


Fig. 6. 1-12. Cerámicas de superficies toscas o alisadas de Alarcos del Bronce Final-Hierro I y del Hierro I. 13-14. Rostros de tipo *hathorico* del santuario ibérico de Alarcos, de oro y bronce respectivamente (ambos sin escala).

3. CONCLUSIONES

La información extraída en los últimos años a raíz de las excavaciones y los trabajos arqueológicos permite concluir la existencia de una impronta cultural tartésica entre las comunidades que habitaron el Alto Guadiana, al menos, desde el final del periodo transicional Bronce Final-Hierro I y durante toda la Primera Edad del Hierro, es decir, desde poco antes de mediados del siglo VIII a.C. hasta mediados del siglo VI a.C. No obstante, y pese a los avances en el conocimiento de este periodo, contamos con problemas importantes de difícil solución para la definición de una secuencia completa desde el final del Bronce Medio hasta mediados del siglo VIII a.C. Así, en la actualidad, y a excepción del estrato superior de la Motilla del Azuer, no existen yacimientos en los que se hayan documentado niveles arqueológicos del Bronce Final que permitan estudiar los cambios culturales que justifiquen los momentos iniciales de la transición hacia el Hierro I. Tan sólo contamos con los momentos finales de dicho periodo transicional y gran parte de la Primera Edad del Hierro. Sin embargo, dentro de esta secuencia también existen algunas lagunas, ya que desconocemos los momentos iniciales del Hierro I, que debió de comenzar aproximadamente a mediados del siglo VIII a.C. Como contraste, podemos asegurar una continuidad entre el final del Hierro I y los comienzos del Ibérico Antiguo como consecuencia de la progresiva iberización de estas comunidades. Por tanto, contamos en la actualidad con una documentación arqueológica que revela unas fases en las que ya estaban plenamente implantados todos aquellos elementos que caracterizan al complejo cultural tartésico, desconociendo los momentos previos o iniciales de este fenómeno que se han supuesto en el marco de la primera mitad del siglo VIII a.C.

En este estado de la investigación, existen algunos problemas aparejados, como la identidad étnica de las poblaciones que experimentaron los cambios culturales de tipo orientalizante durante el periodo tartésico, ya que desconocemos si fueron comunidades herederas de aquellas del Bronce Medio, que protagonizaron una modificación en el patrón de asentamiento debido a los cambios económicos y comerciales existentes en el cambio de milenio, o si, por el contrario, fue un aporte demográfico distinto y con origen en otras áreas geográficas. La segunda teoría ha sido secundada por los investigadores de La Bienvenida (Zarzalejos *et alii* 2017: 60), quienes han planteado la fundación del enclave por los tartesios, atraídos fundamentalmente por la riqueza metalífera de la zona.

Lo que parece seguro es que durante el Bronce Final el Alto Guadiana no fue un territorio deshabitado, ya que existen cerámicas de Cogotas I y armas de filiación atlántica que corroboran la existencia de comunidades aún difíciles de definir, lo cual no supone aceptar que dichas poblaciones fueran las herederas de las del Bronce Medio, ya que existe un periodo cronológico muy amplio y de difícil lectura del que se carece de fuentes con un contexto claro. Es posible que sobre estas poblaciones locales del Alto Guadiana se desarrollaran las transformaciones que caracterizaron a la cultura tartésica, motivadas por los contactos comerciales y culturales o por algunos movimientos poblacionales. Esta ampliación de las redes de contacto y movimientos migratorios se contextualizan en la búsqueda de nuevos recursos por los tartesios como consecuencia de un crecimiento económico, motivado, en gran parte, por la demanda fenicia entre la que destacan los metales. Esta circunstancia explicaría las particularidades y las diferencias del Alto Guadiana con respecto a la zona nuclear tartésica, ya que sobre el sustrato local se fusionaron los elementos del complejo cultural tartésico.

Durante los últimos años del periodo transicional Bronce Final-Hierro I y durante el Hierro I se documenta el rito de la incineración en el Alto Guadiana, en ocasiones aparejado a una cultura material de indudable raíz tartésica. Todas las tumbas de incineración de estos momentos se fechan desde mediados del siglo VIII a.C., por lo que no contamos con una documentación arqueológica que revele la progresiva adopción y adaptación de este ritual tan característico de la religiosidad tartésica y que supone un valioso indicador para señalar el comienzo de la etapa transicional como ejemplo de cambio cultural. Aun así, la

documentación disponible sobre las necrópolis de estas etapas sigue siendo muy escasa y ocasionalmente dependiente de hallazgos sin un contexto claro.

La documentación reseñada más arriba permite defender, como lleva haciendo el equipo de La Bienvenida desde los años 90 del siglo XX (Fernández Ochoa *et alii.* 1994; Zarzalejos *et alii* 2017), la inclusión del Alto Guadiana en los límites de la cultura tartésica. Sin embargo, el Alto Guadiana sigue sin considerarse en las obras más recientes relativas a Tarteso (Celestino y López-Ruiz 2020: mapa 7). La inclusión que se reivindica entra en coherencia con la situación cultural del Guadiana Medio, un espacio geográfico cercano en el que se viene reconociendo desde los años 70 del siglo XX una indudable e indiscutible impronta cultural de tipo tartésico (Almagro-Gorbea 1977). Hay que reconocer la escasa información que aún tenemos sobre los patrones de asentamiento, los modelos arquitectónicos, la organización territorial o los rituales funerarios de estas etapas en este territorio. No obstante, y a pesar de estas lagunas, contamos con datos suficientemente significativos para incluir al Alto Guadiana en las dinámicas culturales de Tarteso, una consideración que respaldan las analíticas realizadas y que revelan la fabricación de producciones tartésicas en este entorno geográfico.

La inclusión del Alto Guadiana en la esfera de la cultura tartésica debió de experimentar un fenómeno distinto al registrado en la zona nuclear, ya que existen diferencias entre ambas zonas. Así, en el Alto Guadiana existió una tardía adquisición de las producciones a torno que, según la documentación actual, se registra a partir de finales del siglo VIII o principios del VII a.C. Como contraste, en el núcleo de Tarteso se estaban comercializando cerámicas a torno desde, al menos, doscientos años antes. Otra particularidad de las comunidades del Alto Guadiana de corte tartésico tiene que ver con la perduración de una cerámica a mano con una morfología típica de las fases anteriores durante el Bronce Final-Hierro I, posiblemente como reflejo de la perduración de unos gustos precedentes en un contexto de cambio cultural. También resulta significativo como elemento diferenciador con respecto a la zona nuclear la constatación en el Alto Guadiana de producciones cerámicas típicas de la meseta Norte que están ausentes en el Bajo Guadalquivir. Esta realidad se ha puesto en relación con la posición geográfica de la meseta suroccidental en el centro peninsular, desde donde mantuvo contactos culturales y comerciales con otras áreas geográficas. En este contexto, y como auténticas protagonistas en la configuración de su propia cultura material, estas comunidades del Alto Guadiana realizaron creaciones originales a partir de la adaptación de los diferentes estilos a sus propios gustos y necesidades, sirviendo como ejemplo las producciones estilo Meseta en las que se ejecutaron los esquemas radiales típicos de la cerámica San Pedro II. De hecho, en el estudio recientemente publicado sobre las cerámicas a mano con decoración pintada se hizo necesaria la creación de una tipología para la denominación de las formas cerámicas (Miguel-Naranjo 2020a), ya que las tipologías al uso sobre la cerámica a mano del suroeste no contemplan formas que se atestiguan en el Alto Guadiana. Otras veces, en cambio, sí que se reprodujeron formas y estilos decorativos acorde a los patrones canónicos que se estaban desarrollando en el núcleo tartésico, destacando la ejecución de una iconografía orientalizante de carácter simbólico. A esto se añade la particularidad del propio sustrato local en el que se introdujeron los elementos que caracterizaron a la cultura tartésica en un fenómeno de hibridación cultural, aunque, como se apuntó más arriba, queda pendiente para las futuras investigaciones la definición y caracterización de este sustrato local antes de las transformaciones culturales acontecidas en la transición Bronce Final-Hierro I.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO-GORBEA, M. 1977: *El Bronce Final y el Periodo Orientalizante en Extremadura*, Madrid.
- BARROSO, R. 2002: "Cuestiones sobre las cerámicas grafitadas del Bronce Final y la I Edad del Hierro de la península ibérica", *Trabajos de Prehistoria*, 59.1: 127-142.
- CELESTINO PÉREZ, S. Y LÓPEZ RUIZ, C. 2020: *Tarteso y los fenicios de Occidente*, Córdoba.
- ESTEBAN, G., HEVIA, P., PÉREZ AVILÉS, J.J. Y VÉLEZ, J. 2003: "La transición del Bronce Final a la Primera Edad del Hierro en el cerro de Las Cabezas (Valdepeñas, Ciudad Real)", *Cuadernos de Estudios Manchegos*, 25-26: 11-42.
- ESTEBAN, G. Y HEVIA, P. 2008: "El periodo ibérico Antiguo en La Bienvenida y su entorno", en Jiménez, J. (ed.), *Sidereum Ana I. El río Guadiana en época post-orientalizante*. Anejos de Archivo Español de Arqueología, 46, Mérida: 81-98.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C., ZARZALEJOS, M., HEVIA, P. Y ESTEBAN, G. 1994: *Sisapo I. Excavaciones arqueológicas en "La Bienvenida", Almodóvar del Campo (Ciudad Real)*, Toledo.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M. 2001: "La necrópolis del sector IV-E de Alarcos", en García Huerta, M^a. R. y Morales, F.J. (coords.), *Arqueología funeraria. Las necrópolis de incineración*, Cuenca: 259-284.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M. 2008: "El oppidum de Alarcos en los siglos VI-V a.C.", en Jiménez, J. (ed.), *Sidereum Ana I. El río Guadiana en época post-orientalizante*, Anejos de Archivo Español de Arqueología, 46, Mérida: 61-79.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M. 2012: "Apuntes sobre el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro en Alarcos (Ciudad Real)", en Jiménez, J. (ed.), *Sidereum Ana II. El río Guadiana en el Bronce Final*, Anejos de Archivo Español de Arqueología, 62, Mérida: 41-64.
- GARCÍA HUERTA, M^a R., MORALES, F.J. Y OCAÑA, A. 1999: "El poblado de la Edad del Hierro de Peñarroya (Argamasilla de Alba, Ciudad Real)", en Valero, M. A. (coord.), *I Jornadas de Arqueología ibérica en Castilla-La Mancha*, Toledo: 221-258.
- GARCÍA HUERTA, M^a R. Y MORALES, F.J. 2017: "El poblado de Alarcos (Ciudad Real) en los inicios del I milenio a.C.: estructuras y materiales cerámicos", *Trabajos de Prehistoria*, 74-1: 108-126.
- GARCÍA HUERTA, M^a R., MORALES, F.J. Y RODRÍGUEZ, D. 2020: *El cerro de Alarcos (Ciudad Real): Formación y desarrollo de un oppidum ibérico. 20 años de excavaciones arqueológicas en el sector III*, Oxford.
- GONZÁLEZ DE CANALES, F., SERRANO, L. Y LLOMPART, J. 2004: *El emporio fenicio precolonial de Huelva (900-770 a.C.)*, Madrid.
- MIGUEL-NARANJO, P. 2019: "Calatrava la Vieja (Carrión de Calatrava, Ciudad Real) durante la Primera Edad del Hierro (c. fin s. VIII-550 a.C.)", *Spal*, 28-1: 79-96.
- MIGUEL-NARANJO, P. 2020a: *Definición y caracterización de las cerámicas a mano con decoración pintada del sur de la península ibérica en época tartésica*, Oxford.
- MIGUEL-NARANJO, P. 2020b: "Calatrava la Vieja (Carrión de Calatrava, Ciudad Real) en las postrimerías de la Edad del Bronce (ca. 1200-800 a.C.)", *Vínculos de Historia*, 9: 161-180.
- MIGUEL-NARANJO, P. 2021: "Nuevos datos para la caracterización material de la transición Bronce Final-Hierro I y Hierro I en Alarcos (Poblete, Ciudad Real)", *Saguntum*, 53: 59-78.
- NÁJERA, T. Y MOLINA, F. 1977: "La Edad del Bronce en La Mancha. Excavaciones en las Motillas del Azuer y Los Palacios (campana de 1974)", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada*, 2: 251-300.
- NÁJERA, T. Y MOLINA, F. 2004: "Las Motillas. Un modelo de asentamiento con fortificación central en la llanura de La Mancha", en García Huerta, M^a R. y Morales, F. J. (coords.), *La Península Ibérica en el II milenio a.C.: Poblados y fortificaciones*, Cuenca: 173-214.
- RUIZ MATA, D. 1995: "Las cerámicas del Bronce Final. Un soporte tipológico para delimitar el tiempo y el espacio tartésico", en *Tartessos 25 años después. 1968-1993. Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, Jerez de la Frontera: 265-313.
- TORRES, M. 2002: *Tartessos*, Bibliotheca Archaeologica Hispana, 14, Madrid.

- TORRES, M. 2008: “Vasos «à Chardón»”, en Almagro-Gorbea M. (dir.), *La necrópolis de Medellín. II. Estudio de los hallazgos*, Bibliotheca Archaeologica Hispana, 26-2, Madrid: 658-662
- VÉLEZ, J. Y PÉREZ AVILÉS, J.J. 1987: “El yacimiento protohistórico del cerro de las Cabezas (Valdepeñas)”, *Oretum*, 3: 167-196.
- VÉLEZ, J. Y PÉREZ AVILÉS, J.J. 1999: “Oretanos en la meseta sur. El yacimiento ibérico del cerro de las Cabezas (Valdepeñas)”, *Revista de Arqueología*, 20.213: 46-55.
- VÉLEZ, J. Y PÉREZ AVILÉS, J.J. 2008: “Un espacio de culto del siglo V en el cerro de las cabezas (Valdepeñas, Ciudad Real)”, en Jiménez, J. (ed.), *Sidereum Ana I. El río Guadiana en época post-orientalizante*, Anejos de Archivo Español de Arqueología, 46, Mérida: 125-165.
- VIGIL, R. Y GARCÍA GIMÉNEZ, R. 1994: “Anexo. Análisis de cerámicas protohistóricas de La Bienvenida”, en *Sisapo I. Excavaciones arqueológicas en “La Bienvenida”*, Almodóvar del Campo (Ciudad Real), Toledo: 267-272.
- ZARZALEJOS, M., ESTEBAN, G. Y HEVIA, P. 2012: “El Bronce Final en el Alto Guadiana. Viejos y nuevos datos para una lectura histórica”, en Jiménez, J. (ed.), *Sidereum Ana II. El río Guadiana en el Bronce Final*, Anejos de Archivo Español de Arqueología, 62, Mérida: 15-40.
- ZARZALEJOS, M., ESTEBAN, G. Y HEVIA, P. 2017: “El Alto Guadiana entre los siglos VIII y VI a.C. Novedades estratigráficas en el Área 4 de Sisapo-La Bienvenida (Almodóvar del Campo, Ciudad Real)”, en J. Jiménez (ed.), *Sidereum Ana III. El río Guadiana y Tartessos*, Serie Compacta, 1, Mérida: 39-67.

PROCESSOS DE INTERACÇÃO CULTURAL NO OCIDENTE ATLÂNTICO DURANTE O INÍCIO DA IDADE DO FERRO

ELISA DE SOUSA*

RESUMO

Neste trabalho integram-se os dados arqueológicos referentes às ocupações do final da Idade do Bronze e do início da Idade do Ferro na Estremadura Portuguesa, com particular destaque para os elementos que permitem identificar distintas modalidades de contacto e interacção cultural entre os grupos autóctones e as comunidades fenícias ocidentais que aí se instalaram, a partir do final do século VIII a.C. As evidências disponíveis assinalam a existência de uma multiplicidade de respostas por parte das populações do final da Idade do Bronze aos estímulos resultantes da presença desses grupos exógenos, configurando um interessante mosaico cultural ao longo das margens do Baixo Tejo, que se reflete em esferas materiais distintas que, ainda assim, partilham o mesmo espaço geográfico.

PALAVRAS CHAVE

Bronze Final, Fenícios Ocidentais, contacto cultural, cultura material, redes de povoamento.

ABSTRACT

This work gathers archaeological data referring to occupations from the Late Bronze Age and the beginning of the Iron Age in Portuguese Estremadura, with particular emphasis on the elements that allow the identification of different modalities of contact and cultural interaction between the indigenous groups and the Western Phoenician communities that settled there, from the end of the 8th century BC. The available evidence points to the existence of a multiplicity of responses by the Late Bronze Age populations to the stimuli resulting from the presence of these exogenous groups, configuring an interesting cultural mosaic along the banks of the Lower Tagus, which is reflected in different material spheres, that nonetheless share the same geographic area.

KEYWORDS

Late Bronze Age, Western Phoenicians, cultural contact, material culture, settlement networks.

* Universidade de Lisboa – Faculdade de Letras – Uniarq (Centro de Arqueologia da Universidade de Lisboa).
e.sousa@campus.ul.pt

1. INTRODUÇÃO

Os contactos entre as comunidades autóctones e os grupos de matriz cultural fenícia no Ocidente da Península Ibérica, e, mais especificamente, no estuário do Tejo, integraram um processo longo, complexo e heterogéneo, que envolveu distintas dinâmicas e distintos agentes. Consequentemente, as próprias modalidades de interacção que se geraram no quadro destes contactos foram variadas, assim como os efeitos que estes provocaram nas partes envolvidas. Esta complexidade corre, contudo, o risco de ser transcurada quando somos forçados a recorrer a generalizações simplistas e estereotipadas na caracterização destes intervenientes, como “fenícios”, “indígenas” ou “autóctones”, que, na realidade, abarcaram realidades distintas e heterogéneas.

Os dados que temos à nossa disposição para tentar reconstituir este passado, ainda que com as suas limitações, permitem diferenciar algumas etapas mais concretas ao longo desta diacronia.

A primeira correspondeu aos momentos finais do 2º milénio a.C., quando, no quadro da intensificação dos contactos a longa distância, as interações entre comunidades do Mediterrâneo Central e Oriental e os grupos locais do Baixo Tejo resultaram não apenas na introdução de novos elementos da cultura material, mas seguramente também de novos conceitos, modas e tendências que afectaram a vivência quotidiana destes últimos.

Um segundo momento envolveu já os mecanismos subsequentes à fixação permanente das primeiras comunidades fenícias no sul peninsular, durante a segunda metade do século IX a.C. Tudo indica que, a partir desta fase, os contactos com o Ocidente Português terão tido como intermediários primários estes grupos fenícios ocidentais que se encontram, eles próprios, num processo de transmutação derivado das interações estabelecidas com as comunidades autóctones andaluzas, e da necessária adaptação a todo um novo contexto geográfico e cultural.

A terceira fase, que arrancou a partir do final do século VIII / início do século VII a.C., foi marcada pela colonização efectiva do estuário do Tejo pelos descendentes desses grupos meridionais, com a fundação de novos núcleos na região ocidental e o estabelecimento de ulteriores modalidades de contacto com as comunidades autóctones taganas. A partir deste período, todos estes grupos passam a partilhar fisicamente a mesma região, o que seguramente obrigou à (re) negociação das relações previamente estabelecidas.

E, por último, o momento que integrou os séculos VII e VI a.C., e que acomodou novas metamorfoses não só dos grupos autóctones do Baixo Tejo, mas também dessas comunidades fenícias-ocidentais recém-instaladas.

A diferenciação destas distintas etapas nem sempre é evidente no quadro do registo arqueológico. A caracterização cultural destes grupos do final da Idade do Bronze e do início da Idade do Ferro encontra obstáculos na escassez de escavações arqueológicas extensivas, na actual natureza urbana dos núcleos de ocupação mais importantes, numa certa discrepância que se verifica entre as datações arqueométricas e as cronologias convencionais e ainda no facto de parte dos dados obtidos resultarem de recolhas de superfície ou de intervenções antigas com registos estratigráficos deficitários. Ainda assim, os elementos disponíveis possibilitam ensaiar algumas leituras sobre as modalidades de contacto e as consequências destes processos de interacção cultural que ocorreram nesta área do Ocidente Atlântico.

2. AS COMUNIDADES AUTÓCTONES DA ESTREMADURA PORTUGUESA DURANTE O BRONZE FINAL

Um dos aspectos essenciais para a compreensão desta questão é, naturalmente, a caracterização das comunidades autóctones do final da Idade do Bronze da Estremadura portuguesa.

Neste âmbito, prevalece, de certa forma, um entendimento de uma certa homogeneidade subjacente a estes grupos, verificada no quadro do uso de certas morfologias e estilos decorativos cerâmicos (ver, entre outros, Cardoso 2004, Cardoso e Silva 2004, Arruda e Sousa 2015, Dias 2018); dos mesmos tipos de artefactos metálicos, cuja ampla difusão contrasta, ainda assim, com as escassas evidências de produção (ver, entre outros, Coffyn 1985; Melo 2000; Cardoso 2004; Sousa e Sousa 2018); os mesmos tipos de arquitectura doméstica, marcados pela utilização de cabanas ovaladas com delimitações pétreas (Cardoso 2004; Sousa *et alli* 2019); e bases económicas de autossubsistência similares, centradas em actividades agrícolas e pecuárias (Cardoso 2015).

Ainda assim, quando focamos a atenção em outros tipos de evidências, é possível vislumbrar, paralelamente, algumas esferas bastante diferenciadas.

É o caso, por exemplo, de distintas estratégias de adaptação territorial. A zona da Estremadura Portuguesa engloba uma variedade paisagística assinalável que parece ter condicionado a emergência de modalidades diferenciadas nas redes de povoamento e exploração dos recursos (Sousa 2016a).

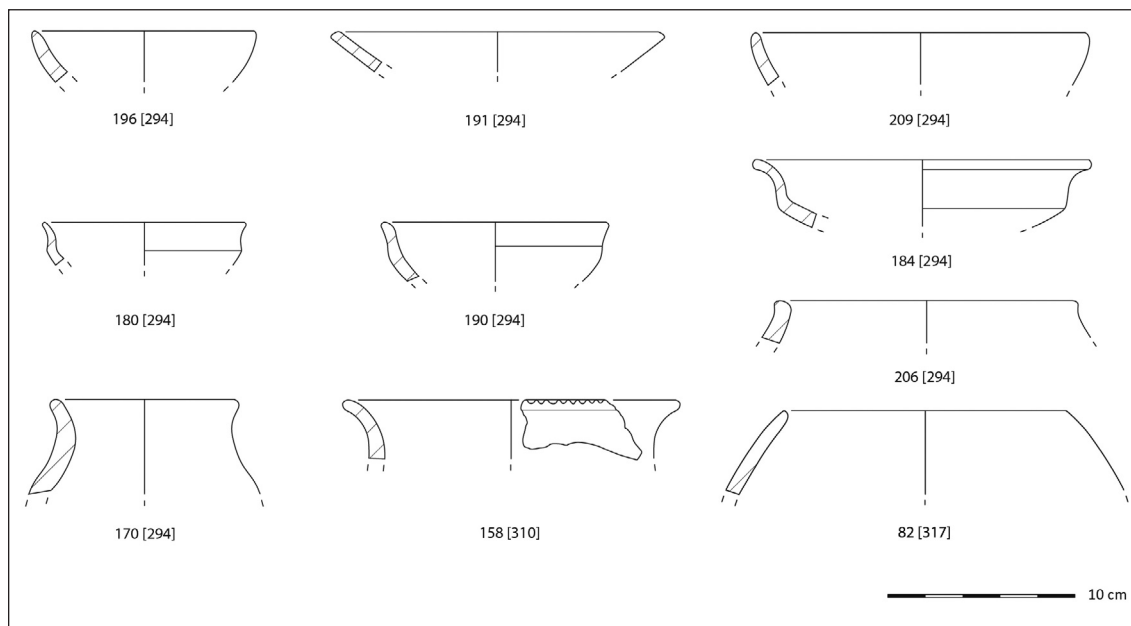


Fig. 1. Materiais de níveis conservados do Bronze Final da Alcáçova de Santarém (s. Arruda e Sousa 2015).

No sul da Península de Lisboa e mesmo em outras zonas da margem sul do rio Tejo, os grupos humanos privilegiaram, de forma sistemática, implantações de baixa altitude, na proximidade de recursos aquáticos e de solos potencialmente férteis, em detrimento da ocupação de locais que permitissem um controlo visual do território (Cardoso 2004, 2015).

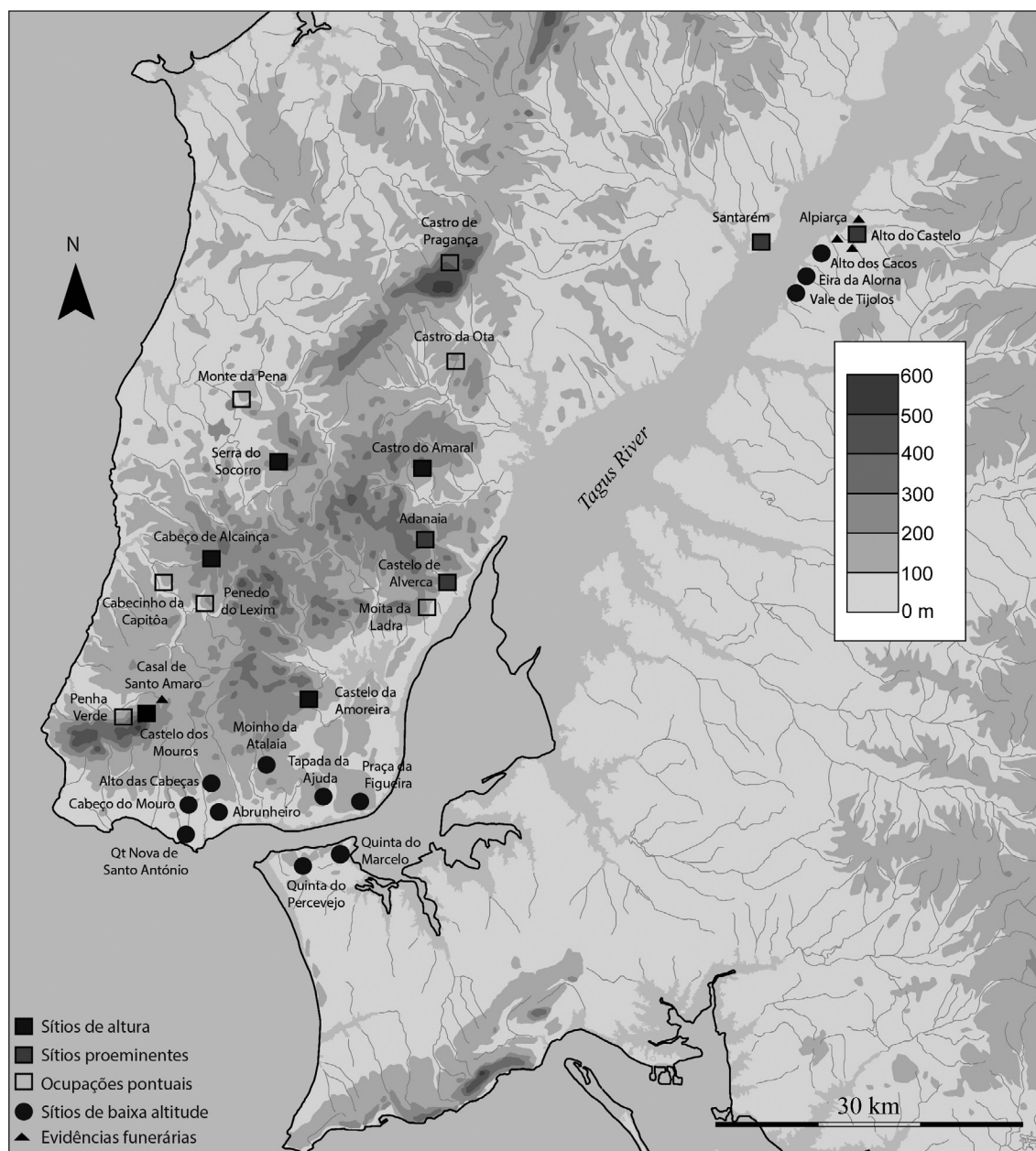


Fig. 2. Ocupação do final da Idade do Bronze na Estremadura Portuguesa.

Uma estratégia oposta verifica-se nas zonas mais interiores da Península, sendo os vestígios do Bronze Final encontrados, maioritariamente, em sítios de grande altura, de difícil acesso e com um notável domínio visual da paisagem envolvente (Cardoso 2004; Ponce 2012; Boaventura *et alli* 2013; Dias 2018; Sousa *et alli* 2019).

Modelos distintos e mais heterogêneos surgem, por sua vez, junto às margens do estuário, onde se verifica uma tendência para a ocupação de cerros e ladeiras mais ou menos proeminentes e acessíveis, que asseguram, ainda assim, a visibilidade, mas que é também intercalada com outras implantações a baixa

altitude e outras ainda em locais elevados, com uma defensabilidade natural significativa (ver, entre outros, Arruda e Sousa 2015; Pimenta e Mendes 2015).

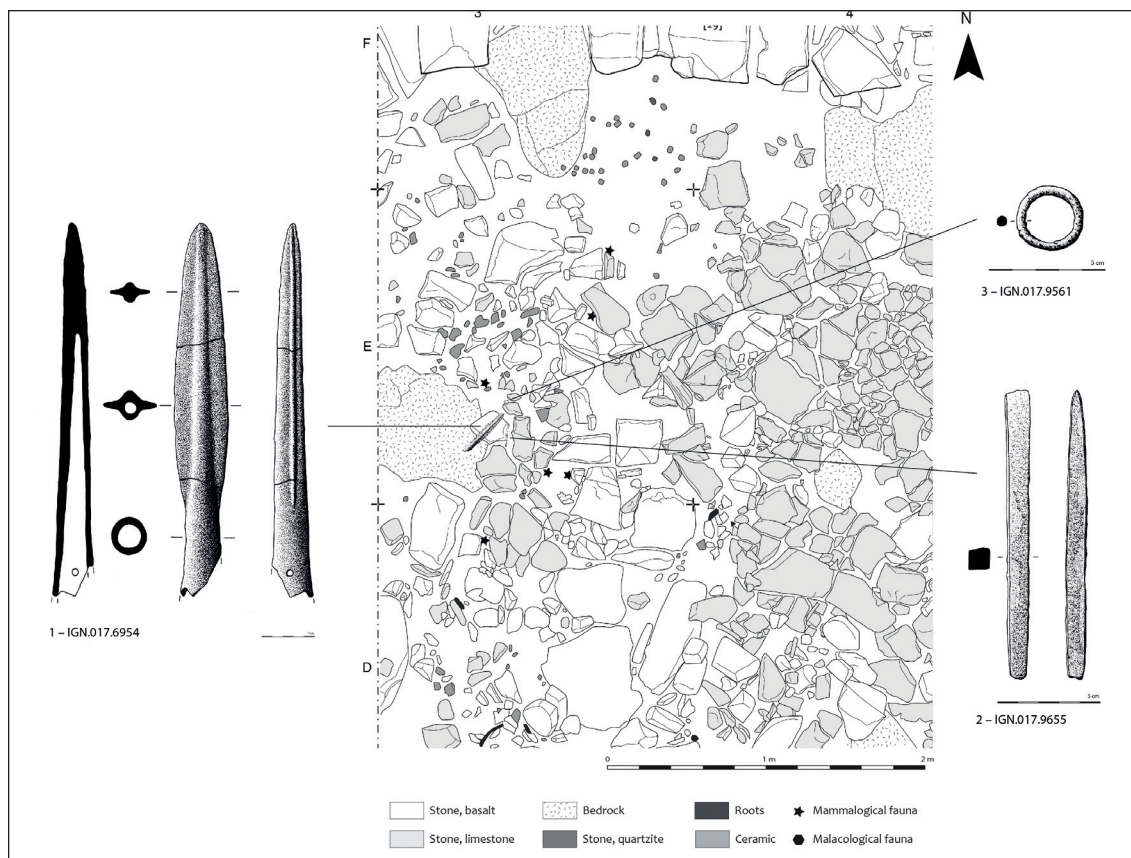


Fig. 3. Depósito do final da Idade do Bronze sobre pavimento calcolítico do Penedo do Lexim (s. Sousa e Sousa 2018).

Igualmente significativos são os dados relacionados com o mundo funerário, ainda que estes sejam, infelizmente, muito escassos. Ainda assim, parecem refletir a existência de práticas claramente diferenciadas. No interior do estuário, na zona de Alpiarça, foi documentada, entre os meados do século XI e o início do século IX cal a.C. (Vilaça *et alli* 1999), a utilização do ritual de incineração, sendo os restos mortais colocados no interior de urnas cerâmicas, com escasso espólio votivo (Kalb e Koch 1981-1982; 1985). Contudo, no sul da Península de Lisboa, a única evidência funerária conhecida para o final da Idade do Bronze recorreu ao ritual de inumação, destacando-se a sua associação a um dos elementos de ourivesaria mais emblemáticos do Ocidente Peninsular, o colar de ouro de Santo Amaro (Vasconcellos 1896; Cardoso 2004). Se acrescentarmos a este elenco o singular monumento da Roça do Casal do Meio (Spindler *et alli* 1973-1974), que, apesar da sua distância face aos anteriores, integra ainda a Estremadura Portuguesa, torna-se evidente a coexistência de tradições funerárias heterogêneas no centro da fachada atlântica ocidental durante esta fase cronológica, que implicaram o uso de arquiteturas, espólios e rituais distintos.

Em outros aspectos das práticas destas comunidades do Bronze Final da Estremadura Portuguesa, é ainda difícil delimitar a extensão de certas manifestações. É o caso, por exemplo, da importância ideológica e simbólica que sítios e monumentos antigos, na sua maioria do Calcolítico, exerceram no imaginário

destes grupos. Estes locais, que, por norma, ocupam zonas notáveis na paisagem, parecem ter sido intencionalmente selecionados para a celebração de ocasiões importantes como rituais de comensalidade ou a prática de depósitos votivos durante o final da Idade do Bronze. Não é, assim, de estranhar as significativas concentrações de objectos de prestígio nesses locais (Cardoso 2010-2011; 2013; Vilaça 2003; 2011; Monteiro e Pereira 2013; Sousa e Sousa 2018) que, por sua vez, contrastam com a sua escassez ou mesmo ausência em ambientes domésticos. Um outro aspecto que deve ser salientado é a possibilidade de alguns desses locais terem tido um papel importante no quadro das próprias interações culturais, podendo ter sido os palcos primários de encontros entre distintos grupos (Sousa e Sousa 2018: 318), não só na esfera regional, mas talvez também a nível intra-regional e a longa distância. Esta situação poderá ter-se prolongado, inclusivamente, até ao século VIII cal a.C., de acordo com as evidências recolhidas na Moita da Ladra (Valério *et alli* 2016).

Cabe ainda realçar que, mesmo na esfera da cultura material, os grupos setentrionais da Península de Lisboa, concretamente da Alcáçova de Santarém (Arruda e Sousa 2015) e do Castro de Pragança (Caria 2021), apresentam algumas particularidades decorativas, de inspiração mesetenha e beirã, que parecem indiciar contactos mais regulares com as áreas interiores do território peninsular, situação que poderá ter-se refletido, pelo menos parcialmente, nos respectivos quadros culturais.

Todos os elementos anteriormente elencados, ainda que com as suas limitações, permitem vislumbrar uma certa diversidade cultural entre as comunidades autóctones que entraram em contacto com os grupos mediterrâneos durante o final do 2º e o início do 1º milénio a.C. Estes últimos, por sua vez, alcançaram o Ocidente Atlântico com uma agenda específica, na qual a procura de recursos estratégicos, como o estanho e talvez também o ouro, terá desempenhado um papel fundamental (Aubet 2001). Neste horizonte de carácter “pré-colonial” ou, mais correctamente em termos terminológicos, do “Modo de Contacto no Hegemónico” (Alvar 2008), e que se terá aqui prolongado até ao final do século VIII a.C., diferentes agentes poderão ter integrado o leque dos grupos exógenos. Nas etapas iniciais, do final do 2º milénio a.C., é provável que estes fossem constituídos sobretudo por indivíduos orientais e talvez também agentes do Mediterrâneo Central e Ocidental (Vilaça 2007; Torres Ortiz 2008; Ruiz-Gálvez, 2014). Contudo, a partir, pelo menos, de meados do século IX a.C., quando ocorreu a instalação permanente dos primeiros grupos fenícios no sul andaluz (Fernández Flores e Rodríguez Azogue, 2007; Sánchez Moreno *et alli* 2012; Gener Basallote *et alli* 2014), é muito provável que a interação com as comunidades do Ocidente Atlântico fosse efectuada com a sua intermediação.

Durante este longo período que precedeu a colonização fenícia do estuário do Tejo, estas interações culturais traduziram-se na introdução de alterações relevantes nos grupos autóctones centro-atlânticos. É neste momento que surgem os ponderais de bronze, que parecem seguir sistemas métricos orientais (Vilaça 2003; 2011), as primeiras fíbulas de bronze (ver, entre outros, Spindler *et alli* 1973-1974; Carreira 1994; Barros 2000 – *apud in* Cardoso 2004: 198; Monteiro e Pereira 2013), os primeiros objectos de ferro (Vilaça 2006) e pentes de marfim (Spindler *et alli* 1973-1974; Cardoso 2016-2017), entre outros elementos invisíveis no quadro do registo arqueológico.

A apropriação destes objectos, e talvez também de aspectos ideológicos e simbólicos intrínsecos à sua difusão, por parte das comunidades da Estremadura Portuguesa, reflete-se no papel destacado que estes assumem nos contextos da frequência de antigos sítios calcolíticos e cavidades cársicas, sendo, por sua vez, raros ou mesmo inexistentes em ambientes domésticos. Estes critérios de selectividade indicam o seu status enquanto elementos de prestígio, sendo incorporados em rituais imbuídos de um forte significado simbólico.

Curiosamente, durante este período, que se prolongou por mais de 300 anos, estão ainda ausentes evidências do intercâmbio de produtos alimentares ou mesmo de vasos cerâmicos produzidos com recurso às tecnologias orientais. Esta situação não é propriamente estranha para a fase anterior ao final do século IX a.C., mas torna-se mais perplexa durante o século seguinte, quando os contactos passaram a ser efectuados, hipoteticamente, pelas comunidades fenícias do sul andaluz, até porque produtos como o vinho parecem ter desempenhado um papel particularmente relevante nas estratégias de instilação dos contextos autóctones (López Castro *et alli* 2017). Com efeito, seria expectável documentar, no Baixo Tejo, contextos estratigráficos do Bronze Final com a presença de alguns materiais cerâmicos importados da zona meridional peninsular, uma situação que, contudo, apenas poderia ser reconhecida com um estudo detalhado das respectivas características de fabrico e a publicação integral dos repertórios artefactuais.

3. O INÍCIO DA IDADE DO FERRO NO BAIXO TEJO

É inegável que as grandes transformações ocorreram a partir do final do século VIII a.C., quando grupos fenícios ou, mais especificamente, grupos fenício-ocidentais, com origem na Andaluzia meridional, decidiram instalar-se, de forma permanente, na área do Tejo. Precisar a sua origem é um detalhe importante, considerando que nos 150 anos que transcorreram entre a instalação dos primeiros grupos orientais no Ocidente e a decisão de colonizar o estuário do Tejo, a constante interacção e negociação com as comunidades autóctones do sul da Península Ibérica resultaram na construção de novas faces identitárias e culturais.

Com efeito, os grupos fenícios que se instalaram na área do Tejo já refletem, na sua cultura material, essas transformações. Junto com materiais mais tipicamente fenícios, como é o caso da cerâmica de engobe vermelho e da cerâmica pintada, surgem também produtos que resultam dessas interacções culturais entre o Oriente e o Ocidente, com destaque para as produções cinzentas, que combinam a tecnologia fenícia e a estética autóctone ibérica, e que constituem um excelente exemplo das adaptações criativas que ocorrem durante o início da Idade do Ferro (ver, entre outros, Vallejo Sánchez 2015).

A própria realidade do Tejo, neste âmbito, oferece grandes potencialidades enquanto “laboratório de estudo” dos processos de alteração da cultura material fenícia ocidental, uma vez que corresponde a um novo “clade” fundado a partir do final do século VIII a.C., sujeito a novos processos de interacção e transformação cultural, que resulta numa ulterior evolução paralela, mas, em certos aspectos, distinta, das linhas desenvolvidas no sul peninsular (Sousa 2016b).

A principal base de operações destes grupos fenícios que se instalaram no Tejo localizou-se na foz do rio, onde se criou um núcleo extenso e, aparentemente, *ex novo*, que se estende pelas duas margens do rio, e que parece ter obedecido à lógica das ocupações de cariz polinuclear do sul andaluz (Sousa 2018). Com efeito, a implantação do núcleo do estuário do Tejo foi indubitavelmente bem delineada: os sítios da colina do Castelo de São Jorge, em Lisboa, e da Quinta do Almaraz, em Almada, ainda que separados por cinco quilómetros, ocupam elevações proeminentes na paisagem e controlam a secção mais estreita do rio, e, conseqüentemente, as suas conexões fluviais e marítimas (Sousa 2018). A julgar pelas características tipológicas da cultura material conhecida até à data, a fundação destes espaços parece ter sido mais ou menos contemporânea.

Após este momento, que praticamente inaugura a Idade do Ferro nesta região, observa-se uma clara intensificação dos processos de transformação dos grupos locais, ainda que com diferentes graus de intensidade, mas que agora incidem em aspectos como:

- a arquitectura das unidades domésticas, com a adopção, em alguns casos, das construções de planta ortogonal e técnicas construtivas de filiação mediterrânea (síntese em Sousa 2018);
- a produção oleira, com a introdução do uso da roda de oleiro e fornos de câmara dupla (Sousa *et alli* no prelo a);
- as práticas e tradições culinárias, com a introdução de novas espécies animais (Davis 2006) e culturas, como a vinha e a oliveira doméstica (Leuwaarden e Jansen 1985);
- introdução de novas técnicas de produção metalúrgica, não só do ferro, mas também do bronze (Melo *et alli* 2014);
- novas morfologias cerâmicas, como, por exemplo, o prato ou os contentores anfóricos, e novos tipos de objectos, como é o caso de recipientes e adornos de vidro (Caninas *et alli* 2006; Rocha e Reprezas 2014; Sousa 2016b; Arruda *et alli* 2017; Sousa *et alli* no prelo b);
- e transformações linguísticas resultantes da introdução da língua e escrita fenícia (Zamora López 2014; Neto *et alli* 2016).

Igualmente significativa é a implantação de um novo modelo económico e territorial, particularmente no Baixo Tejo, que está directamente relacionado com a agenda fenícia e seus efeitos subsidiários (Arruda 1999-2000; 2017; Sousa 2022): inicialmente a criação ou apropriação de infraestruturas de contacto para a obtenção e processamento de recursos metálicos; e, conseqüentemente, a criação de uma estrutura de apoio para a obtenção de recursos agrícolas e pecuários, utilizados não apenas para o abastecimento dos núcleos fenícios, mas também para a criação de um mercado regional de produtos alimentares que é reconhecível pela produção regional de contentores anfóricos (Sousa e Pimenta 2014).

4. O MOSAICO CULTURAL DA I IDADE DO FERRO NA ESTREMADURA PORTUGUESA

Durante estes primeiros momentos da Idade do Ferro, o estuário do Tejo transforma-se num mosaico cultural que é compartilhado por diferentes entidades, mas que mantêm, entre si, uma interacção constante. Ainda assim, logramos poder identificar espaços nos quais prevalecem certos aspectos culturais, ainda que as suas “fronteiras” tenham sido fluidas e dinâmicas.

Na região a sul, junto à foz do estuário, encontramos predominantemente um ambiente colonial, no qual prevalece a matriz cultural fenícia, ainda que envolvendo simultaneamente grupos autóctones. É, efectivamente, nesta zona que observamos a transformação mais radical, não apenas na cultura material, mas também no que concerne as redes de povoamento. O aspecto mais evidente é talvez o desaparecimento aparentemente absoluto das implantações de baixa altitude típicas do Bronze Final, sendo possível que estas populações tenham sido atraídas e integradas no núcleo recém-formado de Lisboa / Almaraz.

De qualquer forma, é nesta zona da foz que encontramos um predomínio das tradições mediterrâneas, que se manifestam na arquitectura, com o uso de plantas ortogonais, construções em taipa e/ou adobe e a utilização de pavimentos pintados de vermelho, por exemplo (Sousa 2018; Guerra e Sousa 2021).

É, contudo, nas tradições quotidianas que identificamos com mais facilidade essa matriz exógena, especificamente na utilização predominante de cerâmicas realizadas a torno. Após um momento inicial, que se encontra ainda pouco documentado, mas durante o qual parece ser ainda perceptível uma tendência para a manutenção das tradições do Bronze Final (Pimenta *et alli* 2014a), segue-se, a partir do século VII a.C., um predomínio quase absoluto de cerâmicas a torno, constituídas por produções de engobe vermelho,

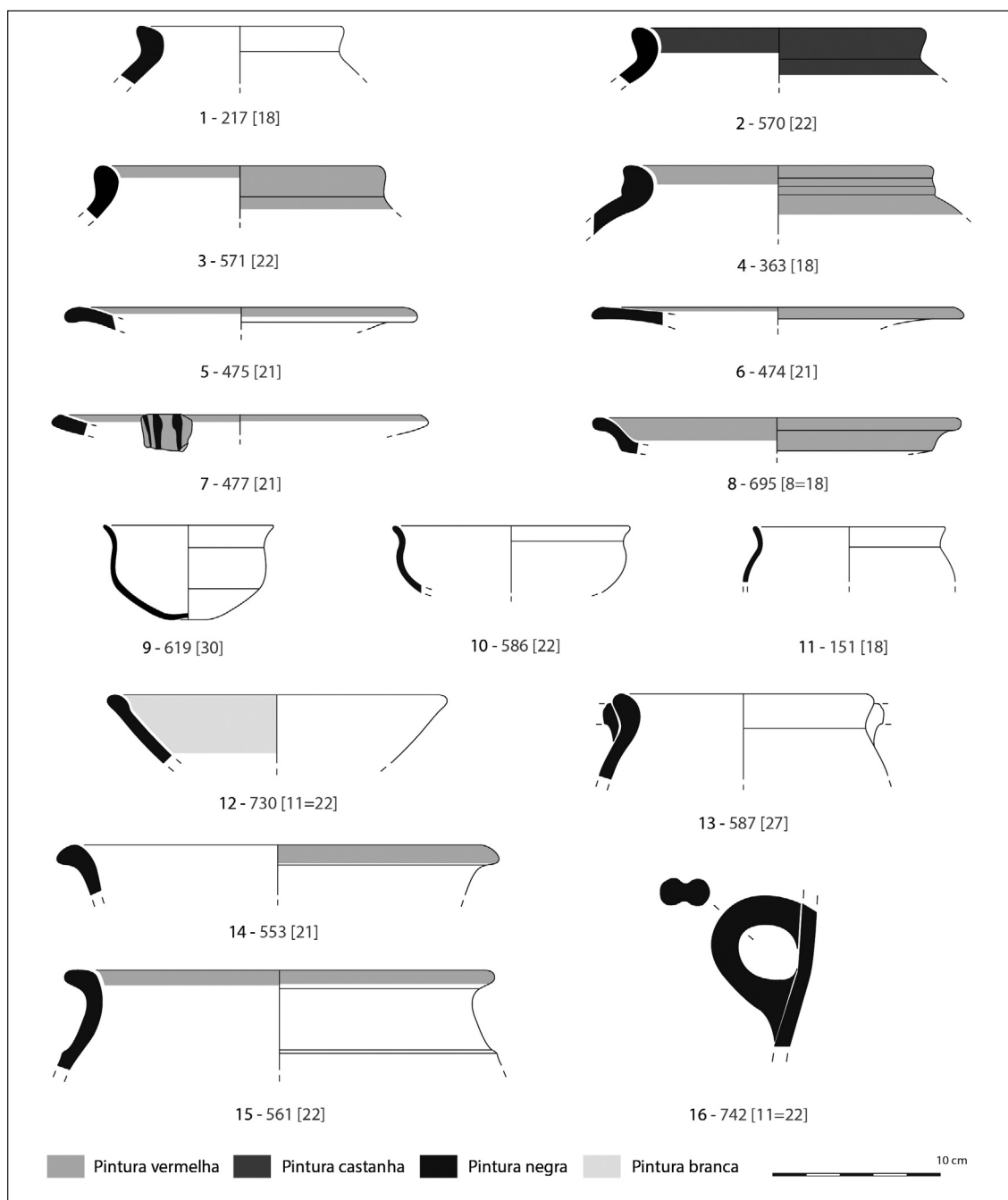


Fig. 4. Materiais de produção local dos séculos VII e VI a.C. do Largo de Santa Cruz, Lisboa (s. Sousa e Guerra 2018, modificado).

cerâmicas cinzentas, comuns e ânforas, a maioria das quais de produção local (Barros *et alli* 1993; Arruda 1999-2000; Sousa e Guerra 2018; Ferreira *et alli* 2020; Sousa *et alli* no prelo a).

Outro elemento essencial que revela esta matriz cultural fenícia é a extraordinária descoberta da estela funerária de Lisboa (Neto *et alli* 2016), que revela não só o conhecimento da língua e escrita fenícia pelos

seus habitantes, mas também a introdução, na área tagana, de práticas funerárias orientais que englobam a erecção de monumentos pétreos, com fórmulas específicas, que assinalam o local de descanso do falecido.

Na zona mais interior da Península de Lisboa, as comunidades autóctones parecem ter sido afectadas em menor grau por estas influências. Ainda que a carência de sequências estratigráficas detalhadas seja um obstáculo à leitura das suas dinâmicas históricas, existem evidências que indicam que os principais núcleos de habitat permanecem ocupados durante a I Idade do Ferro, apesar de algumas alterações verificadas nas redes de povoamento. É o caso da Serra do Socorro (Sousa *et alli* no prelo b), do Castro do Amaral (Arruda *et alli* 2017) e talvez também do Castro de Pragança (Melo e Pimenta 2020), ainda que, neste caso, não seja ainda clara a função desempenhada durante o final da Idade do Bronze (Caria 2021: 88-89).

Nesta área, as transformações mais evidentes observam-se no quadro da cultura material, com uma incorporação progressiva do chamado “pacote orientalizador”, que se traduz na aquisição de ânforas, vasos de armazenamento, cerâmicas cinzentas e artefactos metálicos e de vidro, ganhando estes últimos um papel destacado nos contextos funerários (Trindade e Ferreira 1965; Arruda 1999-2000; Monteiro e Cardoso 2016).

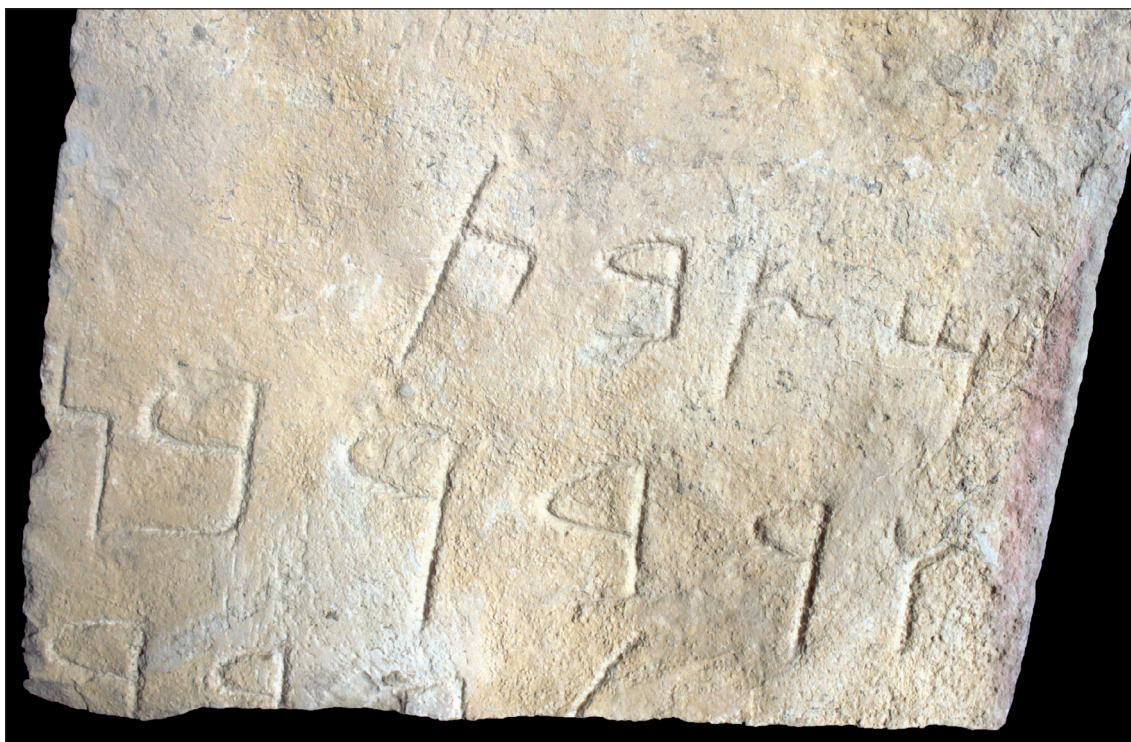


Fig. 5. Estela funerária dos Armazéns Sommer, Lisboa (s. Neto *et alli* 2016).

É, ainda assim, nas margens interiores do rio que encontramos o mais interessante mosaico cultural, sendo esta a principal zona de contacto de tradições autóctonas e exógenas. É, justamente, nesta região que encontramos os elementos de continuidade mais significativos nos padrões de povoamento do Bronze Final e do início da Idade do Ferro. Este fenómeno explica-se talvez pelo papel primário das rotas fluviais, que foram privilegiadas quer pelas comunidades autóctones, quer pelos agentes fenícios, que exploravam as suas margens para a agricultura e talvez também para a obtenção de ouro. Mas talvez a sua grande

potencialidade fosse o seu uso enquanto rota de contacto com as áreas mais interiores, ricas em estanho e também em recursos auríferos (Comendador Rey *et alli* 2017).

Apesar destes elementos de continuidade, verificam-se, ainda assim, algumas transformações nesta região.

É o caso da emergência de novos núcleos, onde a matriz cultural fenícia parece dominar, e nos quais as evidências das tradições nativas do Bronze Final são escassas. Esta realidade verifica-se em locais imponentes como os Chões de Alpompé, considerando a cultura material dos contextos conservados da fase inicial da Idade do Ferro (Arruda *et alli* 2018: 212-214), mas também em sítios de baixa altitude como o Porto do Sabugueiro, para o qual, infelizmente, dispomos unicamente de materiais descontextualizados (Pimenta *et alli* 2014b: 41).

Contudo, e simultaneamente, locais com idênticas características ao nível da implantação geográfica evidenciam uma clara conservação das tradições do Bronze Final, apesar da sua fundação ocorrer já numa fase posterior à fixação dos grupos fenício-ocidentais no estuário. É o caso do emblemático sítio de Santa Sofia, em Vila Franca de Xira, cujo início da ocupação está datado, por cronologia radiométrica, entre a segunda metade do século VIII e o século VII a.C. (Pimenta *et alli* 2013: 192), mas que apresenta ainda modelos arquitectónicos de raiz autóctone, com a manutenção das cabanas de formato ovalado, e uma cultura material dominada pelas produções manuais, que, ainda assim, convivem já com as primeiras produções a torno (ânforas, cerâmica de engobe vermelho, cerâmica cinzenta e cerâmica comum) (Pimenta e Mendes 2010-2011).

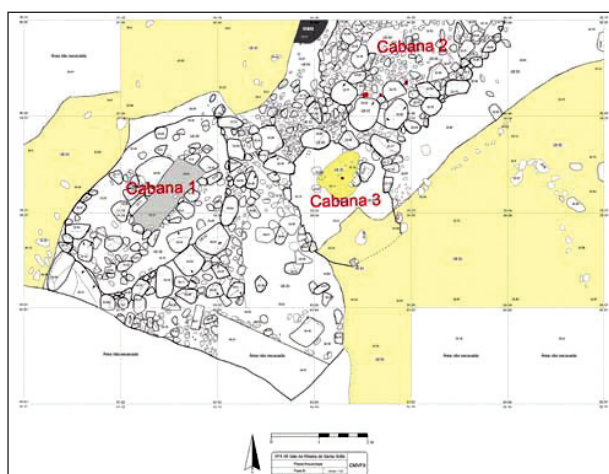


Fig. 6. Estruturas domésticas de Santa Sofia, Vila Franca de Xira (s. Pimenta *et alli* 2013).

Um outro padrão interessante verifica-se num dos núcleos autóctones mais importantes desta zona, a Alcáçova de Santarém. Aqui, os dados indicam uma série de rápidas transformações, sobretudo no quadro arquitectónico e das técnicas construtivas utilizadas (Arruda 1999-2000: 147, 151, 160, 162, 164-165; Sousa e Arruda 2018), mas também com a apropriação de novas espécies animais que foram introduzidas pelos grupos fenícios (Davis 2006). É, ainda assim, interessante observar que no quadro da cultura material se nota uma maior resiliência na manutenção de tradições precedentes, que se reflete num uso maioritário de cerâmicas fabricadas manualmente, uma tendência que se verifica até ao século VI a.C. (Arruda 1999-2000; Sousa e Arruda 2018). Deve ainda assinalar-se que, a partir deste momento, a diminuição do uso de cerâmicas manuais é feita em detrimento do aumento das produções cinzentas (Sousa e Arruda 2018), esse produto híbrido que conjuga a estética nativa e a tecnologia oriental. Estas evidências parecem refletir uma selecção consciente, por parte da comunidade da Alcáçova de Santarém, de elementos específicos do pacote fenício-ocidental, mais concretamente daqueles que mais facilmente recordavam e se adaptavam às suas próprias tradições.

5. CONSIDERAÇÕES FINAIS

Os dados aqui sumarizados permitem salientar a complexa paisagem cultural da Estremadura portuguesa durante o início da Idade do Ferro (final do século VIII – século VI a.C.), na qual interagiram diferentes agentes, cada qual com antecedentes culturais distintos.

Para compreender esta complexidade, é necessário evitar considerar os grupos autóctones como entidades homogéneas, uma visão que ainda prevalece, de certa forma, nos marcos interpretativos regionais. Apesar de terem compartilhado certos aspectos culturais, estes grupos responderam de forma distinta aos estímulos resultantes da instalação de comunidades exógenas na região: enquanto que alguns parecem ter alterado radicalmente as suas tradições preexistentes e abraçado com maior facilidade os novos elementos, tecnologias e práticas, outros terão sido mais selectivos, elegendo e adaptando à sua própria estrutura cultural apenas alguns elementos específicos, protegendo de forma activa os seus costumes, entre outras soluções intermédias.

Por outro lado, deve também evitar-se considerar os próprios grupos fenícios como entidades homogéneas. As comunidades que se instalaram na zona do Tejo não seriam, ao que tudo indica, fenícios orientais, mas sim descendentes de comunidades que viveram, durante mais de um século, no sul andaluz, e cujas relações simbióticas e transculturais com múltiplos grupos locais geraram novas realidades culturais e híbridas. Mesmo que sejam perceptíveis algumas características transversais ao nível da cultura material, das práticas religiosas e funerárias, ou mesmo no campo arquitectónico e urbanístico, entre os grupos fenícios do Baixo Tejo, do sul da Península Ibérica e mesmo de outras zonas da bacia do Mediterrâneo, devemos ter consciência de que os contactos que cada um destes grupos estabeleceu com as variadas comunidades autóctones que encontraram conduziram, inevitavelmente, à emergência de marcadores culturais específicos e, em última instância, de identidades únicas.

Compreender este complexo pano de fundo é fundamental para enquadrar correctamente os processos de interacção cultural, que durante muito tempo foram unicamente entendidos como a “orientalização” dos grupos autóctones. No entanto, estes processos não foram nem homogéneos nem unilaterais, e afectaram todos os intervenientes, ainda que com ritmos e dinâmicas distintas. E ainda que nos faltem dados importantes para uma leitura mais completa destes fenómenos, como a identificação de ambientes funerários e rituais, que são, por norma, os cenários preferenciais para detectar as transformações culturais, a coexistência destas realidades heterogéneas parece evidente.

Durante o início da Idade do Ferro, o Baixo Tejo não parece ser uma zona definida por fronteiras, mas sim por uma multiplicidade de zonas de contacto, nas quais cada participante contribuiu para a construção de novos conjuntos de identidades culturais, que emergem com maior nitidez a partir dos meados do 1º milénio a.C.

Esta rica complexidade corre o risco de perder-se se focarmos excessivamente a nossa atenção na atribuição de nomenclaturas demasiado rígidas e, por vezes, até pouco claras no quadro conceptual para definir estas realidades heterogéneas. Esta é uma dificuldade que se encontra já quando temos que recorrer a designações praticamente incontornáveis como indígenas, fenícios e fenícios-ocidentais, e torna-se ainda mais complexa quando se usam outras como “tartéssicos”, que dão o nome a este encontro, e que adquiriram, ao longo dos últimos cem anos, múltiplos e distintos significados (cronológicos, étnicos e mesmo geográficos).

A aplicação deste termo ao Ocidente Peninsular foi desenvolvida sobretudo nos inícios deste século, tendo por base argumentos essencialmente linguísticos, mas também alguns aspectos do registo arqueológico (Torres Ortiz 2005; 2013; Almagro-Gorbea e Torres Ortiz 2009), procurando relacionar estes

horizontes com as esferas indígenas da Andaluzia Ocidental. Contudo, e como já foi apontado em outras ocasiões (Arruda 2013; Sousa 2015), é difícil descortinar, nesta zona mais ocidental, a origem desses elementos e, acima de tudo, atribuir a sua utilização a entidades culturais específicas. Na verdade, nada impossibilita os mesmos possam ter sido utilizados indiscriminadamente por distintos grupos, podendo, ainda assim, ter adquirido significados específicos em cada horizonte cultural. A obsessão em tentar atribuir a estas designações fossilizadas em textos antigos um conteúdo arqueológico concreto resulta, inevitavelmente, em órbitas historiográficas intermináveis, sem que se tenha sequer obtido um consenso sobre o significado original dos termos que são discutidos (ver, entre outros, Álvarez Martí-Aguilar 2005; 2009; Cruz Andreotti 2010). Não se pretende por em aqui em causa a validade desta discussão, que já deu azo a uma quantidade muito significativa de bibliografia, e sobre a qual pouco existe a acrescentar, mas apenas alertar que focar toda a atenção neste debate pode ofuscar a rica e múltipla variedade cultural que está subjacente a estes momentos históricos.

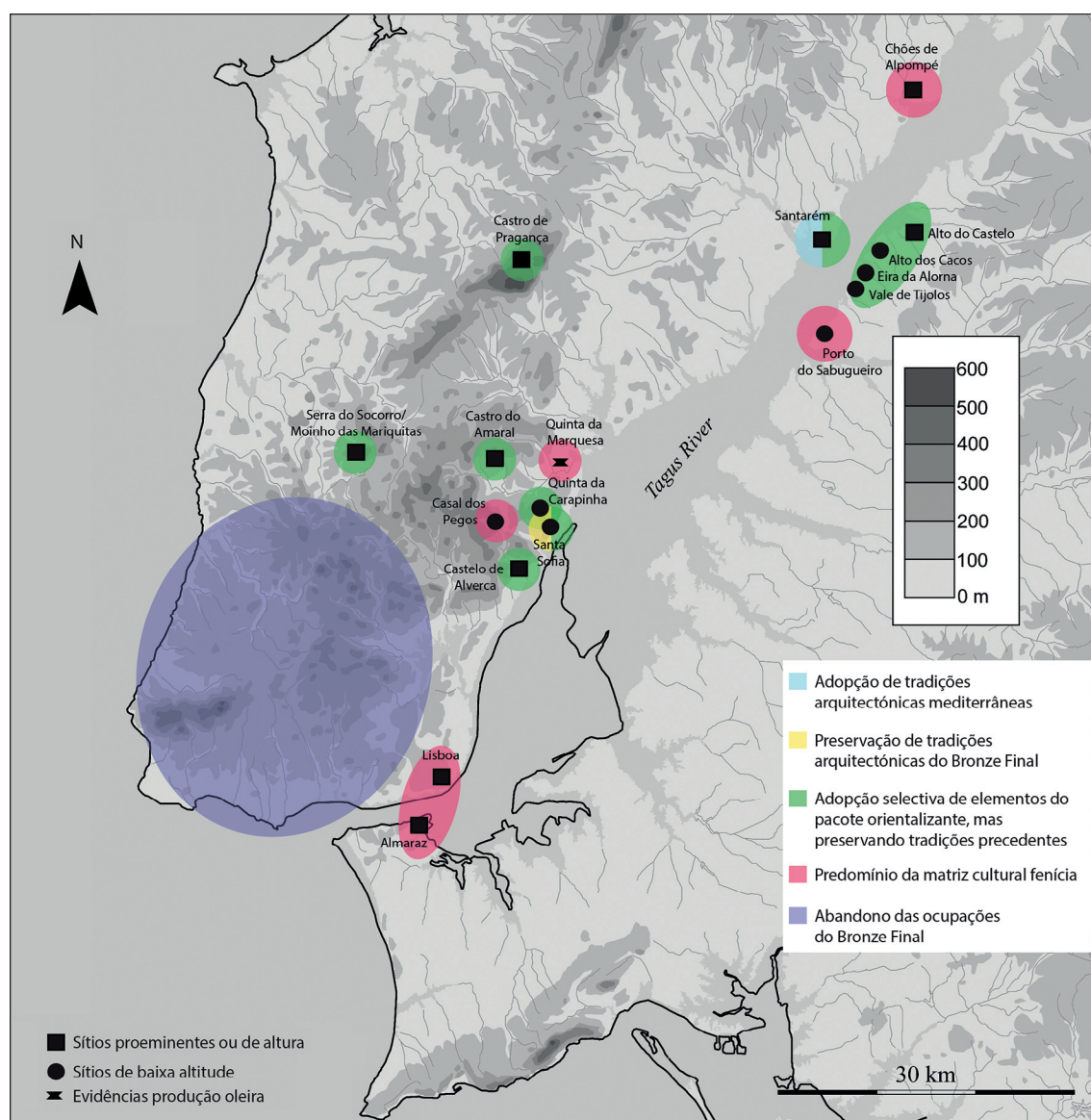


Fig. 7. A ocupação e mosaico cultural do período orientalizante na Estremadura Portuguesa.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO-GORBEA, M. E TORRES ORTIZ, M. 2009: “La colonización de la costa atlántica de Portugal: Fenícios o Tartesios”, *Paleohispanica*, 9: 113-142.
- ALVAR, J. 2008: “Modos de contactos y médios de comunicación: los orígenes de la expansión fenicia”, in Celestino Pérez, S., Rafel, N. y Armada, X.-L. (eds.), *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VIII a.n.e.)*. La precolonización a debate, Madrid: 19-25.
- ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILLAR, M. 2005: *Tarteso. La construcción de un mito en la bibliografía española*, Málaga.
- ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILLAR, M. 2009: “Identidad y etnia en Tartesos”, *Arqueología Espacial*, 27: 79-112.
- AUBET, M. E. 2001: *The Phoenicians and the West: Politics, Colonies and Trade*, Cambridge.
- ARRUDA, A. M. 1999-2000: *Los Fenicios en Portugal. Fenicios y mundo indígena en el centro y sur de Portugal (siglos VIII-VI a.C.)*, Barcelona.
- ARRUDA, A. M. 2013: “Do que falamos quando falamos de Tartesso”, in Campos, J. M. y Alvar, J. (eds.), *Tarteso. El emporio del metal*, Córdoba: 211-222.
- ARRUDA, A. M. 2017: “A Idade do Ferro Orientalizante no Vale do Tejo: as duas margens de um mesmo rio”, in Celestino Pérez, S. y Rodríguez González, E. (eds.), *Territorios comparados: los valles del Guadalquivir, el Guadiana y el Tago en época tartésica. Anejos del Archivo Español de Arqueología*, LXXX, Mérida: 283-294.
- ARRUDA, A. M., PEREIRA, C., SOUSA, E., PIMENTA, J., DETRY, C. E GOMES, J. 2018: “Chões de Alpompe (Vale de Figueira, Santarém): Lendas e Narrativas”, *Spal*, 27-2: 201-227.
- ARRUDA, A. M. E SOUSA, E. 2015: “Late Bronze Age in Alcáçova de Santarém (Portugal)”, *Trabajos de Prehistoria*, 72-1: 176-187.
- ARRUDA, A. M., SOUSA, E., PIMENTA, J., SOARES, R. E MENDES, H. 2017: “Phéniciens et Indigènes en contact à l’embouchure du Tage, Portugal”, *Folia Phoenicia*, 1: 243-251.
- BARROS, L., CARDOSO, J. L. E SABROSA, A. 1993: “Fenícios na margem sul do Tejo. Economia e integração cultural do povoado de Almaraz – Almada”, *Estudos Orientais*, IV: 143-181.
- BOAVENTURA, R., PIMENTA, J. E VALLES, E. 2013: “O povoado do Bronze final do Castelo da Amoreira (Odivelas)”, *Estudos Arqueológicos de Oeiras*, 20: 623-640.
- CANINAS, J., CARDOSO, G., HENRIQUES, F., MONTEIRO, M. E SABROSA, A. 2006: “Três novas jazidas da Idade do Ferro em Torres Vedras”, *Al-Madan*, II-14: 6.
- CARDOSO, J. L. 2004: *A Baixa Estremadura dos finais do IV milénio a.C. até à chegada dos romanos: um ensaio de história regional*, Oeiras.
- CARDOSO, J. L. 2010-2011: “A ocupação do Bronze Final do povoado pré-histórico da Penha Verde”, *Estudos Arqueológicos de Oeiras*, 18: 579-590.
- CARDOSO, J. L. 2013: “Moita da Ladra 2 (Vila Franca de Xira), um sítio ritual do Bronze Final da região de Lisboa”, *Revista da Faculdade de Letras*, 12: 49-67.
- CARDOSO, J. L. 2015: “Between the Atlantic and the Mediterranean: the Late Bronze Age around the Tagus estuary (Portugal). Economic, social and cultural aspects”, *Rivista di Scienze Preistoriche*, LXV: 149-170.
- CARDOSO, J. L. 2016-2017: “A ocupação do Bronze Final do Centro Histórico de Oeiras. Os materiais da Rua das Alcássimas”, *Estudos Arqueológicos de Oeiras*, 23: 531-554.
- CARDOSO, J. L. E SILVA, I. M. 2004: “O povoado do Bronze Final da Tapada da Ajuda (Lisboa): estudo do espólio cerâmico”, *Revista Portuguesa de Arqueologia*, 7-1: 227-271.
- CARIA, P. 2021: *A ocupação da Idade do Bronze do Castro de Pragança (Cadaval, Portugal): uma leitura através do espólio cerâmico*, Lisboa (Dissertação de mestrado - Faculdade de Letras da Universidade de Lisboa).
- CARREIRA, J. R. 1994: “A Pré-História recente do Abrigo Grande das Bocas (Rio Maior)”, *Trabalhos de Arqueologia do EAM*, 2: 47-144.

- COFFYN, A. 1985: *Le Bronze Final atlantique. dans la Péninsule Ibérique*, Paris.
- COMENDADOR REY, B., MEUNIER, E., FIGUEIREDO, E., LACKINGER, A., FONTE, J., FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, C., LIMA, A., MIRÃO, M. Y SILVA, R.J.C. 2017: “Northwestern Iberian Tin Mining from Bronze Age to Modern Times: an overview”, en Newman, P. (ed.), *The Tinworking Landscape of Dartmoor in a European context - Prehistory to 20th century*, Plymouth: 133-153.
- CRUZ ANDREOTTI, G. 2010: “Tarteso-Turdetania o la deconstrucción de un mito identitário”, in De La Bandera Romero, M. L. e Ferrer Albelda, E. (coord.), *El Carambolo. 50 años de un tesoro*, Sevilla: 17-52.
- DAVIS, S. 2006: *Faunal remains from Alcáçova de Santarém (Portugal)*, Lisboa.
- DIAS, Í. 2018: “A Ocupação do Bronze Final na Serra do Socorro. A Coleção de Gustavo Marques”, *Ophiussa*, 2: 59-74.
- FERNÁNDEZ FLORES, A. Y RODRÍGUEZ AZOGUE, A. 2007: *Tartessos desvelado, La colonización fenicia del Suroeste peninsular y el origen y ocaso de Tartessos*, Córdoba.
- FERREIRA, L., SOUSA, E., PEREIRA, M., GUERRA, S., FERREIRA MACHADO, I. 2020: “An archaeometric study of Phoenician ceramics found at São Jorge Castle’s hill in Lisbon”, *Ceramics International*, 46-6: 7659-7666.
- GENER BASALLOTE, J.-M., NAVARRO GARCÍA, M., PAJUELO SÁEZ, J. M., TORRES ORTIZ, M. E LÓPEZ ROSENDO, E. 2014: “Arquitectura y urbanismo de la Gadir fenicia: el yacimiento del “Teatro Cómico” de Cádiz”, in Botto, M. (ed.), *Los Fenicios en la bahía de Cádiz*, Pisa / Roma: 14-50.
- GUERRA, S. E SOUSA, E. 2021: “Intervenções no Largo de Santa Cruz do Castelo 6-7: dados preliminares sobre a ocupação da Idade do Ferro”, in *II Encontro de Arqueologia de Lisboa. Atas*, Lisboa: 11-35.
- KALB, P. E HÖCK, M. 1981-1982: “Cabeço da Bruxa, Alpiarça (Distrito de Santarém). Relatório preliminar da escavação de Janeiro e Fevereiro de 1979”, *Portugália*, 2-3: 61-69.
- KALB, P. E HÖCK, M. 1985: *Cerâmica de Alpiarça. Exposição temporária na Galeria dos Patudos. Catálogo*, Alpiarça.
- LEUWAARDEN, W. VAN E JANSSEN, C. R. 1985: “A preliminary palynological study of a peat deposits near an oppidum in the lower Tagus valley, Portugal”, in *I Reunião do Quaternário Ibérico (Lisboa, 1985). Actas*, Lisboa: 225-235.
- LÓPEZ CASTRO, J. L., MARTÍNEZ HAHNMÜLLER, V., MOYA COBOS, L., PARDO BARRIONUEVO, C. A. 2017: “Fondos de cabaña o depósitos rituales? Sobre un tipo de contextos materiales del Bronce Final y comienzos de la Edad del Hierro en el sur de la Península Ibérica. El depósito de Cortijo Riquelme (Almería)”, *Zephyrus*, 80-2: 69-91.
- MELO, A. 2000: “Armas, utensílios e esconderijos. Alguns aspectos da metalurgia do Bronze Final: o depósito do Casal dos Fiéis de Deus”, *Revista Portuguesa de Arqueologia*, 3-1: 15-120.
- MELO, A. E PIMENTA, J. 2020: “Uma nova leitura do espólio das escavações de Leite de Vasconcelos no “Castro” de Pragança, Cadaval. Evidências de uma ocupação da I Idade do Ferro”, *Estudos Arqueológicos de Oeiras*, 26: 77-104.
- MELO, A., VALÉRIO, P., BARROS, L. E ARAÚJO, M. F. 2014: “Práticas metalúrgicas na Quinta do Almaraz (Cacilhas, Portugal): vestígios orientalizantes”, in Arruda, A. M. (ed.), *Fenícios e Púnicos, por terra e mar. Actas do VI Congresso Internacional de Estudos Fenícios e Púnicos*, vol. II, Lisboa: 698–711.
- MONTEIRO, M. E CARDOSO, G. 2016: “A ocupação da Idade do Ferro na Serra de Monte Deixo. Moinhos Velhos e Moinho da Mariquitas (Torres Vedras)”, *EMERITA- Estudos de Arqueologia e Património Cultural*, 2: 6-20.
- MONTEIRO M. E PEREIRA A. 2013: “Um depósito votivo da Idade do Bronze na Moita da Ladra (Vila Franca de Xira): síntese dos trabalhos”, *Cira- Arqueologia*, 2: 181-194.
- NETO, N., REBELO, P., RIBEIRO, R., ROCHA, M. E ZAMORA LÓPEZ, J. A. 2016: “Uma inscrição lapidar fenícia em Lisboa”, *Revista Portuguesa de Arqueologia*, 19: 123-128.
- PIMENTA, J. E MENDES, H. 2010-2011: “Novos dados sobre a presença fenícia no vale do Tejo. As recentes descobertas na área de Vila Franca de Xira”, *Estudos Arqueológicos de Oeiras*, 18: 591-618.

- PIMENTA, J. e MENDES, H. 2010-2011: “Casal dos Pegos I e o Povoamento Orientalizante do Rio da Silveira – Vila Franca de Xira, *Cira- Arqueologia*, 4: 19-54.
- PIMENTA, J., MENDES, H., ARRUDA, A. M., SOUSA, E. e SOARES, R. 2014b: “Do pré-romano ao Império: a ocupação humana do Porto do Sabugueiro (Muge, Salvaterra de Magos)”, *Magos. Revista Cultural do Concelho de Salvaterra de Magos*, 1: 39-58.
- PIMENTA, J., SILVA, R. e CALADO, M. 2014a: “Sobre a ocupação pré-romana de *Olisipo*. A intervenção arqueológica urbana da Rua de São Mamede ao Caldas n.º 15”, in Arruda, A. M. (ed.), *Fenícios e Púnicos, por terra e mar. Actas do VI Congresso Internacional de Estudos Fenícios e Púnicos*, vol. II, Lisboa 712-723.
- PIMENTA, J., SOARES, A. M. e MENDES, H. 2013: “Cronologia Absoluta para o Povoado Pré-Romano de Santa Sofia (Vila Franca de Xira)”, *Cira-Arqueologia*, 2: 181-194.
- PONCE, M. 2012: *O Bronze Final na Península de Lisboa. O caso do Cabeço de Alcainça na transição entre o 2º e o 1º milénio a.C.*, Lisboa (Dissertação de mestrado - Faculdade de Letras da Universidade de Lisboa).
- ROCHA, A. e REPREZAS, J. 2014: *O Forte do Alqueidão. Arqueologia e História. Da Idade do Ferro às Invasões Napoleónicas*, Sobral de Monte Agraço.
- RUIZ-GÁLVEZ, M. 2014: “Before “the Gates of Tartessos”: Indigenous knowledge and exchange networks in the Late Bronze Age Far West”, in Knapp, A. B. e Dommelen, P. van (eds.), *The Cambridge Prehistory of the Bronze & Iron Age Mediterranean*, Cambridge: 196-214.
- SÁNCHEZ-MORENO, V., GALINDO SAN JOSÉ, L., JUZGADO NAVARRO, M. e DUMAS PEÑUELAS, M. 2012: “El asentamiento fenicio de La Rebanadilla a finales del siglo IX a.C.”, in García Alfonso, E. (ed.), *Diez años de arqueología fenicia en la provincia de Málaga (2001-2010)*, Málaga: 67-75.
- SPINDLER, K., CASTELLO-BRANCO, A., ZBYSZEWSKI, G. e FERREIRA, O. DA V. 1973-1974: “Le monument à coupole de l’âge du Bronze Final de la Roça de Casal do Meio (Calhariz)”, *Comunicações dos Serviços Geológicos de Portugal*, 57: 91-153.
- SOUSA, A. C., DIAS, I., SOUSA, E. e MIRANDA, M. 2019: “A ocupação do bronze final na Serra do Socorro (Mafra, Torres Vedras): os trabalhos arqueológicos de 2007 e 2008”, *Estudos Arqueológicos de Oeiras*, 25: 339-364.
- SOUSA, E. 2015: “Alcune considerazioni sulla Età del Ferro nella costa atlantica occidentale”, *Rivista di Studi Fenici*, 43: 145-160.
- SOUSA, E. 2016a: “Algumas considerações sobre a ocupação do final da Idade do Bronze na Península de Lisboa”, in Sousa, A. C., Carvalho, A. e Viegas, C. (eds.), *Terra e água Escolher as sementes, invocar a deusa. Estudos em Homenagem a Victor S. Gonçalves*, Lisboa: 387-401.
- SOUSA, E. 2016b: “A Idade do Ferro em Lisboa: uma primeira aproximação a um faseamento cronológico e à evolução da cultura material”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 42: 167-185.
- SOUSA, E. 2018: “A tale of two (?) cities: Lisbon and Almaraz at the dawn of the Iron Age”, *Rivista di Studi Fenici*, 46: 137-151.
- SOUSA, E. 2022: “A dimensão marítimo-fluvial de Lisboa e do estuário do Tejo durante a 1ª Idade do Ferro”, *Scaena*, 3: 30-43.
- SOUSA, E. e ARRUDA, A. M. 2018: “A I Idade do Ferro na Alcáçova de Santarém (Portugal): os resultados da campanha de 2001”, *Onuba*, 6: 57-95.
- SOUSA, E., ARRUDA, A. M. e PIMENTA, J. no prelo a: “Iron Age pottery production and distribution networks in Central and Southern Portugal”.
- SOUSA, E. e GUERRA, S. 2018: “A presença fenícia em Lisboa: novos vestígios descobertos no alto da colina do Castelo de São Jorge”, *Saguntum*, 50: 57-88.
- SOUSA, E. e PIMENTA, J. 2014: “A produção de ânforas no Estuário do Tejo durante a Idade do Ferro”, in Morais, R., Fernández, A. e Sousa, M. (eds.), *As Produções Cerâmicas de Imitação na Hispânia*, vol. I, Porto: 303- 316.

- SOUSA, E. PIMENTA, J., DIAS, I. E SOUSA, A. C. no prelo b: "Ocupação da Idade do Ferro da Serra do Socorro (Mafra, Torres Vedras)", *O Arqueólogo Português*.
- SOUSA, E. E SOUSA, A. C. 2018: "Late Bronze Age sacred landscapes in Western Iberia: the case study of Penedo do Lexim (Mafra, Portugal)", *Trabajos de Prehistoria*, 75-2: 307-319.
- TORRES ORTIZ, M. 2005: "Una colonización tartésica en el interfluvio Tajo-Sado durante la Primera Edad del Hierro?", *Revista Portuguesa de Arqueologia*, 8-2: 193-213.
- TORRES ORTIZ, M. 2013: "Fenicios y tartesios en el interfluvio Tajo-Sado durante la I Edad del Hierro", in Arruda, A. M. (ed.), *Actas do VI Congresso Internacional de Estudos Fenícios e Púnicos*, Lisboa: 449-460.
- TORRES ORTIZ, M. 2008: "Los tempos de la precolonización", in Celestino Pérez, S., Rafel, N. e Armada, X.-L. (eds.), *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VIII a.n.e.). La precolonización a debate*, Madrid: 59-91.
- TRINDADE, L. E FERREIRA O. V. 1965: "Acerca do vaso «piriforme» tartéssico de bronze do Museu de Torres Vedras", *Boletim Cultural da Junta Distrital de Lisboa*, 63/64: 175-183.
- VALÉRIO, P., SOARES, A. M., MONTEIRO, M., PEREIRA, A., ARAÚJO, M. F. E SILVA, R. J. C. 2016: "A compositional and microstructural study of eight-century BC bronzes from Moita da Ladra (Tagus estuary): how did the spread of the Phoenician metallurgy take place in Western Iberia", *Archaeometry*, 58-4: 593-609.
- VALLEJO SÁNCHEZ, J. I. 2015: *Las cerámicas grises orientalizantes en la Península Ibérica*. Dissertação de doutoramento, Universidad de Cádiz, Cádiz.
- VASCONCELOS, J. L. 1896: "Xorca de ouro", *O Arqueólogo Português*, 2: 17-24.
- VILAÇA, R. 2003: "Acerca da existência de ponderais em contextos do Bronze Final/Ferro Inicial no território português", *O Arqueólogo Português*, 4-21: 245-288.
- VILAÇA, R. 2006: "Artefactos de ferro em contextos do Bronze Final do território português: novos contributos e reavaliação dos dados", *Complutum*, 17: 81-101.
- VILAÇA, R. 2007: "Todos os caminhos vão dar ao Ocidente: trocas e contactos no Bronze Final", *Estudos Arqueológicos de Oeiras*, 15: 135-157.
- VILAÇA, R. 2011: "Ponderais do Bronze Final-Ferro Inicial do Ocidente Peninsular: novos dados e questões em aberto", in García-Bellido, M. P., Callegarin, L. e Jiménez Díez, A. (eds.), *Barter, money and coinage in the Ancient Mediterranean (10th-1st centuries BC)*, Madrid: 139-167.
- VILAÇA, R., CRUZ, D. J. E GONÇALVES, A. H. B. 1999: "A necrópole de Tanchoal dos Patudos (Alpiarça, Santarém)", *Conimbriga*, 38: 5-29.
- ZAMORA LÓPEZ, J. A. 2014: "Palabras fluidas en el extremo Occidente. Sobre un nuevo grafito fenicio, hallado en la desembocadura del Tajo, que recoge un posible topónimo local", in Bádenas De La Peña, P., Cabrera Bonet, P., Moreno Conde, M., Ruiz Rodríguez, A., Sánchez Fernández, C. e Tortosa Rocamora, T. (eds.), *Homenaje a Ricardo Olmos. Per speculum in aenigmate*, Madrid: 306-314.

CONTACTOS, TRADICIONES Y (A)SIMETRÍAS: EL INICIO DE LA EDAD DEL HIERRO EN EL ALGARVE (PORTUGAL)

FRANCISCO B. GOMES*

RESUMEN

Los datos disponibles para discutir el proceso de transición entre la Edad del Bronce y la del Hierro en el Algarve siguen siendo muy escasos, pero la documentación aportada por las excavaciones en Castro Marim y Tavira permite plantear que el inicio de la presencia fenicia en la región generó un proceso de recomposición territorial, al parecer de iniciativa indígena, que podría como hipótesis relacionarse con la fundación de la colonia fenicia de Ayamonte o ser incluso algo anterior a esta. Estos dos yacimientos, en los cuales la impronta fenicia es innegable, se desarrollaron durante las etapas iniciales de la Edad del Hierro hasta convertirse en dos importantes polos urbanos. Por el contrario, seguimos desconociendo los reflejos de estos primeros contactos en el resto del territorio del Algarve. Las comunidades del Algarve Occidental y del interior siguen siendo prácticamente invisibles en el registro arqueológico hasta el siglo VI a.n.e., momento en el que se produjo una eclosión de nuevas formaciones sociopolíticas de raigambre rural en esas zonas, quizás como parte de un proceso más amplio de emergencia de una esfera rural autónoma en el interior sur del territorio portugués.

PALABRAS CLAVE

Transición Bronce Final – Edad del Hierro, Contacto Intercultural, Colonización Fenicia, Período “Orientalizante”.

ABSTRACT

The data available for any discussion of the transition between the Bronze and the Iron Age in Algarve remain very scarce, but the documentation generated by the excavations in Castro Marim and Tavira support the idea that the beginning of the Phoenician presence in the area resulted in a shift in territorial patterns, seemingly through indigenous initiative, which could perhaps be related to the founding of the Phoenician colony of Ayamonte. These two settlements, in which a Phoenician imprint is undeniable, developed during the Early Iron Age, becoming two important

* UNIARQ – Centro de Arqueologia da Universidade de Lisboa; Faculdade de Letras da Universidade de Lisboa.
franciscojbgomes@gmail.com

urban centres. On the contrary, the reflections of these early contacts in the remainder of the Algarve region are still unknown. The communities of Western Algarve and the interior remain practically invisible in the archaeological record until the 6th century BCE, a moment in which new sociopolitical formations, rural in nature, emerge in those areas, perhaps as part of a broader process which gave rise to an autonomous rural sphere in the interior of Southern Portugal.

KEY WORDS

Late Bronze – Iron Age Transition, Intercultural Contact, Phoenician Colonization, “Orientalizing” Period.

1. LA INVESTIGACIÓN SOBRE EL INICIO DE LA EDAD DEL HIERRO EN EL ALGARVE: ALGUNAS CONSIDERACIONES PREVIAS

Reflexionar sobre las etapas iniciales de la Edad del Hierro en el extremo meridional del territorio portugués, el Algarve, sigue siendo, hoy por hoy, un ejercicio de gran interés pero que supone lidiar a la vez con una serie de limitaciones a nivel de la documentación disponible, ya que la información con la que contamos varía de forma significativa según qué sitios y áreas dentro del Algarve consideremos.

De hecho, la Edad del Hierro de la región ha sido investigada de forma recurrente a lo largo de la historia de la Arqueología portuguesa, desde los trabajos pioneros de Estácio da Veiga (2005 [1891]), A. Santos Rocha (1975 [1896]) y J. Leite de Vasconcelos (1919-1920) a los más recientes trabajos de investigación de A. M. Arruda (p. ej., Arruda 1999-2000: 31-61; Arruda *et alii* 2007; 2011) y del Campo Arqueológico de Tavira (Maia 2000; 2003a; 2007; Maia y Silva 2004), sin olvidar las contribuciones de J. Formosinho (Viana, Formosinho y Ferreira 1953), de C. de Mello Beirão (1972; 1986) o del proyecto de la ‘Carta Arqueológica do Algarve’ dirigido por V. S. Gonçalves (1979), entre otros (v. Freitas y Oliveira 2011: 409-410).

A través de esa intensa labor de documentación e investigación se ha producido un importante volumen de información, pero a pesar de ello siguen subsistiendo importantes asimetrías a nivel de la documentación disponible que pueden inducirnos a error. Dicho esto, en este trabajo se intentará demostrar que los datos con los que sí contamos permiten entrever otras asimetrías que no parecen meros espejismos historiográficos, sino el probable resultado de unos procesos históricos complejos y multifacéticos.

Este hecho no resulta demasiado sorprendente si recordamos ya de entrada que, aunque el Algarve sea una región históricamente bien delimitada, no es en realidad un territorio homogéneo, sino más bien un espacio perfectamente divisible en tres grandes unidades de paisaje (el Litoral, el Barrocal y la Sierra) que cuentan con su propia personalidad, a nivel del paisaje, de la accesibilidad y de los recursos disponibles. Por lo que podemos intuir de la documentación arqueológica, estas tres unidades paisajísticas conocieron distintas lógicas de ocupación y explotación a lo largo del tiempo, y en concreto durante el período del que se ocupa esta contribución.

Con estas reservas en mente, en las páginas que siguen se intentará sistematizar la información arqueológica con la que sí contamos, estructurándola en una exposición diacrónica con el objetivo de plantear las narrativas posibles sobre el desarrollo histórico de las comunidades regionales, considerando además los hallazgos recientes en las áreas vecinas que aportan nuevas perspectivas y claves para interpretar las realidades del Algarve.

2. EL FINAL DE LA EDAD DEL BRONCE Y LA TRANSICIÓN HACIA LA EDAD DEL HIERRO EN EL ALGARVE: DATOS, HIPÓTESIS E INTERROGANTES

Para hablar con un mínimo de propiedad sobre los inicios de la Edad del Hierro en la región del Algarve, parece indispensable empezar por mirar ligeramente hacia atrás y considerar, aunque sea brevemente, los datos disponibles sobre el final de la Edad del Bronce en este marco territorial (Fig. 1). Sin embargo, hay que decir que el panorama no se ha alterado sustancialmente desde la última síntesis realizada sobre el tema hace casi una década (Oliveira 2013), y que la documentación con la que contamos hoy por hoy sigue siendo muy escueta (Fig. 1).



Fig. 1. Yacimientos del final de la Edad del Bronce en el Algarve (cf. Oliveira 2013). Poblados en altura: 1) Castro Marim; 2) Tavira; 3) Cerro da Rocha Branca (Silves); 4) Castelo de Alferce (Monchique); 5) Castelo de Aljezur. Poblados abiertos: 6) Pontes de Marchil (Faro); 7) Quinta da Queimada (Lagos). Ocupaciones en cueva: 8) Ladroeira Grande (Olhão); 9) Ibn Ammar (Lagoa). Contextos funerarios: 10) Tholos do Malhanito (Alcoutim); 11) Santa Rita (Vila Real de Santo António). Estela: 12) Figueira (Vila do Bispo). Depósitos (?): 13) Conceição (Tavira); 14) Tavira; 15) Foz do Arade (Portimão); 16) Medo do Espartal (Aljezur).

Por otra parte, si del conjunto de yacimientos y hallazgos conocidos en la región fechados en el Bronce Final se seleccionan sólo aquellos sobre los que contamos con una información relativamente detallada, y de nuevo sólo aquellos que pueden fecharse dentro de las etapas más avanzadas del Bronce Final a las que dice respecto esta discusión, nos quedamos con una muestra todavía más reducida, de menos de una decena de yacimientos.

Entre ellos se cuenta cierto número de hallazgos que, a pesar de su indudable interés, no cuentan con un contexto específico, como la conocida Estela de Guerrero de Figueira (Viana *et alii* 1953: 134; cf. Celestino 2001: 443-444; Díaz-Guardamino Uribe 2009: n. 304), la manifestación más occidental de este característico tipo de estelas, o un conjunto de hallazgos metálicos que podrían plausiblemente proceder de depósitos (Oliveira 2013: 349-351 y Fig. 10), entre los que se incluyen un conocido brazalete macizo de oro de tipo Sagrajas-Berzocana de Conceição de Tavira (Veiga 2005 [1891]: 192), una hoz de tipo 'Rocanes' y una hoja de lanza halladas en el Río Arade, en Portimão (Oliveira 2013: 350 y Fig. 10), y una punta de

espada recogida en Medo do Espartal, en Aljezur (Gomes 2011), así como, quizás, un pectoral de oro de posible manufactura oriental atribuido, sin seguridad, a la región de Castro Marim (Correia 2006).

Más sustanciales son, a pesar de todo, las evidencias de ocupaciones en cueva, eventualmente relacionadas con prácticas rituales, atestadas en las cuevas de Ibn'Ammar en Lagoa, y de Ladroeira Grande, en Olhão (Gomes y Calado 2007; Oliveira 2013: 347-349), mientras que las evidencias funerarias son francamente reducidas (Oliveira 2013: 346-347), como es norma en el sur de Portugal (v. Gomes 2021a, con bibliografía), sobre todo si consideramos que la reutilización del *tholos* de Malhanito, en Alcoutim (Cardoso 2004), podría fecharse ya a inicios de la Edad del Hierro.

Sin embargo, y dada la naturaleza dispersa de estos datos y las limitaciones de la información que aportan, en el marco de esta discusión parece pertinente enfocar la atención en los dos yacimientos que han aportado una documentación más consistente sobre este período, así como sobre el período sucesivo, hecho que los convierte en la clave de la discusión sobre el proceso de transición a la Edad de Hierro que se pretende analizar en el marco de esta contribución. Estos yacimientos son, naturalmente, Tavira y Castro Marim, dos yacimientos bien conocidos del Algarve Oriental en los que los trabajos arqueológicos realizados han permitido documentar horizontes atribuidos al final de la Edad del Bronce (Maia 2003b; Maia y Gómez Toscano 2012; Oliveira 2012).

Según la lectura vigente, la aparición de estos yacimientos se relacionaría con un proceso de reestructuración territorial acaecido a mediados del Bronce Final, quizás en el paso del II al I milenio a.n.e., en el que un sistema de poblamiento más disperso daría lugar a una mayor concentración poblacional en poblados de altura con cierta entidad (Oliveira 2013: 351-352). Sin embargo, a tenor de la documentación de estos dos yacimientos y de lo que hoy sabemos sobre los procesos de transición de la Edad del Bronce a la del Hierro, es posible plantearse otras hipótesis sobre la aparición de este nuevo modelo territorial.

En el caso de Tavira, las evidencias que se han relacionado con la existencia de un horizonte del Bronce Final proceden de distintos puntos del casco histórico de la ciudad (Fig. 2). Los primeros datos en identificarse proceden del Solar de los Corte-Real, en los que, a tenor de la información disponible, se han excavado diversos fondos de cabaña (Maia 2000: 132; Maia 2003b: 42; Maia y Gómez Toscano 2012: 330), cuya planta, sin embargo, nunca se ha publicado.

También las excavaciones realizadas en el “Palacio da Galeria” han resultado en la identificación de otra estructura descrita como un fondo de cabaña (Maia 2003b: 42-43; Maia y Gómez Toscano 2012: 330), que se ha puesto en relación con las estructuras documentadas en la zona del Parque das Festas excavadas en fecha más reciente (Oliveira 2013: 344-345 y Fig. 6; Covaneiro y Cavaco 2017: 222 y Fig. 2). Así mismo, fue también en la excavación de esta zona del entorno del “Palacio da Galeria” que se produjo el hallazgo de un depósito formado por un puñal tipo “Porto de Mós”, un hacha plana de hilo convexo y una tobera, acompañados por un conjunto cerámico formado por piezas muy características del fondo tipológico del Bronce Final regional (Maia y Gómez Toscano 2012: 331-336).

Todos estos hallazgos se han interpretado como evidencia de la existencia de un poblado indígena de cierta entidad asentado en la llamada “colina genética” de Tavira, anterior a la llegada y al asentamiento de los fenicios en la región (Maia y Gómez Toscano 2012: 321; Oliveira 2013: 345; Covaneiro y Cavaco 2017: 221-223). Sin embargo, hay una serie de datos transmitidos por la responsable de la mayoría de estas excavaciones que parece apuntar en una dirección distinta. De hecho, dicha autora reconoce para la mayoría de estos contextos una fecha tardía, que cabría enmarcar más bien dentro de un período transicional entre el Bronce Final y la Edad del Hierro (cf. Maia 2000: 132; 2003b: 42-43; Maia y Gómez Toscano 2012: 330).



Fig. 2. Vista aérea de Tavira con indicación de las zonas en las que se detectaron vestigios de finales de la Edad del Bronce/ transición hacia la Edad del Hierro: 1) Solar de Corte Real; 2) Parque das Festas; 3) Palácio da Galeria.

Así, por ejemplo, y si es cierto que se hace referencia a un nivel poco expresivo en que son exclusivas las cerámicas a mano directamente sobre el sustrato geológico en esta zona (Maia y Gómez Toscano 2012: 328 y Fig. 2), al hablar de las estructuras de tipo cabaña que excavó en el Solar de los Corte-Real, Maria Maia refiere que en las mismas se documentaban áreas de combustión estructuradas en cuya base “...estão incluídos robustos fragmentos de olaria brunida (...), fragmentos de ânfora e de pratos de engobe vermelho e, pelo menos em três casos, de ampolas de base plana, que datamos da segunda metade do século VIII a.C.” (Maia 2000: 132); por otra parte, en otros trabajos relaciona dichos niveles con la construcción y el primer uso de la muralla fenicia (Maia y Gómez Toscano 2012: 333). Estaríamos así ante niveles inmediatamente anteriores y/o contemporáneos de la introducción de una cultura material con rasgos orientales.

También en el caso de la cabaña identificada en el “Palacio da Galeria” se menciona la existencia en el interior de dicha estructura de un área de combustión en cuyo marco se recuperó “... uma boca de *ampolla*

de origem indubitavelmente oriental, juntamente com fragmentos de pratos de engobe vermelho e de ânforas de tipologia fenícia” (Maia 2003b: 43). No conocemos la cultura material asociada a los fondos de cabaña excavados por Maria Maia, y más recientemente por Inês Simão y Marina Pinto en el área vecina del “Parque das Festas”, ya que solo contamos con la referencia a la presencia de cerámicas con superficies cepilladas recogidas en las intervenciones más recientes (Oliveira 2013: 345; Covaneiro y Cavaco 2017: 222), pero parece plausible que estas estructuras sean *grosso modo* contemporáneas de dicha cabaña.

Finalmente, con respecto al contexto del hipotético depósito – quizás de fundidor, lo cual convertiría a las piezas metálicas en chatarra destinada al reciclaje – documentado en este mismo sector del casco histórico (Maia y Gómez Toscano 2012), cabría recordar que el mismo se documentó bajo un pavimento fenicio y, una vez más, inmediatamente sobre el sustrato geológico (Maia y Gómez Toscano 2012: 331 y Fig 5). Por otra parte, la cultura material documentada en este nivel podría perfectamente encuadrarse en un momento muy a finales de la Edad del Bronce, o incluso ya en el periodo transicional al que antes se ha aludido.

Por otra parte, las evidencias de una ocupación del Bronce Final documentadas en Castro Marim (Oliveira 2012; 2013: 341-343) tampoco desentonan del cuadro general que puede apreciarse en Tavira. De hecho, en el poblado del Guadiana la ocupación atribuida a este periodo se limita a dos contextos de escasa entidad, ambos directamente sobre el sustrato geológico (Fig. 3), por lo que se han interpretado como evidencias de los niveles fundacionales del poblado (Oliveira 2012). El material cerámico recuperado en ambos contextos es exclusivamente manual, pero su tipología y sus gramáticas decorativas permiten atribuirlo a un momento muy avanzado de la evolución del repertorio alfarero regional, que el responsable de su estudio sitúa entre el siglo IX y el VIII a.n.e. (Oliveira 2012: 353).

Aunque la relación entre estos niveles de la Fase I del yacimiento y los de la fase sucesiva – la Fase II, considerada de transición a la Edad del Hierro (Oliveira 2012: 353-357; Arruda *et alii* 2017: 445-447) – no sea fácil de evaluar, tampoco parece que existan argumentos definitivos para hablar de un hiato poblacional entre ambas, como se ha defendido (Oliveira 2012: 353), sobre todo cuando consideramos la escasa dimensión y el carácter puntual y localizado de la base documental con la que contamos.

Así, y a tenor de la documentación disponible para estos dos yacimientos, se podría plantear una lectura alternativa de su fundación, no ya como el resultado de una restructuración territorial acaecida a mediados del Bronce Final como resultado de dinámicas internas, sino más bien como el producto de una coyuntura muy específica propia de los momentos finales de esa etapa, contemporánea de la primera presencia oriental en el sur peninsular, o incluso ya de una fase transicional marcada por los primeros contactos directos con las poblaciones fenicias.

De hecho, en los últimos años se ha documentado y estudiado un número creciente de ejemplos de procesos de restructuración territorial, al parecer promovidos por las propias comunidades autóctonas, como resultado de esos primeros contactos, cuyo ejemplo más ilustrativo podría ser el yacimiento de Castillejos de Alcorrín, en la provincia de Málaga (Marzoli *et alii* 2010; 2020).

Tampoco faltan posibles ejemplos en el territorio portugués, por ejemplo en el Tajo (Arruda *et alii* 2017; Sousa 2016), donde también se ha documentado en los últimos años un intenso proceso de restructuración territorial cuyos inicios, a tenor de los datos de yacimientos como Santa Sofia, en Vila Franca de Xira (Mendes y Pimenta 2007; Pimenta *et alii* 2013), se caracterizan por la fundación en la ribera del Tajo de poblados de marcada raigambre autóctona, pero enmarcados ya dentro de una fase transicional en la que están presentes materiales fenicios. Ecos de este proceso se podrían igualmente identificar en el Sado, por ejemplo, con la fundación de Setúbal (Soares y Silva 1986).

Así, podría al menos plantearse que estas fundaciones ocurrieran ya en un marco de contactos interculturales en que las poblaciones regionales sintieron la necesidad de establecer un control efectivo sobre las principales vías de acceso a su territorio y a sus recursos, concretamente en el caso que nos ocupa los cursos fluviales del Guadiana y del Gilão, pero quizás también a la vez establecer un acercamiento a las posibilidades económicas, sociales y políticas introducidas por la presencia y el comercio fenicio.

El factor desencadenante de este proceso podría haber sido la fundación del asentamiento colonial fenicio de Ayamonte, que a tenor de los datos del poblado (Pérez Macías, Cabaco Encinas y García Teyssandier 2017; Cabaco Encinas y Pérez Macías 2018) y sobre todo de la necrópolis (García Teyssandier y Marzoli 2013; Marzoli y García Teyssandier 2019), podría retrotraerse hasta mediados del siglo VIII a.n.e. Entre esta fecha y la que habitualmente se ha indicado para las primeras evidencias de una fuerte “orientalización” de los yacimientos del Algarve, a finales del siglo VIII o inicios del VII a.n.e., quedaría un margen cronológico suficientemente amplio (quizás de unas dos generaciones) como para abarcar los putativos horizontes fundacionales de Tavira y Castro Marim, e igualmente los procesos de interacción, negociación y transformación que explican el desarrollo posterior de estos dos yacimientos.

Sin embargo, tampoco pueden desecharse otras hipótesis que ampliarían el posible marco cronológico de estos primeros contactos y de esta etapa transicional. De hecho, no está de más recordar que los ya célebres hallazgos de Huelva (González de Canales Cerisola, Serrano Pichardo y Llompart Gómez 2004) u otros más recientes de Cádiz (Gener *et alii* 2014) y de la Bahía de Málaga (Sánchez Sánchez-Moreno 2018) han contribuido a ampliar el marco cronológico de la primera presencia fenicia en el sur peninsular. No puede por ende excluirse que el proceso de recomposición territorial que antes se ha planteado pueda haber tenido lugar antes de la fundación de Ayamonte, e incluso haber influido en la instalación de un asentamiento fenicio en la región.

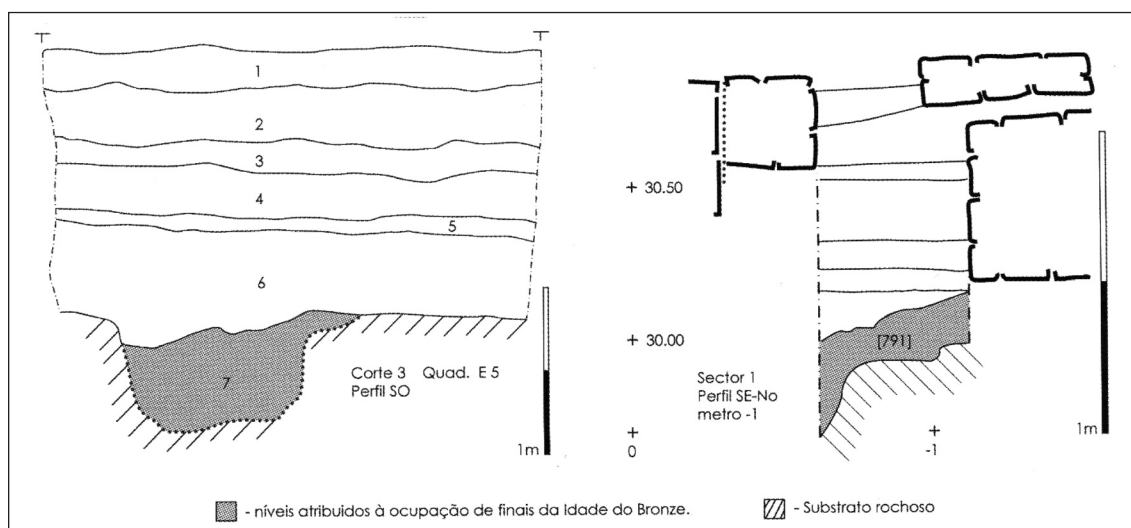


Fig. 3. Contextos de finales de la Edad del Bronce/ transición hacia la Edad del Hierro del Castillo de Castro Marim (según Oliveira 2012).

3. UN NUEVO HORIZONTE: LA CONSOLIDACIÓN DE LA EDAD DEL HIERRO EN EL ALGARVE (¿ORIENTAL?)

A tenor de la documentación arqueológica proporcionada por las extensas excavaciones realizadas en Castro Marim y Tavira (Fig. 4), este período de primeros contactos y de negociación resultó en la plena incorporación de estos yacimientos del Algarve Oriental en la *koiné* fenicia y “orientalizante” que en estos momentos estaba cristalizando en amplios sectores del sur de la Península Ibérica.

De hecho, a partir de estos momentos se aprecia en ambos poblados un desarrollo urbanístico que sigue líneas muy distintas de las que habían caracterizado el Bronce Final regional, acompañado además por transformaciones sustanciales a nivel de la cultura material que ponen en evidencia la influencia oriental sobre ambos núcleos. De todos modos, las evidencias relativas a las fases más antiguas de la Edad del Hierro en estos yacimientos son bien conocidas, por lo que en la presente contribución se recordarán de forma muy somera los datos ya publicados.



Fig. 4. Principales yacimientos de la I Edad del Hierro en el Algarve: 1) Castro Marim; 2) Tavira; 3) Cabeço da Vaca (Alcoutim); 4) Ameixial (Loulé); 5) Alagoas (Loulé); 6) Gregórios (Silves); 7) Fonte Velha de Bensafim (Lagos); 8) Corte de Père Jacques (Aljezur).

Así, en Tavira (Fig. 5) se ha identificado un sector de una estructura defensiva que se interpretó como una muralla de casamatas o “cajones”, al parecer provista de bastiones sólidos. En el sector de Netos – Solar dos Corte-Real se documentaron al parecer dos fases constructivas, que cabría ubicar entre finales del siglo VIII y los inicios del VII a.n.e. (Maia 2000: 123-125; 2003a: 62-63; Maia y Silva 2004: 180-183; Covaneiro y Cavaco 2017: 225). En fecha más reciente, una intervención en el Terreiro do Parguinho 2-4, todavía inédita, ha permitido identificar una secuencia de ocupación en la que se documentó al parecer una estructura doméstica amortizada por la construcción de otro tramo de la citada muralla, que habría conllevado una reordenación del espacio habitado (Covaneiro y Cavaco 2017: 225).

Se conocen, por otra parte, los contextos exhumados en el Palácio da Galeria, y más específicamente las tres estructuras negativas interpretadas como “pozos” a las que se asocia una cultura material

marcadamente fenicia y que, según las interpretaciones más habituales, pertenecerían a un complejo religioso ubicado en el interior del yacimiento cuyo uso, a tenor de la documentación disponible, podría fijarse en la segunda mitad del siglo VII a.n.e. (Maia 2003a: 66-70; Maia y Silva 2004: 186-191; cf. Gomes 2012: 34-38).

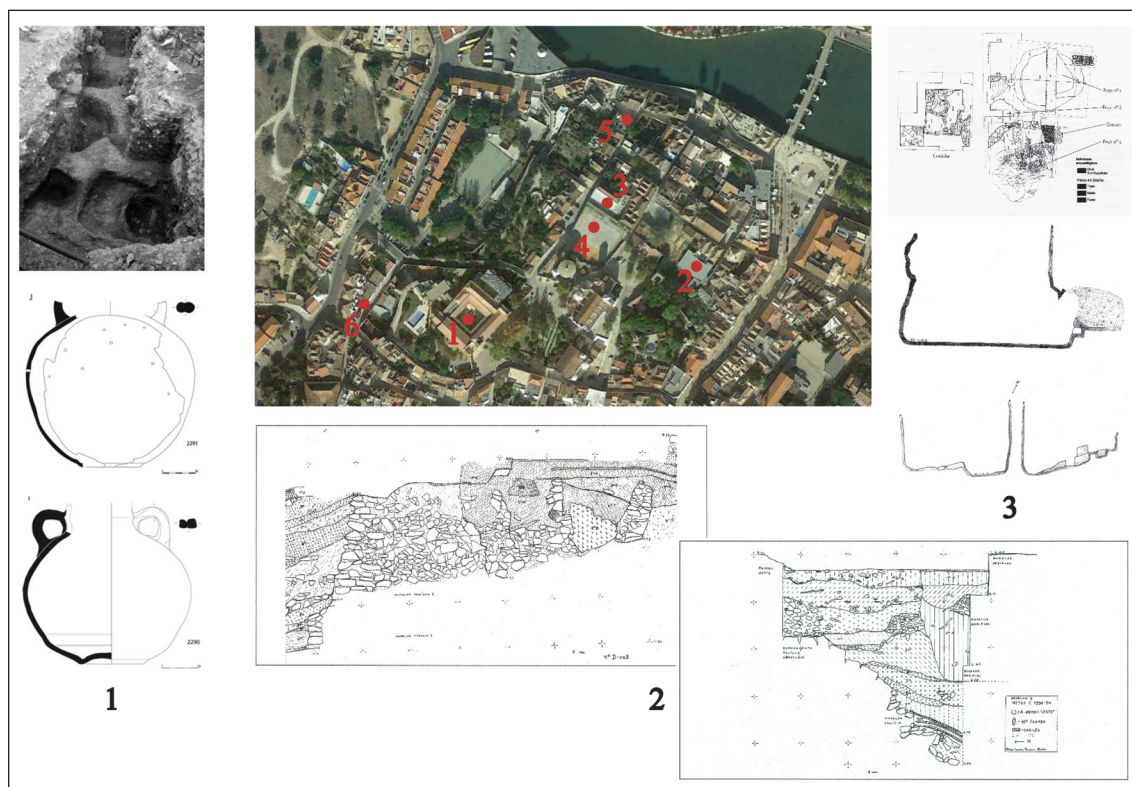


Fig. 5. Vista aérea de Tavira con indicación de las zonas en las que se detectaron vestigios de la I Edad del Hierro: 1) Convento da Graça (necrópolis) (según Arruda *et alii* 2008); 2) Netos (muralla fenicia) (según Maia 2000); 3) Palácio da Galeria (pozos élvotivos?) (según Maia 2003a); 4) Parque das Festas; 5 – Terreiro do Parguinho; 5 – Bela Fria.

En fechas más recientes, las excavaciones realizadas en la zona del Parque de Festas, lindante con el Palácio da Galeria, han permitido documentar nuevas estructuras negativas que, como hipótesis, se podrían relacionar con las realidades documentadas en el área del putativo santuario (Covaneiro y Cavaco 2017: 227). De momento, no se conocen más detalles sobre la configuración, distribución y contenido de dichas estructuras que permitan discutir su cronología y función.

Por último, no pueden dejar de citarse las intervenciones excavadas y publicadas más recientemente en el Convento da Graça, en el marco de las cuales se pudo identificar un sector de una necrópolis de cremación, en el que se han documentado dos tumbas en *busta* o fosa y dos enterramientos en urnas “Cruz del Negro” que pueden también fecharse en la segunda mitad del siglo VII a.n.e. (Arruda *et alii* 2008; Covaneiro y Cavaco 2017: 224-225).

Se conocen igualmente materiales relacionados con las ocupaciones de inicios de la Edad del Hierro en otras zonas del casco antiguo de la ciudad, en particular en la zona de Bela Fria, aunque desafortunadamente procedan de contextos secundarios (Covaneiro *et alii* 2012-2013).

Los elementos que conocemos respecto a la cultura material de Tavira durante este período, ya sea a nivel de la arquitectura, del repertorio cerámico o incluso de los bienes de prestigio (Maia 2000; 2003a; Maia y Silva 2004; Arruda *et alii* 2008; Covaneiro *et alii* 2016), parecen poner en evidencia la fuerte impronta fenicia en el yacimiento, que cabría quizás relacionar con una efectiva presencia de poblaciones de origen oriental, avalada además por el conocido *óstrakon* que demuestra la presencia de individuos conocedores de la lengua y la escritura fenicia en Tavira al menos en el siglo VII a.n.e. (Amadasi y Zamora 2008).

Por lo que respecta a Castro Marim, los datos son, una vez más, bien conocidos y se han presentado de forma detallada en múltiples ocasiones y plataformas (Arruda 1999-2000: 36-53; 2007; Arruda *et alii* 2007; 2017; Arruda y Freitas 2008; Arruda *et alii* 2009; 2013), así que en este contexto se recordará únicamente que, tras los horizontes comentados anteriormente (Oliveira 2012) y una mal conocida Fase II, interpretada como de transición a la Edad del Hierro (Oliveira 2012: 353-357; Arruda *et alii* 2017: 445-447), el yacimiento asiste a un importante desarrollo, con la plena introducción de una cultura material comparable a la de otros poblados coetáneos de la Baja Andalucía y del litoral portugués, marcada igualmente por una fuerte influencia fenicia (Arruda *et alii* 2017).

Destaca, en particular, la transformación arquitectónica del yacimiento (Fig. 6), que a partir del siglo VII a.n.e. cuenta también, al parecer, con una estructura defensiva dotada de casamatas o “cajones” y con una estructura interna ortogonal relativamente ordenada, que se restructurará a lo largo de los siglos siguientes (Arruda *et alii* 2007: 467-469; 2017: 447-452). Debe destacarse el hecho de que, en el sector excavado del yacimiento, dicha estructura parezca organizarse en torno a espacios a los que ha podido atribuirse una función religiosa (Arruda *et alii* 2009; cf. tb. Gomes 2012: 24-34), el más antiguo de los cuales, de la Fase III, presenta características arquitectónicas distintivas, como suelos de arcilla roja y de conchas, banquetas perimetrales o un altar (Arruda *et alii* 2017: 447-449; cf. tb. Gomes 2012: 25-28).

En este contexto no puede dejar de comentarse una interesante hipótesis recientemente avanzada por J. L. Escacena (2018) según la cual, y basándose en un patrón locativo que identifica también en otros puntos del suroeste peninsular, Ayamonte y Castro Marim podrían corresponder a un único modelo de ocupación del espacio en el que el primero correspondería al poblado y el segundo a su respectivo santuario (Escacena 2018: 145-147).

Dicha hipótesis resulta sin duda interesante, pero en el marco del modelo planteado a lo largo de esta contribución quizás se pueda matizar ligeramente. De hecho, si consideramos la posibilidad de que la fundación de Castro Marim responda a una iniciativa autóctona estimulada por la presencia fenicia, como antes se ha planteado, la implantación de un santuario en este yacimiento tendría que verse no ya como la expresión de un modelo territorial estrictamente fenicio, sino más bien como parte de un proceso bien conocido de fundación de santuarios que actúan como puestos avanzados en el establecimiento de relaciones comerciales, sociales y políticas entre los agentes fenicios y las comunidades locales (cf. Belén Deamos 2000a; 2000b; 2001; Arruda y Celestino 2009; Gomes 2012: 142-143).

En la misma cuenca del Guadiana contamos con un ejemplo fehaciente de este proceso, en el Castro dos Ratinhos, Moura (Berrocal-Rangel y Silva 2010), en una zona además muy alejada de los núcleos fenicios, por lo que no resulta para nada sorprendente que un proceso similar hubiera podido tener lugar en un contexto de interacción mucho más cercano.

Otra cuestión que no puede dejar de plantearse al hablar de la fase inicial de la Edad del Hierro en esta región es cómo evolucionó la relación entre los núcleos del Algarve y Ayamonte y, sobre todo, qué pasó con la población de esta última tras su abandono, que a tenor de los datos disponibles podría haberse



Fig. 6. Estructuras de la I Edad del Hierro documentadas en el Castillo de Castro Marim: A) Fase III (2ª mitad del siglo VII a.n.e.); B) Fase IV (siglo VI a.n.e.) (según Arruda *et alii* 2017).

producido a lo largo de la segunda mitad del siglo VII a.n.e. (García Teyssandier y Marzoli 2013; Pérez Macías *et alii* 2017; Cabaco Encinas *et alii* 2018; Marzoli y García Teyssandier 2019)

Desafortunadamente, los datos con que contamos son todavía demasiado escuetos, pero la posibilidad que se ha planteado de un traslado poblacional hacia Castro Marim, reflejado en una intensificación de la actividad constructiva en este poblado (Arruda *et alii* 2017: 464; Pérez Macías *et alii* 2017: 487), parece al menos plausible, sobre todo si consideramos el santuario antes citado como un enclave con una fuerte relación con la población fenicia de Ayamonte. Sin embargo, tampoco parece descabellada la posibilidad de que al menos parte de la población del núcleo fenicio de Ayamonte se haya trasladado a Tavira, yacimiento en el que, a pesar de la escasez de datos, también se intuyen reformulaciones del espacio urbano, con la reforma de la muralla, la aparición de un espacio religioso en la zona del Palacio da Galeria y de una área funeraria en el Convento da Graça (Maia 2000; 2003a; Maia y Silva 2004; Arruda *et alii* 2008; Coveneiro y Cavaco 2017: 223-231).

Lo cierto es que, a partir del siglo VII a.n.e., estos dos núcleos surgen como dos importantes centros urbanos perfectamente incorporados en la red fenicia y “orientalizante” regional, situación que se mantendrá a lo largo del siglo VI a.n.e., aunque sí se aprecien evidencias de nuevas reestructuraciones del espacio habitado, al menos en Castro Marim (Arruda *et alii* 2007; Arruda y Freitas 2008; Arruda *et alii* 2017).

Como se ha podido apreciar en las páginas precedentes, los datos relativos a los momentos iniciales de la Edad del Hierro se concentran de forma significativa en la porción oriental de la región, generando una de las peculiares asimetrías regionales a las que antes se ha hecho alusión. De hecho, sigue resultando difícil aceptar que la parte occidental del Algarve haya sido ignorada en el proceso de expansión hacia occidente de la red fenicia y de la *koiné* orientalizante, muy bien documentada además en otras zonas de la fachada occidental de la Península Ibérica más alejadas del Mediterráneo (Arruda 1999-2000).

Es posible que la publicación de nuevos datos recientemente identificados, como los referentes a los posibles horizontes de la I Edad del Hierro del yacimiento de Palmares, en la Bahía de Lagos, acaben por demostrar que esta asimetría es efectivamente el efecto de un sesgo en la investigación. Sin embargo, y por el momento, debe seguir registrándose esta particularidad regional, que en el marco de la hipótesis avanzada en las páginas anteriores quizá pudiera explicarse como resultado del poder de atracción y articulación de la colonia fenicia de Ayamonte.

4. LO VISIBLE Y LO INVISIBLE: LA (RE)ESTRUCTURACIÓN DE LAS COMUNIDADES RURALES DE LA EDAD DEL HIERRO EN EL INTERIOR DEL ALGARVE

La asimetría entre el oriente y el occidente del Algarve no es, sin embargo, la única que se aprecia de forma clara en la documentación arqueológica disponible sobre la I Edad del Hierro regional. De hecho, si el proceso de transición comentado en las páginas anteriores y la consolidación de las formaciones sociopolíticas de Castro Marim y Tavira tuvieron algún reflejo inmediato en el interior del Algarve (es decir, en el Barrocal y en la Sierra), hasta el momento dicho reflejo no se ha podido documentar de forma fehaciente.

En efecto, el siglo VII a.n.e. corresponde a un periodo de invisibilidad para las comunidades del interior de la región, fenómeno cuyas causas quedan por identificar de forma clara. Sin embargo, a partir del siglo VI a.n.e. se asiste a la reaparición de las comunidades de estas otras zonas del Algarve en el registro arqueológico. Su presencia se puede de hecho rastrear a través de una serie cada vez más expresiva de conjuntos funerarios distribuidos por áreas sublitorales, del Barrocal y de la Sierra (Fig. 4), que presentan características más o menos homogéneas (Parreira y Barros 2007; Gomes 2016: 404-417).

Entre los ejemplos mejor conocidos cabría señalar la necrópolis de Fonte Velha de Bensafrim, en Lagos (Veiga 2005 [1891]: 251-255 e Est. XXVII-XXIX; Rocha 1975 [1896]; Correia 1995-1997; Gomes 2020), y la de Cabeço da Vaca, en Alcoutim (Cardoso y Gradim 2006; 2008), a las que pueden sumarse otros ejemplos conocidos de forma más incompleta, como la de Corte de Père Jacques, en Aljezur (Viana *et alii*, 1953; Gomes 2021b), la de Gregórios, en Silves (Barros *et alii* 2005), y las de Alagoas (Botto 1899 28; Vasconcelos 1899-1900) y Ameixial (Franco y Viana 1945), ambas en Loulé.

Corresponden a necrópolis de inhumación en cista, de dimensión variable, pero en la mayoría de los casos reducida, cuyos ajuares son por lo general modestos, aunque se aprecie en algunos contextos cierta concentración de elementos de adorno exógenos, sobre todo cuentas de vidrio (Gomes 2020; 2021b). Destaca además el uso de la epigrafía en estos contextos funerarios (Correia 1995-1997), que da pie además a plantearse la existencia de una red todavía más densa de contextos similares, a tenor de la distribución de las estelas con inscripciones en Escritura del Suroeste en el territorio del Algarve (Barros *et alii* 2014).

Seguimos sin conocer los poblados correspondientes a estas necrópolis de cistas, pero sus características y dispersión territorial parecen apuntar a unas comunidades de naturaleza rural, dispersas por el territorio en núcleos con una escasa entidad poblacional, quizás organizadas, como sus congéneres del interior de Alentejo (Beirão 1986; Arruda 2001; Jiménez Ávila 2017), en redes heterárquicas. Este resurgimiento de las comunidades del interior del Algarve debe de hecho considerarse como parte de un fenómeno más amplio de reestructuración del interior sur portugués, con la emergencia de un ámbito rural eminentemente autónomo (Mataloto 2020).

Hasta cierto punto, se puede intuir que este fenómeno se encuentra íntimamente relacionado con la propia reestructuración (territorial, social y económica) de las redes “orientalizantes” del litoral a lo largo del siglo VI a.n.e., en ocasiones englobada en la llamada “crisis del siglo VI a.n.e.”. Sin embargo, y a tenor de los datos disponibles, la aparición de estas comunidades del interior del Algarve debe verse no como un proceso de colonización interna, sino más bien como un reflejo de la creciente estructuración de las poblaciones regionales, anteriormente dispersas por el territorio, quizás estimulada por unas nuevas relaciones económicas entre el litoral urbano y el interior rural.

Estas comunidades rurales del interior experimentan un importante desarrollo hasta el siglo V a.n.e., pero su dinámica interna parece agotarse hacia finales de ese siglo o inicios del siguiente. Curiosamente, es también este el momento en que, en el litoral, se asiste a la proliferación de núcleos poblacionales a lo largo del litoral cuyas características ponen en evidencia una clara relación con Cádiz y el mundo turdetano de la Baja Andalucía (Sousa y Arruda 2010), y es también el momento en el que, en algunas zonas, como el Bajo Gaudiana, sí parece apreciarse un proceso de colonización interna abocado a la exploración directa de los recursos de las zonas más alejadas de la costa (Freitas y Oliveira 2011). Sin embargo, esa es otra historia que se sale ya de los límites temáticos y cronológicos de esta contribución.

5. CONTACTOS, TRADICIONES Y (A)SIMETRÍAS: BREVES PALABRAS FINALES

Este breve repaso por la documentación disponible sobre las etapas iniciales del desarrollo de las comunidades de la Edad del Hierro en la región del Algarve ha permitido subrayar que, aunque la información disponible siga siendo escueta y muy desigual, los datos con los que sí contamos permiten plantear hipótesis coherentes de reconstrucción de los procesos históricos de dichas comunidades, que encajan además con la información que recientemente ha visto la luz en regiones vecinas.

En particular, se ha podido plantear la posibilidad de que los contactos entre las comunidades locales y las poblaciones orientales que a inicios del I milenio a.n.e. empezaron a frecuentar el litoral sur peninsular puede haber tenido un impacto más precoz de lo que se había intuido hasta el momento, desencadenando un proceso de reestructuración territorial que antecede el proceso de “orientalización” documentado en Castro Marim y en Tavira.

De hecho, parece evidente que las comunidades locales jugaron un papel determinante en la fundación de estos dos yacimientos que, sin embargo, en la hipótesis que se ha planteado en este trabajo, son desde sus momentos iniciales el producto de una sinergia entre tradiciones y agendas locales y una dinámica geopolítica generada por la presencia fenicia. Dicha sinergia explica la presencia de indicadores precoces de “orientalización” y la clara impronta oriental de la Edad del Hierro en ambos núcleos, que podría haberse reforzado tras el abandono de Ayamonte con el traslado de la población del asentamiento fenicio a estos poblados más occidentales.

Quizás esta estrecha relación con el mundo fenicio de la provincia de Huelva explique la concentración de este fenómeno a la porción oriental del Algarve, aunque la asimetría entre los desarrollos de esta parte de la región y su porción occidental sigan resultando intrigantes y difíciles de explicar. Quizás la publicación de nuevos datos actualmente en estudio permita demostrar que la misma resulta, más que nada, de un sesgo de la investigación.

Otra asimetría que sí resulta clara, y no parece producto de ningún espejismo historiográfico, es la que se aprecia entre el litoral y el interior del Algarve. El desarrollo social, político, económico y cultural de este último sigue siendo sumamente mal conocido, aunque los datos de que disponemos parecen apuntar a un modelo muy distinto del litoral, que además se desarrolla en fechas tardías. Sin embargo, nos siguen faltando los datos relativos al poblamiento y a los espacios domésticos y productivos para que podamos evaluar con propiedad las bases socioeconómicas y la naturaleza de las comunidades que ocuparon el Berrocal y la Sierra Algarvia durante la etapa inicial de la Edad del Hierro regional.

Por todo lo dicho, y a pesar de los importantes avances producidos por la investigación en las últimas décadas, sigue siendo necesaria una importante inversión en la investigación sobre dicha etapa. Solo así se podrán confirmar, desmentir o matizar las hipótesis que se han planteado hasta el momento, incluidas las que se han podido presentar en esta modesta reflexión.

BIBLIOGRAFÍA

- AMADASI GUZZO, M. G. Y ZAMORA LÓPEZ, J. Á. 2008: “Un ostrakon phénicien de Tavira”, *Vicino Oriente*, XIV: 231-240.
- ARRUDA, A. M. 1999-2000: *Los Fenicios en Portugal. Fenicios y mundo indígena en el centro y sur de Portugal (siglos VIII-VI a.C.)*, Barcelona.
- ARRUDA, A. M., CARRETERO POBLETE, P. A., FREITAS, V. T. DE, SOUSA, E., BARGÃO, P., LOURENÇO, P. Y OLIVEIRA, C. F. 2009: “Castro Marim: un santuario en la desembocadura del Guadiana”, en Mateos Cruz, P., Celestino Pérez, S., Pizzo, A. y Tortosa, T. (eds.), *Santuarios, oppida y ciudades: arquitectura sacra en el origen y desarrollo urbano del Mediterráneo Occidental*, Anejos del Archivo Español de Arqueología, XLV, Madrid: 79-88.
- ARRUDA, A. M. Y CELESTINO PÉREZ, S. 2009: “Arquitectura Religiosa en Tartessos”, en Mateos Cruz, P., Celestino Pérez, S., Pizzo, A. y Tortosa, T. (eds.), *Santuarios, oppida y ciudades: arquitectura sacra en el origen y desarrollo urbano del Mediterráneo Occidental*, Anejos del Archivo Español de Arqueología, XLV, Madrid: 29-77.

- ARRUDA, A. M., COVANEIRO, J. Y CAVACO, S. 2008: "A Necrópole da Idade do Ferro do Convento da Graça, Tavira", *Xelb*, 8: 117-135.
- ARRUDA, A. M. Y FREITAS, V. T. 2008: "O Castelo de Castro Marim durante os séculos VI e V a.n.e.", en Jiménez Ávila, J. (ed.), *Sidereum Ana I: El río Guadiana en Época Post-Orientalizante*, Anejos del Archivo Español de Arqueología, XLVI, Madrid: 429-446.
- ARRUDA, A. M., FREITAS, V. T. DE Y OLIVEIRA, C. F. 2007: "Os Fenícios e a urbanização no Extremo Ocidente: o caso de Castro Marim", en López Castro, J. L. (ed.), *Las ciudades feniciopúnicas en el Mediterráneo Occidental*, Madrid: 459-482.
- ARRUDA, A. M., OLIVEIRA, C. F. Y FREITAS, V. T. DE 2017: "Castro Marim entre indígenas, Fenícios e Tartéssicos", en Jiménez Ávila, J. (ed.), *Sidereum Ana III. El río Guadiana y Tartessos*, Serie Compacta, 1, Mérida: 443-466.
- ARRUDA, A. M., SOARES, A. M., FREITAS, V. T., OLIVEIRA, C. F., MARTINS, J. Y PORTELA, P. 2013: "A cronologia relativa e absoluta da ocupação sidérica do Castelo de Castro Marim", *Saguntum*, 45: 101-114.
- ARRUDA, A. M., SOUSA, E. DE, PEREIRA, C. Y LOURENÇO, P. 2011: "Monte Molião: um sítio púnico-gaditano no Algarve (Portugal)", *Conimbriga*, L: 5-32.
- ARRUDA, A. M., SOUSA, E. DE, PIMENTA, J., SOARES, R. Y MENDES, H. 2017: "Fenícios y indígenas em contacto no Estuário do Tejo", *Ophiussa*, 1: 79-90.
- BARROS, P., BRANCO, G., DUARTE, C. Y CORREIA, J. 2008: "A cista dos Gregórios (Silves)", *Xelb*, 5: 41-52.
- BARROS, P., MELRO, S. Y ESTRELA, S. 2014: "As estelas com escrita do Sudoeste do concelho de Loulé", *Al-Ulyã*, 14: 7-23.
- BEIRÃO, C. DE M. 1972: "Cinco aspectos da Idade do Bronze e da sua transição para a Idade do Ferro no Sul do país", en *Actas das II Jornadas Arqueológicas da Associação dos Arqueólogos Portugueses*, Lisboa: 193-221.
- BEIRÃO, C. DE M. 1986: *Une Civilisation Protohistorique du Sud du Portugal (Ier Âge du Fer)*, Paris.
- BELÉN DEAMOS, M. 2000a: "Santuarios fenicios y comercio en Tartessos", en Fernández Uriel, P., González Wagner, C. y López Pardo, F. (eds.), *Intercambio y Comercio Preclásico en el Mediterráneo. Actas del I Coloquio del CEFYP*, Madrid: 293-312.
- BELÉN, M. 2000b: "Itinerarios arqueológicos por la geografía sagrada del Extremo Occidente", en Fernández Gómez, J. y Costa Ribas, B. (coords.), *Santuarios fenicio-púnicos en Iberia y su influencia en los cultos indígenas. Actas de las XIV Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica*, Ibiza: 57-102.
- BELÉN DEAMOS, M. 2001: "Arquitectura Religiosa Orientalizante en el Bajo Guadalquivir", en Ruiz Mata, D. y Celestino Pérez, S. (coords.), *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid: 1-16.
- BERROCAL-RANGEL, L. Y SILVA, A. C. 2010: *O Castro dos Ratinhos (Barragem do Alqueva, Moura). Escavações num povoado proto-histórico do Guadiana, 2004-2007*, Lisboa.
- BOTTO, J. 1899: *Glossario critico dos principaes monumentos do Museu Archeologico Infante D. Henrique*, Faro.
- CABACO ENCINAS, B. Y PÉREZ MACÍAS, A. 2018: "The discovery of the Phoenician settlement at Ayamonte (Huelva)", en Botto, M. (ed.), *De Huelva a Malaka. Los fenicios en Andalucía a la luz de los descubrimientos más recientes*, Roma: 273-284.
- CARDOSO, J. L. 2004a: "Uma tumulação do final do Bronze Final/inícios da Idade do Ferro no sul de Portugal: a tholos do Cerro do Malhanito (Alcoutim)", en Vilaça, R. y Lopes, M.^a C. (coords.), *O Passado em Cena: Narrativas e Fragmentos. Miscelânea Oferecida a Jorge de Alarcão*, Coimbra: 193-223.
- CARDOSO, J. L. Y GRADIM, A. 2006: "A Necrópole da Idade do Ferro de Cabeço da Vaca (Alcoutim)", *Xelb*, 6: 203-226.
- CARDOSO, J. L. Y GRADIM, A. 2008: "O núcleo II da necrópole da Idade do Ferro de Cabeço de Vaca (Alcoutim)", *Xelb*, 8: 103-115.
- CELESTINO PÉREZ, S. 2001: *Estelas de guerrero y estelas diademadas: la precolonización y formación del mundo tartésico*, Barcelona.

- CORREIA, V. H. 1995-1997: “A epigrafia pré-latina de Bensafrim”, *O Arqueólogo Português*, S. IV(13-15): 181-209.
- CORREIA, V. H. 2006: “Peitoral de ouro proveniente de Castro Marim”, *O Arqueólogo Português*, S. IV(24): 321-337.
- COVANEIRO, J. Y CAVACO, S. 2017: “Evolução do espaço urbano da cidade de Tavira”, *Scientia Antiquitatis*, 1(2): 219-241.
- COVANEIRO, J., CAVACO, S., BEHRENDT, S., MIELKE, D. P. Y MECKING, O. 2016: “Archäometrische Untersuchungen phönizischer Keramik aus Tavira (Portugal)”, *Madrider Mitteilungen*, 57: 212-244.
- COVANEIRO, J., CAVACO, S. Y FREITA, V. T. 2012-2013: “Materiais cerâmicos pré-romanos provenientes do sítio da Bela Fria (Tavira)”, *Promontoria*, 10: 195-216.
- DÍAZ-GUARDAMINO URIBE, M. 2010: *Las estelas decoradas en la prehistoria de la Península Ibérica*. Tese doctoral presentada a la Universidad Complutense de Madrid.
- ESCACENA CARRASCO, J. L. 2018: “Huelva-Aljaraque y el patrón poblacional fenicio de la costa tartésica”, en Campos Jara, P. (ed.), *Arqueología y territorio en la provincia de Huelva: veinte años de las Jornadas de Aljaraque (1998-2017)*, Huelva: 137-177.
- FRANCO, M. L. Y VIANA, A. 1945: “O espólio arqueológico de José Rosa Madeira”, *Brotéria*, 41-5: 386-419.
- FREITAS, V. T. DE Y OLIVEIRA, C. 2011: “A Idade do Ferro no Baixo Guadiana”, en Morín, J., Urbina, D. y Bicho, N. F. (eds.), *As Idades do Bronze e do Ferro na Península Ibérica. Actas do IV Congresso de Arqueologia Península*, Faro: 409-418.
- GARCÍA TEYSSANDIER, E. Y MARZOLI, D. 2003: «Phönizische Gräber in Ayamonte (Huelva, Spanien): Ein Vorbericht», *Madrider Mitteilungen*, 54: 89-158.
- GENER BASALLOTE, J. M.^a, NAVARRO GARCÍA, M. Á., PAJUELO SÁEZ, J.-M., TORRES ORTIZ, M. Y LÓPEZ ROSENDO, E. 2014: “Arquitectura y urbanismo de la Gadir fenicia: el yacimiento del «Teatro Cómico» de Cádiz”, en Botto, M. (ed.), *Los Fenicios en la Bahía de Cádiz*, Roma: 14-50.
- GOMES, F. B. 2012: *Aspectos do Sagrado na Colonização Fenícia*, Lisboa.
- GOMES, F. B. 2016: *Contactos culturais e discursos identitários na I Idade do Ferro (séculos VIII-V a.n.e.): leituras a partir do registo funerário*. Tesis doctoral presentada a la Universidad de Lisboa.
- GOMES, F. B. 2020: “O conjunto vítreo da necrópole da I Idade do Ferro de Fonte Velha de Bensafrim (Lagos, Portugal)”, *Ophiussa*, 4: 71-116.
- GOMES, F. B. 2021a: “Funerary practices in the Southern Portuguese Late Bronze Age: a critical overview, twenty years later”, en Marcigny, C. y Mordant, C. (eds.), *Bronze 2019: 20 ans de recherches*, Bayeux: 477-485.
- GOMES, F. B. 2021b: “El vidrio prerromano en el Algarve (Portugal): el conjunto de la tumba de Corte de Père Jacques (Aljezur) en su contexto regional”, *Onoba*, 9: 93-108.
- GOMES, M. V. 2011: “Fragmento de Espada, da Idade do Bronze Final, do Medo do Espartal (Aljezur)”, *Al-Rihana*, 5: 163-172.
- GOMES, M. V. Y CALADO, D. 2007: “Conjunto de cerâmicas da gruta da Ladroeira Grande (Moncarapacho, Olhão, Algarve) e os santuários subterrâneos, da Idade do Bronze Final, no Sul de Portugal”, *Revista Portuguesa de Arqueologia*, 10-1: 141-158.
- GONÇALVES, V. S. (1979): “A Carta Arqueológica do Algarve. Estratégia e Perspectivas”, *Clio*, 1: 99-115.
- GONZÁLEZ DE CANALES CERISOLA, F., L. SERRANO PICHARDO Y LLOMPART GÓMEZ, J. 2004. *El emporio fenicio precolonial de Huelva (ca. 900-770 a.C.)*, Madrid.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. (ed.) 2017: *Sidereum Ana III. El río Guadiana y Tartessos*, Serie Compacta, 1, Mérida.
- MAIA, M. 2000: “Tavira fenícia. O território para Ocidente do Guadiana, nos inícios do I milénio a.C.”, en González Prats, A. (ed.), *Fenícios y Territorio. Actas del II Seminario Internacional sobre Temas Fenícios*, Alicante: 121-150.
- MAIA, M. 2003a: “Fenícios em Tavira”, en AA.VV., *Tavira: Território e Poder*, Lisboa: 57-72.
- MAIA, M. 2003b: “O Bronze Final pré-fenicio de Tavira”, en AA.VV., *Tavira: Território e Poder*, Lisboa: 39-47.
- MAIA, M. 2007: “A pesca, a actividade conserveira e as ânforas de Tavira”, en *História de la Pesca en el Ámbito del Estrecho*, Puerto de Santa Maria: 459-487.

- MAIA, M. Y GÓMEZ TOSCANO, F. 2012: “Um achado da Idade do Bronze em Tavira”, en Jiménez Ávila, J. (coord.), *Sidereum Ana II: El Río Guadiana en el Bronce Final*, Archivo Español de Arqueología, LXII, Madrid: 327-344.
- MAIA, M. ^a Y SILVA, L. 2004: “O culto a BAAL em Tavira”, *Huelva Arqueológica*, 20: 171-194.
- MARZOLI, D. Y GARCÍA TEYSSANDIER, E. 2019: *La necrópolis fenicia de Ayamonte (Huelva): memoria de la excavación del año 2013, estudios previos y complementarios*, Sevilla.
- MARZOLI, D., LÓPEZ PARDO, F., SUÁREZ PADILLA, J., WAGNER, C. G., MIELKE, D. P., LEÓN MARTÍN, C., RUIZ CABRERO, L. A., THIEMEYER, H. Y TORRES ORTIZ, M. 2010: “Los inicios del urbanismo en las sociedades autóctonas localizadas en el entorno del estrecho de Gibraltar: investigaciones en los Castillejos de Alcorrín y su territorio (Manilva, Málaga)”, *Menga*, 1: 153-183.
- MARZOLI, D., SUÁREZ PADILLA, J. Y LEÓN MARTÍN, C. 2020: “Los Castillejos de Alcorrín (Manilva, Málaga): la envergadura de una empresa autóctona en la esfera de la colonización fenicia en las proximidades del Estrecho de Gibraltar”, en Celestino Pérez, S. y Rodríguez González, E. (eds.), *Un viaje entre el Oriente y el Occidente del Mediterráneo*, Mytra, 5, vol. IV, Mérida: 1591-1602.
- MATALOTO, R. 2020: “Rural “devolution”: the emergence of countryside in the inner Alentejo (Southern Portugal) in the early Iron Age”, *Revista Portuguesa de Arqueologia*, 23: 31-49.
- MENDES, H. Y PIMENTA, J. 2007: “O povoado do Bronze Final e Idade do Ferro do Vale de Santa Sofia, em Vila Franca de Xira”, en *Conhecer o Património de Vila Franca de Xira. Perspectivas de Gestão de Bens Culturais*, Vila Franca de Xira: 145-151.
- OLIVEIRA, C. F. 2012: “O Castelo de Castro Marim durante a etapa final da Idade do Bronze”, en Jiménez Ávila, J. (coord.), *Sidereum Ana II: El Río Guadiana en el Bronce Final*, Archivo Español de Arqueología, LXII, Madrid: 345-362.
- OLIVEIRA, C. F. 2013: “O final da Idade do Brone no Algarve: balanço e resultados da investigação arqueológica”, *Estudos Arqueológicos de Oeiras*, 20: 339-356.
- PARREIRA, R. Y BARROS, P. 2007. “Necrópoles do Algarve no 2.º e 1.º milénio a.n.e.”, *Xelb.*, 7: 89-102.
- PÉREZ MACÍAS, A., CABACO ENCINAS, B. Y GARCÍA TEYSSANDIER, E. 2017: “Primer avance sobre el asentamiento fenicio de Ayamonte (Huelva)”, en Jiménez Ávila, J. (ed.), *Sidereum Ana III. El río Guadiana y Tartessos*, Serie Compacta, 1, Mérida: 467-492.
- PIMENTA, J., SOARES, A. M. M. Y MENDES, H. 2013: “Cronologia Absoluta para o Povoado Pré-Romano de Santa Sofia (Vila Franca de Xira)”, *Cira-Arqueologia*, 2: 181-194.
- ROCHA, A. DOS S. 1975 [1896]: “A necrópole proto-histórica da Fonte Velha, em Bensafrim”, en *Memórias e Explorações Arqueológicas. Volume 3: Memórias sobre a Antiguidade*, Coimbra: 127-141.
- SÁNCHEZ SÁNCHEZ-MORENO, V.-M., GALINDO SAN JOSÉ, L., JUZGADO NAVARRO, M. Y BELMONTE MARÍN, J.-A. 2018: “La Rebanadilla, santuario litoral fenicio en el sur de la Península Ibérica”, en Botto, M. (ed.), *De Huelva a Malaka. Los fenicios en Andalucía a la luz de los descubrimientos más recientes*, Roma: 305-324.
- SOARES, J. Y SILVA, C. T. DA 1986: “Ocupação pré-romana de Setúbal: escavações arqueológicas na Travessa dos Apóstolos”, en *Actas do I Encontro de Arqueologia Urbana*, Lisboa: 87-101.
- SOUSA, E. 2016: “Algumas considerações sobre a ocupação do final da Idade do Bronze na Península de Lisboa”, en SOUSA, A. C., CARVALHO, A. Y VIEGAS, C. (eds.), *Terra e Água. Escolher sementes, invocar a Deusa. Estudos em homenagem a Victor S. Gonçalves*, Lisboa: 387-402.
- SOUSA, E. Y ARRUDA, A. M. 2010: “A gaditanização do Algarve”, *Mainaké*, XXXII(II): 951-974.
- VASCONCELOS, J. L. DE 1899-1900: “Novas inscrições ibéricas do Sul de Portugal. 2. Inscrição de Salir”, *O Archeólogo Português*, 1(V): 40-42.
- VASCONCELOS, J. L. DE 1919-1920: “Estudos sobre a epoca do ferro em Portugal”, *O Archeólogo Português*, 1(XXIV): 99-107.
- VEIGA, S. P. M. E. 2005 [1891]: *Antiguidades Monumentaes do Algarve, Volume 4*, Faro.
- VIANA, A., FORMOSINHO, J. Y FERREIRA, O. DA V. 1953: “De lo prerromano a lo árabe en el museo regional de Lagos”, *Archivo Español de Arqueología*, 26: 113-138.

ENTRE DOIS MARES E UM RIO: A MARGEM ESQUERDA DA FOZ DO TEJO (ALMADA, PORTUGAL) NO ÂMBITO DAS DINÂMICAS DO 1º MILÉNIO A.N.E. NA REGIÃO

ANA OLAIO*

RESUMO

O presente trabalho analisa os dados sobre a ocupação do Bronze Final e inícios da Idade do Ferro na margem esquerda da Foz do Tejo (Almada, Portugal), enquadrando-os nas dinâmicas da região e do Sul da Península Ibérica durante estes períodos.

PALAVRAS CHAVE

Bronze Final, Idade do Ferro, Fenícios, Estuário do Tejo.

ABSTRACT

This work aims to analyze the data concerning the Late Bronze Age and Early Iron Age occupation on the left bank of Tagus's mouth (Almada, Portugal), framing it on the region and on the south of the Iberian Peninsula dynamics during these periods.

KEY WORDS

Late Bronze Age, Iron Age, Phoenicians, Tagus Estuary.

1. INTRODUÇÃO

As profundas transformações a que o sul da Península Ibérica assiste nos inícios do 1º milénio a.n.e., que se reflectem na emergência de um novo sistema económico-productivo, estruturas sociais e identidades culturais, revelam, se observadas em detalhe, intensidades, ritmos e características bastante diferenciadas. Não obstante, e embora sejam unanimemente reconhecidas estas especificidades regionais e até locais,

* Uniarq - Centro de Arqueologia da Universidade de Lisboa, Faculdade de Letras da Universidade de Lisboa. Trabalho realizado no âmbito do projecto de doutoramento financiado pela Fundação para a Ciência e a Tecnologia (SFRH/BD/146563/2019). anaolaio@gmail.com

globalmente sobressai a presença de uma matriz comum, marcada por uma notável homogeneidade cultural que não parece evidenciar-se em etapas precedentes.

Na Foz do Tejo, estas alterações são perceptíveis desde, pelo menos, o século VIII a.n.e. (Arruda 2005; Pimenta *et alii* 2013; 2014; Sousa e Arruda 2018). A partir de então forma-se um “admirável mundo novo” que se encontra genericamente consolidado no século VII a.n.e., quando um conjunto de elementos, da cultura material aos modos de habitar e produzir, estão consideravelmente enraizados. A existência de contactos trans-regionais desde o Bronze Final, momento em que o Mediterrâneo já não era um mundo distante para esta região, afigura-se, entre outros factores, fundamental para compreender este rápido conjunto de mudanças, bem como a considerável autonomia que a Foz do Tejo atinge logo na primeira metade do 1º milénio a.n.e.

São estas dinâmicas, que decorrem entre os séculos X/IX e os inícios do 1º milénio a.n.e., que nos propomos a analisar neste texto, evidenciando particularmente os dados conhecidos para a margem esquerda da Foz do Tejo – o actual território de Almada (Portugal).

2. ENTRE DOIS MARES E UM RIO

O território da margem esquerda da Foz do Tejo apresenta uma configuração bastante diferente da margem direita, onde se situa Lisboa (Fig. 1). Desde logo, ostenta três frentes distintas: uma a oeste, a Atlântica; outra a norte, composta por uma extensa arriba que confronta com o rio Tejo, pontualmente rasgada por ribeiros que se prolongam para o interior do território através de vales encaixados na arriba; e uma a este, onde se encontra com o denominado “Mar da Palha”, um pequeno golfão interior de águas profundas que se prolonga em diversos pequenos esteiros que rasgam a margem esquerda do Tejo. No geral, este território é menos acidentado que a margem oposta, sendo composto por um conjunto de vales suaves e linhas de água que facilitariam a circulação. Esta configuração terá tido um papel decisivo, não apenas na exploração, como na articulação de todo o território, possivelmente até à zona da Arrábida e do Sado.

Terá sido igualmente decisiva a posição privilegiada desta área na trajectória de acesso às rotas atlânticas e mediterrâneas e, através do Tejo, na ligação ao interior, rico em minério, destacando-se a bem conhecida concentração de estanho e ouro das Beiras e Extremadura espanhola.

Este era um território rico em recursos, com solos férteis nas encostas sobre a arriba do Tejo e antigos barreiros de argila na frente ribeirinha norte, estando igualmente bem documentada a recolha de ouro de aluvião do Tejo em Almada, bem como a sua exploração na mina da Adiça, localizada na frente atlântica desta margem esquerda, até períodos recentes (Cardoso 2015: 155).

A existência deste amplo território, fértil e rico em recursos, recortado por vales e linhas de água que facilitariam a circulação, terá sido determinante na estruturação da ocupação, circulação e, subsequentemente, na sua exploração durante o 1º milénio a.n.e.

3. A OCUPAÇÃO DO BRONZE FINAL NA MARGEM ESQUERDA DA FOZ DO TEJO

O conhecimento sobre o Bronze Final na margem esquerda do Tejo é bastante inferior ao que existe para a área a norte do rio, situação que se deve, em grande medida, a assimetrias de investigação entre as duas margens. Não existe, para a margem esquerda, um levantamento exaustivo do território, sendo os sítios arqueológicos conhecidos resultado de identificações fortuitas ou decorrentes de processos de

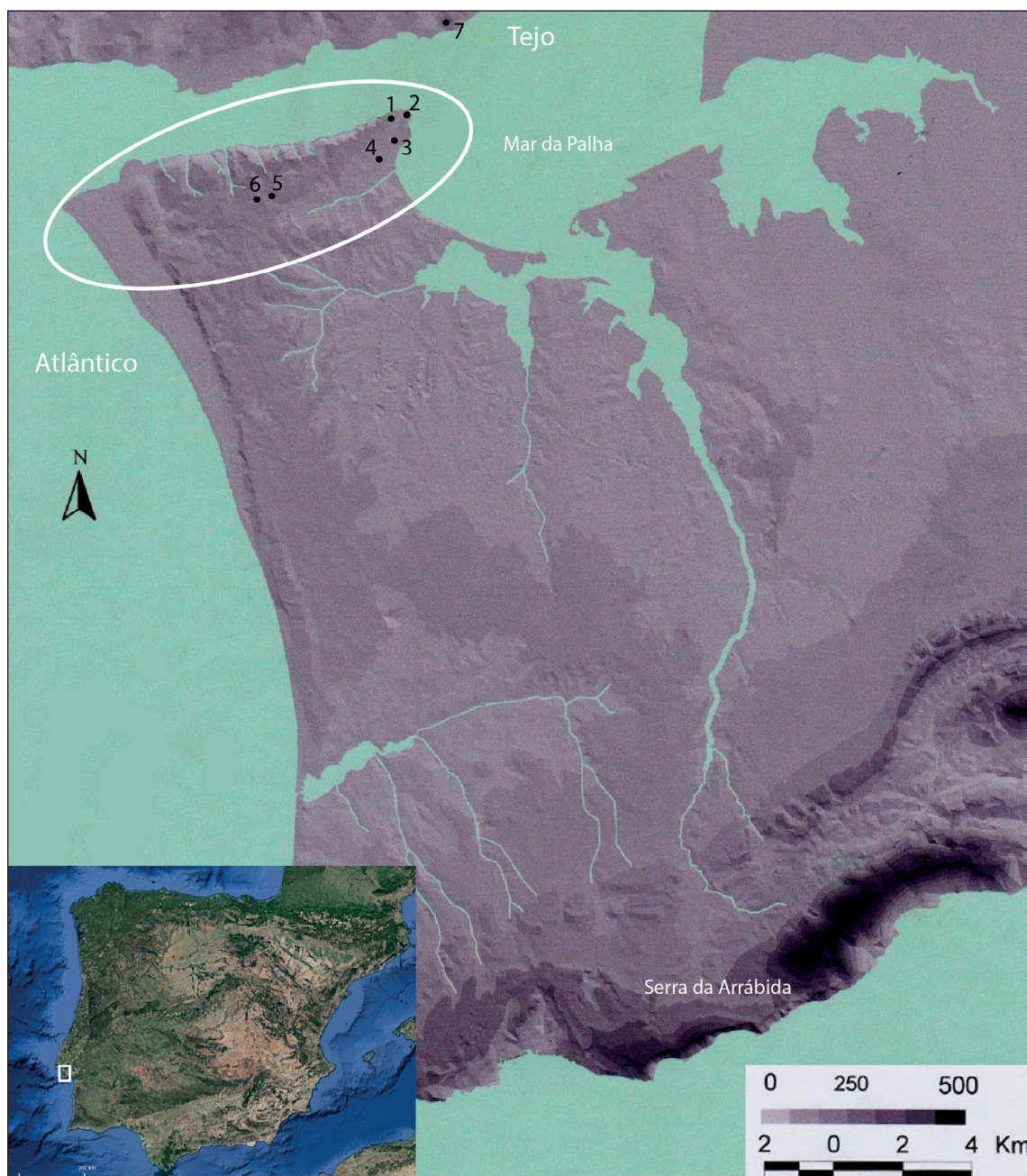


Fig. 1. Principais sítios do Bronze Final e Idade do Ferro mencionados em texto (1: Quinta do Almaraz; 2: Cacilhas; 3: Rua Manuel Febrero/Pedrada; 4: Quinta do Marcelo; 5: Quinta do Facho; 6: Quinta do Percevejo; 7: Colina do Castelo-Lisboa) (adaptado de Oliveira 2008).

construção das últimas décadas do século XX. Por outro lado, não se desenvolveram programas de investigação que permitissem identificar e caracterizar devidamente a ocupação proto-histórica do território. Não obstante, são conhecidas ocupações integráveis nestas etapas finais da Idade do Bronze, localizadas em cotas baixas, sem condições naturais de defesa ou preocupações de visibilidade sobre o território, mas com fácil acesso a linhas de água e em áreas férteis. É o caso da Quinta do Percevejo e da Quinta do Marcelo, que nos merecem aqui algum detalhe de análise.

A Quinta do Percevejo (Fig. 1) foi identificada em 1990 no decorrer de uma intervenção de emergência realizada no âmbito da requalificação de uma rede viária (Barros e Espírito Santo 1991). Localiza-se na arribas do Tejo, em terrenos miocénicos com excelentes condições agrícolas, numa área com pendente suave em direcção a sul. Não se conhece, infelizmente, qualquer dado relativo à arquitectura ou outro tipo de estrutura que permita compreender as características ou extensão desta ocupação, estando apenas documentada a identificação de uma “bolsa” (*idem, ibidem*).

A escavação do enchimento desta estrutura negativa proporcionou um escasso conjunto cerâmico, dois pesos (de rede ou tear) em argila e uma lasca em sílex (*idem, ibidem*). Destaca-se a ausência de taças carenadas finas e a assinalável presença de recipientes fechados de colo alto, um dos quais com uma decoração em ornatos brunidos imediatamente acima da carena (Fig. 2). Este elemento é compatível com a datação por radiocarbono conhecida para o sítio, resultante de amostras provenientes da referida estrutura negativa, que sugere uma ocupação situável nos séculos XI/X cal BC (Barros 2000). Não existem referências a uma substancial recolha de fauna ou de qualquer outro artefacto além do conjunto cerâmico, o que impede comentários mais desenvolvidos sobre esta ocupação.

A Quinta do Marcelo (Fig. 1) foi identificada em 1985 e escavada no ano seguinte, no âmbito dos trabalhos de construção de uma escola (Barros 2000). Localiza-se igualmente em terrenos miocénicos com boas condições agrícolas, exposição a sul e cotas baixas, sem qualquer evidência de uma preocupação defensiva. No âmbito das escavações identificaram-se duas “bolsas”, cujas cronologias por radiocarbono apresentam um intervalo ligeiramente distinto: séculos X/IX cal BC para a bolsa 1 e séculos IX/VIII cal BC para a bolsa 2 (*idem, ibidem*). A referência a duas “estruturas de combustão” no interior da bolsa 2 (*idem, ibidem*) coloca dúvidas quanto ao que foi interpretado, pelo autor, como “bolsa”.

Não obstante a falta de outros indícios relacionados com a ocupação do sítio, o que não nos permite ter certezas relativamente ao carácter da ocupação ou à sua extensão, este foi interpretado como um acampamento sazonal dedicado à exploração “de ouro nas margens do Tejo” (Barros 2000). Como elemento de suporte a esta hipótese é apontada, por um lado, a identificação de um coador, interpretado como recipiente de copelação de prata e/ou ouro (*idem, ibidem*); e, por outro, a presença de “restos metálicos” de mercúrio e ouro no interior de uma taça (*idem, ibidem*). Além destes, nenhum outro vestígio de produção metalúrgica é conhecido, o que nos leva a tecer alguns comentários sobre a mencionada funcionalidade.

Antes de mais, deve referir-se que não é conhecido o contexto de proveniência de qualquer um dos objectos referidos. Por outro lado, assumindo que estamos perante contextos de lixeira, do mesmo modo que foram identificados elementos relacionados com a pesca e moagem, nomeadamente pesos de chumbo, mó e percutores (Barros 2000), seria natural identificar elementos que atestassem a produção metalúrgica – que, como já referimos, não foram detectados, tal como não se documentaram objectos em ouro ou prata.

Na realidade, a associação do referido coador à copelação de prata é proposta unicamente com base no estabelecimento de paralelos com artefactos de Huelva (Barros 2000; Cardoso 2004: 199). Porém, no caso de Huelva, foram assumidas outras possíveis funções para estes recipientes, designadamente associadas à culinária, “concretamente como queseros, lo cual no es extraño en aquéllos que presentan base o pié” (Ruiz Mata e Fernández Jurado 1986: 259) – sendo, de resto, bem conhecidas da literatura arqueológica as várias possíveis funções dos vasos perfurados.

Relativamente à identificação de mercúrio e ouro no interior de uma taça, embora seja referida a realização de uma análise em laboratório (Barros 2000), esta nunca foi devidamente publicada, não sendo,

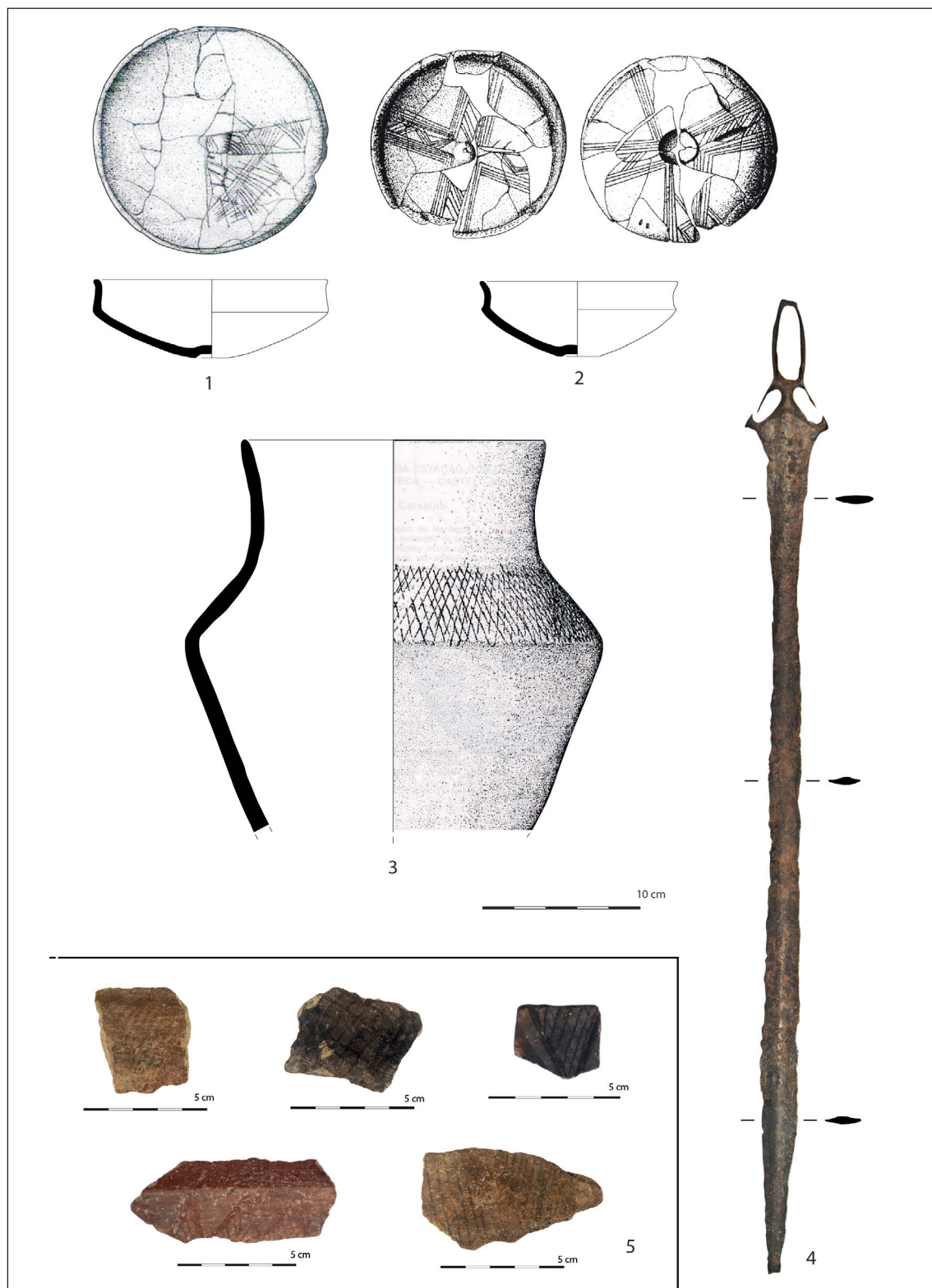


Fig. 2. Ornatos brunidos identificados em sítios da margem esquerda da Foz do Tejo (1 e 2: Quinta do Marcelo; 3: Quinta do Percevejo; 5: Quinta do Almaraz) e espada tipo Huelva recolhida em Cacilhas (4).

além do mais, apresentado qualquer elemento sobre esta, que é apenas referida muito sumariamente em texto.

Embora fosse tentador assumir uma produção metalúrgica na Quinta do Marcelo, que demonstraria uma continuidade desta actividade, na margem esquerda, entre as etapas finais da Idade do Bronze e a Idade do Ferro - recorde-se, a este respeito, que análises recentes ao amplo conjunto de Almaraz permitiram evidenciar a importância da produção de prata e ouro no povoado (vide *infra*) –, parece-nos que a associação inequívoca daquele sítio a actividades metalúrgicas deve, por ora, ser matizada, uma vez que os dados que possuímos para a comprovar são, na nossa perspectiva, relativamente frágeis.

Não podemos ignorar, contudo, a excepcionalidade de um conjunto de artefactos identificados na Quinta do Marcelo. Muito embora não seja inteiramente conhecido, com base nas referências existentes é possível compreender que, da “bolsa 1” resultou um conjunto artefactual relativamente limitado - destacando-se, no entanto, a referência a uma faca em bronze (Barros 2000). Da “bolsa 2” foram recolhidas as já conhecidas fíbulas de cotovelo e dupla mola, um conjunto de três facas de ferro e um peso de rede em chumbo (Cardoso 2004: 207). Encontram-se também documentadas duas “lâminas em bronze encontradas sobrepostas” (Barros 2000: 44) que, contudo, não são referidas no texto relativo ao sítio (e, por essa razão, se desconhece o contexto de recolha). Por fim, deve ser evidenciada a recolha de uma conta em âmbar, cuja recente análise permitiu identificar uma clara origem Báltica (Murillo-Barroso *et alii* 2018: 18).

A presença destes artefactos deve ser considerada, como outros autores já o fizeram, no contexto das rotas trans-regionais que, na Foz do Tejo, parecem assumir particular relevância nos momentos finais da Idade do Bronze (Vilaça e Arruda 2004). Embora estejamos perante conjuntos reduzidos de artefactos exógenos, aparentemente resultado de contactos ocasionais (i.e., não programados e contínuos), estes não devem deixar de ser valorizados no contexto do início de uma integração de novos hábitos e gostos mediterrâneos (Arruda 2008: 360). A par de outros elementos, como a integração de padrões metrológicos do Mediterrâneo Oriental na região, que testemunham “a assimilação de determinados sistemas de abstracção e de racionalização” (Vilaça 2011: 159, 161), a presença destes objectos, considerando as implicações que lhes estão subjacentes, parece-nos fundamental para compreender o aparentemente rápido processo de transformação que se verifica nos séculos seguintes. Deve ainda salientar-se que, no período coetâneo da cronologia da bolsa 2, a presença fenícia no sul da Península Ibérica já está bem documentada (González de Canales *et alii* 2004; Sánchez-Moreno *et alii* 2020; Torres Ortiz *et alii* 2020).

Além dos artefactos mencionados foi recolhido um *tranchet* em bronze, valorizado num trabalho de R. Vilaça (2008-2009) e mais tarde analisado por P. Valério (2012), autor que refere tratar-se de uma recolha superficial e identifica uma metalurgia caracteristicamente “indígena” de bronzes binários (*idem*: 83-84). Os *tranchets*, invulgares em contextos litorais, são típicos do centro do território português e Extremadura ocidental (Vilaça 2008-2009: Fig.1) e, embora surjam com alguma frequência em sítios onde se verifica a presença elementos mediterrâneos (*idem*: 73), são reveladores de uma ligação com áreas interiores do território.

Por fim, cabe recordar que a presença de ornatos brunidos (Fig. 2), nomeadamente de taças decoradas interna e externamente.

A existência deste conjunto de artefactos na Quinta do Marcelo é reveladora do que há muito é escrito sobre o Baixo Tejo, consagrado como “placa giratória” entre o Mediterrâneo e o Atlântico (Senna-Martínez 2011), onde pessoas, matérias-primas e objectos confluíam desde, pelo menos, os finais do 2º milénio a.n.e (Vilaça e Arruda 2004). Deve ser destacada, ainda neste contexto, a recolha de uma espada tipo Huelva

(Melo e Senna Martínez 2000: 101) em dragagens do Tejo, concretamente em Cacilhas (Almada), objecto que, embora não se possa associar directamente à ocupação da Quinta do Marcelo, ou sequer desta margem, é um elemento que reflecte a importância da região no âmbito dos contactos de longa distância (Fig. 2).

Infelizmente, as características concretas da ocupação da Quinta do Marcelo não puderam ser reconhecidas no âmbito das escavações, não tendo sido identificado qualquer vestígio de estruturas habitacionais. Tal impede, por conseguinte, a compreensão exacta do carácter desta ocupação, que apenas pode ser deduzida com base no estudo do seu conjunto. Ainda assim, não excluimos a hipótese de se tratar de um acampamento sazonal. De facto, a massiva presença de fauna malacológica (face à muito reduzida representação de fauna mamalógica), a par do conjunto cerâmico e artefactual reconhecido no sítio e das duas distintas datações para as estruturas negativas identificadas podem ser argumentos aduzidos a esta conjectura. Contudo, e dada a fragilidade dos elementos que levaram a propor uma produção metalúrgica local, bem como o tipo de contextos escavados, cremos que fica por esclarecer qual a sua funcionalidade concreta.

Para terminar o comentário ao sítio da Quinta do Marcelo, gostaríamos ainda de assinalar que, se tomarmos em consideração os modelos habituais de interpretação do povoamento do Bronze Final para esta região (Cardoso 2004; 2015; Vilaça e Cardoso 2017), constatamos que se torna difícil enquadrar devidamente esta ocupação. Com efeito, esta localiza-se em cotas baixas sem qualquer preocupação defensiva, mas onde estão bem presentes as cerâmicas de ornatos brunidos - que, segundo as leituras tradicionais, correspondem a elementos de prestígio associados às elites residentes em povoados de altura (Cardoso 2004:178). A localização referida, a par das boas condições agrícolas da área, teria de nos levar a associar esta ocupação aos “casais agrícolas”, assumidos como locais secundários que sustentariam as elites residentes nos povoados de altura (Cardoso 2015: 150) - o que, por sua vez, contrasta com a excepcionalidade de alguns dos artefactos recolhidos, que parecem denunciar a relevância desta ocupação no contexto das trocas supra-regionais nos momentos finais da Idade do Bronze. Esta aparente dissonância pode ser explicada no quadro de abordagens mais recentes ao povoamento do Bronze Final na Península de Lisboa (Sousa 2016), que evidenciam estratégias de ocupação mais relacionadas com as condicionantes e morfologia do território e facilidade de acesso a recursos, e menos com padrões de organização socio-política rígidos - ideia que nos parece mais adequada à realidade em análise. A ocupação do Bronze Final denota, contudo, um considerável conhecimento do território e respectivos recursos, factor decisivo para compreender as etapas subsequentes.

Ainda no contexto da análise da ocupação do Bronze Final na margem esquerda da Foz do Tejo, merece alguns comentários a Quinta do Almaraz, sítio arqueológico que temos vindo a estudar de modo sistemático no âmbito de um projecto de investigação iniciado em 2020 e financiado pelo Município de Almada.

A existência de uma ocupação do Bronze Final em Almaraz, mencionada desde a primeira publicação (Barros *et alii* 1993), foi recentemente questionada, argumentando-se que a escavação do povoado não revelou qualquer indício de uma ocupação integrável neste período (Sousa 2019). De facto, e embora tenha sido mencionada a identificação “meramente residual” de uma camada “de escassos cm”, que conservava alguns artefactos cerâmicos enquadráveis no referido período (Barros *et alii* 1993), não são, até ao momento, conhecidos contextos estratigráficos indiscutivelmente integráveis no Bronze Final. Contudo, como já evidenciámos noutras ocasiões (Olaio *et alii* 2020), os trabalhos em Almaraz incidiram sobretudo na estrutura defensiva da Idade do Ferro, designadamente o fosso, sendo que só no contexto do actual projecto de investigação se encontram em desenvolvimento intervenções amplas na área correspondente ao interior do povoado.

Por outro lado, a recolha de cinco fragmentos de cerâmica manual com decoração em ornatos brunidos em Almaraz (Fig. 2) não pode, na nossa perspectiva, ser ignorada. Estes, visivelmente pertencentes a recipientes distintos, foram recolhidos no interior do fosso, em depósitos formados em meados do 1º milénio a.n.e. (Olaio 2018: 160). A sua identificação neste contexto poderá ser compreendida, na nossa perspectiva, no âmbito de movimentações do terreno associadas a acções de construção/remodelação do povoado da Idade do Ferro que terão, porventura, afectado contextos de cronologias anteriores. Os padrões decorativos parecem poder inserir-se nos estilos conhecidos como “tipo Alpiarça” e “tipo Lapa do Fumo”, sendo que este último, embora frequente no território português (Almeida 2014: 142), não parece estar presente nos restantes conjuntos do Bronze Final desta margem. O facto de a amostra se limitar a cinco fragmentos não deve ser factor de desvalorização, uma vez que é conhecida a pouca expressividade destes artefactos na área da Foz do Tejo, quer nas ocupações de menor altitude, quer nos povoados de altura (Sousa 2016: 396).

Cabe ainda destacar outros elementos que poderiam associar-se a uma presumível ocupação do Bronze Final, designadamente uma bracelete (Cardoso 2004) e algumas formas de cerâmica manual. Conquanto estes artefactos possam também integrar-se na ocupação da Idade do Ferro (Arruda 2015: 288), não é possível ignorar a presença de técnicas metalúrgicas de tradição indígena em Almaraz, o que foi demonstrado por análises recentes (Araújo *et alii* 2004; Melo *et alii* 2014).

Por fim, devem ser evidenciadas as datações antigas conhecidas para Almaraz, nomeadamente as que se enquadram entre o século X e o IX cal BC, a maioria das quais resultado de amostras provenientes do fosso (Barros e Soares 2004; Soares e Arruda 2015) – que poderiam resultar de um fenómeno semelhante ao que propusemos para os fragmentos decorados com ornatos brunidos. Estas têm vindo a ser analisadas à luz da ocupação da Idade do Ferro, sendo repetidamente referida a ausência de artefactos que as suportem (Arruda 2005; Sousa 2014), mesmo tendo em consideração as recentes revisões propostas para as sequências cronológicas do Mediterrâneo Central e Ocidental (Núñez 2015). Com efeito, tendo em consideração o conjunto de elementos elencados, que podem ser associados aos momentos finais da Idade do Bronze, questionamos se estas datações não poderiam, antes, ser compreendidas no âmbito de uma ocupação prévia à Idade do Ferro. Cabe aqui destacar outros sítios do Estuário do Tejo para os quais estão publicadas cronologias idênticas (Soares e Arruda 2017; Valério *et alii* 2016): é o caso de Santarém, onde a existência de uma ocupação prévia à Idade do Ferro é conhecida (Arruda 1999/2000; Sousa e Arruda 2018); de Santa Sofia que, embora com cronologias ligeiramente mais tardias, se trata de um sítio indígena em que determinados elementos do mundo orientalizador são integrados (Pimenta, Soares e Mendes 2013); da Moita da Ladra, outra ocupação do Bronze Final onde se reconheceu a introdução de elementos exógenos, nomeadamente ferro (Valério *et alii* 2016); e até mesmo da bolsa 2 da Quinta do Marcelo, que já tivemos oportunidade de comentar anteriormente.

Naturalmente, não descartamos a possibilidade destes elementos se associarem a algum momento antigo da Idade do Ferro, como parece ocorrer noutros contextos da foz (Arruda 1999-2000: 183-184; Pimenta *et alii* 2014: 728). Contudo, e embora se considere que só a inequívoca identificação de estratigrafia do Bronze Final permitirá defender solidamente uma ocupação de Almaraz durante esta etapa, cremos que, face às datações acima referidas, à presença dos mencionados artefactos e técnicas e, ainda, à existência de um crânio com uma cronologia do Bronze Final (Curate e Olaio, 2023), esta é uma hipótese que não deve ser excluída.

4. O POVOADO DA QUINTA DO ALMARAZ E A MARGEM ESQUERDA DA FOZ DO TEJO DURANTE A IDADE DO FERRO

À excepção da Quinta do Almaraz, porventura um dos mais emblemáticos povoados da Idade do Ferro no território actualmente português, o cenário traçado para o conhecimento do Bronze Final na margem esquerda da Foz do Tejo pode, genericamente, ser aplicado à Idade do Ferro. Com efeito, as ocupações conhecidas foram detectadas na sequência de processos de urbanização recentes e não possibilitaram a identificação de estruturas arqueológicas, resumindo-se a informação sobre aquelas a pequenos conjuntos de artefactos. Deve contudo ser salientada a manifesta afinidade entre os locais eleitos para ocupação durante o Bronze Final e a Idade do Ferro (Fig. 1).

É o caso da Quinta do Facho, localizada na arriba sobre o Tejo, numa área muito próxima à ocupação do Bronze Final da Quinta do Percevejo, da qual dista cerca de 500 metros. Situada numa área pouco destacada na paisagem, com boa exposição a sul e em terrenos férteis, resulta da identificação de um conjunto de cerâmica manual, cinzenta e de engobe vermelho, bem como de ânforas (Barros 1998: 35). Também na Rua Manuel Febrero/Pedrada foram apenas identificados artefactos genericamente enquadráveis na Idade do Ferro, nomeadamente cerâmica de engobe vermelho, ânforas e cerâmica manual, não existindo outro vestígio que permita caracterizar a ocupação (Silva e Soares 1986: 137). Localiza-se, uma vez mais, numa encosta suave de terrenos férteis, relativamente próxima de uma antiga linha de água.

Estes sítios, que podem ser genericamente integráveis na primeira metade do 1º milénio a.n.e., têm vindo a ser interpretados como pequenas ocupações dependentes do povoado de Almaraz, que assumiria o controlo político-económico deste território (Arruda 1999/2000: 113).

O povoado da Quinta do Almaraz, por sua vez, implanta-se numa ampla plataforma sobranceira ao rio Tejo que supera os 60 metros de altitude e se encontra recortada a norte por uma arriba. Esta situação confere-lhe um absoluto domínio visual sobre todo o território envolvente e boas condições naturais de defesa a norte. A sul, a plataforma desenvolvia-se em pendente, culminando num vale que conflui em Cacilhas, local onde o acesso ao rio era facilitado pela existência de uma zona abrigada de praia. Aqui, em Cacilhas, a identificação de estruturas de carácter habitacional, associadas a um espólio diversificado, permitiram atestar a ocupação desta área junto ao rio durante a primeira metade do 1º milénio a.n.e. (Olaio *et alii* 2019). Estima-se assim que o povoado de Almaraz atingiu, no seu período de maior dinamismo, os 7 hectares de área ocupada.

Esta localização era altamente estratégica e garantia, por um lado, excelentes condições portuárias e, por outro, o acesso a um *hinterland* rico em recursos, que já pudemos evidenciar em pontos anteriores deste texto. Neste contexto, e embora nos falem dados paleoambientais, cabe destacar a importância da pastorícia na alimentação da comunidade que habitou Almaraz (Dias *et alii* 2022), o que naturalmente implicava o controlo de consideráveis áreas fora dos limites do povoado.

O significativo papel de Almaraz no âmbito das trocas comerciais desenvolvidas na Foz do Tejo durante a Idade do Ferro encontra-se atestado, entre outros, pela presença de um conjunto excepcional de artefactos importados, como o escaravelho egípcio, os vasos de alabastro, as placas de marfim, a conta em âmbar e as cerâmicas gregas do Coríntio Médio datadas dos inícios do século VI a.n.e. (Cardoso 2004; Arruda 2005). A este conjunto de materiais exógenos acresce ainda a colecção de ânforas importadas, integráveis nos tipos 10.1.1.1 e 10.1.2.1 de Ramon Torres (Olaio 2018). Foram também identificados quatro ponderais, três dos quais integráveis numa unidade fenícia, cujo reduzido peso permitiu sugerir uma possível associação à troca de produtos de elevado valor, designadamente ouro, âmbar ou marfim (Vilaça 2011: 148, 160).

Por outro lado, os diversos vestígios relacionados com actividades especializadas denunciam a dinâmica produtiva que terá marcado o desenvolvimento deste povoado. Destaca-se, em primeiro lugar, a identificação de uma multiplicidade de artefactos associados à produção metalúrgica, designadamente cadinhos, tubeiras, moldes, escória e pingos de fundição, tendo as análises realizadas atestado a presença de produções metalúrgicas características dos momentos iniciais da Idade do Ferro (Valério *et alii* 2012: 81). O conjunto de evidências levou a que se tenha colocado a hipótese de existência de uma oficina ou centro de produção metalúrgica de prata e, provavelmente, de ouro (Melo *et alii* 2014: 710).

A par destes elementos, um expressivo conjunto de prismas cerâmicos evidencia a existência de uma produção oleira (Olaio 2015; 2018), conquanto não seja possível entender qual (ou quais?) a categoria cerâmica aqui produzida. Foram também identificados diversos artefactos associados a outras componentes económicas, designadamente a pesca e a tecelagem, provavelmente associadas a um esquema de subsistência de base familiar (Olaio 2020). Estas salientam, contudo, a existência de uma economia diversificada, onde diversos agentes terão participado activamente e na qual se incluem actividades altamente especializadas que traduzem as profundas transformações na estrutura económica e produtiva da Foz do Tejo durante este período.

O amplo conjunto cerâmico testemunha também o carácter orientalizante do sítio, que se evidencia pela presença de categorias típicas da primeira metade do 1º milénio a.n.e. no Sul da Península Ibérica, nomeadamente a cerâmica de engobe vermelho e cerâmica cinzenta, ânforas, *pithoi* e urnas tipo Cruz del Negro (Fig. 3). Os vestígios associados à arquitectura corroboram este influxo, evidenciando uma profunda influência mediterrânea nos planos arquitectónicos e técnicas de construção das estruturas domésticas, onde sobressaem os pavimentos em argila vermelha e a planta ortogonal (Olaio, Henriques e António 2020: 1740-1743). Do mesmo modo, as características do sistema defensivo, composto por um fosso, cuja dimensão nos troços integralmente conhecidos varia entre os 3,40m e os 4m de largura e os 2,20m e 2,90m de profundidade, e que aparentemente rodearia o povoado por todo o lado sul, estando porventura associado a uma linha de muralha (*idem*: 1743-1745), reforçam esta ideia.

Como se referiu anteriormente, os resultados obtidos pelas datações por radiocarbono poderiam recuar o início da ocupação do povoado para o século IX a.n.e. Contudo, como também já tivemos oportunidade de comentar, esta cronologia não é atestada pelos conjuntos artefactuais até ao momento recolhidos, que sugerem que a ocupação de Almaraz, no contexto da Idade do Ferro, se terá iniciado no século VII a.n.e. ou numa fase final do século VIII a.n.e. Os dados de que dispomos presentemente sugerem, por outro lado, que o seu momento de maior desenvolvimento terá ocorrido em torno do século VI a.n.e., situação que se inverte a partir do século V a.n.e., quando Almaraz parece iniciar um processo de perda progressiva de vitalidade. Esta conjuntura reflecte-se, entre outros aspectos, na desactivação do fosso como estrutura defensiva e na sua conversão a uma função secundária, enquanto área de deposição de lixos, bem como no abandono da área habitacional implantada em Cacilhas, junto ao rio (Olaio *et alii* 2019: 154).

Destacam-se, neste contexto, os dados relativos às ânforas, elucidativos da referida dinâmica. Se, por um lado, se verifica um claro predomínio do Tipo 1 do Tejo¹, por outro, a pouca representatividade dos modelos produzidos a partir do século V a.n.e. em diante indiciam a referida perda de vitalidade (Olaio 2018). Não obstante, a presença de alguns artefactos integráveis no século IV a.n.e., como ânforas do Tipo 2, 4 e 7 do Tejo, bem como cerâmica ática de verniz negro (Barros e Soares 2004; Arruda 2007; Olaio 2018), embora em quantidades reduzidas, levam-nos a questionar o efectivo abandono do povoado nos momentos finais da Idade do Ferro. Contudo, como já comentámos noutras ocasiões (Olaio *et alii* 2019:

¹ Antes das escavações que se encontram em desenvolvimento no contexto do actual projecto de investigação, este modelo representava 55% do conjunto de ânforas.

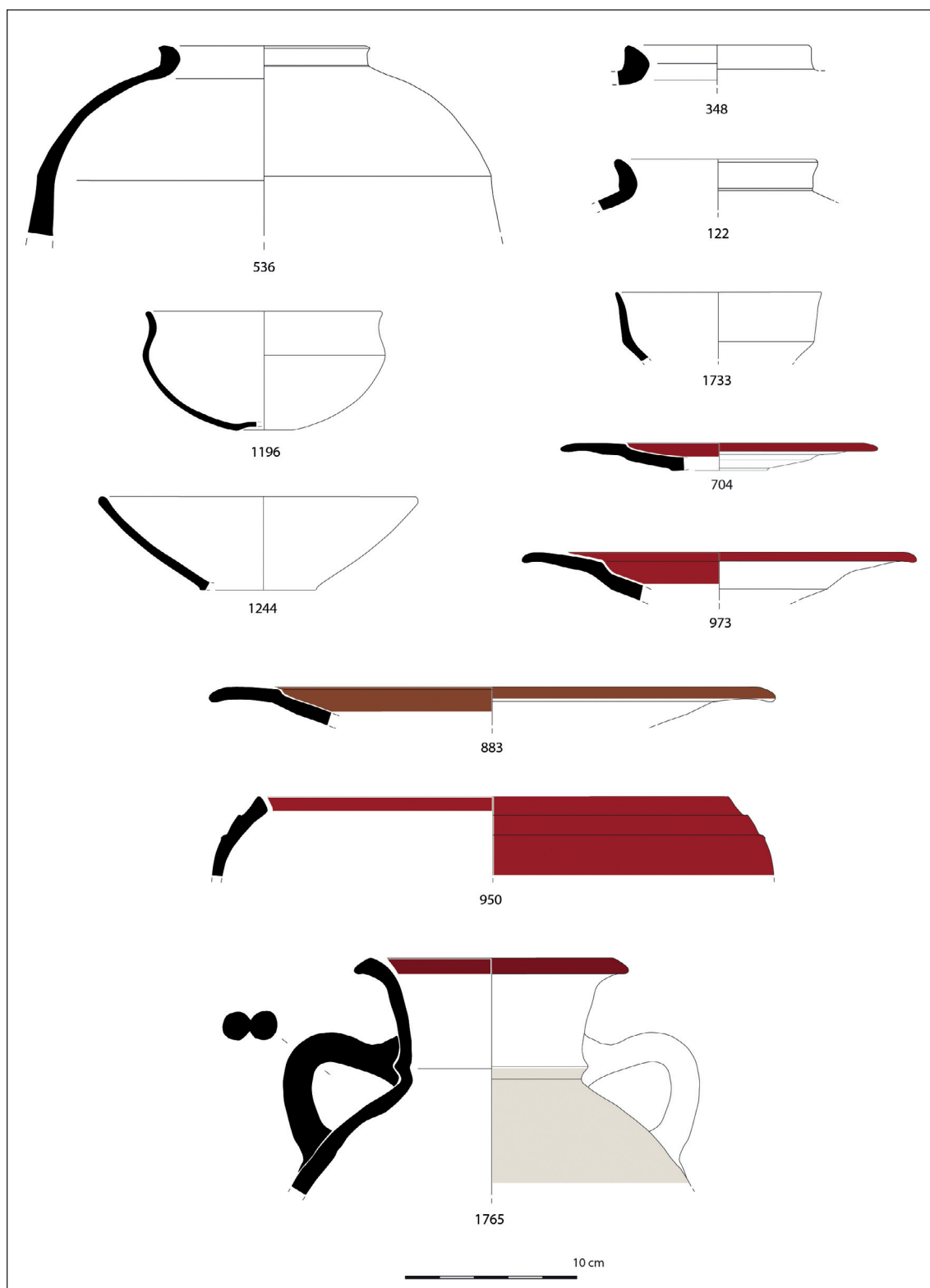


Fig. 3. Exemplos de ânforas, cerâmica cinzenta, cerâmica de engobe vermelho e urna tipo Cruz del Negro recolhidos em Almaraz (apenas fabricos locais/regionais).

154), parece certo que Almaraz perde muito do seu dinamismo num momento em que o povoado de Lisboa se encontra no seu momento de maior expansão no âmbito da Idade do Ferro, não sendo por ora possível perceber o que motiva esta situação.

Independentemente da discussão relacionada com a evolução da ocupação de Almaraz, é inegável que esta ilustra de forma notável o grau de consolidação que o modo de vida despoletado pelo estabelecimento de populações de génese oriental atinge, na Foz do Tejo, em redor do século VII a.n.e.

Neste contexto de profundas alterações, não deixa de ser interessante comentar um último sítio da margem esquerda da Foz do Tejo com ocupação durante a Idade do Ferro: a Gruta 2 de São Paulo, uma gruta artificial integrada numa necrópole do Neolítico Final/Calcolítico reocupada durante o 1º milénio a.n.e. (Barros e Espírito Santo 1997). Nesta estrutura de origem antrópica, localizada a menos de um quilómetro do povoado de Almaraz, foi identificado um conjunto de artefactos integráveis na Idade do Ferro, nomeadamente recipientes associados ao armazenamento, transporte e serviço/consumo de alimentos (Barros 2000). Do conjunto, destaca-se a presença de ânforas, cerâmica de engobe vermelho e cerâmica cinzenta, maioritariamente recipientes completos (*idem, ibidem*), o que indicia o carácter distinto desta ocupação, que deverá ser entendida num contexto de práticas rituais/religiosas (Arruda 2015: 286). Esta é uma realidade bem documentada na Idade do Ferro, com paralelos em todo o Sul Peninsular, e reflecte uma consciência/memória de um lugar com elevada carga simbólica, que conduz à sua “reapropriação” no âmbito de práticas rituais profundamente integradas nas novas construções sociais e identitárias do 1º milénio a.n.e.

Para terminar a análise à ocupação da margem esquerda durante os inícios da Idade do Ferro, gostaríamos de comentar um último aspecto relativo ao papel de Almaraz na região, nomeadamente a sua ligação com o povoado de Lisboa. A profunda relação entre estes dois povoados é desde há muito considerada, não apenas pela sua relativa proximidade e absoluta inter-visibilidade, como pelo facto de partilharem muitos elementos da cultura material (Arruda 1999/2000: 223). Foi inclusivamente defendido que a Foz do Tejo integraria uma única unidade político-administrativa, na qual o povoado de Lisboa teria um papel preponderante, muito embora se admitisse uma certa “descentralização” que favoreceria povoados como Almaraz, que controlaria um território próprio (*idem*: 224).

Recentemente tem vindo a ser defendido que Lisboa e Almaraz corresponderiam a uma única colónia fundada por grupos fenícios ocidentais, adoptando para esta área um modelo interpretativo polinucleado que tem sido ensaiado para outras zonas, nomeadamente Cádiz (Sousa 2019: 145-146). Outra comparação é feita com o Baixo Guadalquivir, onde dois sítios separados pelo rio assumem funções complementares - sugerindo-se, no caso da Foz do Tejo, que em Almaraz estaria estabelecido o centro político-administrativo e até, porventura, religioso (Sousa 2019: 146).

Parece-nos obviamente inegável a colaboração estratégica entre estes dois pólos, designadamente no controlo da entrada e circulação no Tejo, trajecto estratégico na comunicação com o interior do território e determinante no acesso a recursos e a rotas comerciais. É também clara a sua relação, atestada pela cultura material, onde sobressaem características de fabrico e formas idênticas (Arruda 2015: 288). Contudo, e embora estejamos conscientes de que os dados conhecidos relativamente à ocupação de ambas as margens não são, ainda, absolutamente inequívocos, encontramos alguma dificuldade em analisar a ocupação de Almaraz e Lisboa no quadro de modelos de estruturação de território polinucleados.

Antes de mais, a configuração geográfica da Foz do Tejo afigura-se absolutamente distinta daquela que se observa em Cádiz em época arcaica (*conf.* Domínguez Monedero 2012: 157). Contrariamente a esta área, em que o acesso a recursos de determinadas zonas, nomeadamente agrícolas, poderia ficar comprometido

(Ruiz Mata e Pérez 2020: 412), no caso da Foz do Tejo ambos os povoados têm fácil acesso a um vasto *hinterland* - não existindo, à partida, necessidade de uma colaboração estratégica como aquela que parece poder vislumbrar-se em Cádiz nos inícios do 1º milénio a.n.e. Por outro lado, a estruturação do território não ostenta, na Foz do Tejo, o mesmo grau de organização que se pode antever em Cádiz (Niveau de Villedary 2015: 228) - estruturação que, além do mais, ocorre muito depois do início da presença fenícia, designadamente a partir de meados do 1º milénio a.n.e., quando Cádiz consolida uma forte indústria conserveira (Saéz 2014). Contrariamente, se analisarmos os dados relativos à produção oleira actualmente disponíveis para a Foz do Tejo, constatamos uma evidente dispersão geográfica dos locais onde hipoteticamente se poderiam localizar os centros de produção de ânforas (*conf.* Sousa *et alii* 2022: 281-282). Este mapa evidencia, na nossa perspectiva, uma organização que parece coadunar-se mais com a existência de múltiplos focos produtivos, possivelmente em relação de dependência com diferentes povoados - de que, aliás, é indício a falta de standardização verificada nas ânforas de produção local/regional, como tivemos oportunidade de sugerir noutra ocasião (Olaio 2015: 70).

De outro modo, a comparação com o modelo interpretativo defendido para o Baixo Guadalquivir, em que Sevilha corresponderia à cidade e o Carambolo assumir-se-ia como o santuário (Escacena Carrasco e García Fernández 2012: 778), parece-nos que também não encontra eco no registo da Foz do Tejo, uma vez que os dados conhecidos para Almaraz e Lisboa revelam que ambos teriam assumido funções habitacionais e produtivas.

Neste sentido, cremos que poderemos estar perante duas entidades político-administrativas relativamente independentes, com um papel preponderante na organização e exploração dos respectivos territórios, embora profundamente interligadas, particularmente pela sua relação e capacidade de controlo sobre o rio. A diferente dinâmica de desenvolvimento dos dois pólos é, na nossa perspectiva, igualmente reveladora desta relativa independência. Concordamos, porém, que o centro político-administrativo poderia estar, num primeiro momento, localizado em Almaraz (Sousa 2019: 146), que provavelmente deteria uma ligeira preponderância nas fases iniciais da Idade do Ferro. Todavia, esta situação inverte-se progressivamente em redor dos meados do 1º milénio a.n.e., ganhando o povoado de Lisboa uma preeminência que se perpetuou até ao fim da Idade do Ferro.

5. O IMPACTO FENÍCIO NA FOZ DO TEJO: BREVES COMENTÁRIOS SOBRE A CONSOLIDAÇÃO DE UMA NOVA REALIDADE REGIONAL

A manifesta escassez e parcialidade dos dados disponíveis para a margem esquerda da Foz do Tejo impossibilita uma verdadeira leitura global e diacrónica para estes períodos, o que pode ser explicado pela insuficiente caracterização do território e o seu elevado grau de urbanização recente. A informação de que dispomos para o Bronze Final apenas permite entrever uma rede de (aparentemente) pequenas ocupações bem adaptadas ao território e orientadas para a optimização da exploração de recursos. Por outro lado, é inequívoca a existência de contactos supra-regionais nos finais do 2º milénio a.n.e., algo que demonstra a relevante e precoce incorporação desta margem num sistema de trocas que se constitui como que um prelúdio das profundas alterações que ocorrerão nos séculos seguintes. Voltamos a salientar que parece ser neste contexto que se inicia, paulatinamente, a incorporação de determinados elementos, concepções e hábitos exógenos, desde a adopção de um padrão metrológico oriental (Vilaça 2011: 164) a elementos do vestuário (Arruda 2008: 360) e outros “bens de prestígio” (Vilaça e Arruda 2004).

A análise permitiu evidenciar, igualmente, que a estruturação do território prévia ao estabelecimento de comunidades fenícias (orientais ou ocidentais) afigurava-se pouco rígida, aparentemente marcada por distintas realidades nem sempre enquadráveis nos modelos tradicionais de interpretação do Bronze Final,

como é o caso da Quinta do Marcelo. A organização da ocupação demonstra, contudo, um marcado conhecimento do espaço, o que terá sido determinante para o rápido processo de consolidação de uma nova realidade nos séculos seguintes. A relação com as comunidades que aqui habitavam ter-se-á revelado essencial para um rápido reconhecimento do território e seus recursos, relevância que parece bem atestada nesta margem pela proximidade de implantação das ocupações da Idade do Ferro em relação às do Bronze Final.

Assim, a partir do século VIII a.n.e., a Foz do Tejo começa a assistir a um conjunto de alterações que parecem estar genericamente consolidadas no século VII a.n.e. Os dados de Almaraz, a par de outros sítios, confirmam esta realidade². Desde logo, através dos repertórios cerâmicos, que expressam uma assinalável afinidade com os conjuntos da área Andaluza – factor que, entre outros, levou a que se propusesse uma colonização do Tejo por via terrestre através do médio Guadiana (Torres Ortiz 2005) –, mas também da zona de Málaga. Destaca-se, apenas a título de exemplo, alguns exemplares de ânforas de Almaraz enquadráveis no Tipo 1 do Tejo, com bordos que ostentam um elevado espessamento interno e uma morfologia bastante angulosa, com marcadas afinidades com exemplares de Cerro del Villar (*conf.* Olaio 2015: Estampa X; Aubet *et alii* 1999: 107).

Sobre a rapidez deste processo realça-se, em primeiro lugar, aquele que é porventura o mais relevante dado que temos sobre a integração da Foz do Tejo neste mundo mediterrâneo orientalizado, que é a escrita. É já bem conhecida a inscrição funerária escrita em língua fenícia, recuperada em Lisboa e paleograficamente datada do século VII a.n.e. (Neto *et alii* 2016: 126), que se associa à anteriormente publicada inscrição sobre um fragmento de ânfora datado dos finais do século VIII a.n.e. (Arruda 2013; Zamora 2014). A presença da língua em momento tão recuado demonstra, como outros autores já evidenciaram, uma absorção daquele que é, possivelmente, o mais relevante elemento identitário de uma comunidade – a língua (Arruda 2015: 287).

Uma outra referência deve ser feita à arquitectura, já marcada por planos ortogonais, bem atestados no século VII a.n.e. (Sousa e Guerra 2018; Olaio *et alii* 2023), que reflectem, também, uma nova forma de compreensão e organização do espaço habitado adoptada na sequência da chegada de populações orientais à Península Ibérica (Díes Cusí 2001).

As profundas transformações traduzem-se igualmente, e de forma significativa, no contexto económico-produtivo, destacando-se desde logo a produção metalúrgica, que em Almaraz é marcada por uma profunda tradição orientalizante já na primeira metade do 1º milénio a.n.e. (Valério *et alii* 2012). Embora não existam dados para outros sítios coevos da Foz do Tejo, como Lisboa ou Santarém, a massa de dados reunida para Almaraz é demonstrativa da introdução destas inovações e da presença de uma tecnologia distinta daquela que existia durante o Bronze Final.

A aceitação aparentemente rápida dos novos gostos e hábitos produtivos e culinários fica também expressa na acelerada substituição dos repertórios, onde as produções a torno já predominam ou têm um peso substancial (Filipe *et alii* 2014; Sousa e Guerra 2018). Neste contexto, realçamos uma vez mais a produção anfórica, que estaria em pleno desenvolvimento no século VII a.n.e., como revela a presença de exemplares do Tipo 1 do Tejo em contextos integráveis neste período (Sousa e Pimenta 2014: 305).

Inseparáveis deste processo estão as profundas alterações de mentalidade associadas às transformações económico-produtivas, uma vez que estas implicam não apenas a assimilação das novas tecnologias (neste

² Muito embora estejam bem atestados diferentes ritmos de transformação, como sugerem os dados do sítio de Santa Sofia, em Vila Franca de Xira (Pimenta Soares e Mendes 2013).

caso, o torno e o as estruturas/fornos que permitiriam um maior controlo do processo de cozedura), mas sobretudo a consolidação de uma nova lógica de produção, orientada para o fabrico de excedentes para comercialização, mesmo que num âmbito regional (Olaio 2015: 69-70). A maioria da produção passa a ser considerada como mercadoria e, conseqüentemente, a obedecer a uma lógica de oferta e procura, pautada pelas necessidades das comunidades a cada momento (Núñez 2019: 330-331), num sistema que se complexifica e em que diversos agentes estão envolvidos. E muito embora não possamos vislumbrar, com exactidão, os processos de transformação social inerentes a estas mudanças, não é possível conceber uma tal alteração na organização económica e complexificação da produção sem considerar as necessárias modificações (e mesmo rupturas) relativamente à organização social prévia.

Ainda neste contexto, a produção anfórica afigura-se um elemento importante para avaliar este processo de modo abrangente, no sentido em que pode considerar-se reveladora da escala e ritmo de outros âmbitos produtivos dos quais depende directamente. Com efeito, não é possível assumir um fabrico local/regional destes contentores sem considerar a necessidade de produção dos respectivos conteúdos. Deste modo, ao reconhecer uma produção anfórica na Foz do Tejo durante o século VII a.n.e. temos de assumir, necessariamente, a existência de uma estrutura produtiva associada, com um considerável grau de organização, que possibilitasse uma cadeia de exploração coordenada do território e permitisse a produção dos conteúdos necessários, o seu eventual armazenamento central, o subsequente envasamento e o necessário controlo ou coordenação do processo de expedição/comercialização. Embora o grau de complexidade deste sistema pudesse variar conforme as necessidades (procura), que condicionariam o número de centros produtores, escala e intensidade de produção e mesmo o nível de especialização de cada uma das etapas (Núñez 2019: 330-331), o que é certo é que as alterações face ao período anterior são, nesta conjuntura, substanciais, devendo por isso ser devidamente valorizadas e analisadas.

Face a este contexto, parece-nos relevante observar os dados conhecidos para outras áreas da Península Ibérica, que registam, neste período, a presença de sistemas de cultivo baseados em estruturas complexas de organização, com assinaláveis dimensões e impacto sobre o território (Vera Rodríguez e Echevarría Sánchez 2013). Embora não tenhamos muita informação sobre as características da Foz do Tejo durante este período, são significativos os dados conhecidos para Alpiarça, que demonstram uma alteração substancial da paisagem com fortes concentrações de pólenes de vinha, indiciando o cultivo da espécie domesticada durante o 1º milénio a.n.e. (Leuwaarden e Jansen 1985 *apud* Arruda 2003: 207-208). Como foi notado para outros âmbitos, este trabalho sobre o território implicaria, com grande probabilidade, uma considerável quantidade de recursos humanos, gerando por isso significativas concentrações de população (Vera Rodríguez e Echevarría Sánchez 2013: 104) – e salientamos, uma vez mais, a apreciável concentração de ocupação que se conhece para a zona de Alpiarça desde momentos antigos da Idade do Ferro (*conf.* Arruda *et alii* 2017: 84, Fig. 3). Assim, e considerando esta conjuntura, parece-nos importante reflectir sobre a organização desta produção e suas necessidades, bem como sobre as implicações que teve na dinâmica e desenvolvimento da Foz do Tejo nestas primeiras etapas do 1º milénio a.n.e.

O conjunto destes elementos demonstra, por outro lado, o desenvolvimento de uma autonomia económica e capacidade de auto-abastecimento logo nos primeiros momentos de presença orientalizante na Foz do Tejo, que rapidamente parece formar uma estrutura económica consolidada. Como já tivemos oportunidade de defender noutras ocasiões, o reduzido número de importações anfóricas afigura-se elucidativo desta situação (Olaio 2015; 2018), sugerindo que desde cedo a área se tornou bastante independente da esfera do comércio mediterrâneo, do qual consumia apenas alguns produtos específicos. Recuperando as palavras de outros autores, julgamos que desde cedo se cria, na Foz do Tejo, “um espaço próprio, um verdadeiro mar fenício” (Arruda 2015: 290), que funciona, desde a primeira metade do 1º milénio a.n.e., numa lógica marcadamente regional.

Estes são, contudo, outros temas, que exigiriam um maior detalhe de análise do que aquele que estas páginas permitem.

BIBLIOGRAFIA

- ALMEIDA, S. 2014: “Estilos e tendências na cerâmica de ornatos brunidos do sudoeste peninsular”, em Vilaça, R. e Serra, M. (coords.), *Idade do Bronze do Sudoeste – Novas perspetivas sobre uma velha problemática*, Coimbra: 127-148.
- ARAÚJO, M., BARROS, L., TEIXEIRA, A. Y MELO, A. 2004: “EDXRF study of Prehistoric artefacts from Quinta do Almaraz (Cacilhas, Portugal)”, *Nuclear Instruments and Methods in Physics Research B*, 213: 741-746.
- ARRUDA, A. 1999-2000: *Los fenicios en Portugal: Fenicios y mundo indígena en el centro y sur de Portugal (siglos VIII-VI a.C.)*, Barcelona.
- ARRUDA, A. M. 2003: “Contributo da colonização fenícia para a domesticação da terra portuguesa”, em Gómez Bellard, C. (coord.), *Ecohistoria del paisaje agrario – la agricultura fenicio-punica en el Mediterraneo*, Valencia: 205-2017.
- ARRUDA, A. 2005: “O 1º milénio a.n.e. no Centro e Sul de Portugal: Leituras possíveis no início de um novo século”, *O Arqueólogo Português*, 4-5: 9-156.
- ARRUDA, A. 2007: “Cerâmicas gregas Encontradas em Portugal”, em *Vasos Gregos em Portugal – Aquém das Colunas de Hércules*, Lisboa: 135-140.
- ARRUDA, A. 2008: “Estranhos numa terra (quase) estranha: os contactos pré-coloniais no sul do território actualmente português”, em Celestino Pérez, S., Fontanals, R. e Armada, X. (eds.), *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VIII a.n.e.). La precolonización a debate*, Madrid: 355-370.
- ARRUDA, A. 2013: “De que falamos quando falamos de Tartesso?”, em Campos, J. e Alvar, J. (eds.), *Tarteso. El emporio del metal*, Córdoba: 211-222.
- ARRUDA, A. 2015: “A Idade do Ferro Orientalizante no vale do Tejo: as duas margens de um mesmo rio”, em Celestino Pérez, S. y Rodríguez González, E. (eds.), *Territorios comparados: los valles del Guadalquivir, el Guadiana y el Tajo em época tartésica*, Anejos del Archivo Español de Arqueología, LXXX, Mérida: 283-294.
- AUBET, M., CARMONA, P., CURIÀ, E., DELGADO, A., FERNÁNDEZ CANTOS, A. Y PÁRRAGA, M. 1999: *Cerro del Villar – I. El asentamiento fenicio em la desembocadura del rio Guadalhorce y su interacción com el hinterland*, Sevilha.
- BARROS, L. 1998: *Introdução à Pré e Proto História de Almada*, Almada.
- BARROS, L. 2000: *O fim do bronze e a Idade do Ferro no território de Almada*. Dissertação de Mestrado apresentada à Faculdade de Letras da Universidade de Lisboa, Policopiada.
- BARROS, L. Y ESPÍRITO SANTO, P. 1991: “Quinta do Percevejo – Almada. Uma intervenção de emergência”, em *Actas das IV Jornadas de Arqueologia da Associação dos Arqueólogos Portugueses*, Lisboa: 333-342.
- BARROS, L. Y ESPÍRITO SANTO, P. 1997: “Gruta Artificial de S. Paulo”, *Setúbal Arqueológica*, 11-12: 217-220.
- BARROS, L., CARDOSO, J. Y SABROSA, A. 1993: “Fenícios na margem Sul do Tejo. Economia e integração cultural do povoado de Almaraz - Almada”, *Estudos Orientais*, IV: 143-173.
- BARROS, L. B. Y SOARES, A. M. 2004: “Cronologia absoluta para a ocupação orientalizante da Quinta do Almaraz, no estuário do Tejo (Almada, Portugal)”, *O Arqueólogo Português*, 4-22: 333-352.
- CARDOSO, J. 2004: *A Baixa Estremadura dos finais do IV milénio A. C. até à chegada dos romanos: um ensaio de História Regional*, Estudos Arqueológicos de Oeiras 12, Oeiras.
- CURATE, F. Y OLAIO, A. 2023: “Os ossos humanos do Sítio Arqueológico da Quinta do Almaraz (Almada) – breve descrição antropológica”, *Al-madan*, 26 (I): 85-91.
- DIAS, I., OLAIO, A., RODRIGUES, M., COSTA, P., SANTOS, A. Y DETRY, C. 2022: “Zooarchaeological Study of Quinta do Almaraz (Almada, Portugal)”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 48(2): 135-156.

- DÍES CUSÍ, E. 2001: “La influencia de la arquitectura fenicia em las arquitecturas indígenas de la Península Ibérica (s. VIII/VII)”, en Ruiz Mata, D. e Celestino Pérez, S. (eds.), *Arquitectura Oriental y Orientalizante em la Península Ibérica*, Madrid: 69-122.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. 2012: “Gadir”, en Fornis, C. (coord.), *Mito y Arqueología em el nacimiento de ciudades legendarias de la Antigüedad*, Sevilla: 153-197.
- ESCACENA CARRASCO, J. Y GARCÍA FERNÁNDEZ, F. 2012: “La Sevilla Protohistorica”, en Beltrán Fortes, J. e Rodríguez Gutiérrez, O. (eds.), *Hispaniae urbes. Investigaciones arqueológicas em ciudades históricas*, Sevilla: 763-814.
- FILIPPE, V., CALADO, M. Y LEITÃO, M. 2014: “Evidências orientalizantes na área urbana de Lisboa. O caso dos edifícios na envolvente da Mãe de Água do Chafariz d’El Rei”, en Arruda, A. M. (ed.), *Fenícios e Púnicos, Por Terra e Mar. Actas do VI Congresso Internacional de Estudos Fenícios e Púnicos*, Lisboa: 736-747.
- GONZÁLEZ DE CANALES, F., SERRANO PICHARDO, L. Y LLOMPART GÓMEZ, J. 2004: *El emporio fenicio precolonial de Huelva*, ca. 900-770 a.C., Madrid.
- MELO, A. Y SENNA-MARTÍNEZ, J. 2000: “Agricultores e Metalurgistas da Troca ao “Mercado”: Alguns Aspectos e Problemas do Bronze Ginal e Primeira Idade do Ferro na Península de Lisboa”, en *Turres Veteras IV – Actas de Pré-história e História Antiga*, Torres Vedras: 97-118.
- MELO, A., VALÉRIO, P., BARROS, L. Y ARAÚJO, M. (2014): “Práticas metalúrgicas na Quinta do Almaraz (Cacilhas, Portugal): vestígios orientalizantes”, en Arruda, A. M. (ed.), *Fenícios e Púnicos, Por Terra e Mar. Actas do VI Congresso Internacional de Estudos Fenícios e Púnicos*, Lisboa: 698-711.
- MONTEIRO, M. Y PEREIRA, A. 2013: “Um depósito votivo da Idade do Bronze na Moita da Ladra (Vila Franca de Xira): síntese dos trabalhos realizados e resultados preliminares”, *Cira-Arqueologia*, II: 63-94.
- MURILLO-BARROSO, M., PEÑALVER, E., BUENO, P., BARROSO, R., BALBÍN, R. Y MARTÍNÓN-TORRES, M. 2018: “Amber in prehistoric Iberia: new data and a review”, *PLoS ONE*, 13-8: 1-36.
- NETO, N., REBELO, P., RIBEIRO, R., ROCHA, M. Y ZAMORA, J. 2016: “Uma inscrição lapidar fenícia em Lisboa”, *Revista Portuguesa de Arqueologia*, 19: 123-128.
- NIVEAU DE VILLEDARY, A. 2015: “La estructuración del espacio urbano y productivo de Gadir durante la Fase Urbana Clásica: cambios y perduraciones”, *Complutum*, 26-1: 225-242.
- NÚÑEZ, F. 2015: “Reflexiones sobre la cronología de los inicios de la Edad del Hierro en el Mediterráneo Occidental y sus problemas” *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 41: 23-37.
- NÚÑEZ, F. 2019: “Pottery and Trade” en López-Ruiz, C. e Doak, B. (eds.) *The Oxford Handbook of The Phoenician and Punic Mediterranean*, New York: 329-348.
- OLAIO, A. 2015: *Ânforas da Idade do Ferro na Quinta do Almaraz*. Dissertação de Mestrado apresentada à Faculdade de Letras da Universidade de Lisboa, Policopiada.
- OLAIO, A. 2018: “O povoado da Quinta do Almaraz no âmbito da ocupação do Baixo Tejo durante o 1º milénio a.n.e.: os dados do conjunto anfórico”, *Spal*, 27-2: 125-163.
- OLAIO, A. 2020: “Economia, produção e comércio na Quinta do Almaraz (Almada, Portugal) durante o 1º milénio a.n.e. – balanço e perspectivas de investigação”, en Celestino Pérez, S. e Rodríguez González, E. (eds.), *Un viaje entre el Oriente y el Occidente del Mediterráneo*, Mytra, 5, vol. III, Mérida: 1375-1388.
- OLAIO, A., ANGEJA, P., SOARES, R. Y VALÉRIO, P. 2019: “A ocupação da Idade do Ferro de Cacilhas (Almada, Portugal)”, *Onoba*, 7: 133-159.
- OLAIO, A., HENRIQUES, F. Y ANTÓNIO, T. 2020: “Singularidades de uma matriz comum: arquitectura e urbanismo orientalizante na Quinta do Almaraz (Almada, Portugal)”, en Celestino Pérez, S. e Rodríguez González, E. (eds.), *Un viaje entre el Oriente y el Occidental del Mediterráneo*, Mytra, 5, vol. IV, Mérida: 1795-1803.
- OLAIO, A., ANTÓNIO, T., ALMEIDA, J. Y SANTOS, J. 2023: “Proj.In.QA – resultados preliminares de um projecto de investigação em curso no Sítio Arqueológico da Quinta do Almaraz”, *Al-madan*, 26 (I): 9-20.
- PIMENTA, J., SOARES, A. Y MENDES, H. 2013: “Cronologia absoluta para o povoado pré-romano de Santa Sofia (Vila Franca de Xira)”, *CIRA-Arqueologia*, II: 181-194.

- PIMENTA, J., SILVA, R. Y CALADO, M. 2014: “Sobre a ocupação pré-romana de Olisipo: a Intervenção Arqueológica Urbana da Rua de São Mamede ao Caldas N.º 15” en Arruda, A. (ed.), *Fenícios e Púnicos, Por Terra e Mar*, 2, Lisboa: 724-735.
- RUIZ MATA, D. Y FERNÁNDEZ JURADO, J. 1986: *El Yacimiento Metalurgico de Epoca Tartésica de San Bartolome de Almonte (Huelva)*, Huelva.
- RUIZ MATA, D. Y PÉREZ, C. 2020: “Fenícios em la Bahía gaditana: su construcción política, económica e ideológica (siglo VIII a.C.)” en López Castro, J. (ed.), *Entre Utica y Gadir. Navegación y colonización fenicia em el Mediterráneo Occidental a comienzos del I milénio AC*, Granada: 405-432.
- SAÉZ ROMERO, A. 2014: “Fish processing and salted-fish trade in the Punic West: new archaeological data and historical evolution” en Botte, E. e Leitch, V. (eds.), *FISH & SHIPS Production et commerce des salsamenta durant l’Antiquité*, Bibliothèque d’Archéologie Méditerranéenne et Africaine 17, Aix-en-Provence: 159-174.
- SÁNCHEZ-MORENO, V.-M., SAN JOSÉ, L. Y NAVARRO, M. 2020: “El santuário fenicio de La Rebanadilla”, en López Castro, J. (ed.), *Entre Utica y Gadir. Navegación y colonización fenicia em el Mediterráneo Occidental a comienzos del I milénio AC*, Granada: 189-200.
- SENNA-MARTÍNEZ, J. 2011: “La “conexión lusitana”: contactos orientalizantes y búsqueda de estaño y oro en el Centro-Norte portugués”, en Domínguez Pérez, J. (ed.), *Gadir y el Círculo del Estrecho revisados. Propuestas de la arqueología desde um enfoque social*, Cádiz: 285-296.
- SILVA, C. Y SOARES, J. 1986: *Arqueologia da Arrábida*, Lisboa.
- SOARES, A. Y ARRUDA, A. 2017: “Cronologia de radiocarbono para a Idade do Ferro Orientalizante no território português. Uma leitura crítica dos dados arqueométricos e arqueológicos”, en Barceó, J., Bogdanovic, I. e Morell, B. (eds.), *IberCrono 2016 Cronometrías Para la Historia de la Península Ibérica (Chronometry for the History of the Iberian Peninsula) - Actas del Congrso de Cronometrias para la Historia de la Península Ibérica, Barcelona, 17-19 de octubre 2016*, Barcelona: 235-259.
- SOUSA, E. 2014: *A ocupação pré-romana da foz do Estuário do Tejo*, Lisboa.
- SOUSA, E. 2016: “Algumas considerações sobre a ocupação do Final da Idade do Bronze na Península de Lisboa”, en Sousa, A., Carvalho, A. e Viegas (eds.), *Terra e Água. Escolher sementes, invocar a Deusa – Estudos em Homenagem a Victor S. Gonçalves*, Lisboa: 287-401.
- SOUSA, E. 2019: “A tale of two (?) cities: Lisbon And Almaraz at the dawn of the Iron Age”, *Rivista di Studi Fenici*, XLVI:137-151.
- SOUSA, E. Y ARRUDA, A. 2018: “A I Idade do Ferro na Alcáçova de Santarém (Portugal): os resultados da campanha de 2001”, *Onoba*, 6: 57-95.
- SOUSA, E. Y GUERRA, S. 2018: “A presença fenícia em Lisboa: novos vestígios descobertos no alto da colina do Castelo de São Jorge”, *SAGVNTVM*, 50: 57-88.
- SOUSA, E., ARRUDA, A. Y PIMENTA, J. 2022: “A produção de ânforas na costa ocidental atlântica: o caso do estuário do Tejo” en García Fernández, F. e Saéz Romero, A. (coords.), *Las Ánforas Turdetanas - Actualización tipológica y nuevas perspectivas*, Spal-Monografías Arqueología, XXXIX, Sevilla: 273-288.
- TORRES ORTIZ, M. 2005: “Una colonización tartésica em el interflúvio Tajo-Sado durante la Primera Edad del Hierro?”, *Revista Portuguesa de Arqueologia*, 8-2: 193-213.
- TORRES ORTIZ, M., GENER BASALLOTE, J., LÓPEZ ROSENDO, E., NAVARRO GARCÍA, M. Y PAJUELO SÁEZ, J. 2020: “Los más antiguos niveles fenicios de las excavaciones del “Teatro Cómico” de Cádiz y la fundación de Gadir”, en López Castro, J. (ed.), *Entre Utica y Gadir. Navegación y colonización fenicia em el Mediterráneo Occidental a comienzos del I milénio AC*, Granada: 375-404.
- VALÉRIO, P. 2012: *Archaeometallurgical Study of Pre and Protohistoric Production Remains and Artefacts from Southern Portugal*. Dissertação de doutoramento apresentada à Faculdade de Ciências e Tecnologia da Universidade NOVA de Lisboa. Policopiada.

- VALÉRIO, P., SILVA, R., ARAÚJO, M. F., SOARES, A. M. M. Y BARROS, L. 2012: "A multianalytical approach to study the Phoenician bronze technology in the Iberian Peninsula - A view from Quinta do Almaraz", *Materials Characterization*, 67: 74-82.
- VALÉRIO, P., SOARES, A., MONTEIRO, M., PEREIRA, A., ARAÚJO, M. Y SILVA, R. 2016: "A compositional and microstructural study of eight-century BC bronzes from Moita da Ladra (Tagus Estuary): how did the spread of the Phoenician metallurgy take place in Western Iberia?", *Archaeometry*, 58, 4: 593-609.
- VERA RODRÍGUEZ, J. Y ECHEVARRÍA SÁNCHEZ, A. 2013: "Sistemas agrícolas del I milénio a.C. en el yacimiento de La Orden-Seminario de Huelva. Viticultura protohistorica a partir del análisis arqueológico de las huellas de cultivo", en Celestino Pérez, S. e Blánquez Pérez, J. (eds.), *Patrimonio Cultural de la vid y el vino*, Mérida: 95-106.
- VILAÇA, R. 2008-2009: "Sobre tranchets do Bronze Final do Ocidente Peninsular", *Portugália*, XXIX-XXX: 61-84.
- VILAÇA, R. (2011): "Ponderais do Bronze Final-Ferro Inicial do Ocidente peninsular: novos dados e questões em aberto", en García-Bellido, M.P. e Jiménez Díez, A. (eds.), *Barter, Money and Coinage in the Ancient Mediterranean (10th-1st centuries BC)*, Anejos de Archivo Español de Arqueología, LVIII, Madrid: 139-167.
- VILAÇA, R. Y ARRUDA, A. 2004: "Ao longo do Tejo, do Bronze ao Ferro", *Conímbriga*, XLIII: 11-45.
- VILAÇA, R. Y CARDOSO, J. 2017: "O Tejo português durante o Bronze Final", en Celestino Pérez, S. e Rodríguez González, E. (eds.), *Territorios comparados: los valles del Guadalquivir, el Guadiana y el Tago em época tartésica*, Anejos del Archivo Español de Arqueología, LXXX, Mérida: 237-281.
- ZAMORA, J. A. 2014: "Palabras fluidas en el extremo Occidente. Sobre un nuevo grafito fenicio, hallado en la desembocadura del Tago, que recoge un posible topónimo local", en Cabrera, P., Moreno, M., Ruiz, A., Sánchez, C. e Tortosa, T. (coords.), *Homenaje a Ricardo Olmos. Per speculum in aenigmate*, Madrid: 306-314.

ECOS DE TARTESSO¹ NO BAIXO ALENTEJO (PORTUGAL)

ANA SOFIA ANTUNES*

«E, se alguém daí [foz do Tejo] se dirige a pé para o litoral dos Tartéssios, com dificuldade vencerá o caminho em quatro dias»
(Avieno, *Orla Marítima*, v. 178-180, in Ferreira 1992: 22)

RESUMEN

La influencia orientalizante en el Bajo Alentejo fue un largo proceso marcado por un epifenómeno aún en el Bronce Final, comenzando de manera duradera en el siglo VII a.C. y consolidándose a partir del siglo siguiente, fruto de la presencia fenicia en la costa atlántica meridional y occidental. La combinación de las tradiciones perdurables del Bronce Final con elementos exógenos de origen mediterráneo y oriental a lo largo de la primera mitad del I milenio a.C. resultó en una solución de síntesis que refleja los fenómenos de aculturación, pero también la personalidad del sustrato indígena regional.

PALABRAS CLAVES

Fenicios, Orientalizante, Costa Atlántica, Asentamiento, Necrópolis, Santuarios, Coroplastia.

ABSTRACT

The orientalizing influence in Lower Alentejo (Portugal) was a long process marked by an epiphenomenon still in the Late Bronze Age, starting in a lasting way in the 7th century BC with consolidation from the 6th century BC. It results from the Phoenician presence on the southern and western Atlantic coast. The combination of the long-lasting traditions of the Late Bronze Age with exogenous elements of a mediterranean and orientalizing origin throughout the first half of the 1st millennium BC resulted in a synthesis solution that reflects acculturation, but also the personality of the regional indigenous substrate.

KEY WORDS

Phoenicians, Orientalizing, Atlantic coast, Settlement, Necropolises, Sanctuaries, Coroplasty.

* UNIARQ - Centro de Arqueologia da Universidade de Lisboa. Faculdade de Letras de Lisboa. Universidade de Lisboa; Bolseira de Doutoramento da Fundação para a Ciência e a Tecnologia. anantunes@gmail.com

¹ Adopta-se a grafia Tartesso, de acordo com a tradução de José Ribeiro Ferreira (1992), na senda de Ana Margarida Arruda (e.g. 2013).

1. INTRODUÇÃO

O Baixo Alentejo, rico em recursos agrícolas e minerais, localiza-se no Sul de Portugal. É marcado pela peneplanície de Beja, situa-se entre as Serras de Portel, do Mendro, da Preguiça e da Adiça, a Norte e as serranias algarvias a Sul, confina com o litoral atlântico ocidental e é cruzado pelas bacias hidrográficas do Baixo Sado, do Mira e do Baixo Guadiana, que o delimita até ao final do seu estuário, passando o limite para Norte a estabelecer-se essencialmente pelo Chança, seu afluente (Fig. 1). Constitui um vasto corredor natural Norte-Sul e Este-Oeste, potenciando as ligações entre o litoral atlântico, tanto meridional, como ocidental e o interior da Península Ibérica, com destaque para o Alentejo Central, a Andaluzia Ocidental e a Estremadura espanhola. Segundo Avieno (Orla Marítima, 178-180, in Ferreira 1992: 22), a distância entre o litoral tartéssico e a foz do Tejo requeria um mínimo de 4 dias para ser percorrida a pé, o que atesta a provável circulação pelo interior do Baixo Alentejo, ao mesmo tempo que o exclui de Tartesso.

Nos últimos anos verificou-se um substantivo aumento de vestígios arqueológicos, sobretudo na vertente funerária, mas também na do povoamento e com uma particular expressão na cultura material, que permitem analisar o impacto orientalizante no Baixo Alentejo e contribuem para problematizar a questão de Tartesso.

O conceito de Tartesso utilizado neste trabalho é meramente operatório e destituído de qualquer conotação étnica, cultural ou jurídica específica, sendo encarado como designação exo-étnica greco-romana de contornos mitificados ou romanceados e que englobará provavelmente realidades plurais (*e.g.* Albuquerque 2010; Arruda 2013, com bibliografia). Aquela redundou na construção moderna elaborada pela filologia e pela arqueologia que associa Tartesso a uma geografia nebulosa centrada na área entre a planície de Huelva e a bacia do Baixo Guadalquivir e com pretensas periferias ou expansões, para o que concorre também o exercício de definição de uma cultura material específica (*e.g.* Torres Ortiz 1999; 2002). No entanto, por um lado, nem sempre os elementos que a conformariam coincidem territorialmente e, por outro, muitos terão origem exógena, marcando presença em sítios que se inscrevem na esfera da colonização fenícia mediterrânea (Arruda 2013: 213-214). O panorama sidérico do Baixo Alentejo integra-se assim num cenário em que fenícios ou fenícios ocidentais, eles próprios heterogêneos, terão interagido com múltiplas realidades culturais indígenas, que geraram soluções de síntese diversas, apesar de poderem partilhar determinados elementos.

2. TARTESSO MA NON TROPPO

A brisa do Mediterrâneo soprou precocemente no interior do Baixo Alentejo, através das redes de intercâmbio estabelecidas, responsáveis pela presença, ainda no Bronze Pleno, por exemplo, de um anel de chumbo numa sepultura de inumação da Horta de João Lopes (Vidigueira), na transição do 1.º para o 2.º quartel do II milénio a.C. (Valério *et alii* 2016). No Bronze Final, a Itália e a Sicília actuaram como plataforma intermediária das relações entre o Ocidente e o Oriente e a Sardenha terá tido um papel importante na redistribuição de objectos e de técnicas (cera perdida) oriundas do Mediterrâneo Oriental para a Península Ibérica (*e.g.* Vilaça 2012: 14 e 22). Seria, no entanto, uma suave aragem, já que se limitava à circulação de bens de prestígio, exibidos nas estelas, como a de Ervidel II, em Beja (Gomes e Monteiro 1976-77) – Fig. 2.

No Bronze Final, estes contactos são testemunhados pela fibula “de cotovelo”, a pinça e a navalha de dorso curvo de bronze do Castro dos Ratinhos (Berrocal-Rangel e Silva 2010: 306, Fig. 143, n.ºs 1-3, 17, 32 e 33), pela possível fíbula do tipo Ponte 1a da Serra Alta (Arruda 2008: 364), ambos em Moura, pela invulgar peça de bronze produzida com recurso a cera perdida do Pé do Castelo (Beja), com paralelo no Monte Sa

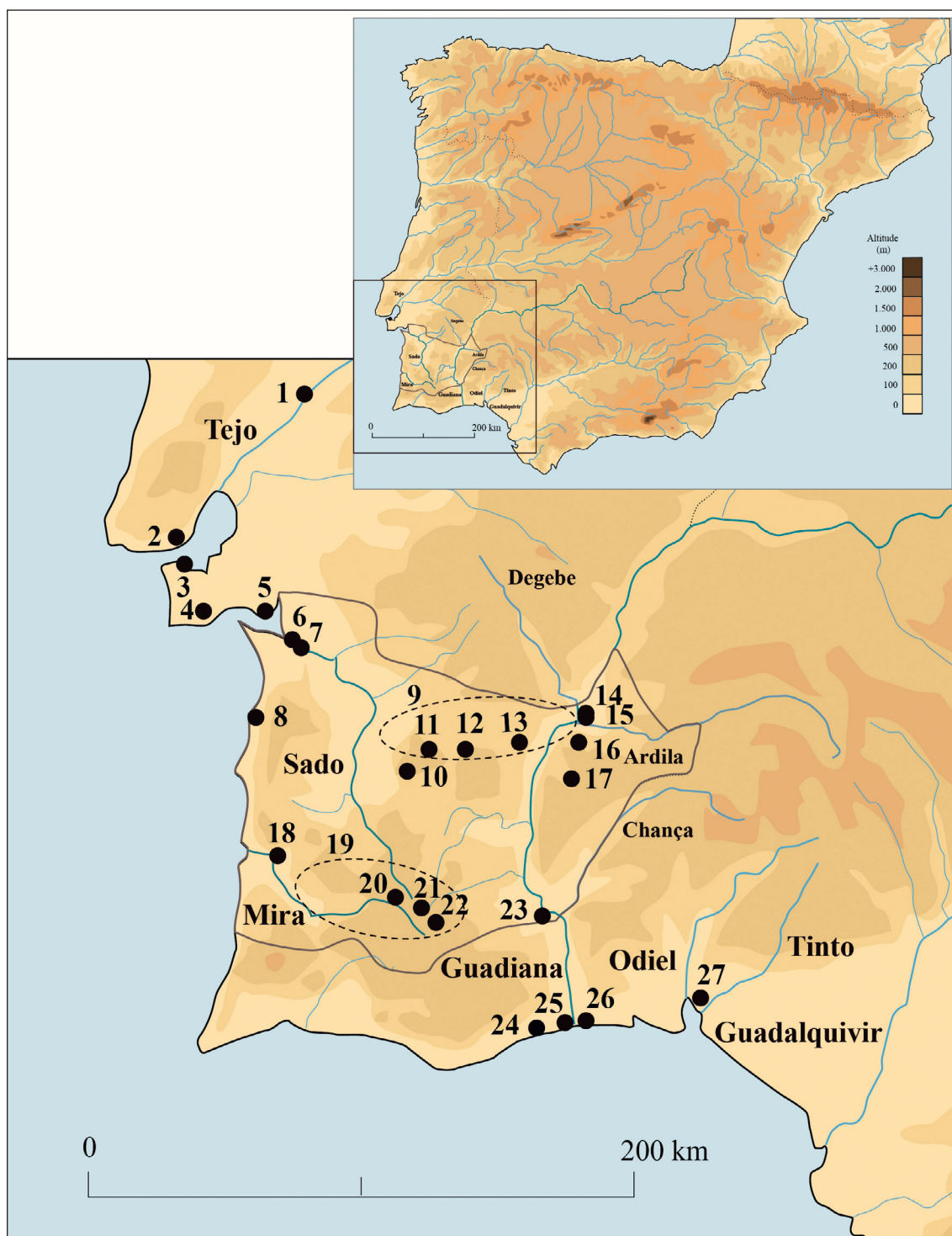


Fig. 1. Mapa do Baixo Alentejo integrado na Península Ibérica, com localização aproximada dos sítios mais relevantes mencionados no texto. 1: Santarém. 2: Lisboa. 3: Almaraz. 4: Roça do Casal do Meio. 5: Setúbal. 6: Abul. 7: Alcácer do Sal. 8: Sines. 9: núcleo setentrional das necrópoles da Idade do Ferro. 10: Monte da Ramada 1. 11: Ervidel. 12: Pé do Castelo. 13: Baleizão. 14: Castro dos Ratinhos. 15: Azougada. 16: Carapinhais. 17: Torre Velha 3, Santa Margarida, Salsa 3. 18: Odemira. 19: núcleo meridional das necrópoles da Idade do Ferro. 20: Castro da Cola, Atalaia, Alcária. 21: Fernão Vaz. 22: Corvo I, Neves I e II. 23: Mértola. 24: Tavira. 25: Castro Marim. 26: Ayamonte. 27: Huelva.

Idda (*e.g.* Vilaça 2012: 24), pela espada de tipo Sa Idda (Viana e Ribeiro 1956), bem como fíbulas e uma possível fúrcula (Arruda 2008: 365, com bibliografia) do Castro da Cola e pelas contas de vidro da necrópole da Atalaia (Schubart 1975: tf. 26), ambos em Ourique. São ainda corroborados pela existência de ponderais vinculados ao padrão sírio-cananeu de 9,4 gr. em povoados indígenas dos séculos XI a IX a.C. do interior do território actualmente português, como Baleizão, em Beja (*e.g.* Vilaça 2011) - onde se recolheu também uma fíbula de arco multicurvilinear (Arruda 2008: 354) -, padrão metrológico que parece estar também representado no tesouro do Álamo, em Moura (Antunes 2017: 914).

Embora existam materiais vilanovianos e sardos em Huelva (González de Canales *et alii* 2008) e sardos em Cádiz (Córdoba Alonso e Ruiz Mata 2005) e em El Carambolo (Torres Ortiz 2004), não deve ser negligenciado o potencial papel do litoral atlântico neste processo, atendendo às evidências da Roça do Casal do Meio (Sesimbra), contexto funerário para o qual as datações radiométricas apontam uma cronologia entre finais do século XI e finais do século IX a.C. (2760 ± 40 / 2820 ± 40), no qual foram recolhidas duas pinças de bronze e um pente de marfim com origem mediterrânea e uma fíbula de bronze idêntica às que marcam presença em diversos sítios nas Beiras e na Estremadura Portuguesa, com paralelos na Sardenha e na Sicília (*e.g.* Vilaça e Cunha 2005: 52-53 e 55-56).

Nos séculos X-IX a.C., destacam-se os objectos de adorno presentes em dois hipogeus funerários (2 e 4) do Monte da Ramada 1 (Aljustrel), cuja arquitectura se enquadra na tradição regional do Bronze Pleno, mas cujo espólio integra contas de pasta vítrea, de faiança egípcia, de ovo de avestruz e possivelmente de marfim, bem como um conjunto de pulseiras de bronze que apresenta um valor de estanho muito baixo, atípica para as produções regionais, mas comum no Mediterrâneo Oriental (Valério *et alii* 2017). Não é improvável que se encontrem já reflectidos neste cenário os primeiros contactos com comerciantes fenícios documentados no final do século X na Plaza de las Monjas, em Huelva, ainda que materiais eubeus, cipriotas, sardos e vilanovianos também se encontrem presentes (González de Canales *et alii* 2004: 154-155), testemunhando um momento de transição no protagonismo dos contactos mediterrâneos, que antecedeu a instalação de populações orientais a partir do século IX a.C. em Huelva (González de Canales *et alii* 2008), Cádiz (Gener Basallote *et alii* 2014) e Málaga (Arancibia Román *et alii* 2011: 130), com base nos dados mais recentes.

Com o primeiro momento de colonização fenícia do litoral andaluz deverão relacionar-se as grandes transformações ocorridas entre *circa* 830 e 760 a.C. (Soares e Martins 2010) – fase 1b - no Castro dos Ratinhos (Moura), importante povoado do Bronze Final estrategicamente implantado numa elevação destacada sobre o Guadiana. Aqui, sobre cabanas do Bronze Final, foi implementado num só momento um

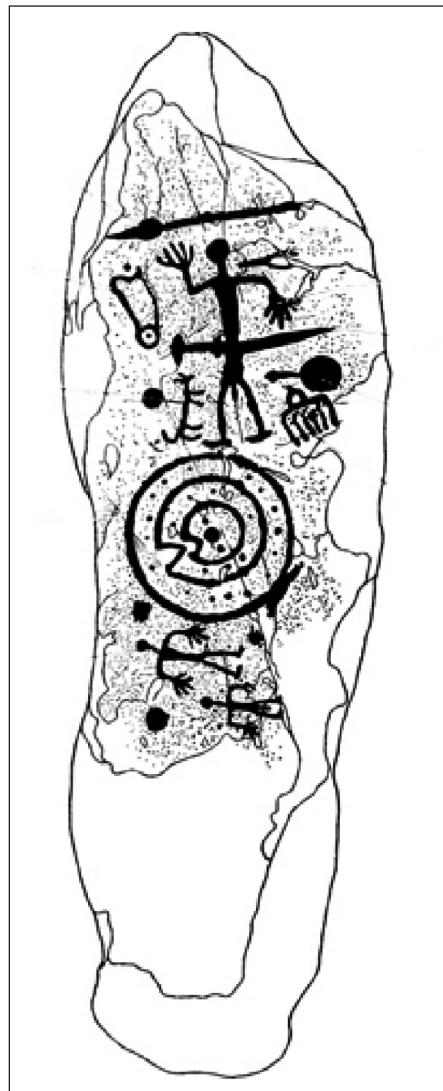


Fig. 2. Estela de Ervidel II, Beja (Gomes e Monteiro 1977).

projecto com recurso a técnicas construtivas e a um sistema modular orientais (codo fenício ou de Ezequiel), que se traduziu numa «acrópole» muralhada, de provável cariz simbólico, que incluía duas cabanas de planta perfeitamente circular e um edifício ortogonal (Fig. 3) interpretado como santuário dedicado a Asherat e a Baal, ou a uma divindade indígena masculina associada (Berrocal-Rangel e Silva 2010), cuja concretização denuncia a presença de indivíduos plenamente conhecedores do culto e das técnicas, que seriam possivelmente elementos das populações orientais ou orientalizadas do litoral peninsular. É relevante assinalar a semelhança do modelo arquitectónico e, porventura, do processo que lhe está subjacente, com a realidade documentada no litoral malaguenho, um dos focos dos contactos coloniais arcaicos, nos Castillejos de Alcorrín (*e.g.* Marzoli *et alii* 2020) e no interior, no Cerro Borreguero, Badajoz (Celestino e Rodríguez González 2018), mas também, possivelmente, em Neves II, Ourique (Maia 2008).

Sublinhe-se, não obstante, que no Castro dos Ratinhos é rara a cerâmica importada, que o uso do torno está ausente da produção local, que é inexistente a metalurgia do ferro (Berrocal-Rangel e Silva 2010: 425) e que a metalurgia do bronze e do ouro revelam parâmetros rastreáveis na produção indígena do Bronze Final (Soares *et alii* 2010; Valério *et alii* 2010). Deste modo, é mais plausível que tenha sido a elite local, embora com o apoio ou mesmo o incentivo de agentes exógenos, a responsável pela implementação de uma nova realidade, que assume contornos mais ideológicos do que tecnológicos. O santuário foi destruído por um incêndio e o edifício ortogonal foi reerguido, mas novamente com recurso a técnicas construtivas indígenas típicas do Bronze Final e, embora se reconheça um ambiente de prestígio, perdeu a componente cultural (Berrocal-Rangel e Silva 2010), tendo esta fase conhecido uma curta duração, entre *circa* 760-730 a.C. (Soares e Martins 2010). O momento de matriz oriental ou orientalizante do Castro dos Ratinhos constituiu assim um epifenómeno, não se denotando neste período uma influência orientalizante estrutural nas sociedades autóctones do interior do Alentejo.

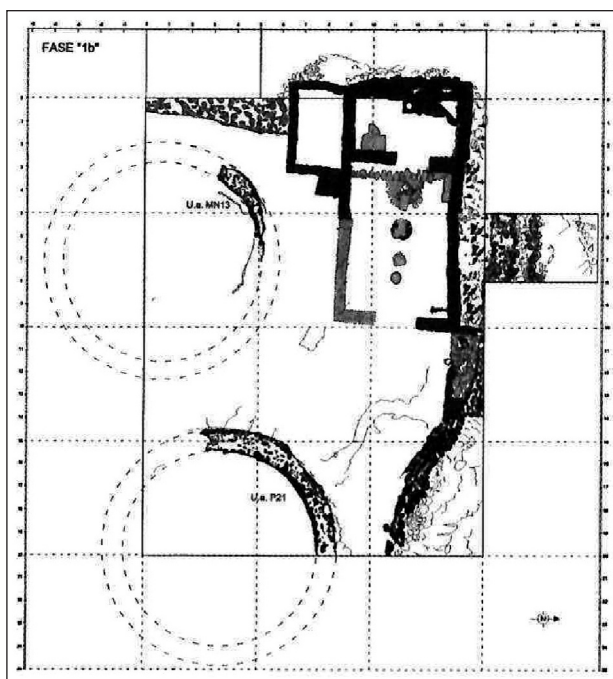


Fig. 3. Castro dos Ratinhos, Moura - fase 1b (Berrocal-Rangel e Silva 2009).

Ainda assim, a presença nesta última fase (1a) de um ponderal (Berrocal-Rangel e Silva 2010: 309; Valério *et alii* 2010: 1813) associado ao siclo fenício de 7,83 gr. (Antunes 2017: 913) e de residuais peças importadas (vasos de engobe vermelho, potes de tipos 8 e 11 de Tiro, ânforas de tipos 7-10 de Ramón Torres, um fecho de cinturão de «duplo gancho», uma possível fíbula de tipo Bencarrón-Acebuchal e fíbulas de dupla mola - Berrocal-Rangel e Silva 2010: 304, 306 e 425-426) testemunha a integração dos sítios fenícios do litoral nas redes de intercâmbio com o interior, que constituiriam as vias tradicionais do Bronze Final ao longo do Guadiana e, pelo interior, na margem esquerda, através dos corredores de passagem dos vales delimitados pelas Serras da Adiça e de Belmeque e portelas na Serra de Aracena e, na margem direita, pela peneplanície. Este fenómeno estará vinculado à gradual consolidação do mundo fenício peninsular, com destaque para a sua implantação na foz do Guadiana, em Ayamonte, na segunda metade do século VIII a.C. (*e.g.* Pérez Macías *et alii* 2016).

De acordo com os dados actuais, é no século VII a.C. que tem início de forma duradoura o impacto orientalizante no interior do Baixo Alentejo, fenómeno que não será alheio ao abandono generalizado dos povoados de altura do Bronze Final e que decorrerá sobretudo da instalação, *ex-novo* e em povoados indígenas, de populações fenícias na foz e nos estuários do Guadiana e do Sado. Os corredores naturais que configuram as bacias hidrográficas destes rios e as planícies que com aquelas se articulam potenciaram os contactos entre o litoral e o interior do Baixo Alentejo, sobretudo provavelmente a partir de meados do século VII, altura em que se assiste a uma consolidação da própria estrutura interna dos sítios do atlântico alentejano e algarvio, que estariam então mais capacitados para implementar uma maior regularidade e efectividade nesses contactos. Importa sublinhar que o Ocidente Atlântico não era desconhecido das populações fenícias com origem na área do Estreito de Gibraltar, que começaram a frequentar o estuário do Tejo entre finais do século IX e inícios do século VIII a.C., conforme revelam as datações radiométricas de Santarém (Arruda 2005) e de Almaraz (Barros e Soares 2004) e cuja presença em Lisboa recua pelo menos a finais do século VIII - inícios do século VII a.C. (e.g. Sousa 2016).

Na foz do Guadiana, na margem oposta ao povoado de Ayamonte, fenícios implantam-se em Castro Marim a partir de finais do século VIII a.C. ou inícios da centúria seguinte (Arruda *et alii* 2016b: 446-447). Embora Ayamonte seja abandonado num momento inicial da segunda metade do século VII (Pérez Macías *et alii* 2016), Castro Marim, para onde se coloca a hipótese de a população se ter transferido total ou parcialmente, vai consolidando a sua posição ao longo do tempo, destacando-se a implementação de um local de culto a partir da segunda metade do século VII (Arruda *et alii* 2016b: 440 e 447-449). É também à segunda metade de 600 que recua a matriz orientalizante em Mértola, último ponto do Guadiana directamente navegável desde a foz, testemunhada por urnas Cruz del Negro, ânforas de tipos 10.1.1.1 e 10.1.2.1. e algumas cerâmicas de engobe vermelho, incluindo um prato com um possível grafito fenício (e.g. Barros 2012: 225, Fig. 12; Zamora López 2013: 362-363).

No Sado, cujos primeiros contactos com os comerciantes orientais recuam à primeira metade do século VII a.C. ou a finais de 700, destaca-se a fundação de Abul no segundo quartel do século VII (Mayet e Silva 2000) e a instalação em Alcácer do Sal e Setúbal na segunda metade da centúria (e.g. Gomes 2016; Arruda 2000, ambos com bibliografia).

O povoamento sidérico instalado no território que se articula com a bacia hidrográfica do Mira atribui potencial à presença de populações exógenas na foz e no estuário do rio, o que até à data não se confirmou, limitando-se os materiais orientalizantes às arrecadas de Odemira e, no fundo navegável do estuário, ao fragmento de ânfora R1 recolhido em contexto secundário no Cerro do Castelo de Odemira (Vilhena 2014, com bibliografia). Perante estes dados, importa não esquecer que parte do povoamento do Baixo Alentejo meridional se estrutura também em torno do Alto Sado, que nasce na Serra da Vigia (Ourique), o que confere um alcance eventualmente mais extenso às influências emanadas pelo segmento baixo do rio, sem prejuízo do papel que Mértola terá aqui também desempenhado.

No interior do Baixo Alentejo, os dados relativos ao século VII, embora escassos, são significativos, associando-se a elites e testemunhando possivelmente cerimónias envolvendo rituais de comensalidade, entre outros. É o caso do *thymiaterion* de bronze de Safara, Moura (Fig. 6, n.º 7), cujo contexto se desconhece (e.g. Jiménez Ávila 2002: 401 e 459, n.º 69), do *pithos* e da fíbula de dupla mola de Torre Velha 3 (e.g. Antunes *et alii* 2016a: 176-178, Fig. 14, n.º 3 e Fig. 15) e de taças manuais finas pintadas, os quais marcam presença em ocupações de planície sobrepostas a sítios do Bronze Pleno (Torre Velha 3) e Final (Salsa 3, Santa Margarida), em Serpa ou da Pré-História Recente (Monte do Bolor 3, Beja) – Antunes *et alii* 2016a: 165, n.º 4 e 172, n.ºs 1-12; Soares 2005: 116, Fig. 5, n.º 60. As últimas ocorrem também em povoados de altura do Bronze Final - Crespa, Serra Alta (Serpa), em recolhas de superfície (Soares 2005: 123, Fig. 13) e Mangancha, em Aljustrel (Soares 2012: 111 e 117, Fig. 6, n.º 6). Tradicionalmente associam-

se estas taças ao litoral onubense e ao Baixo Guadalquivir, onde se atribuem aos estilos Carambolo e San Pedro II, mas a sua presença no século VII a.C. em Castro Marim (*e.g.* Arruda *et alii* 2016b: 451, Fig. 6, n.^{os} 5 e 6-8) e em Mértola (Barros 2012: 225, Fig. 12) permite ponderar alargar essa área à foz e estuário do Guadiana, pelo menos no que diz respeito à sua distribuição.

No século VI a.C. assiste-se a uma consolidação da influência orientalizante no interior do Baixo Alentejo, num processo paralelo ao do Alentejo Central e da Estremadura espanhola, manifestando-se a propagação da arquitectura ortogonal, patente no povoamento e nas necrópoles, numa lógica de disseminação generalizada pela planície, a qual parece ser o palco exclusivo das vivências destas sociedades desde o abandono dos povoados de altura no Bronze Final. A adopção de técnicas mediterrâneas encontra-se, todavia, mais patente na arquitectura do que na produção cerâmica, sendo torneados apenas os elementos exógenos, nomeadamente cerâmica cinzenta e ânforas R-1 e não se generalizando o uso do torno na olaria local antes do século V (*e.g.* Antunes *et alii* 2016a; 2016b; Antunes 2009).

Do ponto de vista sociopolítico, os dados existentes não permitem sustentar um processo de colonização, já que está ausente a estrutura política e social que o possibilitaria, ainda que Mértola ou Alcácer do Sal possam ter conhecido um maior desenvolvimento e assumido um papel relevante na articulação ou mesmo na gestão dos territórios que consigo mais diretamente se relacionavam. Pelo contrário, os vestígios arqueológicos apontam para uma estrutura heterárquica ou descentralizada, à semelhança do que sucede na Estremadura espanhola (*e.g.* Rodríguez Díaz *et alii* 2016), assistindo-se à perduração das elites rurais durante um tempo longo, as quais vão incorporando paulatinamente os estímulos externos, adaptando-os à tradição local.

Nestes estímulos, embora também possa ter participado o litoral andaluz (sobretudo na margem esquerda do Guadiana), centrado nas bacias do Guadalquivir, do Tinto e do Odiel, território postulado tradicionalmente como a “área nuclear tartéssica”, ou alargado a outros segmentos, o protagonismo recairá no litoral atlântico meridional e ocidental do território actualmente algarvio e alentejano na sequência da instalação de populações fenícias em cronologias antigas, contrariando a hipótese da colonização tartéssica do interflúvio Tejo-Sado e da própria Península de Lisboa desde a Estremadura espanhola e a Andaluzia, através, entre outros, da zona de Beja, proposta por alguns autores (Torres Ortiz 2005: 206; Almagro-Gorbea e Torres Ortiz 2009) e cujos argumentos foram já cabalmente desmontados (Arruda 2011; 2013).

No povoamento, generalizam-se as plantas ortogonais e destacam-se sítios que espelham já plenamente uma arquitetura de cânones mediterrâneos, pela sua dimensão e estruturação interna, num modelo axial ou com múltiplos compartimentos organizados em torno de um pátio central, funcionalmente dedicados, onde se vislumbram em alguns casos espaços aristocráticos e culturais (Fernão Vaz, em Ourique, Corvo I e Neves I e II, em Castro Verde – *e.g.* Beirão 1986; Arruda 2001; Correia 2007; Maia 2008; Jiménez Ávila 2009; Gomes 2012) – Fig. 4.

No mundo funerário, assiste-se entre o século VI (e possivelmente ainda o final do século VII) e meados do século V a.C. à implantação de um modelo arquitectónico e ritual padronizado, que se manifesta de forma diferenciada nas áreas setentrional e meridional do Baixo Alentejo, em função dos recursos geológicos e porventura de idiosincrasias locais.

Na área setentrional, estendidos desde a bacia hidrográfica do Baixo e Médio Sado à do Médio Guadiana, na margem direita deste rio, nos concelhos de Beja (onde se regista a maior concentração) e do Pedrogão e, possivelmente, na sua margem esquerda, no Monte da Lage, em Serpa (Soares *et alii* 2016: 133-135), nos últimos anos surgiram espaços funerários monumentalizados baseados em recintos de planta

quadrangular ou rectangular, no interior dos quais se inumava um indivíduo e por vezes dois, usualmente em sepulturas distintas, mas certamente relacionados, acompanhados de oferendas e ostentando objectos de adorno e de indumentária (Jiménez Ávila (ed.) 2016, com vários artigos). Estes recintos eram delimitados e sacralizados por fossos rituais escavados no substrato geológico brando, no interior dos quais se depositavam oferendas de marcado cariz simbólico, com destaque para os *thymiateria* coroados de ornotomorfos de Palhais (e.g. Santos *et alii* 2016: 245-246), Vinha das Calças (Arruda *et alii* 2016a: 199, n.º 160) e Cinco Reis 8, aqui acompanhados por touro(s) (e.g. Salvador Mateos e Pereira 2016: 346-347) – Fig. 6. A deposição de oferendas também podia realizar-se em construções rituais isoladas ou singulares, caso da Estrutura 3 de Palhais (Santos *et alii* 2016: 242-254). Habitualmente adossavam-se outros monumentos ao recinto mais antigo e, em alguns casos, foram posteriormente escavadas sepulturas no interior dos fossos rituais (Fig. 5, n.º 4).

Aparentemente não existem paralelos exactos para estes recintos na arquitectura funerária do Bronze Final regional, já que nas raras evidências funerárias conhecidas dessa época se mantém a tradição dos enterramentos em fossa e em hipogeu do Bronze Pleno (Soares *et alii* 2009: 448; Valério *et alii* 2017). Não obstante, apesar de constituir um caso isolado no panorama sepulcral do Bronze Pleno da margem esquerda portuguesa do Guadiana, dominado por cistas sem estrutura tumular, importa evocar a necrópole gregária de Carapinhais (Moura), composta por sepulturas inseridas em recinto circular delimitado por lajes pétreas (e.g. Soares *et alii* 2009: 439-440, Fig. 7) – Fig. 5, n.º 2. A sua implantação numa área de rochas duras contribui para a especificidade da sua arquitectura e promoverá também uma melhor preservação dos *tumuli* relativamente a áreas de substrato geológico brando. Não será por isso de afastar a possibilidade de uma adaptação ao substrato suave e às plantas ortogonais na Idade do Ferro de uma tradição regional, ainda pouco documentada no interior do Baixo Alentejo setentrional, mas registada no Alentejo Litoral, partilhando as necrópoles do Bronze Pleno de Provença, Quitéria e Pessegueiro (Sines) um modelo arquitectónico idêntico, com a particularidade de os recintos que delimitam as cistas terem maioritariamente planta ortogonal e de no interior daqueles terem sido depositadas peças de cerâmica, inteiras ou fragmentadas (e.g. Silva e Soares 1981) – Fig. 5, n.º 1. A presença de materiais à superfície na envolvente das necrópoles ocorre também no interior, em Talho do Chaparrinho, Bugalhos (Serpa) e Carapinhais, podendo testemunhar a realização de rituais de comensalidade (Soares *et alii* 2009: 446-447). É inegável a distância cronológica entre as necrópoles do Bronze Pleno e as da Idade do Ferro, mas haverá que considerar também o facto de se constatar uma perduração da cultura material e das tradições funerárias entre o Bronze Pleno e o Bronze Final, tendo sido possível destrinçar as parcas sepulturas do Bronze Final apenas através de datações radiométricas e/ou de artefactos exóticos (Soares 2009 *et alii*: 448; Valério *et alii* 2017).

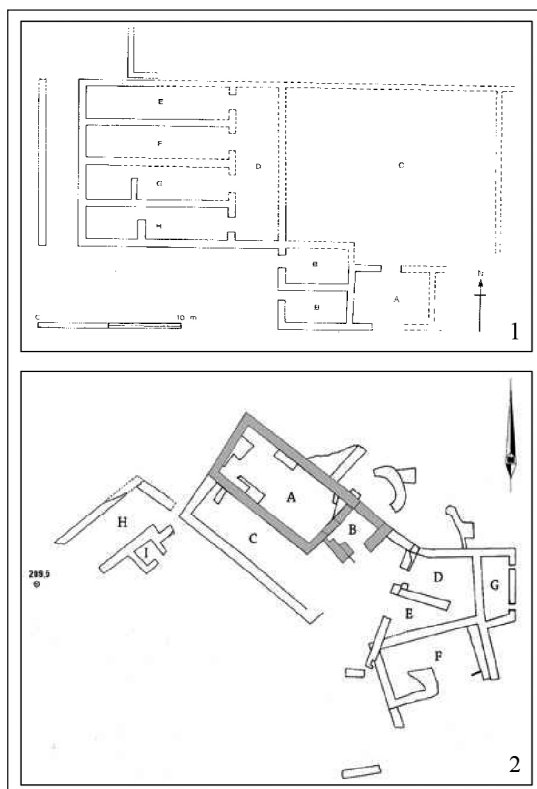


Fig. 4. 1: Fernão Vaz, Ourique (Correia 2007: 195, Fig. 2A). 2: Neves I (Castro Verde), observando-se a cinzento os compartimentos de âmbito cultural (Gomes 2012: 71, Fig. 29).

É importante também sublinhar a perduração do ritual da inumação do Bronze Final (e Pleno), quando em Alcácer do Sal vigora a incineração em todas as fases da necrópole orientalizante do Olival do Senhor dos Mártires (*e.g.* Gomes 2016; 2016/2017). Apenas no caso da estrutura 14 da Carlota (Beja) surgiram restos carbonatados no interior de uma urna Cruz del Negro, que poderão talvez corresponder a uma incineração (*e.g.* Salvador Mateos e Pereira 2016: 341, Fig. 6.1). Já a morfologia das sepulturas consiste usualmente em fossas simples, idênticas às do Olival do Senhor dos Mártires (*e.g.* Gomes 2016; 2016/2017), bem como às das necrópoles andaluzas (*e.g.* Torres Ortiz 1999, com bibliografia) e da Estremadura espanhola (*e.g.* Almagro Gorbea 2007), para mencionar apenas exemplos peninsulares. Na Vinha das Calijas 4 documentam-se ainda sepulturas escalonadas (*e.g.* Arruda *et alii* 2016a), com paralelos no Olival do Senhor dos Mártires (*e.g.* Gomes 2016; 2016/2017), embora também se registem nas necrópoles do Baixo Guadalquivir, como Bencarrón ou Cruz del Negro (*e.g.* Torres Ortiz 1999: 131-133), assinalando-se, todavia, a sua origem fenícia, uma vez que ocorrem, entre outros, no Monte Sirai (Sardenha), em Puig des Molins (Ibiza) e em Cádiz (Gomes 2016/2017: 25).

Um modelo de arquitectura funerária e ritual de algum modo idêntico, já conhecido desde as décadas de 70 e 80 do século passado (Beirão 1986; Arruda 2001; Gomes 2016), registou-se na área meridional do Baixo Alentejo, na bacia hidrográfica do Alto Sado e do Mira, onde o substracto geológico é composto por rochas duras. O recinto sagrado que integra as sepulturas, designado *temenos* e registado pelo menos em Chada e Fonte Santa (Fig. 5, n.º 5), é delimitado por muretes pétreos, em lugar de fossos e as oferendas foram colocadas no interior das sepulturas e terão sido também depositadas sobre as estruturas tumulares ou na área dos recintos, em Fonte Santa, Chada, Cerro do Ouro e, possivelmente, Mealha Nova, Pego e Favela Nova, não sendo ainda de excluir a existência de estruturas rituais singulares, como o designado «túmulo» II da Herdade do Pego (Santos *et alii* 2016: 251-254, com bibliografia). A incineração parece ser o rito preferencial de tratamento do cadáver, embora também ocorram inumações. Pelo menos algumas destas sepulturas estariam sinalizadas com estelas epigrafadas com escrita do Sudoeste (*e.g.* Beirão e Gomes 1980; Barros *et alii* 2013), situação que não parece ocorrer nas necrópoles setentrionais, a não ser que a identificação das sepulturas se efectuasse com elementos perecíveis ou rasurados pelos trabalhos agrícolas, que provocaram uma ablação, por vezes significativa, da superfície original dos terrenos.

Também aqui se regista a tendência para o progressivo adossamento das sepulturas, tradição que recua ao Bronze Pleno em Vale Feixe, Odemira (*e.g.* Vilhena 2014: 91-92), com extensão ao Bronze Final em Ourique, nas necrópoles da Atalaia (Schubart 1965; 1975) - Fig. 5, n.º 3 - e de Alcaria - na qual se identificou uma construção pétrea rectangular (Beirão 1973: 194-197), que poderá ter tido uma eventual função ritual - e, adicionalmente, para a delimitação de sepulturas com recintos rectangulares, conforme ocorria na área de Sines e se aprecia em algumas necrópoles do Bronze Pleno do Algarve Ocidental, tanto litoral (Vale da Telha, Aljezur - Gomes 2015), como interior (Alfarrobeira, São Bartolomeu de Messines - Gomes 1994). A manutenção de práticas ancestrais regionais no que respeita à arquitectura funerária está igualmente documentada em necrópoles de cistas, tipologia comum na Idade do Bronze do Alentejo e do Algarve, caso de Corte Margarida, em Aljustrel (Deus e Correia 2005), assinalando-se também no Alentejo Litoral, no Gaio, em Sines (*e.g.* Gomes 2016) e no Casalão, em Sesimbra (Gomes 2013).

Na área meridional do Baixo Alentejo, existe uma relação de proximidade entre os povoados e o que serão as respetivas necrópoles (*e.g.* Beirão 1986; Arruda 2001), cenário que apenas pode ser intuído na área setentrional no caso do Monte do Bolor 1-2 e 3 (*e.g.* Antunes *et alii* 2016a), desconhecendo-se geralmente os povoados associados aos espaços funerários.

De qualquer modo, importa sublinhar como a prática tumular gregária reflecte a profunda ligação territorial e local destas sociedades, bem como os elos sociofamiliares em ambas as áreas do Baixo Alentejo. Os monumentos funerários demarcariam simbolicamente o território do grupo social e/ou familiar que ali

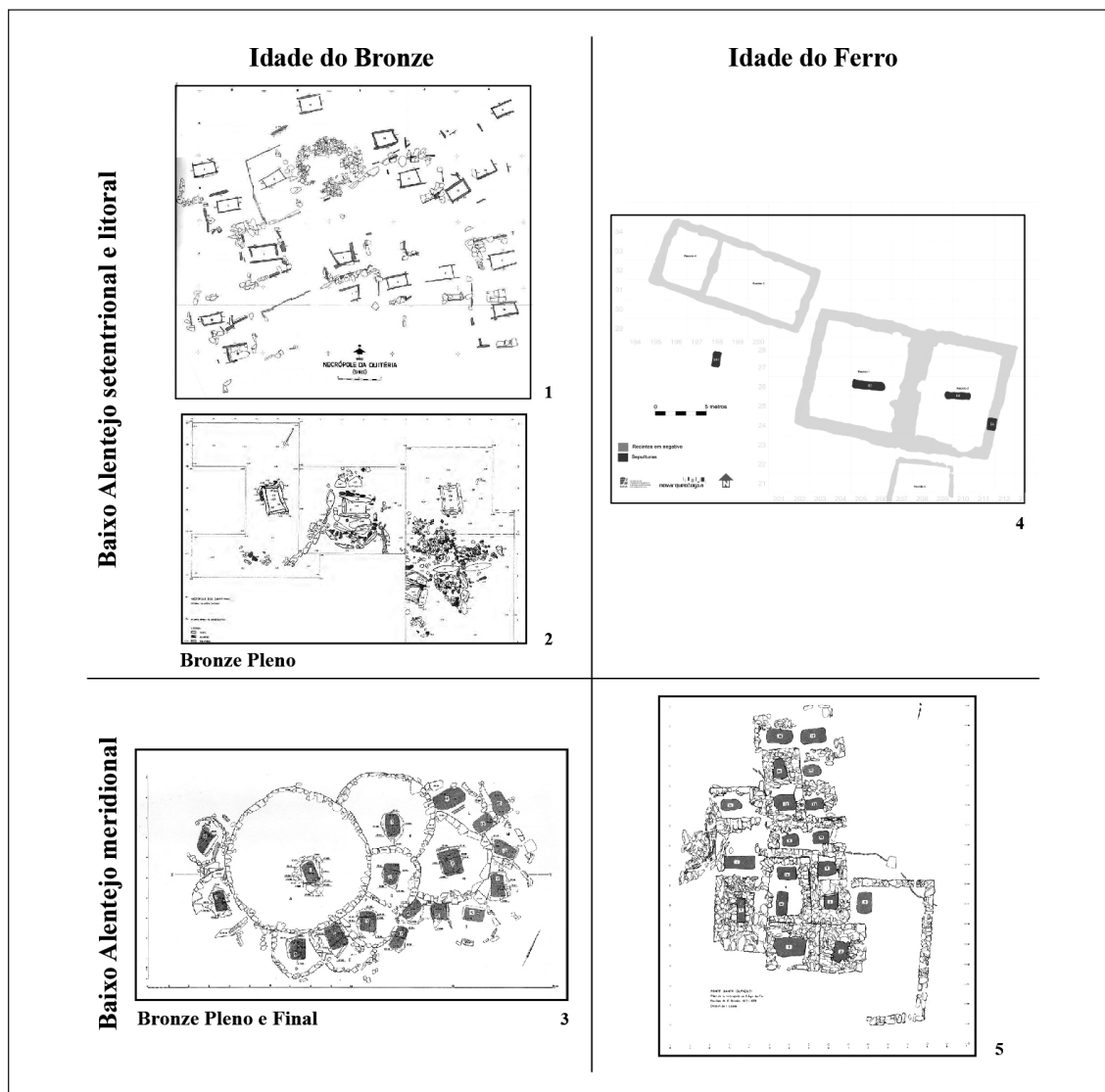


Fig. 5. Exemplos de arquitectura funerária da Idade do Bronze e da Idade do Ferro no Baixo Alentejo (escalas diversas). 1: Quitéria, Sines (Silva e Soares 1981). 2: Carapinhais, Moura (Soares *et alii* 2009). 3: Atalaia (Monumento IV), Ourique (Schubart 1975). 4: Carlota, Beja (Salvador Mateos e Pereira 2016). 5: Fernão Vaz, Ourique (Beirão 1986).

se encontrava representado. O progressivo adossamento de monumentos ou a posterior sepultação de indivíduos nos fossos delimitadores dos recintos funerários em alguns dos sítios revelam a importância de associação ao elemento mais ancestral, que seria possivelmente o fundador da família ou da linhagem.

O acervo artefactual manifesta também semelhanças entre as duas áreas do Baixo Alentejo, embora alguns pertences pessoais sejam, com base nos dados actuais, exclusivos do segmento setentrional – elementos de toucador de bronze, fechos de cinturão de “tipo tartéssico”, fibulas com origem usualmente atribuída à Andaluzia (Acebuchal, Los Alcores, Bencarrón) – ao passo que a anular hispânica surge na área meridional – e contas de prata em forma de bolota. Outros adornos frequentes são pulseiras acoraçadas, anéis de prata e bronze, contas de ouro, vidro, cornalina, âmbar e faiança egípcia e escaravinhos (*e.g.* Beirão 1986; Arruda 2001; Jiménez Ávila (ed.) 2016).

Releva o cariz exógeno dos objectos de adorno e dos elementos de indumentária de uso individual, ou pelo menos dos seus protótipos, já que, no caso de Palhais, onde sintomaticamente o fecho de cinturão com decoração de palmetas da sepultura 2 é idêntico a um da Vinha das Calças e a outro de Cruz del Negro (Santos *et alii* 2016: 240, Fig. 10; Arruda *et alii* 2016a: 201, n.º 17), os objectos metálicos constituirão reproduções locais de peças importadas (Valério *et alii* 2013). Assinale-se que, com excepção do localismo que constituem os elementos de toucador de bronze, estes artefactos estão presentes nas necrópoles da Baixa Andaluzia, da Estremadura espanhola, do Alentejo Litoral e do Algarve, o que demonstra o vasto alcance das suas redes de distribuição. A iconografia de algumas destas peças revela uma marcada carga simbólica de cariz orientalizante, patente em flores de lótus, rosetas ou palmetas. Assinala-se, no entanto, a limitada variabilidade dos objectos de adorno e de indumentária, que manifestam uma padronização iconográfica e morfológica e traduzem um pacote de referência social, sendo mais um reflexo de estética e ostentação social do que de matriz identitária. Já os objectos relacionados com as práticas rituais são mais relevantes na altura de avaliar a influência exógena.

Verifica-se uma tendência para a utilização dos vasos *a chardon* como portadores de oferendas, tal como sucede em necrópoles da Baixa Andaluzia, da Estremadura espanhola e do Alentejo litoral a partir do século VII a.C. (Torres Ortiz 1999: 171-173; Almagro-Gorbea 2006: 252, 288 e 291-292; Gomes 2016: 84-85, est. I, n.ºs 2-4). As facas afalcatadas, frequentes nas mesmas áreas, também marcam presença e poderão estar associadas a eventuais rituais cruentos. Os *thymiateria* são um dos elementos que melhor espelham a difusão dos rituais fenícios e do sistema de crenças associado e a aculturação das sociedades indígenas. Embora a produção destas peças em bronze comece a decair a partir de finais do século VII (Jiménez Ávila 2002: 211), a sua função manteve-se, destacando-se a imitação em cerâmica manual revelada pelos *thymiateria* coroados de ornitomorfos de Palhais, Vinha das Calças e Cinco Reis 8 ou, possivelmente, destituídos de decoração, no designado «túmulo» II da Herdade do Pego, em Ourique (Santos *et alii* 2016: 253-254, com bibliografia) e na Carlota, em Beja (Salvador Mateos e Pereira 2016: 339, Fig. 4), ainda que não se possa descartar uma função como suportes para estes. A utilização ritual de substâncias aromáticas poderá estar também documentada pelos *oenochoi* de Palhais (Santos *et alii* 2016: 247) e da Carlota (Salvador Mateos e Pereira: 340, Fig. 5, n.º 4), embora não se possa excluir a possibilidade de constituírem meros elementos de ostentação social. Estes são, até à data, exclusivos das necrópoles setentrionais, tal como sucede com o braseiro de bronze de Fareleira 3, no Pedrogão (Figueiredo e Mataloto 2016: 379-381), peça única na realidade funerária do Baixo Alentejo e que poderá talvez reflectir mais o estatuto que se pretendia associar ao inumado do que uma prática ritual funerária diferenciada.

A produção coroplástica zoomórfica é um dos elementos que melhor expressa a personalidade da realidade sidérica do Baixo Alentejo (Fig. 6), privilegiando aves (referidas *supra* e que assumem preferencialmente a forma de terracotas singulares nas necrópoles meridionais de Chada e Corte Margarida, embora a peça do Cerro do Ouro seja interpretada como tampa) e bovinos (igualmente presentes em Fonte Santa e no Olival do Senhor dos Mártires), ainda que também se encontrem felinos (Fonte Santa) – Beirão e Gomes 1984; Gomes 2019 - representações que no mundo oriental simbolizam Baal ou Melkart e Astarté, admitindo-se a existência de rituais votivos que poderão estar relacionados com essas entidades ou com eventuais divindades locais que assumiram aquela forma por via de sincretismo. Embora a ave seja frequente na iconografia da área localizada entre o Tinto-Odiel e a bacia do Guadalquivir, aplicada à cerâmica pintada de tipo Carambolo, na margem esquerda do Baixo Alentejo, a temática parece documentar-se desde o Bronze Final, num motivo zoomorfo de um fragmento de ornatos brunidos de Santa Margarida 3, Serpa (Soares *et alii* 2009: 450, Fig. 20).

Estamos perante uma sociedade que incorpora de forma selectiva os elementos orientalizantes, sendo notória a preferência pelos que mais facilmente se enquadrariam no mundo rural, ganadeiro e agrícola em

que se inserem, com destaque para o touro. No caso de *aegytiaca*, proliferam os escaravinhos (provavelmente redistribuídos por Alcácer do Sal e incorporados como elementos de adorno), mas estão ausentes outros amuletos, aparentemente vinculados às comunidades do litoral, como o *oudjat*, até à data apenas reconhecido em Lisboa (Antunes *et alii* no prelo) e Alcácer do Sal, sendo aqui acompanhado por representações fálicas e de Bes (Gomes 2016: 318-319, est. CXLI; Gomes 2012: 106, Fig. 57).

A transmissão de novos conceitos mentais decorre da presença efectiva e continuada de interlocutores e agentes forâneos conhecedores dos novos códigos ideológicos e rituais e da existência dos locais onde aqueles se manifestem de modo estruturado e permanente, com destaque para os santuários e outras formas de locais de culto. Para além do papel que alguns poderiam desempenhar no âmbito económico e comercial e enquanto palcos de encontro e negociação, eram por natureza mediadores do processo cultural e agentes dos discursos identitários, onde se veiculariam as novas mitologias e se forjariam os eventuais sincretismos com as putativas divindades indígenas, que explicarão a larga aceitação e disseminação dos símbolos ideológicos de matriz orientalizante.

Por esse motivo, não se poderá dissociar a difusão da influência orientalizante no interior do Baixo Alentejo da instalação de santuários de matriz fenícia no litoral nos séculos VII e VI a.C., tanto no Sado, em Abul (Mayet e Silva 2000) e na Rua do Rato, em Alcácer do Sal (Arruda *et alii* 2021), como no Guadiana, em Castro Marim (*e.g.* Arruda *et alii* 2016b), aos quais há que acrescentar Tavira, na foz do Gilão (*e.g.* Maia 2000). No século V e, em alguns casos, ainda nos finais da centúria anterior, a assimilação das ideologias e mitologias encontrava-se já consolidada e surgem santuários e espaços de culto no interior, em Neves I e II, Corvo I, em Castro Verde (*e.g.* Maia 2008) e na Azougada, em Moura (*e.g.* Antunes 2009), onde podem ter adquirido uma dinâmica relacionada com possíveis aristocracias residentes e com a construção de um discurso legitimador (Gomes 2012).

Na Azougada mantém-se o culto a Astarté e a Baal (ou a divindades similares ou sincretizadas), revelado por objectos nos quais a flor de lótus e a roseta surgem já de forma estilizada e pelo molde de bronze com a representação do touro sagrado comendo flores de lótus, que poderá expressar o mito da manada sagrada de touros de Astarté, bem como pelo *smiting god* (*e.g.* Antunes 2009; no prelo). Tal como sucede no litoral, poderemos falar no interior de um conservadorismo orientalizante, expressão forjada por Ana Margarida Arruda (*e.g.* 2005), também patente na manutenção reinterpretada de modelos exógenos, em particular na produção cerâmica, decorrente do atavismo que é característico das sociedades rurais conjugado com o desenvolvimento autónomo manifestado pelo território após a desvinculação ou o afastamento do litoral na sequência da designada crise do século VI. Neste contexto, são reforçados os contactos com o interior, sendo paradigmática no século V a semelhança da cultura material da margem esquerda do Guadiana com a da Estremadura espanhola (*e.g.* Antunes 2009).

Os dados atuais indicam assim que, no Baixo Alentejo, a dinâmica da influência orientalizante se relaciona com as pautas de desenvolvimento da presença fenícia no litoral, sobretudo atlântico e com a sua interacção com as sociedades autóctones. Da conjugação da perduração das tradições do Bronze Final com os elementos de matriz mediterrânea ao longo da primeira metade do I milénio a.C., resultou uma solução de síntese que reflecte a personalidade do substrato indígena regional no processo de aculturação, no qual apenas se escutam ecos de Tartesso.



Fig. 6. Elementos coroplásticos e torêuticos zoomorfos (escalas diversas). 1 e 2: *Thymiateria* coroados de ornitomorfos de Cinco Reis 8 (Salvador Mateos e Pereira 2016) e de Palhais (© Filipe Santos), Beja. 3 a 5: Ornitomorfos de Corte Margarida, Aljustrel (Deus e Correia 2005, © José Paulo Ruas²), Cerro do Ouro (Beirão e Gomes 1984) e Chada (Beirão 1986), Ourique. 6: Cerâmica de ornatos brunidos com ornitomorfo de Santa Margarida 3 (Bronze Final), Serpa (Soares *et alii* 2009). 7: *Thymiaterion* de bronze de Safara, Moura (© Matriznet). 8 a 10: Touros de Cinco Reis 8, Beja (Salvador Mateos e Pereira 2016), Fonte Santa, Ourique (© Matriznet) e Olival do Senhor dos Mártires, Alcácer do Sal (Gomes 2018). 11: Felino de Fonte Santa, Ourique (© Matriznet).

² Agradeço a Manuela de Deus a cedência da fotografia.

BIBLIOGRAFIA

- ALBUQUERQUE, P. 2010: *Tartessos. Entre mitos e representações*, Lisboa.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (coord.) 2007: *La Necropolis de Medellín I. La excavación y sus hallazgos*, Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M. Y TORRES ORTIZ, M. 2009: “La colonización de la costa atlántica de Portugal: Fenicios o tartesios?”, *Acta Paleohispanica*, 9: 113-142.
- ANTUNES, A. S. no prelo: “O molde para amuletos com touro sagrado pastando flores de lótus da Azougada (Moura, Portugal)”, en *X Coloquio Internacional del CEFYP. Homenaje al Profesor Jose María Blázquez. Mare Sacrum. Religión, cultos y rituales en el Mediterráneo. Cádiz, San Fernando. 13-15 de Diciembre 2017*.
- ANTUNES, A. S. 2009: *Um conjunto cerâmico da Azougada. Em torno da Idade do Ferro Pós-Orientalizante da margem esquerda do Baixo Guadiana*, Suplemento 5 de *O Arqueólogo Português*, Lisboa.
- ANTUNES, A. S. 2017: “A Azougada (Moura) e o sistema metrológico da Idade do Ferro Pós-Orientalizante do Baixo e Médio Guadiana”, en *II Encontro da Associação dos Arqueólogos Portugueses*, Lisboa: 905-926.
- ANTUNES, A. S., DEUS, M., ESTRELA, S., LARRAZABAL, J., SOARES, A. M. Y SALVADOR MATEOS, R. 2016a: “Monte do Bolor, Monte do Pombal 2, Salsa 3 e Torre Velha 3. Contextos de planície da I Idade do Ferro do Alentejo Interior”, en Jiménez, J. (ed.), *Sidereum Ana III. El Río Guadiana y Tartessos*, Serie Compacta, 1, Mérida: 159-185.
- ANTUNES, A. S., MANSO, C. Y OLIVEIRA, J. M. no prelo: “Evidências apotropaicas da Idade do Ferro em Lisboa (Portugal): o recipiente com *oudjat* do Convento de *Corpus Christi*”, en *X Coloquio Internacional del CEFYP. Homenaje al Profesor Jose María Blázquez. Mare Sacrum. Religión, cultos y rituales en el Mediterráneo. Cádiz, San Fernando. 13-15 de Diciembre 2017*.
- ANTUNES, A. S., SOARES, A. M., DEUS, M. Y SOARES, R. 2016b: “Povoamento ‘orientalizante’ na margem esquerda do Guadiana. Uma leitura a partir do Passo Alto e do Castelo de Serpa”, en Jiménez, J. (ed.), *Sidereum Ana III. EL Río Guadiana y Tartessos*, Serie Compacta, 1, Mérida: 131-158.
- ARANCIBIA ROMÁN, A., SAN JOSÉ, L. G., JUZGADO NAVARRO, M., DUMAS PEÑUELAS, M. Y SÁNCHEZ-MORENO, V. M. 2011: “Aportaciones de las últimas intervenciones a la arqueología fenicia de la Bahía de Málaga”, en Martí-Aguilar, M. Á. (ed.), *Fenicios en Tartessos: nuevas perspectivas*, BAR International Series 2245, Oxford: 129-149.
- ARRUDA, A. M. 2000 – “Tartessos y el territorio actual de Portugal”; *Argantónio Rey de Tartessos*, Sevilha: 165-177.
- ARRUDA, A. M. 2001: “A Idade do Ferro pós-orientalizante no Baixo Alentejo”, *Revista Portuguesa de Arqueologia*, 4-2: 207-291.
- ARRUDA, A. M. 2005: “O 1º milénio a.n.e. no Centro e no Sul de Portugal: leituras possíveis no início de um novo século”, *O Arqueólogo Português*, S. IV, 23: 9-156.
- ARRUDA, A. M. 2008: “Estranhos numa terra (quase) estranha: os contactos précoloniais no sul do território actualmente português”, en Celestino Pérez, S., Rafel, N. y Armada, X.-L. (eds.), *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VIII ANE). La precolonización a debate*, Madrid: 355-370.
- ARRUDA, A. M. 2011: “Indígenas, fenicios y tartésicos en el occidente peninsular. Mucha gente, poca tierra”, en Martí-Aguilar, M. A. (ed.), *Fenicios en Tartesos. Nuevas perspectivas*, BAR International Series 2245, Oxford: 151-160.
- ARRUDA, A. M. 2013: “Do que falamos quando falamos de Tartesso?”, en Alvar, J. y Campos, J. (eds.), *Tarteso. El Emporio del Metal*, Huelva: 211-222.
- ARRUDA, A. M. 2021: “Alcácer do Sal e os fenícios no baixo Sado”, en Gonçalves, V. S. (ed.), *Terra e Sal. Das antigas sociedades camponesas ao fim dos tempos modernos. Estudos oferecidos a Carlos Tavares da Silva*, Estudos & Memórias, 16, Lisboa: 273-286.

- ARRUDA, A. M., BARBOSA, R., GOMES, F. Y SOUSA, E. 2016a: “Castro Marim entre indígenas, fenícios e tartéssicos”, en Jiménez, J. (ed.), *Sidereum Ana III. EL Río Guadiana y Tartessos*, Serie Compacta, 1, Mérida: 443-466.
- ARRUDA, A. M., SOUSA, E., FERREIRA, M., LOURENÇO, P. Y CARVALHO, A. 2021: *El Orientalizante en Portugal. Nuevos datos de Alcácer do Sal*, Cuadernos de Arqueología Mediterránea, 27, Barcelona.
- BARROS, L. Y SOARES, A. M. 2004: “Cronologia absoluta para a ocupação orientalizante da Quinta do Almaraz, no estuário do Tejo (Almada, Portugal)”, *O Arqueólogo Português*, S. 4, 22: 333-352.
- BARROS, P. 2012: “O Bronze Final na região de Mértola”, en Jiménez, J. (ed.), *Sidereum Ana II. El Río Guadiana en el Bronce Final*, Anejos de Archivo Español de Arqueología, LXII, Mérida: 215-227.
- BARROS, P., MELRO, S. Y GONÇALVES, D. 2013: “A necrópole da Idade do Ferro da Abóbada (Almodôvar), en Jiménez, J., Bustamante-Álvarez, M. y García Cabezas, M. (coords.), *VI Encuentro de Arqueología del Suroeste Peninsular*, Villafranca de los Barros: 1157-1177.
- BEIRÃO, C. M. 1973: “Cinco aspectos da Idade do Bronze e da sua transição para a Idade do Ferro no Sul do País”, en *Actas das II Jornadas Arqueológicas da Associação dos Arqueólogos Portugueses*, Lisboa, 1972, Lisboa, I: 193-221.
- BEIRÃO, C. M. 1986: *Une civilisation protohistorique du Sud du Portugal (1er Âge du Fer)*, Paris.
- BEIRÃO, C. M. Y GOMES, M. V. 1980: *A I Idade do Ferro no Sul de Portugal. Epigrafia e Cultura*, Lisboa.
- BEIRÃO, C. M. Y GOMES, M. V. 1984: “Coroplastia da I Idade do Ferro do Sul de Portugal”, en *Volume d’Hommage au géologue Georges Zbyszewski a l’occasion de son passage à la retraite (22 octobre 1979)*, Paris: 431-468.
- BERROCAL-RANGEL, L. Y SILVA, A. C. 2010: *O Castro dos Ratinhos (Barragem do Alqueva, Moura). Escavações num Povoado Proto-histórico do Guadiana, 2004-2007*, Suplemento 6 de *O Arqueólogo Português*, Lisboa.
- CELESTINO PÉREZ, S. Y RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, E. 2018: “Cerro Borreguero. Un yacimiento clave para estudiar la transición entre el Bronce Final y el periodo tartésico en el valle del Guadiana”, *Trabajos de Prehistoria*, 75-1: 172-180.
- CÓRDOBA ALONSO, I. Y RUIZ MATA, D. 2005: “El asentamiento fenicio arcaico de la Calle Cánovas del Castillo (Cádiz). Un análisis preliminar”, en Celestino Pérez, S. y Jiménez Ávila J. (eds.), *El Periodo Orientalizante*, Anejos de Archivo Español de Arqueología, XXV, vol. II, Mérida: 1269-1321.
- CORREIA, V. H. 2007: “Fernão Vaz. Um caso de estudo da paisagem rural do Sudoeste no período Orientalizante”, en Rodríguez Díaz, A. y Pavón, I. (eds.), *Arqueología de la tierra. Paisajes rurales de la protohistoria peninsular*, Cáceres: 181-194.
- DEUS, M. Y CORREIA, J. 2005: “Corte Margarida. Mais uma necrópole orientalizante no Baixo Alentejo”, en Celestino Pérez, S. y Jiménez Ávila, J. (eds.), *El Periodo Orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, Anejos de Archivo Español de Arqueología, XXXV, vol. I, Mérida: 615-618.
- FERREIRA, J. R. 1992: *Avieno, Orla Marítima*. Introdução, versão do latim e notas, Coimbra.
- FIGUEIREDO, M. Y MATALOTO, R. 2017: “Necrópoles rurais sidéricas do Baixo Alentejo setentrional: sociedade e mundo funerário nos Barros de Beja”, en Jiménez, J. (ed.), *Sidereum Ana III. El río Guadiana y Tartessos*, Serie Compacta, 1, Mérida: 353-398.
- GENER BASALLOTE, J.-M., NAVARRO GARCÍA, M., PAJUELO SÁEZ, J. M., TORRES ORTIZ, M. E LÓPEZ ROSENDO, E. 2014: “Arquitectura y urbanismo de la Gadir fenicia: el yacimiento del “Teatro Cómico” de Cádiz”, in Botto, M. (ed.), *Los Fenicios en la bahía de Cádiz*, Pisa / Roma: 14-50.
- GOMES, F. B. 2012: *Aspectos do Sagrado na Colonização Fenícia*, Lisboa.
- GOMES, F. B. 2013: “Uma necrópole esquecida? O Casalão de Santana (Sesimbra)”, *Herakleion. Revista Interdisciplinar de Historia y Arqueología del Mediterráneo*, 6: 77-94.
- GOMES, F. B. 2016: *Contactos culturais e discursos identitários na I Idade do Ferro do Sul de Portugal (séculos VIII-V a.n.e.): leituras a partir do registo funerário*. Dissertação de Doutoramento, Faculdade de Letras da Universidade de Lisboa.

- GOMES, F. B. 2016/2017 [2020]: “A evolução dos rituais funerários da Idade do Ferro no Ocidente Peninsular: uma nova proposta de faseamento para a necrópole do Olival do Senhor dos Mártires (Alcácer do Sal)”, *O Arqueólogo Português*, 6/7: 15-58.
- GOMES, F. B. 2019: “Early Iron Age terracottas from southern Portugal: towards the definition of a regional coroplastic tradition”, *Les Carnets de l’ACoSt*, 19, <https://journals.openedition.org/acost/1729>.
- GOMES, M. V. 1994: *A Necrópole de Alfarozeira (S. Bartolomeu de Messines) e a Idade do Bronze no Concelho de Silves*, Silves.
- GOMES, M. V. 2015: *The Vale da Telha necropolis (Aljezur) in the context of the Southwest Iberian Bronze Age*, Lisboa.
- GOMES, M. V. Y MONTEIRO, J. P. 1976-77: “As estelas decoradas da Herdade de Pomar (Ervidel-Beja). Estudo comparado”, *Setúbal Arqueológica*, II-III: 281-343.
- GONZÁLEZ DE CANALES, F., SERRANO, L. Y LLOMPART, J. 2004: *El emporio fenicio precolonial de Huelva (900-770 a.C.)*, Madrid.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. 2002: *La toréutica orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. 2009: “Arquitectura y modalidad: la construcción del poder en el mundo Post-Orientalizante”, *Archivo Español de Arqueología*, 82: 69-95.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. (ed.) 2016: *Sidereum Ana III. El río Guadiana y Tartessos*, Serie Compacta, 1, Mérida.
- MAIA, M. 2000: “Tavira fenícia. O território para Ocidente do Guadiana, nos inícios do I milénio a.C.”, em González Prats, A. (ed.), *Fenícios y Territorio. Actas del II Seminario Internacional sobre Temas Fenícios*, Alicante: 121-150.
- MAIA, M. 2008: “Reflexões sobre os complexos arquitectónicos de Neves-Corvo, na região central do Baixo Alentejo, em Portugal”, em Jiménez Ávila, J. (ed.), *Sidereum Ana I. El Río Guadiana en el Época Post-Orientalizante*. Anejos de AEspA 46, Mérida: 353-364.
- MARZOLI, D., SUÁREZ PADILLA, J., TORRES ORTIZ, M., LEÓN MARTÍN, C., RENZI, M., TOMASSETTI GUERRA, J. M., PÉREZ RAMOS, L. Y TORRES ABRIL, F. 2020: “Los Castillejos de Alcorrín (Manilva, Málaga). Un asentamiento fortificado autóctono en el contexto de la primera fase de la presencia fenicia en el entorno del Estrecho de Gibraltar (siglos IX-VIII a.C.)”, em López Castro, J. L. (coord.), *Entre Utica y Gadir: navegación y colonización fenicia en el Mediterráneo Occidental a comienzos del I Milenio*, Granada: 269-292.
- MAYET, F. Y SILVA, C. T. 2000: *Le Site Phénicien d’Abul (Portugal). Comptoir et Sanctuaire*, Paris.
- PÉREZ MACÍAS, J. A., CABACO ENCINAS, B. Y GARCÍA TEYSSANDIER, E. 2016: “Primer avance sobre el asentamiento fenicio de Ayamonte (Huelva)”, em Jiménez, J. (ed.), *Sidereum Ana III. EL Río Guadiana y Tartessos*, Serie Compacta, 1, Mérida: 467-492.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A., PAVÓN SOLDEVILLA, I. Y DUQUE ESPINO, D. M. 2016: “Jerarquía y heterarquía en las cuencas extremeñas del Guadiana y Tajo durante el Periodo Orientalizante”, em Belarte Franco, M.^a C., García, D. y Sanmartí, J. (eds.), *Les estructures socials protohistòriques a la Gàllia i a Ibèria. Homenatge a Aurora Martín i Enriqueta Pons. Actes de la VII Reunió Internacional d’Arqueologia de Calafell (Calafell, del 7 al 9 de març de 2013)*, Arqueomediterrània, 14, Barcelona: 295-313.
- SALVADOR MATEOS, R. Y PEREIRA, J. A. 2016: “A paisagem funeraria a Oeste de Beja no Período Orientalizante: as necrópoles de Carlota (São Brissos) e Cinco Reis 8 (Santiago Maior)”, em Jiménez, J. (ed.), *Sidereum Ana III. El río Guadiana y Tartessos*, Serie Compacta, 1, Mérida: 333-352.
- SANTOS, F., ANTUNES, A. S., DEUS, M. Y GRILO, C. 2016: “A necrópole de Palhais (Beringel, Beja)”, em Jiménez, J. (ed.), *Sidereum Ana III. El río Guadiana y Tartessos*, Serie Compacta, 1, Mérida: 181-213.
- SCHUBART, H. 1965: “Atalaia. Uma necrópole da Idade do Bronze no Baixo Alentejo”, *Arquivo de Beja*, 22: 7-136.
- SCHUBART, H. 1975: *Die Kultur der Bronzezeit im Südwesten der Iberischen Halbinsel*, Madrid.
- SILVA, C. T. Y SOARES, J. 1981: *Pré-História da Área de Sines*, Lisboa.
- SOARES, A. M. 2005: “Os povoados do Bronze Final do Sudoeste na margem esquerda portuguesa do Guadiana: novos dados sobre a cerâmica de ornatos brunidos”, *Revista Portuguesa de Arqueologia*, 8-1: 111-145.

- SOARES, A. M. 2012: “A Idade do Bronze no Morro da Mangancha”, en Pérez Macías, J. A., Martins, A., Alvarez, M. B. y Rivero J. L. (eds.), *In Abditas Terras*, Huelva: 107–118.
- SOARES, A. M., SANTOS, F., DEWULF, J., DEUS, M. Y ANTUNES, A. S. 2009: “Práticas rituais no Bronze do Sudoeste: alguns dados”, em *II Colóquio de Arqueologia. Práticas Rituais entre o IV Milénio e o I Milénio a.C. no território português. Estudos Arqueológicos de Oeiras*, 17: 433-456.
- SOARES, A. M. M Y MARTINS, J. M. M. 2010 – “A cronologia absoluta para o Castro dos Ratinhos. Datas de Radiocarbono”, en Berrocal-Rangel, L. y Silva, A. C., *O Castro dos Ratinhos (Barragem do Alqueva, Moura). Escavações num povoado proto-histórico do Guadiana, 2004-2007*, Suplemento 6 de *O Arqueólogo Português*, Lisboa: 409-414.
- SOARES, R. M., BAPTISTA, L. Y RODRIGUES, Z. 2016: “Os primeiros enterramentos sidéricos conhecidos na margem esquerda do Guadiana em território português”, *Revista Portuguesa de Arqueologia*, 19: 129-141.
- SOUSA, E. 2016: “A Idade do Ferro em Lisboa: uma primeira aproximação a um faseamento cronológico e à evolução da cultura material”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 42: 167-185.
- TORRES ORTIZ, M. 1999: *Sociedad y Mundo Funerario en Tartessos*, Madrid.
- TORRES ORTIZ, M. 2002: *Tartessos*, Bibliotheca Archaeologica Hispana, 14, Madrid. TORRES ORTIZ, M. 2004: “Un fragmento de vaso askoide nurágico del fondo de cabaña del Carambolo”, *Complutum*, 15: 45-50.
- VALÉRIO, P., ARAÚJO, M. F., SOARES, A. M. M., SILVA, R. J. C., BAPTISTA, L. Y MATALOTO, R. 2018: “Early imports in the Late Bronze Age of South-Western Iberia: the bronze ornaments of the hypogea at Monte da Ramada 1 (Southern Portugal)”, *Archaeometry*, 60: 255-268.
- VALÉRIO, P., BAPTISTA, L., RODRIGUES, Z. Y SOARES, A. M. M. 2016: “Um anel de chumbo associado a uma inumação do Bronze Pleno do Sudoeste: o mais antigo artefacto de chumbo datado da Península Ibérica”, *Revista Portuguesa de Arqueologia*, 19: 105-114.
- VALÉRIO, P., SILVA, R. J. C., SOARES, A. M. M., ARAÚJO, M. F., FERNANDES, F. M. B., SILVA, A. C. Y BERROCAL-RANGEL, L. 2010: “Technological continuity in Early Iron Age bronze metallurgy at the South-Western Iberian Peninsula. A sight from Castro dos Ratinhos”, *Journal of Archaeological Science*, XXX: 1811-1819.
- VALÉRIO, P. M., SOARES, A. M. M., ARAÚJO, M. F., SILVA, R. J. C. Y SANTOS, F. J. C. 2013: “The distinctive grave goods from Palhais (Beja, Portugal). New insights into the metallurgical evolution under Orientalizing influence in the southwestern end of Iberia”, *Trabajos de Prehistoria*, 70-2: 340-350.
- VIANA, A. Y RIBEIRO, F. N. 1956: “A espada de bronze de N. Sr. da Cola”, *Arquivo de Beja*, 13: 148-149.
- VILAÇA, R. 2011: “Ponderais do Bronze Final-Ferro inicial do Ocidente peninsular: novos dados e questões em aberto”, en García-Bellido, M. P., Callegarin, L. y Jiménez Díaz, A. (eds.), *Barter, Money and Coinage in the Ancient Mediterranean (10th-1st centuries BC). The role of Western Mediterranean Colonies as focus of ponderals use and monetization: Phoenicians, Greeks and Carthaginians*, Anejos de Archivo Español de Arqueología, LVIII, Madrid: 139-167.
- VILAÇA, R. 2012: “Late Bronze Age: Mediterranean impacts in the western end of the Iberian Peninsula (actions and reactions)”, *Cuadernos de Arqueología Mediterránea*, 21: 13-41.
- VILAÇA, R. Y CUNHA, E. 2005: “A Roça do Casal do Meio (Calhariz, Sesimbra). Novos contributos”, *Al-Madan*, S. II, 13: 48-57.
- VILHENA, J. 2014: “Acupunctura em Odemira: dois séculos de arqueologia”, en Prista, P. (coord.), *Ignorância e Esquecimento em Odemira*, Odemira: 53-124.
- ZAMORA LÓPEZ, J. A. 2014: “Novedades de epigrafía fenicio-púnica en la Península Ibérica y sus alrededores”, *Palaeohispanica*, 13: 359–384.

ACTIVIDAD DE CULTO Y EDILICIA ORIENTALIZANTE EN EL CERRO DE SAN VICENTE (SALAMANCA, ESPAÑA)¹

ANTONIO BLANCO GONZÁLEZ*, MANUEL PÉREZ GUTIÉRREZ**, JUAN JESÚS PADILLA
FERNÁNDEZ***, JAVIER VELASCO VÁZQUEZ****, CRISTINA ALARIO GARCÍA*****,
CARLOS MACARRO ALCALDE*****, GABRIEL SANTOS DELGADO*****

RESUMEN

En esta contribución se presentan algunos hallazgos recientes de una aldea del Hierro I en el occidente de la cuenca del Duero: el Cerro de San Vicente (Salamanca). Tanto su repertorio mueble como su arquitectura testimonian costumbres afines al ámbito cultural tartésico. El trabajo se centra en las excavaciones en curso de un vecindario del s. VII a.C. ocupado por un grupo doméstico amplio, con abundantes muestras de actividades litúrgicas. Este agregado de viviendas contó con un edificio rectangular de adobe de proporción áurea (5:3) y eje orientado al orto solar en el solsticio de verano. En los cenizales inmediatos se han recuperado piezas de coroplastia, importaciones fenicias y del Mediterráneo oriental y vajilla local que imita tipos y temas decorativos habituales en el mediodía peninsular. Se interpreta el sector excavado como un probable espacio de culto doméstico, compartido por tal grupo corporativo extenso, que reprodujo costumbres orientalizantes.

PALABRAS CLAVE

Primera Edad del Hierro, Submeseta Norte, importaciones mediterráneas, coroplastia, arquitectura de culto.

ABSTRACT

This paper presents some recent findings from an Early Iron Age village in the western Duero basin: Cerro de San Vicente (Salamanca). Its repertoire and architecture both testify to Tartessian

* Universidad de Salamanca. ablancoglez@usal.es

** Universidad de Salamanca. manolope@usal.es

*** Universidad de Salamanca. juanpad@usal.es

**** Cabildo de Gran Canaria. xabivelasco@gmail.com

***** Arqueóloga autónoma. cristinaalario@hotmail.com

***** Ayuntamiento de Salamanca. cmacarro@aytosalamanca.es

***** Universidad de Salamanca. gsd@usal.es

¹ Trabajo realizado en el marco del proyecto ARQPARENT (PID2019-104349GA-I00) del Plan Estatal de I+D+i del Ministerio de Ciencia e Innovación y con financiación de la Junta de Castilla y León y del Ayuntamiento de Salamanca.

customs. We focus on the ongoing excavations of a seventh-century BC neighbourhood inhabited by an extended domestic group featuring abundant proofs of liturgical activities. This courtyard compound had a rectangular adobe building with a golden ratio (5:3) whose axis was oriented towards the summer solstice sunset. The immediate ash middens have yielded coroplastic items, Phoenician and eastern Mediterranean imports, and local hand-made vessels imitating southern Iberian types and decorative themes. The excavated sector is interpreted as a probable area for domestic worship, shared by such a corporate social unit, which reproduced orientaling customs.

KEY WORDS

Early Iron Age, Central Iberian Plateau, Mediterranean imports, coroplasty, cultic architecture.

1. INTRODUCCIÓN

La penillanura salmantina puede resultar en principio excéntrica respecto al tema de este volumen. Sin embargo, el Cerro de San Vicente –en adelante CSV–, ubicado en la misma ciudad de Salamanca (Fig. 1), es un asentamiento del Hierro I cuya cultura material puede inscribirse sin dificultad en el ámbito tartésico, pese a su lejanía tanto del foco bajoandaluz como del litoral atlántico, frecuentado por entonces por los fenicios. Este capítulo trata de justificar tal afirmación. Para ello se presentan las pruebas de paralelismos y similitudes con testimonios sincrónicos bien conocidos en el cuadrante suroeste de Iberia. El sitio aquí analizado está rindiendo un amplio elenco de elementos de origen no local, incluyendo abalorios, enseres, arquitectura, artesanías y actividades de culto que claramente evocan otras tartésicas. En concreto, el capítulo se centra en las creencias y ritos; un aspecto clave entre aquellas sociedades, que demuestra el calado del fenómeno estudiado.

Presentaremos los resultados obtenidos de las excavaciones en curso de un sector del CSV que hemos denominado el ‘barrio alto’ por su situación topográfica. A partir del material recuperado hasta el momento, correspondiente a la fase del siglo VII a.C., nuestra contribución plantea algunas hipótesis de trabajo. Entendemos que la interacción cultural no se restringió a meros parecidos puntuales y superficiales, sino a un fenómeno de arraigo e hibridación más perdurable y profundo, que involucró cosmovisiones y costumbres compartidas. Tales planteamientos, lejos de ser definitivos, servirán para guiar las próximas campañas de excavación, por lo que debemos advertir de su naturaleza tentativa y provisional. Para dar cuenta de tal sintonía de comportamientos entre la cuenca del Duero y el Suroeste evitamos abordar este fenómeno de convergencia y sincretismo cultural en términos de ‘fronteras’, ‘penetración de influencias’ o ‘aculturación’. Pensamos que la idiosincrasia orientalizante de la etapa final del Hierro I en el occidente meseteño se entiende mejor en términos sociológicos, concibiendo una transferencia fluida de bienes y el intercambio matrimonial de personas educadas en costumbres tartésicas.

2. EL CERRO DE SAN VICENTE: UN LUGAR ORIENTALIZANTE

El CSV fue una aldea de arquitectura de barro, en un altozano amesetado de arenisca cuya topografía buza hacia oriente, donde se protegía con una muralla que encerraba unas 1,3 ha (Fig. 1B). Entre 1990 y 2021 se ha excavado en diversos puntos del yacimiento, lo que ha permitido exhumar un caserío muy bien preservado del Hierro I (900-400 a.C.), formado por construcciones de adobe y cenizales (Blanco González *et alii* 2017; Macarro Alcalde y Alario García 2021). Su potencia estratigráfica es variable, de hasta 3 m, conservada íntegramente en su sector occidental, algo más alto (Fig. 1B), mientras que la parte baja –próxima a la muralla– ha perdido el techo o tramo somero de la secuencia (Macarro Alcalde 2019: 36-54).

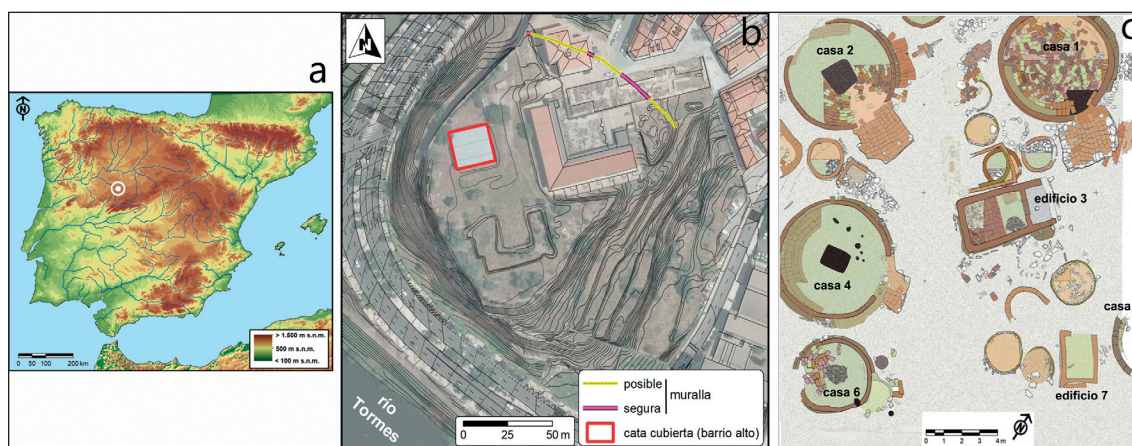


Fig. 1. A. Localización del Cerro de San Vicente en la Península Ibérica; B. Ubicación de la cata techada en el yacimiento; C. Planta de la cata cubierta y estructuras mencionadas en el texto.

La cultura material del CSV participa de tradiciones soteñas –es decir, propias del grupo Soto o del Hierro I del centro de la cuenca del Duero– en aspectos como la alfarería o la edilicia (Romero Carnicero y Ramírez Ramírez 1996). Pero también presenta un marcado cariz orientalizante, modelado por la interacción con los fenicios, y comparte hábitos propios del Suroeste peninsular. Así, se documentan cuchillos afalcados de hierro y fíbulas de doble resorte de bronce. Además, en la región occidental de la submeseta Norte (Celis Sánchez 1993) la vajilla local urdida a mano imita tipos torneados mediterráneos: vajilla gris orientalizante, pebeteros, copas de pie realzado, cuencos trípodes, platos de ala ancha, jarros, etc. En el CSV la vajilla local exhibe temas y composiciones que remiten claramente al Mediterráneo oriental (Fig. 2): cenefas metopadas de *chevrons* (Fig. 2A) como las de los *skyphoi* del Geométrico Medio de La Rebanadilla (Málaga) (García Alfonso 2010: 125) o flores de loto y rosetas, tan habituales en el ámbito tartésico (Belén y Escacena 2002). Los paralelos son en ocasiones estrechos. Alguna vasija del CSV, como un cuenco de fondo umbilicado rodeado de otras ocho concavidades (Fig. 2B) recuerda vivamente a un bol con similar motivo repujado de El Carambolo (Sevilla) (Belén y Escacena 2002: 176, Fig. 9). Un vasito aviforme del CSV es comparable a otro de El Carambolo (Belén y Escacena 2002: 176, Fig. 9) (Fig. 2C).

3. EL 'BARRIO ALTO' DEL CSV: ÚLTIMOS HALLAZGOS

Este trabajo se ocupa del sector de mayor altitud de la colina, junto al escarpe noroeste. Allí, una cata de 600 m² (Fig. 1C) exhumó el caserío de las últimas ocupaciones, datadas combinando seriación cerámica y metálica y diversos métodos cronométricos –radiocarbono, OSL y arqueomagnetismo– en los siglos VII-VI a.C. Las excavaciones de 2006, 2017 y 2021 descubrieron tres viviendas circulares de adobe (<30 m²) completas, con vestíbulo cuadrangular, banco corrido y hogar central (Casas 1, 2 y 4). Además, se exhumaron parcialmente otras dos (Casas 5 y 6) y dos construcciones rectangulares (Edificios 3 y 7) también de adobe y de función dudosa. Las viviendas fueron vaciadas antes de su abandono y su interior se colmató con alcatifas de adobes superpuestos. El espacio intersticial entre tales estructuras estuvo ocupado por 13 pequeñas construcciones auxiliares (<7 m²) –graneros o almacenes– y por muladares o cenizales muy ricos en desperdicios domésticos (Fig. 1C). Las casas, dispuestas sin un orden rígido, permiten intuir un hipotético agregado de viviendas conyugales en corrillo. Tal patrón espacial cuadra bien con la patrilocalidad, o cohabitación del patriarca de un grupo de parentesco extenso junto a sus hijos varones y

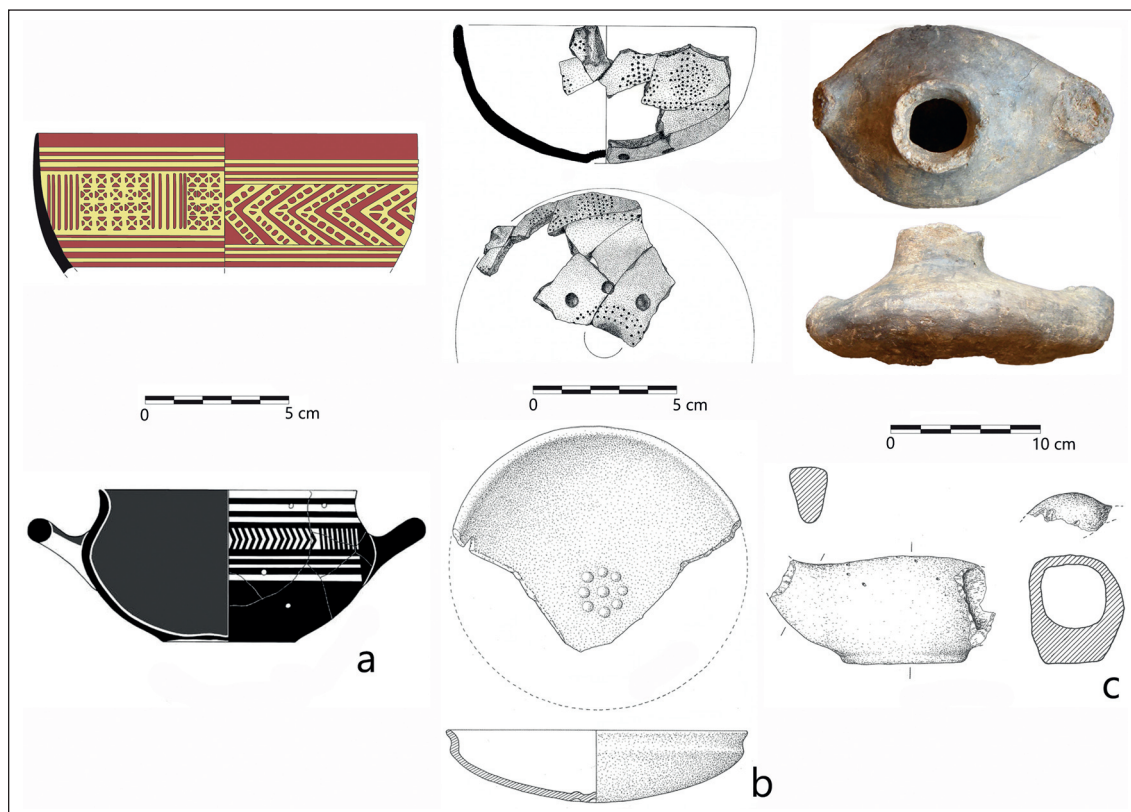


Fig. 2. Vajilla del CSV (fila superior) y paralelos del mediodía peninsular (fila inferior): A. Cenefas metopadas de *chevrons* en cuenco pintado del CSV y *skyphos* de La Rebanadilla (García Alfonso 2010: Fig. 18); B. Cuenco del CSV y ejemplar repujado de El Carambolo (Belén y Escacena 2002: Fig. 10); C. Vasitos zoomorfos del CSV y El Carambolo (Belén y Escacena 2002: Fig. 9).

sus familias. Lo excavado sería parte de un vecindario en torno a un patio –al que abren las viviendas– presidido por la Casa 1, el Edificio 3, y otros edificios de uso compartido. Interpretamos la Casa 1 como una cabaña de reuniones o tal vez el hogar de los progenitores de este grupo doméstico. Así lo indica su inusual arquitectura de barro (Fig. 3), con paredes pintadas, dos poyos interiores –único caso conocido en el interior peninsular– con cabida para 20 personas y un hogar central de planta ‘taurodérmica’ o de piel de toro extendida (Fig. 3), con claros paralelos tartésicos (Gómez Peña 2020).

Dentro de este vecindario se realizaron actividades muy ritualizadas, festivas y de comensalidad. Así, en la Casa 1 destaca la abundancia de molinos barquiformes de granito y arenisca (>15, muy fragmentados) que sugieren la molturación de harinas a un nivel supradoméstico. La Casa 1 se iluminó con dos tacitas, identificadas como candiles por su cochura imperfecta y por estar tiznadas de hollín. El elenco alfarero no responde al habitual predominio de la vajilla de almacenaje y cocina. Sobresalen los numerosos recipientes de consumo individual (<16 cm de diámetro) (Fig. 4) tanto locales como importados. Los elaborados a mano de factura local con pintura polícroma poscocción (Fig. 2A y 4A) son muy abundantes (>100 cuencos y boles) y portan temas geométricos idénticos a los del Cerro Borreguero (Badajoz) (Rodríguez González y Celestino 2019). Hay también cerámica de estilo Carambolo (Casado Ariza 2015; González Fernández y Reguero 2018): tanto pintada en rojo sobre superficie lisa negra, como sobre engobe blanco (Fig. 4A) –similar a la beirana (Vilaça *et alii* 2016)– y también se reconoce cerámica de estilo Carambolo grabada (Fig. 4B). Hay cuencos finísimos, de gran pericia técnica, con motivos incisos tartésicos como las estrellas o rosetas octopétalas (Fig.



Fig. 3. Área excavada en 2017 y 2021, con estructuras citadas en el texto. Imagen: Linda Chapon.

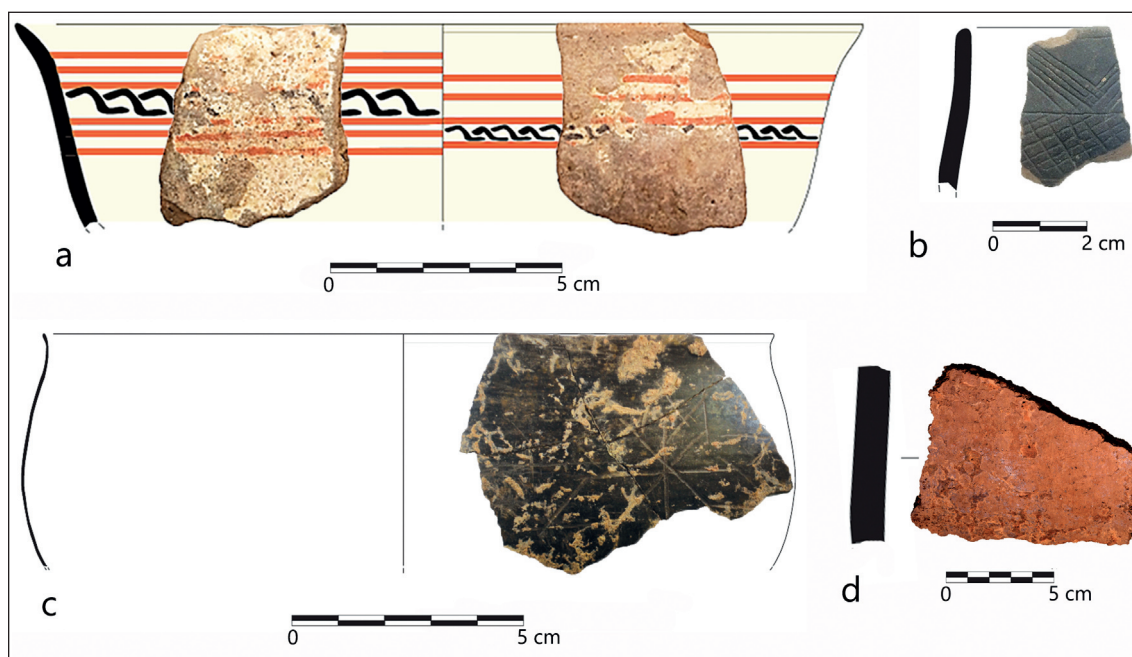


Fig. 4. Vajilla local con técnicas tartésicas: A. Vasito de estilo Carambolo pintado poscocción; B. Vasito de estilo Carambolo grabado; C. Cuenco de 'cáscara de huevo' con rosetas octapétalas; D. Galbo de orza grafitada.

4C). Entre la vajilla con grafito mineral hay vasitos de consumo individual –alguno además con retícula bruñida interna– y también muy significativamente –por ser inusual– grandes contenedores grafitados (Fig. 4D), posiblemente para guardar el líquido –¿vino?– distribuido en aquellos banquetes. Entre los recipientes ceremoniales importados destacan sendos fragmentos correspondientes a un jarro (*oinochos*) de engobe rojo fenicio y a un cuenco-plato egipcio de fayenza. Este último se une a otras piezas que componen un extraordinario lote de piezas de fayenza del Mediterráneo oriental: cuatro cuentas de ensartar, un minúsculo amuleto con busto hathórico y un fragmento de figurita zoomorfa.

Mención aparte merecen otros hallazgos singulares asociados a la Casa 1. Uno es un fragmento de concha de molusco bivalvo marino fósil² (Fig. 5A). Otro elemento destacable es un premolar de humano adulto –a juzgar por su desgaste oclusal– con profundos surcos estriados efectuados *post mortem* (Fig. 5B). Puede descartarse que tales surcos respondan a desgaste por masticación, labores artesanales o uso de palillos; con la debida cautela, sugieren una manipulación intencional, quizás para su transformación en un colgante. Al tratarse de ejemplares únicos su interpretación es esquivada. En el caso de la concha, tal vez recubriera algún umbral. Tal costumbre es bien conocida en el litoral usando valvas de malacofauna recogidas tras su muerte; sin interés culinario, sino con sentido apotropaico o protector (Escacena y Vázquez 2009). Mayor interés tiene el diente humano usado como posible amuleto. Conviene destacar que desconocemos el tratamiento escatológico que recibieron los muertos de gran parte del Hierro I en la Meseta, salvo algunos focos aislados de cremaciones tardías, del s. VI a.C. Este hallazgo del CSV se une a otros de restos humanos sueltos, en posición secundaria o terciaria –desmembrados y redepositados– en contextos de inicios del Hierro I, como los de Benavente (Zamora) (Esparza Arroyo *et alii* 2016).

La estructura más intrigante del agregado doméstico excavado es el Edificio 3, abierto al mismo espacio exterior que la Casa 1 (Fig. 3). Es de adobe, con planta rectangular irregular (5 x 3 m aprox) y tabique interno. En el CSV las viviendas rectilíneas aparecen desde los niveles fundacionales, siempre con hogar central y banco corrido y quemadas, como se ha podido constatar en el sector bajo (Macarro Alcalde y Alario García 2021: 32-35). Del Edificio 3 apenas se han excavado algunas catas en su interior (Fig. 3): se ha exhumado parcialmente el solado superior de adobes y se documentó una estructura de cantos, un par de moletas y una afiladera, pero carece de hogar y de banco corrido. Acometeremos su excavación completa en el verano de 2022.

El espacio exterior al que abre su puerta el Edificio 3 fue excavado en 2021 (Fig. 3): su ‘cenital sur’ fue muy rico en huesos de fauna consumida. La colección ósea está siendo estudiada, pero la impresión de campo es que fueron especies domésticas –ovejas, cabras y bovinos–, con buena representación de las cohortes jóvenes. De confirmarse, sugeriría pautas de sacrificio y despiece constatadas en algunos santuarios tartésicos (Bandera Romero 2002). Junto a la entrada del Edificio 3 se emplazó un hogar exterior y varias fosas: una con una mancuerna de ciervo pulida y la epífisis de un hueso de herbívoro depositadas en su interior (Fig. 3) y otra taponada con barro.

Entre los objetos reseñables de las inmediaciones del Edificio 3, con buenos paralelos extramediterráneos, sobresalen las terracotas. Estas siempre aparecen fragmentadas y a menudo exhiben retazos de pintura roja y blanca. En 2006 se recuperó asociado al Edificio 7 y bocabajo el vaso polípodo aviforme ya mencionado (Fig. 2C) (Macarro Alcalde y Alario García 2021: 82) del que faltan sus apéndices longitudinales: la cabeza y sus cuatro patas. Sus ecos mediterráneos son evidentes. Probablemente se usó para libar líquidos, y recuerda a tipos griegos como el *rhyton* o mejor el *askós*, por la presencia de un gollete vertical. Existen buenos paralelos sincrónicos –además del ejemplar de El Carambolo, con forma de paloma (Belén y Escacena 2002:

² El examen de este espécimen fósil fue realizado por el Dr. Esteban Álvarez Fernández.

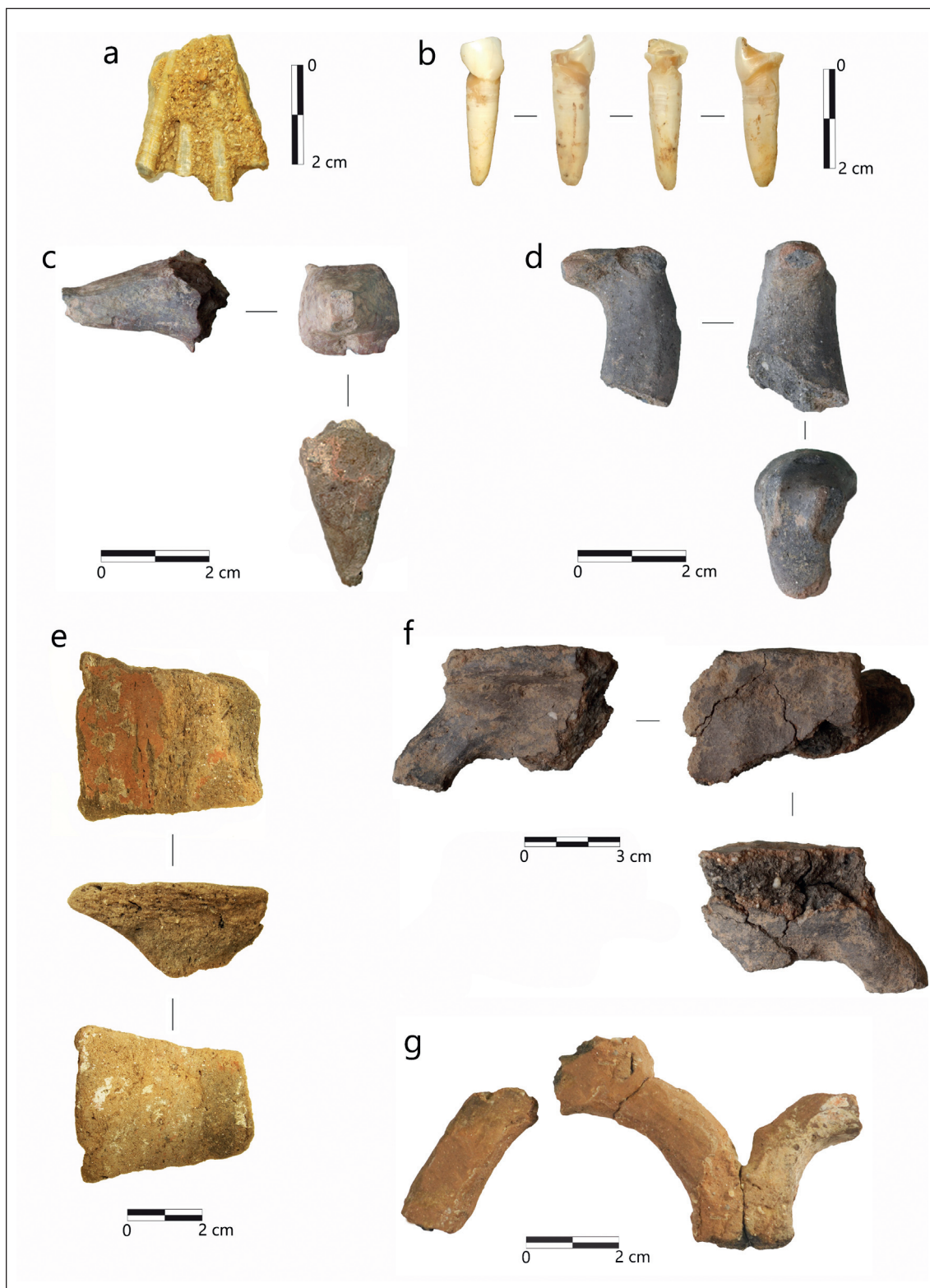


Fig. 5. Hallazgos singulares en la cata cubierta: A. Concha fósil; B. Premolar humano; C. Terracota con cabeza de cánido; D. Terracota con prótomo de carnero; E. Moldura pintada; F. Objeto polípodo de terracota; G. Cintas de barro pintadas.

177, Fig. 10) (Fig. 2C)–, como un aviforme de la necrópolis de Cerro do Ouro (Ourique, Portugal) (Gomes 2020: Fig. 6, nº 4). En el Hierro II local –en Ulaca o Las Cogotas (Ávila)– se conocen más vasitos zoomorfos askoides (Álvarez-Sanchís *et alii* 2021) aunque son cuatro-cinco siglos posteriores. Otras piezas coroplásticas destacadas son dos prótomos zoomorfos: de un cánido del que se intuye el arranque de las orejas –posiblemente representa un lobo– y con restos de pintura roja (Fig. 5C) y de un carnero al que le faltan ambos cuernos (Fig. 5D). Respecto al carnero, el caso más próximo geográficamente es un prótomo de terracota de La Corona (Manganeses, Zamora) perteneciente al cuello de una botella o jarra y posiblemente del Hierro I, si bien su datación es incierta (Misiego Tejada *et alii* 2013: 313, lám. 153). El uso litúrgico de estos objetos es claro y por su manufactura sin molde y su pintura en rojo y blanco cabe relacionarlos con ejemplares tanto tartésicos (Gomes 2020) como levantinos (Kisilevitz 2016). La rotura accidental de estos casos es poco probable, ya que las fracturas no afectan solo a los puntos más débiles de las piezas. De hecho, la costumbre de arrancar partes del cuerpo se constata en la región del Suroeste en numerosos ejemplares (Horn 2005: 1411, figs. 5-9; Gomes 2012: 116, Fig. 62; Gomes 2020: Fig. 4).

Hemos recuperado varias piezas de terracota de difícil clasificación por su aspecto fragmentario. Una es una pequeña cornisa o moldura con perfil cóncavo en nacela pintada en rojo y blanco (Fig. 5E), hallada en el nivel de incendio de la Casa 1. Por sus dimensiones y trazas de pigmento en su parte superior podría ser parte de una cajita o *larnax* como el ejemplar de Neves I (Gomes 2012: 75-78, Fig. 32). Asimismo, desconocemos buenos paralelos formales para la porción de un objeto plano y polípodo –con al menos tres patas– hallada junto al hogar exterior del Edificio 3 (Fig. 5F). Por último, se han recuperado cuatro fragmentos –tres conciertan entre sí– de un artefacto elaborado con rollos de barro que forman círculos secantes, con restos de pigmento rojo y blanco (Fig. 5G). No hemos encontrado paralelos para esta pieza, cuya función se nos escapa. Tal vez fuera la versión en barro de un soporte o portavasos, que evocaría lejanamente el bronce de Les Ferreres (Calaceite, Teruel) (Armada y Rovira 2011).

Para finalizar, se han documentado pequeñas piedras esféricas u ovales, de litología distinta a la del propio cerro. Del interior del Edificio 3 proceden dos bolas de granito pulidas de 2 cm y en el cenizal sur se encontró un canto rodado de cuarcita con forma fálica que recuerda a un betilo, de los que también hay ejemplares así (Belén y Escacena 2002: 170). Quizás haya que relacionar estos ejemplares con los ‘huevos’ de piedra de varios sitios fenicios y orientalizantes (Berrocal-Rangel y Silva 2010: 320-321).

4. GEOMETRÍA DEL EDIFICIO 3 Y SU AGREGADO DE EDIFICIOS

Estos hallazgos excepcionales, de carácter litúrgico y convival, asociados a la Casa 1 y al Edificio 3, junto con su peculiar edilicia, condujeron a efectuar un estudio específico sobre su métrica/geometría y su orientación astronómica. El objetivo era caracterizar mejor su arquitectura, ante su hipotético uso ritual/cultural. Para ello se realizó un levantamiento topográfico específico que definiera la forma y orientación de los zócalos de adobe exhumados hasta ahora en el sector del barrio alto. Puesto que la cata se encuentra cubierta con una estructura metálica y plástica que la resguarda, al no tener la posibilidad de observar directamente el cielo ni el horizonte, se obtuvieron las coordenadas de dos puntos exteriores al espacio cubierto, a través del sistema global de navegación por satélite (GNSS). Estas coordenadas fueron transferidas al interior mediante una poligonal topográfica dotando así de coordenadas UTM al conjunto del levantamiento. Así, las orientaciones obtenidas a partir de las coordenadas UTM –acimutes de cuadrícula– pueden transformarse en orientaciones astronómicas con solo corregir la convergencia de meridianos en el lugar³.

³ Tomamos el valor de la ecuación de Laplace como nula al considerar que el acimut geodésico es igual, en la precisión del trabajo, al astronómico.

Respecto a la geometría del Edificio 3, el levantamiento evidencia una forma algo irregular de sus paredes, debido probablemente a las deformaciones que ha sufrido el terreno de arenisca. Las medidas sistemáticas del ancho de los irregulares muros permiten aproximar una magnitud para ellas del orden de los 0,3 m, que coincidirían con las dimensiones de un pie estándar. Sin embargo, los zócalos carecen de la regularidad necesaria para la obtención de un patrón más preciso, pues la dispersión de valores es elevada. Esta varía entre los 0,287 m en su parte más estrecha hasta los 0,320 m de la parte más ancha. No obstante, en algunos puntos se alcanzan anchuras de hasta 0,40 m, posiblemente por la indefinición del límite entre los adobes del terreno circundante, constituido por detritos de los propios adobes del muro. La campaña de excavación de 2022 permitirá afinar la posible métrica utilizada y deducir el patrón utilizado.

Podemos rectificar los muros del zócalo excavado, con el fin de obtener sus dimensiones, entendiendo que estas paredes serían perpendiculares y definirían una planta rectangular de unos 11 m² interiores (Fig. 6). Sus dimensiones, de unos 5 x 3 m, son de elevado interés, pues corresponden a la proporción áurea, utilizada en muchos templos y santuarios del mundo antiguo. Sirva de ejemplo peninsular el edificio singular del s. VII a.C. del Turó del Calvari (Tarragona), que reproduce esta proporción en su planta, en su alzado, en la separación de los espacios del interior, y en su pequeño altar, en el que incide la luz del Sol solamente en el ocaso del solsticio de verano (Pérez Gutiérrez *et alii* 2015). En este caso se demostró la importancia tanto de la orientación astronómica como de la métrica y su impecable geometría.

Los edificios rectilíneos excavados en el CSV que corresponden a los niveles más antiguos se han interpretado como viviendas, siempre quemadas, cuya puerta abre mayoritariamente al sureste. En cambio, el Edificio 3 orienta su vano de acceso hacia el noreste y –hasta donde se ha excavado– no presenta indicios de incendio. Bajo el supuesto de que el Edificio 3 pudo ser una construcción colectiva singular, se obtuvieron también –a partir del mismo levantamiento con estación total– las orientaciones de las viviendas anexas (Fig. 6), con especial detalle en los hogares de las Casas 1, 2 y 4. Las casas circulares podrían dotarse de orientación a partir de su entrada exclusivamente, que coincide con la dirección del eje mayor de los hogares situados en su interior.

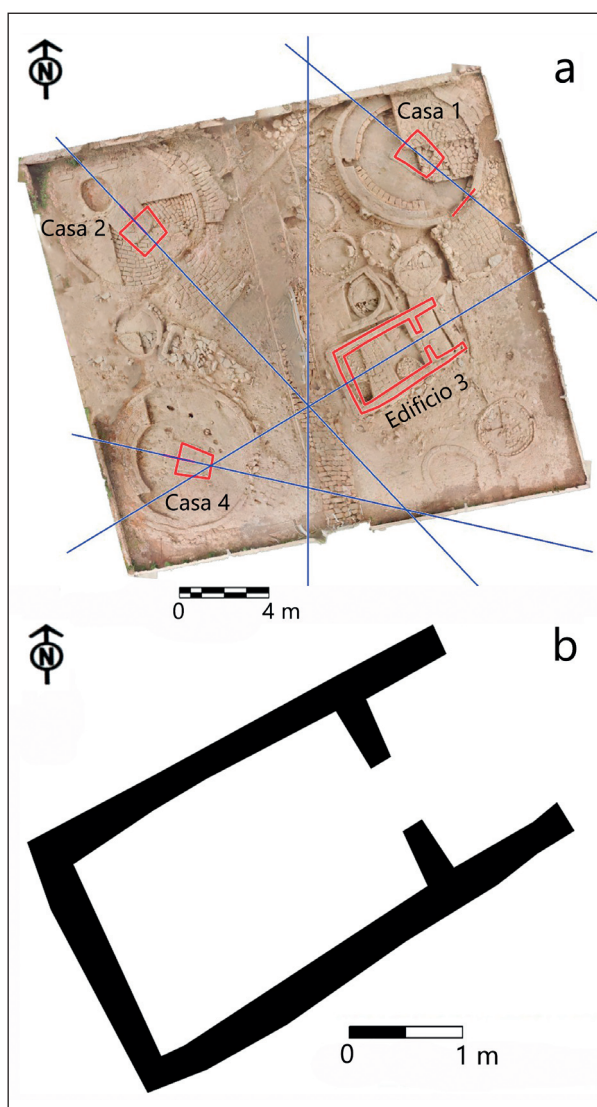


Fig. 6. A. Orientación de las construcciones visibles en la cata cubierta del 'barrio alto' del CSV; B. Detalle del Edificio 3.

Elemento arquitectónico	Acimut	Altura sobre el horizonte	Declinación	Evento astronómico 600 a.C.
Edificio 3	58,5°	1°	23°46'	Orto solar en solsticio de verano
Hogar Casa 1	127,5°	0°	-27°	¿Orto solar en solsticio de invierno?
Hogar Casa 2	135°	0°	-32,5°	SE. Orto Cola del Escorpión
Hogar Casa 4	100,5°	0°	-7,5°	Orto Cinturón de Orión

Tabla 1. Orientaciones astronómicas en la cata del “barrio alto” del Cerro de San Vicente.

De las cuatro construcciones examinadas, sólo el Edificio 3 muestra una clara e inequívoca orientación astronómica, de enorme interés (Tabla 1 y Fig. 6): su eje principal se orienta hacia el lugar del horizonte por donde sale el Sol en el solsticio de verano, momento en el que la luz incide en la esquina interior suroeste por primera y única vez en el año. Un fenómeno similar se ha observado en el santuario de Las Cortinas (Aliseda, Cáceres) (Rodríguez Díaz *et alii* 2015; Pérez Gutiérrez *et alii* 2016). Por su parte, el hogar de la Casa 1 –aunque con forma de piel de toro muy evidente– presentaría un error de unos 5° para su equivalente invernal, sin que podamos explicar esta diferencia, si es que esta era la intención de los constructores. No es inusual que las orientaciones de los hogares/altares y otros elementos relacionados con el culto o las actividades ritualizadas se orientaran en muy diferentes direcciones (Esteban y Escacena 2013).

5. DISCUSIÓN

Diversos autores han insistido en la integración de las tierras de la cuenca del Duero a inicios de la Edad del Hierro en el ámbito orientalizante de la Iberia meridional. Los argumentos esgrimidos se basan en los objetos mediterráneos importados, las novedades arquitectónicas o ciertas costumbres exóticas en las formas de vestir –con atuendos de lana prendidos con fibulas y abrochados con cinturones y collares de pasta vítrea– y en la preparación culinaria –con hornos de cúpula o *tannur*– (Romero Carnicero y Ramírez Ramírez 1996; Arnáiz Alonso y Fuentes 2016). Sin embargo, el ámbito cultural del Hierro I duriense ha sido un tema escurridizo, de muy difícil reconocimiento y definición, y por tanto no se ha abordado hasta ahora desde tal encuadre cultural.

La propuesta de lectura ritual más reciente y explícita ha sido el caso zamorano de La Corona/El Pesadero, donde se documentaron, entre las cabañas, 15 pequeñas estructuras de adobe de planta circular –salvo dos rectangulares–, con adobes en su interior dispuestos radialmente. Sus excavadores (Misiego Tejada *et alii* 2013: 214-222) las interpretaron como altares de cultos solares, por su asociación a objetos considerados votivos: restos óseos, una mancuerna de ciervo, un conjunto de tres catinos, un vasito y un cucharón cerámicos completos abandonados sobre una de tales estructuras (Misiego Tejada *et alii* 2013: 241, Fig. 49). Sin embargo, la reciente revisión de este caso por uno de nosotros (JJPF) ha permitido reinterpretar tales construcciones como hornos cerámicos.

Caben pocas dudas sobre la conectividad de las tierras al norte del Sistema Central con los ambientes tartésicos y con los intermediarios fenicios. La gente del CSV en el siglo VII a.C. no sólo se integró en redes de circulación de objetos mediterráneos, sino que en este lugar vivieron personas que reprodujeron costumbres propias de esas lejanas tierras. Además de las ya señaladas en los atuendos y gastronomía, en CSV la alfarería a mano local se caracteriza por los vasos incisos y pintados con motivos mediterráneos

–flores de loto, palmetas y rosetas octopétalas (Fig. 4)– temas egiptizantes y de marcadas connotaciones cosmogónicas (Belén y Escacena 2002). Además, comenzamos a reconocer otras costumbres alóctonas, desconocidas hasta ahora en el Hierro I meseteño, como el empleo de tejuelos de cerámica recortada y el esgrafiado poscocción de marcas no grafemáticas (com. pers. de J.A. Zamora) sobre fondos de vasijas, similares a los grafitos de Santa Olaia (Arruda 2000: 237, Fig. 168), todo ello en proceso de estudio.

Un argumento crucial en esta discusión es la analogía entre lo observado en el vecindario del Edificio 3 del CSV y otros testimonios de santuarios y edificios culturales del Suroeste peninsular. Pese a su reducido tamaño, la planta, proporciones, técnica edilicia, geometría y orientación del Edificio 3 son afines a otros santuarios o templos del ámbito fenicio y orientalizante, tanto en Iberia como a lo largo del Mediterráneo. Restringiremos nuestros comentarios a otros casos de planta rectangular y entrada por uno de los lados menores, diseño arquitectónico también conocido como esquema axial, alargado o ‘en enfilada’. Tales habitáculos son de dimensiones variables, con proporción 5:3, 3:2 o 2:1 y frecuente partición interna, que recuerda a la división entre *pronaos*, *cella* y *naos* del templo clásico o, empleando términos levantinos, entre *ulam*, *dekal* y *debir* (Ruiz Mata y Celestino 2001; Escacena 2002; Moneo Rodríguez 2003; Berrocal-Rangel y Silva 2010; Gomes 2012; Mierse 2012; Edrey 2018; Rodríguez Díaz *et alii* 2015). La distinción propuesta por Gomes (2012: 130-134) entre edificios de planta axial y agregados de patio central no es demasiado útil, ya que no hace referencia a dos aspectos excluyentes –el edículo cultural y la agregación de edificios–, sino más bien complementarios a diversas escalas de observación. Así, la asociación entre edificios comunitarios y un espacio abierto colectivo –esquema constatado en CSV– también se observa en los complejos arquitectónicos con patio de El Acebuchal (Carmona, Sevilla) o Montemolín (Marchena, Sevilla) (Bandera 2002: 147-154). Las viviendas y el tabernáculo litúrgico en torno a un patio cuadran bien con la idea de su ocupación por un grupo parentelar extenso o linaje, afín al concepto de ‘santuario dinástico’, destinado a cultos domésticos (Moneo Rodríguez 2003).

La búsqueda de paralelos formales sería inagotable e incompleta. Para referencias del Mediterráneo oriental (cf. Mierse 2012), un trabajo reciente (Edrey 2018) sintetiza la información de una docena de templos fenicios, entre los que destacan algunos muy parecidos al Edificio 3 de CSV por su orientación solar (Tabla 1) y proporción áurea (5:3): el templo del nivel 3 de Tell Kazel (68° acimut); el templo del estrato IV de Tell Abu Hawan (116° acimut) y especialmente el Templo 300 de Tel Qasile, el más parecido en orientación (59° acimut), apuntando a la salida del Sol en el solsticio de verano. Entre los referentes peninsulares más tempranos (ss. IX-VIII a.C.) están los edificios de Ratinhos (Moura, Portugal) (Berrocal-Rangel y Silva 2010) o La Rebanadilla (Málaga) (Suárez-Padilla *et alii* 2021). En los siglos VII-VI a.C. destacan casos como el edificio absidal del Turó del Calvari, orientado al ocaso de la estrella Arturo –tercera más brillante del cielo y primera del hemisferio norte– y cuyo altar recoge la luz del Sol en el atardecer del solsticio de verano (Pérez Gutiérrez *et alii* 2015). También se orientaron al noreste/solsticio de verano los santuarios de La Muela (Cástulo, Jaén) (Bandera 2002: 144-147) y Coria del Río (Sevilla) (Escacena 2002). El caso más próximo en el espacio y el tiempo es el edificio cultural aislado de Las Cortinas (Aliseda), gemelo de otro edificio –documentado por J. Cabré en los años veinte– que probablemente albergó el Tesoro de Aliseda (Rodríguez Díaz *et alii* 2015). El edificio, de planta rectangular y proporción 2:1, se orienta al orto de Arturo y, como en el caso del Edificio 3 del CSV, en el solsticio recoge la luz solar iluminando la esquina interior noroeste (Pérez Gutiérrez *et alii* 2016).

Especial relevancia tiene la reiterada asociación entre arquitecturas –complejos edilicios unitarios, agregados de construcciones o edificios exentos aislados– y “un patio abierto con huellas de fuegos, restos óseos, cerámicas rotas [deliberadamente] y abundantes cenizas, zonas de cocina y hornos (...)” (Bandera 2002: 154). En tales contextos no es posible deslindar de forma neta una esfera religiosa/extraordinaria de las actividades cotidianas –artesánías, preparación y consumo de alimentos, etc.–. Así, en La Muela (Cástulo) o en Tavira (Portugal) se apunta a la inmolación de animales y la rotura deliberada de vajilla

como parte del ritual (Bandera 2002: 145; Pappa 2012: 9), pero las actividades sacras y profanas se entremezclaron. Fuera del ámbito tartésico, el Turó del Calvari fue un edificio muy ritualizado donde de nuevo se entrecruzó la comensalidad con la arquitectura de prestigio. En ocasiones sí se puede afinar más en la naturaleza y significado de algunos episodios ceremoniales. En el santuario de Las Cortinas de Aliseda, la presencia de un hogar exterior, de varios fogones y de cenizales con huesos de fauna doméstica consumida replica la asociación entre ritualidad, visualización de fenómenos astronómicos y banquetes colectivos, constatados en los casos mencionados. En el caso aliseño, la abundante vajilla simposiaca y el consumo de carne –a partir del hallazgo de un asador de bronce– se asocian a la celebración recurrente del equinoccio de primavera (Rodríguez Díaz *et alii* 2015).

En el CSV, además de la arquitectura, los objetos descartados en los cenizales hasta ahora excavados también apoyan la realización de actividades ceremoniales. Así, la vajilla de mesa de consumo individual o para libar líquidos, los posibles exvotos de piedra y la coroplastia formaron parte de la parafernalia ritual involucrada en las celebraciones en este vecindario. Las piezas de terracota con pintura blanca y roja conectan este sitio con el foco del Algarve portugués, donde fueron un medio predilecto de expresión litúrgica (Gomes 2020). Por último, la presencia de un diente humano, posiblemente un amuleto portado como colgante, arroja algo de luz sobre el aspecto mortuario, y apunta a la manipulación de huesos de algunos ancestros (Esparza Arroyo *et alii* 2016).

6. CONCLUSIONES Y PERSPECTIVAS

Este breve recorrido por las novedades más recientes de los trabajos en curso en el yacimiento salmantino del CSV nos ha permitido iluminar un aspecto desatendido en la literatura especializada: el mundo de las prácticas rituales y el culto entre las comunidades del Hierro I meseteño. Hemos presentado y examinado la arquitectura y algunos objetos inusuales, correspondientes a una fase tardía de la vida de esta aldea, datada hacia el s. VII a.C. Por entonces la interacción con los fenicios había dado lugar a varias generaciones de comunidades culturalmente sincréticas, que incorporaron costumbres mediterráneas a su acervo cultural. Tal sincretismo está patente en los objetos litúrgicos hallados, como la coroplastia, la vajilla simposiaca importada –fenicia, egipcia– y local imitando la cerámica torneada tartésica o reproduciendo temas del Geométrico griego, y los adornos corporales de fayenza asociados a tales prácticas.

Las observaciones anteriores se comprenden mejor planteando la llegada a esta remota aldea del interior peninsular de gentes educadas en tales costumbres. Un mecanismo posible entre grupos que practicaron la patrilocalidad es la recepción de esposas que migraron desde sus lugares natales hasta la aldea de sus maridos. Los paralelos de la cultura material hallada en CSV apuntan insistentemente hacia el cuadrante suroeste peninsular. Por tanto, la naturaleza orientalizante de la materialidad del CSV vino mediatizada por una intensa interacción con esa región. De algún modo, este yacimiento también se integró en el mundo cultural tartésico entre los siglos VII y VI a.C. No es descabellado intuir el papel de algunos intermediarios –genéricamente ‘fenicios’– en las actividades de intercambio interregional, posiblemente en torno al estaño, mineral frecuente en el paisaje salmantino en que se encuadra el CSV. Confiamos en que las próximas campañas de excavación nos permitan ir matizando o refutando estas ideas e hipótesis de trabajo.

AGRADECIMIENTOS

Agradecemos a los editores de este volumen, el Dr. Celestino y la Dra. Rodríguez su paciencia, confianza y facilidades para presentar aquí los planteamientos y hallazgos preliminares de nuestra investigación en curso.

BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ-SANCHÍS, J.R., RODRÍGUEZ-HERNÁNDEZ, J., RUIZ ZAPATERO, G. 2021: “El askos de Ulaca (Solosancho, Ávila) y el simbolismo del toro entre los vettones”, *Trabajos de Prehistoria*, 78-2: 355-365.
- ARMADA, X.L. Y ROVIRA, S. 2011: “El soporte de Les Ferreres de Calaceite (Teruel): una revisión desde su tecnología y contexto”, *Archivo Español de Arqueología*, 84: 9-41.
- ARNÁIZ ALONSO, M. A., FUENTE, I. 2016: “El horno de origen oriental procedente del séptimo nivel de hábitat de El Soto de Medinilla (s. VII A.C.)”, *Zephyrus*, 77-1: 99-117.
- ARRUDA, A. M. 2000: *Los fenicios en Portugal. Fenicios y mundo indígena en el centro y sur de Portugal*, Barcelona.
- BANDERA ROMERO, M.L. 2002: “Rituales de origen oriental entre las comunidades tartesias: el sacrificio de animales”, en Ferrer Albelda, E. (ed.), *Ex oriente lux: las religiones orientales antiguas en la Península Ibérica*, Sevilla: 141-158.
- BELÉN, M. Y ESCACENA, J.L. 2002: “La imagen de la divinidad en el mundo tartésico”, en Ferrer Albelda, E. (ed.): *Ex oriente lux: las religiones orientales antiguas en la Península Ibérica*, Sevilla: 159-184.
- BERROCAL-RANGEL, L. Y SILVA, A.C. 2010: *O Castro dos Ratinhos (Barragem do Alqueva, Moura). Excavações num povoado proto-histórico do Guadiana, 2004-2007*, Lisboa.
- BLANCO GONZÁLEZ, A., MACARRO ALCALDE, C. Y ALARIO GARCÍA, C. 2017: “La aldea del Hierro Inicial del Cerro de San Vicente (Salamanca, España): resultados de las excavaciones entre 1990 y 2006 a la luz de algunos debates actuales”, *Munibe Antropología-Arkeologia*, 68: 217-236.
- CASADO ARIZA, M. 2015: *La cerámica con decoración geométrica del Carambolo*, Sevilla.
- CELIS SÁNCHEZ, J. 1993: “La secuencia del poblado de la Primera Edad del Hierro de ‘Los Cuestos de la Estación’, Benavente (Zamora)”, en F. Romero Carnicero, C. Sanz Mínguez y Z. Escudero Navarro (eds.), *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Valladolid: 93-132.
- EDREY, M. 2018: “Towards a Definition of the Pre-Classical Phoenician Temple”, *Palestine Exploration Quarterly*, 150: 184-205.
- ESCACENA, J.L. 2002: “Dioses, toros y altares. Un templo para Baal en la antigua desembocadura del Guadalquivir”, en Ferrer Albelda, E. (ed.), *Ex oriente lux: las religiones orientales antiguas en la Península Ibérica*, Sevilla: 33-75.
- ESCACENA, J. L. Y VÁZQUEZ, M. I. 2009: “Conchas de salvación”, *Spal*, 18: 53-84.
- ESPARZA ARROYO, A., VELASCO VÁZQUEZ, J. Y CELIS SÁNCHEZ, J. 2016: “Notas sobre la fase ‘Soto Formativo’ en el poblado de Los Cuestos de la Estación (Benavente, Zamora)”, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 82: 63-85.
- ESTEBAN, C. Y ESCACENA, J. L. 2013: “Arqueología del cielo. Orientaciones astronómicas en edificios protohistóricos del sur de la Península Ibérica”, *Trabajos de Prehistoria*, 70-1: 114-139.
- GARCÍA ALFONSO, E. 2010: “Las primeras importaciones griegas en occidente y la cronología de la cerámica geométrica: hacia un nuevo paradigma (I)”, *Menga*, 7: 101-132.
- GOMES, F.B. 2012: *Aspectos do Sagrado na colonização fenícia*, Lisboa.
- GOMES, F.B. 2020: “Early Iron Age terracottas from southern Portugal: towards the definition of a regional coroplastic tradition”, *Les Carnets de l’ACoSt*, 19, <https://journals.openedition.org/acost/1729>.
- GÓMEZ PEÑA, A. 2020: “Altares con forma de piel de toro, *asherim* y *masseboth*: tríada de elementos religiosos de tradición cananea en la Península Ibérica”, en Celestino Pérez, S. y Rodríguez González, E. (eds.), *Un viaje entre el Oriente y el Occidente del Mediterráneo*, Mytra, 5, vol. I., Mérida: 193-206.
- GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, M. Y REGUERO, J. 2018: “La cerámica de retícula bruñida y del tipo Carambolo en el Bronce Final / Primera Edad del Hierro”, *Revista Historia Autónoma*, 12: 17-41.
- HORN, F. 2005: “Les terres cuites d’origine orientale de la peninsule Ibérique (VIII^e-VI^e s. av. J.-C.)”, en Celestino Pérez, S. y Jiménez Ávila J. (eds.), *El Período Orientalizante*, Anejos de Archivo Español de Arqueología, XXV, vol. II, Mérida: 1405-1416.

- KISILEVITZ, S. 2016: "Terracotta Figurines from the Iron IIA Temple at Moza, Judah", *Les Carnets de l'ACoSt*, 15. <https://doi.org/10.4000/acost.980>
- MACARRO ALCALDE, C. (coord.) 2019. *Las fortificaciones de Salamanca. Desde los orígenes hasta la Repoblación*, Salamanca.
- MACARRO ALCALDE, C. Y ALARIO GARCÍA, C. 2021: *Los orígenes de Salamanca. El poblado protohistórico del Cerro de San Vicente* (2ª edición), Salamanca.
- MIERSE, W.E. 2012: *Temples and Sanctuaries from the Early Iron Age Levant. Recovery after Collapse*, Winona Lake.
- MISIEGO TEJEDA, J. C., MARTÍN, M. A., MARCOS, G. J., SANZ, F. J., PÉREZ, F. J., DOVAL, M., VILLANUEVA, L. A., GARCÍA, P. F., GARCÍA, M. I., REDONDO, R., OLLERO, R. Y SÁNCHEZ, G. 2013: *Las excavaciones arqueológicas en el yacimiento de 'La Corona/El Pesadero', en Manganeses de la Polvorosa*, Valladolid.
- MONEO RODRÍGUEZ, T. 2003: *Religio iberica. Santuarios, ritos y divinidades (siglos VII-I a.C.)*, Madrid.
- PAPPA, E. 2021: "Retracting the divisions? Fresh perspectives on Phoenician settlement in Iberia from Tavira, Portugal", *Tijdschrift voor Mediterrane Archeologie*, 47: 7-13.
- PÉREZ GUTIÉRREZ, M., BEA, D., DILOLI, J. Y SARDÀ, S. 2015: "Astronomy and the Power: The Singular Building of Turó del Calvari (Vilalba dels Arcs, Tarragona)", en *Proceedings of SEAC 2010, Astronomy and Power: How Worlds Are Structured*, Oxford: 122-134.
- PÉREZ GUTIÉRREZ, M., RODRÍGUEZ DÍAZ, A., PAVÓN, I Y DUQUE, D. M. 2016: "An orientalizing ritual building in Aliseda (Cáceres, Spain)", *Mediterranean Archaeology and Archaeometry*, 16-4: 305-311.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, E. Y CELESTINO PÉREZ, S. 2019: "Las cerámicas pintadas postcocción en el valle medio del Guadiana", en Rodríguez González, E. y Celestino Pérez, S. (eds.), *Las cerámicas a mano pintadas postcocción de la península ibérica durante la transición entre el Bronce Final y la I Edad del Hierro*, Mytra, 4, Mérida: 111-129.
- ROMERO CARNICERO, F. Y RAMÍREZ RAMÍREZ, M. L. 1996: "La cultura del Soto. Reflexiones sobre los contactos entre el Duero Medio y las tierras del Sur peninsular durante la Primera Edad del Hierro", en Querol, M. A. y Chapa, T. (eds.), *Homenaje al Profesor Manuel Fernández-Miranda*, Complutum Extra, 6, Tomo II, Madrid: 313-326.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A., PAVÓN, I. Y DUQUE, D.M. 2015: *El tiempo del Tesoro de Aliseda. II. Aproximación a su contexto arqueológico*, Cáceres.
- RUÍZ MATA, D. Y CELESTINO PÉREZ, S. (eds.) (2001): *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid.
- SUÁREZ-PADILLA, J., JIMÉNEZ-JÁIMEZ, V. Y CARO, J. L. 2021: "The Phoenician diaspora in the westernmost Mediterranean: Recent discoveries", *Antiquity*, 95 (384): 1495-1510.
- VILAÇA, R., SOARES, I., OSÓRIO, M. Y GIL, F. 2018: "Cerâmicas pintadas de 'tipo Carambolo' na Beira interior (centro de Portugal)", *Spal*, 27-2: 55-88.

LA CERÁMICA COMÚN DE CANCHO ROANO. ASPECTOS INMATERIALES DE LA CULTURA MATERIAL: COMENSALIDAD, COLECTIVIDAD E IDENTIDAD EN EL SANTUARIO

PALOMA DE ZULUETA DE LA IGLESIA*

RESUMEN

El conjunto cerámico de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz), correspondiente a su última fase de ocupación, está formado por más de 44.000 fragmentos¹. Una concentración material de gran envergadura que permite definir, no solo las cualidades técnicas y las variantes formales de los recipientes hallados en el santuario, sino que hace posible sintetizar los rasgos más representativos de la producción alfarera en la cuenca media del Guadiana en el contexto de la segunda mitad del siglo V a.C.

Se trata de un registro material de extraordinario valor que va más allá de meras cuestiones formales. La cerámica común, por su naturaleza popular, describe a la perfección los rasgos que configuran la realidad de una comunidad. En el material cerámico trasciende la realidad de lo cotidiano, los hábitos alimenticios y las prácticas culinarias. También, clarifica el funcionamiento del grupo, sus actividades económicas y sus áreas de influencia política y cultural. Es, por tanto, una evidencia tangible y descriptiva del comportamiento humano. Al mismo tiempo, es la expresión de la realidad espiritual del grupo. Los ritos, las ceremonias y la interacción de sus miembros también se hacen evidentes a través de la cerámica común. De este modo, el registro cerámico permite profundizar en los aspectos inmateriales de la cultura pasada. Por ello, el conjunto supone al mismo tiempo una síntesis de lo cotidiano y lo excepcional, de lo profano y lo sagrado.

PALABRAS CLAVE

Protohistoria, Tartessos, cerámica común, Arqueometría, foso, hábitos de consumo, comensalidad, funcionalidad, basurero sagrado.

* Doctoranda. Programa de Doctorado: Historia y Arqueología. Universidad Complutense de Madrid. palomadezulueta@gmail.com. Agradezco a Mariano Torres Ortiz, a Inmaculada Escobar y a Ivonne Gastañaga sus aportaciones, contenidas a lo largo del presente trabajo.

¹ Estudio de la cerámica común de Cancho Roano: inventario y clasificación de los materiales del recinto principal recuperados en las campañas de excavación dirigidas por el profesor Maluquer, entre 1978 y 1988, realizado por Cornada Domínguez de la Concha y Paloma de Zulueta, Inventario de los materiales procedentes del depósito del foso, desarrollado por el equipo de trabajo de las campañas de excavación entre 1996 y 1999, a cargo de Sebastián Celestino y Asunción Martín. Clasificación formal del conjunto cerámico del foso, realizada por Paloma de Zulueta.

ABSTRACT

The ceramic assemblage of Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz), corresponding to its last phase of occupation, is made up of more than 44,000 fragments. A large-scale material concentration that makes it possible to define not only the technical qualities and formal variants of the vessels found in the sanctuary, but also makes it possible to synthesize the most representative features of pottery production in the middle Guadiana basin in the Tartessian culture of the second half of the 5th century BC.

It is a material record of extraordinary value that goes beyond mere formal issues. Common pottery, due to its popular nature, perfectly describes the features that make up the reality of a community. In the ceramic material transcends the reality of everyday life, eating habits and culinary practices. Also, it clarifies the functioning of the group, its economic activities and its areas of political and cultural influence. It is, therefore, a tangible and descriptive evidence of human behavior. At the same time, it is the expression of the spiritual reality of the group. The rites, the ceremonies and the interaction of its members are also made evident through the common ceramics. In this way, the ceramic register allows us to delve into the immaterial aspects of past culture. For this reason, the assemblage supposes at the same time a synthesis of the quotidian existence versus singularity. The profane versus the sacred event.

KEY WORDS

Protohistory, Tartessos, Domestic Pottery, Archaeometry, Ditch, Consumption habits, Commensality, Pottery Function, Holy Dump.

1. LO INMATERIAL DE LA MATERIA

La cerámica común de Cancho Roano ofrece la posibilidad de elaborar un discurso complementario acerca de los aspectos inmateriales de la cultura material: comensalidad, colectividad e identidad en el santuario y su comarca². Una aproximación antropológica que, más allá de la tradicional definición morfo-tipológica de los recipientes, requiere del apoyo de la Arqueometría³ (Zulueta e.p.). El análisis de las arcillas y los residuos orgánicos precisarán aspectos antropológicos relacionados no solo con prácticas culinarias, hábitos de comensalidad y jerarquización social, sino también con la interacción de grupos humanos que podrían haber estado organizados en clanes o tribus, definidos por los rasgos de su propia individualidad (Van Gennep 1909: 15). Así mismo, desde un punto de vista económico, será posible definir patrones de reciprocidad entre colectivos, relacionados con la extracción de recursos naturales, las áreas de producción y las redes de distribución alfarera a escala local y regional. Hábitos de consumo que atesoran gustos culinarios, prácticas populares y liturgias colectivas como un patrimonio inmaterial que define a los moradores del lugar. Las evidencias que presenta el depósito ponen de manifiesto un “sacramento de

² Proyecto de tesis doctoral: *La cerámica común de Cancho Roano. Aspectos inmateriales de la cultura material: comensalidad, colectividad e identidad en el santuario*. Escuela de Doctorado. Programa Historia y Arqueología. Facultad de Geografía e Historia. Universidad Complutense de Madrid. Directores: Dr. Sebastián Celestino Pérez y Dr. Mariano Torres Ortiz.

³ Dr. A. Dorado Alejos (Laboratorio de Arqueometría “Antonio Arribas Palau”, Dpto. de Prehistoria y Arqueología. Universidad de Granada). Financiación: *Construyendo Tarteso 2.0: Análisis constructivo, espacial y territorial de un modelo arquitectónico en el Valle Medio del Guadiana* (Nº Proyecto: PID2019-108180GB-I00. 2020-2023). IAM – CSIC - Junta de Extremadura.

comunidad” entre los clanes y las tribus que habitaron en el entorno de Cancho Roano y son, a su vez, la expresión de un colectivo con una notable afinidad cultural.

Sin embargo, el ritual de clausura oficiado en Cancho Roano no solo reafirma la identidad de aquellos que participaron. La destrucción coetánea de los recintos de Casas del Turuñuelo (Guareña) y La Mata (Campanario) enfatiza aún más la cohesión social y política de los grupos humanos que habitaron la comarca que, en momentos de adversidad, en alianza con la divinidad o con la intención de aplacar su ira, propicia el abandono definitivo del territorio. Estos rituales de separación solo son posibles en un contexto social, político y religioso tejido a partir de robustos lazos culturales y profundas inquietudes espirituales que dejan su impronta en la cerámica común. Estamos, pues, ante un colectivo consciente de su propia individualidad.

En definitiva, en este trabajo se propone un enfoque alternativo sobre la cerámica común que contribuya a la comprensión de la interacción humana, a través de las dinámicas cotidianas que discurren entre lo público y lo privado; entre lo profano y lo sagrado (Van Gennep 1909: 28). Una aproximación que profundiza en los aspectos intangibles de la realidad simbólica e identitaria de las comunidades que habitaron la cuenca media del Guadiana a finales de la I Edad del Hierro (Espeitx y García 1999: 138).

2. CERÁMICA COMÚN: RASGOS DE INDIVIDUALIDAD Y COLECTIVIDAD

Es sobresaliente el potencial arqueológico, en términos de producción y definición formal, que ofrece una muestra tan extensa de recipientes de uso cotidiano. Pero este conjunto material adquiere connotaciones de mayor calado, al tratarse de un contexto cerrado que describe un episodio preciso y singular de la vida del santuario. Un conjunto cerámico que, si bien por su naturaleza es un reflejo de lo cotidiano, en su disposición final se convierte en expresión de lo excepcional. El estudio de la cerámica común de Cancho Roano, que trasciende la mera clasificación tipológica, permite una aproximación histórica y antropológica. El alimento y la bebida, a través de los ritos de comensalidad celebrados en torno al foso, se presentan como recursos de cohesión grupal e interacción entre clanes. Permiten plantear patrones nutricionales y culinarios que evidencian rasgos culturales identitarios, no solo en este emplazamiento, sino también en otros coetáneos de la cuenca media del Guadiana como La Mata y Casas del Turuñuelo. Se trataría de un patrón similar al descrito en los actos procesionales, ritos y banquetes que formaban parte de otras celebraciones comunitarias en la cuenca del Mediterráneo, como las pequeñas y grandes Panateneas de los siglos VI – V a. C. en Atenas. Celebraciones colectivas, enmarcadas en un programa político orquestado por la élite, que tienen como finalidad reforzar la conciencia de grupo en torno a la divinidad (Nuez 2004: 101-103). En este sentido, el conjunto cerámico facilita la consideración de aquellas prácticas ceremoniales complejas que podrían desarrollarse a lo largo de varias jornadas. En ellas, la peregrinación, el sacrificio, la ofrenda, el ayuno y la comensalidad son parte esencial de los actos mágico-religiosos que constituyen los ritos de paso, de agregación, estacionales, de propiciación, de separación y de alianza con la divinidad (Van Gennep 1909). La consideración de lo mágico-religioso resulta imprescindible para interpretar la cerámica de Cancho Roano en el preciso contexto de celebración del banquete de clausura como parte esencial de un rito de separación. La apreciación de lo intangible permite complementar el registro arqueológico con la realidad subjetiva en la que discurre el devenir de los grupos humanos.

A pesar del volumen de material recuperado, el conjunto presenta una notable uniformidad técnica y formal definida por su indigenismo. El grueso de los recipientes corresponde a una manufactura local/comarcal, conservando rasgos arcaizantes que revelan el peso de la tradición alfarera precedente, como ocurre con los cuencos que recuerdan tipos del Bronce Final, la cerámica gris y los acabados escobillados. Mientras, estas piezas coexisten con pequeños lotes de piezas importadas -como las copas áticas tipo Cástulo, algún *aryballos* de pasta vítrea de Naucratis (Egipto)-, un *infundibulum* etrusco, un

alabastrón egipcio (Celestino 2001)-, con otras series de factura local e inspiración exógena -como ocurre con las copas y cráteras de imitación de tradición mediterránea-. Tal diversidad de piezas evidencia en Cancho Roano el grado de normalización de los procesos de hibridación y transformación a los que estuvo expuesta la sociedad tartésica a lo largo de los siglos VI y V a. C. La coexistencia de piezas de uso litúrgico y cotidiano, unas de factura local y otras exógena, describen interacciones culturales y comerciales que podrían derivar de contactos de carácter esporádico (Vives-Ferrándiz 2005: 229).

Este mismo patrón endogámico, basado en modelos de interacción social, política y cultural a escala local y comarcal, parece tener su reflejo en la marcada uniformidad del conjunto cerámico del recinto, caracterizado mayoritariamente por recipientes de uso común y factura local, asociados a contextos de almacén, despensa, cocina y servicio de mesa, además de otros recipientes que, por su singularidad, podrían quedar asociados a contextos litúrgicos. Esta peculiar uniformidad se debe a diversas razones.

La primera cuestión a tener en cuenta es el bajo coste de producción de los tipos cerámicos: se trata de piezas seriadas, realizadas a torno, de formas sencillas y superficies alisadas, más o menos trabajadas, con escaso elemento decorativo. En los casos de ejemplares realizados a mano, su manufactura podría responder a una producción doméstica, cuya representatividad en Cancho Roano tiene un carácter residual, tratándose de recipientes vinculados a contextos de cocina y despensa. Como dato representativo, estas piezas apenas suponen el 5.5% y el 6.5% de los materiales hallados en el interior del recinto principal y en el depósito del foso, respectivamente. Se corresponden con piezas de formas simples y aspecto tosco o poco cuidado, con superficies rugosas y, por lo general, pastas poco decantadas con desgrasantes gruesos de mica, cuarcita y elementos vegetales, y cocción irregular, mixta o reductora. Estos tipos de manufactura tradicional permiten prolongadas exposiciones a la acción del fuego, lo que les hace mucho más resistentes a las elevadas temperaturas de la actividad culinaria.

En segundo lugar, hay que destacar su versatilidad funcional, que permitiría el uso de un mismo recipiente en las distintas fases de conservación, manipulación, cocción, servicio y consumo. Esta circunstancia haría posible cubrir las necesidades funcionales de la comunidad con las piezas que esta misma produciría, sin necesidad de importarlas desde otras regiones. De este modo, los cuencos y platos de reducido diámetro proliferan en el ajuar doméstico, al tiempo que se generaliza el consumo del vino en banquetes y reuniones de carácter ceremonial.

Por último, cabe destacar dos rasgos que confieren al conjunto una marcada individualidad. Por una parte, el indigenismo que se manifiesta en la pervivencia de elementos formales, acabados y técnicas decorativas heredadas de la alfarería tradicional. De este modo, el innegable arcaísmo de los acabados escobillados y los cuencos de carena alta enfatizan el arraigo indígena de la comunidad. De otra, la asimilación de morfologías, elementos técnicos y recursos decorativos derivados de la interacción cultural con poblaciones mediterráneas. No son pocos los ejemplos de recipientes de factura local recuperados en el santuario que presentan una morfología *ad hoc* para el consumo de vino. Este es el caso de las imitaciones de copas de tipo Cástulo, de las cráteras, los jarros de pie elevado y los cazos.

La homogeneidad técnica y formal de la cerámica común se explica por el desarrollo de un mercado local consolidado. La coexistencia de centros alfareros con modelos de producción comunes hace posible un panorama material tan uniforme, con pequeñas variantes formales entre los distintos emplazamientos de la cuenca media del Guadiana en el último tercio del siglo V a. C. En el contexto del foso de Cancho Roano no deja de sorprender la capacidad de convocatoria del santuario, que hace acopio de una cantidad impropia de víveres y piezas de servicio con el que servir el ceremonial de clausura. Los actos grupales de comensalidad, entendidos como “sacramentos de comunión” asociados a ritos de agregación, como el que podría haber tenido lugar, suelen contemplar el intercambio de alimentos y bebidas como refuerzo de los lazos de

hermandad (Van Gennep 1909: 49-50). En tal caso, dicha uniformidad tecnológica y formal en el ajuar cerámico de uso común refleja una sólida red de producción y distribución alfarera a escala comarcal. Circunstancia que vendría a enfatizar aún más los lazos fraternales entre las comunidades que asistieron al banquete de clausura del recinto. Es por ello que, en dichas circunstancias excepcionales, resulta aún más reveladora la uniformidad del conjunto, en cuanto al tipo de arcillas y desgrasantes empleados, la técnica de factura y la variedad formal se refiere. También, por la evidente continuidad que este conjunto presenta en relación a los materiales preexistentes en contextos de las fases B, C y D del yacimiento. En este sentido, queda por determinar la procedencia de las arcillas que sirvieron de materia prima para la elaboración de estas piezas, lo cual permitirá realizar una comparativa entre los materiales provenientes de las áreas restringidas del recinto (interior del edificio principal y estancias perimetrales) y de los recipientes empleados en el banquete público y colectivo que generó el “basurero ritual” que amortizó el foso. Las analíticas de las arcillas podrán determinar el origen local o regional de los recipientes de Cancho Roano.

3. LOS RECIPIENTES

El material cerámico de Cancho Roano recuperado en los distintos espacios del santuario –recinto principal, estancias perimetrales, foso y pozo exterior– debe entenderse al mismo tiempo como una única unidad cultural que discurre en planos simultáneos diferentes. Esto es: un espacio de liturgia privada en el interior; un espacio de escenificación del rito en las estancias perimetrales y un sacramento de comunión popular en el exterior. La cerámica del lugar es una síntesis de la tradición alfarera doméstica y, a su vez, una evidencia del componente ritual de los actos de comensalidad. A falta de los datos que aporte la Arqueometría, el análisis macroscópico de las piezas pone de relieve el marcado carácter local de las pastas arcillosas y los acabados de la mayor parte de los contendedores. Esta circunstancia, junto a la limitada variabilidad formal, muestra la naturaleza popular del ajuar cerámico del recinto. Salvo ejemplares pertenecientes a lotes concretos de copas griegas y recipientes de las series grises y pintadas, apenas hay elementos que distorsionen tal uniformidad. Esta circunstancia evidencia el origen local y regional del grueso del conjunto cerámico y revaloriza su indigenismo. De la procedencia común de las arcillas, de la semejanza de las cualidades tecnológicas y de la limitada variabilidad formal de las piezas se deduce la existencia de áreas de abastecimiento y producción comunes, así como de tradiciones culinarias compartidas. Por ende, de comunidades con intereses económicos comunes y estrechos lazos políticos, sociales y religiosos que tienen como punto de encuentro el santuario de Cancho Roano.

La propia estructura del complejo permite evocar la jerarquización social de ciertas prácticas mágico-religiosas asociadas con la comensalidad que, al igual que en otras tantas sociedades mediterráneas, estarían presentes en las comunidades de la I Edad del Hierro de la cuenca media del Guadiana. Estos ritos, impulsados por los poderes políticos, económicos y religiosos, se desarrollaban al amparo de las divinidades con la finalidad de dar entidad al grupo, reforzar su individualidad y cohesionar la comunidad. Esas prácticas alimentarias son parte esencial de los ritos de paso, de acogida y de separación, antes descritos. La cerámica común de Cancho Roano permite evocar la coexistencia de dos prácticas de comensalidad simultáneas, diferenciadas y complementarias. En ese sentido, el inventario de la cerámica procedente del recinto principal como del foso aporta información que puede avalar esta hipótesis. Es preciso señalar que los porcentajes de representación de recipientes del servicio de mesa son similares en ambos espacios. De la muestra recuperada en el interior, el 18,7% (2.810 fragmentos) se corresponden con piezas de factura fina -series gris, oxidante, mixta y turdetana-, frente al 14% correspondiente a estos mismos tipos cerámicos en el foso (3.826 fragmentos). Sin embargo, sí se aprecian sensibles diferencias en cuanto a la composición arcillosa y las cualidades técnicas. Los fragmentos del servicio de mesa del recinto principal presentan una superioridad técnica, tanto en el decantado de las arcillas como en los esmerados acabados. El 71% de los fragmentos del servicio de mesa del recinto principal (1.998 fragmentos) cuentan

con desgrasantes finos o muy finos en sus pastas, mientras que en el conjunto del foso este tipo de arcillas cuidadosamente decantadas desciende al 40% (859 fragmentos). Por su parte, el 60% de los fragmentos de factura fina, algunos de aspecto y sonido casi metálico, presentan esmerados acabados espatulados, bruñidos y pintados (1.702 fragmentos). Un porcentaje muy superior al 31% identificado en la muestra del servicio de mesa del foso (671 fragmentos). La superioridad técnica que presenta el servicio de mesa del recinto principal, a pesar de compartir rasgos morfológicos con los recipientes del foso, describe un ajuar que bien podría haber estado asociado a un uso más restringido y exclusivo. Estos *symposia* se convierten en un exponente del control grupal (Plácido 2011: 33), a través de posibles ritos místéricos oficiados por unos pocos iniciados en un espacio de acceso restringido. Son prácticas que se caracterizan por su doble naturaleza: privada, restringida y excluyente –entendida como escenificación del poder religioso y de gobierno- y a la vez, pública, abierta e integradora –como manifestación de lo popular, las tradiciones y lo identitario- en el espacio exterior. En este sentido cabe la posibilidad de plantear el desarrollo de ritos místéricos, oficiados por unos iniciados en el espacio interior del recinto, semejante a los practicados por otras comunidades mediterráneas coetáneas como la griega.

El criterio de clasificación de la cerámica común del yacimiento atiende aspectos tecnológicos y formales que dan lugar a grupos funcionales. De este modo, se identifican contenedores de almacén y despensa, empleados en la conservación de alimentos (Fig. 1); piezas de menaje de cocina, asociadas a la preparación, cocinado y presentación de los alimentos (Fig. 2); el servicio de mesa (Fig. 3) y las piezas auxiliares, vinculados directamente al consumo (Fig. 4). Así mismo, piezas de ajuar de uso diverso: cuidado personal –higiene y cosmética, tratamientos médicos y prácticas rituales (Fig. 5).

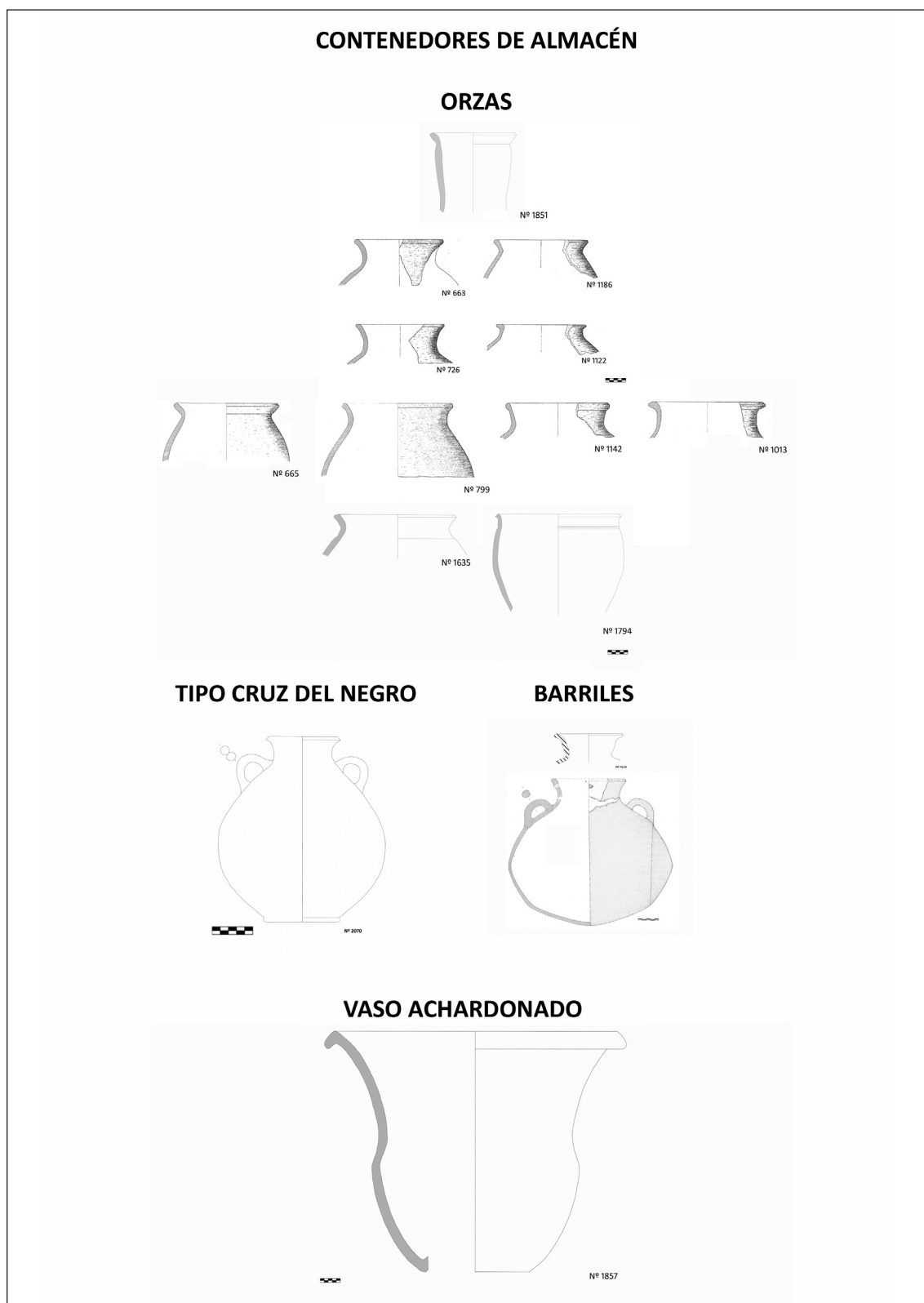


Fig. 1. Recipientes de almacén. Dibujos Mar Alfaro y otros.

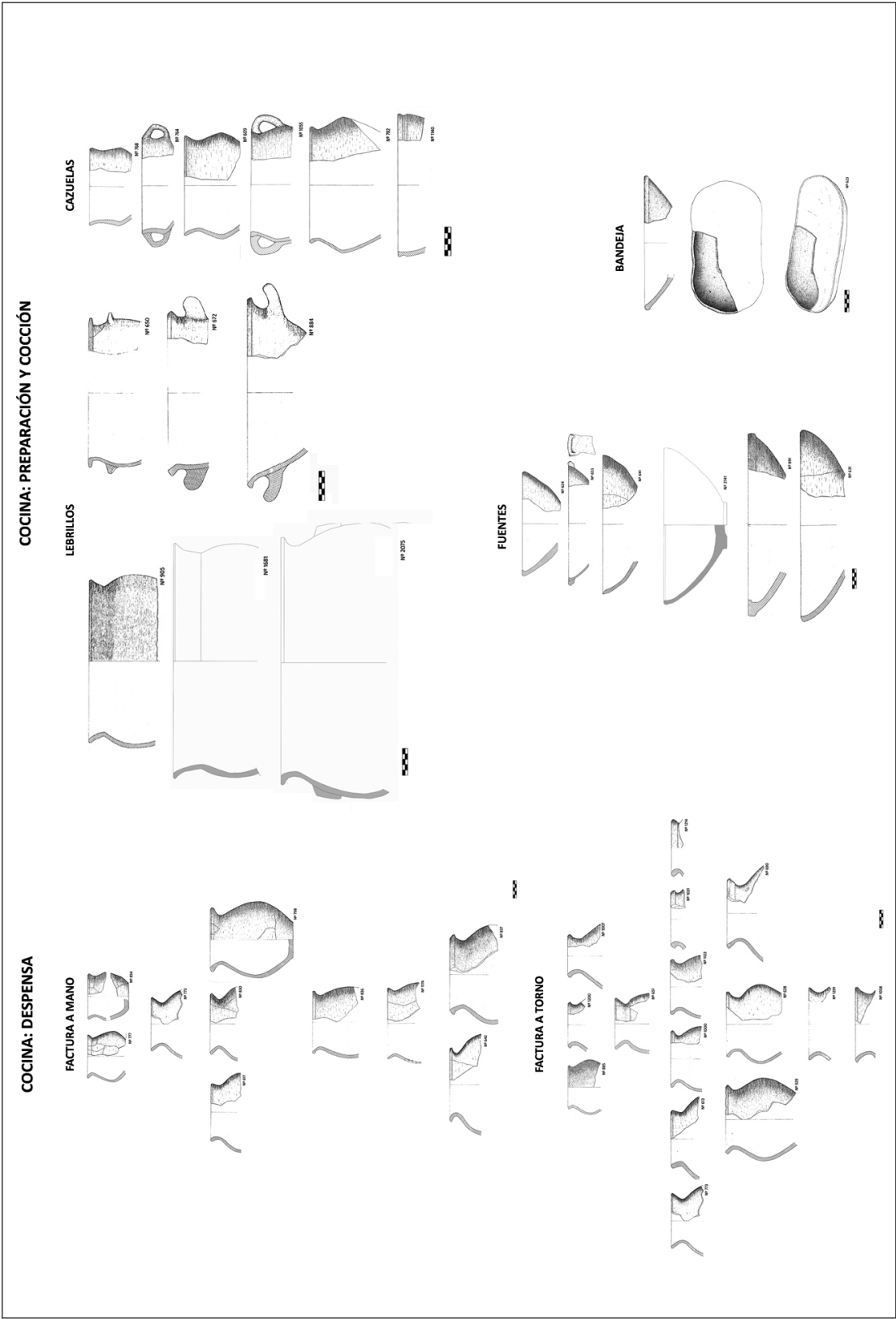


Fig. 2. Recipientes de cocina: despensa, preparación y cocción. Dibujos de Mar Alfaro y otros.

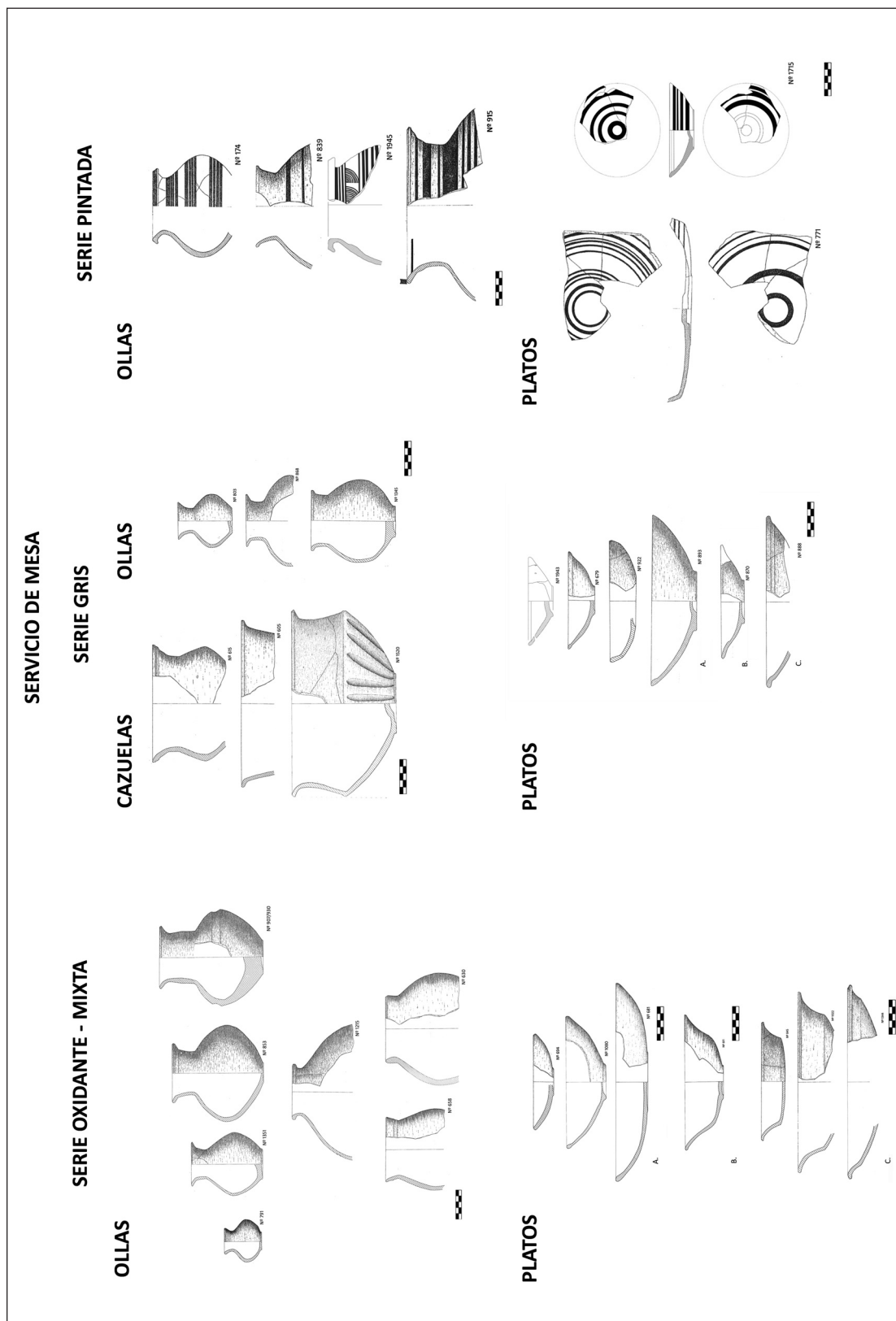


Fig. 3. Servicio de mesa. Serie oxidante-mixta. Serie gris. Serie pintada. Dibujos Mar Alfaro y otros.

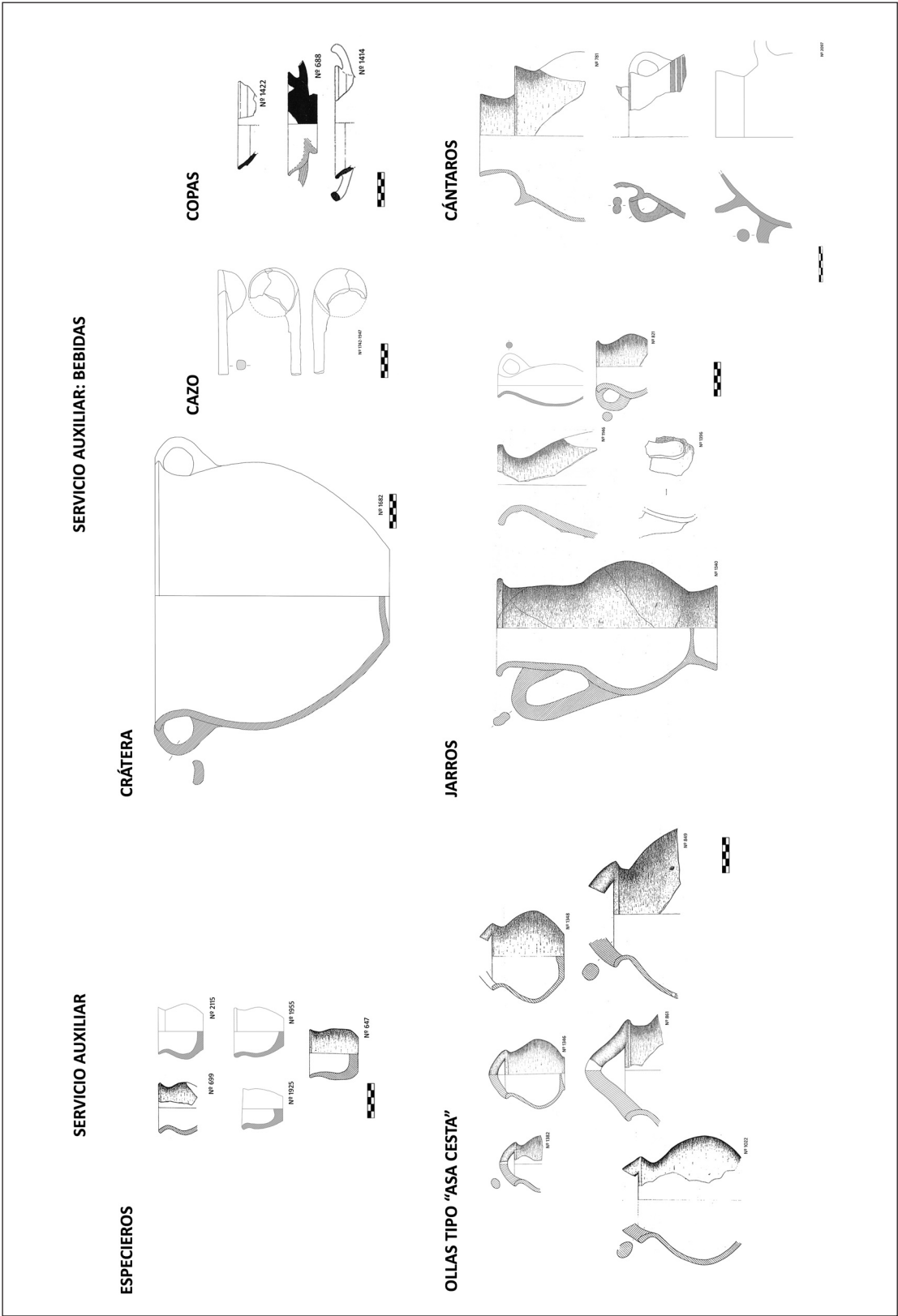


Fig. 4. Servicio auxiliar. Dibujos Mar Alfaro y otros.

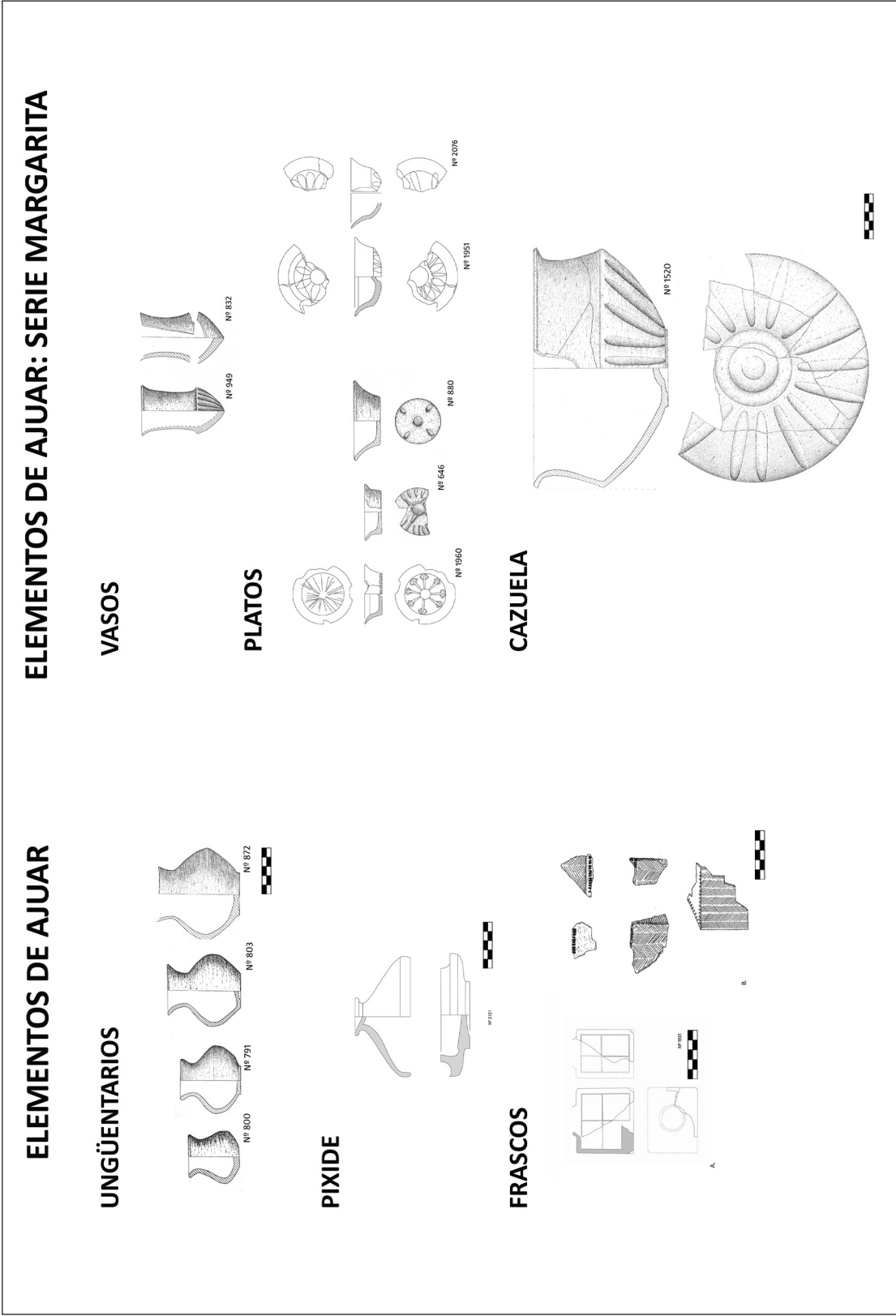


Fig. 5. Piezas de ajuar de uso diverso. Dibujos Mar Alfaro y otros.

3.1 LOS RECIPIENTES DEL RECINTO PRINCIPAL

Según el inventario de la cerámica común del recinto principal, recuperada en las campañas de excavación dirigidas por Maluquer entre 1978 y 1988, se estima que el conjunto está constituido aproximadamente por unos 16.000 fragmentos. El proceso de formación del registro arqueológico, en el que interviene de forma decisiva el incendio del recinto y el posterior colapso de la planta superior del edificio principal, así como los procesos secundarios, derivados de la remoción del terreno por los trabajos agrícolas y la información parcial sobre las cotas en la que fueron recuperados los fragmentos, han provocado que el 49% del material esté descontextualizado. Se calcula que, del material contextualizado, el 63% procede de la planta superior del recinto mientras que el 37% correspondería a la planta inferior. Por esta razón, cualquier intento de concreción del número mínimo de individuos (NMI) o sobre la distribución de los recipientes por estancias resulta impreciso. No obstante, se ha realizado una estimación ponderada del número máximo de individuos (NMxI) según las formas reconocibles -bordes, asas y bases-, cuyos datos, en cualquier caso, no son concluyentes. Para la estimación del número máximo de individuos (NMxI) en el recinto principal se ha identificado el número total de fragmentos de bordes, bases y asas contextualizados a los que se les ha podido asignar un grupo funcional, tecnológico y formal concreto. En ningún caso se ha realizado el cálculo de la correlación del peso de cada tipo formal con el volumen de fragmentos recuperados. El resultado del NMxI es una valoración ponderada y estimativa. El proceso de cálculo, desarrollado en dos fases con un grado de concreción de mayor a menor, se ha llevado a cabo a partir de aquellos fragmentos que reunían las siguientes variables: contexto de habitación contrastado (espacio y cota), morfología específica (borde) y tipo formal identificado. Los fragmentos excluidos, bases y asas, han pasado a una segunda fase de la estimación del NMxI. Aquellas formas no identificadas en los bordes pero que aparecen reconocidas en las bases y las asas han pasado a engrosar el número máximo de individuos ponderados (NMxIP). De este modo, todos los tipos funcionales, tecnológicos y formales identificados en el inventario han sido considerados en el cómputo del NMxIP de cada espacio.

En la H-1 se concentra el 7% de los fragmentos. A pesar de tratarse de un espacio reducido de acceso y tránsito, esta circunstancia se puede explicar por la presencia del hueco de escalera que comunica la estancia con la planta superior (Celestino *et alii* 2003: 314). El cálculo ponderado permitió individualizar un total aproximado de 31 recipientes: almacén (12,8%), cocina (29%) y mesa (57,9%). Los grandes contenedores de almacén, tres ánforas y una orza⁴, situados directamente sobre el pavimento, próximos a una fíbula anular con resorte bilateral y algunos fragmentos amorfos de hierro. También se recuperaron restos cerámicos correspondientes a ollas de cocina y despensa; y ollas, fuentes, platos y cuencos de mesa- y restos orgánicos -almendras y piñones-⁵.

La estancia H-2, que se corresponde con un largo pasillo distribuidor, albergaba material asociado a diversas actividades: textil, metalúrgica y consumo de alimentos. La estimación del material permite identificar aproximadamente 22 recipientes. El ajuar de mesa asociado con el consumo individual es predominante, frente a los grandes contenedores de almacén. El 68.2% se corresponde con pequeños recipientes de mesa, en sus variantes mixtas, oxidantes y grises, siendo más numerosas las formas abiertas (platos y cuencos). La cota en la que se produjeron los hallazgos, entre los 2 m y los 2.60 m, indica que buena parte de los materiales fueron depositados directamente sobre el pavimento de la habitación siguiendo el mismo patrón de las estancias perimetrales (Celestino y Jiménez Ávila 1993: Fig. 9 y reconstrucción O-3), en las que fue posible individualizar pequeños grupos de contenedores -ánforas, orzas y ollas- junto a piezas propias del servicio de mesa: fuentes, platos y cuencos, además de dos cíclicas áticas (Celestino *et alii* 2003: 315). La diversidad de los restos recuperados permite considerar la posible

⁴ Diario del 31 de mayo de 1979.

⁵ Diario 30 de mayo de 1979.

práctica de un banquete, en el que adicionalmente hubiera sido necesario el uso de utensilios y recipientes asociados a la manipulación, preparación y cocinado de alimentos. Ejemplo de ello son los molinos de vaivén, varios fragmentos de braserillo, un asador y un caldero de bronce (Celestino 2001: 36; Celestino *et alii* 2003: 315), este último con un buen número de semillas de cebada adheridas a sus paredes, además de los huesos de ovicápridos dispersos por la estancia. La descripción de este contexto permite relacionar el ajuar doméstico con el hallazgo de un hogar documentado en el interior de la habitación (Celestino y Zulueta 2003: 33). Todo ello podría ser evidencia material de una práctica de comensalidad restringida en el espacio interior, opuesta a la celebración del banquete popular y colectivo desarrollado en el exterior.

Los materiales de la H-3 recuperados en el transcurso de los trabajos de la 4ª campaña de excavación, iniciada en mayo de 1980, formaban parte de un estrato de derrumbe compuesto por “carbones, cenizas, cerámica y restos de sacrificios y cremaciones” y “... lentejones de arcilla discontinuos”. El conjunto se describe con especial detalle “la aparición de ánforas con fragmentos agrupados de piezas incompletas, desparramadas por toda el área, cerámica más fina local, fragmentos de *kylikes* griegos de barniz negro muy quemados” (Maluquer de Motes 1981: 245). A pesar de la minuciosa descripción que ofrece, la falta de información sobre la cota de profundidad y la dispersión de los restos han impedido determinar con certeza el contexto y la procedencia de los 830 fragmentos recuperados en este espacio. Por otra parte, el único fragmento de cónica documentado en la H-3, según el estudio de funcionalidad del recinto, provendría de la planta superior del edificio (Celestino *et alii* 2003: 346); si atendemos a la descripción de Maluquer en relación a los fragmentos de *kylikes* griegos, que parece forma parte de un único relleno de derrumbe, podríamos considerar que el conjunto cerámico de este espacio pertenecería a la planta superior.

Los materiales de H-4, H-5 y H-6 presentaban una problemática similar a los recuperados en la H-3: la ausencia de datos dificultó su correcta identificación. Las memorias de excavación mencionan que la cota de profundidad alcanzada en la campaña de 1980 superó los 2 metros, por lo que deducimos que los distintos estratos provenientes del colapso del edificio, tanto de la planta superior como de la inferior, fueron excavados de forma unitaria. En la 6ª campaña (enero de 1981), se continuó con la excavación del relleno, del que restaban 20 cm hasta alcanzar el pavimento de las tres estancias. En este contexto parcial de la H-4 fueron recuperados 9 fragmentos de platos grises. Por su parte, el conjunto cerámico de la H-5 se define por la mayor presencia de recipientes cerrados, en su mayoría con acabados poco cuidados, propios de contextos de cocina y despensa; también, 3 fragmentos pertenecientes a copas griegas⁶. La H-5 completa su ajuar con piezas relacionadas con posibles actividades lúdicas (Celestino *et alii* 2003: 316 y 344): un juego de cuatro fichas blancas de piedra y 50 astrágalos; además de diversas placas de hueso que podrían corresponder a una arqueta decorada destinada a contener las fichas. También fueron identificados en un rincón los restos de un bocado de caballo junto a una concentración de botones que podrían haber adornado el faldón de una manta o sudadero con el que cubrir el dorso de un caballo (Maluquer de Motes 1981: 246). En relación a la H-6, la memoria de excavación mencionaba la existencia de “ánforas aplastadas e incompletas, cerámica local

⁶ La llamativa concentración de fragmentos de copas griegas en el espacio de la H-5 merece una mención espacial. Al igual de lo que sucediera en las estancias H-4 y H-6, los fragmentos recuperados están descontextualizados. Según el estudio monográfico de cerámica griega realizado en el yacimiento, en la H-5 es posible identificar un total de cinco fragmentos procedentes del relleno de la estancia, a los que hay que añadir tres más que comparten procedencia entre las habitaciones H-4, H-5 y H-6, así como una última pieza compuesta por 18 fragmentos hallados de otras tantas estancias (H-2, H-5, H-6, H-8 y H-10) (Gracia 2003: 81-123). Por último, cabe añadir los siete fragmentos recuperados en la trinchera medieval y que, por tanto, no pertenecen al interior de la habitación. Según este análisis, la concentración de copas griegas en H-5 no es tan llamativa, si detallamos la procedencia de los fragmentos. El número de fragmentos recuperados en la habitación en 1981, y por tanto adscritos con certeza a la planta inferior del edificio, asciende a un total de 3 fragmentos; los 2 fragmentos hallados entre 1979 y 1980 provienen de la planta superior; los 5 fragmentos que se encuentran dispersos entre varias habitaciones posiblemente procedan del derrumbe de la planta superior.

fina, mucho más escasa que en las estancias H-4 y H-5”, además de cuatro fichas negras, opuestas al juego de color blanco recuperado en la H-5, si bien desconocemos si su procedencia era de la planta superior o inferior del recinto (Maluquer de Motes 1981: 247).

Por su parte, el área de la H-7 se encontraba colmatada por un potente estrato de relleno estéril que “no ofrecía el menor rastro de cenizas ni carbones ni resto arqueológico alguno” (Maluquer de Motes 1983: 10). La circunstancia de un relleno que no presentase cenizas ni carbones viene justificada por la imposibilidad de que los restos del incendio y el derrumbe pudieran haberse filtrado, ya que se trataba de un espacio previamente colmatado por un relleno compactado. Sin embargo, la ausencia de restos cerámicos quizás sí le confiera un particular sentido “purificador”. No en vano, la H-7 es el eje vertebrador del santuario con la superposición de los altares que enfatizan la sacralidad del espacio (Celestino 2001: 38).

La zona meridional del recinto principal, identificada como área de almacén (H-8, H-9 y H-10) (Celestino *et alii* 2003: 318-319), estuvo expuesta a las intensas labores agrícolas. Los estratos superiores del túmulo quedaron arrasados, conservándose parcialmente los niveles pertenecientes a la planta inferior del recinto⁷. Esta particularidad permite contextualizar los materiales cerámicos en el espacio de habitación de la planta inferior. Además, obliga a considerar la parcialidad del material recuperado, por la disgregación y descontextualización de buena parte de los restos por el entorno inmediato.

En relación al espacio de la H-8, similar en planta y función al de H-3, hace las veces de área de acceso, espacio distribuidor a las estancias anexas (H-9 y H-10) y almacén. Según se desprende del estudio sobre funcionalidad, esta habitación sirvió como depósito para una gran diversidad de objetos de bronce y recipientes cerámicos situados en su mayoría junto a la pared norte de la habitación⁸. Los materiales se corresponden con las diversas actividades de la vida cotidiana: siega (guadaña), elementos de almacén, cocina, servicio de mesa y consumo (ánforas, orzas, ollas, platos...), piezas de aseo personal o elementos de un posible ajuar ritual (jarros, braserillos y calderos, platos margarita) y objetos de atalaje del caballo y guadarnés (bocados, discos y pasariendas). Tal acumulación de piezas de distinta naturaleza permite la interpretación de este espacio como almacén del ajuar utilizado con ocasión de festividades agrícolas de carácter estacional. Siguiendo paralelos actuales, las romerías requieren de una gran diversidad de instrumentos, utensilios, piezas y elementos: atalaje para engalanar los caballos de tiro y paseo; recipientes para la preparación de los alimentos y el consumo colectivo; objetos y recipientes de ajuar ritual para libaciones, baños y ofrendas; utillaje agrícola. Un cúmulo de objetos, útiles, cachivaches y recipientes, aparentemente inconexos, que cobrarían todo su significado si pudieran ser interpretados como la síntesis de lo cotidiano y la expresión festiva de los actos rituales colectivos.

En la estancia H-8 la muestra cerámica es amplia y significativa. No en vano, el inventario de piezas recoge toda la variedad formal de contenedores de almacén, despensa, cocina; servicio de mesa; y ajuar ritual. Una vez estimado el número aproximado de recipientes, es posible concluir que el conjunto más numeroso se corresponde con manufacturas finas de mesa (75%), en las variantes tradicionales de la región -las series oxidante, mixta, gris y pintada-. El análisis del inventario recoge una mayor proporción de platos (95 recipientes, aproximadamente) y cuencos (8 unidades, aproximadamente), frente a las ollas propias del servicio de mesa (51 recipientes). Nuevamente, el conjunto de recipientes pintados parece, una vez más, un lote reducido, de unas 17 unidades aproximadamente, entre ollas, platos y cuencos. Según las descripciones aportadas en la Memoria, “junto a las usuales ánforas aplastadas y siempre incompletas apareció, hacia el

⁷ Diario de excavación de S. Celestino: 17 de octubre de 1981 (Maluquer de Motes 1983: 23, 51).

⁸ “... material, el cual la mayor parte ha salido junto a la pared norte de la habitación” (Diario de S. Celestino, 4 de junio de 1982) (Celestino *et alii* 2003: 318).

centro de la nave, un gran recipiente de barro globular con asa y una gran masa de carbones procedentes de la cremación de un mueble decorado con taracea de hueso” (Maluquer de Motes 1983: 13). Esta pieza podría corresponder con alguna de las cráteras completas recuperadas en el interior de la estancia. El ajuar asociado al vino se completa con un cazo de cerámica de superficie bruñida, cuyos restos aparecieron de forma dispersa por varias habitaciones (H-5, H-8 y H-10) y algunos fragmentos de copas griegas, aunque su cota y contexto sean indeterminados⁹. El resto de las piezas halladas en la H-8 se corresponden con grandes contenedores de almacenamiento (12%) –ánforas y orzas-, recipientes de cocina y despensa (12%) –ollas-, en igual proporción, además de dos ejemplares de platos margarita, de posible uso ritual o cosmético.

El estudio de funcionalidad del recinto considera H-9 y H-10 como un espacio unitario dedicado a almacén. Las memorias de excavación ofrecen información complementaria que permite una mejor contextualización de las piezas. Las descripciones mencionan que “constituían [H-9 y H-10] una estancia cerrada por un muro bajo utilizada para conservar ánforas cuyos restos han aparecido a lo largo de la pared” [...] “Restos dispersos de granos de trigo, cebada y habas parecen recordar los productos almacenados en esas ánforas de ambas estancias” (Maluquer de Motes 1983: 12). Por otra parte, la conexión entre ambos espacios explicaría que algunos de los fragmentos de la H-9 se completen con otros hallados en la habitación contigua¹⁰. A pesar de las descripciones aportadas en los diarios de excavación, “en la 9 hemos encontrado ánforas y poca cosa más”¹¹, el inventario de materiales ofrece un panorama bien distinto. En la H-9 es posible reconocer todo el abanico formal de la cerámica común del yacimiento. En total se han podido identificar unos 17 recipientes, aproximadamente. Un conjunto material formado por servicio de mesa (52%), en sus múltiples variantes oxidantes, mixtas y grises; recipientes de cocina y despensa (29%) y almacén (5%).

En la estancia H-10 se ha podido individualizar hasta un total de 32 recipientes, aproximadamente, asociados a restos de semillas de haba. Las piezas más numerosas se corresponden con el servicio de mesa (50%) –ollas, platos y cuencos-, seguido por los grandes contenedores de almacén (31%) – ánforas y orzas destinadas a contener miel, cebada, vino, piñones, habas, aceite o agua-, y las habituales ollas de cocina y despensa (18%). Las descripciones de los diarios de excavación de las campañas de 1981 y 1982 proporcionan la composición, la disposición y el contexto de este conjunto: “3 ánforas reventadas pero con el material muy reunido, una de ellas se encontraba casi entera, tumbada y partida por la mitad, en su interior hemos hallado un cuenco y semillas de haba” [...] “Hemos hallado así mismo fusayolas, 2 pondus, un disco de bronce, un colador del mismo metal y cerámica diversa [...] un asador”¹², “un buen trozo de kylix con asa y poca cosa más a no ser la abundante cerámica indígena [...] cerámica pintada”¹³, así como una figura zoomorfa sobre plataforma plana y una torta de fundición (Celestino *et alii* 2003: 320).

⁹ MAPB: 10.546, Gracia, 2003: 97, lám. 29.3. Fragmentos de esta misma pieza aparecen en H-5 y H-8; MAPB: 10.523, p. 110, lám. 50.2 (pieza completa); MAPB: 10.553/39, p. 96, lám. 27.2; MAPB: 10.541, p. 112, lám. 54.4; MAPB: 10.541, p. 112, lám. 55.2.

¹⁰ Notas del estudio de Coronada Domínguez. Materiales MAPB 13492.

¹¹ 15 de octubre de 1981. Diario de S. Celestino.

¹² 15 de octubre de 1981. Diario de S. Celestino.

¹³ 6 de junio de 1982. Diario de S. Celestino.

El material recuperado en la H-11 hace de esta estancia una de las más ricas de todo el recinto principal¹⁴, caracterizado por el especial protagonismo de las piezas de adorno personal: varios amuletos, un engaste de pasta vítrea y una cuenta de collar, además de un ungüentario (Celestino *et alii* 2003: 321). Según se desprende de las descripciones de los diarios de excavación y del inventario cerámico realizado por Coronada Domínguez, el relleno contaba con abundantes fragmentos cerámicos, aunque la ausencia de cotas de profundidad y la remoción de la tierra en época moderna impiden su contextualización definitiva.

Para el estudio del material cerámico recuperado en el patio (H-12) resultó imprescindible cotejar la información de los diarios de excavación (campanías 1978 y 1979) y la planimetría realizada por Pallarés (Maluquer de Motes 1981: Fig. 16) sobre las cotas de profundidad de las estructuras (escalones de acceso: entre los -2,80 / -3,35 m; banqueta perimetral: -2,80 m; pavimento del patio: -3,70 m.) y la información de las etiquetas de las bolsas de cerámica. De este modo, el material proveniente de la mitad septentrional del patio (Área B) pudo ser estudiado, mientras que el recuperado en el área meridional quedó definitivamente descontextualizado. El desnivel entre las estructuras y los conjuntos de material era muy significativo, permitiendo deducir que aquellas “bolsadas de cenizas que dan un rico material”¹⁵, particularmente diverso (cerámica común, fragmentos de *kylikes*, bronce amorfos y un brazalete de oro), procedían de la planta superior (Maluquer de Motes 1981: Fig. 16).

El estudio sobre la funcionalidad del recinto reconoce en el patio distintas actividades económicas y rituales: útiles agrícolas (molinos de vaivén, hoces y una gran sierra); piezas de la industria textil (*pondera*, fusayolas, dos agujas y un estuche de bronce); arreos de caballos y un *soliferrum* doblado e inutilizado de forma intencionada (Celestino *et alii* 2003: 312-313). También fueron identificados utensilios relacionados con el consumo de alimentos (cuatro asadores) asociados con una importante concentración de cenizas interpretada como posible hogar y que en el diario de excavación se describe como “grandes trozos de madera quemada... una sierra, asadores, un cuchillo y un *pilum*”¹⁶. Todos estos conjuntos depositados en el patio representan de forma casi escenográfica la síntesis de lo cotidiano, a través de las actividades desarrolladas con asiduidad en el lugar y las prácticas de la comensalidad. Al igual que sucediera en la H-2, el patio se convierte en un espacio privilegiado para el desarrollo de ritos de comensalidad restringida.

3.2 LOS MATERIALES DEL FOSO

El foso, con una longitud de 160 metros y una profundidad de 2 metros, está colmatado por un relleno que concentra la mayor muestra cerámica del yacimiento. Está constituido por más de 27.400 fragmentos cerámicos, además de restos óseos (Celestino y Cabrera 2008), enseres y objetos de bronce (fíbulas, botones, remaches, anillas y vástagos), ungüentarios de pasta vítrea, fusayolas y elementos de adorno personal. También, pequeños fragmentos de hierro y elementos pétreos relacionados con actividades cotidianas -molederas, afiladores y machacadores- y prácticas religiosas -betilos-. El inventario y clasificación del material

¹⁴ De los materiales documentados en el diario de excavación es posible identificar los siguientes materiales: Un fragmento de arybalos, kylix, cerámica pintada turdetana, cerámica común de mesa y de almacén (ánforas), numerosas fusayolas, una pesa de bronce, una tapadera de vidrio, varios pondera, fragmentos de bronce, un cuchillo de hierro, madera carbonizada, un molino de vaivén, un punzón de hierro, un escarabeo y engarce en plata, un dedal, fichas, tabas, fragmentos de hueso, un botón, cuentas de collar, un dado, un anillo, fíbulas, fragmentos de marfil. (Diario de junio de 1982. S. Celestino).

Por otra parte, en el trabajo sobre la funcionalidad de estos espacios, los autores identifican el siguiente material. Planta superior H-11: 4 kilyx. Planta inferior H-11: cuenta de collar. Ignorado: 2 amuletos, 1 anforisco, 41 fusayolas, 1 hoz, 6 pondus, 1 remache, 1 tapadera, 1 vástago. (Celestino *et alii* 2003: 343-356).

¹⁵ Diario del 18 de noviembre de 1978.

¹⁶ Diario del 21 de octubre de 1981.

del foso fue objeto de investigación en una memoria universitaria (Zulueta 2002). Para su estudio resultaron imprescindibles los trabajos sobre el material recuperado en las estancias perimetrales, desarrollados por Celestino, Jiménez Ávila y Martín Bañón (Celestino y Jiménez Ávila 1993; Celestino 1996).

El conjunto, interpretado como la evidencia material de un banquete de enormes proporciones (Celestino 2001: 56-57), se caracteriza por su uniformidad técnica y formal. Un depósito que ahonda en el concepto de “sacramento de comunión” antes descrito, como banquete ceremonial de los ritos de agregación y separación oficiados con ocasión de la destrucción definitiva del recinto y que sirvió para estrechar los lazos de la comunidad. Recipientes, entendidos como *sacra* u objetos que han sido empleados en el rito, que fueron destruidos de manera intencionada para que no pudieran ser reutilizados en una segunda ocasión (Van Gennep 1909: 92). A diferencia de los materiales recuperados en el interior del recinto, el grado de fragmentación de las vasijas del foso responde al impacto que recibieron al ser lanzadas a su lecho, que podría haberse encontrado prácticamente seco en el momento del banquete. También, se explica por las piedras de considerable tamaño que fueron arrojadas de forma intencionada contra los recipientes para que estos quedaran definitivamente inutilizados¹⁷. La inusitada concentración de recipientes, la homogeneidad técnica y formal que presentan y el modo en el que fueron inutilizados permite interpretar el depósito como un “basurero sagrado”.

En un principio, el inventario y clasificación de la cerámica común del foso se centró en la definición de los grupos tecnológicos, tipos formales y familias funcionales. El volumen de material y su estado de fragmentación imposibilitaron la determinación del número mínimo de recipientes de cada grupo. Conscientes de estas limitaciones, y a pesar de la distorsión que supone la cuantificación cerámica a partir del conteo de fragmentos, es preciso mencionar que, en términos globales, el conjunto cerámico del foso se configura del siguiente modo: el material de almacén y despensa –ánforas y orzas- supone un 32.8% (aproximadamente 9.000 fragmentos) y los recipientes de cocina –ollas, cazuelas, fuentes, platos, cuencos-, representan un 53.3% (aproximadamente 14.600 fragmentos). Por otra parte, el servicio de mesa asociado al consumo colectivo e individual supone un 13,8% (aproximadamente 3.800 fragmentos). En este grupo, resulta llamativa la limitada representación de las series pintadas a bandas (0.21% - 60 fragmentos) y las copas griegas (0.13% - 36 fragmentos), que parecen proceder de lotes introducidos de forma esporádica en el santuario y que constituyen un grupo minoritario en el foso. Las piezas de ajuar personal, litúrgico o farmacéutico –ungüentarios y serie margarita-, suponen el 0,06% (aproximadamente 19 fragmentos). Elementos auxiliares, como los soportes de contenedores, están escasamente representados¹⁸.

El conjunto se completa con piezas y elementos realizados en bronce, como botones o remaches, fíbulas (varios fragmentos de tipo anular hispánica y una fíbula de doble resorte), agujas, anillas, vástagos y otros fragmentos inidentificables por su estado de conservación. La ausencia de piezas de bronce consideradas como elementos de “prestigio social”, como son los jarros, los *infundibula*, los asadores, los calderos y los braseros, en el banquete público celebrado en el exterior del recinto contrasta con su presencia habitual en otras áreas del recinto principal y estancias perimetrales. La falta de elementos de prestigio en el foso, ya sea por la ausencia de instrumentos de bronce asociados al consumo o por la menor calidad técnica que presentan en la observación macroscópica los acabados espatulados y bruñidos del servicio de mesa, parece evidenciar una dualidad implícita en el rito de comensalidad de clausura. Esta hipótesis, enunciada en la memoria universitaria¹⁹ y a falta de los resultados que aporten los análisis arqueométricos, permitiría plantear la celebración simultánea de un acto de comensalidad público, colectivo y popular, en el que lo

¹⁷ Martín Bañón 1999: *Memoria de excavación del foso de Cacho Roano*. Inédito.

¹⁸ Soportes: 6 ejemplares.

¹⁹ Zulueta 2002: *La cerámica común en el curso medio del Guadiana. Estado de la cuestión. El santuario de Cancho Roano*. Trabajo de investigación, DEA, Dpto. de Prehistoria y Arqueología, UAM, 2002, Madrid. Inédito.

sagrado y lo profano se fusionan en una ceremonia de hermandad en honor a la divinidad. Su marcado carácter popular explica el empleo exclusivo de cerámica común. Circunstancias similares están descritas en los rituales de sacrificio y comensalidad del banquete de las Pequeñas Panateneas a lo largo del siglo V a. C. en Atenas (Nuez 2008: 262). Mientras, de forma contrapuesta y complementaria, la celebración de un banquete privado, restringido y culto en el espacio interior de la H-2 y el patio. Un rito asociado a posibles prácticas mistericas, oficiado por miembros de la élite social que habría dispuesto de un ajuar más fastuoso.

El sentido religioso del recinto vuelve a cobrar peso con los dos betilos realizados en gabra verde oscuro pulimentado, recuperados en los rellenos que colmataban el sector Sur y el pozo del sector Este del foso²⁰. A estos hay que añadir otros cuatro ejemplares menores, realizados en el mismo material²¹, interpretados igualmente como representaciones anicónicas de la divinidad (Celestino y Rodríguez González 2019: 35-36, Fig. 11).

Por último, el resto de objetos que completan el depósito del foso están asociados con la vida cotidiana del recinto: 25 fusayolas que se distribuyen por todo el perímetro del foso, algunos elementos de adorno personal -3 *pectum* con perforaciones y cuentas de collar- y fragmentos de 1 ungüentario de pasta vítrea.

Las malas condiciones en las que se realizó la excavación del foso, particularmente adversas en algunos tramos del sector Norte, Sur y Este por encontrarse anegados de agua, dificultaron la individualización de algunos de los estratos y el material cerámico asociado. Esta circunstancia desvirtúa las estadísticas del material en función de la fase a la que corresponden. A pesar de ello, del análisis del material cerámico del foso es posible extraer varias conclusiones. El conjunto se caracteriza, al igual que ocurre con los materiales del espacio interior, por su homogeneidad técnica y formal. Esta circunstancia permitiría valorar la formación del depósito como la manifestación de un evento colectivo excepcional que habría contado con la participación de grupos humanos con una estrecha afinidad cultural, social y económica. Al mismo tiempo entendida como un reflejo de lo cotidiano, expresada a través de su ajuar cerámico doméstico. Por el contrario, la concentración de fragmentos cerámicos se distribuye de forma irregular a lo largo del perímetro de los cuatro sectores del foso.

La estratigrafía del relleno permite identificar tres fases de colmatación: la más antigua descansa directamente sobre el lecho del foso. Se corresponde con los restos del vertido de los desechos derivados del festín colectivo²², además de los depósitos que podrían haberse acumulado con anterioridad a su celebración²³. Aproximadamente, el 52.48% del material recuperado en el foso se corresponde con este momento²⁴. Es cierto que las circunstancias antes mencionadas, particularmente complejas en el sector Norte, habrían provocado que una parte significativa de los restos de la fase del banquete hayan quedado integrados en el depósito de derrumbe. Por esa razón, no es concluyente el dato sobre la dispersión del material que parece indicar que el grueso de los comensales se dispusieron en torno a los sectores Oeste, Este y Sur, pues son los que concentran mayor volumen de material²⁵. Áreas, en concreto la Oeste y la Sur, en las que se documentó una significativa presencia de restos óseos asociados a un consumo cárnico a gran escala²⁶.

²⁰ MAPB. N° inv.: 1001, 1002.

²¹ MAPB. N° inv.: 1003, 2036, 2041, 2042.

²² Martín Bañón 1999: *Memoria de excavación del foso de Cacho Roano*. Inédito. Estratigrafía: sector Oeste: UE. 1028; sector Sur: UE. 1048; 1070=1071; sector Norte: sin individualizar. sector Este: UE. 1042 y 1055.

²³ Martín Bañón 1999: *Memoria de excavación del foso de Cacho Roano*. Inédito. Estratigrafía: sector Oeste: UE. 1042.

²⁴ Un 6.1% del material del foso ha quedado sin contextualizar a una fase determinada.

²⁵ Fase de banquete (sobre el total de fragmentos pertenecientes a esta misma fase): sector Oeste: 41,74%; sector Este: 33,49%; sector Sur: 24,48%; sector Norte: 0,25%.

²⁶ Martín Bañón 1999: *Memoria de excavación del foso de Cacho Roano*. Inédito.

Un segundo relleno, compuesto por adobes, pellas de arcilla de color rojizo, piedras de mediano tamaño y cenizas y restos cerámicos, proviene de la fase de colapso y derrumbe del recinto. Este material se corresponde con los recipientes que se precipitaron del piso superior del recinto principal²⁷. Se estima que el 41.39% del material cerámico corresponde a esta fase. Nuevamente, la imprecisión de los contextos del sector Norte, impiden determinar el volumen real de material asociado a esta fase o la dirección del derrumbe en el momento de colapso de la estructura²⁸.

El depósito de material procedente del pozo meridional excavado en el foso, junto al acceso Este del santuario²⁹, está formado por algo más de un centenar de fragmentos cerámicos de factura local y copas áticas de importación habituales en el lugar. También se recuperó un betilo de superficie pulimentada (Celestino y Rodríguez 2019: 35-36, Fig. 11) y una fíbula de doble resorte incompleta³⁰. Las características que presenta este conjunto material permiten identificar una composición uniforme y coetánea, que parece corresponder al momento mismo de clausura del recinto y no tanto a una práctica litúrgica sostenida en el tiempo. Destaca el especial protagonismo de las producciones de factura fina propias del servicio de mesa asociadas al consumo individual (platos y cuencos de superficies bruñidas pertenecientes a las series oxidante, mixta y gris-) y el simposio (kylikes áticos)³¹. En menor medida, se han documentado recipientes de almacén –entre los que se ha descrito un único ejemplar de ánfora de asa trenzada de tradición fenicia- y ollas de cocina y despensa³². El 47% de los fragmentos se corresponde con piezas de arcilla bien decantadas y acabados esmerados, lo que denota cierta prevalencia de las producciones de calidad en este depósito. Esta circunstancia, a la que contribuye la particular concentración de fragmentos de copas áticas, permitiría su interpretación como un espacio de libación asociado a los ritos del banquete. La connotación litúrgica del pozo viene dada no solo por su particular emplazamiento en el acceso principal del recinto y las características que comparten los materiales hallados en su interior, sino por la singular composición del relleno que lo sella, compuesto por una concentración de piedras de granito de hasta 1 metro de diámetro.

Llegados a este punto, cobran sentido las evidencias que parecen explicar el abandono de Cancho Roano y otros emplazamientos de la región por razones bioclimáticas. La amortización de los pozos de Cancho Roano, tanto en el espacio interior del patio (H-12) como en el área exterior del foso, supone la inhabilitación de puntos de abastecimiento de agua vitales para el santuario. El perfil que presenta el pozo exterior, con dos tramos de excavación bien diferenciados y una profundidad de más de 5 metros, así como las fosas³³ que horadan la base del foso en el sector Sur, parecen evidenciar la constante necesidad de la comunidad por alcanzar un nivel freático que disminuye de forma progresiva y que obliga a sucesivas adaptaciones de la estructura del foso para garantizar el aprovisionamiento de agua en el lugar. En este

²⁷ Martín Bañón 1999: *Memoria de excavación del foso de Cacho Roano*. Inédito. Estratigrafía: sector Oeste: UE. 1009=1027; sector Sur: UE. 1009=1027; sector Norte: UE. 1058; sector Este: UE. 1053-1054.

²⁸ Fase de derrumbe (sobre el total de fragmentos pertenecientes a esta misma fase): sector Norte: 44.4%; sector Sur: 34.8%; sector Este: 16.7%; sector Oeste: 2.4%.

²⁹ UE. 1030. Martín Bañón 1999: *Memoria de excavación del foso de Cacho Roano*. Inédito.

³⁰ Según Mariano Torres, la presencia de una fíbula de doble resorte en el pozo, con una cronología no posterior al 500 a.C., podría evidenciar una continuidad en el uso ritual del pozo. Las complicadas condiciones de excavación del relleno del pozo solo permitieron la identificación de un único estrato (UE. 1030). El fragmento de fíbula fue recuperado en la campaña de 1996, apenas iniciadas las excavaciones en esta área del yacimiento, por lo que la fíbula debe provenir de una cota a poca profundidad.

³¹ UE. 1030: el 32.14% de los fragmentos se corresponde con recipientes de mesa, fundamentalmente platos y cuencos. El 20.5% se corresponde con los 23 fragmentos de kylikes.

³² UE. 1030: el 12.5% de los fragmentos se corresponde con recipientes de almacén (ánforas). El 10.7% son fragmentos de recipientes de cocina. El 24% restante de los fragmentos del pozo son indeterminados.

³³ UE. 1075. Martín Bañón 1999: *Memoria de excavación del foso de Cacho Roano*. Inédito.

sentido, los estudios polínicos realizados en el área próxima de La Mata (Campanario, Badajoz) (Grau *et alii* 2004: 29-72) evidencian un significativo proceso de deforestación y degradación del paisaje natural a lo largo del periodo tartésico, más acuciante, si cabe, en su etapa de transición a la II Edad del Hierro. El proceso de despoblamiento de la comarca, sin evidencias de acontecimientos violentos, respondería a un plan migratorio colectivo, organizado y coordinado por las élites como consecuencia de un ciclo climático de profunda sequía, a medio plazo irreversible. Un cambio de tendencia en el clima que habría dificultado la explotación del territorio y la supervivencia de los núcleos de habitación tradicionales en la región. Esta hipótesis podría explicar las razones que llevaron a la destrucción de los recintos de Cancho Roano, La Mata y Casas del Turuñuelo, así como el abandono definitivo del territorio. Una región que contaba con una arraigada ocupación y una consolidada explotación del medio natural que habría terminado con grupos humanos desplazados. El paisaje reconstruido para La Mata sugiere un ambiente propicio para el desarrollo de una intensa actividad rural –agraria, ganadera, cinegética y de recolección–, en el marco de zonas boscosas de clima templado, con inviernos húmedos, de temperaturas templadas a frías, y veranos calurosos. Unas condiciones climáticas que permitieron desarrollar una “estructura biótica más diversificada que en la actualidad”, a base de encinares, alcornocales, bosques mixtos de frondosas y coníferas y de ribera en los cursos de agua (Rodríguez Díaz 2007: 76), pero que podría haber experimentado una drástica transformación como resultado de un cambio climático sobrevenido. En esta línea parece comprensible la interpretación de los pólenes que aporta el estudio realizado sobre paleoambiente de La Serena que señalan la presencia de esporas que ponen de manifiesto la presencia de aguas estancadas; otras derivadas de una posible desecación de zonas húmedas; y esporas asociadas a contextos de sequía (Grau *et alii* 2004: 35). Particularmente interesante resulta la información que aportan los análisis de los niveles de derrumbe de La Mata, que coinciden con estos mismos ambientes de aguas estancadas y sequía, que se corresponden con los elementos que sirvieron para elaborar los adobes con los que se levantó el edificio. En esta misma línea, los autores identifican distintos índices de aguas estancadas y desecación, tanto en el foso del recinto de la Mata como en el estrato de colmatación de balastro (Grau *et alii* 2004: 35-36). Estas significativas variaciones podrían estar asociadas con las sucesivas modificaciones en la estructura del pozo más meridional de Cancho Roano y la excavación de pozas horadadas en la base del foso, relacionadas con un descenso del nivel freático como consecuencia de largos y acuciantes periodos de sequía.

4. CONCLUSIONES

El estudio de la cerámica común de Cancho Roano, más allá de una aproximación técnica y formal como referente de la cultura material, es capaz de ofrecer una visión global y complementaria de aspectos inmateriales de la comunidad tartésica que habitó el recinto. La reflexión acerca de cuestiones inmateriales presentes en las prácticas de comensalidad colectiva, descritas en otros emplazamientos del área peninsular y algunas regiones europeas (Craig *et alii* 2015: 1096-1109), los modelos de organización social y los patrones de interacción humana dotan de contenido y significado inmaterial este registro arqueológico. De la excepcionalidad del momento nos hablan los recipientes cerámicos, protagonistas de un festín de enormes proporciones lleno de matices en el que el individuo y la colectividad, lo popular y la élite dirigente, lo profano y lo litúrgico se complementan en comunión con la divinidad. La extraordinaria convocatoria que tuvo el banquete y la notable uniformidad del registro cerámico ponen de manifiesto el relevante papel de la comunidad como colectivo, no sólo en el acto de comensalidad sino en los procesos cotidianos de producción, distribución y consumo. En este sentido, los actos de comensalidad, entendidos como “sacramentos de comunión”, son los ritos de agregación, unión y separación más expresivos. La confraternización de cada individuo con los miembros del grupo y los clanes entre sí refuerzan los lazos de fraternidad y reconfortan a sus integrantes en aquellas circunstancias particularmente adversas. Las mismas que pueden explicar la clausura y destrucción simultánea de los complejos monumentales de la

cuenca media del Guadiana. Por esa razón, el conjunto cerámico de uso común del santuario y el depósito del foso son la expresión material de una doble realidad, lo cotidiano y profano, que trasciende a través de los rasgos tecnológicos, los tipos y las variantes formales; y lo excepcional y sagrado, a través del rito de reunión y comensalidad. Ambas realidades son la expresión de un grupo humano cohesionado, consciente de su propia colectividad e individualidad. Por esa razón, si algo define al grupo son sus prácticas de consumo, por tratarse de hábitos íntimos y aprendidos, recurrentes en actividades domésticas de carácter privado y compartidas en rituales colectivos que tienen una proyección pública. Tales prácticas, son, junto a los ritos de sacrificio, libaciones, intercambio de sangre y de regalos, una parte sustancial de las ceremonias de agregación, de unión, de separación o de alianza con una divinidad por las que transitan los individuos y sus comunidades (Van Gennepe 1909: 49-56, 260).

La notable homogeneidad que caracteriza al conjunto cerámico de Cancho Roano denota la existencia de fuertes lazos culturales, inquietudes espirituales y motivaciones personales entre los miembros de esta comunidad tartésica. Al igual que los “sacramentos de comunión” descritos en las fiestas Panateneas (Nuez 2008: 262), las prácticas ceremoniales y los rituales oficiados de forma sincronizada en Cancho Roano y Casas del Turuñuelo (Guareña, Badajoz) denotan que estas celebraciones no solo servían para hermanar a los miembros del grupo, sino para reforzar las alianzas políticas y los lazos culturales de ambas comunidades.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO GORBEA, M. 1991: “La alimentación en el palacio orientalizante de Cancho Roano”, en *Gerión, Alimenta: estudios en homenaje al Dr. Michel Ponsich*, Extra, 3, Madrid: 95-114.
- ARANDA JIMÉNEZ, G. (ed.) 2008: *Poder y prestigio en las sociedades prehistóricas peninsulares: el contexto social del consumo de alimentos y bebidas*, Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada, 18, Granada.
- CELESTINO PÉREZ, S. 2001: *Cancho Roano*, Madrid.
- CELESTINO PÉREZ, S. (ed.) 1996: *El Palacio-Santuario de Cancho Roano V – VI – VII. Los sectores Oeste, Sur y Este*, Madrid.
- CELESTINO PÉREZ, S. Y CABRERA, A. 2008: “El banquete privado y el banquete comunal en el santuario de Cancho Roano”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada*, 18: 189-215.
- CELESTINO PÉREZ, S., FERNÁNDEZ, C. Y WALID, S. 2003: “La funcionalidad de Cancho Roano”, en Celestino Pérez, S. (ed.), *Cancho Roano IX. Los materiales arqueológicos II*, Mérida: 301-358.
- CELESTINO PÉREZ, S., HERNÁNDEZ, A., JIMÉNEZ, J., MARTÍN, A. Y PAVÓN, I. 1996: “El Palacio-Santuario de Cancho Roano VI. El Sector Sur”, en Celestino Pérez, S. (ed.), *El Palacio-Santuario de Cancho Roano V – VI – VII. Los sectores Oeste, Sur y Este*, Madrid: 225-275.
- CELESTINO PÉREZ, S. Y JIMÉNEZ ÁVILA, J. 1993: *El Palacio-Santuario de Cancho Roano IV. El Sector Norte*, Badajoz.
- CELESTINO PÉREZ, S. Y JIMÉNEZ ÁVILA, J. 1996: “El Palacio-Santuario de Cancho Roano V. El Sector Oeste”, en Celestino Pérez, S. (ed.), *El Palacio-Santuario de Cancho Roano V – VI – VII. Los sectores Oeste, Sur y Este*, Madrid: 13-222.
- CELESTINO PÉREZ, S. Y MARTÍN, A. 1996: “El Palacio-Santuario de Cancho Roano VII. El Sector Este”, en Celestino Pérez, S. (ed.), *El Palacio-Santuario de Cancho Roano V – VI – VII. Los sectores Oeste, Sur y Este*, Madrid: 277-330.
- CELESTINO PÉREZ, S. Y RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, E. 2019: “El santuario de Cancho Roano C: un espacio consagrado a Baal y Astarté”, *Ophiussa. Revista do Centro de Arqueologia da Universidade de Lisboa*, 3: 27-44.
- CELESTINO PÉREZ, S. Y ZULUETA, P. 2003: “Los bronce de Cancho Roano”, en Celestino Pérez, S. (ed.), *Cancho Roano IX. Los materiales arqueológicos II*, Mérida: 9-124.

- CONDE ESCRIBANO, M. 2003: "Escarabeos y amuletos procedentes de Cancho Roano", en Celestino Pérez, S. (ed.), *Cancho Roano VIII. Los materiales arqueológicos I*, Mérida: 229-260.
- CRAIG, O., SHILLIO, L.-M., ALBARELLA, U., VINER-DANIELS, S., CHAN, B., CLEAL, R., IXER, R., JAY, M., MARSHALL, P., SIMMONS, E., WRIGHT, E. Y PARKER, M. 2015: "Feeding Stonehenge: cuisine and consumption at the Late Neolithic site of Durrington Walls", *Antiquity*, 89 (347): 1096-1109.
- DELGADO HERVÁS, A. 2008: "Alimentos, poder e identidad en las comunidades fenicias occidentales", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada*, 18: 163-188.
- DELGADO HERVÁS, A. 2010: "De las cocinas coloniales y otras historias silenciadas: domesticidad, subalternidad e hibridación en las colonias fenicias occidentales", en Mata, C., Guillem, J y Vives-Ferrándiz, J. (eds.), *De la cuina a la taula. IV Reunió d'economia en el Primer Mil·lenni a.C.*, Saguntum: Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia Extra, 9, Valencia: 27-42.
- ESPEITX, E. Y GARCÍA, M. 1999: "La alimentación humana como objeto de estudio para la antropología: posibilidades y limitaciones", *Areas: Revista internacional de ciencias sociales*, 19: 137-152.
- GRACIA ALONSO, F. 2003: "Las cerámicas áticas del palacio-santuario de Cancho Roano", en Celestino Pérez, S. (ed.), *Cancho Roano VIII. Los materiales arqueológicos I*, Mérida: 21-194.
- GRAU, E., DUQUE, D. Y CUENCA, C. 2004: "Paleoambiente y paisaje de La Serena", en Rodríguez Díaz, A (ed.), *El edificio protohistórico de "La Mata" (Campanario, Badajoz)*, Cáceres: 29-72.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. 2001: "Los complejos monumentales post-orientalizantes del Guadiana y su integración en el panorama del Hierro Antiguo del Suroeste peninsular", en Ruiz-Mata, D. y Celestino Pérez, S. (coords.), *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid: 193-226.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. Y DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, C. 1995: "Materiales protohistóricos de El Turuñuelo (Mérida, Badajoz)", *Pyrenae. Revista de Prehistòria i Antiquitat de la Mediterrània Occidental*, 26: 131-151.
- LUBIENSKA DE LENVAL, H. 2006: *La liturgia del gesto*, Barcelona.
- MALUQUER DE MOTES, J. 1981: *El Santuario Protohistórico de Zalamea de la Serena, Badajoz, 1978-1981*, Programas de Investigaciones Protohistóricas, IV, Barcelona.
- MALUQUER DE MOTES, J. 1983: *El Santuario Protohistórico de Zalamea de la Serena, Badajoz, II. 1981-1983*, Programas de Investigaciones Protohistóricas V, Barcelona.
- MALUQUER DE MOTES, J., GRACIA, F., MUNILLA, G. Y CELESTINO PÉREZ, S. 1986: *El Santuario Protohistórico de Zalamea de la Serena, Badajoz, III. 1983-1986*, Programas de Investigaciones Protohistóricas XVI, Barcelona.
- MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, M.J. 1999: "La cerámica prehistórica. Algunos aspectos de fabricación", *Antiquitas*, 10: 31-35.
- MATA, C., GUILLEM, J. Y VIVES-FERRÁNDIZ, J. (eds.) 2010: *De la cuina a la taula. IV Reunió d'economia en el Primer Mil·lenni a.C.*, Saguntum: Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia Extra, 9, Valencia.
- NIVEAU DE VILLEDARY, A. M^a. 2003: "Uso ritual de la vajilla cerámica en la necrópolis púnica de Cádiz", *Archivo Español de Arqueología*, 76: 3-30.
- NUEZ PÉREZ, M^a E. DE LA 2004: "Las Panateneas: topografía de una fiesta", *Gerión*, 22-1: 101-120.
- NUEZ PÉREZ, M^a E. DE LA 2008: "Las Panateneas: un ejemplo de relaciones sociales a través de la fiesta", *Gerión*, 26-1: 255-265.
- PLÁCIDO SUÁREZ, D. 2011: "La comensalidad en el origen de las comunidades cívicas griegas", *ARYS. Antigüedad: religiones y sociedades*, 9: 33-47.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (ed.) 2004: *El edificio protohistórico de "La Mata" (Campanario, Badajoz) y su estudio territorial*, Cáceres.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. 2007: "La «señorialización del campo» postartésica en el Guadiana Medio: el edificio protohistórico de la Mata (Campanario, Badajoz) y su territorio", en Rodríguez Díaz, A. (coord.), *Arqueología de la tierra. Paisajes rurales de la protohistoria peninsular*, Cáceres: 71-101.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A., CHAUTÓN, H. Y DUQUE, D. 2006: "Paisajes rurales protohistóricos en el Guadiana Medio: Los Caños (Zafra, Badajoz)", *Revista portuguesa de arqueología*, 9-1: 71-113.

- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. Y ORTIZ, P. 1998: “La Mata de Campanario (Badajoz): un nuevo ejemplo de arquitectura de prestigio en la cuenca media del Guadiana”, en Rodríguez Díaz, A. (coord.), *Extremadura protohistórica: paleoambiente, economía y poblamiento*, Cáceres: 201-246.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. Y ORTIZ, P. 2004: “La Mata, un edificio organizado”, en Rodríguez Díaz, A (ed.). *El edificio protohistórico de “La Mata” (Campanario, Badajoz) y su estudio territorial*, Cáceres: 75-314.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, E. Y CELESTINO PÉREZ, S. 2017: “Las estancias de los dioses: la habitación 100 del yacimiento de Casas del Turuñuelo (Guareña, Badajoz)”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 43: 179-194.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, E. Y CELESTINO PÉREZ, S. 2019: “Primeras evidencias de un banquete: análisis arquitectónico y material de la estancia S-1 del yacimiento de Casas del Turuñuelo (Guareña, Badajoz)”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 45: 179-202.
- TORRES ORTIZ, M. 2002: *Tartessos*, Bibliotheca Archaeologica Hispana, 14, Madrid.
- VAN GENNEP, A. 1909: *Los ritos de paso*, (1ª ed.), Madrid.
- VIVES-FERRÁNDIZ SÁNCHEZ, F. 2005: *Negociando encuentros. Situaciones coloniales e intercambios en la costa oriental de la península ibérica (s. VIII-VI a.C.)*. Cuadernos de Arqueología Mediterránea, 12, Barcelona.
- ZULUETA DE LA IGLESIA, P. 2002: *La cerámica común en el curso medio del Guadiana. Estado de la cuestión. El santuario de Cancho Roano*. Trabajo de investigación, DEA, Dpto. de Prehistoria y Arqueología, UAM, Madrid. Inédito.
- ZULUETA DE LA IGLESIA, P. e.p.: “Miradas complementarias. Planteamientos metodológicos para el estudio de la cerámica común: el material de Cancho Roano”, en Pool Cab, M. N., Contreras Cortés, F., Jiménez Álvarez, S. P. y Dorado Alejos, A. (coords.), *Descifrando gestos. Tecnología cerámica y Arqueometría*, Universidad Autónoma de Yucatán (México), Universidad de Granada y Unidad de Excelencia Archaeometrical Studies. Inside the artefacts & ecofacts, 25 – 28 octubre de 2021.

ARQUEOLOGÍA FENICIA EN CATALUÑA: PROBLEMAS DE IDENTIDAD Y POLÍTICAS CULTURALES. EL TRATAMIENTO DE LA PRESENCIA FENICIA EN LAS COLONIZACIONES MEDITERRÁNEAS A TRAVÉS DE LA DIFUSIÓN

AMADA VICTORIA TIRADO GONZÁLEZ*

RESUMEN

El presente trabajo consiste en un estudio crítico, a través de un recorrido historiográfico, de las investigaciones realizadas en el ámbito de la Arqueología Fenicia en Cataluña desde principios del siglo XX a la actualidad. Además, se realizará un análisis donde se pondrán en relación yacimientos arqueológicos donde han aparecido materiales propiamente fenicios o con características fenicias para realizar un análisis comparativo respecto a su difusión en los museos.

PALABRAS CLAVE

Fenicios, Patrimonio, Museografía, Museos, Identidad.

ABSTRACT

This paper will be a critical study through historiographic investigations made in Phoenician Archaeology in Catalonia in the last century. In addition, an analysis will be made with archaeological sites where materials that are properly Phoenician or with its characteristics that have appeared, which will help to make a comparative analysis with the cultural diffusion realised in museums.

KEY WORDS

Phoenicians, Heritage, Museography, Museums, Identity.

* Estudiante del Máster en Arqueología y Patrimonio de la Universidad Autónoma de Madrid. amatirgon@alum.us.es

1. INTRODUCCIÓN

No es nuevo reconocer que el estudio de los fenicios en su expansión por el Mediterráneo ha estado ligado a diversos mitos que empezaron a cobrar sentido con el desarrollo de la Arqueología. De ahí, que existan evidencias claras entre el trato que se le da a la presencia fenicia en Andalucía o Baleares, por ejemplo, y la inexistencia de estos en Cataluña. Es así como encontramos yacimientos como Gadir (Cádiz), Doña Blanca (Cádiz), Cerro del Villar (Málaga), Trayamar (Málaga), Sexi (Granada), Puig des Molins Ebussus (Ibiza), etc., donde claramente se puede apreciar que, mientras en gran parte de la península podemos hablar de una identidad propia, hay lugares donde históricamente se han resistido a asumir la realidad que se documentaba mediante la disciplina más allá de los discursos políticos.

Uno de los planteamientos que nos ha hecho realizar esta investigación ha sido conocer declaraciones de arqueólogos catalanes reconocidos, como la que recogemos a continuación:

“Els catalans hem tingut la fortuna d’estar directament lligats als quatre fenòmens que han contribuït a dibuixar la fesomia de la comunitat occidental d’una manera més decisiva. Una part del nostre món indígena rebé l’impacte de la civilització grega de la bona època per immediat contacte. Entràrem després, i des de bona hora, en la gran construcció romana i cap esdeveniment posterior no ha aconseguit d’esborrar-ne la petjada. Fórem un tros de l’imperi carolingi, en realitat la primera Europa en el sentit modern de la paraula. Ens incorporàrem també aviat a la comunitat cristiana” (Tarradell 1961: 7-8 apud Sanmartí y Asensio 2005: 89 y Gracia Alonso 2008: 23).

Miquel Tarradell fue un arqueólogo especializado en fenicio-púnicos, íberos y romanos¹, que realizó estas declaraciones en su obra *Els grecs a Catalunya* (1961). Si bien hace una clara diferencia entre los catalanes y el resto de la península, este discurso extendido en la academia catalana podría haber perdurado en el tiempo. Se establecen discrepancias entre el origen de los catalanes y el resto de peninsulares: son ellos los sucesores de cuatro grandes civilizaciones, lo cual permite construir una jerarquía donde Cataluña quedaría por encima del resto peninsular al tener mejores valores como sociedad. Es tal el reconocimiento que se da a la historia, que el pasado catalán se cataloga como decisivo no sólo a nivel nacional, sino a nivel del desarrollo del actual concepto de la “fisonomía del mundo occidental”.

Por ello, lo que se pretende en este trabajo es identificar las posibles diferencias que existen en Cataluña entre el estudio de la colonización fenicia y la griega, en detrimento de la primera. Así mismo, mediante el discurso historiográfico podemos comprobar si existe o no una identificación del pueblo con esta cultura, llevándonos a las causas de que ello ocurra. Es interesante ya que, en un primer momento, parece no haber existido el mismo interés por el estudio de la presencia fenicia en la costa catalana a diferencia del pasado griego, que se legitima continuamente por la existencia de Ampurias o *Rhode*. Ese impacto que recibe el mundo indígena directamente de los griegos foceos, es el que se ha empleado como base para el desarrollo de la Arqueología de Cataluña, sin tener en cuenta otros aspectos que poco a poco se van dilucidando.

La tesis de partida será conocer si la política ha podido influir en el desarrollo de la Arqueología fenicia en el noreste peninsular, y si así ha ocurrido, poder definir cómo y qué puede enmendarse actualmente mediante el discurso en los museos.

¹ Información extraída de la plataforma de la Real Academia de la Historia. [13/06/2020].
<http://dbe.rah.es/biografias/8511/miquel-tarradell-i-mateu>

2. METODOLOGÍA

En aquel momento, debido a la situación sanitaria que atravesábamos, no fue posible profundizar en el tema tanto como nos hubiera gustado, teniendo que recurrir a los recursos digitales y dejando de lado el trabajo de campo. Al poder haber revisado posteriormente in situ varios museos del estudio, exponemos a continuación los resultados.

3. OBJETIVOS

Los objetivos planteados fueron los siguientes, analizando y trazando en concreto el desarrollo de la colonización fenicia a través de la historiografía. No sólo conociendo el trato desde la academia, sino revisando las diferencias existentes entre esta y las demás culturas que están ampliamente aceptadas y estudiadas en la zona.

- a) Valorar el papel que se ha dado a las colonizaciones orientales en la construcción de la historia de Cataluña.
- b) Analizar y trazar una línea del desarrollo de la concepción de la colonización fenicia a través de la Historiografía.
- c) Conocer qué tratamiento ha recibido la presencia fenicia en la costa catalana desde la investigación.
- d) Comprobar si existen diferencias entre el estudio de los fenicios y otras culturas y, si fuera así, conocer a qué se debe.
- e) Identificar los yacimientos donde se han encontrado materiales fenicios.
- f) Analizar la difusión de materiales fenicios en los museos.
- g) Proponer posibles aspectos de mejora en caso de que la difusión no haya sido correcta y/o insuficiente.
- h) Examinar, en definitiva, el lugar que ha ocupado esta etapa histórica en las políticas culturales desde la perspectiva de la identidad.

4. JUSTIFICACIÓN

Desde la época de los años 60-70, el estudio de la presencia fenicia en la Península Ibérica tomó un gran impulso. A continuación, nos centraremos en la historiografía a través de cuatro generaciones de autores que han dedicado parte de sus investigaciones a analizar la presencia de la cultura fenicia, concretamente en Cataluña.

La etapa de la llegada de los fenicios podemos enmarcarla en el Bronce Final, generando lo que se conoce como “período orientalizante” o Hierro I, pudiendo entender este concepto de dos formas:

- La que en sí constituye en la Protohistoria mediterránea y los elementos que aparecen en yacimientos y muestran claramente orígenes orientales.
- La propia aculturación oriental de las gentes y poblaciones de Occidente.

Es un concepto que entra en uso sobre los años 50 del pasado siglo y que hacía referencia a materiales de características orientales hallados en Occidente y que se constata en toda la costa del Mediterráneo entre los siglos VII-VI a.C. Hemos de ser conscientes que, cuando hablamos de la Península Ibérica, el concepto “orientalizante” puede tener relación tanto con la propia colonización fenicia de nuestras costas como con la existencia de la cultura tartésica, con una cronología comprendida entre los siglos VIII a VI a.C.

Así, tras el descubrimiento y estudio de la necrópolis de Mas de Mussols en Tortosa, fueron realizándose una serie de hallazgos tanto de poblados como necrópolis durante la década de los 70 (Arteaga *et alii* 1986: 303).

El estudio de los fenicios en la Península Ibérica ha pasado por diversas etapas hasta llegar a su estado de estudio actual. Una de las referencias a tener en cuenta sería la obra *España Cartaginesa* (1996) de Eduardo Ferrer Albelda, quien se ha dedicado al estudio historiográfico y arqueológico de tartesios y púnicos en la Protohistoria del sur peninsular².

Ahora debemos centrarnos en la situación de la zona catalana respecto a esta materia. A principios de siglo XX se desarrolló en Cataluña el Novecentismo o Noucentisme, un movimiento cultural en contraposición al Modernismo. Acompañado de un sentimiento nacionalista, su temática se vinculó al Mediterráneo y a todos sus ámbitos. Este movimiento, de claros tintes clasicistas debido a su gusto por la tradición grecolatina, pretendió llevar y aupar la cultura catalana en Europa. Esta tendencia estuvo acompañada de una relegación de lo fenicio en Cataluña y a las actividades arqueológicas desde 1908, lo que hizo que se optara por adoptar las raíces griegas, desechando la presencia fenicia.

Es así como encontramos las ya comentadas declaraciones de Miquel Tarradell, que seguían la línea de Martín Almagro Basch, quién fue su director de tesis³. Almagro Basch, director de Ampurias entre 1939 y 1963, adoptó el discurso de superioridad como sociedad debido a un pasado griego (Almagro Basch 1967: 7-9 *apud* Gracia Alonso 2008: 22-23) que debemos destacar y comentar:

“un simple divagar por estas calles y ruinas de casas varias veces rehechas en épocas distintas, no bastaría para hacernos sentir todo lo que Empúries significa en la Historia de España. [...] Estos muros arrasados fueron quicio espiritual de todo cuanto hemos sido. Como por una ventana magnífica hacia el Mediterráneo, por Empúries nos llegaron los vientos educadores de la cultura, y tras ellos nacimos a la Historia. [...] Sin cultura clásica –griegos y romanos– y sin Cristianismo no hubiera sido España sino un pueblo de tribus sin historia, sin existencia real en el mundo. [...] He aquí el secreto espiritual de estos restos, donde durante siglos se fue alumbrando nuestra España. Empúries ha sido como el cordón umbilical a través del cual la España antigua tomó contacto con el mundo más civilizado. Aquí, durante siglos, permaneció entre terribles peligros y generales conmociones guerreras, económicas y hasta étnicas, la última ciudad civilizada de Occidente [...] aquí terminará durante siglos la Cultura en el sentido de vivir bajo una norma superior moral y estética que aún tiene valor permanente”.

Para Almagro Basch España parece no tener sentido si no se tiene en cuenta la presencia griega en Ampurias. A partir de ahí, comenta, cobra sentido el devenir histórico del resto del territorio peninsular,

² Información extraída de la plataforma del Departamento de Arqueología y Prehistoria de la Universidad de Sevilla [23/06/2020] <http://departamento.us.es/dpreyarc/web/personal/eduardo-ferrer-albelda/>

³ Información extraída de la plataforma de la Real Academia de la Historia. [13/06/2020]. <http://dbe.rah.es/biografias/8511/miquel-tarradell-i-mateu>

como si el resto de las culturas no hubieran tenido un importante papel ni la más mínima repercusión en nuestra historia. En relación con estas controvertidas declaraciones encontramos el “modelo ario”, descrito en la obra *Atenea Negra* de Martín Bernal, un historiador británico que opinaba que el origen de la cultura griega (o civilización clásica) tenía sus raíces en culturas afroasiáticas como fueron la egipcia y la fenicia. Este “modelo ario” tuvo su apogeo entre los años 1920 y 1939 acentuándose en Norteamérica y Europa septentrional donde la academia adoptó este antisemitismo como ejemplo de unas pautas sociales a seguir. La imagen del papel que el pueblo judío habría tenido en la Revolución rusa fue el motivo que desencadenó este rechazo, lo cual acompañó al desarrollo del estudio de la filología clásica del momento. Debido a la situación, la academia empezó desechar y a negar el papel que tuvieron los fenicios en su expansión mediterránea (Bernal 1993: 353).

Este racismo podría haberse reflejado y ser motivo del surgimiento un abismo ideológico entre los análisis identitarios y las políticas culturales que se empezaron a llevar a cabo en la Arqueología de Cataluña.

A continuación, para poder comprender cuál es el estado actual de la cuestión a nivel académico catalán y evaluar su evolución, nos remontaremos a principio del siglo XX hasta llegar a nuestros días, haciendo un recorrido por el conocimiento que nos han aportado los autores más destacados en este tema.

Para Pere Bosch Gimpera, quien basaba sus estudios en las fuentes literarias clásicas y creía en la existencia de una “talasocracia fenicia” que había estado en contacto comercial con el reino de Tarteso y sus reyes (Bosch Gimpera 1944: 53), estaríamos hablando de un periodo oscuro en la historia. Además, existía el inconveniente de que gran parte de lo conocido se había transmitido como conocimientos de dudosa veracidad que se centraban en identificar ciudades perdidas (Bosch Gimpera 1928: 315). A pesar de admitir que la formación de la cultura iberica habría estado influida por otras extranjeras como la fenicio-cartaginesa y la griega, él hablaba de que el origen de Cataluña se encontraba con una cultura hallstättica durante la Edad del Bronce, limitando la presencia fenicia al Sureste peninsular (Bosch Gimpera 1922: 117-119).

Sin embargo, el pionero de la Arqueología Fenicia en Cataluña fue Joan Maluquer de Motes, quien se atrevió a intervenir en el V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular de Jerez de la Frontera 1968 bajo el título de “Los Fenicios de Cataluña”, a pesar de que renegó de ello posteriormente. Consideraba que hablar de un “espléndido florecimiento ampuritano” suponía reconocer que era un área de singular importancia y características dentro de las diversas áreas coloniales en el Mediterráneo (Maluquer de Motes 1968: 141), por lo que llegarían también a esta zona colonos fenicios. Es así como se plantea la separación entre la colonización fenicia y griega según la tradición de Schulten, donde critica la supuesta sumisión de Ampurias para con Massalia, optando por una llegada arcaica de los fenicios relacionada con Ibiza y la influencia que supuso la llegada de estos para los pueblos indígenas (Álvarez 2005: 173). Considera también la existencia de una problemática respecto a la Edad del Hierro, con la llegada de colonos por metales como el hierro. En yacimientos del entorno del Ebro se han hallado materiales de tradición oriental pero que no probarían la presencia fenicia como tal, ya que podría deberse al comercio (Maluquer de Motes 1987: 10). El problema está en catalogarlo como debidos a la ocupación fenicia, o por el tráfico de metales que existía en la zona, sin considerar en ningún caso que existieran yacimientos fenicios en la zona. Identificaría este periodo como “paleoibérico”, como es el caso de la necrópolis de Mas de Mussols⁴.

⁴ Información extraída de la Generalitat de Catalunya. [13/06/2020].

<http://invarque.cultura.gencat.cat/FitxaGeneral?index=6645&consulta=MSUxK3ByYXQgZGUgY29tdGUiMistMSU%3D&codi=6322>

Para María Eugenia Aubet, la costa catalana fue un lugar estratégico donde los fenicios ubicaron sus almacenes fluviales, concretamente en el meandro del Ebro sería una base para el comercio que estos tenían entre las Baleares y el sur de la Península Ibérica (Mascort *et alii* 1991; *apud* Aubet 2006: 43). Los fenicios llegaron a la zona buscando metales y de ahí comenzaron a comerciar. Sugiere que la presencia cananea en Cataluña se debe exclusivamente al comercio que tenían los fenicios de Ibiza con los indígenas de esta zona (Aubet 1994: 292).

Mientras, investigadores como Sanmartí y Asensio, proporcionan una visión colonialista a la llegada de los fenicios, donde el contacto habría dado lugar a un sistema compuesto, a una organización híbrida entre ambas gentes (Sanmartí y Asensio 2005: 100). Tras la incorporación de la zona al sistema de intercambio de todo el mediterráneo debido a la gran cantidad de materiales fenicios hallados (Sanmartí y Asensio 2005: 91), existieron dos periodos de influencia fenicio-púnica: la primera edad del Hierro hasta la llegada griega a Ampurias (ss. VII-VI a.C.) (Asensio 2010: 727) y en la segunda edad del Hierro cuando ya llegan procedentes de las Baleares (ss. IV-III a.C.).

Francisco Gracia Alonso ha dedicado gran parte de sus estudios a la historiografía de la presencia fenicia en la academia catalana, llegando a elaborar un listado de yacimientos con materiales fenicios que evidenciaría el comercio activo que existió en la zona en su publicación “Historiografía de la investigación de la presencia fenicia en Cataluña” (2008), referente de este estudio. Más allá de los estudios que se han realizado por zonas, él aboga por un estudio que abarque todo el territorio. Además, sostiene dos hipótesis: un sistema colonial mediante factorías y la definición de este periodo como una fase “orientalizante” (Gracia Alonso 2008: 34, 36).

Como bien ha estado compartiéndonos en los últimos meses David Garcia Rubert, el proyecto de investigación en Sant Jaume d’Alcanar ha dado a conocer que un 30% del total de la cerámica que ha sido hallada es fenicia, suponiendo que la llegada de estos ocurrió mínimo 150 años antes que los griegos a Ampurias⁵. A pesar del porcentaje, esto no significa que el lugar sea propiamente fenicio, pero sí invita a la autocrítica y a la adquisición de nuevas perspectivas que acompañen a estos estudios. Haber hallado diversos indicios supone una obligada revisión. Nos referimos a elementos y circunstancias que están relacionadas con el ámbito cultural fenicio y que se refleja en ámbitos como son lo arquitectónico, lo urbanístico, la metalurgia, lo sagrado, la producción cerámica o la navegación, entre otros.

La cuestión está empezando (por fin) a ser objeto de interés real dentro de la academia catalana, como podemos comprobar con el Grup de Recerca de Aqueologia Protohistòrica (GRAP). La necesidad de esta investigación surge del interés por cómo lo que apenas se sabía, se ha plasmado hasta la actualidad en los museos y en la investigación arqueológica en sí donde los materiales fenicios siempre han sido reducidos a un “posible comercio” o a “breves contactos”. La Arqueología como ciencia multidisciplinar ha de estar comprometida con la concienciación social para con nuestro Patrimonio, dejando atrás discursos políticos que se centraban únicamente en determinados periodos históricos que suponían una marcada diferencia de otros territorios y expandiéndose más allá del mundo académico.

⁵ Información extraída de la plataforma AGUAITA.CAT. [28/10/2021]. https://www.aguaita.cat/noticia/22663/fenici-habitava-alcanar-150-anys-abans-primeres-colonies-gregues-catalanes?fbclid=IwARo__Htw6_fAGowGWscqyO4q6Mz9HLuI3VNQvnTkDlJpNP8qyRFTFdOM5fw

5. EVIDENCIAS ARQUEOLÓGICAS

Teniendo el Ebro como punto de entrada y centro de difusión, se trata de zona de gran riqueza, apostando por el estudio del territorio en su conjunto sin diferenciar el Bajo Ebro y el Alto Ampurdán-Rosellón-Narbonés. “Phoenician trade in the north-east of the Iberian Peninsula: a historiographical problem” García Rubert y Gracia Alonso (2011).

Encontramos pues, un total de 73 yacimientos, entre los que se destacan los siguientes:

Turó del Calvari (Villalba de los Arcos, Tarragona) ocupa 250m² y que se fecha entre fines del s.VII hasta principios del VI a.C. Es considerado un *unicum* debido a la presencia de una tipología arquitectónica que había sido desconocida en la zona hasta el momento de su excavación en relación con el periodo cronocultural en el que se ubica. Destaca, además, por la realización de los zócalos y el levantamiento de muros con un sustrato vegetal previamente quemado (Bea *et alii* 2005: 27). Cabe resaltar dos piezas híbridas realizadas a mano, dos *oinochoai*: una de ellas con forma clásica, pero con boca trilobulada, asa bífida, perfil carenado y pie troncocónico y otra asemejada a los vasos *gobelet* orientales con asa de sección cuadrangular (Bea *et alii* 2005: 38).

Aldovesta (Benifallet, Tarragona) ocupa 200m² y se fecha entre la mitad del s. VII hasta principios del VI a.C. es el yacimiento que supone el “punto clave para la comprensión de los mecanismos de interacción del comercio fenicio en el curso inferior del Ebro desde su papel como embarcadero fluvial controlado por mercaderes fenicios en estrecha relación con las jerarquías locales que muy probablemente ayudarían a desarrollar, como indican las tipologías constructivas y el análisis territorial de la fase inminente posterior al agotamiento de los primeros contactos fenicios, aunque sin llegar a constituir un sistema de carácter palacial como los conocidos (o intuidos) en al área sur de la Península Ibérica por reflejo de los patrones organizativos anteriores y contemporáneos en el Próximo Oriente” (Almagro Gorbea 1994 *apud* Gracia Alonso y Munilla 2004: 295).

Sant Jaume-Mas d'en Serra (Alcanar, Tarragona). Se encuentra en una zona de concentración de poblados, siendo interpretado como una dispersión poblacional para controlar mejor el territorio, fue excavado durante los años 1997 y 1998, donde se pudo identificar un sistema de defensa, estructuras habitacionales y materiales tanto autóctonos como característicos del ámbito fenicio, lo que confirmaría la presencia de una comunidad semita en la zona (Gracia Alonso y García 1999: 131, 137). Con una sola secuencia de ocupación, se ubica en la segunda mitad del s. VII

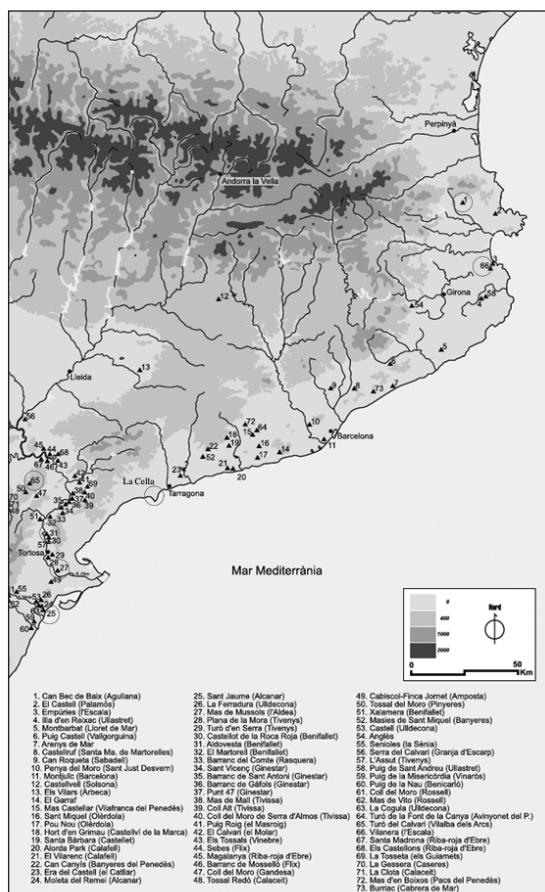


Fig. 1. Asentamientos con material fenicio (650-575 a.C.) en el noreste de la Península Ibérica. En rojo aquellos que vamos a considerar caso de estudio.

al primer cuarto del VI a.C. Su tipología es comparable a otros como La Moleta del Remei, La Ferradura, Puig de la Nao o La Cogula (Gracia Alonso y García 1999: 134-135).

La Cella (Salou, Tarragona) es un poblado de urbanismo atípico u orienta, único en la zona (Diloli *et alii* 2016: 284). Ocupa 6000m² y fue abandonado de forma pacífica, datándose de inicios del s. IV hasta mediados del III a.C. (Diloli *et alii* 2017: 295). Fue un poblado planificado al estilo púnico plenamente, donde convivió una sociedad híbrida entre autóctonos, fenicios e incluso griegos (Grau 2005: 114 *apud* Diloli *et alii* 2016: 299).

Necrópolis Mas de Mussols Tortosa (Tarragona). Excavada por Maluquer de Motes, ocupa 336m² donde se encontraron 54 urnas datadas en el siglo VI, en concreto entre 580-530 a.C. Maluquer hizo hincapié en su cronología como “necrópolis paleoibérica”⁶.

Necrópolis de Agullana o Can Bec de Baix (Agullana, Gerona) cuenta con 380 tumbas excavadas en distintos periodos por el escritor Miquel de Palol, quién la descubrió casualmente en 1927 (Graells 2004: 62). Siglo VI hasta 580-530 a.C. Representa el contacto con el mundo semita mediante la asimilación ideológica que se muestra en los materiales, donde se evidencia el contacto con el mundo semita como recoge R. Graells en “Indicis d’emergència aristocràtica al registre funerari del nord-est peninsular. La tomba Agullana 184” (2004). Supone un *unicum* donde en la composición de las estructuras funerarias se refleja una diferenciación étnica y social (Graells 2004: 61-62).

Necrópolis de Vilanera (La Escala, Gerona). Ocupa 6000m² y se encuentra cercana al yacimiento grecorromano de Ampurias. Comenzando su excavación en 1999-2000, se han localizado unas 200 estructuras funerarias. Se fechan dos ocupaciones: 4.500 a.C. y otra entre fin s. VII y principios del s. VI a.C., es decir, una primera ocupación del Bronce Final y otra durante la I Edad del Hierro (Agustí *et alii* 2004: 105). Los ajuares cerámicos son propiamente fenicios, encontrando algunas piezas de tipología “Cruz del Negro”, lo que supone una similitud tipológica cerámica con las necrópolis ya comentadas previamente (Agustí *et alii* 2004: 109-113). En las últimas excavaciones que se vienen realizando desde 2016, se evidencian nuevamente estructuras acompañadas con materiales similares a los de su primera intervención arqueológica⁷.

6. DIFUSIÓN EN MUSEOS

A continuación, se exponen los distintos museos provinciales de Cataluña, así como otros de referencia dentro de la comunidad.

Para comenzar, hemos de referirnos al Museu d’Arqueologia de Catalunya, en su sede de Barcelona. Cuenta con la exposición permanente “El pont de la mar blava. Fenicis i Grecs a la Mediterrània” donde se hace hincapié en cómo la llegada de estos colonizadores supuso un cambio radical en la Prehistoria de esta zona, entrando desde las riberas y ayudando al desarrollo de las sociedades indígenas con el conocimiento

⁶ Información extraída de la plataforma de la Generalitat de Catalunya. [28/06/2020]. <http://invarque.cultura.gencat.cat/FitxaGeneral?index=6645&consulta=MSUxK3ByYXQgZGUgY29tdGULMistMSU%3D&codi=6322>

⁷ Información extraída de la plataforma Tribuna de Arqueología. [26/06/20]. <https://tribunadarqueologia.blog.gencat.cat/2018/10/31/propere-conferencia-de-la-tribuna-darqueologia-2018-2019-la-necropolis-de-vilanera-del-neolitic-mig-al-ferro-i-en-directe-per-internet/>

de la escritura y el avance tecnológico. El “pont de la mar blava” hace referencia al puente de mar azul o mar Mediterráneo, vía por donde estos comerciantes llegaron hasta la península entre los siglos IX y III a.C. Se cree que los fenicios fueron conocidos por los griegos como *phoeniki* u “hombres rojos” debido a su industria de la púrpura⁸.

La Sala 8 “Fenícis i grecs”, se completa con la *Guia del Museu d'Arqueologia de Catalunya (MAC-Barcelona)*. En esta sala se destaca que “el punt de partida de l'acció colonitzadora el trobem a la part més oriental del Mediterrani” (Muñoz 2015: 48). La cartelería que encontramos en esta sala se extiende desde la primera presencia fenicia en la península, pasando por la escritura y la economía, así como por los materiales hallados en Cataluña hasta Ibiza.



Fig. 2. Exposición “El pont de la mar blava. Fenícis i Grecs a la Mediterràni”. MAC – Barcelona.

Centrándose en la presencia fenicia en Cataluña, se explica que en el siglo VII a.C. empiezan a frecuentar la costa catalana y valenciana, sobre todo el territorio del río Ebro. Esto se comprueba con la existencia de ánforas fenicias en yacimientos como Aldovesta o Sant Jaume, previamente comentados. La aparición de estos comerciantes deja claro un cambio donde surgen las élites locales, desapareciendo la distribución paritaria de excedentes producidos. Se denomina “período antiguo de la cultura ibérica”. Esto se prolonga hasta el año 600-575 a.C. cuando los fenicios desaparecen de la zona y los griegos focéos se encargan del comercio en Ampurias.

Sobre los materiales que se exponen dentro de este apartado encontramos tres vitrinas con piezas del yacimiento de Aldovesta, Sant Jaume-Mas d'en Serra y Sant Martí d'Empúries y Vilanera. Esto va a ser lo único propiamente hallado en Cataluña que se ha expuesto en el MAC-Barcelona. Aldovesta se interpreta como la residencia de un personaje de la élite que se enriqueció al comerciar con fenicios. Se expone una de

⁸ Información extraída de la plataforma Museu d'Arqueologia de Catalunya – Barcelona. [23/06/20]. <http://www.macbarcelona.cat/ca/Exposicions/Exposicions-actuals/El-pont-de-la-mar-blava.-Fenícis-i-Grecs-a-la-Mediterrania?>

las ánforas halladas durante su excavación. Su ocupación fue de aproximadamente 100 años, terminando con una violenta destrucción y abandonándose. En Sant Jaume-Mas d'en Serrà se encontraron muchos materiales fenicios, como el ánfora expuesta, que se dedicaba al transporte de productos como el vino. También contaría con una jerarquización social con sede en la Moleta del Remei, una ocupación de unos 75 años y una destrucción también violenta. Por último, se exponen materiales de Sant Martí d'Empúries y la necrópolis de Vilanera. Explica que un siglo antes de la llegada de los griegos los fenicios ya frecuentaban la zona. Es por ello que se han encontrado ánforas fenicias en Sant Martí de los intercambios que realizaban los indígenas con los comerciantes fenicios. Por otra parte, destacan los materiales exóticos encontrados en Vilanera y que servirían como elementos de prestigio y diferenciación social en el mundo indígena.

Con esto, terminamos la exposición de la presencia fenicia en Cataluña, ya que el resto de la sala se centra en Ibiza, como centro comercial y base fenicia respecto al resto del mar Mediterráneo, y en la colonización griega en la zona.

Respecto a la *Guía del Museu* podemos decir que en él aparece una nave fenicia (Muñoz 2015: 49) a la que acompaña la explicación del pueblo fenicio quienes, en territorios de la desembocadura del Ebro, frecuentaron la costa para el comercio en los yacimientos ya nombrados suponiendo el impulso para la formación de los pueblos iberos. Las primeras evidencias en Cataluña se remontan al siglo X a.C. Se relacionaban a través de intercambios con élites locales. (Muñoz 2015: 50).

En el MAC – Girona en la Sala 2 “La edad de los metales” se exponen materiales del Calcolítico, Edad del Bronce y Edad del Hierro, donde encontramos algún material fenicio, como es un *pithos* fabricado a torno de la necrópolis de Anglès (La Selva) fechado entre el 700 y 600 a.C., en plena Primera Edad del Hierro. Otros materiales que podemos encontrar son de la necrópolis de Can Bech de Baix (Agullana), que aquí se exponen, como una urna cineraria con tapadera. Los elementos cerámicos se han conservado en Girona y los metales están en Barcelona²¹, pero no aparece ninguna referencia en su plataforma *web*. En cambio, en la Sala 3 “Las colonizaciones y la época ibérica”, donde se explica cómo en el siglo VII a.C. gentes mediterráneas llegaron y establecieron relaciones comerciales con la población indígena, no encontramos ningún material fenicio, a pesar de que coincidió con el periodo de evolución hacia la Cultura Ibérica, por lo que fue un contacto de gran importancia para este hecho.

Respecto al Museo Nacional de Arqueología de Tarragona y el Museo de Lérida, no encontramos ningún material ni ninguna referencia hacia la cultura fenicia, a pesar de conocer yacimientos en ambas provincias.

Como casos particulares donde encontramos materiales fenicios tenemos el Museo de la Agullana y la sede del MAC Empúries. El primero se encuentra sito en el Ayuntamiento de Agullana el cual cuenta con una sala de exposición permanente de materiales de esta necrópolis. Respecto a la necrópolis de Vilanera, en la sede del MAC-Empúries en su colección permanente se exponen algunos materiales como urnas o elementos metálicos. La colección se encuentra en reformas, por lo que quedamos a la espera de conocer su exposición definitiva.

7. DISCUSIÓN HALLADO VS. EXPUESTO

Hay evidentes diferencias y la exposición de materiales fenicios es escasa. A pesar de las recientes exposiciones temporales, vemos como lo fenicio sigue sin verse reconocido de manera “oficial” o es directamente expuesto de forma escasa.

Existen planes para el Desarrollo de la Arqueología realizados por la Generalitat de Catalunya, como el “Plan Integral per a l’Arqueologia a Catalunya (PIACAT)” elaborado en 2009, cuyo objetivo consistía en la implantación de un nuevo modelo de gestión de patrimonio donde la arqueología se adaptase a las necesidades de la sociedad actual. Nuevo papel de los museos para la difusión del Patrimonio. Ej. Ruta de los Íberos (PIACAT 2009: 30-31). Por otra parte, el “Pla de Recerca de l’Arqueologia i la Paleontologia Catalanes” de 2014. objetivo de este documento consiste en una continuación del PIACAT, centrándose concretamente en intervenciones arqueológicas y paleontológicas de búsqueda e investigación, incluyendo la difusión social y la publicación científica de los resultados (Pla de Recerca de l’Arqueologia i la Paleontologia Catalanes 2004: 46).

8. CONCLUSIONES

A pesar del incremento de la investigación académica desde los años 70, las políticas culturales de Cataluña se han centrado en dar visibilidad al mundo griego colonial y a los íberos.

Es un problema que ha estado ligado al desarrollo de la disciplina arqueológica, la cual se ha gestado bajo un discurso nacionalista y diferenciador.

Estamos ante una difusión insuficiente que priva y merma el conocimiento de los ciudadanos sobre el pasado de Cataluña, y que además repercute en el resto de la Península Ibérica y en las investigaciones que se llevan a cabo.

Es por ello que, acompañando a la revisión de materiales en los museos y a las nuevas exposiciones que se están realizando, que es necesario elaborar un nuevo discurso de difusión que se adapte a todos los contenidos didácticos, desde la exposición en museos a recursos *online*, acercando la realidad del pasado al presente. Es momento de dejar atrás los prejuicios étnicos y la prevalencia de unas culturas colonizadoras sobre otras.

Generar una nueva perspectiva identitaria del pueblo catalán con un pasado fenicio compartido con el resto de la Península Ibérica. Los fenicios llegaron a esos territorios y así lo ha confirmado la Arqueología. Y es que el fenómeno fenicio hemos de entenderlo como un antes y un después para con las culturas indígenas peninsulares del momento, donde la llegada de estas gentes desde Oriente supuso un enriquecimiento cultural, social y económico que perduró en el tiempo.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUSTÍ, B., CODINA, D., DEHESA, R., LLINÀS, J., MERINO, J., MONTALBÁN, C. Y VARGAS, A. 2004: “Excavacions arqueològiques a Vilanera (l’Escala, Alt Empordà)”, *Tribuna d’Arqueologia*, 2004-2005: 99-114.
- ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. 2005: *Tarteso. La construcción de un mito en la historiografía española*, Málaga.
- ARTEAGA, O., PADRÓ, J. Y SANMARTÍ, E. 1986: “La expansión fenicia por las costas de Cataluña y del Languedoc”, *Aula Orientalis*, 4: 303-314.
- ASENSIO, D. 2010: “Evidencias arqueológicas de la incidencia púnica en el mundo ibérico septentrional (siglos VI-III a.C.). Estado de la cuestión y nuevos enfoques”, *Mainake*, 32-2: 705-734.
- AUBET, M.E. 2006: “El sistema colonial fenicio y sus pautas de organización”, *Mainake*, 28: 5-47.
- BEA, D., DILOLI, J. Y VILASECA, A. 2005: “El Turó del Calvari (Vilalba dels Arcs, Terra Alta). Un edifici cultural de la primera edat del ferro al curs inferior de l’Ebre”, *Tribuna d’arqueologia*, 2002-2003: 23-52.

- BERNAL, M. 1993: *Atenea negra: las raíces afroasiáticas de la civilización clásica*, Barcelona.
- BOSCH GIMPERA, P. 1922: “Ensayo de una reconstrucción de la Etnología Prehistórica de la Península Ibérica (continuación)”, *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, Año 4: 104-137.
- BOSCH GIMPERA, P. 1928: “Problemas de la colonización fenicia de España y del Mediterráneo occidental”, *Revista de Occidente*, 60: 314-348.
- BOSCH GIMPERA, P. 1944: “The Phokaians in the Far West: an Historical Reconstruction”, *The Classical Quarterly*, 38, 1-2: 53-59.
- DILOLI, J., VILÀ, J., FERRÉ, R., COTS, I., BRICIO, L. Y SARDÀ, H. 2016: “La Cella (Salou, Tarragona). Un puerto comercial en el litoral cersetanense”, *Trabajos de Prehistoria*, 73-2: 284-303.
- GARCIA RUBERT, D. Y GRACIA ALONSO, F. 2011: “Phoenician trade in the north-east of the Iberian Peninsula: a historiographical problem”, *Oxford Journal of Archaeology*, 30-1: 33-56.
- GRACIA ALONSO, F. Y GARCÍA RUBERT, D. 1999: “La primera fase del poblamiento protohistórico en el área sur de la desembocadura del Ebro. El poblado fortificado de Sant Jaume-Mas d'en Serra (Alcanar), campañas 1997-1998”, *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 9: 131-155.
- GRACIA ALONSO, F. Y MUNILLA, G. 2004: *Protohistoria: pueblos y culturas en el mediterráneo entre los siglos XIV y II a.C.*, Barcelona.
- GRACIA ALONSO, F. 2008: “Historiografía de la investigación de la presencia fenicia en Cataluña”, en García i Rubert, D., Moreno Martínez, I. y Gracia Alonso, F. (coords.), *Contactes: indígenes i fenicis a la Mediterrània occidental entre els segles VIII i VI a.n.e.*, Barcelona: 15-38.
- GRAELLS, R. 2004: “Indicis d'emergència aristocràtica al registre funerari del nord-est peninsular. La tomba Agullana 184”, *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 14: 61-83.
- MALUQUER DE MOTES, J. 1987: “Problemática general del hierro en Occidente”, *Zephyrus: Revista de prehistoria y arqueología*, 39-40: 9-15.
- MUÑOZ, J. 2015: *Guia del Museu d'Arqueologia de Catalunya (MAC-Barcelona)*, Barcelona.
- Pla Integral per a l'Arqueologia a Catalunya* (PIACAT) 2009. Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya.
- Pla de Recerca de l'Arqueologia i la Paleontologia Catalanes* 2014. Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya.
- SANMARTÍ, J. Y ASENSIO, D. 2005: “Fenicis i púnics als Països Catalans”, *Fonaments: Prehistoria i Món Antic als Països Catalans*, 12: 89-105.

ARGANTONIO VA AL COLE: DISCURSO IDENTITARIO Y TÓPICOS HISTORIOGRÁFICOS EN LA DIVULGACIÓN DE TARTESO HACIA EL PÚBLICO INFANTIL

CRISTINA BARRAGÁN GARCÍA*

RESUMEN

En este presente artículo se analizará cómo y de qué manera se le ha enseñado al colectivo infantil el concepto de Tarteso a través de una serie de canales educativos (formal, no formal e informal) para la transmisión de los contenidos educativos, como son: la literatura infantil, los museos, la enseñanza educativa en los centros escolares y entidades sin ánimo de lucro vinculadas a la Difusión del Patrimonio Histórico-Arqueológico. Además, realizaremos un estudio crítico sobre la situación actual de todos estos contenidos y el papel que juegan los “otros” en los diferentes soportes didácticos para poder comprobar si persisten pensamientos anticuados, racistas y antisemitas o si se ha ido actualizando la información a transmitir.

PALABRAS CLAVE

Tarteso, Colectivo infantil, Público infantil, Didáctica de la Arqueología, Educación Patrimonial, Didáctica de las Ciencias Sociales, Identidad, Canales Educativos.

ABSTRACT

In this paper, we will be analysing the way that children have been taught the concept of Tarteso through a series of educational channels (formal, non-formal and informal) to transmit educational contents such as: children's literature, museums, teachings in educational facilities and non-lucrative institutions associated with the dissemination of Historical and Archaeological Heritage. In addition, we will perform a critical study about the current situation of those contents and the role the «others» have on a variety of didactic material to check if we can still find stale, racist or antisemitic thoughts, or if the transmitted information has been updated.

KEY WORDS

Tartessus, Child audience, Children's public, Didactics of Archaeological, Heritage Education, social sciences didactics, Identity, Educational Channels.

* crisbargar96@gmail.com

1. DEFINICIÓN DEL OBJETO DE ESTUDIO

Este trabajo se centra en el colectivo infantil, concretamente entre 6 y 12 años. Por lo tanto, lo orientamos hacia la Educación Primaria (I, II y III ciclo). Para poder estudiar esta franja de edad, utilizaremos diferentes soportes relacionados con la difusión patrimonial como son: la literatura infantil, museos, proyectos didácticos y centros de educación primarios. A través de estos canales podremos llegar a vislumbrar algunos aspectos como pueden ser: el tratamiento hacia “los otros”, rango de veracidad en el contenido a transmitir, adaptación óptima para las diferentes edades dentro del marco infantil, mensajes racistas subliminales y explícitos, discursos antisemitas, etc.

2. OBJETIVO

Se pretenden identificar las carencias existentes en los medios de difusión (canales) que hemos ido analizando a lo largo del presente trabajo relacionado con Tarteso. De esta manera, podremos comprobar las necesidades reales para un nuevo discurso actualizado y adaptado correctamente para el público infantil. Este discurso plasmará la integración de las diferentes culturas que han existido desde la Protohistoria para con las diferentes culturas autóctonas o extranjeras que han habitado la Península Ibérica. Actualmente se ven reflejadas de manera directa o indirecta en la sociedad del presente, dependiendo claro está de la región, país, territorio, etc. De este modo, erradicaremos el racismo subliminal y, en algunos casos por desgracia, explícito que existe actualmente en estos canales. Además, se resaltará la riqueza cultural que generan estos conocimientos y se verá la complejización social que se ha ido desarrollando, combatiendo los extremismos étnicos y territoriales.

3. METODOLOGÍA

Para esta investigación analizamos el territorio por el cual se extendía la influencia de Tarteso y dónde se situaban las culturas que estuvieron intrínsecamente relacionadas con este fenómeno. El territorio actual equivale a las provincias de Huelva, Sevilla, Cádiz, Córdoba, Málaga, sumándose el bajo Guadiana y muy recientemente el sur portugués. Tras haber ido examinando cada provincia o área, optamos por centrarnos en Huelva y Sevilla, junto con algunas de sus ciudades y pueblos. Esta reducción de territorio a analizar se debe principalmente a que en Córdoba, Málaga y Cádiz los restos de la cultura tartésica no son tan evidentes o, al menos, no se les ha dado un valor emblemático, salvo excepciones. En consecuencia, no existe un gran avance directo en cuanto a didáctica de la Arqueología aplicada a Tarteso. El caso del Bajo Guadiana y Portugal, al encontrarse en una comunidad autónoma distinta, tanto el marco legal como las políticas educativas y patrimoniales presentan sensibles diferencias con el caso andaluz, por lo que resulta difícil extrapolar las iniciativas desarrolladas en los canales analizados. Sin embargo, en el año 2020 se creó el Proyecto Construyendo Tarteso del cual sí haremos mención.

Una vez seleccionadas las áreas de estudio, comenzamos a utilizar bibliografía específica, tanto de la historiografía vinculada al descubrimiento y estudio de Tarteso, como también, información sobre Educación Patrimonial, Didáctica del Patrimonio, Metodología por Proyectos y Didáctica de la Arqueología que se realizan tanto a nivel provincial como municipal. Por otro lado, analizamos 13 libros infantiles, material didáctico de museos, discursos museográficos, metodologías por proyectos, etc.

Para ello, se optó por determinar los canales de difusión en la educación: formal (colegios), no formal (museos, centros de interpretación, etc.) e informal (literatura infantil y asociaciones lúdicas).

4. JUSTIFICACIÓN

Para poder comprender el panorama actual que existe en la difusión del conocimiento científico referido a Tarteso dentro del colectivo infantil debemos presentar una visión clara de cómo ha ido evolucionando el concepto de Tarteso.

En este trabajo partiremos del siglo XX, aunque tenemos definiciones previas que se remontan hasta el siglo XVI. Para transmitir esta visión, nos ayudamos de la Tesis Doctoral de Yolanda González Campos Baeza titulada *Del objeto a la sociedad. Visiones heterodoxas del Patrimonio Arqueológico y sus posibilidades de musealización (2017)*. Yolanda González realiza una magnífica recopilación de todas las definiciones, conceptos e ideas claves que se han ido dando desde el siglo XVI al XXI. Es primordial entender que toda esta recopilación que realiza Yolanda bebe de los estudios realizados por otros autores, en especial destacaremos la figura de Manuel Álvarez Martí-Aguilar y su obra *Tarteso. La construcción de un mito en la historiografía española*. No entraremos en el desarrollo de la corriente ortodoxa y heterodoxa que se aplican a Tarteso en la actualidad. Sí mencionar que todo este estudio está enfocado desde la corriente heterodoxa sobre el origen, desarrollo y fin de Tarteso. Para más información consultar la bibliografía y el Trabajo de Fin de Grado, tutorizado por Francisco José García Fernández, en el que se basa este artículo (Barragán 2020).

5. LA DIVULGACIÓN DE TARTESO Y SUS PROBLEMAS

Actualmente existe un gran problema en cómo el colectivo científico de arqueólogos e historiadores ha transmitido el conocimiento de Tarteso a la sociedad, especialmente al colectivo infantil. Este problema ha existido siempre debido a que los investigadores se han centrado más en la visión ortodoxa sobre qué es Tarteso y han dejado de lado la divulgación hacia la sociedad. Sin embargo, la divulgación científica y la Educación Patrimonial sí se han ido actualizando cada año. Es cierto que, en cada época, se han dado formas distintas de acercar Tarteso a la sociedad, vinculadas a la mentalidad e intereses sociopolíticos y culturales del momento, pero hoy existe una gran confusión acerca de cómo se debe explicar y de qué manera a cada tipo de público.

La Arqueología, como disciplina científica, tiene un gran déficit de personal especializado en la transmisión de los conocimientos histórico-arqueológicos adaptados a los diferentes rangos de edad de la población, su experiencia previa, los intereses tanto personales como colectivos de la sociedad y la vinculación entre pasado y presente para formar lazos identitarios, valores cívicos y la creación de concienciación para la preservación del Patrimonio y, en nuestro caso, el pasado tartésico. Desde hace relativamente poco se están empezando a ofertar másteres, cursos de experto, etc. para solventar este problema. No obstante, los investigadores que quieran formarse en Educación Patrimonial, Didáctica Patrimonial o Didáctica Arqueológica entre otros conceptos, tienen en su mayoría que ser autodidactas apoyándose en otras disciplinas e innovar con conceptos de otros campos del conocimiento y adaptándolos al sector de la Historia y la Arqueología. No podemos olvidar que la interpretación del Patrimonio es una profesión asentada. Se basa en el conocimiento histórico, pero requiere de unas competencias específicas. Es por ello que no se puede ejercer esta profesión si no se está suficientemente formado en diversas áreas del conocimiento asociados con la Historia y la Arqueología.

En muchos casos otras disciplinas, empresas privadas o particulares, al ver un gran nicho vacío y sin explorar han optado por ser ellos los transmisores del Patrimonio Histórico Arqueológico a la sociedad. Estas entidades, en algunos casos por desgracia, no consiguen explicar de modo riguroso la realidad histórico-arqueológica, bien por falta de conocimiento, preparación específica para adaptar los discursos divulgativos,

o porque consideran mejor el argumento sensacionalista vinculado al mito, la leyenda o lo anecdótico por ser más atractivo y comercial. Por otro lado, existen publicaciones, talleres de arqueología experimental, visitas guiadas por especialistas, actividades enfocadas al público infantil, etc. aplicadas a Tarteso que son llevadas a cabo por el colectivo científico. Sin embargo, estas iniciativas son minoritarias, con escasos recursos y poco apoyo dentro de la comunidad científica para seguir desarrollándose. Esto se debe a lo ya dicho con anterioridad, y es que para los investigadores no es primordial la divulgación y la difusión a la sociedad desde el punto de vista didáctico. Prefieren centrarse en el mundo académico. En las últimas décadas el panorama ha mejorado, aunque el proceso de cambio de mentalidad va lento con algún que otro altibajo y con planteamientos contradictorios a la hora de realizar los discursos didácticos.

Debido principalmente a los problemas internos de la comunidad científica, la historia de Tarteso no ha sido adaptada a conciencia para el colectivo infantil. Por otro lado, se siguen utilizando discursos desfasados, unos cincuenta años aproximadamente, que ni siquiera se usan en el ámbito académico y en la mayoría de los casos, con todo lo que ello implica. Tenemos que hacer hincapié en que esto ocurre cuando en otras épocas o aspectos de la Historia de España o Andalucía se ha producido una profunda renovación en el fondo y los contenidos.

6. CANAL DE EDUCACIÓN FORMAL

Es el más importante de los tres canales de difusión en la educación. Se debe principalmente a ser la enseñanza obligatoria controlada por el Gobierno. En esta publicación examinaremos los diferentes métodos didácticos que se emplean en las asignaturas impartidas en los colegios de Educación Primaria de Huelva y Sevilla, cuando se aborda Tarteso. Daremos una visión general del panorama, utilizando el colegio C.E.I.P. Maestro Juan Díaz Hachero (Cartaya, Huelva) y los colegios Balcón de Sevilla y Carambolo (Camas, Sevilla) como ejemplo para poder observar de manera más exhaustiva el material didáctico que emplean para acercar Tarteso a los más pequeños. Este material didáctico está disponible en los blogs de cada colegio y en la biblioteca municipal de la localidad.

La enseñanza en Historia y en la Educación Patrimonial impartida en los centros educativos primarios es primordial para fomentar la construcción identitaria de los alumnos (Cuenca 2013: 76-96). A través de la historia, las personas buscan su identidad, el conocerse a uno mismo mediante los rasgos propios individuales y colectivos que incorporamos en nuestro bagaje cultural y social. También nos sirve para conocer a los “otros”, pudiendo comprender las diferencias entre otras personas y nuestro “yo” (Cardona 2015: 83-100). Pese a ser interactivo este proceso de formación que experimenta el ser humano de manera autónoma, regido por el lugar donde vive, la familia, su entorno social, etc. es necesario educar desde muy temprana edad en la formación identitaria en las aulas de los centros primarios y su vinculación con el pasado (Martínez y Casanova 2016: 255). Incluyendo además el refuerzo de este conocimiento a través de visitas a los museos o centros de interpretación. De esta forma, el alumno consigue una retención eficaz de la información explicada, dado a que puede asociar los conocimientos teóricos con la práctica a través de los sentidos (Tilden 2006: 85-94).

Después de ver un poco la importancia y finalidad de este canal, veremos que los colegios de Sevilla capital prefieren rellenar el nicho vacío de los conocimientos protohistóricos y restos de períodos, junto a la transmisión de valores identitarios, cooperativos y ciudadanos, realizando actividades sobre arqueología didáctica dentro de museos o actividades externas al centro. Se debe a que en los libros de textos no se recogen este tipo de información educativa y al poco uso de los cuadernillos del Gabinete Pedagógico de Bellas Artes de Sevilla y Huelva¹. Esto último ocurre por falta de interés del profesorado, desconocimiento

¹ Información extraída de la web <https://blogsaverroes.juntadeandalucia.es/gabinetespedagogicos/> [27/04/2022]

de los docentes o porque no se ajustan a las actividades y teorías que realizan por estar su contenido desfasado.

Ocurre todo lo contrario en los colegios de primaria del municipio de Carmona. Para resaltar más esta gran diferencia, es muy habitual que los centros escolares de Sevilla capital y municipios de los alrededores, acuden al Museo de la Ciudad para rellenar los huecos de información educativa en cuanto a Historia antigua, Protohistoria y en este caso particular, Tarteso. Carmona tiene un equipo de arqueólogos municipales que trabajan por y para la ciudad de Carmona. Tras realizar una entrevista a la arqueóloga María Trinidad Gómez Saucedo, nos confirmó que, con el paso del tiempo, los cuadernillos de Carmona del Gabinete Pedagógico de Bellas Artes de Sevilla han sido relegados a segundo plano. Por este motivo el museo crea su contenido didáctico adaptado y actualizado. Se encuentra a disposición de los centros escolares que quieran utilizarlos. Además de realizar colaboraciones para impartir talleres y visitas didácticas guiadas por especialistas.

Pasando a los centros de Educación Primaria del municipio de Camas (Sevilla), vemos claramente las diferencias entre Sevilla y Carmona por el propio funcionamiento e historia del municipio. El colectivo infantil de esta localidad está muy influenciado de manera positiva por su Patrimonio Histórico-Arqueológico, creando una identidad social desde muy temprana edad. Se debe a la gran labor divulgativa que se ha ido realizando desde la aparición del Tesoro del Carambolo en 1958. Desde esta fecha hasta la actualidad se ha ido paso a paso creando un sentimiento colectivo y de pertenencia hacia el pasado del municipio. Podemos ver, a través de la exposición del 50 aniversario del descubrimiento del Tesoro, los talleres didácticos y lúdicos que se realizan en la Biblioteca Municipal, la impartición de la historia de Tarteso en los diferentes niveles de enseñanza obligatoria, exposiciones, etc. cómo Camas se ha convertido en un núcleo poblacional que está concienciado con su Patrimonio. Entre 2005-2008 se introduce en las aulas la publicación de la saga de Tartessos, dibujada y escrita por Paco Nájera Ortega y Santiago Girón Fernández cuyos títulos son *La Ruta del Estaño*, *La Espada de Crisaor*, *Odisea en Iberia* y *El Pasado Atlante* y el cuadernillo de actividades titulado *Jugando a ser exploradores: descubriendo Tartessos* para mejorar la transmisión del conocimiento de Tarteso a los más pequeños. El principal objetivo es educar a las niñas y niños sobre el pasado de su pueblo y sus raíces. Es el único municipio de Sevilla donde tenemos constancia de la impartición continua en las aulas de este momento histórico.

Por último, analizaremos los centros de educación primaria de la provincia de Huelva. En la capital los centros escolares disponen de los mismos cuadernillos ya mencionados con anterioridad. Sucede igual que en Sevilla y alrededores. La falta de información en los libros de textos hace que tengan que apoyarse en contenidos externos de los otros canales educativos. Sin embargo, uno de estos colegios primarios destaca sobre el resto de los centros que hemos ido viendo. Hablamos del colegio C.E.I.P. Maestro Juan Díaz Hachero en Cartaya, Huelva. En este centro se diseñó en 2017 un proyecto educativo titulado *El Enigma de Tartessos*, con el objetivo de fomentar un tratamiento de las Ciencias Sociales, en este caso a través de Tarteso, que “permita al alumno crear sus propios aprendizajes de manera constructiva, partiendo de los conocimientos que pueda adquirir del entorno más cercano para hacer constancia de la importancia en la construcción del sentido identitario y la influencia del Patrimonio en dicho proceso durante esta primera etapa educativa” (Martínez y Casanova 2016: 256). El proyecto está dividido por una serie de cuadernillos. Pese a las buenas intenciones y a los grandes logros que se consiguió con este proyecto, vemos una gran falta de estudio previo relacionado con las nuevas investigaciones de Tarteso. Se debe al contenido muy básico que se plasma en el mismo. Además, en muchos casos vuelve al mito y la leyenda. Pero aún con estas carencias es una buena iniciativa, que dio grandes frutos en su momento y que ha marcado un antes y un después en cómo se enfoca Tarteso en el canal formal.

7. CANAL DE EDUCACIÓN NO FORMAL

Corresponde a museos, centros de interpretación, etc. Como bien conocemos, los museos son una parte primordial para la preservación del pasado de una sociedad. Nuestra definición ideal de museo sería un lugar donde se aprende, cuida, preserva y se divulga el Patrimonio Histórico-Artístico de una sociedad. Es imprescindible que se encuentren adaptados a todo tipo de públicos. Desgraciadamente esto se queda en la teoría. Pese a ello, poco a poco vamos avanzando en la museística y museología, así como también en la Educación Patrimonial y la Didáctica de la Arqueología. Es importante que los museos transmitan la información que albergan adaptada a todo tipo de público. En especial a los más pequeños, dado a que en un futuro serán los que preserven nuestro legado. Por ello, se fomenta que existan salas didácticas dedicadas en exclusividad a este sector de la población (Cardona 2017: 76-96).

El Museo de la Ciudad de Carmona y el Museo Arqueológico Municipal de Huelva son claros ejemplos de esta adaptación divulgativa al colectivo infantil. Nos centraremos en cómo imparten, desarrollan y enseñan Tarteso a este público. A nivel provincial, estos dos museos son los que mayor tasa de actividades, visitas, etc. realizan actividades enfocadas a la divulgación de Tarteso.

Realizaremos una comparación de los discursos histórico-arqueológicos y métodos didácticos, que se emplean en el Museo de la Ciudad de Carmona y en el Museo Arqueológico Municipal de Huelva, a la hora de explicar Tarteso junto al resto de culturas que convivieron e interactuaron con ella. Para ello, nos hemos puesto en contacto con los responsables de cada museo: directores, conservadores, arqueólogos y empresas privadas. Gracias a estas personas, se nos ha proporcionado el discurso divulgativo que se expone en cada museo y empresas, además del material didáctico (cuadernillos, fichas, etc.).

Iniciaremos con el Museo de la Ciudad de Carmona. Tiene un alto nivel en Didáctica de la Arqueología y Difusión, Puesta en Valor y Divulgación del Patrimonio Histórico-Arqueológico carmonense. Es pionero en la realización de talleres dirigidos al colectivo infantil, donde se aproxima a los más pequeños el pasado de su ciudad y sus antepasados. El museo ha estado realizando talleres desde hace 30 años. En un principio, estos talleres eran concertados por los colegios e instituciones y no tenían un calendario específico. Dependían en su mayoría de la demanda que existiera en su momento. Sin embargo, entre 2011 y 2012, los talleres se consolidan y es el propio museo quien oferta a los colegios las actividades didácticas mediante folletos y escritos. En el caso de Tarteso, se da en su totalidad en el propio museo por la falta de presencia en los libros de textos que podemos encontrar en la Educación Primaria. En caso de no poder impartir directamente los talleres por parte de los arqueólogos que trabajan en el Museo, se contrata a las siguientes empresas/asociaciones: Adarve Patrimonio Cultural, Arqinnova, Azimut y Arqueohespérides.

Sin embargo, en lo referente al Museo Arqueológico Municipal de Huelva, hemos tenido dificultades a la hora de recopilar datos de interés para abordar el tema central que rige este presente trabajo. Esto se debe a la administración del propio museo. Pudimos comprobar que la gestión de este se encuentra actualmente con poco personal disponible. La falta de personal hace que el museo tenga que contratar empresas privadas y autónomas para la impartición de actividades, visitas, etc. Algunas de estas empresas son: Teresa Suárez, Platalea y Espiral. Nos pusimos en contacto con ellas para que nos proporcionarán información detallada de las labores divulgativas que realizaban. Gracias al personal, analizamos los cuadernillos del Gabinete Pedagógico de Bellas Artes de Huelva enfocados en el museo municipal. Al contrario que el discurso divulgativo que se imparte en Carmona, en Huelva la explicación de Tarteso se desarrolla a través de la metalurgia y sus minas. También se plasma este discurso en los yacimientos tartésicos que conserva la ciudad y sus alrededores, como pueden ser la necrópolis de La Joya, el Cabezo de San Pedro, etc. No disponemos de un documento que plasme el discurso divulgativo específico que se emplea al colectivo infantil, pero sí tenemos pinceladas del mismo a través de la información que nos han proporcionado las empresas que trabajan para el museo.

Debemos resaltar en este discurso divulgativo la explicación de “los tartesios” como si fuesen una cultura propiamente autóctona o, por lo menos, es lo que se da a entender cuando se habla de tartesios. Por ello, hace falta un mayor esfuerzo en explicar cómo se forma Tarteso y quiénes conforman la población de esta cultura. También es necesario remarcar que en este discurso se habla de la Huelva protohistórica como un emporio poderoso que lideraba toda la región. Esta afirmación no es del todo correcta, ya que de manera subliminal se está engrandeciendo esta ciudad, dándole las connotaciones del mito de Tarteso, vinculándolo a un reino y a una civilización. Sí es cierto que Huelva en esa época fue un núcleo poblacional y comercial muy importante, pero no lideraba sobre el resto de las poblaciones cercanas ni a gran escala territorial. Sin embargo, aún queda mucho por indagar en este aspecto y nos basaremos en las investigaciones más recientes para apoyar esta idea que defiende Tarteso como un territorio geográfico donde conviven una gran cantidad de pueblos autóctonos y mediterráneos que han ido influenciándose mutuamente hasta crear la cultura material y arquitectónica que nosotros identificamos con Tarteso.

8. CANAL DE EDUCACIÓN INFORMAL

Es el más amplio de los tres. Se debe a su gran versatilidad y adaptación a todos los campos del conocimiento, situaciones, eventos, etc. Para este presente artículo, nos centraremos en dos aspectos: la literatura infantil aplicada a la Protohistoria del sur peninsular y proyectos culturales. Ambos ejemplos están enfocados a la esfera de Tarteso y su problemática para con la enseñanza hacia el colectivo infantil. Decidimos continuar con la línea de investigación abierta en la Tesis de Yolanda González (2017) e iniciada también en una serie de artículos donde se reseñan las obras infantiles centradas en Tarteso (De la Cruz 2018: 645- 658). De este modo, realizamos una búsqueda más exhaustiva para poder hallar el máximo número de libros que contuviesen la historia de Tarteso adaptada al colectivo infantil. Partíamos con una idea clara. Existían pocas publicaciones, dado a la falta de conocimiento y difusión de esos supuestos libros. Para nuestra sorpresa, y después de un largo escrutinio por Internet y contactando con personas afines al cómic y a la literatura infantil, descubrimos que existía un número considerable de publicaciones sobre Tarteso adaptadas al público infantil, unos 13 libros. Nos centramos en localizar, documentar, comentar, analizar y realizar críticas constructivas individuales de estos libros. Para ello, se ha realizado una serie de fichas técnicas donde hemos creado campos específicos para poder analizar detalladamente cada publicación recogida en los anexos del presente trabajo. Se pueden consultar de manera detallada en el QR que acompaña al final de este artículo.

Además, veremos cómo la visión del post colonialismo y el imperialismo del siglo XX han calado y extrapolado su visión antisemita a la explicación del mundo fenicio y su relación con las personas autóctonas del sur peninsular, creando lo que conocemos por Tarteso. Pudimos conseguir la totalidad de las publicaciones y dividir las en bloques para analizarlas mejor:

Obras fantásticas cuyo eje principal de la trama es Tarteso. En esta categoría encontramos las obras: *Tartesos*, *La Ruta del Est año*, *La Espada de Crisaor*, *Odisea en Iberia*, *El Pasado Atlante*, *La Corona Tartesia*, *Hércules en Tartessos y el Secreto de Tarteso*. *El hombre de la plata en las fronteras de Tartessos*. Todas estas obras tienen en común la fantasía histórica. Pese a ello, cada una de ellas aporta una serie de matices distintivos que dan personalidad, ingenio y atractivo para conseguir engatusar al joven lector y transportarlo a un mundo fantástico lleno de aventuras por descubrir. Estas obras están vinculadas intrínsecamente con el mito de Tarteso. Por ello, los autores han tenido que realizar un estudio previo del tema, junto con ciertos conocimientos generales histórico-arqueológicos de la Protohistoria de Europa y de la Península Ibérica para decidir cómo y de qué manera explicar este mundo en su contexto. El problema de estas obras es que de manera subliminal o directa se hace hincapié en el antisemitismo. Los fenicios son “de lo peor”, los griegos son “buenos amigos” y los tartesios un pueblo “idealizado y pacifista” que necesita

ayuda de los griegos para combatir el “mal” que traen los fenicios (Wulff 2003: 228-243). Además, están llenos de tópicos historiográficos y geográficos referentes a Andalucía en su mayoría y a otras regiones de la Península Ibérica. Todo ello englobado en ese halo de leyenda donde todo es blanco o negro y el lector se tiene que posicionar en un bando u otro (Alonso 2003).

Obras didácticas editadas por museos e instituciones culturales que incorporan el tema de Tarteso. En esta categoría encontramos las obras: *Un paseo por el Museo de la Ciudad, Misión: Lucero de Europa y Jorge Bonsor el arqueólogo que vivió en el Castillo de Mairena*. Estas obras tienen en común que han sido patrocinadas y creadas desde una institución cultural. Por tanto, tienen un alto rigor histórico-arqueológico. Sin embargo, no tienen tanto alcance como pueden tener otras obras. Las dos primeras obras están enfocadas al municipio de Carmona y resalta su Patrimonio. Sus discursos transmiten la vinculación del pasado como signo identitario propio del lector, la preservación y cuidado de los vestigios del pasado, la importancia de los museos y la convivencia mediante la tolerancia de todas las culturas que han pasado por el municipio y han dejado su huella para crear la sociedad actual de Carmona. La tercera obra es la más reciente publicación con vinculación a Tarteso. También promueve los mismos valores que los cómics de Carmona, pero en este caso dirigidos a la sociedad de Mairena del Alcor, Sevilla. En esta obra ensalza, edulcora y simplifica la historia de Jorge Bonsor y sus estudios. Es un cómic corto y ameno, pero desde nuestro punto de vista, no vemos una buena adaptación didáctica para con el colectivo infantil y juvenil. Se debe a que una persona que no tenga ninguna constancia de Bonsor o de Tarteso, no va a mostrar interés por este cómic, dado a que la manera en la que se transmite la historia es lineal y plana, como si estuviésemos viendo los sucesos a través de una ventana y no viviéndolos junto con el personaje. Obliga a tener un conocimiento previo del personaje y el fenómeno que se describe en el cómic.

Obras de carácter académico subvencionadas y supervisadas por personal cualificado. En esta categoría encontramos la obra: *Historia de Tarteso para niños ¿Qué hace diferente este cuento del resto?* A simple vista se nota claramente que el rigor histórico-arqueológico es más estricto que el resto de las publicaciones. Se debe a la supervisión del arqueólogo Juan M. Campos, Catedrático de Arqueología de la Universidad de Huelva, quien ayudó a la autora (Lucía Vallengano) en el estudio previo y seguimiento de la creación de la historia. Como se ha comentado en el apartado de metodología, hemos podido analizar esta obra gracias a una entrevista de la autora. Hasta la fecha, este cuento es el que mejor ha recopilado la historia de Tarteso hacia el colectivo infantil de una manera científica, amena y eludiendo de una vez por todas el mito y la leyenda que lleva arrastrando Tarteso en el colectivo social del sur peninsular. Es cierto que contiene una gran cantidad de texto, pero no es un problema estrictamente negativo. El cuento funciona a base de preguntas y respuestas sobre el mundo de Tarteso y vinculándolo en algunos casos con ejemplos actuales, para que las niñas y niños comprendan mejor los conceptos a tratar. La única pega que podemos sacar de este libro infantil es que se centra exclusivamente en el núcleo protohistórico de Huelva. No hace mención del resto de territorios que ocupó la influencia de Tarteso. Entendemos que, al tener pocas páginas, es complicado desarrollar ciertos temas. Sin embargo, no hubiera estado de más incorporar un mapa para entender Tarteso a nivel geográfico y posteriormente centrarse en Huelva (Almanza 2011: 335-352). Esto no quita que el libro realice una buena labor en inculcar, a través de la historia, el sentimiento identitario necesario para la preservación, conservación y puesta en valor del Patrimonio Histórico-Arqueológico de la provincia de Huelva, así como también valores de integración, colaboración, amistad y tolerancia. La visión de “los otros” en este caso es positiva. No se utiliza la imagen de los fenicios para indicar que son los villanos de la historia, sino todo lo contrario, gracias a la mezcla cultural que hubo, Tarteso se convirtió en lo que hoy conocemos. Es un cuento que ha tenido un gran alcance en toda la provincia de Huelva, dado a que se encuentra en todas las Bibliotecas municipales, colegios, etc.

9. EL PROYECTO POBLADO TARTÉSICO (HUELVA)

Hemos seleccionado el Poblado Tartésico de Gibraleón, para poder ver cómo desde una asociación lúdica se transmite el conocimiento del mundo tartésico. Su creador, José Antonio Bohórquez, nos ha proporcionado información general sobre este proyecto y la disposición de consultar su blog y página web oficial. El proyecto Poblado Tartésico nació del Trabajo Fin de Máster de José Antonio Bohórquez en 2016, tras haber realizado el curso de Experto universitario en Dirección y Administración de Entidades sin ánimo de lucro en la escuela de negocios de la Fundación Cajasol. El éxito de este proyecto se debe principalmente al gran equipo de personas que directa o indirectamente prestan sus servicios voluntarios y profesionales a esta innovadora iniciativa. Los objetivos principales que persigue este proyecto van desde la inclusión social de las personas con discapacidad intelectual hasta la divulgación de las raíces culturales de la Huelva tartésica y el acceso al Patrimonio mediante la cultura. Además del aprendizaje significativo, la Educación, la Arqueología, la Cultura y el Patrimonio, junto a la importancia de los recursos naturales en el final de la Edad del Bronce y en nuestra sociedad actual. Con este ejemplo vemos la importancia de tener un público infantil activo en arqueología. A través de una experiencia, los más pequeños aprenden de su pasado y presente (Guillé 2015: 239-254).

10. EL PROYECTO CONSTRUYENDO TARTESO

Este Proyecto de la Agencia Estatal de Investigación dentro del Plan Estatal I+D+i del Ministerio de Ciencia e Innovación es lo más reciente en innovación, estudio, difusión y divulgación sobre Tarteso. Se nos sale de nuestra área de estudio, pero es importante mencionarlo dado a que es el primer I+D+I enfocado exclusivamente a todo lo relacionado con Tarteso en Extremadura. Único en la Península Ibérica.

Su objetivo principal es “caracterizar la cultura material tartésica a través del análisis arquitectónico de los grandes edificios de adobe excavados en las últimas décadas. Hasta la fecha, los trabajos relacionados con la arquitectura tartésica se han centrado en el análisis de las plantas de los edificios y en el ensayo de algunas interpretaciones acerca de su posible función, pero carecen de un estudio del modelo arquitectónico. Nuestro objetivo es introducir el concepto de arquitectura como elemento integrado en el territorio, a la vez que consideramos fundamental el análisis de la percepción que la sociedad de la época tuvo de esa arquitectura y de cómo pudo impactar en la mentalidad social”². Uno de los objetivos que tienen está vinculado a todo el tema de la divulgación de Tarteso que hemos estado desarrollando a lo largo del presente artículo. Se trata de crear identidad colectiva entre las comunidades con su pasado, poner en valor su Patrimonio Histórico-Arqueológico, realizar charlas, conferencias, talleres, etc. Todo para crear ese vínculo tan importante que ya tenemos en otras zonas como Camas y Carmona, Sevilla. Pero con mayor presupuesto y financiación, además de una infraestructura científica y de apoyo al desarrollo y evolución de este fantástico proyecto.

11. DISCUSIÓN

Unos de los métodos que cuestionamos, pero de manera favorable, es el denominado “método por proyectos”. Ha estado constantemente renovándose y en la actualidad es uno de los más interactivos y eficaces con grandes beneficios a la hora de enfocar Tarteso a los más pequeños dentro de las aulas de los

² Información extraída de la web <https://www.construyendotarteso.com/> [27/04/2022]

centros de Educación Primaria. Este modo de trabajo entre alumnos, profesorado y objeto de estudio fomenta la resolución de problemas planteados en los ejercicios por parte del alumnado de manera individual o colectiva. Esto lo hemos podido comprobar en el proyecto *El Enigma de Tartessos* propulsado por el colegio C.E.I.P. Maestro Juan Díaz Hachero en Cartaya, Huelva. Gracias a estos tipos de proyectos se promueve el desarrollo de determinadas habilidades y conocimientos, implicando el contacto directo con el objeto de estudio. Los estudiantes consiguen ver el proceso de trabajo en equipo y de forma colectiva. De este modo, pueden observar los resultados que consiguen con el esfuerzo invertido y enfocado al conocimiento histórico, en este caso Tarteso o, por ejemplo, tener un conocimiento básico de cómo es trabajar en un equipo multidisciplinario aplicado a la Arqueología (Martínez y Casanova 2016: 256).

Un punto muy cuestionable es la necesidad de humanizar la historia (en nuestro caso particular Tarteso). Gracias a esta humanización de los conocimientos que albergamos de las sociedades pasadas podremos establecer un vínculo entre los estudiantes y la historia de la humanidad. Si se realiza de manera correcta, el colectivo infantil empatizará con su “yo” interior y con “los otros”. Como comunidad científica, debemos compartir nuestros conocimientos sobre Tarteso a partir de una conciencia global, generando la ruptura de la historiografía tradicional y la visión de un Tarteso mítico y legendario. Pero lo más importante es investigar, crear y desarrollar alternativas para inculcar a los más pequeños la importancia de conservar nuestro pasado para poder entender nuestro presente (Massip y Pagès 2016: 447-448).

Otro aspecto a destacar es, sin duda, el sello de identidad y la autenticidad de nuestra Historia y cómo hemos ido moldeándola a nuestro antojo para contar y transmitir una serie de valores e ideales políticos de acuerdo a un momento concreto de nuestra Historia reciente. Un ejemplo claro es cómo la visión colonial aplicada en este caso al mundo fenicio se ha transmitido desde la óptica del imperialismo del siglo XX o, también, cómo el andalucismo ha hecho mella en la transmisión de los conocimientos históricos de su territorio. Esto lo podemos observar claramente en el libro *Las Esencias Patrias* (2003) escrito por F. Wulff Alonso. El autor nos hace ver la necesidad de desprendernos de las connotaciones racistas, políticas autonomistas y “nacionalismos de buen rollo” que asolan nuestro país y han manejado los hechos históricos a su antojo para contar y hacer enraizar pensamientos antisemíticos y fomentar el odio subliminal y directo hacia “los otros”. Por ello, debemos cambiar esto realizando un gran esfuerzo por desligar estas connotaciones de los discursos históricos y así poder transmitir una información clara, concisa y real de lo que fuimos, somos y seremos, sumando a su vez la concienciación de la preservación de nuestro Patrimonio Histórico-Arqueológico y Artístico. Es un proceso complicado por la vinculación política que hoy sigue perviviendo en estos pensamientos tan arraigados en nuestro subconsciente, pero poco a poco vamos viendo la luz al final del túnel y nos vamos dando cuenta de que cada granito de arena que sumamos se va convirtiendo en algo más grande y va englobando cada vez más a nuestra sociedad, y en especial a los más pequeños. Pese a ello, se debe de tener un especial cuidado en la transmisión de la información hacia el colectivo infantil, ya que es el sector de la población más vulnerable y con mayor capacidad de absorción de conceptos, ideas, etc. (véase en general a Wulff 2003).

En lo referente al canal informal, concretamente en el ámbito de la literatura infantil, es importante tener en cuenta que los conocimientos que se plasman en estas obras son primordiales para el acercamiento de Tarteso al colectivo infantil y juvenil. A su vez, pueden generar un cambio de visión de los lectores sobre qué es Tarteso. ¿Por qué sucede esto? Pese a que el lector tiene un bagaje cultural y alberga imágenes vinculadas al mito que ha arraigado profundamente en el subconsciente y en la propia estructura social en el que ha crecido y vivido relacionadas casi en su totalidad con el discurso histórico-cultural y el populismo legendario que asola Tarteso, el cómic, las novelas gráficas, los cuentos, etc. tienen la capacidad de modificar este imaginario creado por la tradición cultural, debido al atractivo que despierta en la mente de los más pequeños. Las obras literarias se convierten en senderos para unir el pasado y la realidad actual. Por tanto, el canal informal y la literatura infantil pueden ayudar al colectivo científico y docente a frenar la

retroalimentación que perdura en nuestro subconsciente, producidas por los convencionalismos y tópicos culturales que nos hayan inculcado desde pequeños (Jorge y Becerra 2016: 42).

12. CONCLUSIONES

Tras el estudio exhaustivo de toda la información plasmada en estas páginas y su posterior discusión, hemos sacado una serie de conclusiones que nos ayudarán a mejorar la difusión de Tarteso al colectivo infantil, además de poder realizar una crítica constructiva sobre los errores que se han cometido y posibles soluciones que contribuirán a dar un paso más allá para poder transmitir mejor los conocimientos, ideas, cuestiones y reflexiones a los más pequeños.

En general, hemos comprobado la existencia de variaciones en la formación sobre Tarteso que se transmite al colectivo infantil, dependiendo de los diferentes canales educativos analizados.

En lo referente al canal informal, perdura la visión mítica y ortodoxa de Tarteso. Pese a ello, el concepto ha evolucionado para generar una sensibilización hacia la cultura material del pasado de una región, ciudad, etc. por parte de sus habitantes, con el fin de que estos valoren su Patrimonio Histórico-Arqueológico.

Hemos detectado que de manera directa no se usan los discursos esencialistas, antisemitas y nacionalistas como sucedía en el siglo XX, pero los seguimos identificando de manera subliminal, visual y encubierta en las herramientas didácticas que usan los canales educativos, lo que supone un importante lastre en la transmisión y comprensión de procesos sociales y culturales que se produjeron en el seno de lo que conocemos como cultura tartésica, su riqueza y complejidad. Vemos un discurso divulgativo arraigado a la superioridad de Huelva como núcleo tartésico. Sin embargo, hemos observado una evolución positiva en las nuevas publicaciones especializadas en la literatura infantil que abogan por romper el discurso tradicional y optan por la Didáctica de la Arqueología para una buena difusión de la Historia.

En todos los canales existen conceptos básicos para la creación de identidad individual y colectiva dentro del colectivo infantil.

Se debe de realizar una actualización urgente en los discursos divulgativos sobre Tarteso impartidos en el canal formal, así como también una revisión del material didáctico puesto a disposición para los centros educativos.

De manera general, hemos podido comprobar que en todos los canales educativos se intenta explicar la visión de “los otros” a través del “yo” para inculcar valores de tolerancia, respeto, convivencia, etc. y no caer en la xenofobia, el racismo y los discursos antisemiticos.

Sin embargo, también hemos podido asegurar que en algunos soportes didácticos persisten connotaciones xenófobas y racistas de manera subliminal vinculados a elementos sociales. Además, los autores o creadores de estos contenidos didácticos no son conscientes de estar utilizando estos valores negativos, debido a que se encuentran arraigados en el subconsciente tradicional colectivo.

Conforme íbamos documentándonos en la didáctica de la Enseñanza Primaria y en educación de las Ciencias Sociales nos hemos dado cuenta de que hace falta una formación específica en Didáctica de la Arqueología, Didáctica del Patrimonio, Didáctica de las Ciencias Sociales, etc. por parte del colectivo científico para poder ayudar a mejorar la impartición de Tarteso en los diferentes canales educativos y conseguir avanzar, reinventar y desarrollar nuevos métodos de enseñanza adaptadas al público infantil.

Tras realizar el análisis del proyecto educativo titulado El Enigma de Tartessos impartido en el colegio C.E.I.P. Maestro Juan Díaz Hachero en Cartaya (Huelva), creemos que la metodología por proyectos es una herramienta primordial para poder acercar Tarteso al colectivo infantil desde las aulas, siempre y cuando se desarrolle a través de un equipo multidisciplinario comprendido por docentes, personal cualificado, investigadores formados en Didáctica de las Ciencias Sociales, Didáctica de la Arqueología y Educación Patrimonial.

Por último, creemos conveniente que se realice una revisión de contenidos de los cuadernos del Gabinete Pedagógico de Bellas Artes de Sevilla y Huelva para mejorar, corregir y adaptar la información sobre Tarteso y descartar contenidos desfasados. En especial nos referimos a los cuadernillos enfocados a la Enseñanza Obligatoria de Primer y Segundo ciclo.

Concluyendo, utilizamos las ideas innovadoras de Natividad Arias Contreras, para realizar la siguiente reflexión: el colectivo científico relacionado con el estudio de Tarteso no está (o estamos) familiarizado ni especializado en la transmisión de los conocimientos adquiridos académicamente al público infantil. A la hora de enseñar a los más pequeños, Tarteso, son (o somos) los agentes más indicados para ello, y debemos revertir esta situación. Se deben de apoyar iniciativas de difusión y didáctica en nuestro campo de estudio, así como también formarnos en educación de las Ciencias Sociales. De este modo podremos ayudar a los educadores y docentes dentro del canal formal. Poco a poco va cambiando esta perspectiva y algunos investigadores, ante la “crisis” que lleva afectando a la Arqueología profesional desde hace algunas décadas y las necesidades detectadas en el campo de la didáctica, deciden potenciar esta línea formativa desde el propio ámbito académico. Mientras tanto, debemos ser un soporte de ayuda para los docentes, dado que ellos son los que deben de inculcar desde la Educación Primaria, en el que los alumnos y alumnas se construyan, deconstruyan y cambien la imagen que tienen del “otro” desde el punto de vista de uno mismo y de la sociedad. Para poder desarrollar esta gran labor, las personas deben (o debemos) saber utilizar los recursos y herramientas de la Didáctica de las Ciencias Sociales para poder realizar un trabajo satisfactorio y perdurable en la explicación del Patrimonio Histórico-Arqueológico y conseguir calar en la mente de los más pequeños (Arias 2016: 106).



Fig. 1. QR para ampliar contenido.

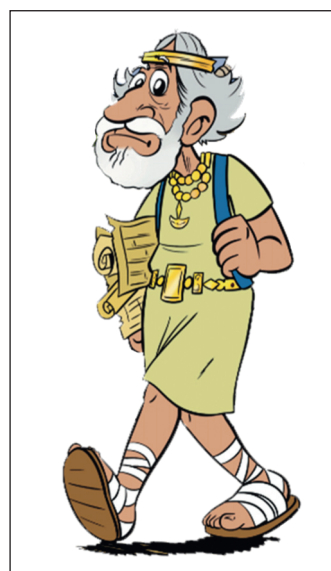


Fig. 2. Argantonio va al Cole. Ilustración original del artista Álvaro José Vergara Miranda.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMANZA FERNÁNDEZ, M. 2011: “La enseñanza de la Historia Antigua en el nacionalismo actual de Andalucía”, *El Futuro del Pasado*, 2: 335-352.
- ALONSO FERNANDO, W. 2003: *Las esencias patrias: historiografía e historia antigua en la construcción de la identidad española (siglos XVI-XX)*, Barcelona.
- ALONSO FERNANDO, W. 2013: “Para pensar Tarteso. De Argantonio a Alcorrín.”, en Bandera Romero, M^a. L. de la y Ferrer Albelda, E. (eds.), *El Carambolo. 50 años de un tesoro*, Sevilla: 343-255.
- ÁLVAREZ-MARTÍ AGUILAR, M. 2005: *Tarteso. La construcción de un mito en la historiografía española*, Málaga.
- ARIAS CONTRERAS, N. 2016: “El reflejo de medusa. El “otro” y el “yo”: el Patrimonio artístico como herramienta didáctica de las Ciencias Sociales”, en García Ruiz, C., Arroyo Doreste, A. y Andreu Mediero, B. (eds.), *Deconstruir la alteridad desde la Didáctica de las Ciencias Sociales: educar para una ciencia global*, Las Palmas: 106-115.
- BARRAGÁN GARCÍA, C. 2020: *Argantonio va al cole: discurso identitario y tópicos historiográficos en la divulgación de Tarteso hacia el público infantil*, Trabajo Fin de Grado Inédito, Sevilla.
- CARDONA GÓMEZ, G. 2015: “PERO... ¿DE VERDAD ESTO ES IMPORTANTE? La Didáctica de la Arqueología desde la academia y la investigación”, *La Linde*, 4: 83-100.
- CARDONA GÓMEZ, G. 2017: “Comprender el pasado para construir el futuro. La necesidad de una didáctica de la arqueología para todos los públicos”, *Otras arqueologías*, 2: 285-311.
- CUENCA LÓPEZ, J. M. 2013: “El papel del Patrimonio en los centros educativos: hacia la socialización patrimonial”, *Tejuelo*, 19: 76-96.
- GONZÁLEZ-CAMPOS BAEZA, M. Y. 2017: *El objeto a la sociedad. Visiones heterodoxas del Patrimonio Arqueológico y sus posibilidades de musealización*, Tesis Doctoral, Universidad de Sevilla, Sevilla.
- GUILLÉ DÍAZ, M. 2015: “La infancia como público activo de la Arqueología”, *ArqueoWeb*, 16: 239-254.
- IGUÁCEL DE LA CRUZ, P. 2008: “Tartessos: el mito en lenguaje de cómic”, en Castillo, M^a. J., Knippschild, S., García Morcillo, M. y Herreros, C. (eds.), *Congreso Internacional Imagines, La Antigüedad en las Artes escénicas y visuales*, Logroño: 645-658.
- JORGE GODOY, S. Y BECERRA ROMERO, D. 2016: “La percepción del otro a través de la novela y el cómic histórico en alumnos de 2º de bachillerato: el aprendizaje, como una experiencia didáctica, desde el punto de vista del docente”, en García Ruiz, C., Arroyo Doreste, A. y Andreu Mediero, B. (eds.), *Deconstruir la alteridad desde la Didáctica de las Ciencias Sociales: educar para una ciencia global*, Las Palmas: 35-42.
- MARTINEZ BELANDO, M. I. Y CASANOVA ALFONSEA, E. 2016: “El sentido identitario en educación infantil: evaluación de una propuesta didáctica”, en García Ruiz, C., Arroyo Doreste, A. y Andreu Mediero, B. (eds.), *Deconstruir la alteridad desde la Didáctica de las Ciencias Sociales: educar para una ciencia global*, Las Palmas: 255-263.
- MASSIP SABATER, M. Y PAGÈS BLANCH, J. 2016: “Humanos frente a humanos. La necesidad de humanizar la historia escolar”, en García Ruiz, C., Arroyo Doreste, A. y Andreu Mediero, B. (eds.), *Deconstruir la alteridad desde la Didáctica de las Ciencias Sociales: educar para una ciencia global*, Las Palmas: 447-457.

PERCEPCIÓN, APROPIACIÓN SOCIAL Y CONSTRUCCIÓN DEL IMAGINARIO COLECTIVO EN TORNO AL PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO: TARTESO COMO MARCA

YOLANDA GONZÁLEZ-CAMPOS BAEZA*, DAVID VILLALÓN TORRES**

RESUMEN

Incorporar nuevas lecturas que incluyan la percepción social del patrimonio y la apropiación de sus significados por parte de la ciudadanía, proporcionará nuevos valores culturales al patrimonio, estos deberán integrarse en la definición de las actuaciones incluidas en los diferentes proyectos de divulgación del patrimonio.

Reconocer, identificar e introducir en los discursos museográficos o en los proyectos de interpretación patrimonial estas nuevas visiones del patrimonio arqueológico, permitirá incorporar la participación ciudadana en los procesos de elaboración de los mismos, además de ampliar nuestra visión hacia nuevas formas de entender el mismo. En este caso, examinaremos los elementos que han conformado el imaginario colectivo sobre Tarteso, para determinar su percepción positiva y su uso, y describir nuevas formas de apropiación de los bienes patrimoniales que deberán considerarse en el desarrollo de futuros proyectos patrimoniales.

PALABRAS CLAVE

Conservación, Difusión, Ciudadanía, Arqueología, Musealización, Interpretación.

ABSTRACT

Incorporating new readings that include the social perception of heritage and the appropriation of its meanings by citizens will provide new cultural values to heritage, which should be integrated into the definition of the actions included in the different heritage dissemination projects.

Recognising, identifying and introducing these new visions of archaeological heritage in museographic discourses or heritage interpretation projects will allow us to incorporate citizen participation in the process of developing them, as well as broadening our vision towards new ways

* Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico, Sevilla. yolanda.g.baeza@juntadeandalucia.es

** Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico, Sevilla.

of understanding it. In this case, we will examine the elements that have shaped the collective imagination about Tarteso, in order to determine its positive perception and use, and to describe new forms of appropriation of heritage assets that should be considered in the development of future heritage projects.

KEY WORDS

Conservation, Dissemination, Citizenship, Archaeology, Musealisation, Interpretation.

1. INTRODUCCIÓN

Durante el proceso de elaboración de la tesis doctoral de una de las autoras se abrieron nuevas líneas de investigación que nos van a permitir iniciar diferentes trabajos relacionados con la percepción social del patrimonio y la apropiación de sus significados por parte de la ciudadanía. Estas nuevas lecturas proporcionarán nuevos valores al patrimonio, y se incorporarán en la definición de las actuaciones incluidas en los diferentes proyectos de divulgación del patrimonio. Bajo este prisma, el patrimonio no debe ser ese país extranjero al que se recurre para ahondar en la diferencia entre pasado y presente (Lowenthal 1998), sino que debe servir para profundizar en la capacidad que nos otorga para comprender y establecer un diálogo crítico con el presente que se vive y nos afecta.

Para que esto suceda, se tiene que iniciar un proceso de conocimiento de los valores patrimoniales por parte de la sociedad, que produzca una asimilación de los mismos y se interpreten como parte de su propia identidad, y, por lo tanto, sea necesaria su conservación. Apoyándonos en la premisa de “se conserva lo que se conoce” tantas veces manifestada por diversos autores (Fig. 1).



Fig. 1. Actividad “Museo oculto” desarrollada en Museo de Huelva.

Reconocer, identificar e introducir en los discursos museográficos o en los proyectos de interpretación patrimonial estas nuevas visiones del patrimonio arqueológico, permitirá incorporar la participación ciudadana en los procesos de elaboración de los mismos, además de ampliar nuestra visión hacia nuevas formas de entender el mismo.

A lo largo de este artículo se expondrá cómo se ha incorporado esta metodología de trabajo a través de la cual nos proponemos identificar cómo se ha producido la conformación del imaginario colectivo sobre Tarteso. A partir de aquí, reconocer la percepción positiva del término y su uso, para finalizar identificando nuevas formas de apropiación de los bienes patrimoniales que deberán considerarse en el desarrollo de futuros proyectos patrimoniales.

2. PLANTEAMIENTOS DE PARTIDA

La investigación de partida pretendía definir las directrices que debían considerarse en la elaboración de una propuesta de musealización del patrimonio arqueológico de época tartesia en Huelva (González-Campos Baeza 2017), estructurada en torno a dos pilares básicos de conocimiento; por un lado, la investigación arqueológica de Tarteso y sus referentes en Huelva, y, por otro lado, el conocimiento que la sociedad tiene de este momento de la protohistoria y, cómo lo interpreta (Fig. 2).

Con este planteamiento y desde una posición en la que patrimonio arqueológico se concibe como un objeto poliédrico que debe analizarse desde múltiples visiones, conocer el modo en el que la sociedad con la que convive interioriza su patrimonio más cercano, debía formar parte de los objetivos del estudio.



Fig. 2. Esquema conceptual de la tesis doctoral (González-Campos Baeza 2017:20).

Por esta razón, y entendiendo que la implicación de la ciudadanía es indispensable para la conservación del patrimonio, se ha considerado que no es suficiente conocer la disciplina, los mecanismos y los formatos de divulgación, sino que hay que preocuparse por averiguar las ideas, expectativas, deseos y preferencias de las distintas audiencias, no para satisfacerlos servilmente sino para construir potentes mensajes arqueológicos que se apoyen en ellos (Ruiz Zapatero 2012).

Conocer el patrimonio histórico es un derecho fundamental de los ciudadanos, lo que ha propiciado la orientación de las políticas culturales hacia la búsqueda de cauces de participación ciudadana en las actividades de tutela, utilizando estrategias e iniciativas a distintos niveles sociales y territoriales. Todo ello por y para los ciudadanos, pero sin los ciudadanos, pues rara vez se han puesto en marcha métodos empíricos que permitan evaluar el significado, alcance y dimensiones de este derecho (Castillo Ruiz 2012). Esta reflexión invita a plantear la necesidad de romper estas dinámicas desde el inicio en la elaboración de cualquier propuesta de difusión de los valores patrimoniales (Fig. 3).



Fig. 3. Acción reivindicativa del patrimonio arqueológico en la necrópolis de La Joya. Huelva (Fuente: Huelva te mira).

Ruiz Zapatero define la arqueología como “el estudio de la gente del pasado a través de los restos materiales para generar conocimiento histórico para la gente del presente, entendiendo que es preciso conocer mejor a nuestros públicos y sus percepciones.” (Ruiz Zapatero 2012: 65), para ello propone realizar una radiografía de cómo las audiencias entienden la arqueología reconociendo su percepción del pasado y su acercamiento a través de diversos foros (web, etc.) (Ruiz Zapatero 2012). Apoyándonos en este discurso, se consideró que la inclusión de la percepción social debía ser uno de los ejes estructurales que conforman cualquier actuación de valoración del patrimonio arqueológico.

La construcción del patrimonio como un objeto social es un proceso complejo que afecta tanto a los objetos como a los sujetos (Alonso González 2015:34). Por lo tanto, la interpretación del patrimonio arqueológico como objeto de estudio poliédrico caracterizado por las visiones heterodoxas que conforman su análisis, debe ofrecer una mirada holística en la que confluyen su carácter empírico y los valores propios

de un espacio antropizado en el que se han tejido una serie de relaciones físicas, económicas, identitarias, etc, entre el territorio y la sociedad que lo habita. De esta manera el patrimonio arqueológico se reconoce como elemento histórico, constitutivo del paisaje urbano cotidiano que conforma la ciudad de Huelva, y como componente del imaginario colectivo (González-Campos Baeza 2021).

Su investigación debe incluir los diversos aspectos señalados porque “los arqueólogos saben que los objetos tienen su propia biografía” (Ballart Hernández, 2012:100). Transmitir este conocimiento en su complejidad, de forma inteligible para la sociedad y valorarlo como parte de su identidad obliga a reconocer cómo se producen estas relaciones, mostrarlas de manera estructurada y asequible para la ciudadanía, e integrarlas en el discurso interpretativo. Siendo este uno de los objetivos principales para la musealización del patrimonio arqueológico tartesio onubense.

3. IDENTIFICACIÓN DEL IMAGINARIO COLECTIVO

Los planteamientos argumentales expuestos y el conocimiento de experiencias de investigación en las que el patrimonio cultural se entiende como un fenómeno social, entendido como realidad que aúna materialidad e inmaterialidad en un proceso histórico, social y valorativo (Barreiro 2015), han contribuido en el diseño de una metodología de trabajo que refleje la multivocalidad de Tarteso.

Una de sus facetas debería determinar el proceso de conformación de Tarteso en el imaginario colectivo. Registrar las respuestas ofrecidas a diferentes preguntas que muestran cómo se concibe, qué pensamiento genera; si el debate científico ha llegado a la sociedad, o si ha habido mayor permeabilidad en unos aspectos u otros, etc., posibilitará aproximarnos a la caracterización social de este momento de la protohistoria y a identificar los elementos que lo singularizan. En definitiva, a reconocer cómo se interpreta.

De esta forma, y una vez que se ha reconocido la imagen que se ha proyectado, se podrá explicar cómo la sociedad ha construido su propia historia, lo cual permitirá incluirlo en el discurso museológico, de tal forma que se incorpore como un valor cultural del patrimonio arqueológico tartesio.

Para ello, debíamos de establecer una metodología de trabajo que nos permitiera identificar la procedencia, o al menos intuir, de determinadas ideas que se han asentado en la sociedad. Así el proceso establecido se organizaba en torno a la identificación de la evolución científica sobre Tarteso; el registro de los mecanismos de transmisión del conocimiento y la interpretación social del mismo.

3.1. EVOLUCIÓN CIENTÍFICA

El análisis de la evolución de la investigación científica de Tarteso y el reconocimiento de lo que se ha transmitido, permiten distinguir los aspectos proyectados en una imagen colectiva que, a partir de esta información, se ha creado. Su conformación se ha realizado en base a las interconexiones que se han establecido entre las distintas partes, describir estas relaciones posibilitará reconocer cómo la sociedad ha interiorizado y ha reinterpretado la información trasladada con la que ha creado la imagen mítica de Tarteso.

Los estudios sobre la historiografía arqueológica tartesia (Alvarez Martí-Aguilar 2005; 2013) han confirmado como desde mediados del siglo XX en el mundo científico se establecieron una serie de axiomas historiográficos que sustentaron, conceptualmente, el fenómeno arqueológico de Tarteso como un

castillo de naipes que ha sostenido el tránsito del Bronce Final a la Primera Edad del Hierro en el suroeste de Andalucía (Casado Ariza 2015:23). Esta configuración ha propiciado que algunos de los aspectos más alejados de la investigación hayan pervivido en el tiempo.

3.2. TRANSMISIÓN DE CONOCIMIENTO

Examinar el discurso científico generado en torno al estudio de Tarteso permite reconocer la evolución de las hipótesis generadas por los especialistas, comprender cómo se ha producido esta transformación permitirá reconocer los cambios producidos en la transmisión del conocimiento a través de los canales de comunicación no científica.

Se han seleccionado como canales o vías de divulgación de los estudios arqueológicos: la literatura pseudohistórica, como forma de traducir y facilitar al público no experto los saberes de los investigadores; las exposiciones, que ofrecen un resumen y concentran la explicación de los avances científicos de una forma asequible a la sociedad (Fig. 4); la exhibición en los museos de los materiales tartésicos, que a través de los objetos informan sobre las sociedades que los utilizaron, y, los libros de texto de los escolares, entendiendo la educación, como principal, y siempre esencial, transmisor del conocimiento desde la infancia hasta la adolescencia.



Fig. 4. Exposición In Finibus Tartessorum.

Este primer nivel de aproximación permitirá evaluar hasta qué punto los resultados de las investigaciones han traspasado las fronteras de los círculos científicos, y mostrará el conocimiento de Tarteso que posee la sociedad. Discernir los aspectos en los que se ha puesto más énfasis facilitará el diseño de las propuestas de difusión o de las actuaciones encaminadas a la valorización de este patrimonio, respecto a aquellas facetas que deban ser redefinidas o mostradas por permanecer ocultas, o reformadas por partir de planteamientos erróneos (Fig. 5).

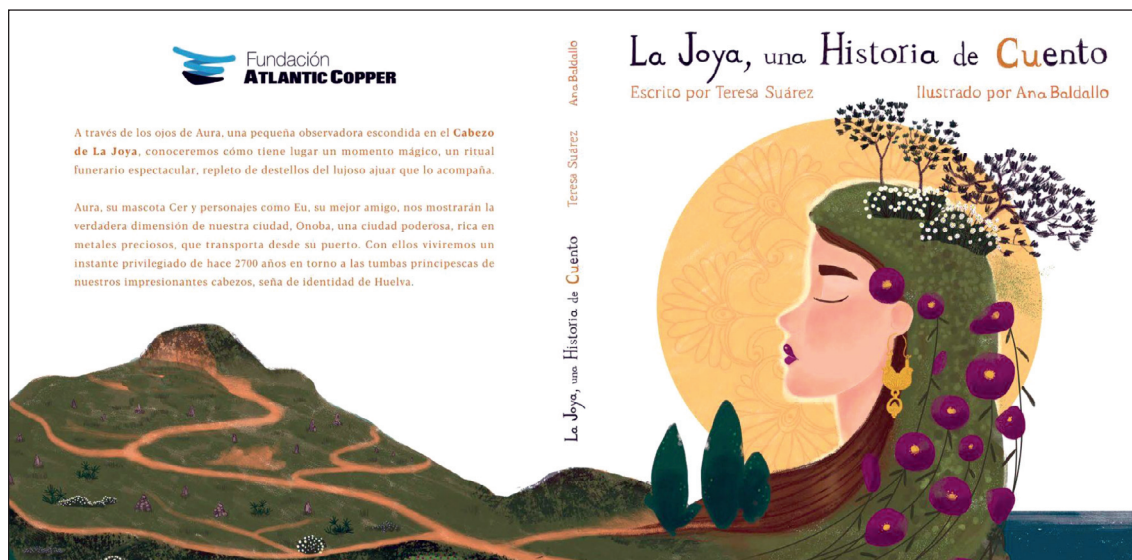


Fig. 5. Portada del cuento sobre la necrópolis de La Joya publicado en 2020.
(Fuente: <https://www.diariodehuelva.es/2020/04/23>).

3.3. INTERPRETACIÓN SOCIAL DE TARTESO

Si se entiende que el patrimonio es una herencia social construida, no fija, que se reconstruye en privado, en común y en el tiempo, existiendo una continua reinterpretación de nuestra memoria, dentro de un determinado marco histórico, social y cultural que conforma la sociedad (Sanjuán Ballano 2007), y siendo conscientes que en el momento actual son los medios de comunicación de masas los que determinan nuestra realidad, configurando nuestra visión del mundo, pues aunque no digan que debemos sentir o pensar de nuestro patrimonio, sí que actúan como mediadores en esta construcción; analizarlos es necesario para conocer la conformación del imaginario colectivo.

Esta premisa exigía incluir en el análisis la forma en la que los medios de comunicación muestran Tarteso, qué aspectos destacan, cuál es la idea o ideas que transmiten, con qué lo relacionan, dónde lo ubican, etc., pues son ellos los que intervienen directamente en la conformación de nuestras ideas sobre el patrimonio.

El análisis de la prensa escrita, los documentales o la información contenida en los blogs alojados en internet, muestran cómo en general la sociedad interpreta Tarteso en aquellos aspectos que le son más placenteros, en las que se reconoce el orgullo y el prestigio de pertenecer a una civilización única en la Península Ibérica, llegando incluso a la exaltación de estos aspectos para defender ideas políticas independentistas. Además se ha observado que existen reticencias a admitir los avances de la investigación si esto supone aceptar estereotipos que tradicionalmente tienen una connotación negativa, como puede ser reconocer el origen fenicio de Spal con la carga negativa a la que se asocia el término fenicio. El pasado histórico se ha idealizado aunque no se apoye en datos empíricos.

En general, se ha constatado que aún predomina una imagen de Tarteso más cercana al mito que a la realidad, relacionada con un momento glorioso del pasado andaluz. Noticias que informen sobre diferentes facetas del funcionamiento de estas sociedades tartésicas, son muy escasas e insignificantes, en el cómputo total de las registradas, y poco instructivas pues mantienen una imagen fantástica sin base científica. No obstante, se ha observado que la Arqueología interesa y que cada vez con mayor frecuencia los avances científicos van apareciendo en prensa y documentales.

Otra manera de reconocer cómo se concibe socialmente este momento es a través de la literatura publicada cuyo ámbito de acción o marco general en el que se desarrolla la trama está vinculado con Tarteso. Este aspecto es interesante pues es un reflejo claro de cómo se entrelazan elementos históricos y simbólicos con la imaginación de los diferentes autores. El análisis de los textos literarios y los cómics en los que se dibujan algunos personajes asociados a este período, manifiestan esa idea más relacionadas con lo fantástico que con los datos empíricos. Así se muestra Tartessos como el reino de la felicidad y la fortuna, se crea una trama ficticia en la que se entremezclan personajes históricos, de leyenda e inventados que reflejan un pasado fantástico con ciertos rasgos de cientificidad, y se adopta un mito antiguo a través del cual se refuerza una cohesión colectiva, finalmente, andaluza, en el que se adjudica el rol de los buenos a los aliados de Argantonio, los colonizadores griegos, y el rol maléfico a los colonizadores fenicios (Iguácel 2008).

De esta forma, el rey Argantonio se representa como un anciano rey, longevo, bondadoso capaz de acoger a todos bajo su protección, tal y como lo describen los textos clásicos; mientras que lo fenicio, se identifica con la maldad expresada a través de lo oscuro en la vestimenta y gestos de astucia, codicia y dominio (Fig. 6).

La creación artística, entendida como forma de expresión de ideas y conceptos, debía ser otro de los aspectos a investigar. El análisis de estos pensamientos manifestados a través de la pintura, la escultura, el teatro o las denominadas artes menores, como la joyería, reflejan que determinados elementos tartésicos han sido motivo de inspiración para diferentes artistas, estos han sido reinterpretados ofreciéndonos una visión personal. Así, artistas como Lacomba en sus obras incluyen elementos inspirados en el Tesoro del Carambolo o en elementos simbólicos pintados en objetos cerámicos de este momento, o también podemos observar como el denominado Bronce Carriazo es utilizado como elemento decorativo en una gargantilla de joyería (Fig. 7).



Fig. 6. Ilustración de cómic Tartessos (Fuente: @tartessoscomic).

Por último, y para conocer que entendía la ciudadanía por Tarteso se realizó una encuesta en la que se preguntaba, entre otras cuestiones, directamente a la población onubense cual era su concepción de Tarteso.

Otra manifestación, o más bien apropiación del concepto Tarteso, es su utilización como denominación para nombrar un negocio, una asociación o su uso en el nomenclátor de calles o barriadas. Esto es lo que hemos denominado Tarteso como marca, que desarrollaremos a continuación.

Esta amalgama de ideas y conceptos, que se han ido formando en este proceso de construcción patrimonial, conforman los valores culturales inherentes a los objetos. De esta forma, y una vez que se ha reconocido la imagen colectiva que se ha proyectado, se podrá explicar cómo la sociedad ha construido su propia historia, lo cual permitirá incluirlo en el discurso museológico, de tal forma que se incorpore como un valor cultural del patrimonio arqueológico tartésio junto a sus valores científicos.



Fig. 7. Elemento de bisutería inspirada en el denominado Bronce Carriazo. (Fuente: Paula Vega joyas. Colección Tharsis).

4. APROPIACIÓN SOCIAL DE TARTESO. SU USO COMO MARCA

La información generada de los datos obtenidos demuestra que la imagen mítica de Tarteso está mayoritariamente asentada en el imaginario colectivo.

Como señalan Caballos y Escacena, en la exposición de Tartesos y El Carambolo, apoyándose en la definición que ofrece C. García Gual, el mito pertenece a la memoria de la gente, en la narración mítica la comunidad ve algo que merece la pena ser recordado y está relacionado con un pasado prestigioso y lejano, y aunque entre el relato mitológico y el histórico hay una notoria oposición, las versiones del mito guardan con trazos de un momento determinado de la historia. (Caballos Rufino y Escacena Carrasco 1992: 75). Estas características se cumplen en su totalidad en el caso de Tarteso, pues el mito pertenece a la memoria popular, se relaciona con un pasado prestigioso y lejano con trazos de un momento histórico, o de la interpretación de esos datos históricos.

Vinculado a esta identificación mítica se debe entender la utilización de Tarteso como marca, su uso en la denominación de negocios, instituciones, etc. que deben transmitir algo bueno y positivo. En esta parte del estudio se analizará su utilización como marca identificativa de una empresa, una institución pública o privada, un proyecto tecnológico o la denominación de una revista, elementos cotidianos vinculados a la vida diaria en los que la sociedad expresa cómo ha interiorizado un concepto patrimonial.

La búsqueda del nombre de un nuevo proyecto es un aspecto importante, pues es lo que te va a identificar y con el que se te va reconocer, de hecho existe una disciplina en marketing destinada a ello el *naming* (denominación de las técnicas utilizadas para poner un nombre a una marca). La elección del nombre es importante, por ejemplo en el caso de las empresas, debe transmitir la solidez de la misma para

que los futuros clientes confíen en ella pero, al mismo tiempo, debe ser lo suficientemente atractivo y evocador para relacionarlo con aspectos beneficiosos o afables.

Con estas premisas se planteó una búsqueda de información amplia que abarcara distintos sectores y ámbitos de la sociedad, con el fin de obtener una visión conjunta y objetiva. Por esta razón se ha estructurado en:

- a. sector privado: a través de la denominación de empresas o negocios diversos.
- b. sociedad civil: centrada en la búsqueda de los nombres de los distintos tipos de asociaciones (culturales, deportivas, educativas, etc.)
- c. sector institucional: seleccionando los nombres adjudicados desde las Instituciones Públicas para designar, por un lado, a los centros educativos, y, por otro, las calles, barrios, etc. de diversos municipios andaluces.

El ámbito de análisis fue a nivel nacional con la finalidad de medir la repercusión que Tarteso tiene en el imaginario colectivo dentro y fuera de la comunidad autónoma andaluza.

El criterio de búsqueda utilizado en los diversos archivos está basado en las distintas grafías utilizadas, y documentadas, para referirse a Tarteso (Tartessos, Tartesos, Tarsis, Tarteso) y Argantonio, como personaje mítico transmitido en la literatura clásica y vinculado con la investigación de este momento histórico.

Así se han registrado un total de 336 elementos: asociaciones (56), centros educativos (12), empresas (225) y nomenclátor callejero (45). En el último caso, los registros se refieren a los hallados en la comunidad andaluza debido a la dificultad para acceder a datos de otras comunidades autónomas. También se incluyó un proyecto tecnológico y una revista que incluían Tartessos en su denominación.

Debido a que el espacio territorial es amplio y para facilitar el análisis de los datos obtenidos la información se ha agrupado organizándose de la siguiente manera. Se ha individualizado los registros de cada una de las provincias que tradicionalmente se ha considerado el núcleo central tartésico (Sevilla, Huelva y Cádiz), los datos del resto de las provincias andaluzas se han incorporado en un grupo general (Resto de Autonomía); y, el siguiente grupo lo conforman las referencias ubicadas fuera de Andalucía (Otras Comunidades Autónomas) donde se introduce la información del resto de los registros que no se clasifican en ninguno de los grupos anteriores (Fig. 8)

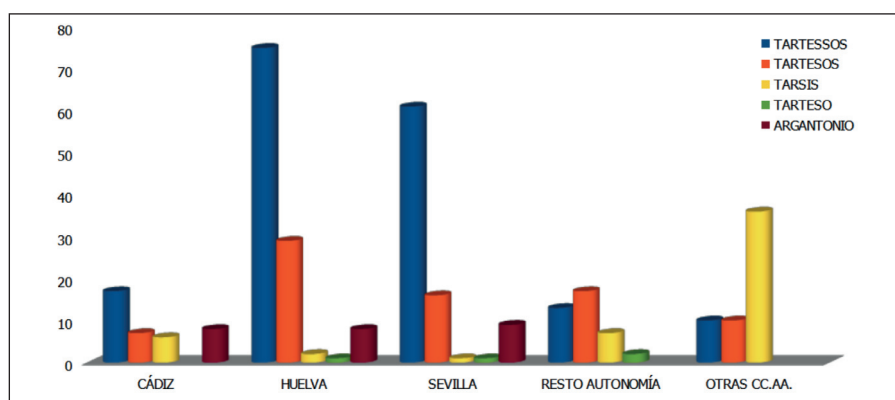


Fig. 8. Utilización del nombre de Tarteso según las distintas grafías y lugares.

Un primer análisis muestra que la grafía utilizada con mayor frecuencia es la de Tartessos, seguida de Tartesos y Tarsis. Estas maneras de denominar se contabilizan en todo el territorio nacional, Argantonio sólo se ha localizado en lo que se ha considerado tradicionalmente el núcleo central tartésico (Sevilla, Huelva y Cádiz), mientras que la denominación Tarteso sí que se ha utilizado en toda la comunidad autónoma excepto Cádiz. En otras Comunidades Autónomas los resultados son muy diferentes, aquí el nombre más utilizado es Tarsis, excepto en Badajoz donde no se ha utilizado. El segundo nombre sería Tartessos o Tartesos, documentándose que su uso se ha realizado en una proporción similar. En el análisis de la información se distingue que Badajoz, uno de los territorios que tradicionalmente se han considerado en la periferia de Tarteso, se separa de lo que sucede en este grupo externo a Andalucía, al no utilizar Tarsis en la denominación, usando únicamente Tartessos o Tartesos, acercándose más a las tendencias del grupo andaluz.

Estos datos no distorsionan con las distintas grafías utilizadas por los investigadores, pues mayoritariamente se ha utilizado Tartessos, también ha sido esta grafía la que se ha utilizado más frecuentemente en las noticias aparecidas en la prensa. Por otra parte, no es de extrañar que la grafía Tarteso es la menos utilizada, pues fue consensuada recientemente su uso; es decir, que fue en el denominado Manifiesto por Tarteso, que se redactó con el consenso de todos los participantes al I Congreso Internacional Tarteso. El emporio del metal, celebrado en Huelva en 2011 (Campos y Alvar (eds.) 2013), donde se acordó que este momento histórico se denominaría Tarteso, por lo tanto, necesita un tiempo para que se consolide esta terminología.

De esta manera se observa como la utilización de Tarteso en el nombre se extiende por distintos lugares de España, identificándose que el núcleo de mayor concentración de elementos se sitúa en Andalucía, y continuaría extendiéndose aunque en menor medida por la zona de Levante, localizándose un núcleo aislado en el área de Madrid. Por el oeste se extendería por la zona de Badajoz, tradicionalmente considerada una de las áreas de expansión de lo tartésico, continuando por puntos dispersos en León y Salamanca. En el norte no se ha localizado ningún elemento, al igual que sucede en el área central, excepto Madrid y alrededores (Fig. 9).

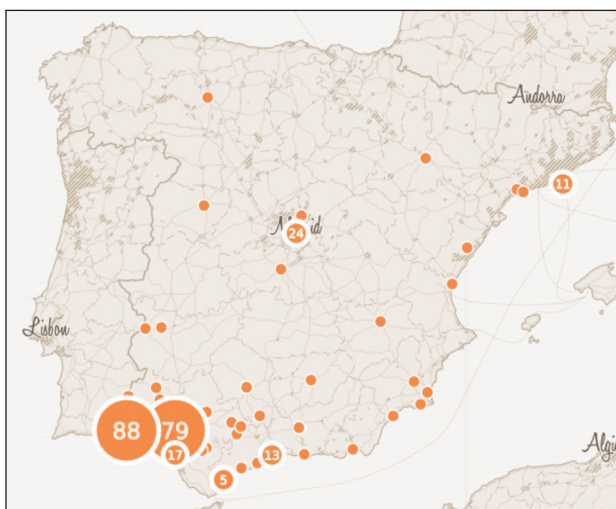


Fig. 9. Distribución de Tarteso como marca.

Es significativo que con este nombre se hayan contabilizado registros en lugares tan dispares como Santa Cruz de Tenerife o Tarragona, lugares que no se han relacionado con Tarteso, lo mismo sucede con Madrid o Barcelona, zonas muy alejadas de lo que tradicionalmente se ha considerado territorio tartésico. La existencia en estas últimas puede ser, en parte, debido a que aquí radica el domicilio fiscal de algunas empresas, aunque el trabajo se esté realizando en otro lugar. También se podría mostrar en este dato la influencia de las teorías científicas expuestas por los grupos de investigación de la Universidades correspondientes. Por otra parte, a través del análisis de la prensa, se ha conocido la reivindicación de la Asamblea Nacional Catalana que reclamaba la ubicación de Tarteso en Tarragona apoyándose en la evolución filológica de la palabra Tartessos. En esta fase de la investigación se ha comprobado que esta postura no ha sido interiorizada socialmente, ni la sociedad se identifica con esta idea, pues, al menos en relación con el uso del nombre el único constatado ha sido Tarsis.

Otro de los elementos a analizar sería conocer la dispersión en el territorio, agrupándolo por elementos. Así, se puede observar como dentro del área sur de España, y concretamente en Andalucía occidental, se constata la existencia de los tres elementos analizados (empresas, asociaciones y centros educativos), coincidiendo, este espacio, con lo que tradicionalmente se ha considerado territorio tartesio. Asimismo, se puede distinguir que es aquí donde se detecta mayor una mayor concentración de empresas que utilizan Tarteso como marca, sobre todo en la provincia de Huelva (Fig. 10).

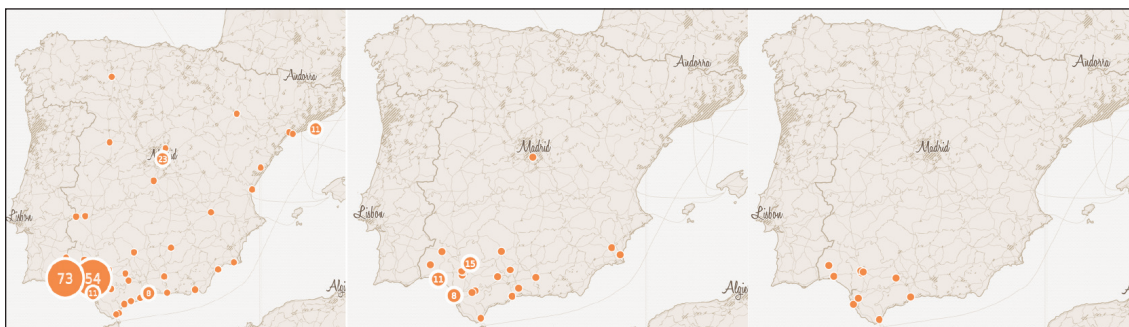


Fig. 10. Distribución de Tarteso como marca vinculada a empresas (izquierda); asociaciones (centro) y colegios (derecha).

Por otra parte, estudiando la información se percibe que la dispersión se reduce considerablemente a medida que se analizan otros territorios más alejados de las tres provincias (Huelva, Sevilla y Cádiz) y, según se avanza hacia el este, disminuyendo el número de registros en las zonas más orientales de la Comunidad Autónoma, desapareciendo en las áreas más al este. No obstante, fuera de Andalucía, en el litoral oriental se vuelven a documentar empresas y asociaciones que utilizan Tarteso en su denominación.

Por otra parte, se observa que territorialmente es un fenómeno que se circunscribe a Andalucía, pero es una denominación utilizada en otras poblaciones externas al territorio andaluz. No debe olvidarse que de los 336 registros contabilizados, 56 se situaban fuera de la comunidad andaluza, esto supone el 17 % del total. Este dato lo sitúa por delante de los registros obtenidos en el resto de la comunidad andaluza, si exceptuamos Huelva, Sevilla y Cádiz. Por lo tanto, no es un concepto desconocido por la sociedad que no habita en Andalucía, además podría aumentar si conociéramos los datos del nomenclátor del callejero en el territorio nacional.

Los datos demuestran que tanto las asociaciones como las empresas han utilizado Tarteso, en sus distintas grafías, Tarsis o Argantonio para denominarse. Los centros educativos sólo han usado Tartessos o Argantonio, no existiendo registros con el resto de nombres. Por otra parte, en la denominación de calles, avenidas, etc. de la comunidad andaluza se han utilizado todas las denominaciones, excepto la de Tarteso.

Si se analiza cuál es la denominación más repetida según el grupo, se observa que:

- a. Las asociaciones han utilizado con mayor porcentaje Tartessos, seguido de Tartesos, Tarsis, Argantonio y Tarteso. Se ha constatado la existencia de clubes deportivos que mayoritariamente utilizan la grafía Tartessos como el club de piragüismo Tartessos de Huelva, el club deportivo Tartessos de Lebrija (Sevilla) que practican el baloncesto, el Atlético Tartessos, que es un club de fútbol base de Huelva o el club deportivo rugby Tartessos de Huelva.

- b. Los centros educativos han utilizado con mayor frecuencia Tartessos y Argantonio, pero ninguno de ellos se denomina Tarsis o Tarteso.
- c. Las empresas casi son la mitad las que han utilizado Tartessos en su denominación, seguido de Tartesos, Tarsis, Argantonio y por último Tarteso.
- d. Para denominar las calles, avenidas, etc., en Andalucía, se han utilizado los nombres de Tartessos, Tartesos, Argantonio y Tarsis, por este orden.

Como ya se ha mencionado las fuentes documentales han sido variadas y además de la información obtenida a través de los registros de las marcas, se han recopilado otros usos de la marca Tarteso cuyo contenido no tiene relación con este momento histórico. Esta información indicaba que además de los colectivos que hemos analizado, existen otras apropiaciones que también deben reconocerse como marca en el sentido de la evocación y el prestigio al que se asocia colectivamente este concepto: tales como nombres de proyecto, revistas, grupos musicales, etc.

5. NUEVAS FORMAS DE PERCIBIR TARTESO

Interpretar el patrimonio arqueológico de manera holística exige una gestión integral del mismo, incluyendo el espacio arqueológico y el espacio vivo, donde se produjeron las actividades humanas en el pasado y donde se sigue actuando en el presente (Pérez-Juez Gil 2012:135). Además, si se considera como expresión creativa de un pueblo, definido por los actores que se vinculan con él, produciéndolo, viviéndolo y por ende, siendo parte del mismo (Meline Cantar 2019), nos obliga a reconocer cómo se está produciendo esta interiorización del patrimonio por los diferentes agentes que participan del mismo.

Si como ya se ha mencionado para valorar el patrimonio el primer paso es asegurar su conservación, dotándolo de una función educativa y de interpretación, cualquier actuación que se realice en este sentido necesita -para que sea válida- estar respaldada por la gente que vive e interviene en el territorio (Bellido Blanco 2017). Es por todo ello, por lo que debemos identificar esas nuevas formas de interpretación y apropiación de los valores patrimoniales.

Hasta aquí se han identificado diferentes maneras de utilización y de apropiación del concepto Tarteso, pero se han reconocido otras formas más participativas que vinculan a la sociedad y su patrimonio cercano.

En este sentido, y vinculado con la educación en el patrimonio, surgen propuestas para la conservación del mismo que impulsan su conocimiento a través de la transmisión de sus valores mediante iniciativas educativas que parten desde los propios centros, como sucede en el caso del CEIP El Carambolo. Aquí se fomenta profundizar en los estudios sobre Tarteso a través de la participación activa de los alumnos, para ello se organizan actividades que se canalizan mediante el programa “Vivir y Sentir el Patrimonio”, de la Consejería de Educación y Deporte de la Junta de Andalucía.

Los objetivos que se plantean es impulsar la comprensión de este momento histórico, su cercanía al yacimiento de El Carambolo, que se sitúa en la trasera del edificio y el mismo nombre del centro escolar, promueve la concienciación entre el profesorado para que sus alumnos conozcan porqué su colegio se llama así, potencie su espíritu crítico para profundizar en el conocimiento y valoren el significado de su patrimonio más cercano. Así se proponen acciones en las que el propio alumnado guíe a los compañeros de otros centros y les explique la riqueza patrimonial de la zona, también se produce una convivencia directa con los materiales arqueológicos, pues una réplica del Tesoro del Carambolo se expone en uno de los espacios comunes (la escalera), o el colgante se ha convertido en el logotipo del centro. De esta forma, estos

objetos arqueológicos forman parte de su vida cotidiana en el centro, que conocen, valoran y transmiten entre sus iguales.

Esta manera de actuar se fundamenta en la conservación del patrimonio a través de su conocimiento (Fig. 11).

Otras iniciativas de apropiación patrimonial se observan en la propuesta presentada por el



Fig. 11. Reproducción del Tesoro del Carambolo en el CEIP El Carambolo (Camas, Sevilla).

Ayuntamiento de Camas, ubicada en el bulevar del Carambolo. Aquí se muestra una reproducción del Tesoro del Carambolo a gran tamaño donde se pueden observar con detalle estos objetos. La explicación de la importancia de estos materiales se encuentra allí acompañando a los materiales y la contextualización de los mismos se presenta a través de la cartelería que ofrece información complementaria sobre la ejecución de los mismos, el lugar del hallazgo, etc. que dan una información completa no únicamente centrada de los objetos sino destacando su interés para el conocimiento del momento histórico y los cambios en la interpretación de su uso en el pasado (Fig. 12).

De esta manera, se ha conseguido llevar unos materiales emblemáticos a la plaza donde se reúnen los vecinos a charlar o los niños a jugar. Es una forma directa de convivencia cotidiana con el patrimonio arqueológico, una muestra clara de entenderlo vinculado al presente y sobre todo al futuro.

Estas nuevas formas de apropiación y de interiorización del patrimonio deben ser considerados en los futuros proyectos de musealización en el que el contacto con el mismo es cercano, bien a través de un conocimiento directo (los alumnos pueden hacer excursiones al lugar donde está el yacimiento porque es la trasera de su colegio y las personas que pasean por esa plaza pueden sentarse y contemplar algunas de las piezas significativas del tesoro del Carambolo).



Fig. 12. Bulevar de la barriada del Carambolo, próxima al CEIP El Carambolo (Camas, Sevilla).

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO GONZÁLEZ, P. 2015: "Conceptualizing Cultural Heritage as a Common", en Biehl, P., Comer, D., Prescott, C. y Soderland, H. (eds.), *Identity and Heritage. Contemporary Changes in a Globalized World*, Suiza: 27-35.
- ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. 2005: *Tarteso, la construcción de un mito en la historiografía española*, Málaga.
- ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. 2013: "Definiendo Tarteso: indígenas y fenicios", en Campo, J. y Alvar, J. (eds.), *Tarteso. El emporio del metal*, Córdoba: 223-246.
- BALLART HERNÁNDEZ, J. 2012: "De objeto a objeto de museo: la construcción de significados", en Ferrer García, C. y Vives-Ferrándiz, J. (eds.), *Construcciones y usos del pasado. Patrimonio arqueológico. Territorio y Museo*, Valencia: 99-113.
- BARREIRO, D. 2015: "Altamira, tercera vida", en Doempke, S. (ed.), *The UNESCO World Heritage and the Role of Civil Society*, Berlín: 63-80.
- BELLIDO BLANCO, A. 2017: "Gente inteligente para un patrimonio ingente: el caso de Castilla y Leon", *Revista PH*, 91: 11-15.
- CABALLOS RUFINO, A. Y ESCACENA CARRASCO, J. L. 1992: *Tartesos y el Carambolo : Catálogo de la exposición*, Sevilla.
- CAMPOS, J.M. Y ALVAR, J. (ed.) 2013: *Tarteso : el emporio del metal*, Córdoba.
- CASADO ARIZA, M. 2015: *La cerámica con decoración geométrica del Carambolo*, Spal Monografías de Arqueología, XXI, Sevilla.
- CASTILLO RUIZ, J. 2012: "Concepto y conocimiento del patrimonio histórico", en Morate, G. (ed.), *Estudios de Patrimonio. Conocimiento y percepción del patrimonio histórico en la sociedad española*, Madrid: 17-64.
- GONZÁLEZ-CAMPOS BAEZA, Y. 2021: "Visiones heterodoxas. Una propuesta de musealización del patrimonio arqueológico tartesio de Huelva" en Lerma, J. L. López Menchero, V. M. y Maldonado, A. (eds.), *I Simposio Anual de Patrimonio Natural y Cultural ICOMOS España*, Valencia: 451-459.

- GONZÁLEZ-CAMPOS BAEZA, Y. 2017: *El objeto en la sociedad: visiones heterodoxas del patrimonio arqueológico y sus posibilidades de musealización*. Tesis Doctoral, Universidad de Sevilla, Sevilla.
- IGUÁCEL DE LA CRUZ, P. 2008: "Tartessos: el mito en lenguaje de cómic", en Castillo, M^a. J., Knippschild, S., García Morcillo, M. y Herreros, C. (eds.), *Congreso Internacional Imágenes, La Antigüedad en las Artes escénicas y visuales*, Logroño: 645-658.
- LOWENTHAL, D. 1998: *El pasado es un país extraño*, Barcelona.
- MELINE CANTAR, N. 2019: "Hacia una mirada dialéctica del Patrimonio", *Question*, 1 (61): 1-15.
- RUIZ ZAPATERO, G. 2012: "Presencia social de arqueología y percepción pública del pasado", en Ferrer García, C. y Vives-Ferrándiz, J. (eds.), *Construcciones y Usos del Pasado. Patrimonio Arqueológico, Territorio y Museo*, Valencia: 31-74.
- SANJUAN BALLANO, B. 2007: "Información = Cultura. Mapas patrimoniales para ir de los medios a las mediaciones", *PH Cuadernos. Patrimonio Cultural y Medios de Comunicación*, 21, Sevilla: 31-43.

MYTRA

NORMAS PARA LA PRESENTACIÓN DE ORIGINALES

Dirección

Redacción: Instituto de Arqueología, Mérida. Plaza de España, 15. 06800 Mérida (Badajoz).

Envío de originales y comunicación: info@iam.csic.es

Contenido

La serie *Mytra* es una colección monográfica perteneciente al IAM (CSIC-Junta de Extremadura) orientada al ámbito académico especializado. Su objetivo principal es el de servir de cauce de comunicación a una investigación arqueológica que se defina por su carácter interdisciplinar e innovador. Su núcleo temático principal se basa en los intereses y resultados de las líneas de investigación de nuestro centro, aunque también pretende dar cabida a estudios que vayan más allá de marcos o fronteras tradicionales en cuanto a aspectos disciplinares, cronológicos y geográficos. En función de su formato y temática, dentro de la serie se da cabida a tres tipos de publicaciones. En primer lugar, monografías, que tratan en profundidad temas específicos de manera coherente, con un especial interés en la edición de tesis doctorales, dada la vocación del IAM como centro de formación de investigadores. En segundo lugar, actas de reuniones científicas, un formato para la discusión especializada al que nuestro centro ha recurrido reiteradamente y que forma parte de sus señas de identidad. Finalmente, la serie *Mytra* da cabida a memorias científicas de la actividad del IAM, permitiendo dar así cumplida cuenta de los resultados de excavaciones, prospecciones u otras labores de documentación.

Financiación

La serie *Mytra*, editada por la Secretaría General de Ciencia, Tecnología e Innovación (Consejería de Economía e Infraestructuras de la Junta de Extremadura), se encuentra abierta a propuestas editoriales con financiación externa procedente de otras instituciones. Independientemente de la financiación total o parcial de instituciones externas al Instituto de Arqueología, éste recibirá, como mínimo, la mitad de la tirada para garantizar el correcto intercambio bibliográfico con otras instituciones.

Formulario de autoría

Al enviar el original, los autores deben incluir una declaración específica de que el manuscrito no se ha sometido a presentación para su evaluación y publicación en otras series o editoriales simultáneamente o con anterioridad.

Normas editoriales

1. El texto estará precedido de una hoja con el título del trabajo y los datos del autor o autores (nombre y apellidos, institución, dirección postal, teléfono, correo electrónico, situación académica) y fecha de entrega. Tanto si se trata de un trabajo único como de un conjunto de trabajos sobre una temática, cada original deberá venir acompañado por la traducción del *Título* al inglés, acompañado de un *Resumen y Palabras Claves* en español, con los respectivos *Summary* y *Key Words* en inglés. De no estar escrito el texto en español, los breves resúmenes y palabras clave vendrán traducidos al español e inglés. Las palabras clave no deben incluir los términos empleados en el título, pues ambos se publican siempre conjuntamente. .
2. Se entregará una copia completa en soporte informático, preferentemente en MS Word para Windows o Mac y en PDF, con imágenes incluidas.
3. Los márgenes del trabajo serán los habituales (superior e inferior de 2 cm; izquierdo y derecho de 2,5 cm). El tipo de letra empleado será Times New Roman de 12 puntos a un espacio, con la caja de texto justificada. Aparecerá la paginación correlativa en el ángulo inferior derecho. Se empleará a comienzo de párrafo el

sangrado estándar (1, 25). Salvo la separación lógica entre diferentes apartados, no se dejarán líneas en blanco entre párrafos. En ningún caso se utilizarán negritas.

4. El trabajo irá precedido de un índice en el que se cuidará la exacta ordenación jerárquica de los distintos epígrafes, numerándolos indistintamente mediante guarismos romanos y árabes, e incluso sin numeración.
5. Cuando se empleen citas textuales en el texto o en notas a pie de página se entrecomillarán, evitando la letra cursiva. Dicha letra se acepta para topónimos o nombres en latín. En estos casos, se preferirán las grafías con “v” en lugar de “u”, tanto para mayúsculas como para minúsculas (*conventus* mejor que *conuentus*).
6. Por lo que se refiere al sistema de cita, deberá emplearse el sistema “americano” de citas en el texto, con nombre de autor en minúscula y no se pondrá coma entre autor y año (apellido o apellidos del autor año: páginas). Si los autores son dos se incluirá la conjunción “y” entre ambos. Si los autores fueran más de dos se indicará el apellido del primero seguido por la locución *et alii*.

Se incluirá una bibliografía completa al final del trabajo. En la bibliografía final, los títulos de monografías irán en cursiva, mientras que en los artículos el título se colocará entrecomillado. Los nombres de los autores, ordenados alfabéticamente por apellidos, en la bibliografía final irán en versalitas, seguidos por el año de publicación sin paréntesis y dos puntos. Si los autores son dos, irán unidos por la conjunción “y”. Si son varios los autores, sus nombres vendrán separados por comas, introduciendo la conjunción “y” entre los dos últimos. En el caso de que un mismo autor tenga varias obras, la ordenación se hará por la fecha de publicación, de la más antigua a la más reciente. Si en el mismo año coinciden dos o más obras de un mismo autor o autores, serán distinguidas con letras minúsculas (a, b, c...). En el caso de las monografías se indicará el lugar de edición tal y como aparece citado en la edición original (p. e. London, en lugar de Londres), separado del título de la obra por una coma. En el caso de artículos o contribuciones a obras conjuntas, se indicarán al final las páginas correspondientes, separadas por dos puntos. Los nombres de revistas se incluirán sin abreviar. Las referencias a las consultas realizadas en línea (Internet), deberán indicar la dirección Web y entre corchetes la fecha en la que se ha realizado la consulta.

Las notas a pie de página, siempre a tamaño inferior a la del texto, se emplearán únicamente para aclaraciones o referencias generales.

Ejemplos de citas en la bibliografía final:

Monografías:

CABALLERO RODRÍGUEZ, J. 2008: *Maximiliano Macías y su tiempo (1867-1934)*, Mérida.

Artículos en revistas:

OLMOS ROMERA, R. 2005: “Monstruos y geografías imaginarias en la antigua Grecia”, *Bitarte: Revista cuatrimestral de humanidades*, 36: 43-53.

Contribuciones a congresos y obras conjuntas:

HURTADO PÉREZ, V. 2005: “El campaniforme en Extremadura. Valoración del proceso de cambio socioeconómico en las cuencas medias del Tajo y Guadiana”, en Rojo Guerra, M.A.; Garrido-Pena, R.; García-Martínez, I. (coords.), *El campaniforme en la Península Ibérica y su contexto europeo*, Valladolid: 321-336.

Trabajos dentro de una serie monográfica:

AILLET, C.; CRESSIER, P. Y GILOTTE, S. (eds.) 2017: *Sedrata. Histoire et archéologie d'un carrefour du Sahara médiéval à la lumière des archives inédites de Marguerite van Berchem*, Collection de la Casa de Velázquez 161, Madrid.

7. Toda la documentación gráfica se considerará como *Figura* (ya sea fotografía, mapa, plano, tabla o cuadro), ordenándola correlativamente. Se debe indicar en el texto el lugar ideal donde se desea que se incluya, con la referencia (Fig. 1), y así sucesivamente. Asimismo, debe incluirse un listado de figuras con los pies correspondientes a cada una al final del artículo. El formato de caja de la Revista es de 15 x 21 cm; el de la columna, de 7,1x21 cm. La documentación gráfica debe ser de calidad, de modo que su reducción no impida

identificar correctamente las leyendas o desdibuje los contornos de la figura. Los dibujos no vendrán enmarcados para poder ganar espacio al ampliarlos. Toda la documentación gráfica se publica en blanco y negro; sin embargo, si se enviara a color, puede salir así en la versión digital. Los dibujos, planos y cualquier tipo de registro (como las monedas o recipientes cerámicos) irán acompañados de escala gráfica, y las fotografías potestativamente. Todo ello debe prepararse para su publicación ajustada a la caja y de modo que se reduzcan a una escala entera ($1/2$, $1/3$... $1/2000$, $1/20.000$, etc.). En cualquier caso, se puede sugerir el tamaño de publicación de cada figura (a caja, a columna, a 10 cm de anchura, etc.). Las Figuras se deben enviar en soporte digital, preferentemente en fichero de imagen TIFF o JPEG con al menos 300 DPI y con resolución para un tamaño de 16x10 cm. No se aceptan dibujos en formato DWG o similar y se debe procurar no enviarlos en CAD a no ser que presenten formatos adecuados para su publicación en imprenta.

Aceptación

Todos los textos son seleccionados por el Consejo de Redacción según su interés científico y su adaptación a las normas de edición, por riguroso orden de llegada, y posteriormente informados por el sistema de doble ciego por al menos dos evaluadores externos al IAM y a la institución o entidad a la que pertenezca el autor. Teniendo en cuenta el informe de los evaluadores externos, el Consejo de Redacción aceptará definitivamente, o no, la publicación del original.

Las propuestas editoriales enviadas a la serie Mytra que se deriven de Congresos, Reuniones científicas o similares deberán presentarse junto a una revisión interna realizada por el comité científico o los editores de las obras propuestas a la serie Mytra. El envío del manuscrito deberá ir acompañado de todos los documentos acreditativos de haberse realizado dicha revisión por parte del comité científico. El comité editorial de la serie Mytra se reserva el derecho de aceptar o rechazar el total o partes de la propuesta editorial, con independencia de la primera revisión.

Correcciones y texto definitivo

1. Una vez aceptado, el Consejo de Redacción podrá sugerir correcciones del original previo (incluso su reducción significativa) y de la parte gráfica, de acuerdo con las normas de edición y las correspondientes evaluaciones. El Consejo de Redacción se compromete a comunicar la aceptación o no del original en un plazo máximo de seis meses.
2. El texto definitivo se deberá entregar cuidadosamente corregido y homologado con las normas de edición para evitar cambios en las primeras pruebas. El texto, incluyendo resúmenes, palabras clave, bibliografía y pies de figuras, así como la parte gráfica digitalizada, se entregarán por los medios electrónicos que se consideren adecuados (correo electrónico o memoria usb por correo postal a las direcciones de la Serie). Se acompañará también de una versión en la que se incluyan las figuras, sugiriendo el tamaño al que deben reproducirse las mismas.
3. Los autores podrán corregir primeras pruebas, aunque no se admitirá ningún cambio sustancial en el texto.

Varia

1. Entrega de volúmenes: los evaluadores recibirán gratuitamente un ejemplar del volumen en el que hayan intervenido; los autores o editores 20 volúmenes o un ejemplar por autor si es obra colectiva.
2. Devolución de originales: los originales no se devolverán salvo expresa petición del autor.
3. Derechos: la publicación de monografías en la colección *Mytra* no da derecho a remuneración alguna. El autor se hará responsable de los derechos de propiedad intelectual del texto y de las figuras.
4. Acceso Abierto: siguiendo las políticas de acceso abierto suscritas por el CSIC, las monografías publicadas en *Mytra* podrán ser publicadas en acceso abierto dentro de las plataformas institucionales que acuerde la redacción de la colección. El periodo de carencia no será superior a seis meses desde la publicación en papel. Al aceptar estas normas y presentar sus textos, los autores y editores declaran conocer este aspecto y manifiestan su acuerdo en que los textos e imágenes de su autoría sean difundidos en acceso abierto.

MYTRA

INSTRUCTIONS FOR AUTHORS

Address:

Editorial board: Instituto de Arqueología, Mérida. Plaza de España, 15. 06800 Mérida (Badajoz), Spain.

Manuscript submission and communication: info@iam.csic.es

Contents

The *Mytra* series is a monographic collection belonging to the Merida Institute of Archaeology (IAM), part of the Spanish National Research Council (CSIC) and the Regional Government of Extremadura (Junta de Extremadura), aimed at an specialized academic audience. Its main objective is to serve as a communication channel for archaeological research that is defined by its interdisciplinary and innovative character. Its main thematic core is based on the interests and results of the research lines of our centre, although it also aims to accommodate studies that go beyond traditional frameworks or frontiers in disciplinary, chronological and geographical terms. Depending on their format and subject matter, three types of publications are accepted within the series. Firstly, monographs which deal in depth with specific topics in a coherent manner, with a special interest in the publication of doctoral theses, given the vocation of the IAM as a training centre for researchers. Secondly, minutes of scientific meetings, a format for the specialised discussion to which our centre has been committed to and which forms part of its identity. Finally, the *Mytra* series includes scientific reports on the activity of the IAM, thereby making it possible to give a full account of the results of excavations, surveys and other research and documentary work.

Funding

The *Mytra* series, published by the General Secretariat of Science, Technology and Innovation (Regional Ministry of Economy and Infrastructures of the Regional Government of Extremadura), is open to editorial proposals with external funding from other institutions.

Authorship declaration

When submitting the original, authors are required to include a specific declaration that the manuscript has not been submitted for evaluation and publication in other series simultaneously or previously.

Editorial standards

1. The text will be preceded by a cover page indicating the title of the work and the author's details (full name, affiliation, postal address, telephone, e-mail, academic status) and date of delivery. Whether it is a single paper or a set of papers on a subject, every original must be accompanied by a translation of the Title into English, accompanied by an Abstract and Key Words in Spanish, with the respective Abstract and Key Words in English. If the text is not written in Spanish, the brief abstract and key words will be translated into Spanish and English. Keywords should not include the terms used in the title, as both are always published together.
2. A full copy will be delivered in electronic format, preferably in MS Word for Windows or Mac and in PDF, with embedded images.
3. The document margins will be the usual (upper and lower 2 cm; left and right 2, 5 cm). The font used will be 12-point Times New Roman, single space, with the text box justified. The correlative pagination will appear in the lower right corner. A standard inset (1.25) shall be used at the beginning of the paragraph. Except for the

logical separation between different sections, no blank lines shall be left between paragraphs. Under no circumstances may bold text be used.

4. The work will be preceded by a Table of Contents in which the exact hierarchical order of the different epigraphs will be respected, numbering them indistinctly by means of Roman and Arab figures, and even without numbering.
5. When textual quotations are used in the text or in footnotes, they should be enclosed in quotation marks, avoiding italics. Italics are accepted for toponyms or Latin names. In these cases, spellings with “v” instead of “u” are preferred, both for upper and lower case (*conventus* rather than *conuentus*).
6. As far as the citation format is concerned, the “American” citation format must be used in the body of the text or footnotes, with the author's name in lower case and no comma between author and year (author's surname or surname year: pages). If there are two authors, the conjunction “and” between both will be included. If there are more than two authors, the surname of the first one followed by *et alii* will be used.

A complete bibliography will be included at the end of the document. In the final reference list, the titles of monographs will be in italics, while in the articles the title will be placed between quotation marks. In the final reference list, the names of the authors, ordered alphabetically by surname, will be in Roman letters, followed by the year of publication without parentheses and a colon. If there are two authors, they will be joined by the conjunction “and”. If there are several authors, their names will be separated by semicolon, introducing the conjunction “and” between the last two. If the same author has several works, the order will be by the date of publication, from the oldest to the most recent. If two or more works by the same author or authors coincide in the same year, they will be distinguished by lower case letters (a, b, c...). In the case of monographs, the place of edition as cited in the original edition (e.g. London, instead of *Londres*), separated from the title of the work by a comma, will be indicated. In the case of articles or contributions to edited volumes, the corresponding pages, also separated by a colon, should be indicated at the end. The names of journals should appear in full, without abbreviations. References to online resources (Internet) should indicate the Web address, and in brackets the date the site was last visited.

Footnotes, with font size always smaller than the main body of the text, will be used for comments, general references or bibliographic reference.

Examples of citations in the References list:

Monographs:

CABALLERO RODRÍGUEZ, J. 2008: *Maximiliano Macías y su tiempo (1867-1934)*, Mérida.

Journal articles:

OLMOS ROMERA, R. 2005: “Monstruos y geografías imaginarias en la antigua Grecia”, *Bitarte: Revista cuatrimestral de humanidades*, 36: 43-53.

Contributions to conferences and joint articles:

HURTADO PÉREZ, V. 2005: “El campaniforme en Extremadura. Valoración del proceso de cambio socioeconómico en las cuencas medias del Tajo y Guadiana”, en Rojo Guerra, M.A.; Garrido-Pena, R.; García-Martínez, I. (coords.), *El campaniforme en la Península Ibérica y su contexto europeo*, Valladolid.

Articles in monographic series:

AILLET, C., CRESSIER, P., AND GILOTTE, S. (eds.) 2017: *Sedrata. Histoire et archéologie d'un carrefour du Sahara médiéval à la lumière des archives inédites de Marguerite van Berchem*, Collection de la Casa de Velázquez 161, Madrid.

7. All artwork and illustrations will be considered as a Figure (regardless of whether it is a photograph, map, plan, table or picture), with sequential ordering. The text should indicate the ideal place where you want it to be included, with the reference (Fig. 1), and so on. A list of figures should also be included, with endnotes corresponding to everyone of them at the end of the text. The box format of the journal is 15 x 21 cm; columns measure 7.1x21 cm. The artwork and illustrations must be of high quality, so that its reduction does not prevent the correct identification of the legends or blur the contours of the figure. The drawings must not be framed in order to gain space by enlarging them. All artwork and illustrations are published in black and white; however, if submitted in colour, it can be published as such in the electronic version. Drawings, plans and any type of archaeological materials (such as coins or ceramics) will be accompanied by a graphic scale, and photographs will be taken optionally. All of this must be prepared for publication adjusted to the box and in such a way that they are reduced to a full scale (1/2, 1/3... 1/2000, 1/20.000, etc.). In any event, the publication size of each figure can be suggested (box, column, 10 cm wide, etc.). Figures should be sent in electronic format, preferably in TIFF or JPEG image file of at least 300 DPI and suitable resolution for a size of 16x10 cm. Drawings in DWG or similar format are not accepted and care should be taken not to send them in CAD unless they are of a suitable format for publication in print.

Acceptance

All texts are selected by the Editorial Board based on their scientific interest and their adaptation to the editing standards, in strict order of arrival, and subsequently sent for double blind peer review by at least two evaluators from outside the IAM and the institution or entity to which the author belongs. Based on the report of the external reviewers, the Editorial Board will definitively accept, or reject, publication of the original.

Corrections and final text:

1. Once accepted, the Editorial Board may suggest corrections to the previous original (including its significant reduction) and to the artwork and illustrations, in accordance with the publishing standards and the corresponding evaluations. The Editorial Board will communicate the acceptance or rejection of the manuscript within a maximum period of six months.
2. The revised manuscript must be returned carefully corrected and adapted to the publishing standards in order to avoid changes to the first proofs. The text, including abstracts, keywords, bibliography and footnotes of figures, will be delivered on electronic sources (email, usb, etc), as well as the digitized graphic part, accompanied by a copy in which the figures are included, suggesting the size at which they should be reproduced.
3. Authors will be able to correct first proofs, although no substantial changes to the text will be admitted.

Miscellaneous

1. Delivery of volumes: reviewers will receive a free copy of the volume they have reviewed; authors or editors will receive 20 volumes or one copy per author if it is a collective work.
2. Return of originals: original documents will not be returned unless expressly requested by the author.
3. Rights: the publication of monographs in the *Mytra* collection does not give the right to any remuneration. The author is responsible for the intellectual property rights of the text and figures.
4. Open Access: following the open access policies subscribed by the CSIC, the monographs published in *Mytra* may be published in open access within the institutional platforms agreed upon by the collection. The embargo period shall not exceed six months from the publication on paper. By accepting these rules and submitting their texts, the authors and publishers declare to be aware of this aspect and express their agreement that the texts and images of their authorship be disseminated in open access.

El presente volumen recoge las contribuciones presentadas al II Congreso Internacional sobre Tarteso, Nuevas Fronteras, que tuvo lugar en Mérida entre los días 17 y 19 de noviembre de 2021. Su lectura permite un viaje desde el extremo oriental del Mediterráneo hasta el suroeste de la península ibérica, mostrando las diversas realidades históricas acontecidas en este territorio durante la I Edad del Hierro. El objetivo de esta publicación es mostrar la situación que atravesaba el Mediterráneo durante los años de surgimiento y desarrollo de la cultura tartésica para así comprender mejor la formación y evolución de dicha cultura.

El conocimiento de Tarteso ha evolucionado sensiblemente en la última década, desde la celebración y publicación de las actas del I Congreso Internacional, Tarteso. El emporio del metal (Almuzara, 2013). La incorporación de nuevas voces y visiones enfocadas al conocimiento de la protohistoria peninsular, así como de algunos temas nunca antes abordados en el conocimiento de Tarteso, permiten presentar en este volumen una visión renovada, donde destaca la incorporación de unos nuevos límites territoriales para esta cultura.

JUNTA DE EXTREMADURA

Consejería de Economía, Ciencia y Agenda Digital



MINISTERIO
DE CIENCIA
E INNOVACIÓN

ISBN 978-84-09-52305-4



9 788409 523054